
CHIARA CAVINI BENEDETTI
Taste me
FUEGO Y OSCURIDAD
wonderbooks

Chiara Cavini Benedetti

Taste Me

FUEGO Y OSCURIDAD

Traducción de
Elena Rodríguez

wonderbooks

Esta novela trata temas delicados y contiene escenas explícitas. Se recomienda su lectura a un público adulto.

Para quienes sonríen cada día,
a pesar de que llorar sería más fácil.
No dejéis de reír nunca.

«Creo en los besos, en besar mucho. Creo que reírse es la mejor manera de quemar calorías. Creo en ser fuerte cuando todo parece ir mal. Creo que las chicas felices son las más bellas. Creo que mañana será otro día. Y creo en los milagros».
AUDREY HEPBURN

Nota de la autora

Toda la información culinaria presente en este libro es fruto de un estudio exhaustivo del mundo de la alta cocina.

Los horarios de apertura y cierre del Ambroisie son los mismos que los del Jean-Georges, un restaurante con dos estrellas Michelin que se encuentra en Nueva York.

Las enseñanzas culinarias que cita Rayden son las mismas que imparten chefs con estrellas Michelin a través de sus vídeos y artículos. Entre ellos, los principales son Gordon Ramsay, Jean-Georges Vongerichten y Fredrik Berselius.

La cocina que describe Rayden es la misma que Gordon Ramsay diseñó expresamente para el Flagship Restaurant, uno de sus restaurantes en Londres, que tiene tres estrellas Michelin desde el año 2001.

No se ha dejado nada al azar, ni siquiera la preparación de los platos o sus ingredientes. ¡Espero que se os haga la boca agua!

Sublime

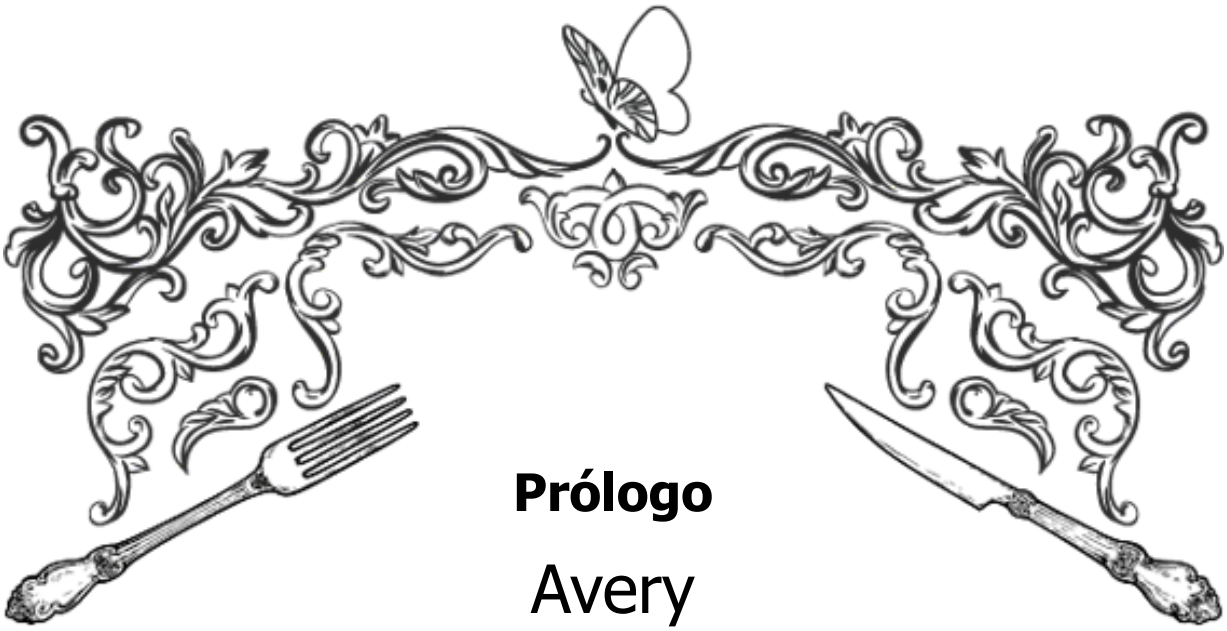
[su-bli-me] s. m.
El sentimiento que surge ante la contemplación de cualquier espectáculo grandioso.

Según la enciclopedia Treccani, «lo sublime tiene como propósito inducir, por sus connotaciones de misterio e inefabilidad, a un estado de éxtasis».

Se trata de un estado de ánimo en que el ser humano se siente totalmente embelesado y fascinado por un espectáculo increíble y violento. Por muy peligroso que sea, la persona permanece hipnotizada por completo, atraída por esa fuerza arrolladora.

Lo sublime perturba, conmueve, asusta, deja sin aliento. Y, según Edmund Burke, «produce la más fuerte de las emociones que el alma es capaz de experimentar».

Más intenso que el amor, la pasión o la felicidad… Así es lo sublime.



Prólogo

Avery

Tres meses antes

—¿Otra vez? —pregunté divertida a mi padre cuando volvió a poner la misma canción por enésima vez.

Llevó de nuevo la mano al volante mientras Peter Gabriel empezaba a cantar.

—No es culpa mía.

Enarqué una ceja.

—¿Y de quién, sino?

—Tuya —contestó, como si la respuesta fuera evidente—. Eres tú quien ha decidido cumplir dieciocho años. Me siento nostálgico.

El champán que me había dejado beber a escondidas durante la cena me calentó la sangre.

—¿«Decidido»?

—Sí. Así que, como castigo, vamos a escuchar tu nana preferida. Esta era la única canción que…

—… que me hacía dormir cuando era pequeña —terminé por él.

Había escuchado esa historia miles de veces: yo lloraba, y él solo tenía que entonar «Solsbury Hill» para calmarme.

—Eras un trasto —me acusó.

Se me escapó una sonrisa.

—¿Y ya no lo soy?

Él se echó a reír.

—Eres mucho peor.

—¡Eh! —protesté, riendo también.

Aquella noche era demasiado fácil reír. Y me alegraba de haber decidido pasar mi cumpleaños con mi padre en lugar de con unos compañeros de clase a los que apenas conocía.

—No finjas que no lo sabes —respondió con ironía, y me miró de reojo.

—Soy una hija modélica —repliqué.

—Excepto cuando dejas que Mandy te convenza para teñirte el pelo.

Resoplé.

—Un mechón, papá. Solo me hice un mechón rosa, y ya está perdiendo el color. —Lo busqué entre la maraña de mi melena castaña y jugueteé con él entre los dedos. El tinte temporal había desaparecido casi del todo—. Era su regalo de cumpleaños, no podía negarme.

Él negó con la cabeza mientras activaba los limpiaparabrisas para apartar las gotas de lluvia que se acumulaban en el cristal.

—No le digas que te lo he dicho —empezó, bajando el tono de voz—, pero te queda bien.

Abrí la boca de par en par.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Estarías bien de cualquier forma, trasto.

—Sabes que el único motivo por el que me propuso teñirme un mechón de otro color fue para hacerte enfadar, ¿verdad?

Mi padre frunció el ceño, confundido.

—Quería vengarse del hecho de que pasaría la noche contigo y no con ella —expliqué.

Cuando le conté a mi mejor amiga que no iba a organizar ninguna fiesta para celebrar mi decimoctavo cumpleaños, se puso como loca. Y aún no se le había pasado.

—Mandy me adora —replicó él.

—Sí, pero eso no cambia el hecho de que la hayas privado de mi fantástica compañía —presumí de broma, lo que le arrancó otra carcajada.

—Bueno… La verdad es que no podría estar más feliz —dijo, y una emoción genuina me cerró la garganta.

Recordaba demasiado bien todos los meses que había pasado luchando contra el dolor, cuando yo todavía estaba en primaria, tras la muerte de mamá. Desde entonces, cada una de sus sonrisas me parecía una especie de regalo divino. Un tesoro que conservaba para los días en los que reír aún le costaba.

—Yo tampoco —susurré, pero mi voz débil se perdió entre el fragor de la lluvia y la melodía que flotaba en el aire, únicamente superada por el tarareo de mi padre.

—«My heart going boom-boom-boom…» —murmuró distraído, tamborileando con los dedos sobre el volante.

—Gracias por esta noche, papá —dije al cabo de unos minutos.

Él dejó de cantar y me dedicó una expresión dulce.

—No tendrías que haber hecho todo esto, de verdad —continué —. No hacía…

—Ya basta, trasto. Te lo mereces. —Me puso una mano sobre la rodilla y la apretó ligeramente antes de volver a colocarla en el volante.

Aún no me creía que me hubiera llevado a cenar al Geranium. En toda mi vida, jamás había probado una comida más rica. Lo que contenían los platos no era solo comida, era arte. Un arte de sabor increíble que todavía notaba en la lengua. Pero también era el restaurante más caro de todo Massachusetts, y mi padre debía de haber ahorrado durante meses para poder permitirse que cenáramos allí.

—Además, cuando seas una chef de fama mundial, ya me devolverás el favor con comidas gratis todos los días de la semana.

—Ah —repliqué, haciéndome la ofendida—, ¿así que lo has hecho por interés?

Se llevó una mano al pecho.

—¿Quieres decir que no acogerías a tu pobre viejo en tu restaurante?

—Depende.

—¿De qué?

—Solo si me llamas «chef» en lugar de «trasto».

Volvió a reír.

—No importa cuántas estrellas Michelin te concedan, Avery. —Se giró para mirarme—. Siempre serás mi trasto.

La emoción en mi garganta creció todavía más.

—Papá…

No logré terminar la frase.

En ese momento, dos faros deslumbrantes rasgaron la penumbra del habitáculo, y las gotas de lluvia sobre los cristales empezaron a brillar, extendiendo aquella luz de forma cegadora.

Oí cuatro cosas.

Oí unos neumáticos chirriar sobre el asfalto mojado.

Oí el eco de nuestra risa apagarse en el aire.

Oí a mi padre sobresaltarse mientras intentaba desviar la trayectoria.

Y, por último, oí un estruendo.

Metal contra metal.

Cristales rotos.

Neumáticos que reventaban.

Gritos.

No sabía quién gritaba. Quizá mi padre, quizá yo, no lograba distinguirlo. Tan solo podía mantener la mirada fija mientras el mundo entero se daba la vuelta.

El coche estaba girando sobre sí mismo.

Busqué algo a lo que aferrarme, cualquier cosa a la que sujetarme, pero no había nada. Nada que pudiera ayudarme, nada que pudiera protegerme.

Una oleada de pánico estalló en mi interior y me obligó a cerrar los ojos en un gesto que no pude evitar.

Algo me golpeó en la cara.

Una lámina afilada se me clavó en la sien.

Pero el coche seguía girando, una y otra vez, mientras el chirrido de la carrocería raspando el asfalto desgarraba los gritos que envenenaban la noche.

Perdí el control de mi cuerpo por completo.

No sabía dónde estaba el cielo, dónde estaba la tierra. Dónde estaba la salvación.

Mi alma empezó a sublevarse, rogando que el vehículo se detuviera, que aquella súbita pesadilla llegara a su fin…

Pasó un tiempo que pareció infinito antes de que eso sucediera.

Pero, al final, todo se quedó en silencio.

E inmóvil.

El corazón no me latía en el pecho, la respiración no me dilataba los pulmones, la mente no procesaba lo que había ocurrido. Todo era confuso, borroso… y doloroso.

Espasmos violentos me sacudían los huesos, convulsiones feroces se extendían bajo mi piel.

No respiraba.

Era desgarrador, atroz…

Y no respiraba.

Poco a poco, abrí los ojos.

Estaba tumbada de lado.

El coche estaba tumbado de lado.

Pero parecía que mi mente fuera incapaz de darme una explicación. O, tal vez, sencillamente, no quería hacerlo.

—¿P-pa-papá? —Mi voz temblorosa se desvaneció en el silencio. Un silencio que no se llenó con ninguna respuesta.

El pánico que ya sentía estalló.

Apretando los dientes, intenté girar la cabeza, pero un dolor punzante me atravesó el cráneo. Manchas negras y rojas se enmarañaron en mi campo de visión, así que me resultaba imposible enfocar lo que me rodeaba.

Estaba a punto de desmayarme.

Pero no podía hacerlo.

Tenía que resistir, entender. Tenía que ver a mi padre.

Parpadeé y tragué saliva con fuerza. Y cuando noté el sabor metálico de la sangre deslizándose por mi garganta, la escasa energía que me quedaba amenazó con escaparse entre mis dedos.

—Papá… —Esa vez, mi voz fue una súplica. Una llamada de auxilio.

Pero tampoco respondió.

Su voz no estaba ahí para tranquilizarme, solo había sonidos que no quería oír.

El golpeteo de las gotas de lluvia que se abatían sobre nosotros, crueles y despiadadas. El jadeo de mi respiración, breve y ahogada. Y la melodía de Peter Gabriel, que seguía sonando con dificultad por los altavoces, melancólica y crepitante.

Todo parecía irreal, y ojalá lo hubiera sido. Ojalá no fuera más que un sueño, un rincón distorsionado de la imaginación.

Pero mi alma lo sabía. Lo supo en el momento en que nuestro coche saltó por los aires.

Todo era dolorosamente real.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó alguien desde la carretera.

—¡Hay tres heridos!

El frío punzante que me calaba la piel se intensificó, y empecé a parpadear con más insistencia, en un vano intento por volver a ver con claridad.

¿Tres heridos?

¿Yo era una de los tres?

Y mi padre…

—¡Decidles que se den prisa! —continuaron las voces.

—¡Necesitamos ayuda!

Empecé a agitarme, aunque no sabía con certeza qué hacía. Ni qué debería hacer. Pero el cinturón de seguridad me tenía atrapada, y me presionaba con cada movimiento.

Me asfixiaba. Me inmovilizaba.

—Papá… —El miedo más intenso que había sentido en toda mi vida se apoderó de mí—. Por favor… Respóndeme…

Al fin conseguí girar la cabeza. Y un grito sordo estuvo a punto de desgarrarme el pecho.

El cuerpo de mi padre yacía en una postura antinatural contra la ventanilla. Tenía astillas de cristal afilado clavadas en la piel, y un líquido espeso y oscuro lo cubría casi por completo.

Sangre.

Era sangre.

Que abandonaba sus venas, se deslizaba por su cuerpo, se acumulaba en el interior destrozado del coche…

Sangre.

—N-no… —Lágrimas pesadas empezaron a surcarme las mejillas y cada parte de mí se echó a temblar—. No… —sollocé—. ¡No, no, no!

Intenté acercarme a él, alargar los brazos, pero no podía. El cinturón seguía atrapándome y los músculos no obedecían mis órdenes. Se habían convertido en un campo de batalla donde mis emociones colisionaban.

Dolor contra adrenalina.

Derrota contra esperanza.

—Papá —lo llamé por enésima vez, y esa palabra se deslizó de mis labios en un gemido ahogado—. Papá…

Empecé a buscar la hebilla del cinturón. Tenía que soltarla, librarme de su presión, acercarme a mi padre.

—Papá, tienes que…

Entonces ocurrió.

Él se movió.

Y las míseras bocanadas de aire que aún lograba inhalar se me atascaron en la garganta.

Se había girado hacia mí. Y sus ojos, por fin, me habían encontrado.

Estaban llenos de lágrimas, llenos de sangre…

Llenos de miedo.

—Papá…

Entreabrió la boca, pero no salió ningún sonido. O tal vez se perdió entre la cacofonía de ruidos que seguía alzándose a nuestro alrededor.

Los truenos, los gritos, las sirenas a lo lejos… y Peter Gabriel, que no dejaba de repetir las mismas frases, como si quisiera que las escuchara. Que entendiera su significado.

Pero yo no quería.

Quería a mi padre. Quería que estuviera bien, que lo ayudaran…, que lo salvaran.

Sus párpados, sin embargo, empezaron a temblar. Y a cerrarse sobre sus ojos.

—No… —Forcejeé con más fuerza, ignorando el reguero caliente que me corría por la mejilla—. Papá, por favor… por favor…

Lo llamé con todo el aire que tenía, le supliqué que se quedara despierto.

Pero las estrofas de la canción ahogaban mi voz. Aunque ahora lo veía. El reproductor de música estaba roto.

Aquella melodía, aquella letra… no podían ser reales.

«My heart going boom-boom-boom…».

Negué con la cabeza para intentar aislarme de esas palabras.

—Papá, mírame. Por favor…

La sangre y las lágrimas se mezclaban sobre mi piel.

Y sobre la suya.

—Sigue despierto… por mí… Hazlo por mí…

«My heart going boom-boom-boom…».

Me agité de forma frenética, buscando una vía de escape, alguna salvación. En vano.

—Tienes que resistir, papá… —Mis palabras eran cada vez más confusas, entrelazadas con estertores que sabían a hierro y cobre—. Por… por favor.

Él volvió a mirarme y, por un instante, me pareció ver en sus labios el fantasma de una sonrisa.

Una de esas sonrisas que durante años había deseado en silencio y por las que habría hecho cualquier cosa, dado cualquier cosa, con

tal de verlas brillar con tanta fuerza como para iluminar la oscuridad.

Pero solo fue un segundo. Y cuando aquella leve curva desapareció, cuando su luz se apagó, todo se volvió oscuridad.

La noche.

Mi vida.

Sus ojos.

—No… Papá, no… ¡No!

«My heart going boom-boom-boom…».

—Te necesito… Por favor, por favor, no… No me dejes… ¡Papá!

Por fin conseguí desabrocharme el cinturón de seguridad y, por segunda vez, mi cuerpo quedó suspendido en el aire justo antes de caer sobre mi padre.

Pero ya era demasiado tarde.

Tal vez lo había sido desde el principio.

«Boom-boom-boom…».

—Por favor…

Le tomé el rostro entre las manos y grabé en mis palmas las mismas heridas que le marcaban las mejillas.

Estaba helado.

—Papá…

No respondió.

No me miró, ni me tranquilizó.

No me sonrió.

«Boom…».

—Papá, por favor… —Negué con la cabeza, con el corazón agrietándose en cada latido—. Papá…

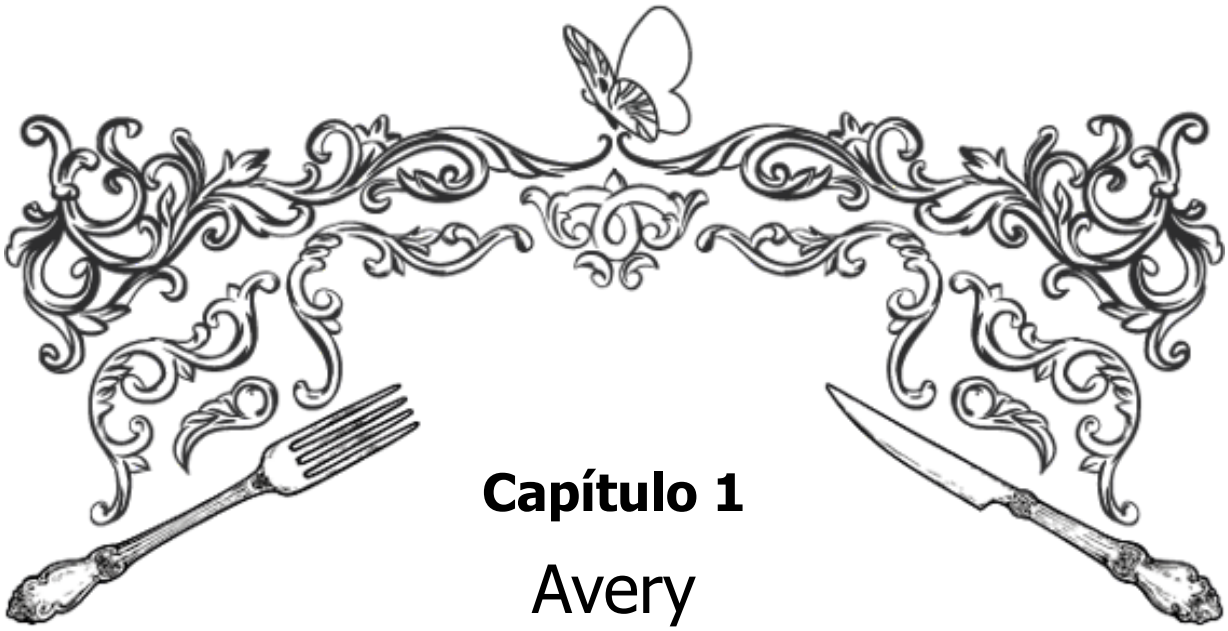
En un último y desgarrador instante, intentó levantar un brazo, casi como si quisiera acariciarme la cara con los dedos. Pero su mano no llegó a tocarme.

«Boom…».

Como una vela a merced del viento, toda la fuerza que aún permanecía en lo más profundo de su mirada se desvaneció.

Y sus párpados, más pesados que la desesperación que me ahogaba, se cerraron.

«Boom».
—¡Papá!



Capítulo 1

Avery

—¿No hay nada? —preguntó Mandy, que se sentó frente a mí en la hornacina de la ventana.

A nuestro alrededor, el comedor estaba abarrotado, y las voces agitadas de nuestros compañeros llenaban el aire. Pero no les presté atención y seguí deslizando el dedo por la pantalla.

—Menos que nada.

—¿En serio? —Sentía su mirada preocupada sobre mí—. Tiene que haber algún puesto disponible…

—Los hay. —Levanté la cabeza—. Pero son cosas que no encajan conmigo.

—Es imposible que no haya ni siquiera uno. —La determinación familiar de su rostro me habría hecho sonreír si en ese momento no hubiera estado a punto de hundir las manos en el pelo y dar tirones con todas mis fuerzas—. Déjame ver.

Mandy me arrebató el teléfono de las manos y empezó a navegar por la misma página de ofertas de empleo que a estas alturas ya me sabía de memoria, así que aproveché para coger una zanahoria de la bandeja del almuerzo y darle un mordisco.

—Mmm… —Frunció los labios en una línea delgada—. Mira, ¿qué te parece esto?

Me incorporé mientras ella clicaba en el anuncio y lo leía en voz alta.

—Dependienta en Pink Ribbon, media jornada, sueldo pagado semanalmente.

Resoplé, decepcionada.

—No me veo, Dy.

—¿Encargada asistente en Starbucks?

—En primer lugar, no estoy cualificada. En segundo lugar, no.

Hizo una mueca con la boca.

—Oh, ¿y este? Buscan un ayudante para la Apple Store.

—Dy, por favor…

Me lanzó una mirada perpleja.

—Para alguien que está buscando trabajo desesperadamente, eres bastante tiquismiquis, ¿sabes?

Abrí los ojos de par en par.

—No es verdad. Me iría bien cualquier cosa, lo que sea.

—¿Y qué tienen de malo estos, entonces? —Señaló el teléfono.

—¿En serio? —Me froté la sien y noté la fina cicatriz bajo los dedos. Aparté la mano enseguida—. Todos esos trabajos son de día. Y puede que se te haya olvidado, pero por la mañana y a primera hora de la tarde estoy ligeramente ocupada. —Miré a mi alrededor. Nuestros compañeros seguían comiendo y charlando como si nada.

Sentí un pinchazo en el estómago, pero lo ignoré. Como siempre.

—Oh —se limitó a responder mi mejor amiga.

—Ya… Necesito algo que pueda hacer por la noche. He enviado el currículum al Savoy Cinema y al Boston Bowl, pero no me han contestado.

—¿Trabajo como camarera?

—Sería perfecto, pero no hay nadie buscando personal, al menos no por aquí cerca.

Me ofreció una sonrisa triste.

—Podría llevarte yo en coche.

En cuanto pronunció esas palabras, una capa helada me cubrió la piel.

—No —dije con más brusquedad de la que pretendía—. Quiero decir, no… no puedo, ya lo sabes. —Antes de que su expresión se oscureciera, añadí—: Además, ¿ir y volver cada noche? Trent me mataría.

—¿Por qué se supone que debería matarte?

Di un respingo tan fuerte que casi se me cae la bandeja.

—Maldita sea.

Trent se había acercado sin que me diera cuenta, y en ese momento una mirada divertida le brillaba en los ojos.

—Porque apareces detrás de la gente y provocas infartos —respondí.

Él se rio mientras hizo que Mandy se levantara, se sentó en su sitio y luego la acomodó sobre sus piernas.

—Ry está buscando trabajo —le explicó ella a su novio.

—¿Todavía?

—Encontrar empleo no es tan fácil como parece —dije, frustrada, y recuperé el móvil para consultar de nuevo los anuncios de la *app* —. Oh, mira, buscan una «camarera» en el Slutcracker.

Trent frunció el ceño.

—¿El local de *striptease?*

Asentí, preparada para soltar algún comentario sarcástico, pero Mandy lo fulminó con la mirada antes de que yo abriera la boca.

—¿Y cómo es que lo conoces?

—Venga, nena, todo el mundo lo conoce —respondió, rascándose la nuca.

—Tiene razón —intervino Weston, que se había unido a nosotros y tenía un hombro apoyado en la pared, a mi lado—. Los jueves es noche de animadoras. —Bajó la vista hacia mí—. Creo que los pompones te quedarían bien, Ry.

Le ofrecí una sonrisita para seguirle el juego.

—¿No crees que Trent se sentiría incómodo si me viera bailar en la barra?

—Siempre puede concentrarse en las otras tías, suelen gustarle —replicó Wes. Y Mandy se puso roja como un tomate.

—Capullos —masculló Trent antes de dirigirse a su novia—. Ya sabes que te están tomando el pelo, nunca he puesto un pie en ese sitio.

Mandy entrecerró los ojos, y él le apartó un rizo rubio de la frente antes de acariciarle la mejilla.

—Tú eres la única animadora que quiero —le susurró.

—No soy animadora.

Trent se encogió de hombros.

—Podríamos robar un uniforme y unos pompo… —Se detuvo un instante.

—¿Qué pasa?

—Nada, te estaba imaginando con… —Tragó saliva—. Joder, tenemos que robar un uniforme para ti cueste lo que cueste.

Mandy rompió a reír.

—Eres idiota.

—Eso lo dices porque no has visto lo que he visto yo.

Redujo la distancia que los separaba y estampó sus labios en los de Mandy para darle un beso tan apasionado que pareció que mi mejor amiga iba a derretirse sobre él. Las mejillas se le habían enrojecido y se aferraba a la sudadera deportiva de Trent.

—¿No habíamos establecido una regla sobre las muestras de afecto en público? —pregunté a Wes, llevando la vista hasta él.

—¿Desde cuándo esos dos respetan las reglas?

Fruncí la nariz.

—Me esperaría un poquito más de disciplina del *quarterback* de los Boston High Lions.

Sin dejar de besar a Mandy, Trent me enseñó el dedo corazón, y yo solté una risita divertida antes de volver a mirar el teléfono.

—¿De verdad no hay ninguna novedad? —preguntó Wes, que cogió una silla de una mesa libre y se sentó a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo.

Negué con la cabeza.

—Pero seguro que saldrá algo —murmuré, más para mí que para él.

Weston vaciló y me estudió con sus grandes ojos verdes durante unos segundos.

—Ya sé que no es lo ideal, pero mis padres están buscando una canguro para el fin de semana. Ellos trabajan, y yo tengo entrenamientos y partidos… —Se rascó la nuca—. Necesitan a alguien que se quede con mis hermanas.

—Oh. —Parpadeé un par de veces. Trabajar para la familia de Weston sería… raro. Pero no estaba en posición de rechazar nada.

—Piénsatelo. Podrías hacerlo hasta que encuentres otra cosa —propuso, como si me hubiera leído la mente.

—Bueno, es…

Mi teléfono emitió un sonido, y me fijé en la notificación que apareció en la pantalla.

Durante un instante, todo el comedor se sumió en silencio. El corazón se me subió a la garganta.

—Ry…

Me puse en pie tan rápido que la cabeza me dio vueltas.

—¿Todo bien? —preguntó Weston.

Incluso Trent y Mandy regresaron a la realidad, pero yo no podía apartar la vista del teléfono.

—El Ambroisie… Han… Ellos… —tartamudeé.

Mandy frunció el ceño.

—¿El Ambroisie? —repitió, y estaba segura de que recordaba todas las horas que me había pasado hablándole de aquel restaurante—. ¿No cerraron la fase de selección hace dos meses?

—Sí, pero… no… —Mil pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, pero no había tiempo. Ni para pensar, ni para reflexionar, ni para esperar…

No había tiempo.

—Tengo que irme. Ahora. ¿Puedes cubrirme, Dy?

—¿Irte? ¿No basta con enviarles el currículum a través de la *app?*

Negué con la cabeza.

—No pueden rechazarme. Otra vez no. —Me guardé el móvil en el bolsillo—. Cúbreme, ¿vale?

—Eh, vale, cla…

—Gracias —la interrumpí, y eché a correr fuera del comedor—. ¡Deseadme suerte!

Ni siquiera me detuve para coger la chaqueta de la taquilla, no quería perder unos segundos preciosos. Y es que cada segundo contaba, lo sabía.

Un aire gris y helado me golpeó en cuanto salí del instituto, pero apenas eché un vistazo a las nubes densas que cubrían el cielo mientras corría hacia la bici y le quitaba el candado.

El Ambroisie estaba a menos de quince minutos de allí, pero si llevaba los músculos al límite, llegaría en diez. Tenía que hacerlo. Necesitaba hacerlo. Y no solo porque necesitara un trabajo…, sino porque necesitaba ese trabajo.

Me invadió una mezcla de expectativas y nervios, y pedaleé por las calles con convicción. Una convicción que se apagó cuando, a medio camino, empezó a llover.

—No, ahora no, por favor… —gemí mientras alzaba la mirada hacia la cortina oscura que tenía encima.

No era solo lluvia.

Era una tormenta.

Inspiré hondo y volví a concentrarme en la carretera.

A medida que pasaban los minutos, el viento que soplaba se volvía más frío y las gotas transparentes se tornaban más violentas y afiladas. Pero no me detuve, ni siquiera cuando un rayo rasgó el horizonte. Seguí pedaleando sin reparar en la respiración entrecortada ni en el pelo mojado, que se me pegaba a la piel de la cara y el cuello.

Al fin, doblé la última esquina. Y lo vi.

La entrada delimitada por baldosas negras y doradas, los enormes ventanales de vidrio ahumado, las delicadas letras doradas que formaban el letrero del restaurante…

El Ambroisie rezumaba elegancia, y era una visión que me había perseguido desde el momento en que se anunció la noticia de su apertura.

Incapaz de apartar los ojos del edificio, bajé del sillín con la bici todavía en movimiento y la apoyé contra una farola.

Había enviado mi currículum tres veces. Me había ofrecido como camarera, como limpiadora y como friegaplatos. No me habría importado partirme la espalda fregando platos y ollas; me habría bastado con respirar el aire de aquella cocina y observar, aunque fuera de lejos, la técnica del chef con estrellas Michelin que la dirigía.

Pero ellos no habían tenido en cuenta mi candidatura…, y ahora tenía la intención de obligarlos a hacerlo.

Con mariposas en el estómago y la garganta cerrada, me acerqué a la puerta.

Vi mi reflejo en el cristal.

Di un respingo.

—Oh, no…

El rímel se me había corrido por las mejillas y el pelo mojado era una maraña desordenada que se enredaba sobre mis hombros.

Me pasé los dedos por debajo de los ojos e intenté peinarme los mechones enredados, pero no podía hacer mucho por mejorar la situación. Al menos no allí, bajo la lluvia.

—Muy bien, no importa —traté de convencerme cuando el cristal me devolvió una imagen mínimamente decente—. Podría ser peor.

Inspiré hondo y me obligué a creer en mis propias palabras mientras contenía el nerviosismo que me devoraba. Al fin, rodeé las manillas doradas con los dedos y empujé las puertas, decidida a enfrentarme a lo que fuera a encontrar al otro lado.

Las puertas, sin embargo, no se abrieron.

—No. No, no, no… —Las sacudí varias veces, haciéndolas tintinear, pero el restaurante seguía cerrado. Inaccesible—. No…

Una decepción amarga me subió por las paredes del estómago. Apoyé la frente contra el cristal.

En ese momento, a lo lejos, vi unas luces encendidas.

Había alguien ahí dentro.

Una nueva esperanza brotó en mí como fuego, y empecé a llamar a la puerta.

Y llamé otra vez.

Y otra…

Pero nadie vino a abrirme.

—Maldita sea —solté, y golpeé la pared del edificio con la palma de la mano.

¿Todo eso había sido inútil?

No.

Me negaba a creerlo.

No.

Retrocedí unos pasos y miré a mi alrededor. Desde allí no veía más entradas, pero todos los restaurantes tenían un acceso trasero. Solo tenía que encontrarlo. Y esperar tener más suerte.

Caminé bajo la lluvia y giré por un callejón lateral que estaba delimitado únicamente por unos contenedores limpios y ordenados. Y allí, a unas decenas de metros, la vi.

Una puerta.

Entreabierta.

Sentí una mezcla de alivio y felicidad. Me dirigí de inmediato hacia allí, mientras un nudo de nervios se me formaba en la garganta.

Toda esa inquietud estalló en cuanto estuve lo bastante cerca como para oír voces alteradas procedentes del interior.

—Me importa una mierda, Courtney. Encuentra a alguien —tronó una voz profunda.

—Podemos volver a contar con ella —respondió una mujer—. Pero solo si tú…

—Si yo ¿qué?

Un escalofrío me recorrió la espalda. No parecía que esa persona, fuera quien fuera, estuviera dispuesta a aceptar ninguna réplica.

—Solo digo que todos estamos estresados —insistió ella—. Deberías respirar.

—¿Respirar? —Aquel tono era tan firme que me heló la sangre—. ¿Qué mier…?

Una fuerza desconocida me empujó hacia delante y, antes de poder pensarlo dos veces, ya estaba llamando a la puerta. Tal vez quería salvar a Courtney, fuera quien fuera, de la ira de aquel hombre. O quizá solo estaba siendo increíblemente temeraria.

La puerta entornada se abrió por completo, y en el umbral apareció una mujer con el pelo largo cobrizo y un cuerpo que cualquier modelo envidiaría.

Me miró de la cabeza a los pies mientras arqueaba una ceja.

En comparación con ella, que era guapísima, iba perfectamente arreglada y vestía de forma impecable, yo debía de parecer un esperpento. Pero no me importaba.

Para aquel trabajo, lo más importante no era el aspecto, sino el carácter. La determinación. La preparación. Y no me iría de allí hasta demostrar que los tenía.

—¿Sí?

Enderecé la espalda.

—Buenas tardes. Lamento molestar. —Eché un vistazo tras ella con la intención de entrever al hombre con el que la había oído discutir, pero no lo vi—. He visto la oferta de trabajo. Buscan una camarera.

La mujer, Courtney, frunció el ceño.

—La hemos publicado hace diez minutos.

Asentí.

—Lo sé.

Un trueno retumbó sobre mi cabeza y el fragor de la lluvia aumentó.

—Maldita sea —murmuró ella en un susurro—. Entra.

Le hice caso y avancé mientras me frotaba los brazos con las manos para mitigar el frío que me calaba hasta los huesos. Pero, en cuanto miré a mi alrededor, cualquier otra sensación que no fuera puro asombro me abandonó.

—Dios mío… —exclamé en un suspiro, incapaz de evitarlo.

No me encontraba en el almacén oscuro de un restaurante, sino que estaba en la cocina. Y era exactamente como me imaginaba que

sería el paraíso.

El acero inoxidable brillaba con luz propia, y todas las ollas, utensilios y platos estaban colocados de una forma tan intuitiva que cualquiera habría podido pisar esa cocina y encontrar cualquier cosa que buscara. Todo estaba estudiado, hasta el último detalle, calibrado al milímetro. Pero lo más increíble era el aire.

Olía a limpio… y a perfección. Porque sí, la perfección tenía un aroma. Y yo lo estaba respirando a pleno pulmón.

—¿Por qué motivo hay una chica empapada y goteando en mi cocina? —gruñó la misma voz de antes.

De repente, la realidad volvió a existir a mi alrededor, y me giré de golpe hacia el hombre que había hablado.

Un segundo.

Un segundo, y mis párpados se abrieron tanto que sentí un pinchazo en las sienes.

Oh, Dios mío.

Rayden Wade.

No podía ser. Estaba allí, a pocos pasos de mí, y era…

Oh. Dios. Mío.

Lo habían nombrado *chef de cuisine* con solo diecisiete años, había abierto su primer restaurante a los veintiuno, había ganado el premio James Beard a los veintitrés y había recibido dos estrellas Michelin a los veinticinco, cuando la guía decidió que tendría en cuenta los restaurantes de América del Norte expresamente por él. Y ahora, con veintiocho años, había dejado por primera vez el Black Gold, su restaurante con estrellas en los Hamptons, para abrir el Ambroisie en Boston.

Hacía años que seguía su trabajo. Hacía años que admiraba su trabajo.

Cuando se retiró de la vida pública, seis meses atrás, todo el mundo se preguntó qué le habría ocurrido. Y cuando anunció la nueva apertura… Fue algo inesperado, al menos para mí. Sobre todo si tenemos en cuenta que el restaurante se encontraba justo en mi ciudad.

Pero jamás habría imaginado que llegaría a verlo en persona, y mucho menos tan de cerca. Y, sin embargo, Rayden Wade estaba allí, a pocos metros de mí. Y…

Se me secó la boca. Ninguna de las fotos de él que había visto en las revistas le hacía justicia.

Su pelo negro, sobre el que las luces de la cocina creaban unos reflejos azulados, proyectaba sombras oscuras sobre un rostro con rasgos tan definidos que parecía el de una estatua de un ángel caído.

No había ni un solo detalle al azar, ni un solo milímetro que no pareciera fruto de años esculpiendo y puliendo el mármol más exquisito.

Los pómulos marcados, la mandíbula tensa, la barba incipiente sobre las mejillas…

Y los ojos.

Dios mío, los ojos.

Enmarcados por largas pestañas oscuras, dos iris del mismo color que la lluvia que arreciaba fuera del restaurante formaban un caleidoscopio de frialdad y dureza. Era una tormenta que no dejaba escapatoria, un temporal que amenazaba con atraparte en su interior y no dejarte ir jamás. Y lo habría hecho conmigo si mi atención no hubiera estado centrada en otra cosa. Pero mi mirada, como si tuviera vida propia, ya se había deslizado hacia su pecho. Y cuando vi lo que llevaba puesto…

Contuve el aliento.

Una chaqueta negra de chef se ceñía a sus anchos hombros, se ajustaba en torno a sus bíceps y se entallaba sobre su cintura estrecha. El primer botón estaba desabrochado, y un único triángulo de tela caía hacia abajo y dejaba entrever un trocito de piel lisa y bronceada.

Su rostro no era lo único que parecía tallado en mármol. Todo su cuerpo parecía una escultura. Y en aquel momento comprendí que, tal vez, antes me había equivocado.

No era la cocina lo que olía a perfección.

Era él.

—¿Y bien? —insistió, lo que me devolvió a la realidad.

—Eeeeh, yo…

—Ha visto el anuncio del puesto de trabajo —explicó Courtney, que cerró la puerta y se acercó al chef.

Él arqueó una ceja y mantuvo su atención fija en mí.

—¿Y por qué estás aquí?

Muy bien, esa era mi oportunidad.

—Porque quiero el puesto.

—Sí, eso ya lo había entendido, jovencita —dijo, ligeramente molesto—. Me refería a por qué has venido aquí, a mi restaurante, en lugar de mandar el currículum.

Enderecé la espalda todavía más.

—He enviado el currículum cada vez que se ha abierto una vacante. Nunca he recibido respuesta.

Courtney negó con la cabeza.

—Eso significa que no encajas con nosotros. Lo siento, puedes irte.

—No. —Esa palabra me salió de la garganta antes de que pudiera detenerla—. Ni siquiera me conocéis. —Me humedecí los labios—. Háganme una entrevista. No pido más.

—Mira, cariño, no tenemos…

—¿Dónde estabas? —preguntó el chef, interrumpiéndola.

Parpadeé.

—¿Cómo?

Él cruzó los brazos sobre el pecho, por encima del uniforme negro de cocinero, y los bíceps se le tensaron de una forma casi hipnótica.

—Cuando has visto que hemos publicado una oferta de trabajo. ¿Dónde estabas?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Voy a darte un consejo, jovencita. Si tu posible empleador te hace una pregunta, tú respondes. —Dio un paso hacia mí—. Quiero

saber si has dejado el trabajo que estabas haciendo para venir aquí, si estabas en clase o si, por casualidad, estabas por la zona.

Sostuve su mirada y opté por ser honesta, porque no sabía cuál era la respuesta correcta.

—Estaba en clase.

—¿Acaso importa? —preguntó Courtney.

—Sí —respondió Wade con sequedad—. Si se hubiera marchado de un trabajo en plena jornada, eso demostraría que no es de fiar. Pero haber salido de clase… —Me estudió—. O no te importa recibir una buena educación, o realmente quieres este trabajo. Y lo quieres con tantas ganas como para haber venido corriendo hasta aquí bajo la lluvia.

—Quiero este trabajo, de verdad.

Algo brilló en su mirada, pero su expresión permaneció dura. Impasible.

—¿En qué restaurantes con estrella has trabajado?

«Mierda».

—En ninguno —admití.

—¿En ninguno? —La voz mordaz de Courtney me hizo apretar los dientes.

Wade la ignoró.

—Entonces, ¿en qué restaurantes sin estrella has trabajado?

Negué despacio con la cabeza.

—En ninguno, pero…

—Ya basta —intervino Courtney, levantando una mano—. ¿Sabes cuántas solicitudes hemos recibido desde que hemos publicado la oferta? La última vez que he mirado había más de cincuenta. Personas con años de experiencia que saben cómo funcionan las cosas en una cocina de este nivel.

Me presioné el muslo con el puño.

—Sé que no tengo experiencia, pero…

—Nos estás haciendo perder el tiempo. ¿Lo entiendes?

Apreté los dientes mientras la mujer me miraba como si le diera pena. Un incendio se desató en mi pecho.

—No encontrarán a nadie mejor que yo para este trabajo. Y sí, sé que puede resultar pretencioso por mi parte, pero es la verdad. Aprendo rápido, sé escuchar y sé cómo funcionan las cosas en una cocina de este nivel. —Lancé una mirada desafiante a Courtney antes de centrarme en el chef—. Sigo su trabajo desde siempre. Conozco sus platos, sus especialidades y lo que…

—¿Alguna vez has comido en mi restaurante? —me interrumpió.

Durante un segundo, me quedé con los labios entreabiertos.

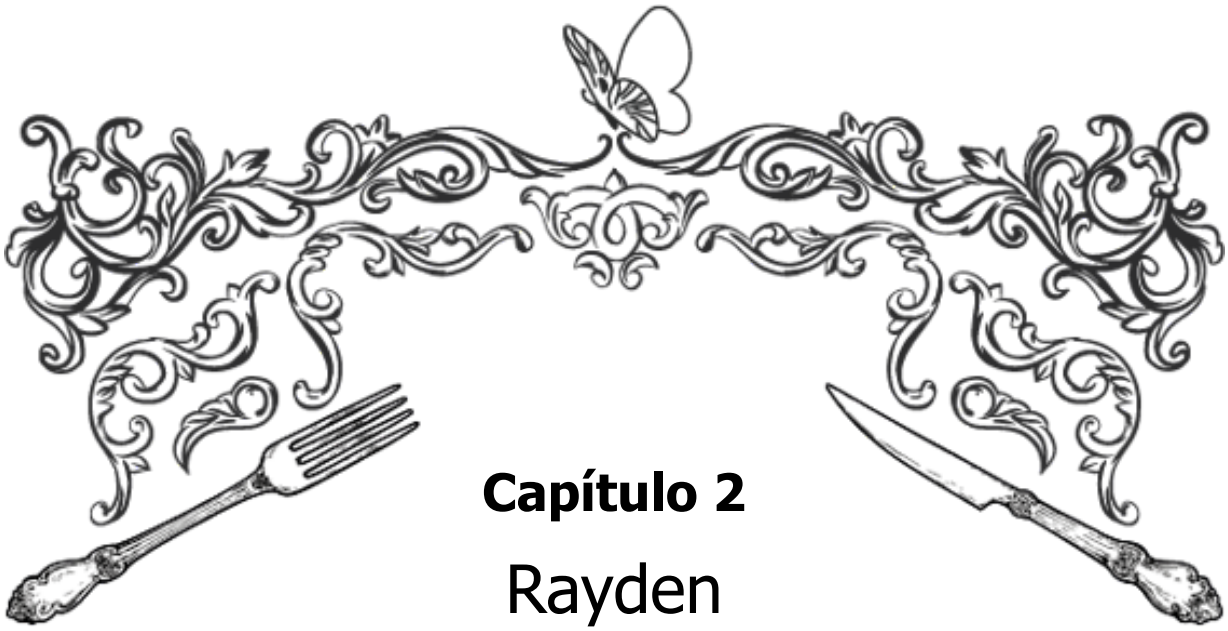
—No.

Courtney ahogó una risita, y la sangre me hirvió en las venas.

—El hecho de que nunca haya podido permitirme gastar más de cuatrocientos dólares en una cena no significa que no sepa de lo que hablo. —No me avergonzaba, era la verdad. Y aquella frase pareció mover algo dentro de Wade—. Solo le pido una oportunidad. Nada más.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué debería contratarte?

—Ya se lo he dicho. Porque no encontrará a nadie mejor que yo.



Capítulo 2

Rayden

Aquella chica ardía.

Aunque estaba empapada casi por completo, tenía fuego dentro. Lo veía en sus ojos. Casi podía sentirlo…

Y hacía mucho tiempo que no sentía algo así.

—Rayden, no estarás pensando en serio… —empezó Courtney, pero levanté una mano para hacerla callar.

—Has dicho que conoces mis platos y que sabes moverte en un restaurante —dije, dirigiéndome a la chica—. Demuéstralo.

Ella asintió y enderezó los hombros, como si se preparara para enfrentarse al reto que estaba a punto de lanzarle.

—Un cliente se sienta en nuestra mesa. Pide agua mineral para beber. Luego, como entrante, elige ostras con crema dulce. Como primero, *linguine* con salsa de almejas. Como segundo, langosta a las cinco especias con higos y *foie gras*. ¿Tú qué haces?

Durante un segundo, sus ojos color caramelo oscuro se ensombrecieron mientras reflexionaba sobre mis palabras. Ya intuía la sensación de victoria de Courtney, a mi lado. Hasta que la chica apretó los puños.

—Al cliente le ofrecería la carta de vinos y le recomendaría los mejores maridajes para cada plato.

—Te he dicho que ha pedido agua.

Ella asintió.

—Lo sé. Pero un hombre que está dispuesto a gastar todo ese dinero en una comida, difícilmente escatimará en alcohol. Así que, si rechazara los vinos, tendría la confirmación que estoy buscando.

Reprimí el impulso de esbozar una sonrisa.

—¿Y cuál sería?

—Que es abstemio.

Una vaga admiración me rozó el estómago.

—¿Y por qué es importante que lo sepas?

—Porque todos los platos que ha pedido se preparan con alcohol —respondió, completamente segura de sí misma—. Las ostras llevan una salsa de vermut. En las *linguine* hay Sauvignon Blanc. Y en la langosta, los higos van empapados en oporto.

De forma casi imperceptible, asentí. Courtney, por su parte, no parecía opinar como yo.

—¿Por qué lado se sirven los platos al cliente? —le preguntó.

—Por la derecha —respondió enseguida.

—¿Y por qué lado se retiran?

—Por el izquierdo.

—En un solo viaje, ¿cuántos platos se pueden retirar?

—No más de cuatro.

—¿Por qué lado se sirve el vino?

—Por el derecho. Y la copa se sujeta por el tallo, para no ensuciar ni calentar el cristal.

—¿Y qué…?

—Basta. —Levanté dos dedos para interrumpir a Courtney, pero no me digné a mirarla ni un segundo. No podía dejar de observar a la chica empapada de lluvia que tenía a pocos metros de mí—. ¿Cómo sabes todas estas cosas?

—Siempre he querido trabajar en un restaurante. Mi sueño es entrar en una cocina, pero estoy dispuesta a empezar por cualquier cosa.

Su sinceridad era desarmante.

—Es un buen sueño, jovencita. Pero conseguirlo requiere esfuerzo. Trabajo duro. Sacrificio.

En lugar de intimidarla, mis palabras avivaron el fuego que tenía dentro, hasta que estuve seguro de sentirlo quemándome la piel.

—Lo sé. Si no fuera así, no valdría la pena perseguirlo.

Me pasé una mano por la barbilla mientras seguía analizándola y, durante algunos segundos, un silencio eléctrico se instaló entre nosotros.

Aunque se esforzaba por parecer impasible, veía la agitación en sus ojos. Aun así, no apartó la mirada. La dejó fija en la mía para permitir que la siguiera estudiando, sin esconderse, sin echarse atrás.

Mucha gente la habría considerado ingenua. Infantil.

Mucha gente se habría equivocado.

—De acuerdo. —Mi voz resonó en la cocina, y tanto ella como Courtney abrieron los ojos de par en par—. Mañana se celebrará la inauguración —la informé—. Todo el personal debe llegar a primera hora de la tarde para prepararse para la velada, que terminará sobre las once. Después de ese día, la cocina cerrará a las nueve y media, o cuando se mande a sala la última comanda. El domingo y el lunes cerramos —enumeré, y las chispas que ya ardían en sus ojos se avivaron con cada una de mis palabras—. El resto de los días tendrás que llegar a las tres, puntual y lista para trabajar. ¿La universidad supondrá un problema?

Su expresión se volvió confusa.

—¿La universidad?

—Las clases —especifiqué, sin esconder la irritación en mi voz—. Las que te has saltado para venir aquí.

—Oh. —Se le encendieron las mejillas—. No, ehm… Mis estudios no serán un problema.

—Bien. Los dos primeros días serán de prueba. —Le lancé una mirada penetrante—. Tienes tu oportunidad. No la desperdicies.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, y era tan intensa que le iluminó todo el rostro.

—Oh, Dios mío. —Se llevó una mano a la boca—. No sé ni cómo darle las gracias, señor…

Negué con la cabeza.

—Primer error, jovencita. Cuando te dirijas a mí, tienes que llamarme chef.

Sus ojos resplandecieron todavía más.

—Gracias, chef.

Al oírla pronunciar esa palabra, una sensación completamente nueva se me clavó en la piel, pero la ignoré.

—Procura no olvidarlo. —Me giré hacia Courtney—. Encárgate de que firme el contrato, luego dale un uniforme y un menú. Y, antes de que se marche, haz que limpie el suelo. —Señalé el charco que se había formado bajo sus pies.

Ella bajó la mirada y dio un paso atrás, avergonzada.

—No hagas que me arrepienta de esta decisión —le advertí.

—No, claro, no lo haré —dijo enseguida. Y, cuando alcé una ceja, se corrigió—. No, *chef.*

Volví a notar la misma sensación de antes, y me giré para evitar que algún cambio en la expresión de mi rostro me delatara.

Había algo en esa jovencita. Su pasión resultaba intrigante, su determinación era jodidamente hipnótica. Y ella…

Ella estaba totalmente en la zona prohibida.

No solo porque, si iba a la universidad, era al menos cinco años más joven que yo, sino porque ahora, además, formaba parte de mi equipo. Y si algo me había enseñado más de una década de experiencia, era no cometer gilipolleces de ese tipo. Y ya estaba haciendo demasiadas excepciones.



Aquella tarde revisé por enésima vez el inventario, las cámaras frigoríficas y las superficies de trabajo de acero. Todo tenía que estar a punto, ser perfecto. No pensaba arruinar de nuevo lo que me había costado tanto construir.

—Necesitas un descanso.

Levanté la vista de las especias que estaba examinando y vi a Deelylah apoyada en una barra con los brazos cruzados.

—No tengo tiempo para tomarme un descanso —respondí.

—Llegar agotado a la inauguración no te ayudará —señaló.

—No estoy agotado. —Lo había estado, en el pasado. Sabía lo que significaba estar agotado. En ese momento, ni siquiera me acercaba.

Mi *sous chef** suspiró y se acercó a mí.

—Lo digo en serio, Ray. Estamos listos. Nos has preparado durante meses, sabemos lo que tenemos que hacer.

Tenía razón. Había escogido personalmente al mejor equipo con el que había trabajado nunca, y a lo largo de las últimas semanas habíamos alcanzado un nivel de armonía que jamás habría creído posible. Pero no bastaba. En una cocina, la preparación por sí sola nunca era suficiente. Todo se reducía a las horas de servicio. Al caos de las comandas, a los errores que se cometen, a los tiempos ajustados.

—Estar listos no basta —dije—. Tenemos que ser perfectos.

Deelylah me miró a través de las pestañas y me apoyó una mano en el centro del pecho.

—Lo seremos. —Lentamente, sus dedos se deslizaron hacia abajo —. Pero necesitamos que nuestro chef no esté al borde de un colapso por culpa de la presión. —Detuvo la palma en la entrepierna de mis pantalones, y una serie de escalofríos de placer me recorrieron el vientre—. Déjame ayudarte, Ray —me susurró al oído —. Déjame distraerte un rato…

Joder, ojalá pudiera. Que aliviara mi estrés, aunque solo fuera durante unos minutos. Pero…

Le sujeté la muñeca.

—Aquí no.

Mi voz salió más brusca de lo que pretendía, pero ella pareció no darle importancia. Estaba acostumbrada. Y conocía las reglas: en la cocina no.

—Vale. Entonces vayamos a…

—Está confirmado.

Courtney apareció de repente en el umbral, caminando tan rápido como le permitía la falda tubo que ceñía sus largas piernas, y Deelylah se apartó de mí.

—Clarice D'Arnaud estará presente en la inauguración.

Se me tensaron los músculos.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Sí.

—Mierda —murmuró Deelylah.

Demasiados pensamientos estallaron en mi cabeza.

—Quiero a toda la brigada aquí en una hora —ordené a mi *sous chef*, y luego me dirigí a la jefa de sala—. Asegúrate de que todos los camareros lleguen puntuales mañana. Quiero verlos en acción antes de la apertura.

—Deberíamos haber hecho una preinauguración —dijo Courtney, y vi un atisbo de reproche en su mirada.

—Si todo el mundo hace su puto trabajo, no habrá ningún problema —gruñí.

—¿Habéis encontrado un sustituto para Viola? —preguntó Deelylah.

—Vivian —la corrigió Courtney, aunque no parecía muy segura—. Creo que se llamaba así, al menos… Sí, en cualquier caso, Ray tuvo la brillante idea de contratar a una chica arrogante y engreída con cero experiencia.

Alcé una ceja.

—¿Arrogante y engreída?

—Oh, por favor —bufó la jefa de sala—. «Contrátenme, no encontrarán a nadie mejor que yo» —añadió en una imitación pésima.

Deelylah parpadeó.

—¿De verdad dijo eso?

—Sí, después de colarse aquí dentro completamente empapada y exigir que le hiciéramos una entrevista. —Courtney negó con la cabeza—. En serio, Ray, ¿en qué estabas pensando? ¿Qué viste en ella?

—Pasión. —Dije esa palabra sin tener que pensarlo ni un segundo. Todo en aquella jovencita desprendía pasión.

Deelylah me miró de reojo.

—¿Así que te la quieres tirar? Había formas más sencillas de conseguirlo que no implican poner en riesgo el restaurante.

La fulminé con la mirada.

—No me refería a ese tipo de pasión. Y el restaurante no está en riesgo. Es competente. —O, al menos, eso esperaba—. Pero ten preparada una alternativa, por si sale mal —le dije a Courtney.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Crees que no lo he hecho ya? Avery no llegará al final del primer turno sin armar algún desastre. O sin salir corriendo.

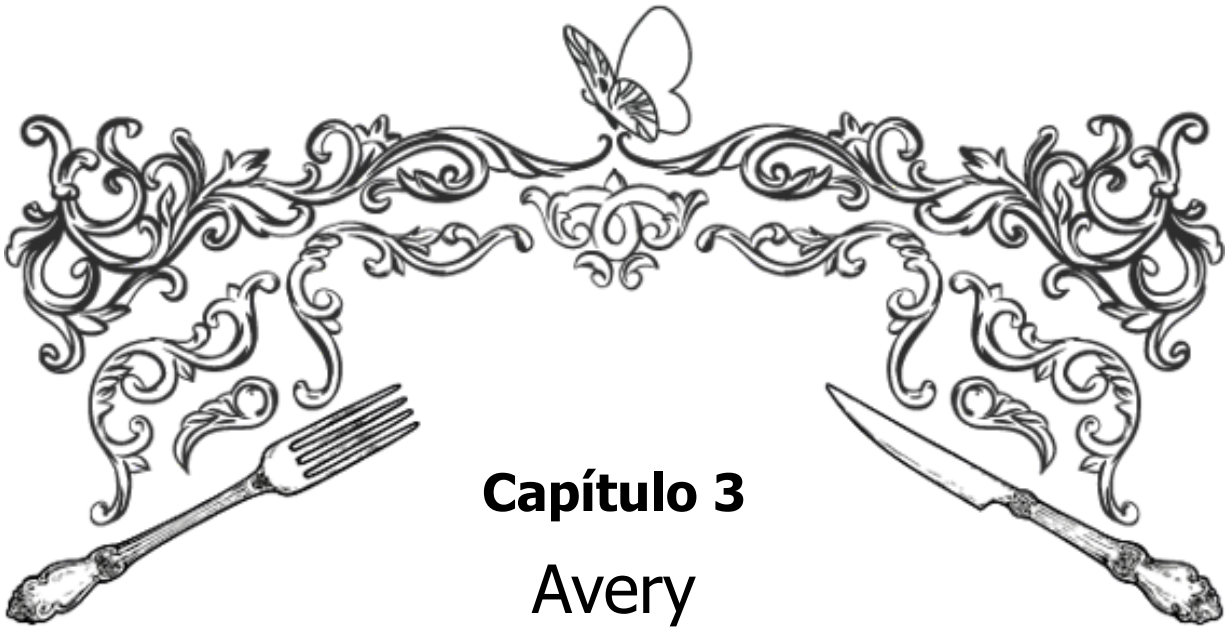
Avery. La jovencita tenía un nombre, por fin.

—Ya veremos.

No sabía qué pasaría. Trabajar en un restaurante como el mío era estresante. No solo para la brigada de cocina, sino para todo el personal. Se exigía perfección hasta en el mínimo gesto, y los camareros tenían que hacer gala de ella. Eran ellos quienes trataban con los clientes, quienes representaban al Ambroisie. Un paso en falso y no volverían a pisar mi local.

Al día siguiente descubriría si Avery estaba a la altura del puesto. Si aprovecharía la oportunidad que le había dado. O, por el contrario, si la echaría a perder.

* También llamado «subchef», es el segundo al mando en la cocina. Dirige la presentación de los alimentos en el plato y es el responsable del control de calidad. También desempeña un papel mucho más práctico, gestionando al personal y formando a los empleados nuevos. *(N. de la T.)*



Capítulo 3

Avery

—¿Ry? —La voz de Mandy resonó desde la entrada de mi casa.

—¡En mi habitación! —grité como respuesta, y cuando escuché unos pasos acercarse, supe que no venía sola.

En cuanto mis mejores amigos cruzaron el umbral, se quedaron pasmados.

Mandy entreabrió los labios. Trent me miró con los ojos como platos. Weston se quedó pálido.

—¿Y bien? —pregunté, abriendo los brazos—. ¿Qué pensáis? —Giré sobre mí para que vieran el uniforme que llevaba puesto.

Los pantalones negros se ceñían a mis piernas, igual que la camisa a juego se adhería a mi pecho. El chaleco con ribetes dorados acentuaba la curva de mis caderas y mi cintura, y dos mechones castaños me enmarcaban el rostro, mientras que el resto del pelo lo llevaba recogido en un moño bajo, como me había indicado Courtney.

Llevar aquel uniforme ya era, de por sí, un sueño hecho realidad, y no podía dejar de mirarme al espejo.

—Bueno, ehm… —empezó Trent.

—Tú… —intentó Weston.

—Tetas —dijo Mandy a bocajarro, y yo fruncí el ceño—. Es lo que estamos pensando todos. Pero si lo dice él… —Señaló a su novio—, le arranco los huevos a mordiscos. Y Wes es demasiado noble para admitirlo. Pero, joder, Ry…, tetas.

Me giré hacia el espejo y me cubrí el pecho con los brazos.

—Vale, puede que el chaleco las resalte un poco, pero…

—¿Un poco? —tosió Trent, que apartó la mirada.

Sentí cómo se me encendían las mejillas.

—Es el uniforme del restaurante, no puedo hacer nada.

—¿Cómo se les ha ocurrido diseñar un uniforme así? ¿Las otras son todas tablas de planchar? —preguntó Mandy.

Me encogí de hombros.

—Todavía no he conocido a nadie.

—Aparte de la jefa de sala y del chef más bueno que el chocolate —me corrigió ella con una sonrisita.

Trent frunció el ceño.

—Así que tú puedes decir ciertas cosas de otros tíos, pero si yo…

—En primer lugar, sí, claro. Yo puedo —bromeó ella, sin dejarlo terminar—. Y, en segundo lugar, esas palabras no son de mi cosecha, sino de Ry.

Weston me observó con más atención, y yo me coloqué un mechón detrás de la oreja.

—No he dicho nada de eso —me defendí.

—Estaba parafraseando, por tu bien —replicó Mandy, con los ojos celestes brillando.

Cabía la posibilidad de que el día antes, después de salir del restaurante, estuviera un poquito emocionada. Y también cabía la posibilidad de que hubiera descrito a Wade ante Mandy usando unos términos algo atrevidos.

Le había contado que nunca en la vida había visto a alguien tan guapo, que desprendía carisma y autoridad por todos los poros, que no podía quitarme sus ojos de la cabeza…

Y que, sobre su cuerpo, el uniforme de chef tendría que ser ilegal. Porque nadie sería capaz de concentrarse en una cocina con él

vestido de ese modo.

Recordé el momento en que me había dicho que debía llamarlo chef. Y los escalofríos que me recorrieron la espalda mientras me observaba con aquella intensidad gélida.

Rayden no solo estaba más bueno que el chocolate.

Era mucho más.

—La parte buena es que vas a arrasar con las propinas —cambió de tema Trent.

—Ni siquiera sé cómo funciona el tema de las propinas —reconocí —. Y, de todas formas, estoy a prueba. Todo depende de cómo vaya esta noche.

Me empezaron a sudar las palmas, y volví a mirarme al espejo mientras intentaba recolocarme el chaleco para que disimulara un poco mis curvas. Pero cuanto más lo intentaba, más parecía conseguir el efecto contrario.

—¿A qué hora tienes que estar allí hoy? —preguntó Wes.

—A la una.

—¿Y qué pasa con las clases?

Me mordí el labio inferior.

—¿Una emergencia?

—Ry…

—Lo sé, lo sé —interrumpí a mi mejor amiga—. Encontraré una solución.

Todavía faltaban varios meses para acabar el curso, pero me las apañaría de algún modo.

—¿Y a ese chef le parece bien que te saltes las clases? —preguntó Wes, que tenía un hombro apoyado contra el marco de la puerta.

Bajé la mirada.

—Bueno…, puede que haya habido un malentendido en cuanto a eso.

—¿Un malentendido? —repitió Mandy.

Respiré hondo antes de buscar su mirada en el reflejo.

—Cree que voy a la universidad.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Lo dio por hecho.

—¿Y no lo corregiste?

—Acababa de ofrecerme el trabajo, no quería correr el riesgo de que cambiara de idea.

Mandy apoyó la espalda contra el pecho de su novio.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no acabará nada bien?

—Porque eres pesimista —respondí—. A diferencia de mí. Lo conseguiré. —Pasé los dedos sobre el nombre del restaurante, bordado en letras doradas en el chaleco.

—Joder, claro que lo conseguirás —me apoyó Trent con una sonrisa, y yo se la devolví al instante.

—Ay, Ry… —Mandy se soltó de los brazos de su novio y vino a abrazarme—. Pareces feliz —me murmuró en el oído.

Asentí, mientras la sonrisa genuina que no podía borrarme del rostro se ampliaba todavía más.

—Creo que lo soy.

Habían pasado varios meses desde que mi vida había cambiado. Desde que todo se había puesto patas arriba. Había luchado para intentar construirme una nueva normalidad, un nuevo orden que pusiera remedio al caos de mis días. Pero no había vuelto a ser feliz, no de verdad. Hasta que me encontré en la cocina del chef Wade y él me ofreció un nuevo futuro.

Mi sonrisa vaciló, y me separé lo justo para ver a Mandy.

—¿Puedo serlo?

Las lágrimas le empañaron los ojos.

—Tienes que serlo, Ry. Se acabó sentirse culpable.

Ante esas palabras, inspiré hondo. Eran las mismas que me repetía desde el día del accidente.

—Se acabó sentirse culpable —repetí.

Sabía que esa sensación jamás desaparecería del todo, pero tal vez podía aprender a vivir con ella mientras me acercaba un pasito a

lo que siempre había soñado. Y podría intentar convencerme de que no era egoísta si lo hacía.

—¿Estuviste practicando ayer? —preguntó Wes.

—Lo intenté. —Me había pasado toda la noche viendo vídeos de camareros para aprender cómo se llevaban las bandejas.

—¿Cuántos platos rompiste?

Hice una mueca.

—Cinco.

Trent contuvo una carcajada.

—¿Y cuántos fallos te permiten en el restaurante?

—Ninguno —respondí—. Cero patatero.

—Venga ya, es tu primera vez, estoy seguro de que…

Negué con la cabeza, y Wes se interrumpió.

—No funciona así, al menos en este tipo de restaurantes. Cualquier cosa que no sea perfecta no es aceptable.

—¿Y por qué quieres trabajar en un sitio así? —Weston hizo una mueca—. Parece estresante.

Sonreí.

—Lo es. Tiene que serlo. Pero vale la pena.

No estaba segura de que tuviera sentido, y tal vez era mi ingenuidad la que hablaba, pero sabía que era cierto. Volcaría toda mi energía en aquel trabajo, y lo daría todo y más en cada segundo. Me equivocaría, pero también encontraría la solución a mis errores. Y seguiría atendiendo las mesas con una sonrisa, hasta que por fin llegara el momento en que pudiera cruzar esa delgada línea del pase,* la que separaba al personal de sala de la brigada de cocina.

Lo conseguiría.

Al final, lo lograría.

—Todavía no me creo que me hayan cogido —murmuré a mis amigos—. O sea, es… —Me presioné la frente con la mano, no sabía cómo terminar la frase—. Y él es Rayden Wade. Joder… Rayden Wade.

—Llevas repitiendo eso desde ayer, pero todavía no he entendido qué significa —admitió Trent.

Mandy se dirigió a él:

—Es como si tú te pusieras a jugar con Lamar Jackson.

Trent abrió la boca de par en par y me miró.

—Hostia, ¿en serio?

—No tengo ni idea de quién es ese —dije.

—Un prodigio del fútbol americano.

—Bueno, pues entonces sí, creo. El chef Wade es un prodigio de la cocina. —Por enésima vez, volví a pensar en él. En su uniforme, en sus ojos…, en cómo me había mirado… Mandy soltó una risita.

—No olvides que es tu jefe, Ry.

Parpadeé.

—¿Y eso qué significa?

—Mmm, nada.

Me guiñó un ojo, y yo fruncí el ceño.

—Mierda —exclamó Wes—. ¿Habéis visto qué hora es?

A toda prisa, busqué el despertador en la mesita.

—Joder —maldije—. Tengo que cambiarme.

Empecé a desabotonarme el chaleco mientras Mandy sacaba a los chicos al pasillo y cerraba la puerta tras ellos.

—Muy bien, ¿cómo piensas hacerlo hoy?

—Iré a clase con la ropa normal y me llevo el uniforme —expliqué, dando saltitos para sacarme los pantalones—. A la hora del almuerzo diré que me encuentro mal, me cambiaré en el baño y me iré corriendo al restaurante.

—Quizá deberías coger el desodorante. Y colonia. —Empezó a llenarme la mochila mientras yo me ponía unos vaqueros y una camiseta celeste—. Maquillaje. Un peine…

Me puse las deportivas y le sonreí.

—Gracias, Dy.

—¿Para qué están las mejores amigas, si no? —Me pasó la mochila y, cuando me la colgué del hombro, salimos de la habitación y caminamos hasta reunirnos con los chicos, que nos esperaban junto a la camioneta de Trent.

A menudo venían a recogerme por la mañana. Habían empezado a hacerlo después del accidente. De vez en cuando me traían el desayuno, otras veces solo querían asegurarse de que estaba bien. No habría sobrevivido a aquellos meses sin ellos. Y todavía no había encontrado la forma de agradecérselo.

Wes me hizo un gesto.

—¿Vienes con nosotros?

—Ya conocéis la respuesta —dije. Entonces, cogí la bici y me subí al sillín.

—Pues nos vemos en unos minutos. —Mandy me sonrió antes de subirse al coche de su novio, y yo empecé a pedalear hacia el instituto. Y cuantos más metros recorría, más real se volvía todo.

Lo que había sucedido el día anterior.

Lo que pasaría aquel día…

El estómago se me encogió y atrapó en su interior un enjambre de mariposas. Las palmas de las manos empezaron a sudarme sobre el manillar.

Si al final cometía errores, si lo estropeaba todo, si…

«Si te esfuerzas de verdad, puedes lograr cualquier cosa, trasto. No te rindas nunca. Pase lo que pase, sigue luchando».

Las palabras de mi padre resonaron en mi cabeza, y una lágrima me humedeció las pestañas.

Había perdido la cuenta de todas las veces que me las había repetido, pero siempre había visto en sus ojos lo mucho que creía en ellas. Lo mucho que creía en mí. Y no iba a decepcionarlo.

Podía conseguirlo.

Por él y por mí.

«Sigue luchando».



—¿Te parecen frescos?

La voz del chef Wade llegó a mis oídos justo cuando apoyaba la bici contra la pared trasera del restaurante.

—Bueno, están…

—Sí o no. Esas dos son las únicas respuestas que quiero. Así que te lo voy a preguntar otra vez, Kenneth. ¿Los pimientos que me has traído te parecen frescos? —Estaba furioso. Un huracán a punto de estallar y hacer añicos toda la ciudad.

Poco a poco, me acerqué a la puerta abierta.

—Han debido de estropearse durante el…

—Tonterías. —Una caja de hortalizas voló hasta el suelo justo cuando entraba. La madera se rompió, y unos pimientos rojos y verdes rodaron por el suelo—. Fuera de mi cocina. Ahora.

—Puedo traerte más pimientos, dame veinte minutos —dijo un hombre que rondaba los cincuenta años.

Rayden tenía las fosas nasales dilatadas y una vena le palpitaba en el cuello.

—Como encuentre solo uno que no esté en condiciones… —lo advirtió.

—Los comprobaré todos personalmente —prometió el hombre. Luego, se dio la vuelta y pasó por mi lado para desaparecer a toda prisa antes de que el chef cambiara de idea. O volviera a gritarle.

En ese momento, Rayden se fijó en mí. Por un instante, frunció el ceño y permaneció completamente inmóvil. Pero solo fue un instante.

—Llegas tarde.

Tragué saliva.

—Solo un minuto, yo…

—No he pedido una justificación, no me interesa. Si tienes que estar aquí a una hora determinada, te quiero aquí a esa hora.

Apreté las mangas de la chaqueta entre los dedos.

—Disculpe, chef.

—Ve a cambiarte. Luego céntrate en la *mise en place*[†] junto a los demás.

—Ya estoy lista. —Me bajé la cremallera para dejar a la vista el uniforme, y él siguió ese movimiento hasta que sus ojos se posaron en mi cuerpo.

Me di cuenta demasiado tarde de que había sido un error.

La boca se me secó y, de repente, me sentí expuesta, vulnerable, mientras los comentarios que me habían hecho mis amigos por la mañana me llenaban la cabeza.

El chef tensó la mandíbula y un destello le iluminó los ojos, aunque no logré descifrarlo.

Wade parecía tener la capacidad de congelar la lluvia en su mirada hasta convertirla en una lámina impenetrable que escondía sus pensamientos. Y, por algún motivo, acabé imaginando cómo sería derretir ese hielo y ver qué se ocultaba detrás.

—La sala del personal está al fondo del pasillo. —Volvió a mirarme a la cara e hizo un gesto hacia una puerta—. Y esta no es la entrada que tienes que usar cuando vengas aquí. La cocina es una zona restringida para el personal de sala.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago, pero me obligué a no dejar entreverlo.

—De acuerdo. Disculpe, chef.

—Ve. —Se dio la vuelta y volvió a examinar las cajas de madera que tenía delante, repletas de todas las entregas de productos frescos que habían recibido aquel día.

Todos sus músculos estaban en tensión. Tenía los hombros tan rígidos bajo el uniforme que las costuras parecían a punto de romperse.

En otras circunstancias, tal vez habría seguido admirando su perfección. Pero en ese momento…

Parecía nervioso. Extremadamente alterado.

Mil veces más que yo en ese instante.

Me mordí el labio inferior, dudando. Debería haberme marchado, dejarlo solo. Pero…

—¿Chef?

Él levantó la mirada y la clavó en mí, y lo hizo sin traicionar la más mínima emoción.

—Buena suerte. Para esta noche. —Esbocé una sonrisa y me alejé antes de que pudiera responder. O de que pudiera despedirme. Aún

no sabía muy bien cómo debía comportarme, e ignoraba cómo reaccionaría él a mis palabras. ¿Había cruzado algún límite? ¿Había roto alguna regla no escrita?

Joder, me estaba volviendo paranoica.

Y no podía permitírmelo.

Suspirando, recorrí el pasillo por el que había caminado con Courtney el día anterior y entré en la sala del personal. Cuando la jefa de sala me la había enseñado, estaba desierta. Ahora, no cabía un alfiler.

Debía de haber más de veinte camareros, y todos se estaban ajustando el uniforme, hablando y riendo entre ellos. No se respiraba nerviosismo en el aire. No como en la cocina. No como dentro de mí.

Me dirigí hacia un banco y colgué la chaqueta antes de guardar la mochila en una taquilla con candado.

—Eres nueva —dijo una chica con rizos caoba mientras se acercaba a mí.

—Ehm, sí —respondí, aunque en realidad no me había hecho ninguna pregunta.

—Creía que Despochef no iba a contratar a una sustituta para Vicky. Exigió que viniéramos todos los días durante semanas para preparar la inauguración, y, aun así, no se fía de que podamos hacer un buen trabajo.

Me encogí de hombros.

—Bueno, yo…

—Eres la nueva, ¿verdad? —Otra chica se detuvo junto a nosotras. Tendría unos treinta años y llevaba el pelo oscuro recogido en un moño impecable—. Me llamo Rochel, soy jefa de los camareros.

Le estreché la mano que me tendía.

—Avery.

—Courtney me ha dicho que te entregó el menú, la carta de vinos y la lista de especiales.

Asentí.

—Me lo he aprendido todo de memoria.

—Y te sabes las normas básicas, las combinaciones que hay que sugerir, conoces el trabajo del chef Wade…

Asentí de nuevo.

—Bien, bien. —A diferencia del resto del personal, ella estaba nerviosa—. Termina de prepararte y luego te acompañaré para ver todo el local. —Dio una palmada—. Vamos, chicos, un poco de ritmo. Tenemos que empezar la *mise en place*. Hoy es el gran día.

—Diez dólares a que le da un ataque de nervios antes de la apertura —murmuró la chica del pelo caoba mientras se acercaba a mí.

Contuve una sonrisa.

—Diez dólares a que ya ha tenido al menos uno.

La chica se rio y me dedicó una mirada divertida.

—Talya —se presentó.

—Encantada.

—Entonces, ¿cómo convenciste a Despochef para que te contratara?

—¿Despochef? —pregunté. Era la segunda vez que usaba ese nombre.

—Venga, seguro que ya has conocido a Wade. —Empezó a recogerse los rizos rebeldes en un moño—. Arrogante, presuntuoso, testarudo y, mi favorito, déspota —enumeró—. Despochef. Se cree una especie de dios que ha bajado a la Tierra con la misión de deleitar el paladar de cuatro estirados que veneran las porciones diminutas solo porque en el menú tienen un precio de tres cifras.

Sentí un ligero fastidio.

—No es tan simple.

Era verdad, los precios eran elevados, pero lo que muchas personas no entendían era que no se trataba solo de la comida. Detrás de cada plato había todo un mundo. Años de investigación y experimentos, preparaciones que a menudo requerían días enteros de trabajo, una selección meticulosa de ingredientes, una técnica impecable adquirida con años y años de trabajo… Cuando alguien

comía en un restaurante de este tipo, no solo probaba la comida. Probaba toda la historia que contenía.

—Oh, tú también estás obsesionada, ¿eh?

—¿Obsesionada?

—Adoras este ambiente y aspiras a convertirte en la nueva diosa de la Tierra.

Esbocé una sonrisa.

—Ojalá fuera tan buena.

—Bueno, de todas formas, en este restaurante no hay sitio para otro ego desmedido. Ya es mucho que en la cocina haya sitio para la brigada, teniendo en cuenta el tamaño del ego de Wade.

Me até el delantal corto negro a la cintura.

—¿No crees que puede permitirse comportarse así?

—Créeme, él ya piensa en sí mismo lo bastante. No necesita que yo también lo haga.

Fruncí el ceño.

—Si no te gusta, ¿por qué trabajas aquí?

—¿Lo dices en serio? ¿Has visto el sueldo? Y tengo la impresión de que las propinas serán todavía más increíbles. —Alzó una comisura de la boca.

Estaba a punto de responder cuando Courtney llamó nuestra atención. En la sala del personal, todo el mundo enmudeció.

—Buenas tardes —nos saludó—. Todos conocéis el plan, pero os lo voy a repetir. —Posó la mirada en mí, y comprendí que iba a hacer ese resumen porque yo no tenía ni idea de lo que hablaba—. Durante las próximas horas os vais a encargar de la *mise en place.* Hay que poner las mesas a la perfección. Encontraréis todo lo necesario en la sala, junto con las reglas para medir la distancia entre cubiertos y copas.

Tragué saliva y noté que las palmas de las manos empezaban a sudarme.

—Celebraremos una reunión con el chef y la brigada exactamente a las tres y media. A continuación, haréis una pausa para comer, y después volveréis a comprobar que todo esté como es debido. El

restaurante abrirá a las cinco en punto, y a partir de las seis empezaremos a servir la comida. Pero dejaré que sea el chef quien os lo explique todo con detalle. Por ahora, me limito a decir que tenéis que dar el máximo. Cada uno de vosotros. No se admitirán errores. —Sus ojos cristalinos se clavaron en los míos—. Espero haber sido clara.

Se me tensaron los músculos.

—Todavía estás a tiempo de salir corriendo —susurró Talya a mi lado.

¿Salir corriendo?

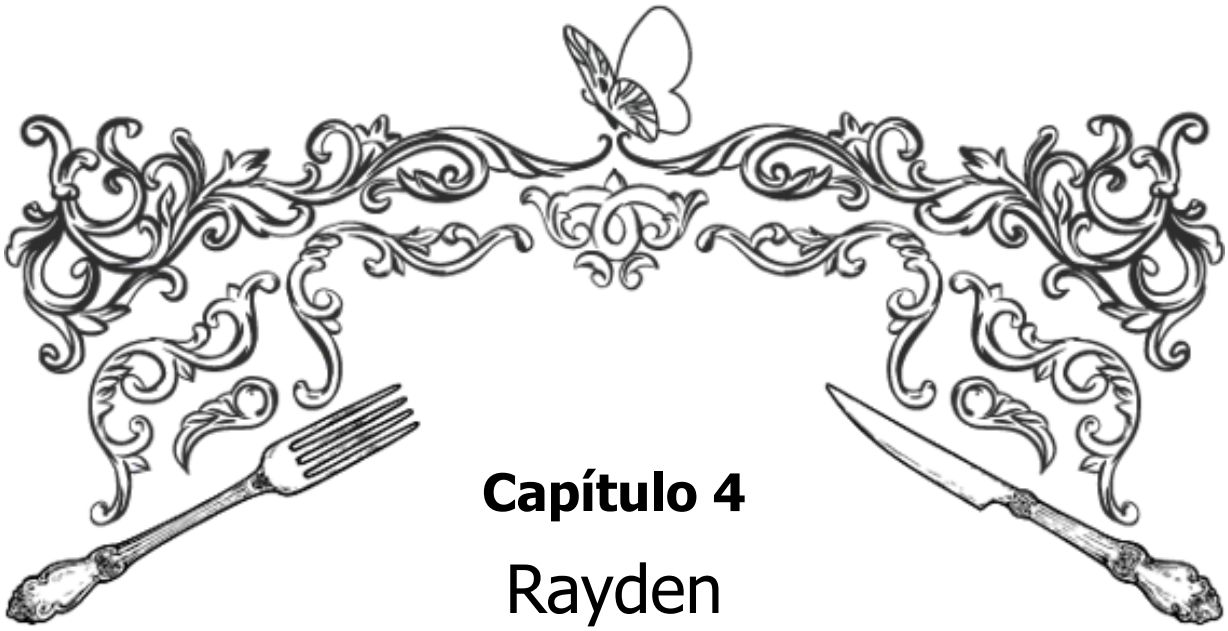
Inconscientemente, me di cuenta de que estaba sonriendo.

No quería huir. Era justo lo contrario.

Estaba deseando empezar.

* Área donde se dejan los platos terminados para que, una vez el chef les da el visto bueno, los camareros los recojan y los sirvan a los clientes. *(N. de la T.)*

† Término francés que se refiere a la preparación y organización previa de los ingredientes, utensilios y equipo necesarios antes de comenzar un servicio de comida. *(N. de la T.)*



Capítulo 4

Rayden

Apreté los dedos alrededor del mango del cuchillo y empecé a triturar las hierbas aromáticas con movimientos secos y automáticos. Los había repetido miles de veces, podría hacerlo incluso con los ojos cerrados. Pero aquel día, incluso una acción como esa requería todas mis energías. Energías que empezaba a gastar con demasiada rapidez y que necesitaba para mantenerlo todo en orden dentro de mí.

Negué ligeramente con la cabeza mientras observaba la mezcla de polvo verde sobre la tabla de cortar. Y fue entonces cuando cometí un error. Una equivocación que siempre me impedía cometer.

Inspiré hondo.

El intenso aroma de romero, tomillo y salvia me invadió los pulmones y consumió hasta el último atisbo de mis fuerzas. Y todo mi cuerpo se estremeció.

—Toma, mamá —dije mientras corría hacia ella, sentada en el sofá.

—Gracias, cariño. —Me sonrió y cogió el filete que le tendía.

Aquella vez también lo había empezado a marinar, y me manché los dedos de aceite y hierbas. Pero a ella, como siempre, no le

importó y se lo colocó en la mejilla derecha, donde se estaba formando un hematoma oscuro.

Me subí al sofá y me acomodé a su lado.

—¿Te duele?

—Estoy bien. —Intentó parecer sincera, pero veía el dolor en sus ojos del mismo modo que veía el rímel corrido que le surcaba el rostro, allí por donde se habían deslizado las lágrimas.

Me abracé las rodillas y eché un vistazo alrededor. En el suelo aún quedaban esparcidos algunos trozos de cristal, y el aire estaba impregnado del penetrante olor del alcohol.

Aquello no parecía un salón, sino un campo de batalla. Y tenía ese sabor.

A guerra.

A lágrimas.

A sangre.

Me llevé los dedos a la nariz y aspiré el aroma de las hierbas aromáticas. Y, durante unos segundos, dejé de percibir el olor de aquella casa.

Una vez se lo había preguntado a mamá. Si los finales felices olían a salvia y romero. Porque así olían los momentos en que los gritos cesaban y nos quedábamos solos, abrazados el uno al otro en el sofá.

Y si de verdad existían los malvados, si existían las batallas de las que hablaban los cuentos, entonces quizá también podía existir el «y vivieron felices y comieron perdices».

—¿Mamá? —la llamé, con un nudo en la garganta—. ¿Puedes contarme un cuento?

Su mirada dulce me encontró enseguida.

—¿Cuál?

—El del príncipe que vence al ogro malvado y salva a la princesa.

Los ojos de mi madre se oscurecieron, y me pregunté si habría adivinado en qué estaba pensando.

Tarde o temprano, me convertiría en su príncipe. La salvaría del ogro. Y tendríamos nuestro final feliz.

—Claro, cariño. —Levantó un brazo y me hizo un gesto para que me acercara y me acurrucara junto a ella.

En su abrazo, el aroma de las especias era incluso más intenso, y dominó por completo el aire que nos rodeaba. Era como estar dentro de una burbuja, y sabía que allí estábamos a salvo.

Nadie nos encontraría. Nadie nos haría daño.

Mientras el perfume de la salvia y el romero siguiera protegiéndonos, estaríamos bien. Seríamos felices.

—Érase una vez…

—¿Chef?

Me detuve un segundo antes de cortarme con el cuchillo y cerré los párpados mientras inspiraba bruscamente.

Joder…

Tenía que parar.

Tenía que parar de recordar, de permitir que el pasado rebasara mis defensas…

Tenía que parar.

Apoyé las palmas en la encimera de acero e inspiré hondo. Pero lo único que sentí fue el aroma de salvia y romero.

—Chef, ¿me has oíd…?

—Te he oído. —Mi voz era una lámina de hielo, y, cuando me giré hacia Mathis, me di cuenta de que mi cuerpo también lo era.

Mi chef *saucier** me observó unos instantes.

—¿Estás…?

—¿Qué necesitas? —lo interrumpí de nuevo, utilizando hasta la última pizca de fuerza que tenía para enmascarar mi expresión.

Él comprendió que no tenía que insistir.

—El *briefing* —me recordó—. Me has pedido que te avisara a las tres y media.

Asentí y me sequé las manos con un trapo.

—Gracias. —Le hice un gesto con la cabeza y luego me dirigí a la brigada—. *Briefing* en sala —anuncié—. Ahora.

Todos los chefs *de partie*† dejaron sus puestos y me siguieron al otro lado del pase, donde los camareros ya nos esperaban, alineados en orden con las manos entrelazadas frente al cuerpo.

Observé a mi alrededor con calma, examinando cada una de las mesas. Las habían dispuesto tal y como Courtney y yo habíamos decidido, y sabía que ella misma había supervisado a los *commis*‡ mientras las preparaban. Parecían perfectas. Y así debía ser.

—No tenemos mucho tiempo, por lo que seré breve —empecé, y crucé los brazos sobre el pecho—. Las puertas abrirán a las cinco en punto. Al principio serviremos champán y aperitivos para que tomen de pie. Canapés, *amuse-bouches,*§ tartar, vieiras a la plancha… A las seis, invitaremos a los clientes a tomar asiento en sus mesas. Hoy están previstas veinte mesas, sesenta y dos cubiertos. A cada camarero se le ha asignado una mesa, y ya deberíais saber cuál es la vuestra. —Los miré uno a uno—. Las mesas se sirven siguiendo el mismo orden en que las comandas llegan a cocina, así que prestad atención y, cuando oigáis la campana del pase y sea vuestro turno, dejad lo que estéis haciendo y venid a la cocina. Los platos no deben quedarse en el pase más de treinta segundos antes de que se sirvan.

Asintieron al unísono.

—Los vasos de los clientes no pueden estar vacíos en ningún momento, y los platos sucios no tienen que permanecer demasiado tiempo frente a ellos —advertí—. Tenéis que estar atentos en todo momento, siempre. Y, en especial hoy, debéis estudiar sus reacciones. Las expresiones que ponen al comer, los comentarios que se intercambian. —Hice una pausa y dejé que la importancia de aquella tarea calara en ellos—. Al final del turno, os pediré a cada uno de vosotros un informe detallado sobre todo lo que pase aquí dentro desde el momento en que llegue el primer cliente, y exijo que no se os escape nada. Esta noche no solo seréis personal de sala. Seréis mis ojos y mis oídos. ¿Me he explicado?

De nuevo, ellos asintieron.

—Nada de distracciones, nada de fallos. Todo tiene que fluir. De forma impecable. No admitiré errores. Ni uno solo.

Hice otra pausa, pero esta vez fue para buscar a una persona en concreto entre ellos. Una persona a la que, hasta aquel momento, había evitado mirar. Pero ya no podía seguir evitándola.

Cuando la encontré, los ojos de Avery ya estaban clavados en mí. Y en cuanto la vi, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes…

Madre mía.

No sabía qué esperar de esa jovencita. Solo sabía que, cuando se había bajado la cremallera y me había mostrado el uniforme, algo dentro de mí se había encendido.

Aquel uniforme parecía hecho a medida para su cuerpo. Mis colores, mi marca…, todo parecía hecho a medida para su cuerpo. Un cuerpo que rozaba la perfección en cada maldita curva.

Y no tenía sentido. No debería tener sentido. Pero, joder, igual que me había pasado antes en la cocina, me bastó con mirarla para sentir cómo el caos que me dominaba por dentro se calmaba. Y mi energía se recargó.

Así pues, dejé de observar al resto de los camareros y me concentré exclusivamente en ella.

—No voy a desearos buena suerte…

Avery parpadeó. Había entendido que me refería a lo que ella misma me había dicho unas horas antes.

—Os deseo buen trabajo. La suerte no tiene nada que ver con el resultado de esta noche. Está en vuestras manos convertirla en un éxito. Y podéis lograrlo si dais lo mejor de vosotros mismos, como hago yo cada día…

La chica que estaba al lado de Avery captó mi atención, y me interrumpí.

Había puesto los ojos en blanco.

Inspiré y noté el aire ardiendo. Lentamente, con los brazos extendidos junto al cuerpo y la mandíbula tensa en una línea casi dolorosa, avancé en su dirección.

—¿Algún problema?

La pelirroja dio un respingo. No esperaba que me diera cuenta.

—N-no, chef.

Me detuve a menos de un metro de donde estaba.

—Si tienes algo que decir, te aconsejo que lo digas ahora mismo.

Negó con la cabeza mientras fruncía los labios. Una mezcla de rabia e irritación estalló bajo mi piel.

—Quizá no hayáis comprendido la importancia de esta noche. Puede que no seáis conscientes de dónde os encontráis y con quién estáis trabajando. —Di otro paso adelante—. A partir de hoy empieza todo. Tengo la intención de conseguir aquí las mismas metas que logré en el Black Gold. Recibiremos a críticos, organizaremos cenas de gala, competiremos para conseguir premios. Dentro de un máximo de cinco años, este restaurante se ganará un lugar en la Guía Michelin, y en esa pared colgaremos las estrellas. —Señalé el muro sin apartar la vista de la camarera que tenía delante —. Si sois capaces de trabajar como se os pide, estaré más que encantado de compartir con vosotros el mérito del éxito. Pero si tenéis alguna queja… —Le dediqué mi mirada más gélida—…, ahí está la puerta. No tengáis miedo de cerrarla al salir. Porque, si soy yo quien lo hace, será mucho peor.

Durante unos instantes, toda la sala se quedó en un silencio absoluto. La chica ni siquiera se atrevía a respirar, y Avery, a su lado, bajó la vista al suelo.

En el aire solo flotaba el eco de mis palabras y de toda la importancia que contenían.

Si no eran capaces de entenderla, no me servían de nada. Ni a mí ni a mi restaurante.

—Hoy mismo tendremos una invitada especial —intervino Courtney, y sus palabras cortaron la tensión como un cuchillo al rojo vivo que se hunde en mantequilla—. Clarice D'Arnaud.

Avery alzó la cabeza de golpe. Tenía una expresión alarmada.

Di unos pasos atrás.

—¿Sabéis quién es?

Nadie respondió. Clavé mis ojos en los de color caramelo de la recién llegada, que asintió.

Arqueé las cejas y le hice un gesto para que respondiera.

—Es una crítica gastronómica del *Boston Globe* —explicó Avery—. Una de las más importantes del momento. Justo la semana pasada fue durísima con una nueva apertura. El restaurante cerró tres días después.

Mientras el estómago se me encogía, me descubrí incapaz otra vez de apartar los ojos de ella. La jovencita había tenido razón el día antes. Realmente sabía cómo funcionaba este mundo.

Mi mundo.

—Publicará su crítica mañana, y es imprescindible que sea positiva —los informé—. Así que no os estoy pidiendo que deis lo mejor de vosotros. Os estoy pidiendo que lo deis todo. —Volví a cruzarme de brazos—. ¿Creéis que sois capaces?

Asintieron, pero yo negué con la cabeza.

—No, quiero oírlo. ¿Sois capaces?

Mientras un coro de «Sí, chef» resonaba en la sala negra y dorada, encadené mis ojos a los de Avery. Ardían, igual que cuando la había visto la primera vez. Y no, joder, no tenía absolutamente ningún sentido. Nada en ella lo tenía. Pero, aun así, esperé que no lo echara todo a perder.

Todavía no estaba preparado para despedirla. Ni siquiera la había conocido.

—Podéis iros. Abrimos dentro de poco.



En la cocina, todo giraba en torno al tiempo. Tiempo de cocción, de reposo, de emplatado. Era una danza, un tango con la comida, en el que cada persona debía moverse al compás adecuado para no quedarse atrás ni caerse. Si alguien cometía un error, si colocaba mal un pie o se equivocaba en un giro, el baile se interrumpía y la armonía de la danza se convertía en un caos.

Había vivido ese caos en carne propia, y aún lo sentía cada vez que cerraba los ojos. Todos los pasos en falso que había dado seguían ahí, como nubes en el horizonte que esperaban para descargar sobre mí. Pero no entraban en la cocina. En la cocina solo estábamos la comida, el tiempo y yo. Nada más importaba mientras me encontrara allí. Nada más merecía mi atención. Nunca.

Eché un vistazo rápido a las comandas del pase.

—Mathis, ¿cuánto falta para la salsa del filete? —pregunté a mi chef *saucier.*

—Un minuto, chef —respondió enseguida.

—Julian, ¿las vieiras?

—Tres minutos, chef.

Asentí y me acerqué a Deelylah, que estaba terminando las guarniciones de los platos antes de llevarlos al pase para mi aprobación.

Eran un alborozo de colores perfectamente equilibrados. Eran arte.

—Necesito la reducción de vino tinto —dijo ella.

En un solo segundo, Mathis se la pasó, y Deelylah la recogió sin ni siquiera mirarlo. A estas alturas, era una rutina consolidada. Todos éramos engranajes de una misma máquina, y nos movíamos siguiendo el ritmo de un solo motor.

—Mesa dieciséis lista, chef —me avisó, y yo me aseguré de que todo estuviera perfecto antes de hacer sonar la campanilla del pase.

Estábamos casi a mitad del servicio. Courtney venía a la cocina cada media hora para ponerme al tanto de los progresos, y parecía que los clientes estaban apreciando el menú. Pero aquel turno era el primero, y pronto empezaría el segundo. Y entonces llegaría Clarice D'Arnaud.

Aparté ese pensamiento justo cuando una camarera de pelo rubio corto se acercó al pase. Tenía la frente sudada y una expresión nerviosa. Pero no fue su comportamiento lo que llamó mi atención. Fue la mancha que le ensuciaba el uniforme.

—¿Qué coño es eso?

Se detuvo justo antes de recoger los platos y abrió los ojos de par en par, como si la hubiera pillado in fraganti. Pero no pensaba suavizar el tono.

—La mancha en tu camisa. —Apoyé las palmas en la encimera, y sentí el acero caliente contra la piel y las luces que me quemaban las manos—. ¿Qué-coño-es?

—Ehm, yo… —Se le encendieron las mejillas—. Se me ha derramado encima un poco de salsa, no…

—¿Cómo? Explícame cómo ha pasado. —Mi voz era un gruñido; mi mirada, de hielo.

—L-lo siento, chef, no…

—¿Te das cuenta de que esta noche representas al restaurante? ¿Te das cuenta de que mis clientes te ven y se hacen una idea de cómo es este lugar? ¿De cómo es mi cocina?

Estrujó el borde del chaleco con los dedos, y yo presioné las manos en la encimera con todas mis fuerzas en un intento por mantener la calma.

—Lleva esto a la sala. —Cada una de mis palabras sonaba bajo control—. Luego, pide que te sustituyan y ve a ponerte una camisa limpia. ¿Me he explicado?

Añadieron más platos al pase y volví a tocar la campanilla.

—Ve. Ahora.

Mientras otra camarera se acercaba, la rubita cogió los platos que iban a su mesa, pero las manos le temblaban. Y entonces tuve la sensación de que todo ocurría a cámara lenta.

Cerró los dedos sobre el borde del plato, y el pulgar, que probablemente estaba sudado, resbaló hacia el centro.

Vi cómo las salsas se mezclaban.

Las guarniciones se esparcieron.

Y su yema se hundió en la reducción de vino tinto.

La rubita dio un respingo. Y, conteniendo el aliento, alzó la vista en busca de la mía.

Ni siquiera sabía cómo reaccionar.

—¿Me estás tomando el pelo? —siseé en voz baja, usando un tono tan frío que la garganta se me congeló—. ¿Es una puta broma?

Me moví sin poder detenerme.

En medio segundo, le arranqué el plato de las manos y lo lancé contra la pared que tenía a su espalda.

Salsas, guarniciones y cerámica salieron volando por los aires, y el suelo quedó cubierto en un abrir y cerrar de ojos.

La rubita se tapó la boca con los dedos; la otra camarera dio un respingo.

No me había dado cuenta de quién era, pero ahora la veía. La sentía.

Avery.

—C-chef, l-lo siento, d-de verdad, yo…

—Fuera —gruñí a la rubita—. Cámbiate. Cálmate. Luego vuelve aquí y haz el puto trabajo por el que te pago.

Las lágrimas le enrojecieron los ojos mientras asentía y salía corriendo.

—¡A la mierda! —solté, antes de dirigirme a la brigada—. Escuchadme, necesito otro cordero lo antes posible.

—Sí, chef —dijeron todos al unísono.

—Dadme el tiempo.

—Cinco minutos, chef.

—Lo quiero perfecto —dije, como si la alternativa fuese siquiera una opción. Luego, me giré otra vez hacia el pase, donde Avery esperaba mis instrucciones. —¿Al menos tú crees que puedes servir?

Ella no se inmutó. Asintió y, cuando le hice un gesto con la mano, recogió los platos. Estaba rígida, pero no tembló ni siquiera un segundo, y desapareció en la sala sin mediar palabra.

Me pasé las manos por la bandana negra que llevaba en el pelo y me contuve para no darle un puñetazo a algo.

—Respira, chef —murmuró Deelylah, de modo que los demás no la escucharan.

—Respiraré cuando la gente empiece a tomarse en serio su trabajo.

Ella limpió el borde de un plato y lo colocó sobre la encimera. Courtney regresó a la cocina. La fulminé con la mirada incluso antes de que abriera la boca.

—No me digas que me he pasad… —comencé, pero ella me interrumpió.

—Ha llegado —anunció—. Mesa siete.

Durante un único instante, la cocina se sumió en el silencio.

Todos sabíamos que, esa noche, la sala estaba llena de personas influyentes. Periodistas, críticos gastronómicos, estrellas del sector. Pero ella era la única a la que debíamos convencer. La única capaz de decidir realmente mi futuro.

Clarice D'Arnaud.

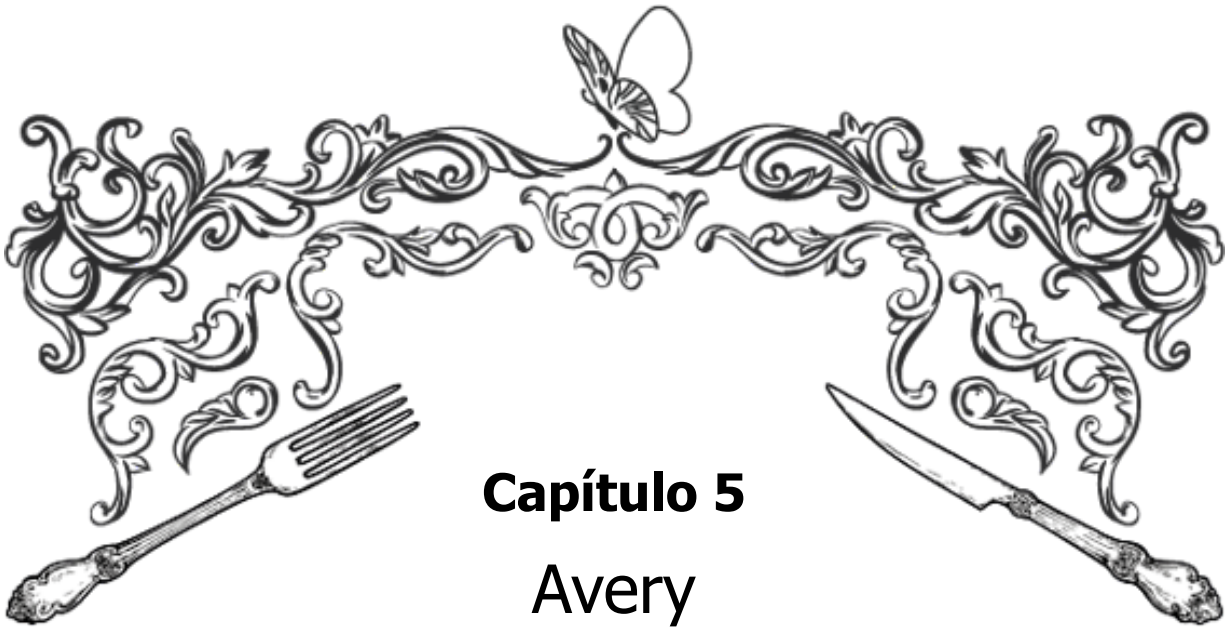
—De acuerdo. Manos a la obra.

* El chef especializado en salsas en el ámbito de la cocina profesional. *(N. de la T.)*

† También conocidos como jefes de partida o de sección, son los cocineros especializados en un área específica dentro de la cocina. *(N. de la T.)*

‡ Personal que tiene como objetivo preparar la sala y las mesas antes de que lleguen los comensales. *(N. de la T.)*

§ En francés, 'diversión para la boca'. Consiste en un pequeño bocado de comida que se sirve a modo de aperitivo antes de la comida principal, habitualmente en restaurantes de alta cocina, como gesto de cortesía y para mostrar las habilidades del chef. *(N. de la T.)*



Capítulo 5

Avery

Mis pies pedían auxilio a gritos. Era lo único en lo que podía pensar mientras me movía por la sala dispuesta a la perfección, con la esperanza de dar la impresión de que sabía lo que hacía. Pero no era así. No bastaba con haber memorizado el menú, no bastaba con haber practicado cómo llevar los platos. Era como sumergirse en una piscina hinchable un día y, al siguiente, zambullirse en pleno océano. Una locura. Una locura que yo misma había elegido.

El nerviosismo impregnaba el aire, y no dejaba de preguntarme si los clientes se daban cuenta. Yo sí. Mis compañeros se sobresaltaban cada vez que sonaba la campana del pase, veía los movimientos controlados con los que se acercaban a las mesas, o sus miradas atentas mientras servían el vino.

Todos caminábamos sobre una cuerda floja, y teníamos que mantener en equilibrio cuatro platos sobre los brazos mientras lo hacíamos.

Aparté aquellos pensamientos y me dirigí a la mesa que me habían asignado mostrando una sonrisa cordial.

—Bogavante con doble salsa —anuncié, y coloqué el plato frente a la señora con un perfume demasiado intenso—. *Filet mignon* con *foie gras* y caviar —proseguí, y serví al hombre que estaba a su

derecha—. Y cordero en costra de hierbas con milhojas de patatas —concluí.

Los clientes apenas me dedicaron una mirada fugaz.

Revisé sus copas. Seguían llenas.

—¿Desean algo más los señores? —pregunté.

—No, querida, gracias —me despachó la mujer, y yo asentí antes de alejarme.

—Despochef ha vuelto a atacar —susurró Talya cuando me detuve a su lado.

Me habría gustado decirle que Wade tenía todo el derecho del mundo a enfadarse. Quizá se había pasado, pero semejante error no era aceptable en ninguna cocina.

—Lane sigue llorando —me informó—. Y solo porque él se cree una especie de dios.

—¿Y no lo es? —me sorprendí susurrando, pero luego cerré la boca *ipso facto.*

Había observado al chef cada vez que me acercaba al pase. Su cuerpo irradiaba una precisión genuina con cada movimiento que realizaba, y mantenía una expresión concentrada en todo momento. No importaba si estaba picando algo, reduciendo una salsa o, simplemente, controlando la brigada. No se le escapaba nada, lo dominaba todo. Y allí, inmerso en su mundo, parecía… omnipotente.

Talya no me escuchó. O, si lo había hecho, decidió no responder. Entonces sonó la campanilla y ella voló hacia el pase.

—¿Puedo recomendarle el crocante de *foie gras* en costra de almendras? —escuché decir a Rochel. Su voz temblaba ligeramente —. El chef domina la preparación del plato, y estoy segura de que…

—¿Eres la jefa de los camareros? —la interrumpió la mujer sentada a la mesa. Y fue en ese preciso instante cuando la reconocí.

Rochel se irguió.

—Sí, señora.

—¿Y tienes previsto pasarte la noche elogiando al chef Wade en lugar de servirme sus platos? —Arqueó las finas cejas oscuras, esperando.

La chica abrió los ojos de par en par.

—Yo no… Me…

Clarice D'Arnaud miró a un lado con sus diminutos ojos acuosos. Y los posó en mí.

—Tú.

Me hizo un gesto para que me acercara y todos mis músculos se tensaron. Se me formó un nudo en la boca del estómago. Sin embargo, le hice caso, mientras Rochel me observaba como si no tuviera la más remota idea de lo que ocurría.

La verdad es que yo tampoco lo sabía.

—¿Cuánto hace que trabajas para Wade?

Crucé las manos delante de mí con la esperanza de que, si fingía una seguridad que en realidad no tenía, pudiera disimular esta nueva oleada de nerviosismo.

—Este es mi primer día, señora.

—Bien —asintió ella—. Me servirás tú. Y me hablarás solo de los platos, no del talento del chef. Eso me corresponde a mí juzgarlo.

Se me secó la garganta.

¿Yo? ¿Servir a Clarice D'Arnaud?

Miré a Rochel. Esperaba que me dijera qué hacer.

La señora D'Arnaud también la miró.

—¿Supone algún problema, acaso?

Ella negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Lo que usted prefiera, señora.

Ante aquel nuevo gesto de reverencia, la crítica gastronómica resopló con fastidio, pero Rochel no se dio cuenta y se alejó de nosotras después de dedicarme una mirada intensa en la que leí exactamente lo que pensaba: «No cometas errores».

«Dios mío».

Presioné con fuerza los dedos entre sí e hice lo único que podía hacer. Ignoré el resto del restaurante. Ignoré la sangre que me latía en las venas, la respiración que se me acortaba tras cada segundo. Y me concentré exclusivamente en la mujer que tenía el poder de cerrar restaurantes de lujo con un solo trazo de su pluma.

—Mmm. —Ojeó el menú una y otra vez mientras analizaba cada plato—. Es el mismo que el del Black Gold.

No respondí. No había hecho una pregunta, y yo no estaba muy segura de qué podía decir.

—Está bien —comentó al cabo de unos instantes—. Ostras en crema dulce, *tagliolini* al azafrán con trufa blanca y cordero en costra de hierbas —pidió, y yo tomé nota de todo en el bloc, mientras ella misma elegía el vino con el que iba a acompañar cada plato. Al final, cerró la carta y me la entregó.

—Gracias de corazón —le dije, antes de darme cuenta de lo que acababa de salir de mi boca.

¿«Gracias de corazón»? ¿Qué demonios significaba eso?

Dios, necesitaba recuperar la lucidez.

Enseguida.

Haciendo como si nada, le sonreí y me alejé. Aceleré el paso en cuanto salí de la sala.

Me acerqué al pase y entregué la comanda a Wade, que la tomó y leyó en voz alta el pedido, para después fijarse en el número que aparecía en la esquina superior.

—¿Mesa siete?

Asentí.

—Sí, chef.

Sus ojos fríos me fulminaron.

—¿Por qué la estás atendiendo tú?

—Lo ha pedido la señora D'Arnaud —expliqué.

Pareció que no entendía mis palabras. Pero, en el fondo, ni siquiera yo misma estaba segura de entenderlas. Porque era mi primer día. Porque la noche anterior había roto cinco platos. Porque todo era nuevo para mí. Y porque ahora, fuera cual fuera el resultado de la crítica, yo formaría parte de él.

—Joder —maldijo Wade, como si me hubiera leído la mente. Pero no añadió nada más. No me dijo que volviera a la sala e intercambiara mi puesto con Rochel, ni me pidió que me marchara

para salvaguardar el Ambroisie. Simplemente se giró y empezó a trabajar. Y yo, por un instante, me olvidé de todo.

Los nervios, el miedo a equivocarme, la posibilidad de convertir aquella noche en un desastre…

Ya no existía nada más.

Salvo la forma en que el chef se movía en su universo.

«No olvides que es tu jefe».

No…

No debería haberlo olvidado.



No pasó mucho tiempo antes de que sonara la campanilla. Cuando fui a recoger el entrante, Wade me miró con tanta intensidad que sentí que el mundo me daba vueltas.

—Estudia todas sus reacciones. Todas. Sus. Reacciones.

—Sí, chef —lo tranquilicé antes de volver a la sala.

Y eso hice.

Con cada nuevo plato que servía a la crítica, analizaba cómo movía la boca, cómo fruncía la nariz, cómo sostenía la pluma mientras tomaba notas. Intenté memorizarlo todo, para no olvidarme de nada, pero aquella mujer llevaba una máscara como la de Wade. Impasible e impenetrable.

—¿Qué coño os pasa esta noche? —estaba gruñendo él cuando regresé a la cocina.

—Disculpe, chef —dijo uno de los cocineros, que trató de enmendar el error que acababa de cometer.

Wade lanzó un trapo blanco sobre el pase y volvió a concentrarse en los platos.

—Deelylah, ¿cuánto falta para el cordero en costra?

—Treinta segundos, chef —respondió la mujer al instante.

—Tenéis que espabilar —tronó él.

Aún no me había preguntado nada sobre las reacciones de Clarice D’Arnaud, pero quizá no quería que su brigada se desmoralizara en

caso de que fueran negativas. O tal vez no quería que perdieran la concentración todavía más.

La *sous chef* colocó el plato en el pase para que Wade lo analizara, y él apenas tuvo tiempo de posar los ojos sobre él cuando alguien, al fondo de la cocina, rompió un recipiente de cristal.

Tragué saliva de forma instintiva mientras me preparaba para el enésimo reproche por parte del chef. Pero no hizo ni un solo comentario. Apretó los puños, contrajo la mandíbula y me hizo un gesto con la cabeza para que sirviera el plato.

—Ve.

Sin pensarlo ni un segundo, asentí y regresé a la sala.

Cuando dejé el plato frente a la crítica, me di cuenta de que algo no iba bien. Entonces, la miré mientras daba el primer bocado. Hizo una mueca, y en ese momento supe que tenía razón.

El estómago se me contrajo.

Pero…

No, no podía ser. No podía haber pasado de verdad. En la cocina no habrían cometido semejante error. Wade no habría cometido semejante error. No con la señora D'Arnaud.

Seguramente me habría confundido, tenía que haberlo interpretado mal.

Y sin embargo…

Rochel se acercó a mí.

—¿Cómo va?

Me mordí el interior de la mejilla.

«No lo sé».

«Puede que genial».

«O puede que fatal».

Relegué esos pensamientos a lo más profundo de mi mente.

—Bien —decidí responder.

—Gracias a Dios —suspiró—. Sigue así. —Luego se alejó para atender la mesa que originalmente me habían asignado a mí, y yo volví a centrarme en la crítica.

Clarice D'Arnaud estaba anotando algo en su cuaderno.

A pesar de la distancia, logré distinguir los trazos.

Eran signos de interrogación.

No, la cena no iba bien…

No iba para nada bien.



La sala estaba prácticamente vacía cuando retiré el plato del postre. Y en cuanto llegué al pase, sentí una extraña tensión en la piel. No tenía ni idea de qué había pasado, solo sabía que el aire vibraba… y que había restos de crema pastelera en el suelo.

Me sobresalté y traté de esquivar una de muchas manchas amarillas. Pero no lo conseguí.

Y resbalé.

«¡No, por favor, no!».

Con el corazón en un puño, intenté evitar la caída poniendo una mano y salvar el plato, pero este se hizo añicos delante de mí, y las esquirlas de cerámica volaron en todas direcciones.

«¡No, no, no!».

—¿Hay alguien capaz de hacer su puto trabajo esta noche? —gritó Wade.

Me puse en pie de inmediato y reprimí el instinto de masajearme la muñeca.

—Me he resbalad…

El hielo de sus ojos congeló la distancia que nos separaba.

—¿Te he pedido una explicación?

Respiré.

—Disculpe, chef —me corregí.

Él siguió observándome, y no supe si alguna vez aprendería a descifrar esas miradas.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Pues limpia —ordenó.

Me puse manos a la obra enseguida mientras él retomaba su cometido y hacía sonar la campanilla del pase.

—Última comanda fuera —anunció. Y toda la cocina soltó un suspiro de alivio.

Habíamos sobrevivido a la noche. Casi todos, al menos.

Algunos cocineros se apoyaron en sus puestos de trabajo, otros se quitaron los gorros y las bandanas para secarse el sudor, y algunos se bebieron vasos enteros de agua.

Seguí limpiando mientras la tensión en el ambiente se disipaba, como una tormenta que lentamente deja paso al sol.

—Lo hemos conseguido —dijo la *sous chef*, dirigiéndose solo a Wade.

—Por los pelos —añadió él, categórico.

—Ray. —Deelylah bajó la voz—. Ha ido muy bien.

El chef no respondió, pero yo la sentí de todos modos. Su mirada sobre mí.

Notaba cómo me presionaba la piel, cómo me chispeaba encima. Y cómo se volvía más insistente segundo tras segundo.

No hacía falta que lo mirara. Sabía que estaba saliendo de la cocina. Y que venía hacia mí.

—A mi despacho, jovencita.

No me dio tiempo a decir nada. Se limitó a pasar ante mí, seguro de que lo seguiría. Y yo dejé de limpiar para hacerlo.

Recorrí el pasillo detrás de él y no me acerqué hasta que abrió la segunda puerta a la derecha y me indicó que entrara primero.

Reprimiendo cualquier emoción, obedecí y me encontré en una sala amueblada con lo estrictamente necesario: un escritorio, algunas estanterías llenas de archivadores, un armario pegado a la pared, unos cajones de documentos por los que asomaban algunas pruebas de menú…

Nada en esa sala me habría hecho pensar en él. Excepto el aroma.

El aire olía a sándalo, a menta, a especias…

A perfección.

La misma que se respiraba en la cocina y que parecía seguirlo allí donde fuera.

Un escalofrío solitario me recorrió los brazos y me puso la piel de gallina.

—Siéntate.

Wade me devolvió bruscamente al presente, y, por un instante, me pregunté si todo lo que decía siempre era una orden. Pero no verbalicé ese pensamiento. De hecho, me senté en una de las sillas y permanecí en silencio mientras él apoyaba el trasero en el escritorio y estiraba las piernas.

Estábamos tan cerca que mis rodillas casi lo rozaban.

Él, sin embargo, pareció no darse cuenta. Igual que no se percató de mi mirada, que seguía cada uno de sus movimientos mientras se quitaba la bandana, la dejaba caer a un lado y se pasaba los dedos por el pelo oscuro.

Dios mío, era…

Bajé la cabeza de golpe.

«¡Basta ya!».

—Dime… —empezó Wade, pero alguien lo interrumpió al llamar a la puerta del despacho, y él apretó la mandíbula.

—¿Sí?

La puerta se abrió y Lane apareció tras ella. Tenía el rostro pálido.

—Oh —exclamó cuando vio que el chef no estaba solo—. Perdón, no quería molestar, yo…

—Demasiado tarde —replicó él—. ¿Qué pasa?

—Puedo volver después…

Wade cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te he preguntado qué pasa.

Ella dudó un instante, pero luego entró y cerró la puerta.

—Quería disculparme por lo de antes, chef. No creí que fuera a ser tan duro, y estaba nerviosa. Sé que lo he decepcionado, y también me he decepcionado a mí misma, pero…

—¿Existe algún motivo por el que me estás diciendo esto?

Lane bajó la mirada. Luego, se quitó el delantal y se lo entregó a Wade.

—Gracias por la oportunidad.

No dijo nada más, ni siquiera esperó a que él respondiera. Se dio la vuelta y se marchó.

Parpadeé un par de veces mientras me preguntaba qué acababa de pasar. ¿De verdad aquella chica acababa de renunciar solo porque había cometido un error?

—Fantástico —masculló Wade entre dientes, y lanzó el delantal al suelo.

Cerró los ojos un instante y se presionó los párpados con dos dedos.

El mismo cansancio que ya había vislumbrado en él ahora parecía haberse multiplicado hasta llenarlo por completo, y no pude evitar preguntarme cuánta presión habría sentido a lo largo de la noche. Cuánta ansiedad lo habría devorado, cuánto estrés habría cargado sobre sus hombros.

—Si tú también quieres hacerlo, dímelo ya.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Dejarlo.

—¿Porque he roto un plato? —pregunté con los ojos muy abiertos. Recordaba lo que le había dicho a Mandy y a los chicos esa misma mañana: sabía que en una cocina como aquella no se permitía ni un solo fallo. Pero me negaba a creer que estuviera ocurriendo de verdad.

—¿No crees que sea un motivo suficiente? —me desafió.

—Pues… no —admití con sinceridad—. He cometido un solo error en todo el servicio. —Y ni siquiera había sido culpa mía.

—Sigue siendo un error.

Algo me hirvió por dentro.

—Sí, pero incluso los mejores se equivocan, ¿no? —Aquellas palabras se escaparon de mis labios antes siquiera de procesar ese pensamiento. Sabía que llevaban implícita una acusación. Y lo sabía

porque, mientras las pronunciaba, me vino a la mente el plato que había servido a la señora D'Arnaud.

Wade entrecerró los ojos.

—¿Y eso qué significa?

Me forcé a no responder y negué con la cabeza.

—Solo digo que me he equivocado, es cierto, pero puedo hacerlo mejor. Y tengo la intención de hacerlo. Si quiere despedirme, adelante, pero yo no me iré por voluntad propia.

Me estudió durante algunos segundos, y volví a sentir sus ojos sobre mí, como si me rozaran.

Era absurdo. Inconcebible. Estupendo y aterrador…

Justo como él.

—Bien —dijo al fin—. Entonces estamos de acuerdo.

Fruncí el ceño.

—¿En qué?

—En que puedes hacerlo mejor. Y en que lo harás.

Me dirigió una mirada de entendimiento, y una espiral de alivio me recorrió las venas mientras él se apartaba del escritorio y caminaba hacia el armario.

—Ahora háblame de la señora D'Arnaud. —Sus rasgos se endurecieron—. Quiero saberlo todo.

Entreabrí los labios para responder, pero mis cuerdas vocales no emitieron ni un sonido. Porque él, que estaba quieto frente al armario abierto, se había llevado una mano a los botones que le cerraban la chaqueta negra de chef. Y los estaba desabrochando. Uno a uno.

La sangre me empezó a hervir.

Rayden Wade se estaba desnudando.

Frente a mí.

—La señora D'Arnaud… —intenté decir—. E-ella…

Los bordes negros de tela se separaron centímetro a centímetro. Y, cuando desabrochó el último botón, se la abrió por completo. A continuación, se la quitó.

Fueran cuales fueran las palabras que se estaban formando en mis labios, perdieron todo su significado.

No llevaba nada debajo del uniforme.

Su torso desnudo estaba ahí, a pocos metros de mí, y yo alcanzaba a ver hasta el último detalle. La piel bronceada que se tensaba sobre sus hombros anchos. Los abdominales esculpidos en una sucesión perfecta de líneas duras. El tatuaje tribal que trepaba por su bíceps derecho y se extendía por todo el pectoral…

Rayden no era un dios solo en la cocina. Era un dios desde todos los puntos de vista. Y la perfección que lo moldeaba era tan hipnótica que anulaba cualquier otra cosa en el universo. Como si…

—Sé que es difícil, jovencita, pero tienes que concentrarte.

Su voz me atravesó la mente. Alcé la vista de golpe y me encontré con sus ojos, que ya estaban clavados en mí. Seguían siendo fríos…, pero, sin embargo, algo en ellos parecía brillar.

Me ardieron las mejillas.

«No olvides que es tu jefe».

«No olvides que es tu jefe».

«No olvides que es tu jefe».

Sí, mi jefe.

Que seguía con el torso desnudo. Y al que yo no podía dejar de mirar.

Tragué saliva y me obligué a calmar la respiración mientras él sacaba una camiseta negra del armario y se la ponía.

—La señora D'Arnaud… —Con la mente, reviví el instante en que me había acercado a su mesa—. Ha empezado diciendo que el menú era el mismo que el del Black Gold.

Él frunció el ceño y fue a sentarse tras el escritorio, lejos de mí.

Oculté el alivio.

E ignoré la inexplicable decepción.

—¿Y cómo lo ha dicho?

Reflexioné acerca de eso.

—Como si no la hiciera feliz.

Tensó la mandíbula.

—¿Qué más?

Repasé toda la noche. Le hablé de todas sus expresiones, de las notas que tomó, de todo lo que había observado. No omití ni un solo detalle…, con la excepción del cordero. Y los interrogantes que aún veía claramente, como si los tuviera grabados a fuego ante los ojos.

Quería equivocarme.

Quería haberlo malinterpretado.

Quería ser yo la que había cometido un error. No su cocina. No él.

Diez minutos más tarde, Courtney y la *sous chef* se reunieron con nosotros y me pidieron que volviera a explicarlo todo desde el principio. Y lo hice, palabra por palabra, intentando concentrarme en ellas. Y no en la mirada de Wade.

—Pues a esperar a que publique la crítica —dijo la jefa de sala cuando terminé mientras se sentaba sobre el escritorio.

Deelylah asintió. Rayden, por su parte, seguía observándome. Me pregunté si sabía que le ocultaba algo.

—Puedes irte, Avery —me despidió Courtney—. Gracias.

Asentí y me levanté para dirigirme a la puerta.

En cuanto mis dedos rodearon el pomo, el chef me llamó.

—¿Jovencita?

Me giré de inmediato y, sin ninguna dificultad, encontré sus ojos. Y todas las facetas que contenían, todos los matices del hielo y la lluvia… eran incluso más increíbles que su cuerpo. Más increíbles que él.

—Puntual, mañana.

Por algún motivo, sonreí.

Y él, que me había pillado por sorpresa, hizo lo mismo.

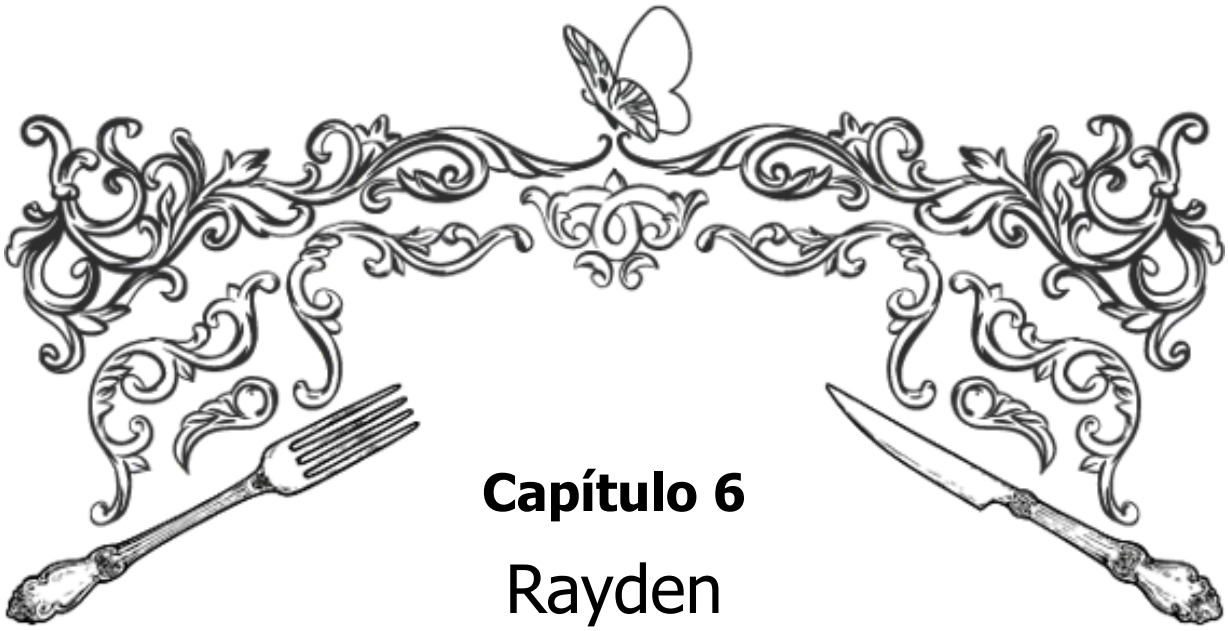
Duró menos de un segundo. Un instante tan fugaz que me pareció que lo había soñado. Pero sabía que era real.

Rayden Wade acababa de sonreírme.

Me quedé sin respiración, y las mariposas que había mantenido bajo control durante todo el día estallaron en mi interior y me hicieron sentir cosas que ni siquiera creía posibles.

Y que nunca debería haber sentido.

No por él.



Capítulo 6

Rayden

Me puse la camiseta de manga corta y odié la forma en que el tejido se me pegó al cuerpo, todavía húmedo tras la ducha. Era la tercera que me daba en cuestión de pocas horas.

La primera había sido en el restaurante, después de que la mayoría del personal se hubiera marchado. La segunda, después de que Deelylah viera que volvía a entrar en el vestuario de la brigada cubierto tan solo por una toalla y se quitara toda la ropa para convencerme de que nos liberáramos del estrés que había acumulado durante la inauguración. La tercera había sido pocos minutos después, porque aquel desahogo no había sido suficiente.

No había pegado ojo en toda la noche, y había pasado cada segundo dando vueltas en la cama, reviviendo todo el servicio. Cada error, cada revés, cada cosa que no había salido como quería…, cada palabra que Avery había dicho sobre la señora D'Arnaud.

Al final, con los primeros destellos del alba, me había quitado las sábanas de encima y me había metido bajo el chorro hirviendo de la ducha con la esperanza de que al menos el agua consiguiera relajarme los músculos tensos.

No fue así.

Me senté sobre el colchón, me calcé las zapatillas de correr y cogí el móvil, que conecté a los auriculares inalámbricos. Luego, entré en el ascensor al que tenía acceso directo desde la entrada de mi piso, bajé a la planta baja y salí del rascacielos.

El aire fresco de Boston se deslizó sobre mi cuerpo en cuanto empecé a correr, y como cada mañana, levanté la vista y observé los tonos claros del amanecer que se reflejaban en los cristales de los edificios. Era un cielo de nácar, y la luna seguía brillando en el horizonte, como una perla atrapada en una ostra.

Inspirando hondo, dejé que aquella visión me ocupara toda la mente, y luego ajusté el ritmo de mi carrera al compás de la música que sonaba en mis oídos mientras me dirigía al puerto, donde ya habían montado el mercado de pescado.

Allí examiné largo y tendido la mercancía fresca. Encargué los ingredientes necesarios para los platos especiales de la noche y di instrucciones sobre dónde tenían que entregarlo todo. Pero no lograba concentrarme. Mi mente insistía en volver a la noche anterior, y mis ojos no dejaban de desviarse hacia el quiosco, que, muy pronto, levantaría la persiana.

Acababa de darle la dirección del Ambroisie a un proveedor de vieiras cuando, por fin, el propietario del quiosco apareció.

No me despedí del hombre con el que había estado hablando hasta hacía pocos segundos. Ni siquiera lo miré una última vez. Simplemente, me alejé de su puesto y corrí hasta el quiosquero.

—El *Boston Globe.*

Todavía adormilado, el hombre asintió con desgana antes de entregarme un ejemplar del periódico, que ni siquiera había tenido tiempo de colocar.

Bajo mis dedos, el papel tenía un tacto liso y la tinta parecía recién impresa. O tal vez fuera fruto de mi imaginación. Joder, no tenía ni idea, era como si estuviera a punto de perder la cabeza.

Pagué al hombre y le di las gracias, y luego eché a correr otra vez. Quería abrir el periódico y leer la crítica, pero no podía hacerlo. Todavía no. Y cuando tomé el camino más largo para volver a mi

apartamento, comprendí que estaba retrasando ese momento a propósito. Porque, en el fondo, ya sabía lo que decía el artículo.

—Oh, venga ya —soltó alguien a mi derecha, y habló con una voz tan alterada que la oí por encima de la música.

Reduje el ritmo, me giré y, junto al bordillo, vi a una chica zarandeando su bici. La brisa le agitaba el pelo largo y castaño delante del rostro, y su gesto denotaba irritación.

Tardé menos de un segundo en reconocerla. Y todavía menos en detenerme, pausar la música y acercarme a ella.

—Eh, jovencita.

Avery giró la cabeza de golpe en mi dirección, y el improperio que estaba a punto de soltar se apagó en sus labios suaves.

Unos labios en los que no dejaba de fijarme, y no sabía por qué cojones lo hacía.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Ella parpadeó, como si necesitara enfocarme para asegurarse de que estaba allí de verdad, y durante un instante deslizó la mirada por mi cuerpo. Sentí que me recorría la camiseta ceñida, el sudor que me cubría la piel, el tatuaje que tenía en el brazo…

Exactamente igual que la noche anterior.

Me crucé de brazos para impedirme reaccionar. Y cuando ella reparó en cómo se me marcaban los músculos en esa postura, su expresión cambió.

Se aclaró la garganta y volvió a mirarme a los ojos.

—Buenos días, chef.

—¿No te cansaste lo bastante anoche? —pregunté. El hecho de que ya estuviera en pie significaba que solo había dormido unas pocas horas.

Se colocó un mechón detrás de la oreja en un intento por domarse el pelo.

—Tengo clase.

Fruncí los labios. Si dormía poco, estaría menos concentrada durante el servicio. Pero no era el más indicado para criticar eso, teniendo en cuenta que yo mismo llevaba horas fuera de casa.

—O, mejor dicho, tendría clase —se corrigió— si el universo no estuviera en mi contra. —Hizo una mueca y bajó la mirada hasta la bici.

La examiné rápidamente.

—Solo se ha salido la cadena.

—Lo sé, me pasa a menudo. Estoy deseando cambiarla. —Se rindió con el pelo y se lo recogió en una coleta desordenada.

—¿Quieres que te eche una mano?

Avery frunció el ceño, como si no esperara que le ofreciera ayuda.

—Oh, no, gracias. Estoy segura de que está muy ocup…

Algo captó su atención y una luz repentina le iluminó los ojos.

Había visto el periódico que sujetaba en la mano.

—¿Han publicado la crítica?

Se me tensaron los músculos de la espalda.

—Sí.

Ella sonrió, ansiosa.

—¿Qué dice?

—No tengo ni idea.

Avery parpadeó.

—¿No la ha leído?

—Nunca las leo.

Aquello la desconcertó.

—No lo entiendo…

—Superstición —me limité a responder—. No leo personalmente las críticas que escriben sobre mí.

Recordaba la primera vez que se había publicado un artículo sobre mi trabajo. Había esperado durante dos horas sentado junto a un quiosco, que estaba cerrado. Cuando por fin abrieron, compré el periódico enseguida, pero fui incapaz de abrirlo. Me quedé petrificado, no podía mover ni un solo músculo.

El quiosquero me miró como si hubiera perdido la razón, y cuando le expliqué lo que pasaba, le pedí que leyera el artículo en mi lugar, mientras yo caminaba arriba y abajo frente al mostrador, incapaz de contener la energía nerviosa que me devoraba.

Fue una reseña increíble, mucho mejor de lo que me esperaba. Mejor de lo que creía merecer.

Desde aquel día, siempre había seguido esa misma dinámica, como si realmente pudiera influir en las palabras impresas en el periódico.

—Entonces, ¿cómo sabe lo que dicen de usted? —preguntó Avery.

—Le pido a alguien que me lea las críticas.

Volvió a mirar el periódico. Veía la curiosidad brillando en sus ojos, como si el artículo hablara sobre ella y no sobre mí.

Me quité los auriculares y le pasé el periódico.

—Toma.

Su mirada saltó de mis ojos al *Boston Globe.*

—¿Yo? —preguntó—. ¿Quiere que la lea yo?

—No importa quién la lea, siempre y cuando no lo haga yo.

Por un instante, se mordió el labio inferior y me observó a través de las pestañas. Y ese gesto despertó un hormigueo totalmente inesperado en la parte baja de mi espalda.

«Qué…».

Avery asintió, cogió el periódico de mi mano y lo abrió.

—De acuerdo…

El hormigueo se desvaneció y lo reemplazó una sensación de nerviosismo.

Volví a cruzarme de brazos e inmovilicé todos los músculos. Había aprendido desde pequeño a reprimir las emociones, y, desde que trabajaba en la cocina, esa práctica se había convertido en una regla. Una obligación.

Avery buscó el párrafo en cuestión.

—¿Está seguro?

—Lee, jovencita.

Ella respiró hondo y se humedeció los labios.

Dios, esos malditos labios…

Durante un segundo, no vi nada más. No pensé en otra cosa.

Pero solo fue un segundo.

Y, en cuanto pasó, Avery empezó a leer.

—«Durante meses, los habituales del mundo gastronómico han hablado de la retirada de la escena del chef Rayden Wade. Una retirada que llegó como un rayo en cielo despejado, y que ni siquiera su fiel brigada había previsto. Para el Black Gold, restaurante insignia de los Hamptons, la pérdida fue relevante. De hecho, aunque la gestión pasó a las hábiles manos del antiguo *sous chef,* Valentin Gauthier, era Wade quien constituía el pilar sobre el que se erigía la cocina. Sin embargo, por motivos que nunca se han revelado al público, el chef abandonó el mismo restaurante que con esfuerzo y determinación había llevado a la excelencia, y lo dejó a la deriva en un mar que apaga las estrellas Michelin como si fueran meras cerillas».

Inspiré mientras Avery seguía leyendo y me miraba de vez en cuando.

—«Cuando Wade anunció la apertura del Ambroisie en el corazón de Boston, nadie se mostró indiferente. Nueva ciudad para el joven *chef de cuisine,* que por primera vez se encontraba lejos de su hogar en Long Island. Algunos especularon con que Wade necesitaba un nuevo comienzo. Pero ¿lo ha sido de verdad?».

Avery se detuvo, dudando.

—Continúa.

—«La inventiva siempre ha formado parte de la brillante mente de Wade, y precisamente esa inventiva es lo que esperaba encontrar anoche, cuando tomé asiento en una mesa del Ambroisie. Anhelaba descubrir sus nuevas creaciones, estaba impaciente por comprobar el resultado de sus investigaciones llevadas a cabo durante estos últimos meses de reclusión. Pero lo que presencié no fue una increíble, deliciosa innovación. Fue una mera copia barata del Black Gold».

La voz de Avery se apagó, como si quisiera detenerse, devolverme el periódico y recular.

Pero no lo hizo.

—«Misma carta, mismos platos, mismos sabores» —prosiguió—. «La única variación está en el cordero con costra de hierbas, y, si

esa es la única idea de originalidad que ha tenido Wade, habría sido recomendable evitar los cambios. O quedarse en el exilio».

Fruncí el ceño, confuso y cada vez más cabreado.

—«¿Recomiendo el Ambroisie? El servicio fue impecable y la comida, en general, no se quedó atrás. Pero un artista que se copia a sí mismo debería preguntarse si ha encontrado un obstáculo en su camino o si su carrera, por prematuro que parezca, ha llegado a su fin».

Apreté los puños con tanta fuerza que sentí un pinchazo en los nudillos.

—«En conclusión, la cocina del chef Wade es a la que nos tiene acostumbrados desde el principio: delicada y rica en sabores al mismo tiempo. Pero, para una fotocopia de los platos del Black Gold, habría bastado con conducir hasta los Hamptons y saborear los platos originales, en lugar de esperar a la inauguración del Ambroisie para encontrar en su carta tan solo el reflejo de las estrellas Michelin».

No podía respirar.

—«El regreso de Wade era esperado. Las expectativas eran altas. Y ya se sabe, cuanto más alto se sube, más dura es la caída. Pero solo desde ahí abajo se pueden alcanzar las estrellas. Si Wade quiere brillar con una nueva constelación roja, tendrá que afinar su talento y dejar de esconderse en la sombra de reconocimientos que podrían perder su propia luz muy pronto. Vivir en el pasado nunca es buena idea. Sobre todo, cuando eso puede privarnos del futuro».

Avery bajó el periódico y se quedó mirándome en silencio, pero yo apenas la veía. No dejaba de pensar en las frases que había leído, en las críticas que me habían dedicado.

En mi interior, no existía nada más. Solo las palabras de la señora D'Arnaud.

«Un artista que se copia a sí mismo debería preguntarse si ha encontrado un obstáculo en su camino o si su carrera, por prematuro que parezca, ha llegado a su fin».

Joder…

¡Joder!

Avery se aclaró la garganta.

—Es una crítica positiva.

La fulminé con la mirada.

—¿Hemos oído lo mismo?

—La comida le gustó, la ha definido como «impecable».

—No, ha dicho que «en general» fue impecable. —Mi tono era mordaz—. Y una copia del Black Gold. —Me llevé la mano al pelo y contraje cada maldito músculo mientras aquella crítica seguía apuñalándome la mente una y otra vez—. Una mera copia barata. —Negué despacio con la cabeza, reflexionando—. Pero no he hecho cambios —murmuré, más para mí mismo que para Avery—. Los platos son los mismos, el menú es igual en todo. ¿Qué…?

Avery tragó saliva, y mi atención saltó de inmediato a ella. En su rostro había algo, algo que se parecía increíblemente a la respuesta que buscaba.

—¿Tú sabes a qué se refiere la señora D'Arnaud cuando menciona una variación?

—Yo… —Dejó la frase en el aire, y avancé un paso hacia ella.

—Habla, jovencita.

—No estoy segura.

Me acerqué todavía más.

—Habla —repetí, tajante.

—Creo… —Se mordió el labio inferior—. Creo que se puso la reducción equivocada en el plato.

Aquella afirmación me pilló totalmente por sorpresa.

—No —dije enseguida.

—El cordero iba con la reducción de oporto y miel. Pero creo que pusieron la de vinagre balsámico.

Negué con la cabeza.

—No puede ser. Deelylah no habría cometido semejante error, y yo revisé el plato.

«Joder, ¿lo hice?».

Avery apretó los dedos en torno al periódico.

—Había caos en la cocina, y no…

—Lo habría notado —insistí. Pero no sabía a quién intentaba convencer, si a ella o a mí mismo.

Rebusqué en mi mente aquel momento. Cuando Deelylah dejó el plato terminado sobre el pase y yo toqué la campanilla.

Lo examiné. Tenía que haberlo examinado. No…

De pronto, otro recuerdo estalló en mi mente. Vívido esta vez. Claro y cristalino como el aire.

Clavé los ojos en los de Avery.

—A eso te referías en mi despacho. Dijiste que incluso los mejores cometen errores. —Repetí sus palabras, y ella se tensó—. Lo sabías. Desde ayer. Y no me lo dijiste.

—No estoy segura de tener razón. No puedo saberlo con total seguridad.

—Pero crees que me equivoqué.

—Creo que los errores pueden producirse.

Avancé un poco más, eliminando casi por completo la distancia entre nosotros. Ella no se echó atrás. Permaneció inmóvil, sosteniéndome la mirada. Y no sabía si era algo inconsciente o jodidamente valeroso.

—¿Por qué serviste el plato si tenías la duda?

—Me di cuenta demasiado tarde —explicó—. No podía retirarlo. E, insisto, no estoy segura.

Durante unos segundos interminables, seguí sopesando la situación, intentando revivir aquel momento, encontrar alguna respuesta. Pero allí no podría hacerlo.

Reprimiendo todas las emociones que me rasguñaban el pecho, exhalé por la nariz. Y me dirigí a Avery.

—Vamos.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿A dónde?

—Al restaurante.

—¿Ahora? —Buscó su bici con la mirada—. Yo no…

—¿Quieres ir a clase o quieres ayudarme a entender qué coño pasó anoche?

Fue un golpe bajo por mi parte, era plenamente consciente. Porque sabía que su pasión por la cocina era inconmensurable y lo estaba utilizando en mi favor. Pero, si no lo aclaraba cuanto antes, acabaría destrozando algo. O descargaría mi rabia contra alguien. Y no podía permitir que eso sucediera.

Otra vez no.

—Yo… —Avery titubeó. Pero, al final, asintió—. De acuerdo.

Giró la bici, se colocó a mi lado y empezamos a caminar juntos.

Desde allí hasta el restaurante había al menos veinte minutos a pie, y su ritmo era demasiado lento teniendo en cuenta cómo me sentía.

Necesitaba una distracción. Lo que fuera.

—Háblame de ti.

Ella arqueó una ceja. Ya no parecía nerviosa. Más bien… divertida. Y muy cómoda. Como si el hecho de que hubiera estado a punto de estallar en su presencia no la hubiera asustado.

—¿Es una orden?

La miré de reojo mientras me acercaba a un vagabundo que pedía limosna y dejaba algunos billetes en su vaso.

—Soy tu jefe —le recordé.

—Sí… —Negó con la cabeza, sacudiéndose de encima lo que estuviera pensando—. Pero yo no estoy de servicio.

—Solo durante unas horas más.

—Entonces tendrá que ordenarme que le hable de mí cuando empiece mi turno.

La observé, curioso.

—¿Quieres quedarte en silencio hasta que lleguemos al restaurante?

—No solo existen las órdenes, chef. También existen las preguntas. —Curvó una comisura de la boca y volvió a mirar al frente.

Tenía que sentirse muy cómoda para hablarme así. Y joder…

No me tenía miedo. No me trataba como si se sintiera intimidada. Simplemente, era ella misma. Honesta al cien por cien. Y no estaba seguro de haber conocido a nadie así.

—Si te las hago, ¿responderás?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Aquel desafío encendió algo en mi pecho. Y decidí aceptarlo.

—Así que quieres trabajar en la cocina.

Ella rio.

—Eso no es una pregunta.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, jovencita.

Avery volvió a reír, y aquel sonido pareció derretir parte de mi rabia. ¿Qué coño me pasaba?

—Sí, chef. Me gustaría trabajar en la cocina.

—¿Por qué?

Frunció el ceño.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La más importante, si quieres hacer este trabajo.

Reflexionó unos instantes. Al final, se volvió hacia mí.

—Porque no creo que pudiera ser feliz haciendo otra cosa.

«Feliz».

Sabía qué significaba sentirse bien solo dentro de una cocina. Sentirse a salvo solo tras los fogones encendidos. Como si aquella no fuera una simple habitación, sino un mundo entero en el que poder refugiarse.

—¿Has hecho algún curso?

Negó con la cabeza.

—Estoy ahorrando.

—Así que no has hecho ningún curso, nunca has trabajado en una cocina, ni siquiera habías sido camarera antes de ayer…, pero ¿aun así piensas que este es tu futuro?

—Sí —dijo sin vacilar—. Y no lo pienso. Estoy segura.

—¿Por qué?

—Esa pregunta ya me la ha hecho, chef.

—No puedes saber si algo te hace feliz si nunca lo has probado.

Una sombra oscureció sus ojos y la vi dudar, como si estuviera meditando si revelarme algo o no. Pero no tuve tiempo de decirle nada al respecto, porque ella, por algún motivo, decidió abrirse.

—Mi madre… —Suspiró—. Mi madre murió cuando yo era pequeña. Desde que enfermó, mi padre tuvo dos trabajos para poder mantenernos, y como segundo empleo fregaba platos en un restaurante pequeño de las afueras. Me llevaba con él a menudo, porque no podíamos permitirnos pagar a una canguro, y yo siempre me quedaba en un rincón para no molestar a nadie y me pasaba las tardes fingiendo que coloreaba, leía, hacía los deberes… Pero, en realidad, me pasaba todo el rato observando. —Sus ojos brillaron, como si estuviera reviviendo aquellos momentos—. No eran chefs con estrellas, era un pequeño restaurante familiar, pero todos parecían tan… no sé. En sintonía, creo. Y felices. Cada día había un problema distinto. Alguien se equivocaba, alguien cometía un error…, pero siempre encontraban una solución. —Sonrió—. Creo que eso es lo que más me fascina. En la cocina, siempre hay soluciones. No hay límites. Todo puede resolverse de alguna forma. —Me miró—. Y cuando servían la última mesa, cuando todo el alboroto se acababa y la cocina se quedaba en silencio…, ellos sonreían. Mi padre también. Estaban exhaustos, agotados por el trabajo y sin un ápice de energía…, pero sonreían. Porque habían encontrado la solución que necesitaban para seguir adelante. —Su expresión se volvió inocente. Casi tímida—. ¿Tiene sentido?

No me esperaba un discurso como ese. No me esperaba a una chica como ella.

Aparté la mirada de la suya y la clavé en un punto indefinido al fondo de la calle.

—Sí, creo que sí.

—Desde que fui lo bastante grande como para alcanzar los fogones, siempre he cocinado yo en casa —prosiguió—. Me gusta hacerlo. Y sé que puede parecer extraño, pero… —De nuevo, dudó.

Esta vez, sin embargo, insistí.

—¿Qué?

—Bueno… —Exhaló un profundo suspiro—. Hubo épocas en las que casi no llegábamos a final de mes. —No había vergüenza en su rostro. No se avergonzaba de lo que había vivido, sino que estaba orgullosa—. Había días en los que teníamos la nevera prácticamente vacía, y mi padre estaba tan estresado que apenas dormía. Entonces yo entraba en la cocina y creaba algo. Con las sobras, con lo poco que quedaba en la despensa… —Volvió a sonreír—. Una vez preparé un plato a base de espinacas congeladas, nueces y galletas saladas trituradas.

Arqueé una ceja.

—¿En serio?

Ella rio y asintió.

—Estaba rico. Bueno, no para sus estándares, tal vez…, pero no estaba mal. Incluso intenté decorar el plato. —Frunció la nariz—. Pero no se trataba del plato en sí. La cuestión era que había encontrado una solución. —Sus ojos relucían—. Y aquella noche… aquella noche logré ver sonreír a mi padre.

—En la cocina siempre hay una solución —repetí en voz baja.

—Siempre.

Enfilamos el callejón lateral del restaurante.

—La crítica de la señora D'Arnaud… —intentó de nuevo, mientras apoyaba la bici en la pared—. No era negativa. Y si hay alguien capaz de encontrar una solución, es «la brillante mente de Wade». —Citó la crítica, y cualquier cosa positiva que hubiera sentido hasta entonces se desvaneció.

—En mi caso, las soluciones no bastan. Se necesita excelencia. —Y la verdad era que ni siquiera eso bastaba, al menos no sin inventiva. Y yo no la tenía. Ya no.

Antes de que pudiera responder, abrí la puerta de la cocina y le hice un gesto para que entrara, y ella comprendió que era mejor no insistir.

Estábamos allí por un motivo muy concreto, y yo necesitaba obtener una respuesta. Fuera la que fuera.

Cerré la puerta, me dirigí a un fregadero y le indiqué que hiciera lo mismo.

—Las manos.

Se acercó enseguida para lavárselas, mirando a su alrededor. Tenía la misma expresión que había visto en ella cuando se presentó aquí por primera vez tras ver la oferta de trabajo.

En sus ojos había asombro. Fascinación. Y, joder, eso la convertía en…

—Estupenda —murmuró, distraída—. Esta cocina es estupenda.

Involuntariamente, levanté la comisura de la boca.

—La diseñé yo.

Su mirada buscó de inmediato la mía.

—¿En serio?

Asentí.

—Quería una cocina abierta —expliqué—. Sin obstáculos ni estantes entre los puestos. Quería que todos los chefs pudieran ver el trabajo de los demás, y yo tenía que poder supervisarlos a todos. —Me sequé las manos y le pasé el paño antes de dirigirme a la cámara frigorífica para sacar los dos botes con las reducciones que habían sobrado de la noche anterior—. En la cocina somos un equipo —continué, y me dirigí a una encimera apartada de Avery—. Y no podemos serlo si estamos divididos.

Cogí dos platos, puse una cucharada de salsa en cada uno y les di forma de gota. Entonces, le hice un gesto para que se acercara.

—¿Cuál de las dos le serviste a la señora D'Arnaud? —pregunté, mostrándole los platos.

Avery los estudió. La diferencia de color era mínima; solo un ojo excepcionalmente atento las distinguiría. Pero sabía que ella podía hacerlo. Que ya lo había hecho.

—Adelante, jovencita.

Suspiró. Y señaló la reducción de vinagre balsámico.

—Esta.

Una oleada de rabia me recorrió el cuerpo.

—¡Joder!

Apreté los platos con tanta fuerza que la cerámica se agrietó bajo mis dedos. Pero antes de que pudiera lanzarlos contra la pared, Avery me detuvo.

Sus dedos delicados se cerraron sobre los bordes, nuestra piel entró en contacto. Y más de una descarga eléctrica me recorrió los huesos.

Avery inspiró con brusquedad. Tal vez ella también había sentido esas descargas. O quizá, simplemente, acababa de darse cuenta de lo que había hecho.

Retrocedió de golpe y me lanzó una mirada que no supe interpretar.

—Disculpe, chef —dijo—. Es que no creo que destrozar la cocina sea la solución.

Apreté la mandíbula y sentí un malestar abrasador en el pecho.

—No me retes, jovencita —siseé, antes de dejar los platos en la encimera. Pero no los rompí. Al contrario, apoyé las palmas sobre el acero y bajé la cabeza.

No tenía ni idea de qué hacer. No podía creer que hubiera cometido ese error. *Yo.*

¿Cómo coño lo había permitido? ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Y cómo era posible que Deelylah se hubiera equivocado en algo tan básico?

Cerré los ojos e inspiré hondo, luchando contra todos mis impulsos. Avery tenía razón. Destrozar la cocina habría sido una gilipollez. Aunque, en ese momento, era lo que más deseaba.

—¿Por qué decidió hacerse chef… chef? —preguntó de repente.

Alcé la cabeza con esfuerzo, demasiado obcecado en intentar controlarme como para comprender lo que estaba haciendo.

—Yo le he dado mi respuesta —continuó—. Ahora le toca a usted.

—¿Es una orden?

Avery esbozó una sonrisa.

—Estoy aprendiendo del mejor.

Por segunda vez en muy poco tiempo, Avery me había visto a punto de perder los papeles. Y, por segunda vez, en lugar de

asustarse, me había ofrecido una distracción. Una vía de escape de toda la mierda que sentía por dentro. Y, joder, lo necesitaba. Mucho más de lo que ella podía imaginar.

Me obligué a respirar. Y a reflexionar sobre su pregunta.

—Para ti, la cocina es felicidad —dije al cabo de unos segundos—. Para mí, la cocina es vida.

—Vida y felicidad deberían ir de la mano, ¿no cree? —Se apoyó de forma distraída en la encimera—. ¿Es feliz, chef?

Fruncí el ceño. Su espontaneidad me pilló totalmente por sorpresa. Estaba bastante seguro de que nadie, hasta ese momento, me había hecho esa pregunta. Una pregunta inocente… y complicada de narices. Como Avery.

—No es tan sencillo, jovencita.

—Pero debería serlo —insistió—. ¿Qué lo hace feliz?

Me crucé de brazos.

—¿Siempre haces preguntas tan personales?

—Antes era su turno de hacerlas. Ahora es el mío.

Negué con la cabeza poco a poco, extrañamente fascinado por esa chica.

—Y no tienes intención de rendirte, ¿verdad?

Sus ojos profundos brillaron.

—No soy de las que se rinden.

—Ya me he dado cuenta.

—Entonces respóndame.

Una diversión inesperada se abrió paso en mi pecho.

—En serio, deberías dejar de darle órdenes a tu jefe.

Avery sonrió.

—Ya se lo he dicho, estoy aprendiendo del mejor.

—¿Así que por eso querías trabajar en mi restaurante? ¿Para aprender de mí?

—Sí —dijo sin dudar. Y, una vez más, su sinceridad me desarmó.

Permanecí en silencio unos segundos, observándola con intensidad.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —repitió.

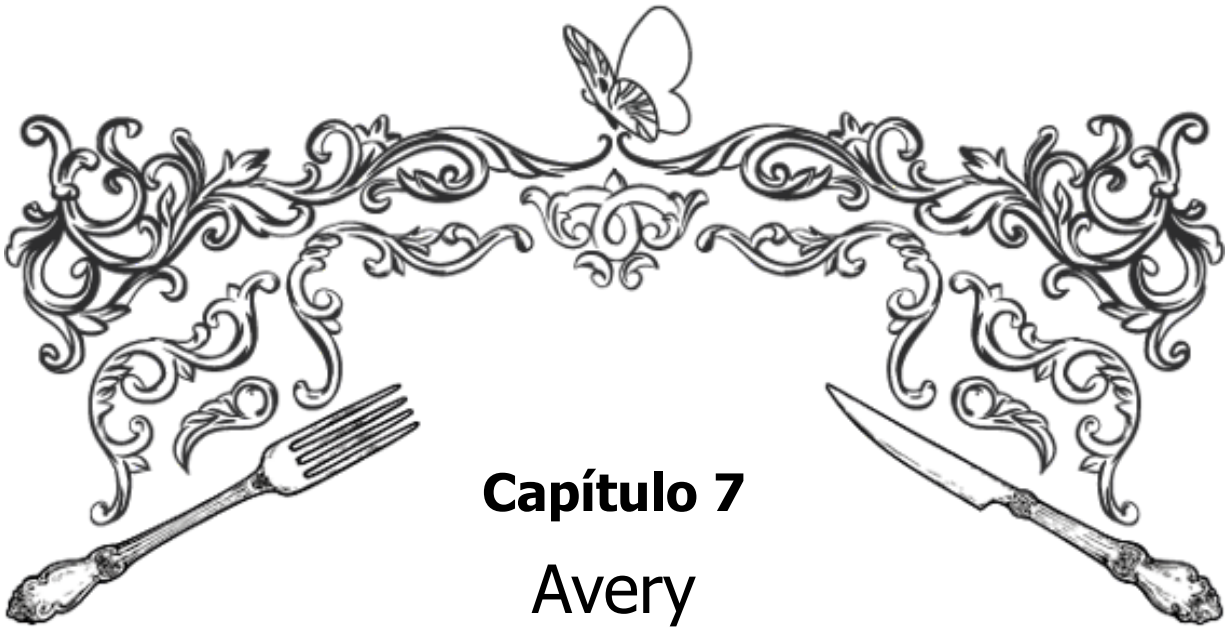
Me dirigí hacia el armario donde guardábamos las chaquetas de chef.

—¿Tienes que ir a clase?

Avery siguió mis movimientos con cierta confusión antes de comprobar la hora.

—No, ya ha empezado. ¿Por qué?

—Porque haremos eso por lo que estás aquí. Te voy a enseñar.



Capítulo 7

Avery

Notaba los latidos del corazón incluso en la punta de los dedos. No estaba segura de que fuera algo normal. Y, sin embargo, era la sensación más increíble que había experimentado en toda mi vida.

El chef se abrochó la chaqueta negra, luego buscó un delantal blanco y me lo ofreció.

—Póntelo.

Lo tomé con la boca seca. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

—Empezaremos por lo básico —continuó él, que fue a buscar algo a una cesta.

—¿Lo dice en serio?

¿Rayden Wade acababa de ofrecerse a ser mi profesor? Era como si Miguel Ángel te explicara el arte. Había cosas que no pasaban en la vida real.

Tal vez estaba soñando. Quizá, cuando la bici se me había estropeado aquella mañana, había acabado en medio de la calzada y ahora mismo estaba inconsciente.

La mera idea de un accidente me estremeció, y me apresuré a apartar esos pensamientos.

—Sí, lo digo en serio —confirmó él—. Así que póntelo.

Señaló el delantal que tenía entre las manos y, esta vez, hice lo que me había pedido. Lo más rápido posible. Como si temiera que aún pudiese cambiar de opinión.

Wade caminó en mi dirección. Se acercó tanto que el aire se impregnó de su aroma, y yo olvidé todo lo que había estado pensando hasta ese momento.

La luz blanca de la cocina se reflejaba en él y acentuaba los rasgos marcados de su rostro. Ahora que parecía haberse relajado, ahora que ya no había rabia en su expresión, ahora que *yo* había conseguido distraerlo…

«Dios mío».

El corazón me empezó a latir todavía más fuerte, y lo sentí en cada centímetro de mi cuerpo. En cada parte de mí.

—Córtala.

Su voz me espabiló, y me apresuré a apartar la mirada de él para centrarla en lo que acababa de dejar sobre la encimera.

Fruncí el ceño.

—¿Quiere que corte la cebolla?

—Esta clase será extremadamente larga si repites todas las órdenes que te doy. —Cruzó los brazos y me miró, a la espera.

«De acuerdo…».

Todos los utensilios que necesitaba estaban allí, a la vista. Así pues, cogí una tabla de cortar, la coloqué sobre la encimera y puse la cebolla encima.

—Primer error.

Giré la cabeza hacia él de inmediato, confundida.

Rayden se colocó a mi lado y posó dos dedos sobre la tabla de cortar. Cuando los movió, la madera se desplazó con ellos.

—Si la base de apoyo no es estable, tu corte no será uniforme. —Arrancó un trozo de papel de cocina, lo humedeció y lo colocó bajo la tabla.

—Intenta moverla ahora.

Imité el mismo gesto que había hecho él hacía unos instantes. Gracias a eso, la tabla no se movió ni un milímetro.

—Continúa.

Asentí y tomé un cuchillo. Y, sin poder evitarlo, sonreí.

Estaba equilibrado a la perfección, y sujetarlo entre los dedos era… algo natural. Como si lo hubieran creado para encajar en mi mano.

Dios, tal vez estaba perdiendo la cabeza de verdad.

Conteniendo un suspiro, agarré la cebolla con la mano libre.

—Segundo error.

Me detuve.

—Pero si aún no he hecho nada.

—Exacto.

Me giré para mirarlo.

—Antes de cortar algo, sea lo que sea, hay que afilar la hoja —explicó—. Si fueras a dibujar, ¿usarías un lápiz sin punta?

Negué con la cabeza.

—En la cocina se aplica la misma lógica. Esto es tu lápiz… —Señaló el cuchillo—… y esto es tu lienzo… —Apuntó a la cebolla—. Si lo que quieres hacer es arte, todo tiene que ser impecable, hasta el utensilio más pequeño. —Cogió el afilador y me lo tendió.

—Yo… —Cerré los dedos alrededor del mango mientras me mordía el labio inferior—. No lo he hecho nunca —admití.

Algo cruzó por su mirada. Pero no era irritación ni burla. Era algo distinto, algo que me despertó un cosquilleo en el estómago.

—Sujétalo bien —me indicó—. Ahora, pasa toda la hoja por el afilador, desde la base hasta la parte de arriba, punta incluida.

Lo intenté, y un silbido metálico se alzó en el aire.

—Más rápido.

Intenté acelerar, pero mis movimientos eran inseguros, y él negó con la cabeza.

—Te lo estás pensando demasiado.

No me dio tiempo a responder. Se movió de una forma tan repentina que apenas lo vi. Se situó a mi espalda y me rodeó con los brazos.

Mi cuerpo se convirtió en una estatua de piedra, el aire se me quedó atascado en la garganta.

Rayden había pegado el pecho a mi espalda. Y, en aquel momento, posaba las manos sobre las mías.

Me obligué a reprimir cada escalofrío, cada temblor, mientras mi corazón tropezaba consigo mismo, una y otra vez.

Lo sentía todo.

El relieve de sus músculos firmes. El aroma de su uniforme. Su aliento cálido que se deslizaba por mi mejilla. Y los pequeños surcos que le cubrían los dedos.

Cicatrices.

Estábamos tan cerca que podía notar todas sus cicatrices.

Y él me lo estaba permitiendo.

—Es una cosa natural —me murmuró en el oído—. Como respirar.

Quizá ese fuera el problema, entonces. Yo ya no podía respirar.

¿Y cómo iba a prestar atención al cuchillo afilado entre mis manos cuando lo único en lo que podía pensar era en el tacto de Rayden sobre mi piel?

Iba a cortarme. O a cortarlo a él. Y compartiríamos una cicatriz.

Una de las primeras para mí. La enésima para él.

Un temblor escapó a mi control, y me estremecí entre sus brazos.

—No tengas miedo, jovencita.

Antes de que pudiera responderle, Rayden empezó a guiar mis movimientos. Bajo sus manos, las mías se movían con fluidez, y la hoja comenzó a bailar por el afilador, produciendo una sinfonía delicada que acentuaba mis escalofríos.

O tal vez era solo el efecto que me provocaba Rayden. Y que ya no podía esconder.

—Mejor —dijo—. Sigue así, no pares.

Me soltó las manos, y cuando alejó sus dedos de los míos, una extraña sensación de vacío me invadió. Pero tan solo duró un instante. Un instante antes de darme cuenta de que no se había apartado. Su cuerpo seguía pegado al mío, el calor que se filtraba a través de su chaqueta de chef aún me envolvía…

Una sonrisa completamente nueva curvó mis labios, y el cosquilleo en mi estómago se intensificó, mientras el impulso irracional de apoyarme con más fuerza en su pecho me devoraba por dentro.

Dios, no sabía qué me pasaba. Ni cómo recuperar el control sobre mí misma. Pero quizá esa fuera la clave.

Ya me sentía yo misma. Más que nunca.

Y no tenía sentido.

No tenía sentido que me hubiera abierto con él, que le hubiera confesado cosas que ni siquiera mis mejores amigos sabían.

No tenía sentido que, a pesar de que no lo conociera de verdad y lo hubiera visto perder la paciencia en más de una ocasión, con él fuera capaz de sentirme tan segura como para que bajara todas mis defensas.

No tenía sentido que me atrajera de una forma tan inexplicable.

Y tampoco tenía sentido que eso me gustara.

El cuchillo emitió un último silbido en el aire, y reduje el movimiento hasta detenerme, antes de girar la cabeza hacia la derecha.

Rayden estaba ahí, a pocos centímetros de mí. Tenía los ojos clavados en los míos, su rostro estaba peligrosamente cerca del mío.

—Nada mal, jovencita —dijo con voz ronca. Sus iris grises brillaban.

—Gracias, chef. —Me pasé la punta de la lengua por los labios, que de repente sentía secos. Pero fue un error.

Siguiendo ese gesto, Rayden bajó la vista a mi boca. Y tal y como pasaba cada vez que me miraba, sentí sus ojos sobre mí. Como si no se limitara a observarme, sino como si me estuviera acariciando. Con la yema de los dedos, con sus mismos labios…, con cada parte de su cuerpo.

Mi corazón enloqueció y otro escalofrío me recorrió la espalda.

Y, esa vez, él entendió el motivo real.

Apretó la mandíbula y se apartó.

—Vamos. —Señaló la encimera—. Continúa.

Mi pecho se sublevó con emociones tan opuestas que no fui capaz de reconocer ninguna, pero volví a centrarme en la tabla y sujeté la cebolla para cortar los dos extremos. El cuchillo se hundió como si atravesara gelatina.

A cada rodaja que cortaba, los ojos me lloraban un poco más, y pronto empecé a parpadear repetidamente mientras intentaba moverme con la mayor precisión posible.

Cuando terminé, dejé el cuchillo sobre la encimera y me giré, a la espera de su veredicto.

Rayden tenía los brazos cruzados otra vez. Toda su atención estaba puesta en mí.

—¿Sabes por qué estás llorando?

—Por la cebolla.

Él se acercó.

—Porque has cortado la base de la raíz por la mitad. —Hizo un gesto hacia uno de los dos extremos que había eliminado—. Ahí es donde se liberan las sustancias irritantes que hacen llorar. —Alargó la mano hacia mi rostro, y yo me quedé petrificada. Estaba a pocos centímetros de mí—. La próxima vez, deja esa parte unida a la cebolla y quítala al final. —Me pasó el pulgar por la mejilla para limpiarme una lágrima que me surcaba la piel. Y me temblaron hasta los huesos.

«Dios. Mío…».

Estábamos hablando de cebollas. ¡Cebollas! Lo menos excitante y seductor del mundo. Y, sin embargo, la forma en que Rayden me miraba, el tono grave de su voz…

Asentí, solo por volver a notar sus dedos en la cara.

—De acuerdo, chef.

Su mirada se volvió incluso más intensa, y mi respiración, más acelerada. Y…

—¿Ray?

Una voz repentina resonó entre las paredes, y Rayden bajó la mano al instante. Yo me sobresalté y di un paso atrás a toda prisa.

Cuando nos giramos, encontramos a la *sous chef* en el umbral de la cocina.

—Oh. —Se apartó el flequillo rubio del rostro, desconcertada—. ¿Interrumpo algo?

Rayden no respondió, pero su mirada lo decía todo. Era la misma que le había visto en la calle, cuando le había leído las palabras de la señora D'Arnaud. Y la misma que tenía cuando estuvo a punto de estrellar los platos contra la pared.

La lluvia en sus ojos se había oscurecido, y era como contemplar un temporal nocturno en el que gotas plateadas reflejaban el destello de los relámpagos que desgarraban la oscuridad.

Me pregunté si Rayden era realmente así. Oscuro. Peligroso.

En ese momento, lo parecía.

—He leído la reseña —continuó Deelylah, que no había percibido lo que yo sí había notado—. ¿Cómo…?

—A mi despacho —la interrumpió Rayden. Incluso en su voz había rastros de la tempestad que se estaba desatando dentro de él.

La mujer parpadeó, como si se hubiera sorprendido al sentir el hielo que impregnaba su tono de voz, pero asintió de todos modos, y los dos se dirigieron a la puerta de la cocina. Sin embargo, antes de salir, Rayden se giró hacia mí. Y, por un segundo, solo uno, me pareció que su oscuridad se volvía un poco más clara.

—¿Jovencita? No te marches.

Le hice un gesto con la cabeza. Y cuando desaparecieron por el pasillo, exhalé el aire que estaba conteniendo y apoyé la espalda contra la encimera.

Me temblaban las piernas, el corazón me latía desbocado… y sonreía. Sonreía tanto que hasta me dolían las mejillas.

—¿Está pasando de verdad? —susurré en voz baja, como si esperara que el aire a mi alrededor me respondiera. Un aire que todavía olía a Rayden.

Me mordí el labio y me rocé con los dedos el punto exacto de la mejilla donde me había acariciado. Ardía por dentro…, pero no importaba. Ya nada importaba.

Sin dejar de sonreír, cogí la mochila y saqué el teléfono del bolsillo; sentía una necesidad desesperada de contárselo todo a Mandy. Pero en cuanto desbloqueé la pantalla, me quedé de piedra.

Tenía trece llamadas perdidas de Mandy y seis de Weston, además de una infinidad de mensajes.

«¿Qué…?».

No dudé. No esperé. Y abrí el chat de mi mejor amiga.

Mandy: Ry, ¿dónde estás?

Mandy: El timbre está a punto de sonar.

Mandy: ¿Dónde demonios estás?

Mandy: Avery Shaw, ¿dónde te has metido?

Mandy: Estoy a punto de tener un infarto.

Mandy: ¡¡¡Ry!!!

Mandy: Si no me respondes en menos de un minuto, llamo a la policía.

Mandy: Treinta segundos.

Mandy: Diez.

Mandy: Uno.

Mandy: Trent me ha prohibido que llame a la policía. Pero te juro que si sigues ignorándome, ¡voy a hacerlo!

Mandy: Joder, Ry, dime que no te ha pasado nada.

Mandy: Responde.

Mandy: Responde.

Mandy: Responde.

La culpa me arrolló.

No la había avisado.

¿Cómo había podido no avisarla? ¿Cómo había podido desaparecer, así sin más, sin decirle nada?

Negué con la cabeza y le escribí un mensaje rápido.

Yo: Dy, perdona, perdona, ¡PERDONA! Estoy en el Ambroisie. Me he encontrado a Wade por la calle y me ha pedido que viniera aquí. ESTOY BIEN.

Lo envié y pasé al siguiente chat, el que tenía con los chicos.

Trent: Nena, tienes que tranquilizarte. Desde aquí noto cómo tiembla tu mesa.

Mandy: ¿Dónde demonios está?

Wes: Yo también estoy preocupado.

Trent: Estoy seguro de que está bien. Se habrá ido a tomar un café, ya habéis visto las ojeras que tenía esta mañana.

Mandy: Se acabó lo de ir en bici. A partir del lunes vendrá en coche con nosotros.

Wes: Estoy de acuerdo.

Mandy: No, he cambiado de opinión. No vendrá con nosotros.

Trent: ???

Mandy: Antes voy a matarla. Con mis propias manos.

—Joder —murmuré, mientras mis dedos volaban sobre la pantalla.

Yo: Chicos, lo lamento mucho, no me odiéis, ¡por favor! Estoy bien, todo va bien, estoy en el restaurante. No iré al instituto, pero ESTOY BIEN.

Trent: Joder, Ry, ¡por fin!

Wes: ¡Casi nos matas del susto!

Yo: Lo sé, ¡perdonad!

Wes: Podrías haber avisado.

Yo: Lo siento, de verdad…

Wes: De todas formas, ¿qué haces en el restaurante? ¿Tu turno no empieza por la tarde?

Yo: Se me ha averiado la bici y me he encontrado al chef.

Wes: ¿Y?

Yo: Me ha pedido que viniera a ayudarlo con una cosa al restaurante.

Wes: ¿Por qué un chef pide ayuda a una camarera?

Una sensación de fastidio me rasgó la garganta.

Wes: Ya sé que necesitas el trabajo, Ry, pero deberías mantenerte lejos de ese tío.

Yo: ¿De quién? ¿De Wade?

Wes: Ya lo hablaremos en persona. Me alegro de que estés bien.

Fruncí el ceño, pero decidí no insistir.

Yo:¿Mandy me odia?

Trent: Sí. Pero no es por eso por lo que no te responde.

Yo: ¿Y entonces por qué?

Trent: Gales la ha pillado escribiendo en el teléfono, y se lo ha quitado.

Yo: Joder… ¡Perdona, Dy!

Trent: Entonces, ¿te quedas todo el día en el restaurante?

Yo: No lo sé, tal vez.

Wes: ¿Y la bici?

Yo: La tengo aquí fuera. La estúpida cadena no deja de salirse.

Wes: Vale. Ve con cuidado.

Me quedé mirando fijamente la última respuesta. ¿A qué se refería? ¿Con qué tenía que ir con cuidado? ¿Y por qué Wes quería que me mantuviera alejada de Rayden? ¿Se conocían?

Fruncí el ceño y alejé ese pensamiento.

No, no podían conocerse. Wes solo se estaba comportando de forma protectora, como siempre, pero no hacía falta. No en esta situación. No con Rayden.

Guardé el teléfono, me giré y volví a observar la tabla de cortar. En menos de un segundo, la sonrisa volvió a formarse en mis labios,

y aquella misma emoción increíble que me había calentado por dentro hacía unos instantes volvió a recorrerme las venas.

«¿Jovencita? No te marches».

Sabía que en ese momento el chef estaba manteniendo una conversación realmente difícil con Deelylah. Sabía que, con toda probabilidad, estaría gritando, que la lluvia en sus ojos se habría transformado de nuevo en esquirlas de hielo…

Pero, aun así, me había pedido que me quedara.

A pesar de todo, quería que estuviera allí.

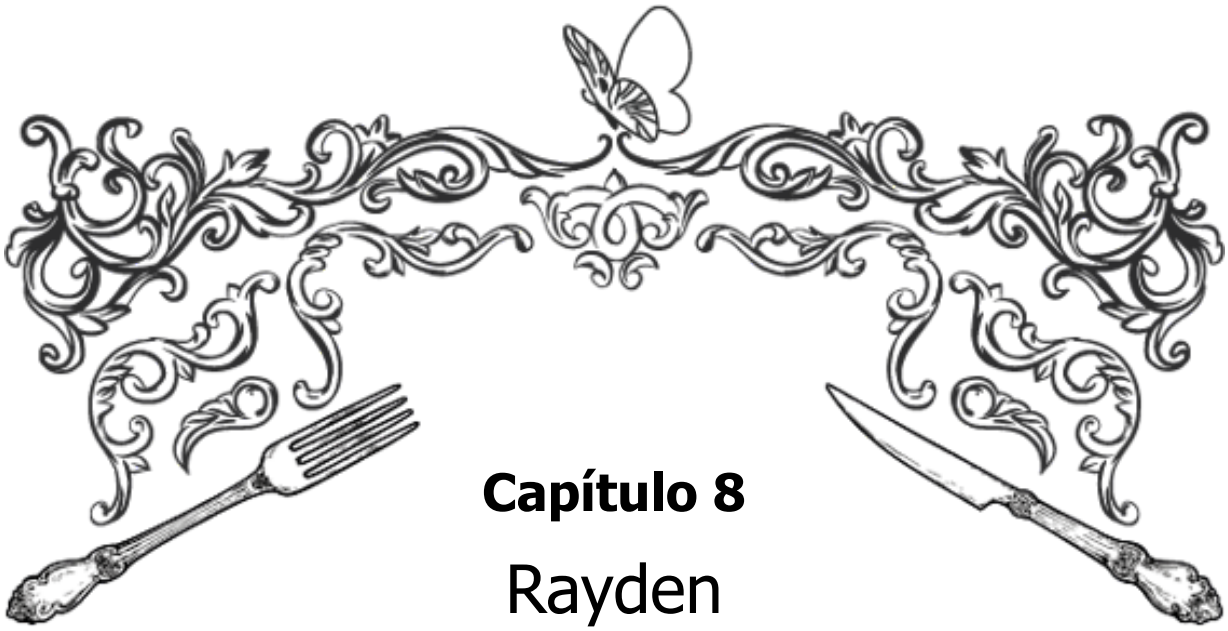
Y no se imaginaba ni de lejos lo mucho que se lo agradecía.

Inspiré hondo, me subí las mangas de la camisa y volví a afilar el cuchillo.

Si Rayden de verdad quería darme clases, me entregaría por completo. Practicaría lo que hiciera falta. Y sacaría el máximo provecho de todas sus enseñanzas.

Al menos, mientras durara aquel sueño.

O mientras no se convirtiera en una pesadilla.



Capítulo 8

Rayden

—La crees.

La de Deelylah era una acusación. En sus ojos no había duda, ni incertidumbre, ni siquiera la posibilidad de considerar que podría haber cometido un error. Solo había rabia.

—Esa chica forma parte de este mundo desde hace… ¿cuánto? ¿Cinco minutos? —prosiguió, fulminándome con la mirada—. Y tú la crees. Como si de verdad supiera algo sobre los platos, como si pudiera reconocer la diferencia entre…

—La reconoce. —Mi voz cortó sus palabras, pero Deelylah no se rindió. Siguió caminando de un lado a otro frente a mí, con el pelo alborotado y las mejillas encendidas.

—¡Es una camarera! ¡Y no tiene experiencia, nada de nada! —gritó, señalando la puerta—. ¿Crees que siente pasión por este mundo? Genial. Pero no tienes ningún derecho a ponerte en mi contra y acusarme de algo así solo porque quieres abrirla de piern…

—Una palabra más y será la última que pronuncies entre estas paredes.

El aire se cristalizó. Y por primera vez desde que le había dicho lo que había pasado, Deelylah se quedó de piedra.

—Tal vez no haya sido lo bastante claro. —Di un paso al frente, sin apartar la mirada de la suya. Tenía la mandíbula tensa, los brazos cruzados sobre el pecho—. Ayer se cometió un error. *Tú* cometiste un error.

Deelylah volvió a abrir los labios, pero me adelanté antes de que pudiera articular una sola sílaba.

—Y *yo* no me di cuenta. Si el plato salió en esas condiciones, la culpa es de los dos. —Di otro paso en su dirección—. Lo que quiero saber de ti es: ¿eres capaz de reconocer que te equivocaste, o realmente estás convencida de que no existe ni la más mínima posibilidad de que hicieras una tontería? Porque, si es lo segundo, entonces el primer error no lo cometí ayer. Lo cometí el día en que te contraté.

Ella inspiró con brusquedad.

—No…

—Contesta, Deelylah —la interrumpí—. ¿Es posible que te equivocaras ayer o no?

—No puedes…

—Contesta.

—¡Sí! —gritó, abriendo los brazos—. Sí, ¿de acuerdo? —Se pasó las manos por la cara—. Aunque me parece improbable, aunque no crea que pasara, puede que me distrajera un segundo, menos de un segundo. Pero…

—Ya basta. —Seguí mirándola, impasible—. Las justificaciones no me interesan y no cambian lo que ha pasado.

Ella frunció la boca. Mil emociones distintas se arremolinaban en sus ojos, pero la más evidente seguía siendo la rabia.

—Vete a casa —ordené—. Descansa. Recupérate. Luego, vuelve aquí para tu turno y asegúrate de que no te distraes. —Hice una breve pausa—. Yo haré lo mismo. Seremos mejores y daremos más. Porque lo que dimos ayer no fue ni de lejos suficiente.

Vi que intentaba controlarse, que quería guardar silencio. Y luego, vi que ese intento fracasaba.

—¿Porque lo dice esa camarera?

—Porque lo digo yo —gruñí—. Y la señora D'Arnaud lo ha confirmado con creces.

Ante eso, no añadió nada más. Le hice un gesto hacia la puerta.

—Vete.

Durante unos instantes dudó, pero aún no veía ni rastro de remordimiento en su expresión. Y empecé a preguntarme si de verdad había cometido un error al contratarla.

Necesitaba poder confiar en ella. Necesitaba saber que, si yo empezaba una acción, ella podía terminarla sin que le dijera nada. Que, si yo pensaba algo, ella era capaz de leerlo en mis ojos y ejecutarlo antes incluso de que lo transformara en palabras.

Chef y *sous chef* eran las dos partes de un todo.

Deelylah tendría que haber sido mi otra mitad.

—Bien. —Suspiró y cerró los ojos. Al fin, se giró y se dirigió a la puerta.

Acababa de abrirla cuando la detuve.

—Deelylah.

Volvió la cabeza por encima del hombro, con la mano todavía aferrada al pomo.

—No te atrevas a volver a faltarme al respeto. No cuando se trata de mi cocina. O de mis empleados. ¿Está claro?

Sus dedos se agarrotaron y se pusieron blancos sobre el pomo de acero, y vi cómo se le contraían los labios y empezaban a formar una mueca, como si su rabia hubiera tomado el control e infectara su rostro.

O quizá no fuera rabia. Tal vez fuera otra cosa. Algo que yo no era capaz de reconocer. Y que ella no debería sentir.

—Sí, chef.

No añadió nada más. Salió y cerró la puerta. Sus pasos rápidos resonaron por el pasillo en silencio. Y yo, cuando me quedé solo, me permití apoyar las manos en el escritorio, inclinar la cabeza e inspirar profundamente por la nariz.

«La crees».

Sí. Joder, sí.

Conocía a Deelylah. Sabía cómo trabajaba, la precisión que normalmente volcaba en los platos, toda la preparación que tenía a sus espaldas. Por el amor de Dios, más de una vez la había escuchado hablar de las prestigiosas escuelas a las que había asistido. La última había sido justo la noche anterior, antes de que me la follara para intentar aliviar el estrés que habíamos acumulado.

Y, sin embargo, había creído enseguida a Avery. Como si hacerlo fuera del todo natural. Como si confiara en ella. Y no tenía ningún puto sentido, no había ninguna razón lógica para hacerlo…, pero era así. Era así y punto.

Levanté la cabeza y miré hacia la puerta cerrada.

Le había dicho a Deelylah que yo tampoco iba a tener más distracciones. Pero ese era el único motivo por el que le había pedido a Avery que se quedara, que me esperara.

Y quizá, durante unas horas más, yo podría seguir haciéndolo.

Distraerme. Olvidar.

Antes de volver a levantar todas las defensas y perseguir esa perfección que necesitaba desesperadamente.

Pero lo sabía. Hacerlo todo del modo correcto no era la respuesta, esta vez no. Necesitaba algo más. Una solución. Una de esas en las que Avery creía con tanta convicción que basaba su felicidad en ellas, y que yo llevaba toda la vida buscando.

Inspiré hondo por última vez e hice todo lo posible por aclararme la mente.

Unos segundos después, salí de mi despacho y volví a la cocina. Y…

Avery seguía allí, exactamente donde la había dejado. Sobre la tabla que tenía delante había otra cebolla, y la estaba cortando con rapidez, con cuidado. Y con mucha más precisión que la primera vez. Porque no le lloraban los ojos y no parpadeaba a destajo para intentar deshacerse del escozor. Había seguido mis instrucciones. Y lo había hecho a la perfección.

Un sentimiento desconocido me llenó el pecho. Pero antes de que pudiera siquiera intentar descifrarlo, Avery cortó la última rodaja,

dejó el cuchillo sobre la tabla y levantó la cabeza.

Sus ojos encontraron los míos enseguida, y sus labios se curvaron en una sonrisa. Una sonrisa tan resplandeciente que consiguió hacerme olvidar todo lo demás.

No podía dejar de mirarla.

Era…

Joder, no sabía qué era.

Hipnótica, tal vez. Trágicamente guapa. Y algo que parecía ir mucho más allá de una mera distracción.

—He cogido otra cebolla —me informó, como si no fuera evidente —. Quería practicar. Espero que no sea un problema.

Negué con la cabeza antes siquiera de darme cuenta, sin romper el contacto visual.

—No, no es un problema.

Su sonrisa se ensanchó, y yo me acerqué a ella.

Le había prometido que le enseñaría. Y, en aquel momento, no me importaba nada más.

—¿Estás lista para cocinar, jovencita?

Se le iluminó la expresión.

—Llevo lista toda la vida, chef.



La concentración en los ojos de Avery parecía casi dolorosa. No apartaba la mirada del *filet mignon* que estaba colocando en el centro del plato. Y yo no apartaba los ojos de ella.

Una capa de sudor le perlaba la frente, y tenía algunos mechones pegados a las sienes húmedas. Pero todos sus gestos eran seguros, sus movimientos eran precisos.

Tenía un talento natural. Y eso, unido a su inocencia, a su pureza…

«Dios».

—¿Así está bien? —preguntó, echándose hacia atrás.

Observé cómo había colocado el filete y el *foie gras,* y luego asentí.

—Ahora, el toque final.

Le tendí el frasco de cristal lleno de caviar y se le iluminó el rostro. Me pregunté si lo habría probado alguna vez.

—¿Sabes cómo se emplata?

Asintió.

—Lo he visto en algunos vídeos.

—Muéstramelo.

Cogió dos cucharillas, y yo la detuve antes siquiera de que acercara una al frasco.

—Primera regla del caviar: no manipularlo con utensilios de metal. —Se los quité de las manos—. El metal altera el sabor y podría romper las huevas. —Abrí un cajón y le pasé dos cucharillas de madera—. Usa estas.

—De acuerdo. —Avery las cogió y empezó a mover el caviar entre las cucharillas, antes de colocarlo encima del filete—. ¿Así?

—Perfecto. —Y era verdad.

—¿Está terminado?

—Sí, está terminado.

Avery dio un paso atrás y admiró su creación. Sus ojos centellearon, su sonrisa se ensanchó. Y consiguió contagiarme su emoción a mí también.

—Lo he hecho yo —susurró, antes de buscar mi mirada—. Lo he hecho *yo.*

No pude evitar reírme.

—Sí, jovencita.

—Mi primer plato con estrella. —Parecía incapaz de creérselo—. Yo no… Yo… —Se llevó los dedos a la boca y emitió un grito agudo —. ¡Lo he hecho yo!

El pecho casi me dolía. Joder, no me reía tanto desde hacía… desde hacía siglos.

Se mordió el labio inferior, ansiosa.

—¿Y ahora?

—Ahora viene la mejor parte.

Frunció el ceño.

—¿Mejor que esto?

Cogí el plato.

—Vamos. —La llevé a la sala y retiré la silla de una mesa—. Siéntate.

Avery obedeció, repentinamente desconcertada. Yo coloqué unos cubiertos frente a ella y, después, hice lo mismo con el plato.

—Buen provecho, jovencita.

Entreabrió la boca.

—¿En serio?

Me senté al otro lado de la mesa y crucé los brazos.

—¿Qué deberíamos hacer si no con este *filet mignon?*

—Bueno, no lo sé, pero…

—Come. Te lo has ganado.

El caramelo de sus ojos adoptó un brillo resplandeciente, como el azúcar cuando se funde con un soplete de cocina.

La observé con atención mientras se llevaba el tenedor a la boca y saboreaba el plato. Sus pestañas se juntaron, los labios se le tensaron y un leve gemido le subió por la garganta.

«Hostia puta».

Se quedó en esa postura unos segundos, hasta que tragó. Y su garganta se movió de una forma jodidamente excitante que me capturó la mirada y me obligó a bajar los ojos hasta la base del cuello, la línea de la clavícula, el pecho…

Tensé los músculos de los brazos.

—¿Qué tal?

Todavía con los ojos cerrados, Avery sonrió.

—Mejor que un orgasmo.

Abrí los ojos de par en par.

Y ella hizo lo mismo.

—Oh, Dios. —Se cubrió la boca con una mano—. Disculpe. Disculpe, no quería…

Estallé en carcajadas. Otra vez.

—Joder, jovencita… —Negué con la cabeza—. Creo que, por el bien de los dos, será mejor que no comente nada.

Parecía afligida.

—Lo lamento, de verdad, no sé por qué lo he dicho…

Fingí que me ponía serio.

—Solo puede haber dos motivos.

Avery siguió observándome con un atisbo de curiosidad que se mezclaba con vergüenza en su mirada.

—O realmente eres una cocinera excelente… o nunca has tenido un orgasmo de verdad.

Se le incendiaron las mejillas. Y Avery, en menos de un segundo, rompió a reír. Una risa ruidosa y genuina a la que me uní sin ningún esfuerzo.

Vaya, no sabía qué me estaba haciendo, pero… me sentía más ligero. Menos desastre.

Menos cabreado.

Y ni siquiera recordaba la última vez que no lo había estado.

—Ostras… —Avery se secó una lágrima que le mojaba la comisura del ojo y se llevó una mano a la barriga—. Ya no estoy acostumbrada a reírme tanto.

Esa frase me pilló a contrapié, y me pregunté qué quería decir. Pero antes de que pudiera preguntárselo, se puso tensa, como si se le hubiera escapado un detalle que habría preferido guardarse para sí.

Tal vez se refería a la muerte de su madre. O quizá era otra cosa. Algo que, por algún motivo, me hubiera gustado descubrir. Pero no quería renunciar a aquella atmósfera.

—¿Era como te lo imaginabas? —pregunté, cambiando de tema—. Cocinar de esta forma —especifiqué.

—No —respondió—. Ha sido mucho mejor. —Se llevó el tenedor a los labios y se metió el caviar en la boca. De nuevo, cerró los ojos. Y yo, una vez más, observé cómo adoptaba las expresiones más sensuales que había visto en mi vida—. Pero tenía razón. Esta es la parte más increíble.

—No estamos en un servicio, jovencita. Puedes dejar de ser tan formal.

Sus mejillas volvieron a teñirse de rojo, y tuve el descabellado impulso de sentir su calor. Así que, por si acaso, decidí recostarme en el respaldo de la silla para alejarme de la mesa. Y de ella.

—¿Cuándo supiste que querías ser chef? —me preguntó casi con timidez mientras seguía comiendo.

Me encogí de hombros.

—Con ocho o nueve años.

—¿Cómo?

Alcé una comisura de la boca y esperé que esa sonrisa disimulara la mueca amarga que se me dibujaba en el rostro.

—Te he dicho que puedes tutearme, no que puedas preguntarme todo lo que quieras.

—No vale. Yo he respondido a las preguntas que me has hecho.

—A mí se me da mejor conseguir lo que quiero.

—¿También me vas a enseñar a hacer eso? —Su voz se había vuelto más baja.

—Depende.

—¿De qué?

Me acerqué de nuevo.

—Puedo enseñártelo. Siempre que no utilices mis enseñanzas contra mí.

Sus labios volvieron a dibujar una pequeña sonrisa.

—Es el único motivo por el que quiero aprender.

Una descarga ardiente me incendió la parte baja de la espalda, y me obligué a inmovilizar cada uno de los músculos del cuerpo. Si no lo hubiera hecho, habría corrido el riesgo de cometer alguna estupidez.

Como tirar el plato al suelo.

Arrastrar a Avery sobre la mesa.

Y tumbarla allí.

Debajo de mí.

¿Qué coño me pasaba? ¿Qué demonios estaba haciendo?

Avery tragó otro bocado.

—Tienes que probarlo.

Fruncí el ceño.

—Es mi plato. Ya sé a qué sabe.

—Si de verdad lo supieras, no tendrías esa cara de cabreado todo el rato. —Cortó un trozo de filete, añadió un poco de caviar y *foie gras,* y se levantó para inclinarse sobre la mesa.

No me tendió el tenedor. Me lo acercó a la boca. Y tuve que emplear todo mi autocontrol para mirar la comida que me ofrecía y no el escote de su camiseta.

—Vamos, chef.

Clavando los ojos en los suyos, entreabrí la boca y obedecí.

La familiar explosión de sabores me estalló en el paladar, y mastiqué despacio, observando a la chica que tenía delante.

—¿Y bien? —preguntó, y volvió a sentarse.

Tragué.

—Está bueno.

—¿Bueno? *¿Bueno?* —Parecía horrorizada—. ¿Estás seguro de que te funcionan las papilas gustativas? —preguntó, y yo alcé una ceja —. Sin ánimo de ofender, chef, pero mi versión de espinacas con galletas saladas estaba buena. Esto es… No sé, es increíblemente absurdo.

Reprimí la diversión.

—¿Increíblemente absurdo?

—Eso es lo que debería haber escrito la señora D'Arnaud en su crítica. —Me apuntó con el tenedor—. No creo que la gente sea consciente de lo absurdamente increíble que es tu cocina.

—Increíblemente absurda —la corregí, y ella se rio.

—Hablo en serio. Esto ni siquiera es un plato. La investigación que has dedicado a cada detalle, la dosificación perfecta de las especias, la salsa, el punto de cocción… Todo está calibrado, hasta el más mínimo aspecto. Es pura armonía en un solo bocado y… —Se sonrojó—. Y, oh, Dios mío, que alguien me detenga.

—No. Sigue diciéndome lo fantástico que soy.

Avery negó con la cabeza.

—Como si no lo supieras ya.

Incliné la cabeza a un lado.

—¿Crees que soy tan arrogante?

—Todos los chefs lo son. Tienen que serlo. No habrías llegado hasta donde estás hoy si no supieras que puedes ser el mejor.

Solté una risa amarga.

—No soy el mejor ni de lejos, jovencita.

—Pero crees que podrías serlo —continuó, y señaló el local que nos rodeaba—. De lo contrario, no seguirías sacrificándolo todo por esto.

Esas palabras entraron en mi pecho y rasgaron las cicatrices que me esforzaba por ocultar día tras día, casi como si intentaran reabrirlas. Porque era verdad. Joder, era verdad. A lo largo de mi vida había sacrificado mucho, demasiado. Y esos sacrificios seguían ahí, ardiendo en mi alma, esperando el momento en que finalmente me devorarían y me reducirían a cenizas. Porque sucedería.

Al final, pagaría por mis errores. Y entonces, ya no quedaría nada de mí.

—Ni siquiera puedo imaginar lo duro que habrá sido —continuó Avery, que seguía mirando a su alrededor como si no se encontrara en un restaurante, sino en un sueño—. Pero haber conseguido todo esto, haber llegado hasta aquí… Quiero decir, es… Guau.

Centré toda mi atención en ella y dejé que su presencia invadiera cada rincón de mi mente. Contuve un suspiro.

—No dejes de hacerlo, jovencita —murmuré, incapaz de detenerme.

Avery parpadeó, con la sonrisa todavía impresa en los labios.

—¿Hacer qué?

—Emocionarte con las pequeñas cosas.

Las chispas en sus ojos brillaron.

—¿Es una de tus enseñanzas?

—La más importante que puedo darte.

—Entonces haré todo lo posible por recordarla. Pero… —Vaciló un instante, y me miró con una intensidad completamente nueva.

—¿Qué?

—Nada. —Negó con la cabeza—. No impor…

—Jovencita —la apremié, implacable. Y ella cedió.

—Tal vez tú también deberías recordarla.

Se formó un surco entre mis cejas, y ella dejó el tenedor en el plato, ya vacío.

—Te vi anoche. Y te veo ahora —empezó—. Dirigir un sitio como este debe de ser increíblemente estresante, y la responsabilidad que cargas sobre los hombros… No sé si yo podría soportarla. Pero tú lo haces. Has elegido hacerlo. Y no tienes ni idea de cuánto te admiro por eso. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Pero quizá deberías recordarte que, para ti, la cocina es algo más que un trabajo. —Se encogió de hombros—. Es tu vida, ¿no? Y deberías vivirla divirtiéndote. Como te estás divirtiendo ahora.

Cuanto más tiempo pasaba con Avery, más me preguntaba si de verdad era tan ingenua. O si, simplemente, tenía razón en todo.

—La vida no siempre es divertida —dije.

En cuanto pronuncié esas palabras, una sombra oscura le cruzó el rostro y bajó la cabeza, asintiendo.

—Lo sé.

«Mierda».

—No quería…

Avery volvió a mirarme.

—No, es verdad. La vida no siempre es divertida. Joder, a menudo es un asco, y no podemos hacer nada al respecto. Porque esa es la verdad. Rara vez tenemos voz sobre lo que nos pasa, rara vez podemos cambiar o mejorar las situaciones… Pero siempre tenemos voz sobre cómo vivimos esas situaciones. Sobre cómo las enfrentamos, sobre cómo decidimos superarlas. —Se llevó una rodilla al pecho y la rodeó con los brazos—. La elección es nuestra. Y podemos elegir ser felices. Estar bien.

Al final, mis cicatrices empezaron a reabrirse. Y a sangrar.

—No es tan fácil.

—No —coincidió ella—. A veces, sonreír es lo más difícil que podemos hacer. Más difícil que llorar, que gritar, que romper algo… Pero vale la pena. —Curvó ligeramente los labios—. Solo tenemos una vida, y nunca aceptaré malgastarla pasándola entre lágrimas. Si de verdad tengo que estar mal, si de verdad tengo que enfrentarme a situaciones horribles o vivir momentos difíciles…, quiero hacerlo dictando mis propias reglas. Y siempre decidiré reír.

Esas palabras se abrieron paso dentro de mí y buscaron algo en mi pecho. Como si quisieran encontrar un refugio en el que grabarse, para recordarlas siempre. Para usarlas y recoser con ellas todas mis heridas.

Me tragué de inmediato todos los pensamientos que había tenido hasta entonces.

Avery no era ingenua.

Era todo lo contrario.

—Nunca he conocido a nadie como tú, jovencita.

Un leve rubor le tiñó las mejillas.

—No te preguntaré si eso es bueno o malo.

Fruncí el ceño.

—¿Porque ya sabes la respuesta?

Negó con la cabeza.

—Porque me da miedo cuál de las dos pueda ser.

Me quedé mirándola, intrigado. Y, al cabo de unos segundos de silencio, me sonrió.

—Gracias, chef.

—¿Por qué?

—Por todo. Por haberme dado una oportunidad. Por mi primera clase de cocina. Y por esto. —Señaló el plato.

—Ha sido un placer. —La verdad oculta tras esas palabras era mucho más profunda de lo que yo mismo alcanzaba a imaginar—. Pero esto es solo el principio.

Avery inspiró con brusquedad.

—¿Me enseñarás más?

—Si quieres.

—Oh, Dios mío, sí. Sí. ¡Claro que sí! —Su voz volvió a sonar aguda, y en su mirada se encendieron cientos de luces. Y, joder, una parte de mí quería quedarse allí y aprendérselas todas de memoria. Pero no podía. Por más de un motivo.

—Bien. —Me puse en pie—. Dentro de poco llegarán las primeras entregas de mercancía. Las traen aquí, al restaurante, a diario, entre la una y las dos —le expliqué—. El chef debe asegurarse de que la calidad sea la mejor posible y que todo esté en orden. Puedes ayudarme, si quieres. Tanto con las entregas como con todo lo que hay que preparar antes de que empiece el turno. Y los días que el restaurante esté cerrado, podemos seguir con las clas…

No llegué a terminar.

De forma totalmente inesperada, Avery también se levantó, acortó la distancia que nos separaba y me lanzó los brazos al cuello.

Tenía su cuerpo pegado al mío, su aroma me envolvía por completo, y el calor de su piel…

Joder, quería tocarla. Devolverle el abrazo. Dejar de preguntarme qué diantres estaba pasando y acariciar sus curvas con las palmas de las manos.

Aunque fuera una estupidez.

Aunque fuera jodidamente incorrecto.

—Oh, Dios, lo siento. —Avery retrocedió de golpe—. No quería… No sé qué… —Dio otro paso atrás. El aire a mi alrededor volvió a ser frío, pero sus ojos… ardían de vergüenza. Y, quizá, también de algo más—. Por favor, no me despidas.

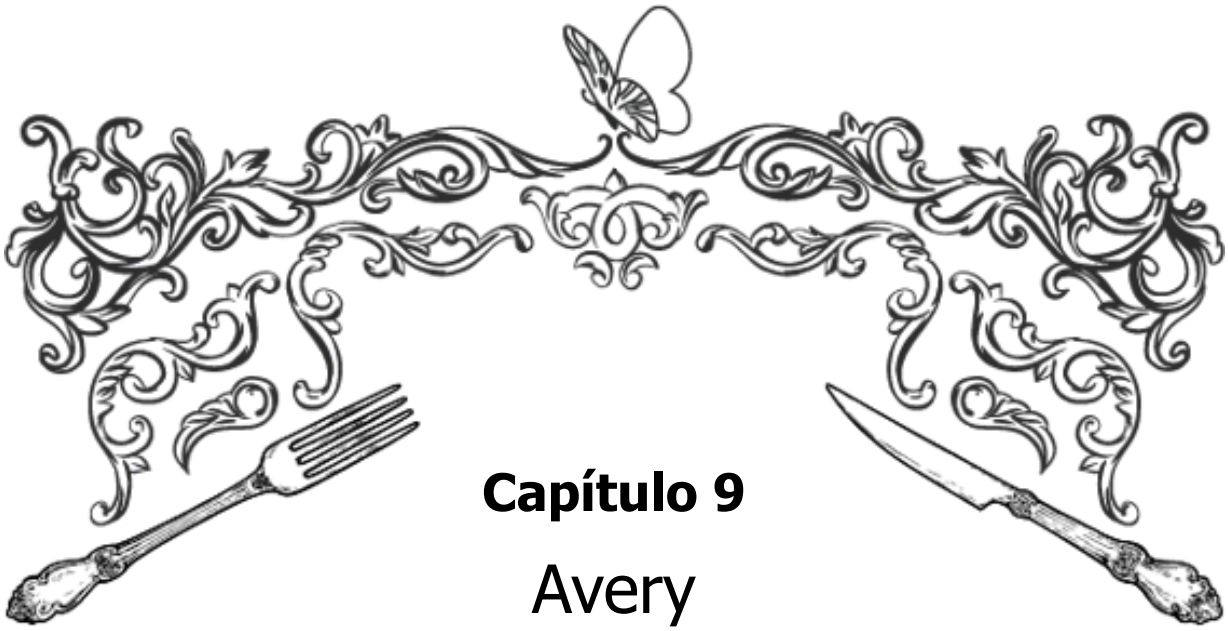
Algo se agitaba en mi interior. Un torbellino de emociones que no sabía explicarme. Porque aún lo sentía. Su cuerpo contra el mío. Y no había sido suficiente. Ni de lejos.

—Créeme, jovencita… —Mi voz sonaba ronca—. Despedirte es lo último en lo que estoy pensando ahora mismo.

Si hubiera sabido en qué estaba pensando de verdad, probablemente sería ella la que se marcharía. Porque era demasiado

inocente para aquellos pensamientos. Demasiado inocente para lo que habría querido hacerle.

Y, desde luego, demasiado inocente para mí.



Capítulo 9

Avery

«Diviértete, chef».

Aquellas palabras no habían dejado de resonar en mi cabeza durante todo el servicio. Eran las mismas que le había susurrado a Rayden antes de que empezáramos el turno, con cuidado de que nadie me oyera ni me viera.

Había pensado en ellas cada vez que anotaba comandas, que me movía por la sala y que me acercaba al pase y lo veía allí, serio y concentrado, como un dios que domina su universo.

«Diviértete, chef».

Nosotros lo habíamos hecho. Durante todo el día, juntos en la cocina, nos habíamos divertido. Habíamos cocinado, habíamos hablado… y nos habíamos reído. Él se había reído. Poco, a veces de manera casi imperceptible…, pero lo había hecho.

Si cerraba los ojos, todavía podía ver cómo se le relajaba el rostro, cómo la lluvia en sus ojos se templaba… y cómo su risa hacía vibrar el aire.

No estaba segura de que existiera algo más increíble que eso.

O que él.

Con la sonrisa aún en los labios, me desaté el delantal y lo guardé en la taquilla antes de sacar la chaqueta y la bolsa.

Cuanto más pensaba en ese día, más tenía la sensación de que me habían lanzado a un mundo paralelo en el que realidad y sueño se entrelazaban en una unión perfecta. Y deseé con todas mis fuerzas no tener que regresar nunca de allí.

—Despochef no le ha cortado la cabeza a nadie hoy —dijo Talya, a mi lado.

—Pequeñas victorias —comenté.

—No son tan pequeñas —replicó ella—. ¿Vienes a celebrarlo con nosotras?

—¿Celebrarlo?

—Vamos al local que hay al final de la calle a tomar algo.

—Oh.

—No me digas que mañana tienes clase. Es sábado.

No, el instituto no era el problema. El problema era que tenía menos de veintiún años y, por tanto, no podía entrar en bares.

—Creo que hoy paso —dije con la expresión más inocente posible —. Necesito dormir un poco.

—Como quieras. Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarnos. —Se despidió y cogió su bolso antes de salir del vestuario junto con otros camareros.

Estaba a punto de ponerme la chaqueta y salir por la misma puerta que ellos cuando recordé que había dejado la bici en la otra entrada.

Con la mochila al hombro, volví al pasillo. El restaurante estaba en silencio, y solo el suave sonido de mis pasos llenaba el aire.

Después de recoger la sala, todos los camareros se habían marchado lo más rápido posible, y estaba segura de que la brigada había hecho lo mismo. Por eso, una vez llegué a la cocina, no me sorprendió encontrarla desierta.

Me detuve en el umbral, admirando las estaciones de trabajo perfectamente ordenadas y limpias.

Era increíble que, tan solo unas horas antes, aquel lugar hubiera sido un hervidero de actividad, lleno de ruidos, voces y movimiento, y que ahora estuviera sumido en una tranquilidad absoluta. El aire

mismo parecía distinto, más suave, y lo sentía deslizarse sobre mis músculos doloridos como una caricia de terciopelo.

Avancé unos pasos y me sumergí en aquella sensación de calma pura. La misma que había disfrutado durante todo el día y que no lograba abandonar.

«La cocina es una zona restringida para el personal de sala».

Pero no lo había sido. No para mí. No aquel día.

—¿Aún no has tenido bastante?

Me giré de golpe.

A unos metros de mí, apoyado en el marco de la puerta, estaba Rayden. La chaqueta de chef ya no le cubría los brazos, que ahora estaban desnudos, resaltados por una simple camiseta negra que se ceñía a su cuerpo.

Se me secó la boca, el corazón pareció acelerarse. Pero empezaba a pensar que el problema no era la ropa que vestía. Tal vez, el problema era simplemente él.

—¿Tú alguna vez tienes bastante? —pregunté.

Rayden alzó una comisura de los labios.

—Raramente.

Le sostuve la mirada. Lo entendía.

—¿Satisfecho con cómo ha ido la noche?

Una sombra de seriedad le cruzó los ojos.

—Podría haber ido mejor.

Negué con la cabeza, divertida y exasperada a la vez.

—A los clientes les ha encantado la comida, nadie ha roto ningún plato, nadie ha dimitido y no ha habido más errores. ¿Correcto?

Se metió una mano en el bolsillo. Parecía relajado. Y era magnífico.

—Correcto.

—El universo no va a implosionar si admites que ha ido bien, ¿sabes?

Un destello se encendió en él.

—Mejor no correr el riesgo.

Resoplé, y su sonrisa se amplió un poco más.

—¿Te vas a casa?

Asentí.

—He dejado la bici aquí fuera.

—Te abro. —Se separó del marco de la puerta, pasó junto a mí y sacó un manojo de llaves del bolsillo trasero de sus vaqueros.

En cuanto puse un pie en la calle, me cerré la chaqueta. No importaba que ya estuviéramos bien entrada la primavera; en aquel momento, era plena noche, y la brisa que soplaba por el callejón era fría y cortante.

Me acerqué a la bici y me apresuré a coger el manillar. Luego, me giré hacia Rayden.

—Gracias, chef.

Él me observó durante unos instantes, y alternó la mirada varias veces entre la cadena rota y yo.

—¿Dónde vives?

Su pregunta me sorprendió.

—¿Por qué?

—¿Está lejos de aquí?

—A unos veinte minutos andando. Puede que un poco más.

Lanzó una mirada por encima de mi hombro, hacia el final del callejón. Su expresión se endureció.

—Espera aquí. —Sin añadir nada más, se dio la vuelta y desapareció en la cocina.

Volvió a salir menos de un minuto después, con una cazadora de cuero puesta y las llaves todavía en la mano.

Confusa, vi cómo apagaba las luces de la sala y cerraba la puerta con llave. Al final, me hizo un gesto con la cabeza.

—Te acompaño.

Me quedé inmóvil.

—No hace falta, puedo…

—No voy a dejar que vuelvas sola a estas horas —me interrumpió —. Y, por si no ha quedado claro, no era una propuesta. Vamos. — Empezó a caminar sin darme opción a réplica, y yo lo seguí, resignada.

—Es increíble que incluso algo así lo hagas sonar como una orden.

—¿Estás tomando nota de mis técnicas? —preguntó.

—Con todo lujo de detalles —bromeé—. Tarde o temprano superaré al maestro.

Él fingió modestia.

—Mucha suerte.

Giramos hacia la calle principal y seguimos caminando uno al lado del otro.

—Entonces, chef…

—¿Sí?

—¿Te has divertido esta noche?

—Ah. —Hundió las manos en los bolsillos—. ¿Ves dónde te has equivocado?

Fruncí el ceño.

—¿Me he equivocado en algo?

Asintió.

—Me has hecho una pregunta. Si haces preguntas, las personas pueden elegir no responder. En cambio, si exiges respuestas…

—¿Tendría que haberte ordenado que me dijeras si te has divertido?

—Exacto.

—Eso es absurdo —comenté.

—Puede. Pero, ahora mismo, ya tendrías tu respuesta.

Apreté los dedos alrededor del manillar. Y acepté su desafío.

—Muy bien. Háblame de ti, chef —dije, repitiendo las mismas palabras que él había usado conmigo.

Incluso en plena noche, vi sus ojos brillar, como lluvia atravesada por los rayos de la luna.

—¿Qué quieres saber?

«Cada uno de tus pensamientos. Cada uno de tus secretos. Todo».

—¿Dulce o salado?

Por un instante, su paso vaciló.

—¿En serio? ¿Quieres desperdiciar así tu oportunidad?

—Sé que no me contarías nada demasiado personal —le expliqué —, pero quiero descubrir algo de ti. De tu verdadero yo. No del chef con estrellas Michelin que da entrevistas y grita a camareras inocentes.

Rayden alzó una ceja.

—¿Camareras inocentes?

Esbocé una sonrisita.

—Estoy esperando la respuesta, chef.

Negó con la cabeza y suspiró.

—Dulce.

—¿De verdad?

—¿Por qué, te sorprende?

Involuntariamente, bajé la mirada hacia su cuerpo. Su cuerpo perfecto, en el que no había espacio para ni siquiera un solo gramo de grasa.

—Bueno…, pues sí.

Me imaginé a Rayden de niño, robando galletas a escondidas del armario o metiendo los dedos en un tarro de Nutella.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondí, mordiéndome el labio inferior para esconder la diversión.

—Ojalá pudiera meterme en tu cabeza, jovencita —murmuró, casi como si se lo dijera a sí mismo, y su tono bajo me provocó un escalofrío cálido que se deslizó por mi espalda.

De inmediato, la imagen de Rayden de niño desapareció de mi mente y la sustituyó la imagen del Rayden actual, con el torso desnudo y una fresa bañada en chocolate entre los labios.

Bajé la cabeza al instante y esperé que el pelo me cubriera el rubor de las mejillas.

—No te lo recomiendo, chef.

Un segundo.

Entre nosotros, el silencio tan solo existió durante un segundo.

Entonces, de repente, él se acercó a mí. Y me colocó el pelo detrás de la oreja.

El aliento se me quedó atrapado en la garganta y mis ojos saltaron hasta los suyos, mientras sus dedos se demoraban sobre mi piel, calentándola con una caricia apenas esbozada.

Rayden no se apartó. Siguió mirándome como si fuera un plato complicado cuyos ingredientes no lograba identificar, y yo tuve que emplear toda mi concentración para seguir caminando y no tropezar.

Después de lo que me pareció un lapso de tiempo demasiado breve, bajó la mano. Y yo sentí una extraña sensación de frío en la mejilla.

—Te toca.

Me humedecí los labios e hice todo lo posible por mantener la respiración estable.

—¿Qué?

—Dulce o salado.

No era una pregunta, y me descubrí sonriendo. Pero respondí de todos modos.

—No.

—No, ¿qué?

—No podría elegir nunca. Una de mis cosas favoritas es el chocolate con sal.

—Juegas sucio —comentó, y yo esbocé una sonrisita.

—Como tú —respondí, incapaz de apartar los ojos de los suyos—. Te lo dije en la entrevista, ¿recuerdas? Aprendo rápido.

Segundo a segundo, su mirada se volvía más intensa.

—Una entrevista imposible de olvidar, jovencita.

Su voz se había vuelto más baja, y mi cuerpo… mi cuerpo reaccionó a su tono.

Sentía escalofríos por todas partes. En la piel. Bajo la respiración. Entre los latidos.

Era como si ya no pudiera controlarme, y tal vez fuera así. Quizá, ahora que había entrado en el universo de Rayden, él también había

empezado a dominarme. Y yo, por algún motivo, no quería dar un paso atrás.

Sabía que la persona que caminaba a mi lado no era un compañero del instituto. Sabía que era un chef reconocido a nivel mundial, que era mi jefe…, que tenía diez años más que yo.

Pero no podía parar. De mirarlo, de buscarlo…, de desear poder acercarme a él.

Aferré con fuerza el manillar y no dije nada. A nuestro alrededor, las luces de Boston titilaban y los pocos coches que pasaban por la calle deslumbraban en la noche.

Al cabo de unos minutos, me detuve.

—Esta es mi casa —dije, y señalé el caminito que conducía al edificio ennegrecido por la contaminación.

Rayden lo observó.

—¿Vives con tu padre?

Como una zarza de espinas, esa pregunta se enredó en torno a mi garganta.

—Yo… —Se me quebró la voz—. Es complicado —me limité a responder, justo antes de cambiar de tema—. Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer, jovencita.

«Placer». Seguía usando esa palabra, y la forma en que la pronunciaba la volvía real. No era solo un conjunto de sílabas, era…

Era una auténtica explosión de placer.

Me aclaré la garganta.

—Nos vemos en el restaurante.

—Intenta dormir esta noche. Mañana han reservado todas las mesas, tendremos mucho trabajo, como cada sábado.

Asentí.

—Al menos el domingo podremos descansar.

Él me escrutó, buscando respuestas en mí cuyas preguntas yo ignoraba.

—¿Eso es lo que quieres hacer? ¿Descansar? —preguntó al fin—. ¿O venir a la cocina a aprender?

No pude contener la emoción.

—Volvería a la cocina ahora mismo.

Rayden sonrió, una sonrisa genuina, y justo en ese instante la luna iluminó su rostro, dejándome sin el poco aliento que me quedaba.

Era increíble. Perfecto.

Mucho más de lo habitual.

—Buenas noches, jovencita.

Impedí que mi voz temblara.

—Buenas noches, chef.

Sin esperar más, pasé a su lado, y durante los metros que me separaban de la entrada principal, seguí sintiendo su mirada en mí.

Habría querido girarme, mirarlo yo también, o simplemente asegurarme de que era real y no fruto de mi imaginación, pero no lo hice. Porque si sus ojos hubieran tenido la intensidad que yo percibía, no estaba segura de que hubiera podido sostenerle la mirada. No sin mostrarle lo mucho que me hacían temblar.

Dejé la bici junto al seto, entré en casa y cerré la puerta. Luego, con un suspiro, me apoyé en ella. De repente, me sentía sin fuerzas.

Y fue un instante.

Todo lo que había pasado en los últimos días, todas las emociones arrolladoras que había sentido, todas las sensaciones profundas que había experimentado y reprimido…

Todas las risas, todas las sonrisas…

Todo explotó en mi pecho. Y brotó fuera de mí en forma de lágrimas cálidas.

Pronto, empezó a costarme respirar. Y me sentía tan agotada que casi no podía mantenerme en pie.

Recorrí el pasillo a oscuras, entré en la habitación de mi padre y me dejé caer sobre la cama. Su olor me envolvió en un abrazo efímero, y mis lágrimas no hicieron más que aumentar mientras abrazaba la almohada.

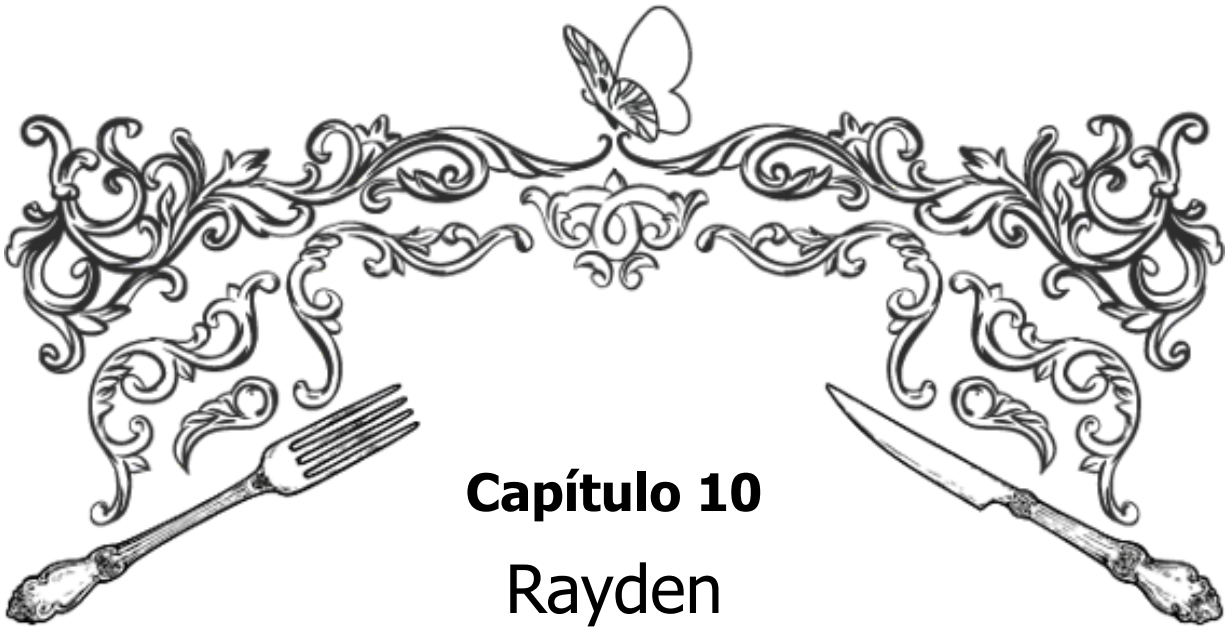
Su aroma se estaba desvaneciendo. Día tras día, se volvía más débil. Pero aún estaba allí, y necesitaba que siguiera. Que no

desapareciera. Que al menos me quedara aquello.

—Ojalá pudiera contártelo todo, papá —dije en un susurro—. Están pasando muchas cosas y… y… me gustaría que estuvieras aquí para decirme que no es un sueño. Que puedo conseguirlo… Que… que no tengo que rendirme. —Sorbí por la nariz—. Ojalá estuvieras aquí para decirme que puedo ser feliz. —Sollocé—. Aunque no debería…, aunque no sea lo correcto…

Me acurruqué sobre las sábanas y en el pecho me estallaron unas punzadas tan fuertes que temí partirme en dos.

—¿Puedo? ¿Puedo ser feliz, papá?



Capítulo 10

Rayden

Su sonrisa.

Era lo único que veía, lo único en lo que seguía pensando. Su sonrisa.

Avery parecía haberla grabado a fuego en mi interior, y no podía borrarla. O, tal vez, no quería.

¿Qué estaba haciendo?

Debería haberme mantenido alejado de esa jovencita. Lejos de ella, de su vida… y de su sonrisa. Esa maldita sonrisa que seguía invadiendo cada rincón de mi cabeza y que sería terriblemente fácil de borrar para siempre de su rostro.

Esa era la verdad.

La luz que brillaba dentro de Avery, su risa genuina… Si me acercaba, lo apagaría todo. Y la arrastraría a la oscuridad.

Un escalofrío helado me recorrió los huesos, y apreté los puños mientras seguía caminando hacia mi apartamento.

No.

Acercarme a Avery no era una opción.

Lo sabía.

Pero entonces, ¿por qué demonios seguía ofreciéndome a enseñarle? ¿Y por qué una parte de mí se negaba a renunciar a esas

horas en la cocina con ella?

Maldita sea, ¿por qué me estaba complicando la vida de esa forma? ¿Qué problemas…?

La melodía del teléfono interrumpió mis pensamientos. Lo saqué a toda prisa del bolsillo de los vaqueros y miré el nombre que aparecía en la pantalla antes de responder.

—Courtney.

—Menos mal, estás despierto —dijo ella al otro lado de la línea—. No hemos podido hablar antes, en el restaurante. Quería saber cómo crees que ha ido esta noche.

—Podría… —empecé, pero me detuve en cuanto recordé las palabras de Avery. E, involuntariamente, sentí el impulso de imitar su sonrisa.

No sabía lo que me estaba haciendo esa jovencita, pero me estaba jodiendo el cerebro.

—Bien —dije al final—. Hoy ha ido bien.

—Yo también lo creo, pero quería asegurarme de que opinabas lo mismo. —Había alivio en la voz de la jefa de sala—. En comparación con ayer, el tiempo de espera de las mesas ha disminuido, y los camareros parecían más seguros. Están progresando adecuadamente. Si siguen así, irá cada vez mejor.

Giré por la avenida que llevaba al rascacielos donde estaba mi piso.

—Seguirán así.

—También me lo ha confirmado Rochel —continuó Courtney—. Los está controlando a todos. Y salvo un par que todavía están un poco verdes, con los demás está contenta.

Me puse tenso.

—¿Quién? ¿Con quién no está contenta?

—Ehm… —Escuché el crujido de unas hojas al otro lado de la línea, y mantuve la mandíbula tensa mientras atravesaba uno de los grandes cruces de la ciudad—. Ross, Emily y…

Cerré el puño con tanta fuerza que me latieron los nudillos.

—Sophia.

—¿Y ya está?

—Ya está —confirmó.

Inspiré hondo, y solo entonces me di cuenta de lo tensos que tenía los hombros.

—Pero no es nada que no tenga remedio, solo están nerviosos —me tranquilizó, como si ese fuera el motivo por el que mi tono de voz había cambiado—. Puedo mandarte el informe que ha preparado hoy Rochel, si quieres.

—Sí, mándamelo.

—De acuerdo, te lo mando por correo. —El clic de su ratón llenó el breve silencio que se instauró entre nosotros—. Hecho. Por lo demás, diría que vamos por buen camino, al menos en lo que respecta a sala. ¿Cómo va la brigada?

—Están… —Me detuve justo antes de llegar a la entrada del rascacielos y fruncí el ceño—. Tengo que colgar, Courtney. Te llamo luego.

No esperé a que respondiera. Pulsé el botón rojo, me guardé el teléfono en el bolsillo y me acerqué a la chica que estaba apoyada contra la pared gris de mi edificio.

—¿Deelylah?

Ella levantó la cabeza de inmediato.

Apenas me había dirigido la palabra en la cocina, pero la mirada gélida que me había dedicado a lo largo de la noche parecía haberse desvanecido por completo de sus ojos.

—Por fin —suspiró, y se separó de la pared para acercarse a mí. Todavía llevaba la misma ropa con la que había salido del restaurante—. ¿Dónde estabas? Llevo esperándote un buen rato.

Fruncí el ceño aún más.

—¿Qué haces aquí?

—Tu portero no me ha dejado entrar. Dice que no tiene autorización. —Puso los ojos en blanco, molesta, y yo me crucé de brazos.

—En efecto, no la tiene. —Seguí mirándola—. ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema en el restaurante?

—No —se apresuró a decir—. O sea, creo que no. Has cerrado tú, no yo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Señaló la puerta de cristal.

—¿Vas a invitarme a entrar?

—¿Y tú vas a responder a mis preguntas? —repliqué, sin moverme de donde estaba.

Deelylah nunca había venido a mi casa. *Nadie* había venido nunca a mi casa. Y prefería que eso no cambiara.

Había líneas que no permitiría cruzar a nadie. Mi apartamento era una de esas líneas.

—Ray… —Suspiró y se pasó una mano entre los mechones rubios —. Solo quería decirte que lo siento. Por lo de hoy. —Se acercó un poco más, hasta quedar a un paso de mí—. ¿Podemos dejar atrás lo que ha pasado?

Me puso una mano en el brazo. Yo seguí ese movimiento, y durante unos segundos me fijé en sus dedos, colocados alrededor de la manga de mi chaqueta de cuero.

Lentamente, volví a mirarla.

—No.

Deelylah alzó las cejas.

—¿No?

—Si lo dejamos atrás y lo ignoramos, no tiene sentido haber cometido ese error. —Di un paso atrás y la obligué a dejar caer el brazo—. Así que sigue recordándolo. Cada vez que entres en la cocina. Cada vez que me presentes un plato. Recuérdalo.

Ella apretó los labios en una línea fina antes de acercarse de nuevo.

—¿Y qué me dices de esta noche? ¿Podemos dejarlo atrás al menos durante esta noche?

El verdadero motivo por el que se había presentado en mi casa se encendió en mi mente, y sentí que el estómago se me cerraba con un nudo. Un nudo que sabía a error. Y que nunca antes había sentido.

«¿Qué coño pasa?».

Fui incapaz de responderme. Porque mi voz llenó el aire antes de que me diera cuenta.

—No. No podemos. —Le dediqué una última mirada, pasé junto a ella y me dirigí a la entrada del edificio—. Vete a casa, Deelylah. Nos vemos mañana. Necesito que estés descansada.

No esperé a que respondiera. Ni siquiera saludé con un gesto al conserje. Me limité a entrar en el ascensor y pulsar el botón en cuanto las puertas se abrieron.

Cuando al fin estuve solo, me apoyé contra la pared. Y exhalé un largo suspiro.

¿Por qué, de repente, todo parecía un puto desastre?

Me presioné los párpados con dos dedos y saqué el teléfono para volver a llamar a Courtney, pero, en cuanto desbloqueé la pantalla, vi un mensaje suyo.

Courtney: Me voy a dormir, perdona, pero estoy agotada. Igualmente, debería haberte llegado el correo con el informe de Rochel. Solo para que lo tengas presente, los camareros con los que no está del todo satisfecha son Ross, Emily y Sophia. También tiene dudas con Talya, pero por cosas menores. Respecto a la chica nueva, en cambio…

Enderecé la espalda de golpe.

Courtney: Quizá no te equivocaste al contratarla. Se las apaña bastante bien. Rochel opina lo mismo.

Su mensaje continuaba, pero dejé de leerlo para abrir la bandeja de entrada del correo y descargar el archivo adjunto que me había enviado Courtney.

El teléfono tardó pocos segundos en abrirlo, y repasé con rapidez todos los nombres de la lista.

Leslie — trato excelente con los clientes.

Ross — inseguro llevando los platos.

Holly — buena capacidad para resolver problemas.

Sophia — debe mejorar su actitud con los clientes…

Fui directo al final del listado. Y allí, en la última línea, encontré el único nombre que me importaba de verdad.

Avery — buenas capacidades y conocimientos. Muestra muchísimo potencial.

El nudo que poco antes me cerraba el estómago se deshizo, y en mi mente reapareció su sonrisa. Tan luminosa, tan trágicamente preciosa…

Joder.

Sí, esa jovencita me estaba jodiendo el cerebro.

Sí, acercarme a ella sería lo peor que podría hacer.

Sí, era plenamente consciente de lo desastroso que sería cometer semejante error.

Pero su sonrisa…

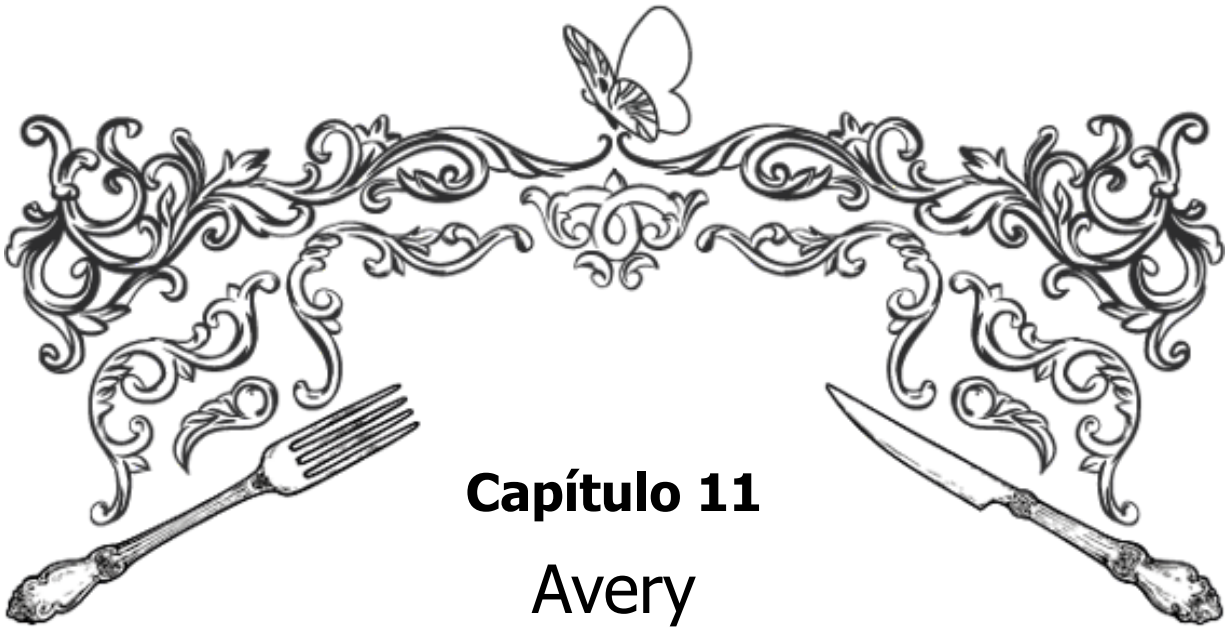
Necesitaba verla otra vez. Aprendérmela de memoria.

No importaba cuánto tuviera que esforzarme por no atraparla entre los labios y sentir su sabor.

La vería sonreír de nuevo.

Desde lejos.

Donde no corriera el riesgo de destruirla.



Capítulo 11

Avery

—Tú. —Mandy cruzó el umbral antes siquiera de que hubiera podido abrir del todo la puerta.

—Ehm… —Somnolienta y no del todo lúcida, me froté los ojos con una mano y me giré hacia ella. Caminaba a grandes zancadas hacia el salón—. ¿Buenos días?

No contestó. Yo, por mi parte, cerré la puerta a toda prisa y la seguí.

—¿Todo bien?

—Depende. ¿Estás demasiado cansada como para disculparte? —preguntó, y se llevó las manos a la cintura—. Porque espero que me supliques de rodillas que te perdone.

Abrí los ojos de par en par. De repente, me sentía totalmente despierta.

—¿Qué…?

Su expresión cambió, y la rabia que había vislumbrado en ella se convirtió en otra cosa. Algo más parecido a… tristeza.

—Hace casi un mes que no te veo, Ry. En el instituto ya es mucho si hablamos cinco segundos cuando nos cruzamos por el pasillo, ni siquiera tienes tiempo para responder a los mensajes, y cada vez que tienes un rato libre te vas al restaurante. —Su expresión se

ensombreció—. No es justo. El trato no era este. Y te echo de menos.

Me invadió la culpa. Tenía razón. Desde que había empezado a trabajar en el Ambroisie, ya era un milagro si encontraba unos minutos para estudiar. Y en realidad, ahora que lo pensaba, me parecía casi increíble que ya hubiera pasado un mes.

El tiempo había volado. Entre los turnos intensos, las justificaciones con los profesores para salir antes del instituto, las clases particulares con Rayden…

«Rayden».

Un escalofrío cálido me recorrió los brazos y noté un cosquilleo en el estómago, como cada vez que pensaba en él. O que me miraba. O que se acercaba a mí.

Tragué saliva e hice un esfuerzo por volver a mirar a Mandy.

—Dy… Tienes razón. Perdóname.

Un suspiro le curvó los hombros.

—No…, no tengo razón. Necesitas trabajar, y has encontrado el trabajo de tus sueños. Es normal que te centres en eso. Pero es que…

—Lo sé. —Me acerqué a ella—. Yo también te echo de menos.

Una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Entonces… ¿no me has sustituido por otra camarera del Ambroisie?

Se me escapó una risita.

—Nah, tú eres la única camarera que quiero.

Frunció el ceño.

—Pero yo no… —Se detuvo en cuanto se dio cuenta de que había reformulado lo que una vez le había dicho Trent sobre ser animadora.

Su expresión se volvió exasperada. Y, aunque jamás lo admitiría, divertida.

—¿Sabes qué? Puede que no te haya echado tanto de menos.

Me reí y la abracé.

—Pues yo diría que sí. Y yo también te he echado de menos, Dy.

Ella me devolvió el abrazo.

—Lamento mucho lo de estas últimas semanas. —Me separé un poco de ella—. Prometo que intentaré no volver a estar tan ausente.

—Y que responderás a mis mensajes —añadió.

Asentí.

—Y que responderé a tus mensajes.

Entrecerró los ojos, como si se preguntara si podía fiarse de mis palabras, pero sus labios ya empezaban a curvarse en una sonrisa.

—Ehm, bien.

Fue a sentarse al sofá, y yo la imité, doblando las rodillas contra el pecho.

—¿Estoy perdonada?

—Estás… —Un destello le cruzó los ojos mientras cavilaba su respuesta—. No, todavía no.

Fruncí el ceño.

—Vale… ¿Qué tengo que hacer? ¿Arrodillarme de verdad y suplicar que me perdones?

Una expresión taimada se dibujó en su rostro.

—Tienes que ponerme al día de todo lo que ha pasado este último mes. Sobre todo, de las cosas importantes.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo… —Me guiñó un ojo—. ¿Has vuelto a ver corriendo al chef buenorro?

Solté una carcajada.

—¿En serio?

—En serio. —Cogió un cojín y lo abrazó, y luego se acomodó contra el respaldo blando del sofá—. Responde.

—Yo… —Cerré los ojos y negué con la cabeza. Pero el rubor en mis mejillas me delató antes incluso de que pudiera admitir la verdad—. Sí. Sí…, lo he visto.



Cerré la puerta de casa al salir y empecé a caminar por el sendero. La bici seguía apoyada contra el seto, justo donde la había dejado dos noches atrás, cuando Rayden me había acompañado a casa. Aún no había podido arreglar la cadena, y tenía que acordarme de pedirle a Trent si podía ayudarme.

Con un suspiro, me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y seguí andando. Me aseguré de no mirar ni de reojo hacia el garaje.

No pensaría en lo que había allí dentro.

No lo recordaría. No correría el riesgo de estropear aquella mañana.

Dejé mi casa atrás. Me aferré a la sensación de inquietud que seguía hirviendo en mi pecho y recorrí las calles de Boston a toda prisa.

Ese domingo, Rayden me había dicho que estuviera en el restaurante hacia las once, y yo estaba ansiosa por que llegara ese momento. Para cocinar con él. Para inspirar su aroma. Para…

No.

Joder, no.

Me lo había prometido.

No podía pensar ciertas cosas.

Le estaba agradecida a Rayden por todo lo que quería enseñarme, pero no podía pensar en él de esa manera. No podía…

El mundo desapareció de repente.

Y allí, en la calle que llevaba al restaurante, me detuve, con la boca seca y sintiendo que cada milímetro de mi piel empezaba a arder.

Rayden estaba en la misma acera que yo, a muchos metros de distancia. Tenía el pelo más negro de lo habitual debido al sudor, y su cuerpo…

Apreté los labios, me costaba respirar.

La camiseta blanca, húmeda y casi transparente, se le pegaba a cada uno de los músculos y resaltaba las líneas definidas que lo esculpían.

Veía cómo se contraían sus pectorales, cómo se tensaban sus abdominales…

Dios mío…

Los mismos pensamientos que no debería tener estallaron en mi cabeza con una fuerza devastadora, y mi memoria se apresuró a captar cada detalle de Rayden para grabarlo ahí, asegurándose de que no lo olvidara nunca.

Dios. Mío.

¿Cómo lo haría para cocinar a su lado? ¿Cómo escucharía una sola de las cosas que me dijera si cada vez que cerraba los ojos lo veía de esa forma?

Estaba a punto de doblar la esquina hacia el callejón que conducía a la entrada trasera cuando me vio. Y sus ojos grises adoptaron el mismo tono que las nubes suaves que rozaban los rascacielos de Boston.

Las palmas de las manos me empezaron a sudar, el corazón se me aceleró. Pero me quedé inmóvil.

Inmóvil, mientras él seguía corriendo…

Y se detenía frente a mí.

—Llegas temprano.

Hice un esfuerzo por no mirar sus músculos marcados y, con la garganta cerrada por completo, sonreí.

—Buenos días a ti también, chef.

Rayden bajó la mirada hacia mi boca, y algo en él cambió. Algo tan repentino e inesperado que contaminó el aire y lo cargó de electricidad.

Cuando volvió a mirarme a los ojos, me temblaban las piernas.

—Buenos días, jovencita.

Dios…

Sería una mañana extremadamente larga. Y no estaba segura de que fuera a sobrevivir.



Mandy me miraba sin parpadear.

—Él… ¿corre todas las mañanas?

Me encogí de hombros.

—Creo que sí.

Asintió, distraída.

—Vale. A partir de ahora, dejo de ir a clase en coche con los chicos y voy andando contigo.

Reí.

—Créeme…, no hay mejor despertar que ese.

Esbozó una sonrisita.

—Entonces, ¿cuánto estamos coladitas por el chef buenorro del uno al… ding? —Fingió que tocaba la campanilla del pase y servía un plato recién salido de los fogones.

—¿Por qué os empeñáis todos en corromper la palabra «chef»? —¿Era la única que tenía escalofríos cada vez que la pronunciaba?

Oh, Dios, puede que fuera así.

—Voy a interpretar tu respuesta como un doble ding.

Me llevé las manos a la cara y, una vez más, admití la verdad. Porque, si había algo que había comprendido muy bien durante el último mes, era que esconderla se estaba volviendo increíblemente difícil.

—Triple. Triple ding.



—Intenta ir más rápido —me pidió Rayden.

De pie a mi lado, controlaba todos mis movimientos mientras cortaba las hierbas frescas que había colocado sobre la tabla, pero su cercanía no ayudaba a que pudiera concentrarme.

Esa era nuestra tercera clase privada, pero aún no me había acostumbrado a él.

Las sensaciones que me provocaba eran cada vez más intensas. Y ya no sabía cómo reprimirlas.

—Así. Bien. —Se acercó un poco más—. Solo ten cuidado de no…

Un pinchazo de dolor estalló en mi dedo índice. Solté el cuchillo de golpe y retiré la mano.

Tenía un corte en la yema. Y un hilo rojo me discurría por la piel.

—Mierda —maldijo Rayden, que cogió un trozo de papel absorbente.

—Lo siento, no…

Volvió a ponerse delante de mí.

—¿Por qué te disculpas?

Fui incapaz de responder. Me cogió la muñeca, la alzó entre nuestros cuerpos, y todo lo que llenó mi mente fue el hecho de que me estaba tocando. Con delicadeza, apenas un roce…, pero me estaba tocando.

Su agarre era áspero sobre mi piel. Y más increíble que cualquier otra cosa que hubiera sentido jamás.

—No… —me esforcé por decir, y alcé los ojos hacia él. Estaba a solo unos centímetros de mí, tan cerca que el aire sabía a su aliento.

Ya no sentía dolor.

Ya no sentía nada.

O tal vez sentía demasiado.

—No lo sé.

Rayden bajó de nuevo la mirada y envolvió el papel mojado alrededor de mi dedo para detener la sangre.

—No te disculpes por cortarte. Forma parte de este trabajo. —Me mostró la mano libre, con la palma hacia arriba—. ¿Ves?

Decenas de pequeñas cicatrices se entrelazaban en sus dedos, como un mapa que recorría su pasado en la cocina. Algunos de aquellos cortes eran errores. Otros, distracciones. Y otros, lo único que quedaba de sus noches en vela pasadas creando platos que ganarían estrellas.

Levanté de nuevo la cabeza y me humedecí los labios para luchar contra la sequedad de mi boca. Y, ante ese gesto, su agarre pareció volverse un poco más rígido. Igual que su postura.

—¿Te duele? —preguntó al cabo de unos instantes.

Lentamente, negué con la cabeza.

—Hay cosas por las que vale la pena sangrar, ¿no?

La distancia entre nosotros seguía acortándose.

—Hay cosas por las que vale la pena hacer mucho más que eso, jovencita.



Mandy se llevó una mano a la boca.

—¿Puedes conseguir que me contraten en esa cocina, por favor?

Reí otra vez, me incorporé para sentarme bien y busqué un cojín para abrazarlo. Sentía mariposas revoloteando por todo mi cuerpo, recuerdos y sensaciones se adueñaban de mí por completo.

—Él es increíble, Dy. —Suspiré—. Es… es tan…

—Sí, he visto sus fotos.

Negué con la cabeza.

—No es solo eso. Quiero decir, también es eso, pero… —Me pasé una mano por el pelo—. Es todo en él. Su forma de moverse, la precisión con la que cocina, la intensidad de su mirada… Es que, Dy, tendrías que verlo cuando se enfada.

Ella frunció el ceño.

—¿Te gusta cuando se enfada?



—¡Joder!

Oí cómo la cerámica se rompía en trocitos desde el pasillo y me detuve antes de llegar a la cocina. Pero no fui la única que lo escuchó.

A mi espalda, los últimos camareros que todavía se encontraban en la sala del personal se apresuraron a recoger sus cosas y salir, y pronto el restaurante se quedó casi vacío.

—Chef, podemos…

—Fuera. —Rayden interrumpió las palabras de uno de sus chefs de partie, *y yo misma sentí en la piel el frío que formaba su voz—. Idos.*

Nadie replicó y, al cabo de unos segundos, la puerta de la cocina se cerró.

Conteniendo la respiración, di un paso hacia delante.

—Ray…

Por segunda vez, me detuve. Rayden no estaba solo.

—Tú también, Deelylah, fuera.

—No es más que una crítica estúpida —insistió ella, y entonces vi más claro el motivo de esa destrucción repentina—. Ni siquiera es una persona relevante. No…

—Te lo voy a repetir una última vez. Fuera. Ahora.

Conté los segundos que pasaban, los latidos de mi corazón que se sucedían.

Al final, Deelylah salió de la cocina, y yo caminé hasta cruzar el umbral del pase.

Rayden estaba junto a una encimera, con las palmas apoyadas sobre la superficie de acero y la cabeza gacha. Su espalda era una losa de músculos cincelados, y respiraba de forma entrecortada y superficial.

Algo en mi pecho cambió, como si mis propios pulmones quisieran imitar el ritmo de los suyos. O ayudarlos a coger más aire.

Me moví en su dirección, con cuidado de no pisar los trozos de cerámica esparcidos por el suelo. Sin embargo, cuando rocé uno con la punta del pie, él me escuchó. Y se giró.

Tenía la mirada dura, su rostro era una máscara de piedra.

—No es el momento, jovencita.

—¿Para qué? —pregunté, ignorando su tono.

—Para decirme que destrozar cosas no es la solución.

Esbocé una leve sonrisa. Después, me agaché, recogí un trozo grande de la bandeja que había hecho añicos y me acerqué a él.

—Toma —le dije, y se lo tendí.

Rayden frunció el ceño, confuso.

—Puedes romperlo aún más —le expliqué—. O puedes coger más platos y romperlos. —Me puse a su lado, con la espalda apoyada en

la encimera—. A lo mejor romperlo todo no era la solución de aquel día…, pero podría ser la única solución de hoy.

Parpadeó.

—¿De verdad crees que destrozarlo todo es una solución para el Ambroisie?

Nuestras miradas se entrelazaron, y todo mi cuerpo se acaloró. Quizá porque la rabia en él empezaba a reducirse. Tal vez porque no me había echado, como a todo el mundo. O quizá porque nuestras respiraciones se habían sincronizado por completo. Y yo, en ese momento, estaba respirando la suya.

—No estoy pensando en el bien del Ambroisie, chef.

Un destello cruzó sus ojos. Y corrí el riesgo de perderme en esa chispa. Para siempre.



—¿Te acuerdas de cuando estudiamos lo sublime en Filosofía? —le pregunté a Mandy, que se quedó todavía más confundida.

—¿Lo sublime?

Asentí.

—La sensación que se experimenta ante algo poderoso y aterrador. Deberías tenerle miedo, deberías huir lo más lejos posible…, pero, en lugar de eso, estás fascinado —expliqué—. Aunque sabes que podrías hacerte daño, que acercarte es arriesgado, no te importa. Porque sabes que tras esa fachada oscura y aterradora hay un mundo entero. Y es un mundo que te hace sentir completo, que te hace sentir vivo… Un mundo del que no puedes prescindir porque, sin saberlo, siempre lo has necesitado. —Dejé escapar un suspiro y apoyé la nuca en el sofá—. En los ojos de Rayden está todo eso, Dy. En los ojos de Rayden está lo sublime.

Sabía que parecía una locura, pero en Rayden realmente se escondía una oscuridad peligrosa. La había vislumbrado en más de una ocasión, cuando lo desgarraba desde dentro e intentaba liberarse. Y, aun así, no me daba miedo. Me atraía hacia sus

tinieblas. Y no sabía durante cuánto tiempo más podría mantenerme alejada.

—Pero lo sublime es una fuerza destructiva, ¿no? —preguntó Mandy.

—Sí… —confirmé—. Pero yo me dejaría destruir de cualquier forma por él.



—¿Lista?

Asentí, sin hablar. Toda mi atención estaba puesta en la sartén sobre el fuego.

—Muy bien —dijo Rayden—. Adelante.

No dudé. Apreté el mango con fuerza, incliné la sartén hacia el hornillo y dejé que el fuego entrara en contacto con el alcohol que habíamos vertido hacía unos instantes.

La llama se alzó violenta y repentina.

Sentí cómo la bocanada de calor me golpeaba, cómo el aire se volvía abrasador. Y cómo mi corazón se encogía y se escondía dentro de mi pecho.

Había visto decenas de veces cómo los chefs hacían un flambeado, pero yo nunca lo había intentado; me daba demasiado miedo equivocarme en algo. Y también estaba asustada en ese momento, mientras el pecho de Rayden me rozaba la espalda. Mientras me daba órdenes al oído. Y mientras la llama se agitaba frente a nosotros, antes de empezar a apagarse y revelar el plato terminado y perfectamente cocinado.

Apagué el fuego y no aparté la vista de la sartén.

—Lo he conseguido —murmuré, incapaz de creérmelo—. ¡Lo he conseguido! Chef, lo he… —Antes de acabar la frase, me giré. Pero él seguía muy cerca, demasiado cerca. Y todo ocurrió tan rápido que ni siquiera me di cuenta.

Choqué contra su cuerpo.

Di un brinco para intentar retroceder y volver a poner algo de distancia entre nosotros, pero mis pies tropezaron con algo detrás de mí. Y perdí el equilibrio.

Empecé a caer, incapaz de encontrar algo a lo que agarrarme.

Pero no llegué al suelo.

Dos manos fuertes se cerraron alrededor de mi cintura y tiraron de mí hacia delante para salvarme de la caída.

Mi corazón desbocado latía con tanta fuerza que parecía a punto de romperse.

Estaba pegada a Rayden.

Me presionaba las caderas con los dedos, yo le sujetaba los hombros con las manos…

—Sí, jovencita —murmuró, y eso atrajo mi atención hacia sus labios. Y mi respiración se aceleró hasta doler.

Centímetros.

Eso era todo lo que me separaba de su rostro. De su boca. De él.

Centímetros.

—Lo has conseguido.

Podría haberme apartado.

Debería haberme apartado.

Pero no lo hice.

Y Rayden tampoco lo hizo.

Dios… Lo sentía todo.

Sus abdominales duros, sus músculos en tensión, su calor…

—Pero la próxima vez intenta no caerte.

El eco de mi corazón retumbaba en cada rincón de mi cuerpo.

—No me he caído.

—Porque te he sujetado.

Nuestras miradas se fundían.

—Y la próxima vez, ¿no me sujetarás?

Ya no había aire entre nosotros. Solo electricidad. Y el fantasma de las mismas llamas que, hasta un momento antes, habían incendiado el poco oxígeno disponible.

Su agarre sobre mí se intensificó.

—No me desafíes, jovencita.

—Es lo único que quiero hacer —susurré.

En cuanto fui consciente de mis palabras, noté cómo se me encendían las mejillas. Pero no me retracté. Porque eran ciertas. Mucho más de lo que él pudiera imaginar.

Rayden apretó la mandíbula.

—¿Sabes lo que pasa si juegas con fuego? —Su voz sonó ronca y desató decenas de explosiones bajo mi piel.

—Te quemas —murmuré como respuesta—. Pero, si te sigues quemando, al final te acostumbras. Y el calor ya no duele.

Estábamos cada vez más cerca, como si algo que no podíamos controlar nos arrastrase el uno hacia el otro.

—Pero al principio sufres.

—Tal vez… —Mi voz se volvió aún más débil—. Pero merece la pena.

Era cierto.

Quería quemarme. Quería que fuera él quien me quemara. Era una locura y del todo inexplicable, porque jamás había deseado nada con tanta intensidad.

Quería acercarme al fuego de Rayden y deslizar los dedos entre sus llamas. Y luego quería quedarme entre sus brazos mientras él moldeaba los míos a su antojo.

Con la mandíbula tensa, me apretó las caderas todavía más y volvió a llevar la mirada a mis labios. Y, Dios, los suyos estaban tan cerca, tan…

Rayden me dejó ir de repente y retrocedió un paso.

Una sensación de vacío y hielo reemplazó el calor de su cuerpo. Apoyé la espalda contra la encimera mientras intentaba mantener el equilibrio.

—La cocina siempre merece la pena —dijo, de nuevo bajo control.

—¿Solo la cocina, chef? —susurré.

No dijo nada. Pero allí, en sus ojos, leí exactamente la respuesta que deseaba que me diera.

Y ardía.



—Dios mío, Ry. —Mandy negó con la cabeza y sus rizos rubios cortaron el aire—. Cuádruple ding.

Un sonido frustrado se escapó de mis labios. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos con fuerza.

—Estoy perdida, ¿verdad?

—¿Por estar coladita hasta los huesos por tu jefe? ¿El mismo jefe al que le mentiste sobre tu edad y que debería estar totalmente prohibido? No veo qué podría salir mal.

Abrí un ojo y la miré de reojo.

—No le mentí sobre mi edad. Solo la omití —precisé.

—Claro, mucho mejor así.

Me incorporé y me giré hacia ella para que estuviéramos cara a cara.

—Muy bien. Este es el momento en el que me dices que me deje de tonterías y recupere la lucidez. O que, al menos, deje de pensar en él.

—Para nada.

Eso me pilló por sorpresa.

—¿Cuándo fue la última vez que te pillaste por alguien? Y no cuenta el chico del intercambio cultural con el que te besaste en segundo.

Me quedé callada mientras intentaba averiguar adónde quería llegar.

—Ry… —Tomó aire, como si estuviera decidiendo por dónde empezar—. Te lo mereces, ¿vale? Te mereces distraerte. Suéltate la melena y olvídate de las responsabilidades.

Sentí una punzada en el pecho. Y ella, como si se hubiera dado cuenta, se inclinó hacia delante y me cogió una mano.

—Te mereces tener algo en tu vida que te haga olvidarlo todo. Que te haga sentir viva —dijo, repitiendo lo que yo misma le había dicho antes—. Y si lo que quieres es lo sublime…, ve a por lo

sublime, Ry. Ve a por todo. —Me ofreció una sonrisa pícara—. Y luego ya me contarás cómo ha ido. Con todo lujo de detalles.

Cerré los ojos un instante.

—Aunque fuera así de sencillo y pudiera hacerlo de verdad… —Mis hombros se hundieron—. Que yo quiera lo sublime no significa que lo sublime me quiera a mí.

—Por favor, ¿después de todo lo que me has contado?

—No es… —empecé, pasándome la mano libre por el pelo—. No es tan sencillo.

—Eso ya lo has dicho.

—Lo sé. Porque es cierto.

—¿Y si no lo fuera? —insistió—. Tú adoras la cocina, y tampoco es sencilla.

Me descubrí sonriendo sin darme cuenta.

—No, no lo es.

Con un último suspiro, me tumbé en el sofá y apoyé la cabeza en las piernas de Mandy.

Ella me sonrió desde arriba y me acarició el pelo.

—Pero estaría bien que, por una vez, las cosas no fueran tan difíciles.

—Puede que lo sean menos de lo que crees —sugirió, y deseé que tuviera razón.

—Prométeme que no le contarás nada de esto a Trent. —No estaba preparada para que nadie más supiera lo que estaba viviendo.

—¿Estás de broma? Él se lo diría a Wes, y Wes ya odia lo bastante al chef buenorro sin conocer los detalles.

Fruncí el ceño.

—¿Qué problema tiene Wes con Rayden?

Pensé en los mensajes que habíamos intercambiado, y solo entonces recordé lo que había escrito. En todo ese mes, no habíamos hablado del tema. Y probablemente se debía a que lo había visto incluso menos de lo que había visto a Mandy.

Ella arqueó una ceja.

—¿Aparte de que tú lo idolatras?

—Yo no… —Me interrumpí cuando vi la mirada que me dedicaba.

—Ya sabes lo que Wes siente por ti.

Tragué saliva.

—Y él ya sabe que solo somos amigos.

Se lo había dejado claro hacía muchos años. Wes era estupendo. Era dulce, atento, divertido. Pero nunca había sentido nada por él. Ni chispas, ni mariposas, ni tormentas implacables de rayos.

Nada de todo lo que Rayden me hacía sentir con una sola mirada.

—Eso no significa que él haya dejado de tener esperanzas —continuó Mandy, y yo volví a cerrar los ojos.

—¿Lo ves? —Suspiré—. Todo es complicado, siempre.

Incluso sin verla, noté que sonreía.

—¿Hoy trabajas?

Asentí.

—El sábado es el día de la semana más fuerte. Pero, al menos, mañana volveré a estar sola en la cocina con Rayden.

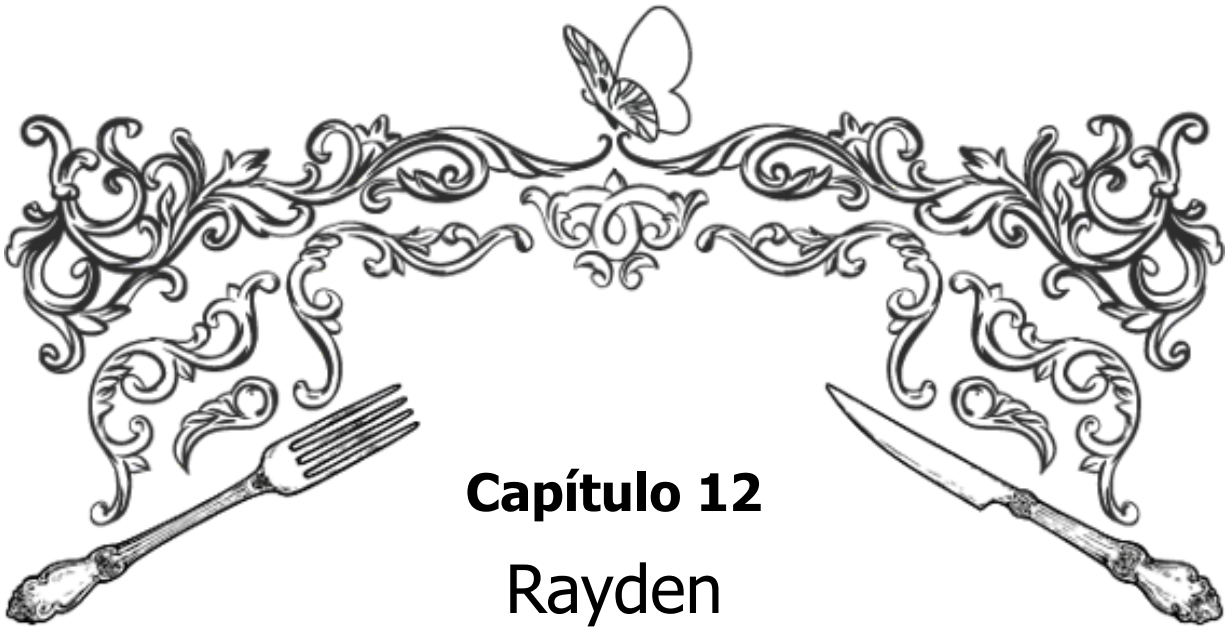
—Mmm…

Ese sonido fue suficiente para adivinar la cara de picardía que debía de tener en ese momento.

—¿Puedes hacerme un favor, Ry? Si vuelve a llegar corriendo, ¿puedes hacerle una foto?

Abrí los ojos de golpe y rompí en una carcajada.

—Y si pasara algo… Recuerda que solo porque sea difícil no significa que no debas lanzarte. Quiero decir, a lo mejor no tiene que ser fácil. A lo mejor solo tiene que ser… sublime.



Capítulo 12

Rayden

Su respiración era lo único que oía. El único sonido en la cocina, además del ligero tintineo de las pinzas con las que Avery estaba decorando el plato.

Durante el último mes, su técnica había mejorado de una forma espectacular. Había acogido todas mis enseñanzas, aceptado todas las críticas. Y cada día se esforzaba más que el anterior.

La había definido como un talento natural. Pero, joder, esa jovencita era mucho más que eso.

Limpió una gota de *coulis* que había manchado el borde del plato y dio un paso atrás para admirar el semifrío de chocolate y pistachos.

—¿Aún estoy a tiempo de cambiar mi respuesta? —preguntó.

—¿Qué respuesta?

—Dulce o salado —explicó—. Porque, si esto es lo dulce…, elijo dulce para toda la vida.

Una chispa de diversión crepitó en mi interior, pero la apagué enseguida y cogí una cuchara.

—Ni siquiera lo has probado todavía.

Por la expresión que me dedicó, parecía ultrajada.

—Y no tengo intención de hacerlo.

Fruncí el ceño.

—¿No quieres saber cómo ha quedado?

—No. Quiero decir… —Lo señaló—. Míralo. Es perfecto. ¡Perfecto! No puedo estropearlo.

Esa vez no pude ocultar la diversión, y cuando Avery se dio cuenta, se le iluminó la cara.

—Por fin, chef. —Su voz era suave, más dulce que el postre que la había ayudado a preparar, y eso bastó para que todos mis músculos se contrajeran, obligándome a controlar la mente. El cuerpo. Todo.

—¿Qué?

—Has sonreído —respondió—. Llevo toda la mañana esperando que lo hicieras.

Apoyado con la espalda sobre una encimera, crucé los brazos sobre el pecho.

—Estábamos trabajando.

—¿Y una cosa excluye la otra? —preguntó en voz baja, aunque no esperó mi respuesta. Al contrario, cogió el cuenco con la crema que había sobrado y la observó con una expresión que no supe interpretar.

—¿Qué pasa, jovencita?

—Nada —se apresuró a decir, y volvió a mirarme.

—Habla. —Me daba absolutamente igual si no debía hacerlo, pero quería saber en qué pensaba. Quería saber hasta el último detalle sobre ella.

Vaciló un instante. Pero, al final, me confesó lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Recuerdas tu primer *coulis?*

Aquella pregunta me pilló por sorpresa, y de inmediato un sabor dulce me resbaló por la lengua. Pero tenía un regusto jodidamente amargo.

—Sí.

Avery permaneció a la espera, a la espera de que le contara ese momento, y yo presioné los brazos contra el pecho con más fuerza,

levantando una barrera entre nosotros. Pero ignoraba si lo hacía para mantenerla alejada a ella o para protegerme a mí.

—Tenía nueve años —empecé—. Mi madre había comprado unas frambuesas congeladas, pero se olvidó de meterlas en el congelador… —En cuanto me vino a la mente el motivo por el que se le había olvidado, en cuanto visualicé la sangre que le recorría el pómulo, reprimí una sensación de náusea—. Así que intenté hacer *coulis.* Le puse demasiado limón. Y, desde luego, demasiado azúcar.

—Pero ¿estaba bueno?

Contemplé mi reflejo en sus intensos ojos color caramelo, y recordé que mi madre y yo nos la comimos a cucharadas directamente de la olla.

—Sí, jovencita. Estaba bueno.

—¿Y eras feliz en aquel momento?

Apreté la mandíbula. Y asentí.

Ante aquello, Avery sonrió, y ese gesto iluminó el aire que nos rodeaba. Luego hizo una cosa que no me habría esperado. Una cosa que me dejó de piedra, captó toda mi atención y me obligó a clavar los ojos en ella.

Hundió la punta del dedo índice en la crema de frambuesas.

Y se la llevó a los labios.

Se le cerraron los párpados, hinchó las mejillas… y una oleada abrasadora surgió en mi vientre.

Dios. Mío.

Ya no existía nada más.

Ni mi pasado, ni mis recuerdos, ni la cocina en la que estábamos.

Solo estaba ella.

—Mmm… —Repitió el mismo gesto que había hecho antes, y una erección me tensó la tela de los calzoncillos.

Esa jovencita me estaba matando. Con sus gemidos, sus miradas, sus movimientos…

¿Quería saber por qué había estado aún más frío de lo habitual aquel día? Por eso. Por ella. Porque cuando llegó a la cocina, con el cabello revuelto y las mejillas sonrojadas, sentí el impulso de hundir

los dedos en su pelo y pegar su cuerpo al mío. Justo como había pasado después del flambeado, cuando la agarré antes de que se cayera al suelo.

Desde entonces, no había podido pensar en otra cosa que no fuera tener sus curvas contra mí. Su cuerpo entre las manos. Su aroma sobre la piel…

En cada momento, en cada jodido instante, pensaba en eso. Y ella hacía que me resultara tremendamente difícil no hacerlo.

—Tienes que probarlo, chef. —Se acercó a mí, y me imaginé con todo lujo de detalles cómo sería volver a ver su dedo sumergirse en el *coulis* y lamerlo directamente de su piel. O cubrirla por completo y paladear el contraste entre su sabor y el de las frambuesas.

Apreté el puño.

—Estoy bien así.

Una sombra de decepción cruzó su rostro, pero no se rindió. Durante el último mes, había aprendido muy bien que ella no se rendía. Nunca.

—Por favor —insistió—. A lo mejor no está tan bueno como el tuyo. Pero…, joder, es lo más rico que he probado en mi vida.

El entusiasmo de sus ojos no parecía que fuera a apagarse, y por un segundo creí sentirlo dentro de mí. Pero solo fue un segundo.

—Lo dices de todas las cosas que pruebas aquí —le dije.

—¡Sí, exacto! —exclamó—. Y esa es la clave, ¿no? ¿Tú cuándo lo dijiste por última vez? ¿Cuándo fue la última vez que…? —Vaciló un momento—. Que te emocionaste —concluyó en un susurro.

El aire se volvió más pesado; la electricidad entre nosotros, más cálida.

—Sé que estás bajo presión —continuó, sin alejarse ni un milímetro—. Que gestionar dos restaurantes, los críticos, las reseñas, es estresante, y que la señora D'Arnaud solo ha empeorado las cosas. Pero no… —Suspiró—. No creo que debas olvidarlo.

—¿Olvidar qué?

—Por qué merece la pena emocionarse con las pequeñas cosas. —Se acercó un poco más a mí—. Y por qué la cocina debería hacerte

feliz.

Tenía los puños tan apretados que me temblaban.

—Ya hemos hablado de eso, jovencita. —Mi voz sonaba con dureza—. No es tan sencillo.

—No —coincidió—. Pero tampoco es tan complicado. —Me sonrió. Luego, por tercera vez, hundió el dedo índice en la crema. Solo que, cuando lo sacó, me lo ofreció—. Somos nosotros quienes elegimos cómo afrontar las cosas, ¿recuerdas? Y aquí, ahora, en este preciso momento…, no tiene por qué ser difícil. —Me miró a través de las pestañas, insegura y tímida—. Así que, chef…, ¿quieres probar el *coulis?*

Avery volvió a moverse, hasta que solo nos separaron unos pocos centímetros. Su aroma me llenó los pulmones, la electricidad en el aire se volvió insoportable. Y yo…

Hostia puta…

Intenté contenerme.

Detenerme.

Mantener la lucidez y no ceder al efecto arrollador e inexplicable que me provocaba Avery.

Pero todos los pensamientos que tenía sobre ella seguían ahí, en mi cabeza. Y el recuerdo de su cuerpo suave contra el mío, de su respiración sobre mí…

Me moví antes siquiera de pensarlo.

Y cerré los labios alrededor de su dedo.

Joder.

¡Joder!

Mi erección se tensó hasta doler, y sentí que me incendiaba. Como no me había ocurrido en años. O tal vez como no me había ocurrido nunca. Porque aquel fuego no era mío, era de Avery. Era lo que había visto en ella desde el principio. Y me lo estaba entregando, chispa tras chispa, para intentar encenderlo dentro de mí.

Había olvidado su calor. Había olvidado lo embriagador que era. Pero ella me lo estaba recordando.

No, a la mierda...

Estaba haciendo mucho más.

Una explosión de sabores me llenó el paladar, y en la lengua sentí la acidez de las frambuesas mezclada con la dulzura de su piel.

Dios mío…

Si hubiera podido recrear algo con esos mismos sabores, lo habría hecho. Y ninguna crítica del mundo podría decir nada negativo de ello, porque era una jodida obra de arte.

Un sonido ronco me vibró al fondo de la garganta, y un leve rubor rosáceo le subió por el cuello hasta las mejillas.

Avery era una jodida obra de arte.

—¿Y bien? —Le temblaba la voz—. ¿Cómo está?

Tragué saliva y le solté el dedo. Pero no podía dejar de mirarla. De sentirla.

—¿Qué coño me estás haciendo, jovencita?

Se humedeció los labios. Respiraba entrecortadamente.

—Lo mismo que tú me haces a mí, chef.

Apreté las manos contra la encimera, a mi espalda. Si no lo hubiera hecho, la habría tocado. La habría tomado, justo ahí, en ese mismo momento. Y no podía hacerlo. No debía hacerlo.

—Deberías mantenerte alejada de mí.

Sus ojos eran un torbellino dorado.

—¿Es una orden?

—Si lo fuera, ¿obedecerías?

Lentamente, Avery negó con la cabeza.

—No creo que fuera capaz. Y no creo que quisiera.

—¿Y qué quieres?

Durante un instante, posó la vista en mi boca, y el incendio en mi interior no hizo más que avivarse. Ella, sin embargo, volvió a mirarme a los ojos enseguida.

—Me estás haciendo muchas preguntas, chef. Y tú mismo me enseñaste a no responder.

—Ya te dije que no usaras mis enseñanzas contra mí.

—Y yo te dije que lo haría.

—¿Así que esto es lo que de verdad quieres? —No pude evitarlo. Me acerqué a ella—. ¿Desafiarme?

Su cuerpo se estremeció, y en ese momento solo quería abrazarla y sentir ese temblor sobre mi propia piel.

—Sigues sin contestar, jovencita.

Respiraba cada vez más rápido.

—No creo que deba hacerlo.

—¿Por qué no?

En sus ojos, sus deseos brillaban como hojas de oro sobre un glaseado de caramelo.

—Porque, en este momento, quiero demasiadas cosas.

Incliné la cabeza y acerqué mi rostro al suyo.

—Dime una.

Ante mi orden, sus mejillas se pusieron todavía más rojas.

—¿Una?

Asentí.

—Una. La que más quieras en este momento.

—Quiero… —Su pecho subía y bajaba rítmicamente contra el mío; mis manos gritaban ante la necesidad de apoyarse en sus caderas—. Quiero…

Seguía respirando con agitación, buscando mis ojos.

—¿Qué, jovencita? —Mi nariz rozaba la suya—. ¿Qué quieres?

Avery se humedeció los labios y desencadenó una tormenta en mi vientre.

Y luego, como cada jodida vez, me pilló por sorpresa.

—Quiero saber si confías en mí.

Parpadeé y tardé varios segundos en procesar su pregunta.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría llevarte a un sitio. Y me gustaría que aceptaras sin preguntarme a dónde vamos.

Decenas de respuestas estallaron en mi mente.

Quería preguntarle de qué hablaba.

Quería preguntarle si eso era lo que realmente más deseaba.

Y luego debería recuperar la razón y decirle que no. Decirle que no salía con el personal, que no iría a ningún sitio con ella… Que todo aquel mes había sido un error, que incluso estar tan cerca en ese momento traería más problemas de los que ambos estaríamos dispuestos a afrontar…

Pero odié cada una de esas respuestas. Y odié todavía más la idea de no acompañarla. De alejarme de ella y dejarla marchar.

Fuera lo que fuera lo que Avery me estaba haciendo, todavía no estaba preparado para renunciar a ello. Y, por una vez, decidí que aquello era suficiente. Que ya pensaría en las consecuencias en otro momento. Porque, ahora, lo único en lo que quería pensar era en ella.

Así pues, reprimí la confusión, la perplejidad, la racionalidad… y asentí.

—De acuerdo, jovencita. Vamos.



El sol se estaba poniendo cuando llegamos a las afueras de Boston. Los rascacielos habían dejado paso a casas maltrechas y aceras sucias, y más de un vagabundo ocupaba las esquinas de los cruces, pidiendo limosna o simplemente disfrutando los últimos momentos de calor del día.

Me metí las manos en los bolsillos y miré a mi alrededor.

—¿Todavía no tienes intención de decirme qué estamos haciendo?

A mi lado, Avery sonrió, sujetando con fuerza la caja blanca en la que había colocado el semifrío antes de salir de la cocina.

—Esta última época ha sido… difícil para mí —empezó a contar.

Giré la cabeza hacia ella, con un surco entre las cejas y una sensación de inquietud en la boca del estómago.

¿Qué coño significaba eso?

—Pero este mes, el Ambroisie, trabajar contigo… —Su expresión brillaba—. Nunca me había sentido tan bien en toda mi vida. Tan feliz. —Hizo una breve pausa mientras buscaba algo en mi rostro. Al

cabo de un instante, su sonrisa se ensanchó más—. Antes me has preguntado qué quiero en este momento. Qué deseo por encima de cualquier otra cosa… —Se encogió de hombros—. Quiero darte las gracias por haber hecho posible todo esto. Porque no tienes ni idea de lo mucho que significa para mí.

—No tienes que darme las gracias, jovencita.

—Demasiado tarde —respondió ella, y señaló algo frente a nosotros—. Hemos llegado.

Levanté la vista y vi un cartel desgastado que decía «Kitchen Soup House».

Fruncí el ceño.

—¿Qué hacemos aquí?

Un destello ladino le cruzó los ojos.

—Eso tienes que descubrirlo por ti mismo, chef.

El interior estaba abarrotado. Alrededor de las largas mesas de madera se sentaban decenas y decenas de personas, que charlaban y comían, y en un lateral del salón habían dispuesto mostradores llenos de comida, detrás de los cuales unos voluntarios servían raciones a los sintecho.

—Jovencita… —empecé a decir, pero ella ya se dirigía a un hombre que rondaría los sesenta años.

—¡Avery! —exclamó él en cuanto la vio, y avanzó hacia nosotros.

—Hola, Leon.

—Esperaba que vinieras. Sarah está enferma, necesitamos una mano en la cocina.

—Ningún problema —respondió ella.

—¿Has traído a un amigo? —preguntó el hombre, que me observaba como si no encajara en aquel lugar. Y, joder, tenía razón.

Avery me lanzó una mirada de soslayo.

—Sí, algo así.

—Siempre agradecemos la ayuda extra. —Nos dedicó una sonrisa luminosa—. ¿Sabe cocinar?

Ella contuvo la risa.

—Se las apaña.

—Bueno, si sigue tus indicaciones, no habrá ningún problema.

Avery frunció los labios, como si intentara reprimir las ganas de reír.

—¿Está Julia? —preguntó al cabo de un momento.

Leon asintió y señaló una mesa al fondo del comedor.

—Está en el sitio de siempre.

—Voy a saludarla y luego me pongo manos a la obra.

—Gracias, Avery. —Leon nos hizo un gesto a los dos y regresó a uno de los mostradores llenos de comida.

—Ven, chef.

Antes de que pudiera moverse, le agarré un brazo y la atraje hacia mí.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya te lo he dicho. Tienes que descubrirlo por ti mismo.

—¿Esta es tu forma de darme las gracias? ¿Jugar a las adivinanzas?

—No es una adivinanza. Es algo mucho más obvio de lo que crees. Intenta… —Sonrió—. Simplemente, intenta quitarte el caviar de los ojos.

Se soltó de mi agarre, echó a andar de nuevo y muchas de las personas sentadas a las mesas la saludaron de forma calurosa, como si la conocieran de toda la vida. Como si la adoraran.

¿Qué demonios pasaba? ¿Por qué me había traído aquí?

¿Era una especie de lección?

¿Cuántas veces me habían dicho que la comida de los restaurantes de lujo tenía precios desorbitados?

¿Cuántas veces me habían dicho que servir los platos que preparaba era como escupir en la cara de quienes morían de hambre?

¿Ella también lo creía? Después de todo lo que me había dicho, después del último mes…

—¡Avery! —Una niña de melena rubia se separó de la mujer junto a la que estaba sentada y empezó a correr hacia nosotros.

—¡Hola, Julia! —la saludó ella a su vez, y se agachó para abrazarla—. Hola, Nancy —añadió con una sonrisa, dirigiéndose a la mujer.

—Julia tenía ganas de verte —dijo la madre.

—Me alegro de haber podido venir. —Se acercó a la mesa y me hizo un gesto para que me sentara a su lado, mientras la niña volvía a ocupar su sitio. Tendría unos siete u ocho años, y no dejaba de mirarme, como si quisiera estudiarme.

—¿Él es tu novio? —preguntó al fin, y Avery abrió los ojos de par en par.

—No —respondió enseguida, sonrojándose.

—Y entonces, ¿quién es?

—Julia, compórtate —la advirtió su madre.

Avery rio.

—Es un amigo mío. Y te ha traído una cosa.

El rostro de la niña se iluminó y volvió a dedicarme toda su atención. Yo me quedé paralizado.

¿De qué hablaba Avery? Qué…

Disimulando, me pasó por debajo de la mesa la caja que había traído del Ambroisie.

—¿Qué, qué, qué? —preguntó Julia, emocionada.

Con la mandíbula tensa, coloqué la caja encima de la mesa y la empujé hacia la niña. No sabía qué decir, cómo comportarme.

—Ábrela —la animó Avery, y Julia no dudó ni siquiera un segundo.

Separó las solapas de cartón con tanto ímpetu que estuvo a punto de romper la caja. Pero, en cuanto reveló el semifrío de chocolate, se quedó inmóvil.

El postre se había derretido un poco, la decoración se había movido y el *coulis* de frambuesas se había derramado por toda la bandeja. Aun así, la mirada de la niña era la más deslumbrante que había visto en toda mi vida.

—¿Es… es para mí? —me preguntó ella.

Asentí.

—Sí.

—Mamá… Mamá, ¿es de verdad para mí?

Nancy también parecía sin palabras. Entonces, fue Avery quien respondió.

—De verdad es para ti, Juls —le aseguró—. Y está incluso más bueno de lo que parece.

La niña no esperó más. Cogió una cuchara de plástico, la limpió con un trozo de servilleta y la hundió en el semifrío.

Cuando lo probó, manchándose las comisuras de la boca, abrió los ojos de par en par.

—Me cago en la leche…

—Julia —la reprendió su madre.

—Mamá, pero es verdad —protestó ella—. Pruébalo.

Nancy tomó un poco y posó la vista en mí.

—¿De verdad lo has hecho tú?

—Es chef —explicó Avery antes de que pudiera decir que no, que el semifrío no lo había hecho yo. Que había sido ella.

—Está requetebuenísimo —continuó Julia, que engulló otra cucharada.

—Hay quien lo definiría como «increíblemente absurdo» —sugirió Avery, y ante esas palabras no pude evitar sonreír. Mis músculos empezaban a relajarse.

Quizá había malinterpretado sus intenciones al llevarme allí. Pero aún no tenía ni idea de cuáles eran.

—Lo está —confirmó la niña con la boca llena—. Requeteincreíblemente absurdo. No quiero volver a comer otra cosa nunca más. Para siempre.

Nos reímos. *Yo* me reí. Y Avery me miró de inmediato, mientras la niña usaba los dedos para intentar coger todo el *coulis* de la bandeja.

—¿Tienes más? —me preguntó cuando terminó de rebañarlo todo, después de relamerse.

Sentí un pinchazo en el pecho.

—Lo siento, no.

—Oh. —Volvió a mirar el recipiente vacío—. No importa. —Me sonrió—. Gracias.

La rodilla de Avery rozó la mía y, de repente, me sentí abrumado.

La mirada de la niña, la de su madre, la de Avery… eran muy felices. De agradecimiento. Y todo por un semifrío derretido y estropeado.

—Me alegro de que te haya gustado —le dijo Avery—. Pero ahora tenemos que ir a ayudar a Leon.

Julia se puso en pie de un salto.

—¿Puedo ayudar yo también?

Avery esperó un gesto de Nancy y, cuando la mujer asintió, ella respondió:

—Por supuesto.

La niña aplaudió y se acercó a nosotros. Se puso a mi lado mientras nos encaminábamos hacia la cocina.

—¿Puedes enseñarme a preparar ese postre? —preguntó, alzando dos ojazos verdes hacia mí.

—No creo que aquí haya los ingredientes necesarios —respondí con sinceridad, y la niña se entristeció.

—Pero puede enseñarte otra cosa —sugirió Avery con dulzura, para luego buscar mi mirada—. Es un profesor fantástico.

Toda aquella situación la divertía. Y, joder, sin darme cuenta curvé la comisura de los labios.

—Me las apaño —dije, repitiendo las mismas palabras que ella había dicho antes—. ¿Verdad?

Avery rio, y no dejó de hacerlo hasta que entramos en la cocina. Era una sala modesta en la que muchos aromas se mezclaban en el aire y las encimeras estaban llenas de bandejas listas para servir.

—Avery —dijo un hombre de mediana edad, secándose las manos en el enorme delantal que le cubría la barriga prominente.

—Hola, Jack —lo saludó ella, antes de inclinarse hacia una mujer que estaba junto al horno—. Hola, Joan. He traído refuerzos. —Nos señaló a mí y a la niña.

—¿Quién…? —Joan se giró y, cuando me vio, abrió los ojos como platos mientras sus mejillas regordetas se volvían incluso más rojas —. Bueno, ¡vivan los refuerzos!

Avery se colocó un mechón de pelo tras la oreja y carraspeó.

¿Parecía… nerviosa?

—¿Qué necesitáis?

—La salsa para la carne. —Jack señaló una olla vacía en los fogones.

—Nos encargamos nosotros. —Avery se volvió hacia mí—. Manos.

Negué ligeramente con la cabeza. Era la primera orden que le había dado cuando puso un pie en mi cocina.

Estaba aprendiendo de verdad todos los trucos. Y eso no debería hacerla incluso más increíble.

—Aquí tenéis. —Tras secarnos las manos con un paño, Avery nos entregó a mí y a Julia unos delantales de plástico blanco para que nos los pusiéramos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la niña, que se subió a un pequeño taburete junto a la encimera para estar más alta.

Avery peló unos dientes de ajo y los echó en la olla con un poco de aceite.

—Vamos a preparar la salsa de tomate. —Me señaló un envase de tomate triturado, que debía de ser el más barato del mercado—. ¿Puedes cogerlo, por favor?

Haciendo un esfuerzo por no esbozar una mueca, cogí varios envases y los abrí. Luego, dejé que fuera Julia quien vertiera la salsa en la olla.

El aceite chisporroteó y la niña soltó un gritito divertido. Pero yo no dejaba de mirar la salsa, no podía evitar preguntarme qué parte de aquel rojo sería colorante y qué parte serían tomates de verdad.

—Intenta no desmayarte, chef —se burló Avery, que me dio una cuchara de madera.

—¿Por qué, te encuentras mal? —preguntó Julia, preocupada, y decidí eliminar cualquier expresión que tuviera en la cara.

—No.

—No está acostumbrado a este tipo de cocina, eso es todo —le explicó Avery, y ella frunció el ceño.

—¿Qué significa?

—Que es un trabajo nuevo para él. Tienes que ayudarlo.

Eso pareció entusiasmar a la pequeña.

—¡Ah, vale! Tenemos que echar sal y pimienta en la salsa. ¿Verdad, Avery?

—Exacto —confirmó, mientras yo seguía mirando fijamente la olla.

—¿Tenéis azúcar? —pregunté al final.

—¿Azúcar? —repitió Julia, abriendo mucho los ojos—. ¡Pero si esto no es un postre!

Cogí una cucharilla de plástico, la hundí en la salsa y se la tendí.

—Toma, prueba.

Ella lo hizo, y una mueca se dibujó en su boca.

—Está ácido.

—Sí. —Cuanto más baja era la calidad del tomate, más se notaba la acidez.

Avery se acercó a una estantería y sacó un tarro hermético lleno de azúcar refinado. Cuando me lo tendió, lo abrí y lo acerqué a la niña.

—Coge un pellizco y échalo en la salsa.

Julia dudó y miró a Avery, como si le preguntara si tenía que hacerme caso de verdad, y ella se mordió el interior de la mejilla para no reírse.

—Puedes hacer lo que dice.

—De acuerdo. —Julia echó unos cuantos granos blancos en el centro de la olla.

—Más —la instruí, y ella obedeció de inmediato—. Todavía más… —continué—. Un poco…

Resoplando, Julia cogió un buen puñado de azúcar y, justo antes de que lo echara en la salsa, le sujeté la muñeca.

—Demasiado —susurré.

—Ups. —Se rio y vació la mano en el tarro. Después, añadió un pellizco.

Echamos la sal y la pimienta, y luego le pasé el cucharón.

—Ahora remueve bien la salsa. —Cuando hubo seguido mis indicaciones, cogí otra cucharilla de plástico—. Pruébala ahora.

Julia lo hizo, y volvió la cabeza de inmediato hacia mí.

—No está dulce… Pero tampoco está ácida.

Asentí.

—Para esto sirve el azúcar.

—¡Avery, está riquísima!

La mirada que me lanzó la jovencita era tan intensa que podía sentirla físicamente sobre mí.

—No lo dudo.

—¿Podemos poner azúcar también en otras cosas? —preguntó Julia, y me sorprendí riendo. Una vez más.

Y, joder, era…

Era diferente. Era nuevo.

Era increíblemente absurdo.

«¿Qué hacemos aquí?».

Quizá empezaba a entenderlo.

❀ ❀ ❀

Durante un buen rato, los únicos sonidos que llenaron la cocina fueron el chisporroteo de la salsa sobre la carne y el crepitar de los fogones.

El ambiente era relajado y había risas constantes.

No, no estaba acostumbrado a ese tipo de cocina. Pero hacerlo, acostumbrarme, era una de las cosas más naturales que jamás había hecho.

—¿Julia? —dijo una voz femenina a nuestras espaldas, mientras dábamos la vuelta a un muslo de pollo en la salsa.

Al girarnos, vimos a Nancy en el umbral.

—No, mamá… ¿Ya?

La mujer le dedicó una expresión contrariada.

—Lo siento, cariño, tenemos que irnos.

La niña se entristeció, pero asintió sin rechistar.

—Vale. —Se quitó el delantal y abrazó a Avery—. Buenas noches.

—Buenas noches, Juls —respondió ella, acariciándole el pelo.

—Avery —susurró la niña—. ¿Él volverá?

Los ojos de Avery se iluminaron.

—No lo sé. Tendrías que preguntárselo.

Con timidez, la niña se apartó y me miró.

—¿Volverás a cocinar aquí?

Ella no era la única que quería conocer la respuesta. Avery también. Y unas emociones que no supe identificar me cerraron la garganta.

—Me gustaría —admití.

Y era verdad.

—¿Y volverás a traerme el postre?

Le sonreí.

—Desde luego.

Julia dio saltitos de emoción. Y también me abrazó.

—Buenas noches, Rayden.

No me dio tiempo a reaccionar ni a devolverle el abrazo. Se alejó y salió de la cocina con su madre antes de desaparecer de mi vista. Y yo, durante unos segundos, seguí mirando el punto por donde se habían marchado, con demasiados pensamientos hirviendo en mi cabeza.

Avery se acercó a mí.

—¿Todo bien, chef?

No pude contenerme.

—¿Por qué vienen aquí?

Ella frunció el ceño, confundida por mi pregunta.

—Porque lo necesitan —se limitó a responder, como si fuera evidente. Y lo era. Sabía que lo era. Pero…

Miré a Avery. La miré de verdad, observando las vetas doradas de sus iris, las sombras más oscuras alrededor de la pupila…

¿Ella lo habría necesitado alguna vez?

Me había contado cosas de su infancia, de las dificultades de su familia. Pero ¿alguna vez se había sentado en esas mesas? ¿Alguna vez había sido ella la niña que se emocionaba con un postre y pedía que la dejaran ayudar a los cocineros?

«En la cocina siempre hay una solución».

¿Aquella cocina había sido la solución para ella y su padre en los momentos más oscuros?

Se me hizo un nudo en el estómago. Y Avery, como si hubiera percibido mis pensamientos, suavizó su expresión.

—Cada vez que vengo aquí, le pregunto a Leon si está Julia. Y cada vez, espero que me diga que no. —Miró hacia la salida, con nada más que esperanza en la mirada—. Tarde o temprano me lo dirá. Y estoy deseando que llegue ese momento.

Apreté los dientes.

No, lo que veía en sus ojos no era esperanza. Era certeza.

Sabía que las cosas mejorarían. Y ahora solo esperaba a que llegara el momento en que eso ocurriera.

Dios, ¿cómo podía ser así?

Pasándose las manos por el delantal, carraspeó y volvió a mirarme.

—¿Me ayudas? Creo que el pollo ya está listo.

Juntos, colocamos la carne en las bandejas. Luego, mientras ella sujetaba la puerta, yo las levanté y las llevé a las mesas de los voluntarios, donde servían los platos a todo el que se acercara.

—Tiene un aspecto muy apetitoso, chicos —nos felicitó Leon.

Avery le sonrió y yo me dispuse a regresar a la cocina. Pero ella, que se movió tan rápido que casi no la vi, me detuvo.

Cerró la mano alrededor de mi muñeca y sus dedos me rozaron la palma.

—Espera.

Me puse tenso. En el punto donde me estaba tocando, la piel se volvía más cálida. Pero no me deshice de su agarre. Y ella tampoco.

—Mira —dijo en voz baja, y señaló a las personas que habían ido a coger pollo y se lo habían llevado a sus mesas.

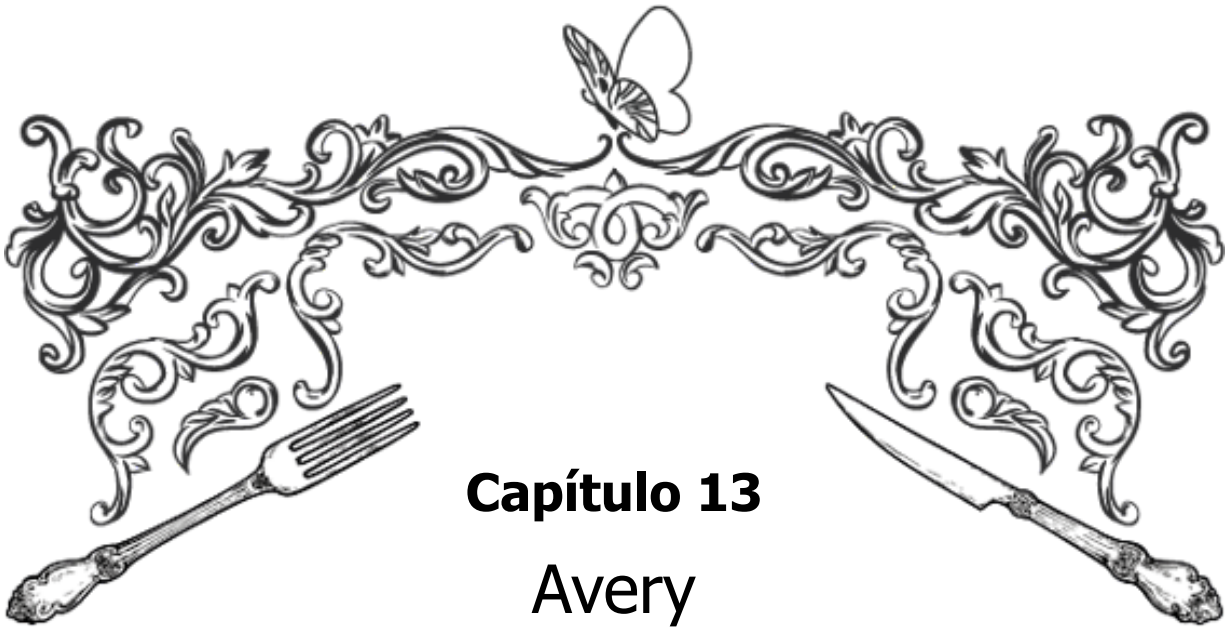
Cuando lo cortaban y tomaban un bocado, las expresiones de sus rostros cambiaban.

Se relajaban, se suavizaban…, como si, en aquel momento, nada más importara. Ni sus vidas, ni los errores que habían cometido o las desgracias que habían sufrido. El pasado desaparecía, el futuro perdía significado. Y lo único que quedaba, lo único que importaba, era el presente.

—Esta es la mejor parte. Ni cocinar, ni comer…, sino ver el efecto de los platos en los paladares de las personas. —Avery se volvió hacia mí—. Has creado una cocina en la que puedes controlarlo todo, excepto lo más importante: tus clientes. En el restaurante no ves sus reacciones. No ves cómo cierran los ojos al tomar el primer bocado, ni cómo sonríen cuando llega un nuevo plato. Pero yo sí. —Deslizó los dedos sobre mi mano—. Cuando coloco el plato frente a ellos, dejan de hablar. Porque, sea cual sea el tema de conversación, pasa a un segundo plano. Todo pasa a un segundo plano. Y tú, tu cocina… pasáis por delante de todo. No es solo comida lo que ofreces. Es una pausa. Es un momento para detenerse y recuperar el aliento. —Volvió a mirar el comedor, donde la mayor parte de la gente había dejado de hablar, demasiado volcada en vaciar el plato —. Tú quieres la excelencia y la perfección, y lo entiendo. Quieres críticas espectaculares y estrellas Michelin, y te las mereces. Te las mereces tanto que no entiendo cómo es posible que el Ambroisie todavía no tenga ninguna. Pero… —Se encogió de hombros—. También puedes ser feliz sin eso. Porque tus platos hacen que los clientes se sientan bien, sin importar lo que digan los periódicos. ¿Y qué más da si no todos son originales o innovadores? No siempre es necesario usar ingredientes especiales ni recetas complicadas para mejorarle el día a alguien. —Sus ojos volvieron a posarse en los míos —. A veces solo hace falta una pizca de azúcar para marcar la diferencia.

Aparté la vista de la gente que comía y volví a mirar a Avery.

—Y si ellos pueden ser felices, si ellos pueden emocionarse…, entonces tú también puedes hacerlo, chef.



Capítulo 13

Avery

En cuanto Rayden salió de la cocina para ir a recoger las últimas bandejas vacías, Joan vino hacia mí.

—Bueno, Avery. —Una sonrisa maliciosa se le dibujó en el rostro —. ¿Quién es ese?

—Ya os lo he dicho, es mi jefe —respondí. Mojé la esponja y empecé a pasarla por la encimera.

Cuando Julia se había marchado y nosotros habíamos vuelto a entrar, Jack y Joan nos habían hecho decenas de preguntas. Y Rayden, amable y educado, había respondido a todo.

—No, yo quiero saber quién es de verdad —precisó ella, y Jack también se acercó para oír mejor.

—Es mi jefe, de verdad.

—¿Y ya está? —insistió Jack.

—Y ya está.

«¿Verdad?».

Empecé a sentir un hormigueo en las puntas de los dedos, y pensé en el momento en que Rayden había probado el *coulis* de frambuesas directamente de mi dedo. El modo en que había sentido su lengua sobre la piel, cómo sus ojos habían empezado a arder…

Tragué saliva y apreté los muslos mientras rociaba el detergente en espray sobre la encimera y frotaba más fuerte de lo necesario.

—Bueno, es una lástima —comentó ella.

De inmediato, su marido la fulminó con la mirada.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Que Avery no debería dejar escapar a un chico como ese.

—¿Un chico como ese?

—Sí, cariño. Uno de esos que aún tienen el caparazón de la tortuga puesto del lado correcto. —Le dio una palmada en la barriga, y yo contuve una carcajada.

—Ya veo que has mirado un montón al chaval, ¿eh? —Jack puso sus grandes manos callosas en jarras—. Pero lo importante es la cantidad, todo el mundo lo sabe. Cuanto más, mejor. Si tuvieras que elegir entre una mísera porción de tarta o una bandeja entera, ¿qué escogerías?

—Bueno, ya sabemos lo que escogerías tú —siguió tomándole el pelo su mujer, pero Leon entró en la cocina antes de que Jack pudiera replicar.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Genial.

—Esta noche ha venido más gente de lo habitual. —El agotamiento se reflejaba en cada arruga de su rostro, junto con la satisfacción que sentía—. Pero ya se han ido todos.

Jack se secó el sudor de la frente y Joan se apoyó en la encimera, mientras Rayden volvía con las últimas bandejas.

—¿Necesitáis ayuda para limpiar? —preguntó Leon.

Miré a Rayden, que me devolvió la mirada y, tras leer en mi expresión, asintió.

Sonreí.

—Podemos encargarnos nosotros. Vosotros lleváis aquí todo el día, deberíais iros a descansar.

Joan se masajeó la espalda.

—¿Estás segura, cariño?

—Por supuesto. Marchaos, no hay problema.

—Gracias, chicos. —Ella y Jack se quitaron los delantales y recogieron sus cosas—. Buenas noches.

—Yo voy a ordenar las mesas y las sillas, entonces —añadió Leon, y asentí mientras Rayden se acercaba a mi lado y dejaba las bandejas en el fregadero.

Con la esponja todavía en la mano, fruncí el ceño.

—Guau.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nunca había visto las bandejas tan limpias. Tu salsa ha tenido éxito.

Alzó una comisura de la boca, y unos escalofríos cálidos me treparon por los brazos.

—Me las apaño.

Puse los ojos en blanco.

—¿Vas a seguir echándome en cara esa frase durante mucho tiempo?

—Sí.

Le di un codazo en el brazo y me reí, mientras el jabón me resbalaba entre los dedos.

—Bueno, en cualquier caso, traerte aquí ha valido la pena. Aunque nadie me creerá.

Rayden frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—He conseguido que el chef Wade sonriera durante toda una noche. ¡Mientras cocinaba! Era más probable que Bigfoot entrara en el Ambroisie y se hiciera cargo del servicio antes que presenciar algo así.

Arqueó una ceja.

—Sonrío a menudo.

La esponja se me escurrió de las manos.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—Solo porque exijo que se respete la disciplina no significa que sea un cabrón enfadado permanentemente.

Me mordí el interior de la mejilla para no echarme a reír.

—Claro. Sí, de hecho, uno de tus apodos en el restaurante no es para nada «Despochef».

Rayden parpadeó.

—¿Despochef?

—Chef déspota —aclaré.

Se le tensaron los músculos.

—¿Me llaman así?

Asentí, divertida, y él se cruzó de brazos.

—¿Quién?

—No. —Negué con la cabeza—. Ni lo sueñes.

—Jovencita. —Dio un paso hacia mí—. Habla.

—¿Ves? —Levanté una mano para señalarlo—. Déspota.

—No me provoques. —Estaba haciendo un esfuerzo por permanecer impasible, pero la cortina de lluvia de sus ojos brillaba. Era una tormenta de estrellas. Y era increíble.

Incliné el rostro hacia el suyo.

—¿O qué?

Se acercó todavía más, hasta que lo único que sentí fue la electricidad que emanaba de su cuerpo.

—Entonces tendré que encontrar una forma de obligarte a hablar.

La boca se me secó.

—Oblígame, chef.

Rayden sopesó mis palabras y, durante algunos segundos, se quedó perfectamente inmóvil, con los ojos clavados en los míos y la mirada de un depredador que acecha a su presa.

El corazón se me aceleró, la sangre empezó a zumbarme en los oídos. Al menos, hasta que él alargó una mano bajo el chorro de agua, se mojó los dedos…

Y me salpicó.

Ahogué un grito, di un paso atrás y parpadeé.

—Guau. —Otra carcajada empezó a vibrarme en el pecho—. Muy maduro.

Él no respondió. Se limitó a mojarse la mano de nuevo.

—No —dije, y me alejé a toda prisa.

Pero Rayden empezó a perseguirme.

—¡No! —Mi diversión se escuchó en el aire, y atravesé la cocina hasta llegar a una de las encimeras que todavía no habíamos limpiado.

Él estaba unos pocos pasos por detrás de mí. Así que no me lo pensé dos veces.

Me incliné y cogí un puñado de la harina esparcida en la superficie. Luego, me giré y se la lancé.

Rayden se quedó inmóvil. Su camiseta negra estaba manchada de blanco, igual que su mandíbula.

—No lo has hecho de verdad —siseó con una mirada letal—. Esta me la vas a pagar.

Empecé a reír otra vez, a correr, a huir. Pero él se lanzó a por mí a toda velocidad. Y me atrapó.

En tan solo un segundo, me encontré con la espalda pegada a la pared. Y con Rayden delante de mí.

Me sujetó las muñecas por encima de la cabeza. Nuestros rostros estaban a escasos centímetros de distancia.

Cualquier vestigio de diversión desapareció de mi rostro, y en su lugar se formó un incendio que tenía un penetrante sabor a deseo. Deseo que también veía reflejado en él.

—No puedes escapar de mí. —Su voz ronca me rozó los labios.

—Nunca he querido hacerlo.

Rayden negó lentamente con la cabeza, pero no retrocedió. Siguió atrapándome contra su cuerpo mientras separaba una mano de mis muñecas y la bajaba hasta mi rostro, deslizando los dedos por la mejilla, el cuello, la clavícula…

—Deberías apartarme. Ahora. —Sus palabras eran poco más que un murmullo por encima del martilleo desesperado de mi corazón.

—No quiero.

Alrededor de mis muñecas, sus dedos temblaron y apretaron todavía más.

—¿Y qué quieres, jovencita? —preguntó una vez más—. ¿Qué quieres de verdad?

Jadeando, le di la misma respuesta silenciosa que ya le había dado muchas horas antes, en la cocina del Ambroisie: bajé la mirada a su boca.

—¿De verdad aún no lo has entendido?

Un sonido ronco resonó en lo más hondo de su garganta, y Rayden apoyó la frente contra la mía, dejando que la tormenta de chispas de sus ojos me arrollara.

—Es un error —murmuró. Pero el modo en que lo dijo, el modo en que empezó a temblar…

Lo veía.

Rayden me deseaba. Tanto como yo a él.

Ya no podía respirar, mantenerme en pie, controlar mi corazón. Ni ser racional.

—No me importa.

Rayden bajó la mano hasta apoyarla en mi costado. Y, cuando me apretó, la oleada de placer que sentí estuvo a punto de estremecerme.

—Sigues jugando con fuego, jovencita —murmuró en un susurro.

—Sí…, porque quiero quemarme. —Dejé de contenerme. Dejé de refrenarme. Y transformé en palabras lo que de verdad quería. Más que cualquier otra cosa—. Quémame, chef.

Durante un segundo, todo se quedó inmóvil.

En ese segundo, unos escalofríos incandescentes treparon por mi piel, me llegaron hasta el corazón y lo llevaron al borde del estallido.

En ese segundo, su mirada me acogió en su tormenta, me arrastró hasta el ojo del huracán y me ahogó en la lluvia.

En ese segundo, el caos dejó de rugir y el orden dejó de existir.

Pero ese segundo pasó pronto. Y lo único que quedó, lo único que sobrevivió…

Fue lo sublime.

Los labios de Rayden se abalanzaron sobre los míos. Suaves y violentos al mismo tiempo, delicados e impetuosos.

Pero él no se limitó a quemarme.

Me redujo a cenizas por completo.

Su boca volvió a dar forma a la mía, como si fuese una de sus creaciones, y yo dejé que lo hiciera. Que me transformara y me moldeara hasta encajar con él a la perfección. Porque no había nada que deseara más.

—Joder, jovencita…

No sabía lo que sentía, había demasiadas sensaciones dentro de mí. Demasiadas, y aun así, no las suficientes. Nunca suficientes.

Rayden me rozó el labio inferior con la lengua, y el gemido grave que vibró en su pecho estuvo a punto de hacerme estallar.

Dios… Necesitaba que la cabeza dejara de darme vueltas. Necesitaba recuperar el aliento. Pero, más que cualquier otra cosa, necesitaba a Rayden.

Entonces, entreabrí los labios y permití que nuestras lenguas se encontraran. Y que nuestro beso nos destruyera.

—Chef…

Intenté liberar las muñecas.

Quería tocarlo, sentirlo. Saber si esos mismos escalofríos que me estaban haciendo añicos también hacían mella en él.

Sin oponerse, Rayden me soltó, y yo le rodeé el cuello con los brazos antes de hundir los dedos en su pelo oscuro.

—Dios mío —gruñó, aplastándome contra la pared hasta anular cada una de mis curvas.

—No… —intenté decir—. No… puedo… respirar…

Rayden se tensó de repente, como si intentara controlarse. Como si quisiera interrumpir el beso que reclamaba cada minúscula parte de nosotros y alejarse. Pero yo no quería que lo hiciera. Así que, cuando la presión de su cuerpo contra el mío se volvió menos intensa, contraje los músculos de los brazos y lo acerqué de nuevo hacia mí.

—No —jadeé—. No es aire lo que necesito, chef.

Las comisuras de sus labios se alzaron, y lo sentí en mi boca: el sabor de esa curva, la dulzura de ese gesto…

Durante el último mes, había probado muchas creaciones de Rayden. Pero esa… esa era la mejor. Su sonrisa. Y no quería dejar de

saborearla. Nunca más.

Su lengua se entrelazó con la mía, y un gemido se me escapó de la garganta, mientras nuestro beso se volvía todavía más intenso.

Ya no sabía si sobreviviría, pero no me importaba.

Desplazó las manos hasta mi espalda, me levantó un poco la camiseta para rozarme la piel desnuda, y mis propios huesos se agrietaron bajo el estremecimiento que me recorrió.

Dios, ¿cómo iba a resistirme?

Y no solo a ese beso…, sino a todo lo demás.

Porque quería más. Necesitaba tener más.

Y Rayden…

Él también lo necesitaba.

Lo sentía.

En cada beso suyo, en cada roce de su lengua, en cada aliento entrecortado.

En cada parte de su cuerpo.

Lo sentía.

Y…

—Chicos, ¿pued…?

Rayden se apartó de mí tan deprisa que sentí que me caía al vacío, y tuve que apoyar las palmas contra la pared a mi espalda para no perder el equilibrio.

Mi pecho se alzaba en intervalos breves y veloces, las mejillas me ardían, y mis labios…

Tenía los labios hinchados. Y sabían a Rayden.

—Oh. —Leon, con los ojos desorbitados y una expresión de timidez, nos miró a los dos. Y yo volví a la realidad—. Perdonad, yo…

—N-no. —Negué con la cabeza una y otra vez mientras me aclaraba la garganta—. Perdónanos tú. Nosotros… —Miré a Rayden. Se había llevado un puño a la boca para intentar recuperar la compostura, pero la huella de mis dedos se veía en cada mechón despeinado de su pelo.

Dios mío.

—Puedo acabar de encargarme yo de todo esto, si queréis —se ofreció Leon—. Podéis iros.

—Oh, ehm… —Tragué saliva—. Vale. Claro. Gracias.

—Gracias a vosotros por habernos ayudado.

Rayden le dedicó un leve gesto con la cabeza, y yo me apresuré a recoger nuestras chaquetas antes de dirigirme hacia la puerta trasera con él.

En cuanto salimos a la calle, nos miramos.

No sabía qué deberíamos sentir.

Tal vez incomodidad, tal vez vergüenza.

Tal vez arrepentimiento, si Rayden insistía en que había sido un error y que no deberíamos volver a acercarnos de esa forma.

Pero lo que encontré en él cuando nuestros ojos se encontraron fue… luz. Diversión. Y los dos, al mismo tiempo, estallamos en carcajadas.

—¿Crees que acabamos de crearle un trauma a Leon? —pregunté, mirando el edificio a nuestras espaldas.

Rayden se acercó a mí.

—Lo superará.

Me acarició una mejilla, rozando el rubor de mi piel, y sentí un escalofrío ante su contacto.

La diversión se evaporó en mí. Su sonrisa, en cambio…, seguía ahí, en una curva increíble.

—Tendrías que hacerlo más a menudo —susurré.

—¿Traumatizar a la gente?

Reí y pasé la punta del índice sobre su boca.

—Sonreír.

—Si lo hiciera, mi reputación se vendría abajo, al parecer.

—Mmm… puede que tengas razón. —Me mordí el labio inferior—. Sería una pena tener que renunciar a Despochef.

Él negó con la cabeza mientras se inclinaba sobre mí, y una anticipación genuina prendió como un incendio.

Quería besarlo otra vez. Hasta grabar en mi mente cada uno de sus detalles, hasta aprenderme su sabor de memoria. Hasta respirar

solo su aliento y robarle cada latido.

Pero antes de que sus labios pudieran siquiera rozar los míos, un trueno retumbó en la noche oscura sobre nosotros, y los dos echamos la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

No se veían las estrellas, ni la luna. Todo estaba cubierto por grandes nubes densas, que parecían vibrar con la misma electricidad presente en los ojos de Rayden.

—Va a llover —dijo él.

—Sí…

Rayden volvió a mirarme. Había una lucha en su interior. Una lucha que lo llevó a suspirar y a darme una última caricia, antes de dar un paso atrás.

—Deberíamos irnos. Tu casa está bastante lejos de aquí. Tenemos que llegar antes de que estalle la tormenta.

Oh.

Claro.

Asentí con pesar, y él se puso a mi lado.

—Me dijiste que no habías trabajado nunca en una cocina —comentó mientras girábamos por la acera, y me pregunté si su objetivo era distraernos del modo en que nos habíamos besado… o del hecho de que no lo habíamos podido repetir todavía.

—No te referías a ese tipo de cocina —recalqué.

—No, supongo que no. —Se metió las manos en los bolsillos y echó un vistazo por encima del hombro.

—¿En qué piensas, chef?

Su mirada se volvió sincera. La cortina de lluvia en sus ojos ya no me mantenía alejada de él.

—Hacía años que no me lo pasaba tan bien.

No pude contener una sonrisa.

—Ese era el objetivo de la noche.

Él asintió despacio.

—Lo sé, jovencita. Grac…

Otro trueno se adueñó del aire. Y, justo después, comenzaron a caer del cielo gotas frías y gruesas, que se estrellaron contra

nosotros y enseguida nos empaparon la ropa.

—Mierda. —Rayden me agarró del codo y me arrastró hacia un lado para llevarme bajo el pequeño tejado de plástico de un bistró.

Nuestros cuerpos volvían a estar pegados, y una parte de mí empezó a desear que siguiera lloviendo para siempre, solo para poder quedarme allí, de esa forma, con él.

Pero esa esperanza se desvaneció con la misma rapidez con la que había llegado.

—Llamaré a un taxi.

Esquirlas de hielo y miedo se me clavaron en los músculos, el estómago se me encogió hasta desaparecer. Y cuando Rayden sacó el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros, negué con la cabeza y tuve que usar todas las fuerzas que tenía para controlar mi expresión.

—Yo, ehm… yo voy a pie. —Hice un gesto hacia la calle—. No me desagrada caminar bajo la lluvia.

Rayden alzó una ceja.

—Hay al menos cincuenta minutos de aquí a tu casa. Te vas a poner enferma.

Desbloqueó la pantalla.

—No, de verdad, no… —Sentí la agitación crepitar en mi garganta. Y Rayden se dio cuenta.

—¿Qué te pasa, jovencita?

—No… —Me abracé a mí misma. Cerré los ojos y suspiré—. No me subo a los coches. —Aquellas palabras sonaron increíblemente absurdas, pero no lo eran. Al menos, no para mí.

—¿Nunca?

—Es… es complicado. —Volví a abrir los ojos, incapaz de posar la mirada en él—. En serio, prefiero caminar. Pero tú deberías pedir el taxi. La camarera puede ponerse enferma, el chef no.

Rayden me observó largo y tendido. Estaba intentando comprender mis palabras, encontrar respuestas. Pero yo no se las daría. Y él, por una vez, decidió no exigírmelas.

—Las camareras pueden ponerse enfermas, jovencita. —Me cogió el mentón entre los dedos, obligándome a mirarlo—. Tú no puedes.

La agitación en mi pecho empezó a perder intensidad, y muy pronto todo lo que sentí fue su piel. Un contacto firme y cálido. Maravilloso.

—¿Tienes clase mañana?

Confusa por aquella pregunta, entreabrí los labios. Era lunes. Mandy y los chicos vendrían a mi casa y luego iríamos juntos al instituto. Como siempre.

Y, aun así, por algún motivo inexplicable, negué con la cabeza.

—No.

Rayden asintió y siguió mirándome.

—¿Y sería un problema si no duermes en casa esta noche?

El estómago me dio un vuelco, el mundo entero se tambaleó.

—¿Qué…?

—Responde y basta. ¿Es un problema?

Inspiré de forma entrecortada.

—No.

—Muy bien. ¿Lista para correr?

Fruncí el ceño.

—¿Corr…?

Rayden no me dejó terminar. Entrelazó nuestros dedos y, corriendo a toda velocidad por la acera, me arrastró bajo la lluvia. Y yo lo seguí, con una mezcla de confusión y adrenalina recorriéndome por dentro.

Tras poco más de quince minutos, estábamos completamente empapados y sin aliento.

Pero a cubierto.

Rayden abrió dos grandes puertas de cristal y me hizo entrar en un edificio lujoso y elegante donde todo parecía brillar: el mármol blanco del suelo, los cristales de las lámparas de araña, los acabados plateados en las paredes…

—Buenas noches, señor Wade —dijo el conserje desde el mostrador.

Rayden le hizo un gesto con la cabeza mientras pasábamos junto a él, y yo no dejaba de mirar a mi alrededor.

Nunca antes había visto un lugar como aquel. Ni siquiera en una película.

Sin soltarme la mano, me condujo a uno de los ascensores, que se abrió en cuanto pulsó el botón.

—Guau —susurré al entrar.

Era de cristal y, cuanto más subía, más claramente se dibujaba Boston bajo nosotros, en una mezcla de luces deslumbrantes y sombras cuadradas.

Girada hacia el panorama nocturno, intenté absorber hasta el más mínimo detalle.

El puerto a lo lejos, el centelleo del mar, la llovizna que mojaba el aire… Pero todo aquel esplendor quedó eclipsado cuando Rayden se colocó detrás de mí.

De pronto, Boston ya no existía, ni las calles desiertas. Ahora, el cristal solo reflejaba nuestras siluetas.

Rayden se acercó un poco más, y sentí sus dedos en el cuello antes siquiera de verlo moverse. Me apartó el pelo mojado hacia un hombro, dejando al descubierto la piel sensible. Luego, se inclinó y me dio un beso delicado, sin apartar en ningún momento los ojos del reflejo de los míos, igual que yo no los apartaba del reflejo de los suyos.

Era como si estuviéramos encadenados el uno al otro, y no estaba segura de querer romper esas cadenas. Aunque me hicieran temblar más que las gotas de lluvia azotadas por el viento.

Lentamente, me giré hacia él, hasta que me encontré con el pecho pegado al suyo.

Su mirada ardía sobre mí. Me perforaba las mejillas, me marcaba los labios…

No me estaba tocando, pero yo lo sentía igualmente. Por todas partes. Y…

Justo cuando sonó la campanilla del ascensor, Rayden volvió a entrelazar sus dedos con los míos.

—Vamos, jovencita.

Lo seguí fuera del ascensor. Esperaba entrar en un rellano, pero no nos encontrábamos en uno. Estábamos en el vestíbulo de un apartamento. Un ático en lo alto del rascacielos, al menos cuatro veces más grande que el de mi casa. Y…

Joder…

El espacio era increíblemente diáfano, con un diseño sencillo y moderno. Pero lo que de verdad me dejó sin aliento fue el hecho de que, desde donde estaba, podía ver el salón. Elegante, minimalista… y con una pared entera hecha de cristal.

—¿Vives aquí? —murmuré, hipnotizada por aquella visión.

Rayden asintió.

—Me mudé hace unos meses.

Di un paso por el vestíbulo, pero me detuve enseguida.

Sin dejar de mirar a mi alrededor, me quité los zapatos y los dejé sobre la alfombra, con cuidado de no mojar el parqué brillante.

Si solo el salón ya parecía la reconstrucción de una obra de arte, ¿cómo sería la cocina?

Habría querido ir a buscarla en ese momento. Encontrarla. Pero, incapaz de detenerme, me acerqué a la inmensa cristalera y admiré una vez más la lluvia cayendo sobre Boston, que se extendía a nuestros pies como una alfombra de noche y cemento.

No había otros edificios que alcanzaran aquella altura, y la oscuridad cubría las cimas de todos los rascacielos que se veían a lo lejos.

Estábamos suspendidos a medio camino entre el cielo y la tierra. Y dominábamos ambas cosas.

—Este sitio es… es…

Rayden me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Qué, jovencita?

Busqué su reflejo en el cristal.

—Increíblemente absurdo.

No me dio tiempo a ver su sonrisa, porque volvió a posar los labios en mi cuello y trazó un rastro de besos que se detuvo justo

bajo el lóbulo de la oreja.

Su nariz me rozaba el pelo, la punta de su lengua lamía las gotas de lluvia que aún me perlaban la piel. Y cuando incliné la cabeza hacia un lado para que pudiera morderme con suavidad, el mismo escalofrío que recorrió mi cuerpo se deslizó hasta el suyo.

—Joder… —Rodeándome las caderas con las manos, me atrajo hacia él. Mi espalda quedó pegada a su pecho, sus dedos me mantenían inmóvil—. ¿Qué coño me estás haciendo?

Ya me había hecho esa pregunta. Pero, aunque hubiera sabido la respuesta, no habría sido capaz de plasmarla en palabras. No mientras me besaba de esa forma. No mientras me tocaba así.

—No lo sé…

Volvió a morderme, y yo contuve un gemido.

—Pero no quiero parar.

Sin previo aviso, Rayden me giró entre sus brazos y me empujó contra la pared de cristal. Y el aire se me quedó atrapado en la garganta.

Detrás de mí estaba el vacío.

Delante de mí estaba… todo.

—Jovencita… —Gotas transparentes le caían del pelo y se derramaban por su rostro, deslizándose por sus rasgos definidos.

Aquella noche, parecía que la lluvia hubiera bajado del cielo solo para poder tocarlo. Y no podía culparla, no cuando mis propios dedos gritaban ansiosos por seguir cada uno de los surcos que dejaban esas gotas.

—¿Todavía quieres quemarte? —susurró a un suspiro de mi boca.

Quise decirle que no había estado tan segura de nada en toda mi vida. Que no tenía ni idea de lo que era capaz de hacerme sentir, que no podía ni imaginar cuánto lo necesitaba.

Pero cada una de sus miradas me robaba el aliento, y no sabía cómo responderle, cómo hacerle entender todo eso. Así que asentí. Y me acerqué a él.

—Sí, chef. —Mi voz salió ronca—. Sí.

Rayden no dudó ni un segundo más.

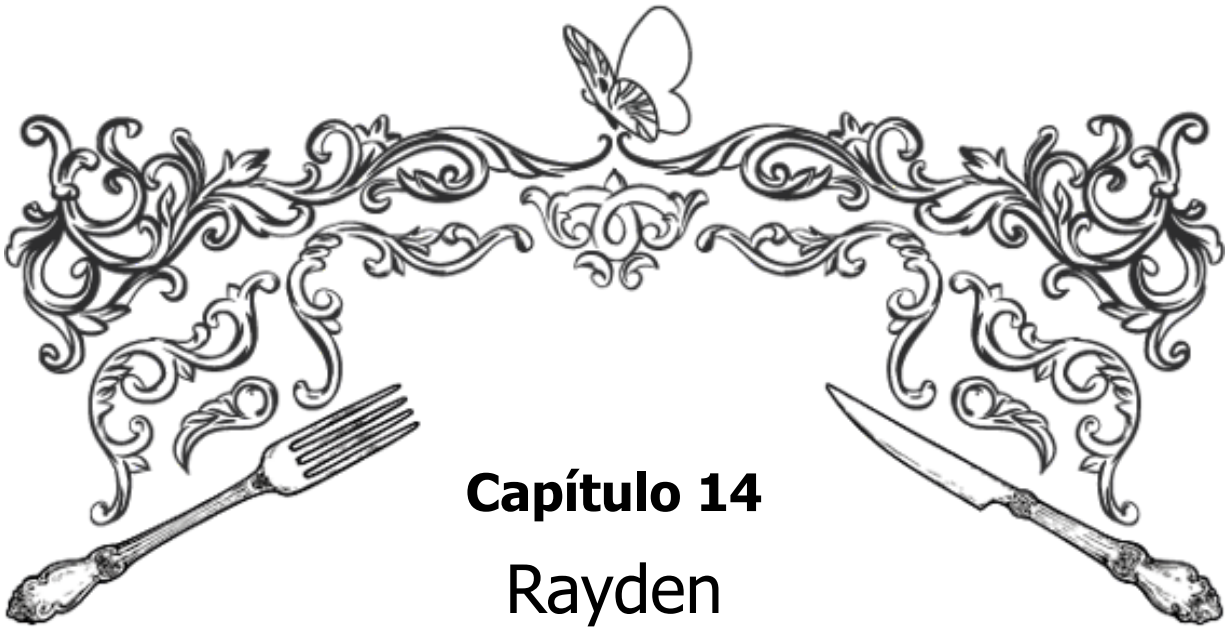
Sumergió los dedos entre mi pelo, me inclinó el rostro y encontró mis labios para hacerlos suyos. Y yo se lo permití. Le permití que me besara, que me devorara, que se imprimiera en mi cuerpo…

Podía adueñarse de todo lo que había en mí, hasta del más tenue escalofrío que me erizaba la piel.

Y no me importaba si al final me reducía a cenizas. En aquel momento, estaba dispuesta a aceptar hasta la última consecuencia. Cada llama violenta, destructora.

Había sido yo quien le había pedido todo aquello.

Y en el universo no existía nada, absolutamente nada, que deseara más.



Capítulo 14

Rayden

«Primero se come por los ojos».

Aquellas palabras seguían resonando en mi mente en un eco incesante, haciendo que todos los músculos de mi cuerpo se contrajeran. Me las habían repetido todos los chefs con los que había trabajado, y se referían al aspecto visual en la cocina. Al hecho de que nunca hay que subestimar la importancia de una mirada, porque al final todo se reduce a eso: una ojeada desde lejos, una obertura que determina el nivel de la obra.

Los ojos siempre eran los primeros en probar el plato, y los instantes en que lo observaban tenían la misma importancia que todo lo demás, completaban la experiencia.

En ese momento, yo estaba viviendo mi obertura. Mi primer bocado de Avery. Y no tenía ni la menor idea de cómo era capaz de controlarme y no abalanzarme sobre ella para saborear cada centímetro de su piel.

Pero ya lo sabía. Primero iban los ojos. Y yo… Joder, no podía dejar de mirarla.

Dejé caer al suelo la camiseta que le había quitado y recorrí con la mirada todas sus curvas.

El vientre plano y terso. La cintura estrecha y ahusada. Los pechos suaves y tentadores…

Y la tela de encaje negra que los cubría.

—Eres tan guapa…

Avery bajó la vista y se sonrojó, mientras sus largas pestañas oscuras le proyectaban una sombra sobre los pómulos, acentuando su inocencia.

Le puse dos dedos bajo el mentón para que levantara la cabeza.

—Mírame.

—¿Es una orden, chef?

Dios, me encantaba cuando hacía eso. Cuando me desafiaba. Y cuando me llamaba chef.

—No. —Le acaricié el labio inferior con el pulgar—. Es lo que tú también deberías querer.

Una sonrisa, pequeña y provocadora, le curvó los labios hinchados.

—Yo quiero mucho más.

Bastó con eso. Esa mirada, esa jodida expresión…, y estuve a punto de correrme sin haberla rozado siquiera.

Tomé una bocanada de aire controlada y la acerqué todavía más a mí.

—Solo hay una manera de conseguir lo que quieres.

—¿Cuál?

—Ir a por ello.

Un destello iluminó sus ojos cálidos, y Avery no vaciló ni un instante.

Se puso de puntillas y unió nuestras bocas. Y mientras entreabría los labios y enlazaba nuestras lenguas, cerró los dedos en el borde de mi camiseta y me la quitó, dejándome con el torso desnudo.

Mi erección palpitaba, mi necesidad de ella me impedía respirar, pero, aun así, me quedé quieto. Quieto, mientras Avery me miraba del mismo modo en que yo la había mirado a ella.

Con la mirada llena de avidez, recorrió mis abdominales y siguió cada línea del tribal que me cruzaba el pecho y uno de los bíceps.

La sentía.

Era como si estuviera vertiendo sobre mí el caramelo que colmaba sus ojos, y no sabía qué deseaba más: rendirme a los dulces escalofríos que me creaba en la piel o usar ese azúcar fundido para pegarnos de forma irreversible.

Estaba perdiendo la cabeza.

Pero, en aquel momento, no me importaba una mierda.

Mordiéndose el labio inferior, Avery levantó una mano y me observó entre las pestañas, como si me estuviera pidiendo permiso para tocarme.

No la detuve, y me rozó los abdominales con la punta de los dedos, dibujando nuevas líneas sobre mi piel.

Unas descargas abrasadoras me explotaron en el vientre, y un hormigueo fogoso se encendió en la base de mi espalda. Y, en cuanto me tocó el tatuaje, perdí el control.

Ya no podía contenerme.

Y no sabía cómo ella lo estaba consiguiendo.

Capturando sus labios, la llevé de nuevo contra el ventanal frío, y un sonido bajo y excitado se deslizó por su lengua.

—Me estás volviendo loco, jovencita…

Bajé las manos por su cuerpo, delineando todas sus curvas perfectas.

Cuando deslicé las palmas por su trasero, aún cubierto por los vaqueros, Avery se estremeció. Y cuando la levanté para que me rodeara las caderas con las piernas, se sobresaltó.

Pero no dejó de aferrarse a mí. Ni de agarrarse a mi pelo como si yo fuera lo único que la anclaba a ese momento. A ese beso.

Separé una mano de su muslo y le desabroché el sujetador. Y en el momento exacto en que sus senos cálidos empezaron a presionar contra mi pecho, unos gemidos roncos estallaron entre nosotros.

Dios…

Dejé sus labios y pasé al cuello, empecé a chuparle la piel. A morderla. A lamerla…

¡Dios!

Avery sabía a lluvia. A sal y azúcar. A un equilibrio tan perfecto que ni aunque me pasara el resto de la vida en la cocina sería capaz de recrearlo. Y no me importaba. No mientras pudiera seguir teniéndola a ella.

Coloqué los dedos alrededor de un pecho y lo apreté mientras me inclinaba para atraparle el pezón entre los labios, y un gritito llenó el aire.

—Chef… —Me tiró del pelo con sus delicadas manos, obligándome a separarme para volver a besarla. Y lo hice.

La besé con todas las fuerzas que tenía, con todo el fuego que ella había reavivado en mí. Pero aún no era suficiente.

Necesitaba sentirla. Arrancarle de encima cualquier barrera que quedara entre nosotros y descubrirlo todo de ella.

Avery volvió a gemir mientras me clavaba los dedos en la nuca, y yo retrocedí y empecé a caminar por el apartamento silencioso, hasta llegar a la habitación.

No me separé de ella ni un momento, ni siquiera mientras apoyaba una rodilla sobre el colchón y la ayudaba a tumbarse debajo de mí.

Sus muslos temblaban, su cuerpo ardía, y los gemidos que intentaba sofocar estuvieron a punto de hacerme perder hasta el último atisbo de lucidez.

¿Cómo coño tenía ese efecto en mí?

Le acaricié de nuevo un pecho, ante lo que ella tembló. Luego, tras alejarme de sus labios, empecé a depositar besos en su cuello, entre los senos, en el vientre…

Cuanto más bajaba, más fuerte se estremecía.

Y cuando por fin le desabroché el botón de los vaqueros y le bajé los pantalones junto con las braguitas, dejándola completamente desnuda…

Cristo bendito.

Era perfecta.

Con la piel húmeda, el pelo revuelto y mis sábanas a su alrededor…

Perfecta.

No había dudado ni un instante antes de decidir llevármela a casa, y ahora sabía por qué.

Ese era su lugar.

En mi cama.

Debajo de mí.

Me pasé la lengua por los labios, incapaz de dejar de admirarla.

—¿Cómo puedes ser real, jovencita?

El rubor en las mejillas de Avery se oscureció y, una vez más, bajó la mirada.

—No. —Mi voz sonó áspera—. Ojos en los míos.

De inmediato, hizo lo que le había ordenado.

—Perdona, Despochef.

Noté que una sonrisa peligrosa se dibujaba en mi rostro.

—Si crees que soy déspota ahora, todavía no has visto nada.

Algo en ella brilló.

—Tal vez quiera verlo.

Apreté los puños.

—No me tientes.

—Es lo único que quiero hacer.

Mi autocontrol se quebró en mil pedazos.

¡A la mierda!

Agarré las rodillas de Avery y la atraje hacia el borde de la cama. Luego, le separé las piernas y me incliné sobre ella, dejándole una estela de pequeños besos en la piel.

Sentí que sus músculos se tensaban bajo mi contacto, que sus latidos se aceleraban. Y su respiración se entrecortaba, jadeante… y jodidamente excitante.

—Deberías tener cuidado con lo que deseas —murmuré contra la cara interna de su muslo.

Ella gimió.

—Es un poco tarde para decirme que tenga cuidado contigo.

En ese momento, cerré los ojos e inspiré hondo.

—Todavía puedes detenerme, jovencita. Aún puedes irte.

—Antes me has dicho que no podía escapar de ti…

Alcé los ojos hacia ella. Me estaba observando, con las mejillas de un tono escarlata y la mirada ardiente.

—Y no quiero hacerlo —continuó—. No quiero alejarme de ti, chef. Quiero… quiero exactamente lo contrario.

El gruñido que me vibró en el pecho fue casi doloroso, y lo ahogué contra su piel, lanzándome entre sus piernas.

Avery se sobresaltó y se aferró a mi pelo.

—Oh, Dios…

Empecé a provocarla. Poco a poco.

La acaricié con la boca, la rocé con la lengua, y ella se retorció bajo mi cuerpo, como si sufriera una tortura.

Yo sabía que realmente lo era, porque no le estaba dando lo que quería. Lo que necesitaba.

—Por favor… —gimió cuando aumenté ligeramente la presión—. Por… favor…

Se arqueó contra mí, quería intensificar aquel contacto. Pero no se lo permití.

—Mmm… por favor… —Clavó las puntas de los pies en el colchón —. Rayden…

Joder.

¡Joder!

Era la primera vez que me llamaba así.

Solo que…

Dios, no era suficiente. Quería más.

Quería que lo repitiera hasta quedarse sin aliento, que lo gritara hasta olvidar cualquier otra palabra. Quería que, desde ese momento, para ella no existiera nada más que mi nombre.

Le apreté los muslos con tanta fuerza que esperé no dejarle cardenales, y la atraje todavía más hacia mí. Y hundí la lengua en ella.

El grito de Avery resonó entre las paredes, vibró en el aire y sobre nosotros. Pero yo casi no la oí. Porque…

Hostia. Puta.

Hundí la lengua todavía más, entrando y saliendo de ella, mientras su sabor me invadía y todo lo demás desaparecía.

—Joder, jovencita, estás jodidamente buena…

Entre gemidos, Avery rio.

—Solo tú… podrías decir… algo así…

Me aparté de inmediato para subir por su cuerpo, hasta quedarme a pocos milímetros de su rostro.

Sus ojos cálidos brillaban de pasión y deseo, sus mejillas carmesí quemaban. Una combinación perfecta de caramelo y fresas.

—¿No me crees? —la desafié—. Prueba.

Recorté la distancia que nos separaba, le abrí los labios con fuerza y entrelacé nuestras lenguas. Y mientras ella volvía a jadear, la besé hasta que los dos nos quedamos sin aliento.

—Esto —dije al final, todavía sobre su boca—. Tú.

—¿Yo… qué?

Le acuné el rostro con una mano y pasé el pulgar por su labio inferior.

—Eres lo más delicioso que he probado en la vida.

Esa vez, Avery no se rio. Sus ojos se oscurecieron, su cuerpo tembló. Me atrajo de nuevo hacia ella y volvió a besarme como si le fuera la vida en ello.

Y, joder, era así.

Para los dos.

—Dímelo otra vez, jovencita —ordené—. Dime otra vez que quieres quemarte. Que quieres todo esto.

Me rodeó la cintura con las piernas, empujándome hacia ella, y en cuanto mi erección le rozó el cuerpo, ambos sofocamos un gemido.

—A ti, chef —murmuró—. Te quiero a ti.

A la mierda.

Le sujeté los muslos y la ayudé a que se colocara más arriba en la cama. Y mientras yo me estiraba hacia la mesilla para coger un preservativo, ella me desabrochó los vaqueros y los bajó por mis caderas, para hacer luego lo mismo con los bóxers.

Mi erección se liberó y empezó a palpitar con más intensidad ante la expectación por lo que estaba a punto de ocurrir.

Y cuando Avery la rozó, cuando sus dedos recorrieron toda su longitud…

—Joder… —Cerré los ojos un instante, tratando de resistir la sacudida repentina que había desencadenado en mis huesos.

No podía más.

El efecto que me provocaba Avery era demasiado. Era… todo.

—Mírame —ordené mientras me colocaba el preservativo—. Ahora… mírame.

Y lo hizo.

Y yo me hundí dentro de ella.

—Oh, Dios… —gritó.

La misma explosión que estalló en sus ojos reverberó en mí, y eso me hizo acelerar el ritmo.

—¡Oh, Dios!

No intenté ser delicado. No habría podido. Avery había jodido todo mi autocontrol desde el momento en que había entrado en mi cocina por primera vez. Y si realmente quería quemarse…, yo sería su incendio.

—¿Era esto lo que querías, jovencita? ¿Era esto lo que te imaginabas?

—Y-yo…

Con cada embestida, iba más rápido. Más profundo. Hasta que supe que nuestros cuerpos estaban a punto de romperse.

Pero, incluso entonces, continué.

—Quiero oírtelo decir. —Mi voz no admitía réplicas—. Que lo has pensado…, que lo has imaginado… Porque yo lo he hecho contigo.

Avery tembló y se cerró con fuerza a mi alrededor.

Nuevas sacudidas subieron por mi erección, y una necesidad desesperada se acumuló en mi vientre.

—No… —jadeó—. Yo no…

Alcancé un punto dentro de ella que la hizo gritar y cerrar los párpados.

—Ojos… —Otra embestida—. En… —Otra—. Los míos.

Avery volvió a mirarme mientras los gemidos y los gritos se alternaban en su garganta.

—Más… —logró decir—. Esto… es mucho más… de lo que… había imaginado…

¡Joder!

Mis movimientos se volvieron erráticos; sus gemidos, roncos, y Avery aumentó la presión de las piernas alrededor de mis caderas, lo que me permitió hundirme todavía más en su interior.

—¡Rayden! —gritó. Y algo dentro de mí prendió fuego.

Mientras me aguantaba con una mano apoyada en el colchón, llevé la otra entre nuestros cuerpos y deslicé los dedos entre sus piernas.

Avery se estremeció e intentó recuperar el aliento.

—No… Dios… —Aumentó la presión en mis hombros, me arañó con las uñas—. No puedo…

—Puedes. —Empecé a tocarla con decisión.

—Es… demasiado…

—¿Paro?

Otro grito le rasgó la garganta.

—N-no…, por favor, no…

Sonreí sobre su boca.

—Entonces deja de decir que no puedes… y coge todo lo que te estoy dando.

Aceleré las embestidas, aumenté la presión de los dedos. Y ella se tensó cada vez más a mi alrededor, encendiendo destellos cegadores frente a mis ojos.

¿Cómo coño podía ser tan bonito?

¿Cómo coño era posible que de verdad pareciera… demasiado?

—Rayden… —Avery empezó a temblar.

—Todavía no —gruñí—. Aguanta un poco, jovencita. Sigue gritando… —Capturé sus labios—. Todavía no he terminado contigo.

Avery ahogó cada temblor contra mi cuerpo, sin dejar de moverse para recibir mis embestidas.

—Así, buena chica… —El cosquilleo en la base de mi espalda se intensificó—. Dios, estás tan apretada…

—Rayden…, por favor… —Su voz no era solo una súplica, era algo más primitivo y visceral. Algo que arrasó con todo dentro de mí.

—¡Joder!

Dejé de tocarla y volví a apoyar la mano en el colchón para moverme en ella con una fuerza que reclamó hasta la última chispa de energía de mis músculos.

—Rayden… —Se mordió el labio inferior—. Rayden… —Mi erección se endureció todavía más, volvió a palpitar—. Rayden…

Y entonces lo sentí.

Sentí que su cuerpo se tensaba, que sus músculos temblaban, que su respiración se interrumpía… y que su calor estallaba.

—Córrete para mí, jovencita. Ahora.

—¡Rayden!

Avery me clavó las uñas en los hombros y echó la cabeza hacia atrás para liberar un grito tan dulce que apagó el resto del mundo.

Todo se volvió luminoso. Incandescente. Como si en el universo no existiera oscuridad alguna y todo estuviera hecho de luz. De Avery.

Exploté dentro de ella con una violencia que me dejó sin aliento, y un fuego puro me corrió por las venas mientras me envolvía un placer tan intenso que me volvía loco.

—Dios, jovencita…

Nuestros cuerpos temblaban al unísono, completando los estremecimientos del otro, y yo seguí moviéndome lentamente en su interior, con la frente apoyada en la suya mientras disminuía el ritmo hasta detenerme.

Con los ojos cerrados, esperé a que nuestra respiración se estabilizara, a que el deseo que nos había consumido se desvaneciera. Y tal vez pasaron segundos, tal vez minutos enteros. Pero, cuando por fin abrí los ojos y me incorporé sobre un codo para no aplastarla con mi peso, descubrí que Avery ya me estaba

mirando. Y en sus labios había una sonrisa dulce e inocente que estuvo a punto de hacerme perder el control otra vez.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía parecer tan pura incluso cuando estaba tumbada debajo de mí, completamente desnuda y con el eco de su orgasmo resonando todavía en la habitación?

Le aparté algunos mechones del rostro sudado y su sonrisa, que se ensanchó, me robó el poco aliento que había recuperado.

—¿Te haces una mínima idea de lo guapa que eres?

Las mejillas ya sonrojadas de Avery se oscurecieron un poco más.

—Joder, tienes que parar —le supliqué. Pero mi cuerpo ya se había tensado de nuevo. Mi erección se había endurecido de nuevo. Y ella lo notó.

Entornó los ojos, y sus labios se entreabrieron con una leve sorpresa.

—¿Tengo que parar de hacer qué, chef?

—De volverme así de loco.

Nunca me había pasado. Nunca había deseado a alguien tanto como la deseaba a ella. Y no importaba si acababa de tomarla, la quería otra vez. Y otra. Y otra.

Avery tragó saliva, su pecho se movió bajo el mío.

—No quiero parar.

—Dios… —Mi boca fue al encuentro de la suya y le robó cada suspiro, cada ruego, cada gemido. Y le entregó los míos.

Rodeándole la cintura con las manos, nos hice rodar en la cama y la coloqué sobre mi cuerpo. Sus muslos suaves me rodeaban las piernas, su nariz rozaba la mía.

—¿De verdad tienes tantas ganas de hacerme perder la cabeza? —gruñí contra sus labios.

Avery descendió sobre mí hasta presionar mi erección y, por un instante, cerré los ojos y me encadené a ella.

—Si este es el resultado… —Apoyó la frente contra la mía, jadeando—. Sí, chef.

La besé. Porque no podía evitarlo. Porque lo necesitaba. Porque no hacerlo parecía un error garrafal.

Avery reaccionó con pasión, enredando los dedos en mi pelo, y yo seguí recorriéndole el cuerpo con las palmas, incapaz de dejar de tocarla.

—Necesito saberlo, jovencita.

Ella no se apartó ni un milímetro.

—¿El qué?

—¿Sigues pensando lo que me dijiste en nuestra primera clase? —Le sujeté el pelo en un puño e intensifiqué nuestro beso todavía más —. ¿De verdad crees que mi *filet mignon* es mejor que… esto?

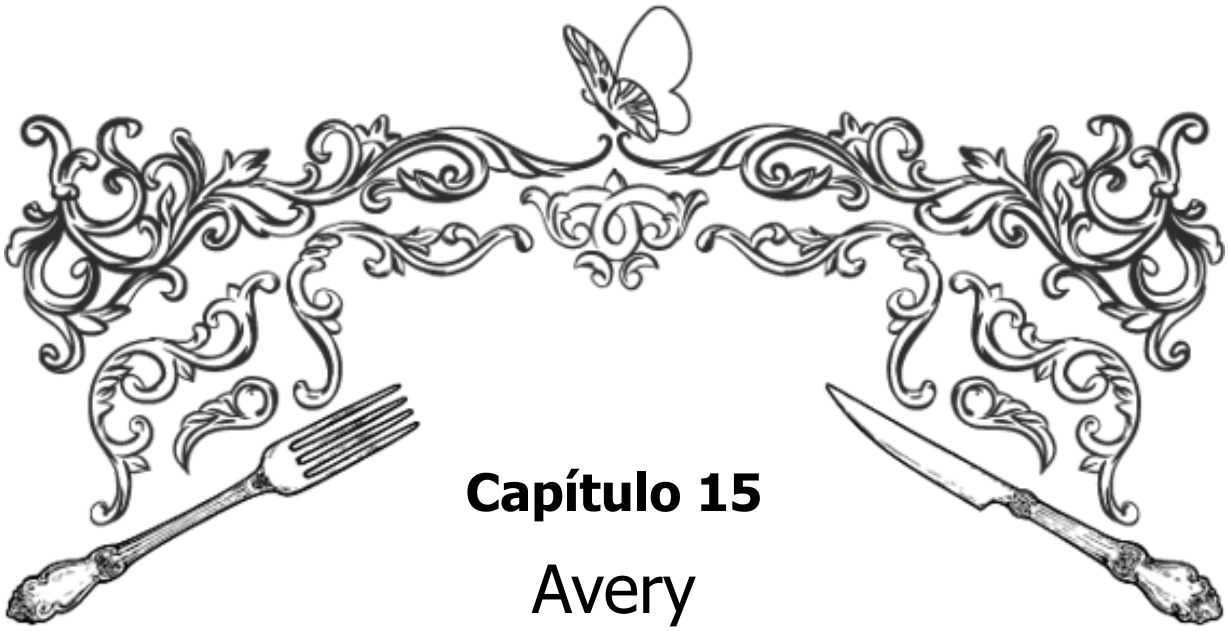
En un solo movimiento, me hundí de nuevo en ella, y Avery se separó unos milímetros de mi boca para jadear.

Respiraba a duras penas. Pero su cuerpo no necesitaba aire, ya me lo había dicho. Y, joder, lo mismo se aplicaba en mi caso.

—Mmm… —Comenzó a moverse sobre mi erección. Y, cuando volvió a besarme, una sonrisa malditamente sensual se le dibujó en la boca—. No lo sé, chef. —Me atrapó el labio inferior entre los dientes—. Tendría que probarlos otra vez. Los dos.

La chispa que me estalló en la piel prendió también en la suya.

—Vale. —En un solo segundo, nos hice rodar de nuevo, hasta que mis músculos encajaron a la perfección entre sus curvas—. Probémoslo de nuevo, jovencita.



Capítulo 15

Avery

La luz del alba se estrelló contra las ventanas y encendió las pequeñas gotas de lluvia que todavía salpicaban los cristales, creando un efecto casi estroboscópico.

Me pasé una mano por el pelo y me incorporé, con cuidado de no mover el colchón.

Durante unos minutos interminables, me había quedado inmóvil, demasiado asustada como para abrir los ojos. Tenía miedo de que todo hubiera sido un sueño. Un viaje increíble de mi imaginación que me había llevado a lugares a los que no creía posible llegar. Pero, entonces, lo sentí. El ritmo lento de su respiración. El calor acogedor de su cuerpo…

Aquella noche, Rayden no había sido un sueño.

Había sido mi realidad.

Conteniendo un suspiro, me giré hacia él. Las sábanas blancas le cubrían las caderas y parte de las piernas, dejando al descubierto el pecho, que subía y bajaba con un ritmo lento y constante.

Aunque tenía los músculos relajados, seguía pareciendo esculpido en el mármol más preciado.

Dios, qué guapo era…

Demasiado para ser real.

Pero me prohibí alargar la mano y pasar los dedos por su piel solo para asegurarme de que estaba allí de verdad, a mi lado.

Así que me dispuse a hacer con los ojos lo que no podía hacer con las manos.

Acaricié cada parte de él.

Cada relieve musculoso, cada milímetro de piel bronceada, cada línea del tribal…

Quería poder cerrar los párpados y encontrarlo allí, en mi mente, en toda su perfección.

Una perfección que, aquella noche, había explorado hasta aprendérmela de memoria.

Mi corazón empezó a latir más rápido, pero no dejé de observarlo, y me concentré en el tatuaje intrincado que se extendía por su pectoral. Y fue entonces cuando lo noté.

Bajo la tinta, allí donde las líneas se cruzaban y se enroscaban sobre sí mismas, había pequeños círculos hundidos, como si faltara una capa de piel.

Una sensación extraña me recorrió las paredes del estómago, y me incliné para verlo mejor. Pero, en cuanto el colchón se movió, Rayden se giró y colocó un brazo debajo de la almohada, de modo que ahora solo le veía la espalda.

Me aparté.

Lo último que quería era despertarlo. No sabía a qué hora nos habíamos dormido, aún sudados y sin aliento. Lo único que tenía claro era que me dolían todas las extremidades, y estaba convencida de que a él le pasaría lo mismo.

Si hubiera podido, me habría quedado a su lado, para sumergirme en su calor y perderme en su aroma. Pero había un motivo por el que me había levantado tan temprano.

Con todo el cuidado posible, salí de la cama completamente desnuda y me dirigí de puntillas hacia el baño, esquivando la ropa amontonada en el suelo.

Me refresqué a toda prisa. Luego, le robé un poco de enjuague bucal de menta y me peiné con los dedos, intentando dar algo de

forma a las ondas oscuras que me caían sobre los hombros.

Estaba a punto de salir del baño cuando vi lo que colgaba de uno de los ganchos de la puerta.

Era una chaqueta de chef. Una de las muchas que debía de tener Rayden.

La liberé del gancho, pasé los dedos por el logotipo dorado del Ambroisie y me la acerqué al rostro para hundir la nariz en el tejido suave.

Dios… olía a Rayden. A fuego. A salvia y romero.

Un escalofrío repentino me erizó la piel, y mis labios se curvaron incluso antes de que tuviera el impulso de sonreír.

No pude evitarlo. Abandonando toda racionalidad, me la puse.

Me llegaba hasta la mitad del muslo. Las mangas me rozaban los nudillos y la costura de los hombros me caía sobre los bíceps.

Era enorme para mi cuerpo. Aun así, miles de mariposas alzaron el vuelo en mi interior.

No porque hubiera soñado toda la vida con ponerme una chaqueta de chef de verdad, ni porque aquel tejido sobre mi piel pareciera completarme como la pieza de un rompecabezas que siempre me había faltado. El motivo era que, en aquel momento, el aroma de Rayden era incluso más intenso. Y, por un instante, fue como si lo llevara puesto a él.

De nuevo, los recuerdos de la noche me invadieron, y los músculos de mis muslos palpitaron mientras revivía con claridad todas las veces que de verdad lo había tenido encima. Sus manos, sus labios, su lengua…

Madre mía…

No.

Necesitaba concentrarme. Necesitaba mantener la cabeza fría, al menos durante unos minutos más.

Ya me entregaría después a aquellos recuerdos. Aunque eso significara perderme en ellos y no regresar nunca más a la realidad.

Con la chaqueta puesta, salí del baño y busqué los vaqueros para coger el teléfono del bolsillo. Luego, los volví a dejar en el suelo.

Entonces, tras echar un último vistazo a Rayden, salí del dormitorio y recorrí el pasillo. Pero no me dirigí al salón. Fui a la cocina.

Entreabrí los labios.

Fuera lo que fuera lo que hubiera pensado la noche anterior, me había equivocado. Aquella cocina no era solo una obra de arte. Era…

Era Rayden.

Ordenada, precisa, llena de líneas duras. Y absolutamente perfecta.

Me acerqué a la gran isla que dominaba el centro de la estancia y acaricié el mármol oscuro.

Me habría encantado explorarla, abrir cada armario, estudiar cada cajón…

Pero no podía.

Aún no.

«Concéntrate».

Con un suspiro, desbloqueé el móvil y marqué el número de mi mejor amiga.

Mandy respondió al tercer tono.

—¿Ry?

—Hola —dije en voz baja.

—¿Todo bien? —preguntó enseguida—. Estamos a punto de llegar a tu casa.

—No, es que… —Me aclaré la garganta—. Hoy no voy.

—¿Qué? —Percibí su preocupación incluso al otro lado de la línea —. ¿Por qué no?

—No te pongas nerviosa —le supliqué.

—Para el coche.

Fruncí el ceño mientras unas voces hablaban de fondo.

—Trent, para el coche —repitió Mandy. Al cabo de un segundo, oí cómo se cerraba una puerta—. Vale, ya está. Dime.

Inspiré hondo. Luego, lo dije y punto, sin rodeos.

—Estoy en casa de Rayden.

—¿Tú qué?

—Te he dicho que no te pongas nerviosa.

—Pero cómo… qué… cuándo…

—Te lo contaré todo, ¿vale? —prometí—. Pero hoy no.

—Ry… —Mandy hizo una pequeña pausa—. No puedes seguir faltando a clase.

Me apoyé de espaldas contra la isla.

—Lo sé. Encontraré una solución.

—¿Como, por ejemplo, decirle al chef buenorro que todavía vas al instituto?

Empecé a juguetear con el dobladillo de la chaqueta, dudando.

—Oigo tus neuronas renqueando desde aquí —bromeó. Pero, poco después, volvió a ponerse seria—. Tendrás que decírselo, tarde o temprano.

—Lo sé, lo sé. Pero…

—No es que seas menor de edad —me hizo notar—. Vale, él te saca diez años, pero todo es legal.

—No es por eso. Es solo que…

«¿Qué?».

Cerré los ojos. Y, por primera vez, lo admití. Incluso ante mí misma.

—Es que tengo miedo de que pueda cambiar de idea sobre todo. —«Sobre mí».

—Sería un idiota si lo hiciera. —Su voz se había suavizado, pero yo me pasé una mano por el pelo y negué con la cabeza.

¿Cómo podía decirle que no estaba preparada para correr ese riesgo? ¿Que no estaba lista para renunciar a algo que acababa de empezar a crearse? ¿Que por fin empezaba a sentirme bien otra vez, y que la mera idea de perder algo así me aterraba?

—Nena, ¿qué pasa? —oí decir a Trent.

—Un minuto —le respondió ella—. Muy bien, escucha —volvió a dirigirse a mí en un tono bajo y solícito—. Digamos que mi discurso de amiga responsable ya ha durado lo suficiente. Te he dado los consejos correctos, tú has prometido que los seguirías, le contarás al chef buenorro lo del instituto y todo irá genial —enumeró—. Pero

ahora necesito que me des al menos algún detalle, porque tengo que saberlo.

Solté una risa suave y decidí empezar a liberar el peso que sentía en la boca del estómago.

—Ayer lo llevé a la Kitchen Soup House. Pero cuando salimos, llovía, así que vinimos a su casa.

—Fingiré que todo eso tiene sentido. Continúa.

—Dy, fue… —Cerré los ojos con fuerza, incapaz de contener la sonrisa—. Fue estupendo.

Cada instante. Cada caricia. Cada beso…

No, no fue estupendo.

Fue sublime.

Había sido sublime.

—¿De uno a ding?

—Oficialmente, la campanilla se ha roto.

Estalló en carcajadas.

—Luego vas a tener que contarme hasta el más mínimo detalle. ¿Entendido?

—No creo que de verdad quieras…

—Hasta el más mínimo detalle. De lo contrario, no te cubro en el insti.

—Vale, vale, de acuerdo —cedí, divertida.

—Solo dime una última cosa.

—¿Cuál?

—¿Es mejor en la cocina o en el dormitorio?

—¡Dy!

—Oh, venga, sé que tú también has hecho la comparación.

—Yo… no… —Sentí cómo se me encendía la cara—. Creo que se está despertando. Tengo que colgar —mentí. Y ella se dio cuenta.

—Eres una mentirosa pésima, Avery Shaw.

—Hasta luego, Mandy Moore.

Colgué antes de que pudiera añadir algo más. Pero luego, tan solo dos segundos después, me llegó un mensaje suyo.

Mandy: Las dos sabemos que la respuesta correcta era «en la cama».

Sin darme tiempo a reaccionar, me mandó el gif de una mano tocando repetidamente la campanilla del pase, y tuve que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

Pero tenía razón.

Maldita sea…, tenía razón en todo.

Apagué el teléfono y lo dejé sobre la isla, y fue entonces cuando vi unas hojas esparcidas sobre el mármol. Eran apuntes, bocetos de recetas, dibujos de platos con su correspondiente presentación…

Inspiré con brusquedad.

¿Eran ideas nuevas de Rayden?

Incapaz de contenerme, me incliné y los observé mejor, recorriendo con la vista los dibujos que había hecho a mano alzada. Había indicado cada ingrediente, cada uno de los componentes. Pero algunas palabras estaban tachadas, mientras que otras tenían interrogantes al lado, como si no estuviera seguro de su elección.

No podía dejar de leer.

Era como si acabara de ganar un pase para el *backstage.* Solo que él era el espectáculo, y los bastidores eran su mente. Un lugar en el que me habría encantado adentrarme.

¿Cómo lo hacía para imaginarse aquellas composiciones? ¿Cómo conseguía visualizar las combinaciones adecuadas sin tenerlas delante para probar su sabor?

Me quedé admirando los fragmentos de su genialidad hasta que me pareció notar el sabor de sus bocetos en la punta de la lengua. Y el estómago se me encogió.

Me moría de hambre.

Miré la hora, que parpadeaba en la pantalla del horno, y luego la entrada de la cocina. Al final, me recogí el pelo en un moño desordenado y fui a la nevera.

En cuanto la abrí, fruncí el ceño. Estaba prácticamente vacía. Pero, en el fondo, Rayden pasaba casi todo su tiempo libre en el restaurante, así que lo más probable era que no necesitara tener su apartamento bien surtido. Y, en cualquier caso, todos los ingredientes que yo necesitaba sí estaban allí.

Saqué mantequilla, huevos y leche, antes de buscar azúcar y harina.

Cuando los encontré a la primera, sonreí.

Igual que la cocina del Ambroisie, la suya también estaba organizada con un orden preciso, y era como si la conociera de siempre. Como si, durante toda la vida, me hubiera movido en su interior, sin haber salido nunca.

Una parte de mí habría querido que hubiera sido realmente así.

Cogí un cuenco y tardé un breve instante en preparar la mezcla para las tortitas. Luego, calenté una sartén antiadherente y empecé a cocinarlas, y un aroma cálido y dulce se esparció por el apartamento.

Acababa de darme la vuelta para dejar el plato lleno de tortitas sobre la isla cuando di un respingo y estuve a punto de tirar todo al suelo.

—Dios —exclamé, y me llevé una mano al pecho.

—Prefería cuando me llamabas chef —dijo Rayden, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. Pero Dios tampoco está mal.

Con el corazón latiendo a toda prisa, me reí.

—¿Tu ego no se toma nunca un descanso?

Se separó de la pared y empezó a caminar hacia mí.

—Nunca —respondió. Pero apenas lo escuché.

Tenía el pecho desnudo, y el modo en que los pantalones suaves que se había puesto le caían por la cadera me dejó claro que no llevaba ropa interior.

Tragué saliva y me obligué a no quedarme embobada mirando su cuerpo, mientras él rodeaba la isla y se colocaba detrás de mí.

—Buenos días, jovencita —murmuró contra mi sien, y me rodeó la cintura con los brazos.

Miles de chispas ardieron entre mis escalofríos.

¿En serio todo aquello era real?

¿En serio no era solo un sueño descabellado, increíble y maravilloso?

Dejé el plato y me giré, en busca de sus ojos.

—Buenos días, chef.

Me atrajo todavía más hacia él, hasta que nuestros labios se rozaron.

—Es temprano. ¿Qué haces ya levantada?

Parpadeé.

—Ya has visto lo que hacía levantada. Me estabas espiando.

—Primero: no te estaba espiando. Esta es mi casa —me recordó —. Segundo: no he podido concentrarme en lo que estabas haciendo. —Alzó una comisura de la boca—. Me has distraído.

—¿Te he distraído? ¿Cómo?

Un rayo le encendió la mirada, y deslizó las manos por mis caderas, hasta que me acarició el trasero desnudo, cubierto únicamente por su chaqueta.

Mi corazón se volvió loco, y fruncí los labios para no estremecerme.

—Tengo malas noticias para ti. No creo que puedas trabajar nunca en una cocina… —Bajó la mirada hacia la chaqueta y desabrochó los primeros botones—. Nadie podría concentrarse.

Me ardieron las mejillas.

—En ese caso, llevaría pantalones.

—No sería suficiente. —Se inclinó para besarme, y yo me derretí contra su pecho caliente como la mantequilla sobre las tortitas.

Las tortitas.

—El desayuno… —murmuré en un susurro—. Se enfría.

Ante eso, Rayden se apartó y miró por encima de mi hombro, hacia la isla.

—¿Has cocinado?

Incliné la cabeza a un lado, divertida.

—Si hubieras prestado atención, te habrías dado cuenta.

Pero él seguía serio. Demasiado serio.

—Tú…

Una expresión indescifrable se dibujó en sus rasgos, y vi cómo dejaba de mirarme para centrarse en el plato.

Me eché hacia atrás.

—¿Qué pasa?

Apretó la mandíbula.

—Da igual.

Mil pensamientos me rondaron por la mente.

¿Había cruzado un límite?

Sabía que, en la cocina, Rayden quería que todo se hiciera a su manera. Del mismo modo que sabía que, para él, aquel era un lugar sagrado. Y yo no solo había entrado sin permiso, sino que había usado sus cosas, las había ensuciado…

Una punzada me cerró el estómago.

—No quería molestarte —empecé, avergonzada—. Solo he pensado que…

—Jovencita, para.

Negué con la cabeza.

—Lo sien…

—Jovencita —repitió, y me sujetó el mentón con dos dedos—. No has hecho nada malo. —Me miró con intensidad—. Nadie había cocinado para mí de esta forma, solo es eso.

Esa confesión me dejó sin palabras, y tardé unos segundos en comprenderla del todo.

—¿En serio?

—En serio —repitió, como si fuera algo sin importancia—. indentmente, la gente se siente cohibida si tiene que hacerlo, como si temiera que criticara o juzgara sus platos.

Una oleada de tristeza me invadió.

—Y, aparte, antes de ti, nadie había estado nunca en mi casa —continuó, y eso captó mi atención por completo—. Ni aquí, en

Boston, ni en los Hamptons.

El corazón se me detuvo por un instante.

No podía ser verdad. No…

—Así que —prosiguió, inclinándome el rostro— deja de pensar que me has molestado.

Su boca aterrizó sobre la mía, y un hormigueo eléctrico me recorrió cada centímetro de piel, silenciando el caos en mi mente.

Ya no podía pensar, ni razonar, ni intentar entender. ¿Qué acababa de decir sobre su casa? ¿O sobre la de los Hamptons?

No tenía ni idea. Ya no.

Su lengua rozó la mía, y un leve gemido se me escapó de la garganta.

—Puedes cocinar todo lo que quieras —murmuró sobre mis labios —. Joder, vestida así… puedes hacer lo que te dé la gana.

Sonreí sin darme cuenta.

—¿Pero debería tener miedo?

—¿De qué?

—De lo que puedas opinar sobre las tortitas.

Rayden se apartó un poco y me guiñó un ojo.

—Me portaré bien.

Una sonrisa de picardía se dibujó en mi cara.

—¿Tú? ¿Y crees que podrás?

Su mirada se volvió ardiente y, en solo un segundo, me empujó contra la isla.

Sus abdominales se apretaban contra mí, su erección me presionaba el vientre.

—Si sigues desafiándome, no.

Me besó la clavícula, el cuello, el lóbulo de la oreja…

—Entonces yo también intentaré portarme bien —prometí, con las rodillas trémulas.

—Ese es precisamente el problema, jovencita. —Me desabrochó aún más la chaqueta, y yo le clavé las manos en los hombros, apenas capaz de mantenerme en pie.

—No tienes derecho a criticar mis tortitas si se enfrían por tu culpa —jadeé.

Una carcajada grave resonó en su pecho y vibró contra la piel de mi cuello, mientras sus dedos trazaban un sendero entre mis senos.

—En realidad, la culpa sigue siendo tuya.

—¿Mía? —repetí con dificultad. Porque cada vez estaba más cerca del fuego—. Yo estoy intentando ser la persona responsable. El desayuno es la comida más importante del día.

Rayden abrió la chaqueta del todo y, por fin, volvió a mirarme.

—No estoy de acuerdo. —Parecía a punto de devorarme con los ojos—. *Tú* eres la comida más importante del día.

Antes de que pudiera asimilar sus palabras, me subió a la encimera, se colocó entre mis piernas y estampó los labios sobre los míos.

Rayden sabía a azúcar, a menta… y a mí.

Y me pregunté si yo sabría a él.

—Prometo recordarlo la próxima vez —contesté, enredando los dedos en su pelo—. En lugar de tortitas, me cubriré el cuerpo con sirope de arce y te esperaré aquí.

Se apartó tan deprisa que estuve a punto de marearme. Le brillaban los ojos.

—¿Qué…? —empecé a decir, pero Rayden ya se alejaba para abrir un armario de la cocina.

Solo tardé un instante en entenderlo.

—No.

Una sonrisita provocadora le curvó un extremo de la boca, y yo me apresuré a bajarme de la encimera mientras él volvía hacia mí.

—No —repetí, mirando la botella de sirope que tenía en la mano —. Era broma.

—Demasiado tarde, jovencita.

—Rayden…

Sin darme tiempo a escapar, acortó la distancia entre nosotros, me rodeó la cintura y me levantó para cargarme sobre el hombro.

No pude evitar chillar, y ese grito se mezcló con la risa que se formaba en mi lengua.

—¡Era broma! —insistí, intentando liberarme.

Pero él era demasiado fuerte. Y, al cabo de un segundo, me dejó caer de espaldas en la cama.

Enseguida, su mirada descendió por mi cuerpo, a la vista gracias a la chaqueta abierta.

Ya no era solo un depredador. Era algo más oscuro y terrorífico. Algo de lo que no tenía la menor intención de huir.

—Quieres actuar como una persona responsable, ¿no? —Embrujada por sus movimientos, observé cómo apretaba el tapón del sirope con los dientes y lo abría—. ¿Quieres que desayune? —Se subió al colchón, cerniéndose sobre mí—. Tengo la intención de complacerte.

Lentamente, las gotas de sirope dorado empezaron a caer por mis pechos.

Y sus labios las siguieron de inmediato.

Con avidez, empezó a chupar y morder cada centímetro de mí, y un dolor palpitante cobró vida entre mis piernas, lo que me llevó a arquear la espalda con tal de estar más cerca de él.

Después de aquella noche, mi cuerpo sabía perfectamente de lo que Rayden era capaz. De todo lo que podía hacerme sentir, de todas las sensaciones que solo él desataba.

No quería esperar.

Lo quería todo, enseguida.

Quería a Rayden.

Le rodeé la cintura con las piernas para atraerlo a mí, y un sonido visceral le brotó de la garganta y resonó incluso en mis huesos.

—Dulce —masculló sobre la piel sensible de mis pechos—. ¿Ahora entiendes por qué, entre dulce y salado… —Pasó la lengua alrededor de mi pezón antes de atraparlo con los dientes—… para mí siempre ganará lo dulce?

Sumergí los dedos en su pelo y lo obligué a poner el rostro frente al mío. Sus ojos ardían, tenía los labios cubiertos por un ligero velo

dorado. Sirope.

Nuevas punzadas de deseo despertaron en mi vientre y me arrollaron con un deseo tan intenso que parecía que estuviera a punto de romperme en dos.

Lo necesitaba. Ahora.

—Házmelo entender, chef —supliqué.

Una maldición ininteligible desgarró el aire, y un instante después, Rayden se precipitó sobre mí.

Sus labios eran una tormenta de relámpagos; sus movimientos, un caos que me dejaba sin aliento.

Me tocaba por todas partes, me besaba por todas partes, me hacía temblar como si conociera mejor que yo cada punto que me llevaba a echar la cabeza hacia atrás y renunciar para siempre al aire.

Era demasiado y demasiado poco, estupendo y doloroso.

—Rayden… —Nuestras lenguas estaban tan entrelazadas que mi súplica se perdió en el sabor del azúcar, pero necesitaba que me oyera. Que me complaciera. Porque no estaba segura de poder aguantar ni un segundo más sin tenerlo dentro de mí—. Por… favor…

—¡Joder! —Rayden se separó de mí, y el oxígeno ocupó de inmediato el lugar de su aliento y me llenó los pulmones. Pero ahora el aire parecía inoportuno. Casi venenoso. Y no lo quería.

—Rayden —murmuré otra vez.

Al oír su nombre, cerró los ojos un momento y se pasó la punta de la lengua por los labios.

Dios…

El cuerpo me ardió todavía más, tenía la mirada pegada a su boca.

Necesitaba que volviera a besarme. Necesitaba que volviera a estar cerca de mí y…

—¿Quieres que te enseñe otro truco, jovencita? —Me miró desde arriba—. Susurra mi nombre de esa forma… —Cogió la botella de sirope de arce, que seguía medio llena—… y haré todo lo que esté en mi mano para que lo grites.

Ni siquiera me dio tiempo de contener la respiración.

Rayden vertió más sirope sobre mí. Solo que, esa vez, no se limitó al pecho.

Lentamente, trazó un sendero que me bajó hasta el vientre, y mis temblores no hicieron más que intensificarse, hasta que esa cascada aterciopelada se deslizó entre mis piernas.

Ya no tenía bajo control ninguna parte de mí. Estaba hecha solo de latidos irregulares, de jadeos entrecortados. Y de sirope de arce.

—Suspira para mí… y te daré todo lo que quieras. —Rayden lanzó la botella vacía y empezó a bajar entre mis rodillas dobladas—. Grita para mí… —Me pasó los dientes por la parte interior del muslo, y eso me hizo gemir—… y te daré mucho más.

Clavó sus ojos en los míos. Ardientes, famélicos, colmados de tanta posesividad que borraron todas las galaxias a nuestro alrededor. Y no dejaron de buscar los míos. Ni siquiera cuando hundió el rostro entre mis piernas.

Sus labios robaron hasta el último resto de sirope que me cubría, y unos rayos devastadores se me colaron en los huesos para reducirme a escombros.

—¡Rayden!

Era…

Dios mío, era…

Aferré las sábanas con los puños y clavé los talones en el colchón, empujándome contra él.

Más. Necesitaba que me diera más.

Y la desesperación que crepitaba en mis gemidos bastó para hacérselo entender.

Comenzó a deslizar la lengua sobre mí, apagando toda la luz que me rodeaba y sumergiéndome en una oscuridad de tonos dorados. Y una vez que me encontré allí, en el centro de lo que sabía que era su universo, sus dedos subieron por el muslo hasta hundirse en mi interior.

Mis músculos se contrajeron.

Mi sangre prendió fuego.

Y yo…

Yo grité.

Mientras Rayden me devoraba, mientras me daba forma con la lengua y me empujaba más allá de límites que ni siquiera sabía que existían…

Grité.

Y él hizo exactamente lo que había prometido. Me dio mucho más.

Más de lo que podía soportar.

Más de lo que creía ser capaz de sentir.

Más de lo que me había atrevido siquiera a imaginar.

Cada una de mis barreras se hizo añicos, cada ley zozobró, y la realidad se me escurrió entre los dedos para perderse en un mar compuesto únicamente de lo sublime.

Era ahí donde me estaba ahogando.

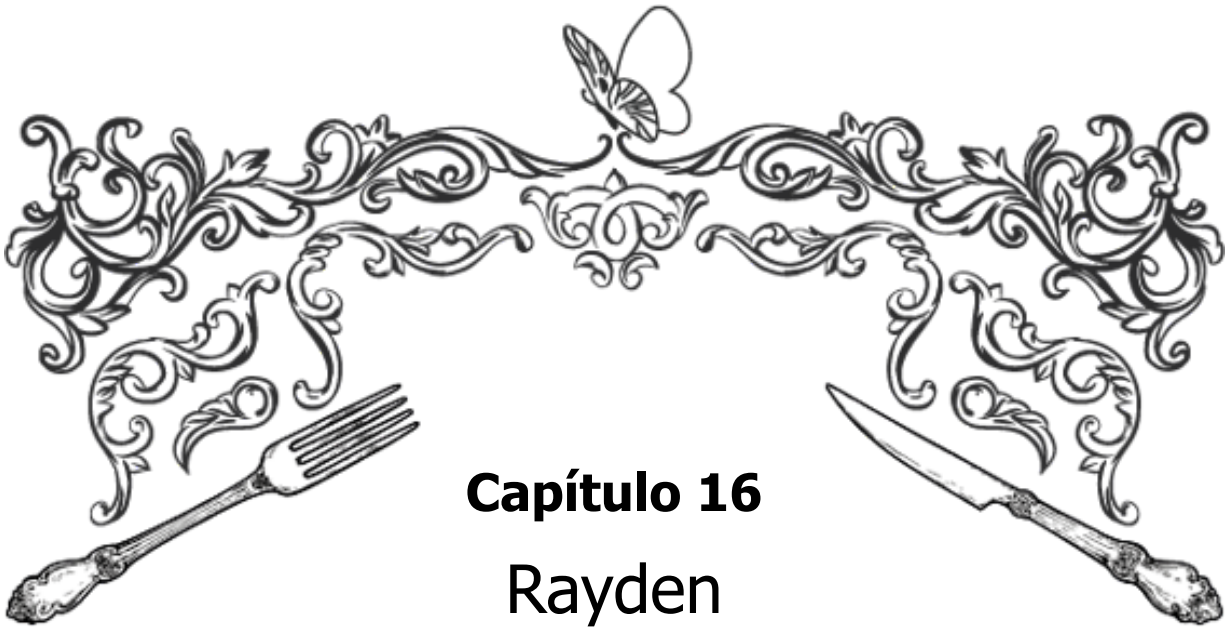
Y era ahí de donde deseaba no volver a salir nunca más.

Porque en ese lugar donde todo era incandescente, el aire sabía a Rayden.

A Rayden y a sirope de arce.

Y yo, ahora, lo sabía.

Nunca, nunca tendría suficiente de él.



Capítulo 16

Rayden

—Necesito darme una ducha —suspiró Avery, sin aliento.

Giré el rostro en su dirección.

—Me gusta esa idea.

Se rio y negó con la cabeza mientras se pasaba los dedos entre el pelo enredado.

—Lo digo en serio. Estoy toda pegajosa.

Me lanzó una mirada de reproche. Pero, joder, no me arrepentía de haberle echado encima todo el sirope que tenía. Y me daba igual si ahora estábamos recubiertos de él, o que tuviera que comprar unas sábanas nuevas. Había valido la pena.

Cuando la había encontrado junto a los fogones, vestida únicamente con mi chaqueta… Dios, no sé cómo me las había ingeniado para no tumbarla en la encimera y tomarla allí, en medio de la cocina.

—Ya te lo dije. —La atraje hacia mí para que apoyara la cabeza en mi pecho—. No deberías provocarme.

Con los dedos, empezó a trazar círculos suaves sobre mis abdominales.

—Me gusta hacerlo.

—Joder, jovencita, si sigues así me vas a matar.

Me miró a través de las pestañas y me dedicó una sonrisa provocadora.

—Espero que no.

Cerré los ojos e inspiré por la nariz en un intento de calmar todo lo que volvía a surgir dentro de mí. Avery volvió a tocarme, siguiendo las líneas del tatuaje.

Me di cuenta demasiado tarde de lo que ocurría.

—¿Qué te pasó aquí?

Con las yemas de los dedos, rozó una de las cuatro cicatrices que había intentado cubrir con tinta.

Todo mi cuerpo se tensó. Y mi mente…

No.

No, no, ¡no!

Pero era demasiado tarde.

Aquellas cicatrices eran un jodido interruptor. El botón que destruía las barreras en mi cabeza y dejaba que los recuerdos me invadieran.

Y Avery acababa de pulsarlo.

Le agarré la muñeca y la aparté de mí.

—Nada. —Mi voz salió brusca, mi respiración empezaba a entrecortarse.

«Para».

«Contrólate».

«Espera».

«Espera, espera, espera».

Me incorporé y la pillé por sorpresa.

—Perdona —dijo enseguida, pero su voz apenas me llegó.

La repulsión que se arremolinaba dentro de mí era demasiado violenta.

Me pasé una mano por el pelo. Estaba temblando.

¡Joder!

—Voy a darte las cosas para que te duches.

Me levanté a toda prisa, me puse los pantalones y me fui al baño a buscar unas toallas limpias. Luego volví al dormitorio y saqué una

camiseta del armario.

Durante todo ese tiempo, Avery se quedó en la cama, con las rodillas encogidas contra el pecho y una mirada afligida.

Sabía que era un cabrón, que me estaba comportando como un hijo de puta y que ella no se lo merecía…

Pero no podía tranquilizarla.

En ese momento no.

—Toma. En la ducha hay gel y champú.

Su mirada se había ensombrecido.

—No quería entrometerme.

Joder… Me estaba comportando como una mierda.

—Lo sé, jovencita.

Y era cierto.

Pero necesitaba alejarme.

—Te espero por allí. Tómate tu tiempo.

Avery asintió, y yo me dirigí a la cocina, para irme lo más lejos posible de ella. Donde no pudiera ver cómo los recuerdos me inundaban. Cómo me arrastraban hasta el fondo. Y me rompían.

Oía el movimiento de las agujas del reloj.



Lentas y regulares.

Inexorables y despiadadas.

Ya eran más de las tres de la madrugada, y sabía que el tiempo no tendría piedad. Cuanto más pasara, más graves serían las consecuencias. Pero los párpados no dejaban de cerrarse sobre mis ojos, sentía el cuerpo cada vez más pesado…

Estaba exhausto.

Pero no podía permitirme dormir.

Tenía que resistir.

Por ella.

Apoyé la nuca en la puerta cerrada a mi espalda, estiré las piernas en el pasillo y esperé a que el frío de las baldosas se filtrara

a través del tejido de los pantalones. Era una sensación molesta, pero esperaba que me ayudara a mantenerme despierto. Lo necesitaba.

Con un suspiro, me presioné los párpados con la base de las manos para intentar despejarme. Y fue entonces cuando el silencio se rompió.

La puerta de la verja chirrió.

El tintineo de una llave rasgó la cerradura.

Y la puerta de casa se abrió por completo, chocando con fuerza contra la pared.

Con el corazón desbocado y la respiración entrecortada, me puse en pie como un resorte, con la espalda todavía pegada a la puerta.

Sus pasos pesados eran irregulares, y el hedor que emanaba me alcanzó incluso antes de que doblara la esquina.

Quizá se desmayaría antes de llegar hasta mí. Quizá, aquella noche, el alcohol traería consuelo en lugar de destrucción.

Pero no fue así.

Mi padre apareció al final del pasillo, una figura más oscura que la misma noche. A mí, sin embargo, no me costó verlo. Estaba demasiado acostumbrado a la oscuridad. A su oscuridad.

Tenía los ojos enrojecidos, las mejillas moradas y el uniforme oscuro manchado de vómito.

Ni siquiera había tenido la decencia de quitarse el uniforme de policía antes de meterse en uno de sus bares preferidos y beber hasta convertir la sangre de sus venas en alcohol.

Cuando se percató de mi presencia, sus pasos se volvieron todavía más vacilantes. Pero su expresión… su expresión se convirtió en una piedra.

—¿Qué coño haces?

De forma involuntaria, me empezaron a temblar las piernas. Pero no me aparté, no me estremecí.

—Estás borracho.

—Y tú estás en medio.

Se detuvo delante de la puerta, y yo abrí los brazos. Como si de verdad pudiera impedirle pasar. Como si un crío de doce años tuviera alguna posibilidad contra un hombre de su tamaño.

—No vayas con ella. —Debería haber sido una orden, pero pareció una súplica. Como siempre.

Le suplicaba que no se acercara a mamá.

Que no la tocara.

Que no le hiciera daño.

Pero él no me escuchaba nunca.

—¿No? —Se inclinó hasta poner su cara a la altura de la mía, y su aliento rancio me revolvió el estómago—. ¿Y quién me va a detener? ¿Tú?

Me obligué a cuadrar los hombros.

—Sí.

Cuando rio, unas gotas de saliva me salpicaron la cara. Hasta que la risa dejó paso a una expresión cruel.

—Apártate.

Tragué saliva con fuerza, pero no me moví.

—¿Tengo que repetirlo?

Cerró los dedos alrededor de mi brazo con tanta fuerza que tuve que contener un grito.

—He dicho que te apartes.

Mi padre me lanzó a un lado y me alejó del dormitorio donde mi madre estaba durmiendo. Luego, levantó la mano para abrir la puerta. Y yo eché a correr hacia él sin pensarlo.

Usando todas mis fuerzas, lo agarré por la muñeca y lo obligué a retroceder.

—Está mal —dije en una voz que parecía un lamento—. Déjala en paz.

Sus ojos se volvieron despiadados.

—No te metas.

Me empujó de nuevo y, esa vez, caí al suelo, sin poder impedirle que alcanzara la manilla de la puerta.

Empecé a arrastrarme por el suelo, alejándome de él. Porque había fracasado. Había fracasado al intentar convencerlo para que la dejara en paz. Y sabía lo que pasaría ahora.

Mi padre intentaría abrir la puerta.

Y descubriría que estaba cerrada con llave.

—¿Qué…? No —siseó, mientras sacudía la manilla sin parar. Y, al final, giró la cabeza en mi dirección—. Maldito enano…

Sin esperar a que terminara, me volví y me levanté para correr hacia mi habitación. Pero me agarró del pelo antes de que pudiera entrar, y un dolor terrible me estalló en la cabeza.

—¿Dónde está? —Me levantó delante de él—. ¿Dónde coño has puesto la llave esta vez?

Me aferré a su muñeca mientras intentaba sostenerme de puntillas para aliviar el dolor que me estaba provocando.

—Se encuentra mal… —dije otra vez—. Déjala dormir…, por favor…

—La llave. —Más gotas de saliva aterrizaron en mi cara—. Ahora.

—No… Yo no la tengo… —Me arrepentí de aquellas palabras en cuanto las pronuncié. Porque él lo entendió. Por muy borracho que estuviera, por mucho que el alcohol le nublara la mente. Era lo bastante asqueroso como para pensar con claridad cuando se trataba de violar a su propia esposa.

—La has tirado dentro de la habitación después de haberla cerrado… —Apretaba tanto los dientes que las palabras apenas se entendían—. ¿Crees que eso me va a detener? ¿De verdad crees que eso basta?

Ocurrió en un segundo.

Usando toda su fuerza, me lanzó contra la pared, y los huesos de mi brazo crujieron por la violencia del impacto. Pero yo casi no lo sentí. Porque mi padre, en ese mismo momento, intentaba echar la puerta abajo.

Le daba patadas, puñetazos…

Pero no la derribaría. No se lo permitiría.

Sujetándome el brazo dolorido contra el pecho, renqueé hasta él y lo agarré por el uniforme para intentar apartarlo.

—La despertarás —dije, aunque sabía perfectamente que esa era su intención.

Quería despertarla.

Y hacerle algo mucho peor.

Por eso mismo, aquella noche le había mezclado somníferos con los calmantes que se había visto obligada a tomar.

Mientras ella no abriera la puerta, estaría a salvo. Mientras permaneciera en su habitación, él no podría romperla todavía más de lo que había hecho unas horas antes.

O de lo que hacía cada día.

—No te permitiré que le hagas daño… —Seguí luchando, pero su cuerpo macizo no se movía ni un centímetro—. Tienes que dejarla en paz… ¡Déjala en paz! —Empecé a golpearle la espalda, descargando en él toda la rabia que constantemente amenazaba con ahogarme.

Y él… reaccionó.

—¡Ya basta! —Con brusquedad, me cogió y me lanzó de espaldas contra la pared.

El corazón estuvo a punto de salírseme del pecho, mi alma se puso a gritar. Pero no dejé de mirarlo. Y recé para que no pudiera ver el terror que se escondía en mis ojos.

—¿Quieres hacerte el chico duro? ¿El hombre fuerte que protege a los demás? —Una repulsión pura se inyectó en sus ojos—. Sé lo que se siente. Sé lo que significa creer que puedes salvar a alguien. Pero ¿de verdad crees que podrás? ¿Crees que eres mejor que yo? —Hasta la última parte de su cuerpo temblaba. O quizá era yo—. Demuéstralo. Ten cojones. Libérate. Defiende a tu madre. —Me aplastó aún más contra la pared y volvió a agarrarme del pelo. Y, otra vez, me levantó del suelo.

Unas descargas insoportables me apuñalaron la columna, y unos gritos desesperados se acumularon en la base de mi garganta.

Me mordí los labios para impedirme emitir ni un sonido.

—Vamos, hijo. Lucha. Enséñame lo que sabes hacer.

Intenté golpearlo, empujarlo…

Pero no lo conseguí.

El dolor que sentía era demoledor. Y yo… yo no era lo bastante fuerte.

—Para… —supliqué, odiándome a mí mismo—. Por favor…

—¿Parar? ¿Ahora quieres que pare? —Una mueca le desfiguró el rostro. Y, lentamente, negó con la cabeza—. Ya estás dispuesto a rendirte. Ya te estás eligiendo a ti en lugar de a ella.

—No. —Las lágrimas me anegaron los ojos, eran demasiadas como para deshacerme de ellas, y pronto sentí cómo me caían por las pestañas. Pero dejé de resistirme—. No es verdad.

Si esa era mi elección, si la única opción posible era que sufriera yo en lugar de mi madre…, lo haría. Cada día.

Siempre la elegiría a ella.

Así, reprimí los gritos y los sollozos. Y, con las piernas todavía colgando en el aire, hice todo lo que pude para ignorar el dolor. Aunque mi padre parecía a punto de arrancarme el cuero cabelludo.

—¿Quieres saber la verdad? —Se me acercó tanto a la cara que mis pulmones se llenaron únicamente del olor a alcohol y vómito—. Ella se merece todo esto. Tú te lo mereces. Así que deja de fingir que eres un héroe. Y deja de intentar defenderla. —Relámpagos de odio estallaron en sus ojos—. Nadie puede ser salvado. Y tú no cambiarás las cosas. Porque no se pueden cambiar. Da igual lo que hagas, da igual cuánto lo intentes… Las cosas siempre acabarán igual.

Lo odiaba. Con cada parte de mí, con cada fibra de mi alma… Lo odiaba.

Y quería que lo supiera.

—No… —Entre las lágrimas, le sostuve la mirada—. No es verdad —dije, sin aliento—. Las cosas pueden cambiar. Y ella… no te abrirá. Esta noche no.

Mi padre parpadeó, como si intentara aferrarse a la poca lucidez que le quedaba. Pero esa pizca se desvaneció muy pronto. Y la

reemplazó la furia.

—¿Qué has hecho?

—No… no te abrirá —me limité a repetir.

—Tú, cerdo enano… —Su rabia estaba volviéndose incontrolable. Como el dolor que yo sentía.

Basta.

Necesitaba que me soltara, necesitaba…

Una nueva expresión se dibujó en sus rasgos. Y un pánico violento me heló las venas.

—¿Quieres saber qué es lo más increíble de tu madre? —siseó con un tono letal—. Aunque sabe que nadie puede ser salvado, aunque no dejo de repetírselo…, ella sigue esperando lo contrario. —Rechinó los dientes—. Intenta salvarme a mí. E intenta salvarte a ti… cada vez.

Tragué saliva con dificultad mientras intentaba entender a qué se refería. Pero no lo comprendí hasta que vi cómo se llevaba una mano a la funda del cinturón. Y el pánico, que me llegó hasta el corazón, me lo congeló. Y lo redujo a pedazos.

—¡No! —Forcejeé con todas las fuerzas que me quedaban—. ¡Por favor! —Tenía los ojos abiertos de par en par, la mente sumida en el caos. Pero mi padre no se detuvo. Y mientras yo suplicaba piedad, sacó la táser de la funda—. ¡Por favor, te lo pido, no…!

—Así. Grita. Adelante… —Encendió la táser. La electricidad emitió un sonido crepitante, y la luz azulada que le iluminó el rostro acentuó todavía más sus facciones hundidas. Y aumentó el odio que lo cegaba—. Despiértala. Pídele que venga a salvarte… ¡Llora!

La táser se estrelló contra mi pecho.

Sentí la camiseta rasgarse, la piel quemarse…

Y un dolor tan atroz que fue como si me arrancaran de mi propio cuerpo.

Unos gritos agudos y desgarradores estallaron en el pasillo, y no había nada que pudiera hacer para reprimirlos. Aunque ojalá hubiera podido.

Ojalá hubiera podido soportarlo todo en silencio, ojalá no hubiera sollozado de forma tan incontrolable…, pero la electricidad se abría paso dentro de mí, desintegrando cualquier cosa que encontrara en su camino.

Mis músculos se contraían, mis huesos se hacían añicos. Y cuantas más lágrimas derramaba, más aumentaban mis gritos.

No podía respirar.

Me estaba asfixiando, ahogándome en mi propio dolor. Y no sabía cómo sobrevivir.

Pero lo que ocurrió después… Aquello fue incluso peor. Porque, mientras yo luchaba en vano contra aquella tortura, la puerta de mi madre se abrió. Y todo lo que había intentado hacer, todo mi esfuerzo por protegerla, se desvaneció.

Porque lo supe.

Había vuelto a fracasar.

Pronto, serían sus lágrimas las que se derramarían. Sus gritos los que se apagarían. Su alma la que se rompería. Y yo no podría hacer absolutamente nada, de rodillas en el pasillo, golpeando con los puños una puerta cerrada. Una puerta que no tendría que haberse abierto nunca.

«Nadie puede ser salvado…».



Una mano me tocó la espalda, y di un respingo tan fuerte que se me escapó todo el aire que tenía en los pulmones.

Me giré de golpe, y Avery se sobresaltó y retrocedió un paso.

—Perdona, no… —Las palabras murieron en sus labios en cuanto vio mi expresión, y la mirada que adoptaron sus ojos fue imposible de definir.

No sabía qué estaba viendo, porque nunca permitía que nadie viera lo que tenía dentro. Ni siquiera me lo permitía a mí mismo.

Sobre todo, a mí mismo.

—Rayden… —Se acercó con cautela, como si tuviera miedo de cometer algún error.

No la detuve, no me aparté. Con la respiración entrecortada y los músculos que parecían losas de plomo, me limité a observar todas las preguntas que se arremolinaban en sus ojos, esperando a descubrir cuál me haría en primer lugar.

«¿Qué te ha pasado?».

«¿Qué ocurre?».

«¿Te encuentras bien?».

«¿Cuál es el problema?».

Esperé unos segundos interminables.

Esperé.

Pero Avery no transformó ninguna de esas preguntas en palabras. Al contrario, inclinó el rostro hacia el mío y anuló por completo la distancia entre nosotros. Y, con nuestros cuerpos rozándose, murmuró unas palabras para las que no estaba preparado.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Durante un segundo, me quedé inmóvil, totalmente descolocado por el hecho de que no exigiera respuestas.

Desde que la había visto por primera vez, Avery se había comportado de una forma distinta a la de cualquier otra persona que hubiera conocido.

Y allí, en aquel momento, no quería interrogarme. Solo quería curarme las heridas que ella no había hecho sangrar.

No entendía cómo era posible que ella fuera real. Joder, no entendía cómo era posible que siguiera queriendo estar conmigo.

Y no lo merecía, después de lo que había hecho… Pero, de todos modos, la necesitaba. Más de lo que había pensado hasta ese momento.

Inspirando su aroma, le rodeé la cintura con un brazo y la atraje hacia mí. Luego, con un movimiento lento y delicado, le acaricié una mejilla y le di todo el tiempo del mundo para que me apartara de ella.

Pero Avery no me alejó, no salió corriendo. Al contrario, en vez de retirarse, se inclinó para ir al encuentro de mi caricia.

Joder…

En mi mente, el pasado que había vivido empezó a desmoronarse. Recuerdo tras recuerdo, dolor tras dolor…

Todo estaba desapareciendo.

Y solo quedaba ella.

Presioné las palmas contra su espalda, uniendo nuestros cuerpos hasta que tan solo nos separaba un soplo de aire. Luego, me incliné hacia delante y froté mi nariz con la suya. Y la besé.

Avery se derritió entre mis brazos, y en menos de un segundo se puso de puntillas y me permitió explorar su boca a mi voluntad. Y así lo hice. Lentamente. Con dulzura…

Nuestros pechos empezaron a elevarse al mismo ritmo, nuestra piel empezó a hormiguear con los mismos escalofríos. Y mientras yo le daba el aliento que no alcanzaba a tomar, Avery me dio la fuerza para desterrar de mi mente hasta el último ápice de mi pasado. Y para volver a fingir que estaba bien.

Dios…

Me enroscó los brazos alrededor del cuello y, cuando al fin apoyé la frente en la suya, vi que tenía las mejillas sonrojadas.

Preciosa.

Era preciosa.

—¿Esto… ha ayudado?

Cerré los párpados. Y, sin darme cuenta, esbocé una sonrisa.

—Sí, jovencita. Ha ayudado.

Su suspiro se deslizó por mis labios. Volví a mirarla, y encontré un torbellino de alivio dorado que brillaba en sus ojos. Pero no fue lo único que hallé.

Aunque intentaba ocultarlo, todavía veía preocupación en su mirada, dudas en sus rasgos. Como si no estuviera del todo convencida de mi respuesta.

O como si tuviera miedo de que aún estuviera mal.

Aun así, no insistió.

Cualquier otra persona, en su lugar, me habría pedido explicaciones. Pero lo estaba aprendiendo rápido: Avery no era cualquier otra persona.

—¿Quieres…? —Se aclaró la garganta—. ¿Quieres que me vaya?

Aquella posibilidad bastó para que algo se contrajera en mi pecho. Algo que todavía no estaba preparado para reconocer.

La abracé con más fuerza, anclándola a mí.

—No.

Iba a preguntarle si ella quería irse cuando se le dibujó una sonrisa en el rostro.

Tal y como yo había hecho, me rodeó el cuerpo con más fuerza.

—¿Y qué quieres, chef?

La miré largo y tendido. Contemplé cada matiz de sus ojos cálidos, cada onda de su pelo mojado, cada curva imperceptible de sus labios…

—Quiero que desayunes conmigo.

Su mirada brilló mucho más.

—A sus órdenes.



Capítulo 17

Avery

Tras darse una ducha rápida, Rayden repartió las tortitas en dos platos y yo tomé asiento en un taburete junto al suyo.

Estaba utilizando toda mi fuerza de voluntad para no preguntarle cómo estaba. O, simplemente, para no abrazarlo. Porque algo no iba bien. Tal vez, más de una cosa.

Rabia. Tristeza. Arrepentimiento. Odio.

Culpa…

La lluvia en sus ojos se había transformado en un huracán que lo había dejado completamente destruido, y entre los escombros había divisado cada una de esas emociones.

Pero él no me revelaría qué significaban.

Rayden era un libro cerrado que no quería que lo leyeran. Un conjunto de capítulos y palabras que se negaba a mostrarse bajo la luz. Y aunque yo deseaba sumergirme en sus páginas y descubrir cada pequeño matiz de su historia, sabía que no me lo permitiría.

Seguiría protegiéndose. Del resto del mundo y de mí.

Lo miré de reojo, con cuidado para que no me viera. Y, en cuanto lo hice y advertí que tenía los hombros tensos, contuve un suspiro.

No pretendía saber qué le había pasado. Solo quería encontrar una forma de distraerlo. De hacer que volviera a sonreír como había

hecho antes de que le preguntara por las cicatrices…

Era culpa mía.

Si ahora estaba mal, era culpa mía.

Con el estómago completamente cerrado, corté un trozo de tortita y me lo llevé a la boca. Un instante después, hice una mueca. Y Rayden lo notó.

—Están buenas —dijo él, y se llevó otro trozo a la boca.

—¿Sabes cómo habrían estado mejor? —pregunté, señalándolo con el tenedor—. Si estuvieran calientes. Y cubiertas de sirope.

Sus rasgos duros se suavizaron, y oculté la sensación de victoria que empezó a subir por mi pecho.

—Prefiero con diferencia usar el sirope como hemos hecho antes. —Bajó la vista hacia mi pecho, cubierto por la camiseta que me había prestado.

Era extraño seguir llevando su ropa. Y era extraño porque resultaba increíblemente familiar. Bonito. Casi… natural.

—Tus sábanas no opinan lo mismo. —Fruncí la nariz—. No sé si las manchas se irán.

Rayden curvó una comisura de la boca y encogió un hombro.

—Ha valido la pena.

Se me escapó una risita y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja. Estaba a punto de replicar cuando vi que fruncía el ceño. Entornaba los párpados. Alzaba una mano para llevarla hasta mi rostro.

Mi corazón se detuvo.

Y Rayden me rozó la sien.

—No me había dado cuenta hasta ahora —murmuró en voz baja, y me pasó un dedo por la cicatriz.

No esperé a que pidiera explicaciones.

Me zafé de su mano y volví a ponerme el pelo delante de la cara. Luego, cuando logré estabilizar la respiración, me obligué a dedicarle una sonrisa despreocupada.

—Todos tenemos nuestras cicatrices. —Heridas que habríamos querido olvidar y que jamás desaparecerán. No del todo.

Rayden siguió observándome. No sabía si insistiría o no, pero busqué a toda prisa otro tema de conversación. Cualquier cosa con tal de que nos alejara de territorios en los que ninguno de los dos quería adentrarse.

—He visto tus bocetos. —Señalé las hojas al otro lado de la barra —. ¿Estás diseñando platos nuevos?

—Lo intento.

—Parecen deliciosos.

Él negó con la cabeza.

—Son aburridos.

Parpadeé.

—Tienes un concepto extraño de aburrimiento.

Volvió a curvar una comisura de la boca y fijó su atención en mí.

—Puede que, simplemente, tenga un concepto demasiado elevado de diversión.

—Oh —comenté, y fingí que me ponía seria—. O sea, ¿tienes miedo de que esos platos no estén a la altura del orgasmo del *filet mignon?*

Rayden rio. ¡Rio! Y mi corazón se hinchó y olvidó cualquier herida que lo surcaba.

—Tengo un cierto nivel de calidad que mantener.

—No creo que, desde ese punto de vista, debas preocuparte.

Se giró hacia mí y apoyó un codo en la isla.

—¿No?

—No, chef. Pero, si necesitas confirmarlo, me ofrezco voluntaria.

Una llama crepitó en su mirada.

—¿Para probar los platos nuevos o los orgasmos?

Con gesto despreocupado, me pasé la lengua por el labio inferior.

—Ambos.

Se le contrajo la mandíbula y un deseo genuino prendió en él. Pero antes de que pudiera inclinarse hacia mí y besarme, o volver a cargarme al hombro y recordarme por qué me gustaba tanto tentarlo, me subí al reposapiés del taburete y me incliné sobre la isla para coger las hojas.

Oí a Rayden maldecir por lo bajo.

De la misma manera que sentí sus ojos posarse en mi trasero desnudo.

—Ciertas posturas deberían ser ilegales para ti, jovencita.

Volví a sentarme.

—Hablaba en serio.

Rayden se humedeció los labios, e hice un esfuerzo por no dejarme distraer por las palpitaciones que sentía entre las piernas.

—Yo también.

—Sobre los platos —precisé, y señalé los bocetos—. Parecen fantásticos.

Un suspiro le elevó el pecho y su expresión se volvió más dura.

—No lo son.

—¿Los has hecho, al menos?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes si están buenos o no?

—Lo sé y punto. —Clavó la vista en los bocetos—. No digo que sean malos. Pero no son… suficiente. Les falta algo.

—¿Qué?

—Si lo supiera, no les faltaría nada.

De repente, me sentí estúpida por haber hecho esa pregunta, pero Rayden no se percató de mi expresión y se pasó una mano por el pelo oscuro, despeinando los mechones de un modo tan perfecto que parecía hecho a propósito.

—No lo sé, jovencita… No acabo de entender qué falla. —Se presionó los párpados con los dedos—. Es el motivo por el que tengo el mismo menú del Black Gold en el Ambroisie. No he sido capaz de crear otro que estuviera a la altura. Antes me salía con facilidad. Crear platos nuevos, experimentar. Pero ahora es… —Suspiró—. Distinto.

De pronto, pareció exhausto, y me pregunté qué habría motivado aquel cambio. Qué había hecho que su realidad fuera distinta. Pero, una vez más, decidí no hacerle las preguntas que quería plantearle.

Porque sabía que no estaba preparado para responder. Y, tal vez, no lo estuviera nunca.

—Es porque eres demasiado serio —dije, en cambio, y aquello llamó su atención.

—¿Demasiado serio? —repitió, desconcertado.

—Lo eres siempre, tanto en la cocina como fuera. —Dejé las hojas en la isla y me giré hacia él—. Lo estudié hace algunas semanas. Algunas investigaciones afirman que divertirse influye en la creatividad de una persona. Hay una razón por la que los niños tienen más imaginación que los adultos: no tienen cadenas que los limiten. Porque, en lugar de pensar en un posible fracaso, solo piensan en lo que están haciendo en ese momento. En lo que los hace sentirse bien —expliqué—. Lo tratan todo como si fuera un juego, y esa es la clave. Reír es la clave. Porque nos hace libres. Y es el único camino para idear algo que valga la pena crear. —Me encogí de hombros y le dediqué una pequeña sonrisa—. Antes la cocina te divertía. Y estoy segura de que intentabas cocinar de verdad los platos en los que pensabas, que hacías mil experimentos distintos… Ahora, en cambio, tratas tu pasión como si fuera un trabajo y punto. Una obligación. Te limitas a escribir o a dibujar, sin dejarte guiar por la inspiración. Pero quizá… —Vacilé. No quería sobrepasar el enésimo límite invisible—. Quizá deberías intentar volver a divertirte mientras cocinas. Divertirte de verdad. Podrías encontrar el ingrediente mágico.

Rayden me miraba con una expresión indescifrable, y odié no ser capaz de leerla.

—¿Tu solución es… jugar?

—Al menos, podrías intentarlo. No tienes nada que perder, ¿no? Quiero decir… —Hice un gesto hacia las hojas con los bocetos—. Tus platos ya son aburridos.

Una chispa cruzó sus ojos, y yo, de inmediato, me relajé.

—Muchas gracias.

Levanté las manos.

—Son tus palabras, no las mías.

Rayden reprimió un gesto divertido. Y, durante unos segundos, me estudió.

—Te envidio, jovencita.

—¿Tú me envidias a mí?

Asintió.

—Siempre haces que todo parezca muy sencillo.

—A veces, la sencillez es lo más complicado de lograr. —Mi voz se había amortiguado—. Pero funciona. Como el azúcar en el tomate.

Sonrió. Una sonrisa increíble.

—Como el azúcar en el tomate —repitió, y se pasó de nuevo los dedos por el pelo—. Entonces, ¿eso es lo que estudias en la universidad? ¿Psicología?

Me quedé de piedra.

La garganta se me cerró y la sangre dejó de circular por mis venas.

No podía mentirle.

Pero reconocer la verdad…

Lo que Mandy me había dicho aquella mañana resonó en mi mente.

Tal vez tuviera razón. Tal vez no supondría un problema el hecho de que siguiera yendo al instituto. O que tuviera diez años menos que él. Un número no cambiaba quién era yo. Ni quiénes éramos nosotros dos juntos.

Tenía que decírselo.

Ahora.

Jugueteando con el borde de la camiseta, inspiré hondo. Y reuní todo el valor que tenía.

—En realidad, yo…

La melodía de un teléfono me interrumpió, y las palabras que estaba a punto de pronunciar murieron en mi garganta mientras Rayden apartaba la mirada hacia el pasillo.

—Perdona, jovencita, enseguida vuelvo.

Desapareció de la cocina en cuestión de segundos y, en el silencio que siguió, yo sentí la fuerza del martilleo de mi corazón mientras

intentaba decirle la verdad.

Me llevé las manos a la cabeza y traté de regular la respiración. En ese momento, Rayden contestó al teléfono en su dormitorio.

—Dime.

Silencio.

—¿Qué?

Más silencio.

—¿Estás de broma? —Su voz era un siseo, y no necesité ver su expresión para imaginármela.

Reprimí el impulso de acercarme al umbral.

—Joder…

De nuevo, silencio.

—No, Courtney, es un desastre.

Una energía nueva llenó el aire.

—¿Me tomas el pelo? ¡Ya sabes por qué!

Me levanté del taburete, pero permanecí junto a la isla.

—¡No estamos listos! —Casi gritaba—. No… vuelvas a decirme que me calme —la desafió.

Silencio.

—No lo sé. Joder… ¡No lo sé!

Oí un ruido sordo, como si Rayden hubiera golpeado la pared con la palma.

—No. Déjame pensarlo. Te llamo más tarde.

No volvió a hablar, pero lo escuché caminar de un lado a otro, marcando el ritmo acelerado de sus pensamientos.

Vacilé un minuto. Y otro más. Al final, me dirigí a su dormitorio y lo encontré allí, de pie, con una mano en la cadera y la otra en las sienes mientras recorría la habitación a grandes zancadas.

—¿Todo bien? —pregunté en voz baja.

Rayden se detuvo. Cuando nuestras miradas se encontraron, se le tensó la mandíbula. Como si no quisiera revelarme la verdad. O como si no quisiera decirla en voz alta.

—Están valorando el Ambroisie.

Fruncí el ceño.

—¿Quién lo está valorando?

—La Guía Michelin.

Entreabrí los labios.

—Oh, Dios mío… ¿En serio?

—No, bromeo todos los días con estas cosas —soltó, y yo me estremecí ligeramente—. Mierda… —Dejó ir una larga exhalación y se sentó en la cama—. Perdona.

Me acerqué y me senté a su lado.

—¿Cuál es el problema?

—Que el Ambroisie no está listo para las estrellas. Ni de lejos.

—¿Cómo sabéis que lo están valorando? Creía que era algo que se mantenía en secreto.

—Así es, en teoría. Pero Courtney lo sospechó el sábado, durante el segundo turno, y ha podido confirmarlo.

—Entonces, ¿ya lo han valorado? ¿Cuándo darán la respuesta? —Intenté rebuscar en mi memoria y repasé todas las mesas de aquella noche, con la esperanza de identificar quiénes podían ser los enviados de la Guía Michelin. No lo conseguí.

—No funciona así —respondió Rayden—. Los inspectores visitan el restaurante varias veces antes de decidir si conceder o no las estrellas. Para que te den dos, tienen que hacer al menos diez visitas, y en cada una de ellas rozar la excelencia. Para conseguir tres… —Apoyó los brazos en las piernas y se rodeó la cabeza con las manos—. A veces ni siquiera la excelencia es suficiente.

Anoté mentalmente aquella información.

—Entonces, sabemos que los inspectores han hecho una primera visita.

—Sí. Y ahora hay dos opciones —prosiguió—. O bien ya han decidido que el Ambroisie no merece ninguna estrella, o bien seguirán viniendo inspectores nuevos a ponernos a prueba, hasta que decidan cuántas estrellas dar. Si es que deciden darlas. —Cerró los ojos—. No pensaba que ocurriría tan rápido. En el Black Gold pasaron años hasta que tuvimos una oportunidad como esta. Y ahora… Joder, no estamos a la altura.

—Eh. —Le coloqué una mano en el brazo y lo obligué a bajar la suya para entrelazar nuestros dedos.

En lugar de zafarse de mí, Rayden me apretó la mano. Y yo le sonreí.

—No es humanamente posible que se queden en una sola visita. No después de probar tus platos.

No reaccionó a mi cumplido. Su mirada seguía seria. Seria y preocupada.

—¿Cuáles son los requisitos para obtener las estrellas? —pregunté entonces, porque no los conocía. Al menos, no en detalle.

—Evalúan cinco aspectos —empezó a explicar—. En primer lugar, los ingredientes. No solo deben ser de la mejor calidad posible, sino que también deben ser de proximidad. No es obligatorio, pero demostrar que formas parte de la comunidad ayuda.

Sí, me había dicho que todas las mañanas iba a la lonja del pescado, y también recordé las entregas de mercancía que yo misma había presenciado en el restaurante.

—Luego, la técnica. En cada visita, los platos tienen que ser perfectos. No, perfectos no… uniformes. La calidad debe mantenerse, no puede haber ni un descenso ni una subida. Si la hubiera, significaría que, en algún momento, ese plato no alcanzaba el estándar establecido —explicó—. El tiempo de cocción de cada ingrediente debe ser siempre el mismo, cada salsa debe llevar siempre la misma cantidad de sal, cada especia debe dosificarse siempre al milímetro… No se admiten errores. Bajo ninguna circunstancia.

Una presión invisible se posó en mis hombros, y me di cuenta de que eso era lo que él sentía cada día.

—Después, la presentación —continuó—. La forma en que se decoran los platos y se sirven al cliente. Ese es el inicio de todo, esa es la base sobre la que se forma la opinión de los inspectores. Por eso es importante que no haya ni el más mínimo defecto. Porque primero se come por los ojos. Siempre.

Me miró con una nueva intensidad, y un chisporroteo cálido e inesperado me recorrió los brazos.

—Otra cosa que valoran es el servicio. El trabajo en equipo es importante, y el restaurante tiene que presentarse como un engranaje único y en armonía. Pero igual de importante es cada individuo. Y eso significa que tienen en cuenta a cada miembro del personal. Cada movimiento en falso, cada respuesta equivocada, cada mirada descortés, cada imperfección en el aspecto… Todo.

Me tensé y recordé la noche de la inauguración. La reacción de Rayden ante la mancha en el uniforme de Lane.

Entonces ya lo había entendido. Pero ahora… ahora resultaba dolorosamente claro.

Aquel único error podría haber comprometido el futuro mismo del Ambroisie. Y el de Rayden.

—Y por último… —Miró al frente—. Se valora el trabajo del chef. Su menú. Su preparación. Su destreza… y su creatividad.

Mis dedos se pusieron rígidos entre los suyos.

—Oh.

—Sí, jovencita. «Oh».

Decenas de pensamientos se arremolinaron en mi mente. Decenas de ideas y posibilidades para intentar ayudarlo.

—¿Es demasiado tarde para hacer cambios en el menú? —pregunté.

—No, pero no tengo ningún cambio que hacer.

—Por ahora —repliqué antes de poder detenerme.

Se volvió hacia mí, con las cejas un poco arqueadas.

—Has llegado hasta aquí —dije, mirándolo—. Puedes aceptar que las cosas sigan como están, puedes dejar que los inspectores valoren el Ambroisie exactamente tal y como es ahora…, o puedes intentar cambiar las cosas. Hacer todas las pruebas que necesites para crear un menú nuevo del que estés satisfecho al cien por cien. —Le acaricié el dorso de la mano con el pulgar—. El Ambroisie ya merece un lugar en la Guía Michelin. Pero si tú no crees que sea

así…, entonces cambia las cosas. Y, en lugar de esperar que te den las estrellas…, haz lo que haga falta para conseguirlas.

Durante unos segundos interminables, examinó mi rostro.

—Tú realmente crees que es posible, ¿verdad?

—En la cocina siempre hay una solución —le recordé—. Además…, alguien me dijo una vez que la única manera de conseguir lo que queremos es ir a por ello. —Repetí las mismas palabras que él me había dicho la noche anterior—. Así que hazlo. Lucha por lo que quieres. Cocina, equivócate, reajusta la receta, vuelve a intentarlo… Busca la forma de crear un menú nuevo, sea cual sea. Y acepta el reconocimiento que te mereces. —Me acerqué un poco más a él—. Pero, chef…, hazlo porque quieres. No porque creas que lo necesitas.

Se le formó un surco entre las cejas.

—No necesitas las estrellas —expliqué—. El Ambroisie es grandioso también sin estrellas. Tú eres grandioso también sin estrellas. —Sentí que me sonrojaba, pero continué—. Lo que te define no es un lugar en la Guía Michelin, igual que una placa no es lo que importa. Hacer lo que amas, dedicarte a tu pasión, ser feliz, divertirte… Eso es lo que cuenta. —Le dediqué una última sonrisita —. Las estrellas solo son un extra. El verdadero logro, sin embargo, es otro. Y depende de ti decidir alcanzarlo.

Rayden apretó los dientes, y la lluvia en sus ojos aumentó hasta ocupar cada fibra de sus iris.

No se movió, no dijo una palabra.

Simplemente, siguió mirándome, como si las respuestas que buscaba estuvieran allí, en mi rostro.

O dentro de mí.

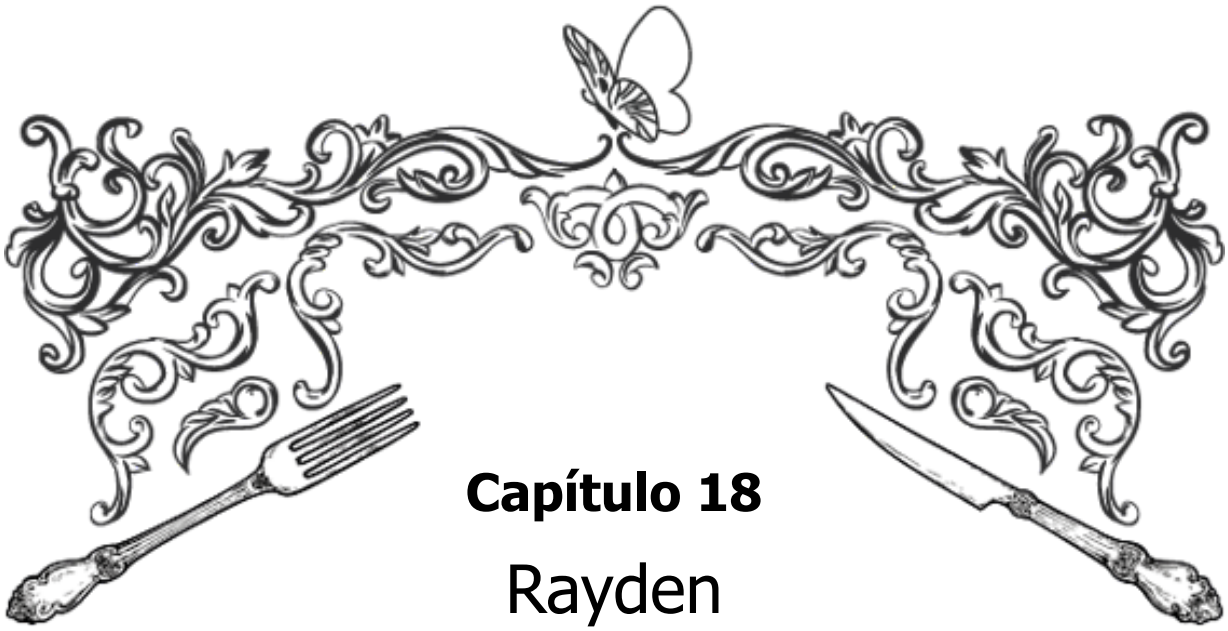
Bajo la intensidad de la mirada que me dedicaba, la boca se me empezó a secar. Estaba a punto de levantarme, de preguntarle si quería que lo dejara solo para pensar, cuando él asintió.

—De acuerdo, jovencita. —Se puso en pie sin soltarme la mano—. Te concedo un día.

Fruncí el ceño.

—¿Un día para qué?

—Para enseñarme cómo se encuentran las soluciones. Para recordarme lo que significa divertirse. —Me ayudó a levantarme—. Un día para jugar.



Capítulo 18

Rayden

Seguía acariciándole las caderas con los dedos mientras Avery comprobaba si el agua ya hervía.

—Deja de distraerme —protestó, intentando apartarse, pero no se lo permití y la mantuve pegada a mí, con la espalda contra mi pecho.

—Estoy intentando enseñarte. —Le aparté el pelo del hombro, le di un beso en el cuello y Avery reprimió un escalofrío.

—¿Enseñarme qué?

—En la cocina tienes que saber trabajar en cualquier condición —murmuré contra su piel—. Bajo presión… —Le di otro beso—. En medio del caos… —La acaricié con la lengua—. Con mil pensamientos dando vueltas en la cabeza… —Sentí que sofocaba un gemido—. Y tienes que aprender a no distraerte. Nunca.

—El propósito de todo esto era que te distrajeras tú —me recordó.

—Es lo que estoy haciendo, jovencita. Créeme. —Le mordí el lóbulo de la oreja, y el cucharón de metal que sostenía cayó sobre la encimera.

No pude evitar reír, pero Avery giró la cabeza hacia mí y me fulminó con la mirada.

—A esto podemos jugar los dos, ¿sabes? —El desafío en sus ojos era increíblemente *sexy.*

—Justo por eso estamos aquí, ¿no? —Colé una mano bajo su camiseta y empecé a subirla por su cuerpo—. Para jugar.

Avery apretó los labios y se le enrojecieron las mejillas. Luego sonrió. Era una sonrisa provocadora y peligrosa.

—De acuerdo, chef.

Sujetándome la muñeca, me obligó a bajar el brazo y dejar de tocarla. Luego, tras girarse de nuevo hacia la encimera, cogió unas hojas de albahaca y las llevó al fregadero para lavarlas. Solo que, al hacerlo, se inclinó hacia delante. Y empujó el trasero hacia mí para restregarse contra mi erección.

Unos destellos repentinos me ofuscaron la vista, y la sujeté de las caderas. Aunque, en realidad, no sabía si quería detenerla o dejar que continuara.

—Jovencita…

—No te distraigas, chef. —Sacudió la albahaca en el fregadero, giró ligeramente el rostro y me ofreció una sonrisa incluso más sensual—. Es un trabajo delicado.

Madre mía, no sabía cómo controlarme, porque el efecto que me provocaba Avery se volvía más intenso con cada segundo que pasábamos juntos.

Le quité la albahaca de las manos y la lancé a la encimera.

—Dos minutos —dije, y ella me miró de forma interrogante—. Faltan dos minutos para que el agua hierva. —La enderecé y la giré entre mis brazos—. Y en dos minutos pueden pasar muchas cosas.

—Sí… —Muy despacio, empezó a bajar una mano por mi pecho, acariciando la línea entre los pectorales, los abdominales, la cinturilla de los pantalones…—. Por ejemplo, puedo preparar el hielo.

Se liberó de mis brazos antes de que pudiera impedírselo, y una oleada de frustración me arrolló mientras la observaba sacar la bolsa llena de cubitos de hielo del congelador y verterlos en un cuenco de acero.

Y el modo en que había cruzado las piernas desnudas mientras lo hacía, el modo en que, en esa postura, la camiseta dejaba entrever la curva inferior de su trasero…

Sofoqué un gruñido y me apoyé en la isla, que se encontraba detrás de mí. Estaba a punto de estallar, joder.

—Y luego soy yo el serio.

Avery llenó el cuenco de agua y volvió a prestarme atención.

—Lo eres, chef. —Se acercó despacio, con una expresión inocente que me nubló la cabeza—. Deberías relajarte un poco. Y reír.

La miré de arriba abajo mientras me humedecía el labio inferior.

—Ahora mismo preferiría hacer otra cosa.

Ella pestañeó lentamente.

—¿Sí?

En cuanto estuvo lo bastante cerca, la atraje hacia mí.

—Sí.

De nuevo, Avery encontró la cinturilla de mis pantalones. Y cuando pasó la punta de los dedos por la V que desaparecía bajo la tela, unas sacudidas ardientes se expandieron por todo mi cuerpo.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Dios…

—¿Como por ejemplo esto? —susurró, y metió un dedo por los pantalones.

No tuve tiempo de responder, de reaccionar, de articular un solo pensamiento. Porque, de repente, algo helado me resbaló por una pierna, y me sobresalté con tanta fuerza que casi no oí a Avery estallar en carcajadas.

—Qué coño… —Me aparté, sacudiéndome los pantalones, y del fondo salieron dos cubitos de hielo, que fueron a parar al parqué brillante.

Avery se sujetaba la barriga, reía de forma incontrolable.

Al fin comprendí lo que había pasado. Y clavé una mirada depredadora en ella.

—Esta me la pagarás.

—No, espera… —Siguió riendo, levantando las palmas—. Espera, espera, que el agua hierve.

Fui a su encuentro.

—¿Crees que me importa?

Avery no me escuchó. Corrió hacia la olla, echó la albahaca y la escaldó, para luego escurrirla y meterla en el cuenco con el hielo. Al final, se volvió hacia mí.

—¿Qué tengo que montar ahora?

Levanté una comisura de la boca.

—A mí.

Deseo y diversión brillaron en sus ojos con una luz dorada.

—Me refería a la emulsión, chef. ¿Qué ingredientes tengo que usar?

Caminé hacia ella.

—La emulsión puede esperar.

—No, no es verdad. —Colocó las hojas escaldadas en un recipiente alto y añadió aceite—. ¿Así basta?

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, jovencita. —Y mi autocontrol. Sobre todo, mi autocontrol.

Avery ocultó el rubor de sus mejillas y cogió la batidora de mano. Se movía por la cocina más despacio de lo necesario, y no sabía si lo hacía para torturarme o para permitirme admirar lo jodidamente guapa que era.

Las dos cosas me estaban matando.

—Creía que los chefs con estrellas tenían mucha más disciplina —comentó, y se inclinó hacia delante para enchufarla a la corriente. Y mi erección se tensó hasta casi romper los bóxers.

—De acuerdo. Sí, así basta. —Me acerqué a la encimera y aparté a Avery hacia un lado. Luego, le quité la batidora de las manos, añadí unas gotas más de aceite al cuenco y empecé a montarlo todo, asegurándome de que el aire inflara bien la emulsión—. Listo. ¿Contenta, ahora?

—Sí —respondió, parpadeando lentamente—. Ahora solo falta…

Le rodeé la cintura y, en un segundo, la senté sobre la encimera para colocarme entre sus piernas.

—Tú. Solo faltas tú.

Avery rio y me rodeó el cuello antes de apoyar la frente en la mía. Y en aquel momento lo vi.

El mismo esfuerzo que yo estaba haciendo por resistirme lo estaba haciendo también ella.

—En realidad, quería probar la emulsión.

Algo se agitó dentro de mí.

Ella quería jugar…

Pero yo tenía la intención de ganar.

—Vale. —Sin alejarme, cogí el recipiente y hundí el dedo índice en la emulsión.

Por un instante, consideré la idea de ofrecérselo, como ella había hecho con el *coulis* de frambuesas. Y aunque la mera idea de ver su boca suave cerrarse alrededor de mí me llevaba peligrosamente al límite…, decidí no hacerlo.

En su lugar, encadené mis ojos a los suyos. Alcé el dedo. Y me lo pasé por los labios.

—Vamos, jovencita. Pruébame.

Las piernas de Avery temblaron alrededor de mi cintura, y el aire entre nosotros se volvió más pesado, cargado de una tensión que empezaba a ser más vital que el oxígeno.

No cerró los ojos, tampoco apartó la vista. Se inclinó hacia delante, posó la punta de la lengua sobre mi boca y trazó su contorno, de forma lenta y jodidamente sensual. Y yo…

Joder, yo salté.

Hundí una mano en su cabello y la atraje contra mí, impregnando la pasión que nos devoraba con sabores frescos e increíbles.

Estaba todo allí, en sus labios. Los años que había pasado en la cocina, los estudios sobre los mejores equilibrios, las combinaciones más especiales…

Avery era el plato de estrella Michelin que siempre había soñado crear. Y si tan solo supiera cómo transformarla en una comida de

verdad, cómo recrearla con mis propias manos…

—Mmm… —Su gemido me despertó destellos y temblores en el vientre.

—¿Te gusta, jovencita? —le murmuré al oído.

—Es mejor que el *filet mignon,* chef.

Entre beso y beso, reí. Y Avery rio conmigo.

Dios… Lo sentía.

Segundo a segundo, algo no dejaba de crecer en mi pecho. Y no era solo el deseo que sentía por ella, no era solo la necesidad de tenerla encima…

Era otra cosa.

Un calor que tal vez no había sentido en toda mi vida. Una luz que creía arrasada desde hacía mucho tiempo.

Pero Avery estaba cambiando las cosas. Les estaba dando la vuelta. Y yo solo quería seguir besándola mientras ella se adentraba en mi oscuridad y, sonrisa a sonrisa, la iluminaba.



Sentada a mi lado en el sofá, con la respiración todavía agitada mientras intentábamos recuperar el aliento, Avery buscó mi mirada.

De pronto, su expresión se volvió incierta. Casi… tímida.

—¿Chef?

—¿Sí, jovencita?

—¿Qué…? —Vaciló un instante—. ¿Qué pasará mañana?

Le acaricié las piernas, apoyadas sobre las mías.

—¿A qué te refieres?

—En el trabajo.

Una mezcla de seriedad, responsabilidad y sentido del deber me oprimió el estómago.

—Bueno, eso… —Llevé los dedos al interior de su rodilla y empecé a ascender por el muslo—. No podemos permitir que se sepa.

Avery bajó la cabeza, me detuvo la mano y empezó a trazar pequeños círculos sobre las cicatrices que los años pasados en la cocina me habían dejado.

—Sí, me lo imaginaba.

Fruncí el ceño.

—Eh, ¿qué pasa?

Sus grandes ojos color caramelo buscaron los míos.

—¿Puedes contarme algo de ti? Aunque sea solo una cosa. Una cosa de verdad, solo tuya.

Aquella petición me desconcertó.

—¿Por qué?

—Porque… —Volvió a dudar, concentrada únicamente en mis dedos—. Porque mañana me preguntaré si todo esto no ha sido más que un sueño —admitió—. Y necesitaré algo para recordarme que no, que todo ha sido real.

Emociones contradictorias se sublevaron en mi pecho.

—No me gusta hablar de mí.

—Oh. —Un velo de decepción le ensombreció las facciones—. Vale, no importa.

Fruncí el ceño, intentando comprender qué pasaba.

Hasta que…

¿Creía que para mí se trataba solo de sexo? ¿Creía que no querría volver a verla cuando saliéramos del trabajo?

Joder… Lo creía.

—Ven aquí, jovencita. —La atraje hacia mí y la senté a horcajadas sobre mis piernas.

Avery me miró sorprendida. Apoyó las palmas en mi cuello y fijó su mirada en la mía.

—No se me dan bien estas cosas.

Forzó una sonrisa.

—No creía que fueras capaz de reconocer algo así.

No reaccioné a su broma. Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y suspiré.

—¿Qué quieres saber?

Sus ojos volvieron a iluminarse enseguida.

—Cualquier cosa que quieras contarme.

Mi garganta quiso cerrarse, pero se lo impedí. Porque podía hacerlo. Quería hacerlo. Por ella.

—Crecí en Hartford. Mi madre era ama de casa, mi padre… —mi voz se tensó—… era el jefe de Policía. —Joder, no quería ir en esa dirección—. En el cole me iba mal en casi todas las asignaturas.

Sonrió divertida, y aquel gesto fue suficiente para aliviar la tensión que se estaba creando.

—A veces me saltaba las clases y me colaba en la cocina para ver cómo trabajaban los cocineros. —Reprimí una mueca—. Y créeme, no quieres saber lo que pasa en los comedores escolares.

Avery se mordió el labio para no reír.

—Dejé el instituto a los dieciséis años y me fui de casa. —Se me tensaron los dedos, y lo camuflé posándolos en sus muslos desnudos—. Empecé a trabajar como friegaplatos en Long Island. Al cabo de una semana, me despidieron. Le había dicho al chef que no era capaz de hacer su trabajo.

Abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea. No quería interrumpirme. No quería que me detuviera. Y yo decidí no hacerlo.

—Seguí pasando de un restaurante a otro, aprendiendo todo lo que los chefs me permitían saber. Trabajaba de lunes a domingo, y dedicaba el poco tiempo libre que tenía a estudiar cocina y practicar, y pronto empecé a ascender en las brigadas. Al final, después de trabajar durante años como chef ejecutivo, abrí mi propio restaurante.

Asintió despacio. Conocía el resto de la historia. La parte que había contado en las entrevistas, al menos. Pero me había pedido que le contara algo personal. Algo mío.

—Mi color favorito es el negro. No soporto la música disco. Corro casi todas las mañanas. A veces dejo caer unos centavos en la acera para dar suerte a quien los encuentre. Detesto el verano —empecé a enumerar, y Avery apoyó la frente en la mía.

—No pares —me pidió.

—La primera vez que intenté hacer un flambeado, casi me quemo las cejas. Así que, en eso, tú lo has hecho mucho mejor que yo.

Su risa calentó el aire.

—Nunca preparo bogavantes ni langostas frescas porque odio tener que hervirlos vivos. Soy la hostia jugando a los bolos. Y, si pudiera, en el restaurante solo serviría palomitas con mantequilla y galletas de tres chocolates.

—Me encantan las galletas de tres chocolates —comentó ella.

—Hasta ayer, creía que eran mi cosa favorita.

Frunció el ceño.

—¿Hasta ayer?

Asentí y encadené nuestras miradas. Avery, instintivamente, se sonrojó.

—¿Y hoy? —susurró.

—Hoy es el sirope de arce.

Sentí su escalofrío sobre mí, y su respiración se volvió jadeante.

—Continúa.

Empecé a mover las palmas sobre sus muslos.

—El día que entraste en mi cocina, toda empapada y con el pelo revuelto, pensé que eras jodidamente guapa.

Le temblaron las piernas y las cerró alrededor de las mías.

—Cada vez que me miras, estoy a punto de perder la cabeza. —Mi voz era un susurro grave—. Cada vez que te sonrojas, tengo ganas de cogerte y besarte. Y cada vez que me llamas chef, quiero hacerte mucho más.

Avery contuvo el aliento, pero yo no me detuve.

—Si fueras mía, no te dejaría salir de este apartamento y te haría todo con lo que he fantaseado desde que te vi por primera vez. —La deslicé hacia abajo, y dio un respingo—. Y si mañana sigues pensando que todo esto no ha sido más que un sueño, hay dos cosas que puedes hacer.

Avery tragó con fuerza.

—¿Qué?

—La primera… —Intensifiqué el agarre en ella—. Venir al pase y mirarme. Encontraré la manera de convencerte de que es todo real.

Se aclaró la voz, como si tuviera la garganta seca.

—¿Y la segunda?

Levanté una comisura de la boca.

—Ir al baño. Desabrocharte la camisa. Y mirarte al espejo.

Frunció el ceño.

—Porque…

No la dejé terminar.

Le bajé el cuello de la camiseta hasta revelar la parte superior de su pecho. Y, cuando vi su piel, me incliné y posé los labios sobre ella.

Primero la besé.

Lentamente.

Humedeciéndola con la lengua, arañándola con los dientes…

Luego empecé a succionar.

Avery se estremeció.

Hundió los dedos en mi pelo y los apretó con fuerza antes de echar la cabeza hacia atrás para facilitarme el acceso a su cuerpo. Y yo lo aproveché para marcarla con mi sello.

Cuando al final me aparté, un círculo rojo y oscuro había aparecido en su piel.

Lo acaricié con delicadeza, pasándome la lengua por los labios para degustar hasta el último vestigio de su sabor.

—Ahora tienes la prueba —dije con voz baja, buscando de nuevo su mirada—. No ha sido un sueño.

Avery volvió a apoyar la frente en la mía y cerró los ojos.

Sonreía. Jadeaba. Temblaba.

—Rayden…

Joder, me volvía loco cuando decía mi nombre.

—¿Sí, jovencita?

Abrió los ojos. Y en sus iris encontré más emociones de las que podía distinguir.

—¿Qué pasa?

—Yo… —Dejó la frase en el aire.

—Dime.

Bajó la mirada y empezó a trazar pequeños círculos en mi clavícula.

—Es solo que…, lo que has dicho antes… —Su voz era un susurro —. Lo soy. Quiero serlo.

Fruncí el ceño, le tomé la barbilla y la obligué a levantar de nuevo la mirada.

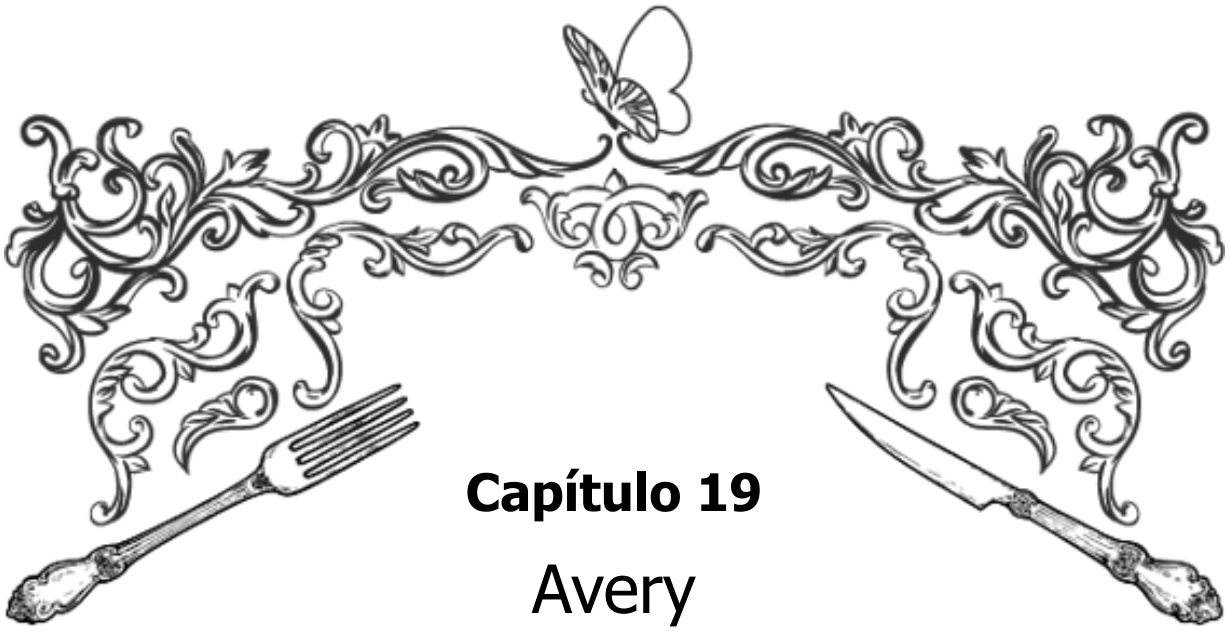
—¿El qué?

Sonrió. Y en su sonrisa, toda oscuridad desapareció.

—Tuya.

El mundo dejó de girar.

—Soy tuya, chef.



Capítulo 19

Avery

Reprimiendo un bostezo, crucé el aparcamiento del instituto y me bajé de la bici.

Estaba exhausta. Pero, si pudiera volver atrás, pasaría los dos últimos días exactamente de la misma forma, y me encantaría poder hacerlo.

Revivirlo todo…

Revivir a Rayden.

—No sabía si vendrías de verdad. —Mandy apareció a mi lado, pero estaba demasiado cansada como para sobresaltarme por la sorpresa. Así, reprimí un segundo bostezo y me coloqué bien la mochila al hombro mientras dejaba la bici en el soporte para aparcarlas.

—Te prometí que sería responsable. Creo. —Pensé en la conversación que habíamos tenido la mañana anterior a la vez que buscaba el candado en la mochila—. ¿Dónde están los chicos?

—Creo que siguen en el campo, tenían entrenamiento antes de que empezaran las clases. —Señaló el estadio en la parte trasera del edificio—. Pero no quiero hablar de ellos. —Me dedicó una sonrisita —. ¿Entonces?

Cerré el candado.

—Entonces…

—¡Los detalles!

Miré a mi alrededor y vi que había otros estudiantes.

—No pienso contarte nada aquí.

Bufó.

—Eres insoportable, Shaw.

—Y aun así me adoras, Moore.

Puso los ojos en blanco y, a continuación, entrelazó su brazo con el mío.

—¿También has dormido con él esta noche?

—No, me llevó a casa antes de cenar. Quería que me quedara, pero… —Suspiré—. Necesitaba ir al Pilgrim.

Su expresión se ensombreció.

—¿Cómo…?

—Como siempre —respondí, sin dejar que terminara la pregunta.

—¿El chef buenorro lo sabe?

Negué con la cabeza.

—No ha salido el tema.

No era del todo cierto. Casi había salido. Dos veces. Y yo lo había desviado en ambas ocasiones.

—¿Y lo del instituto?

Le lancé una mirada culpable.

—¡Ry! —me reprendió.

—Lo sé, lo sé, tendría que habérselo dicho. —Me llevé una mano a los ojos—. Y lo haré. De verdad.

—Claro, cómo no —comentó ella, negando con la cabeza, y los finos rizos rubios le azotaron las mejillas—. Todas las relaciones que se precien se basan en omisiones y mentiras.

Empezamos a caminar hacia la entrada del instituto.

—No tenemos una relación. —Era demasiado pronto para poner etiquetas como esa. O, al menos, estaba bastante segura de que lo era para Rayden.

—Díselo a la carita soñadora que se te pone cada vez que hablas de él —se burló.

Estaba a punto de replicar, pero en ese momento el teléfono me vibró en el bolsillo trasero de los vaqueros, y lo saqué para leer el mensaje que me había llegado.

Chef: Créeme, jovencita, me lo he imaginado con todo lujo de detalles.

Me ardieron las mejillas y sentí que me ponía como un tomate.

—¿Qué…? Oh, Dios, ¿es él? —Mandy me arrancó el teléfono de la mano.

—Eh —protesté mientras intentaba recuperarlo, pero ella me mantuvo a distancia y deslizó el dedo por nuestra conversación para leer los mensajes que nos habíamos enviado esa misma mañana. Y que por poco no me habían convencido para cambiar de dirección y volver a su apartamento.

Chef: No ha sido una buena idea.

Yo: ¿El qué?

Chef: Dejarte marchar. Tendría que haberte obligado a que te quedaras.

Yo: Solo lo dices porque así te habría vuelto a preparar el desayuno.

Chef: Me gusta desayunar contigo.

Yo: Me alegro de que te gustaran mis tortitas.

Chef: No estaba pensando en las tortitas.

Yo: ¿Y en qué estabas pensando, chef?

Chef: En el sirope.

Yo: Una pena que se terminara…

Chef: Compraré más. Y la próxima vez no saldrás de aquí.

Yo: ¿Así que ese es tu plan?

Chef: ¿Plan?

Yo: Usar el sirope para pegarme a las sábanas y dejarme de forma permanente en tu cama.

Chef: 7

Yo: ¿7?

Chef: He apretado la pantalla sin querer.

Yo: Reconócelo, te estabas riendo.

Chef: No, me estaba imaginando la escena. Y no me parece divertido tenerte pegada a mi cama.

Yo: Puede que no te la hayas imaginado bien.

Chef: Créeme, jovencita, me lo he imaginado con todo lujo de detalles.

—Oh. Dios. Mío. —Mandy abrió los ojos como platos y alternó la mirada entre el teléfono y mi rostro.

—¡Devuélvemelo! —Se lo arrebaté, bloqueé la pantalla y me lo guardé en el bolsillo. Pero mi mejor amiga seguía mirándome.

No sabía qué sentir. ¿Vergüenza? ¿Diversión? ¿Culpa por haberle dejado ver conversaciones privadas con Rayden? ¿Alivio por el hecho de poder hablar del tema con ella?

—¡Oh! ¡Dios! ¡Mío!

—Ya lo has dicho —le recordé.

—No sé qué más decir.

—No hace falta que digas nada. —Le dediqué una mirada de reproche fingido, pero no podía ocultar la sonrisa—. Ni siquiera tendrías que haberlo leído.

—¿Estás de broma? —exclamó elevando un poco la voz—. Este tipo de cosas es exactamente lo que quiero saber. Y tienes que contarme lo del sirope. No, mejor dicho, tienes que contármelo todo.

Reí y me apretujé más contra ella. Y entonces cedí.

—Dy, fue… —Me detuve cuando vi un grupo de estudiantes frente a la entrada principal—. ¿Qué pasa ahí?

Mi mejor amiga frunció el ceño y se olvidó de nuestra conversación.

—No tengo ni idea.

Empezamos a abrirnos paso entre la multitud.

—Eh —le dijo Mandy a una chica de penúltimo curso—, ¿sabes qué…?

—¡Ha llegado! —gritó ella, y todos se giraron hacia nosotras y empezaron a apartarse para dejar libre la entrada.

—Pero ¿qué…? —murmuré en voz baja mientras caminaba junto a Mandy.

En cuanto entramos en el instituto, abrí los ojos de par en par.

A ambos lados del pasillo, en dos hileras paralelas, estaba todo el equipo de fútbol con el uniforme puesto. Cada uno tenía una rosa en la mano y, al vernos, el chico que teníamos más cerca dio un paso al frente y le ofreció su rosa a Mandy.

—¿Qué… qué está pasando? —me preguntó, confundida.

No respondí. Me limité a llevarme una mano a la boca y a liberarla de mi brazo. Porque lo había entendido.

—Coge las rosas, Dy —le susurré.

—¿Qué…?

—Cógelas.

Titubeante, mi mejor amiga me hizo caso. Y, cuando llegó al final con un ramo enorme de rosas entre los brazos, cinco jugadores dieron un paso adelante y se colocaron frente a ella, uno al lado del otro.

Crucé la mirada con Wes, que me guiñó un ojo. En ese momento, se giró junto a los otros cuatro, y mi sonrisa no hizo más que agrandarse.

En la espalda, donde deberían llevar el dorsal, había unas letras. Y formaban una sola pregunta:

«¿PROM?».

Mandy dio un respingo.

—Oh, Dios…

Un instante después, los chicos se apartaron. Y allí, con su uniforme de *quarterback,* apareció Trent, con un último y precioso tallo entre los dedos.

—Entonces, nena —preguntó, abriendo los brazos—, ¿vienes al baile de fin de curso conmigo?

Durante un segundo, Mandy se quedó inmóvil. Pero solo un segundo.

—¡Sí! —Se abalanzó sobre su chico y le rodeó la cintura con las piernas—. ¡Claro que sí!

Un aplauso estalló a nuestro alrededor, y los gritos de aprobación hicieron vibrar el aire mientras ellos se besaban como si no estuvieran en mitad del instituto, rodeados de estudiantes que los miraban y grababan la escena.

Negué con la cabeza, divertida.

Trent siempre hacía las cosas a lo grande. Y, cuando se trataba de Mandy, rara vez sabía contenerse.

—Si hace esto ahora, quién sabe qué organizará cuando le pida matrimonio —comentó una chica rubia a una amiga suya.

—Trent es perfecto —suspiró la otra.

—Odio un poco a su novia.

—Sí, yo también.

Me mordí el interior de la mejilla y reprimí las ganas de reír mientras Weston se me acercaba.

—Hola, forastera.

—Hola. —Sonreí—. Ha sido…

—¿Exagerado? —concluyó él por mí.

—Iba a decir «típico de Trent».

—O sea, exagerado —repitió él, y yo asentí.

—¿Crees que deberíamos detenerlos? —Señalé a nuestros mejores amigos, que todavía se estaban besando con, desde luego, un exceso de entusiasmo.

—Cuando los vídeos se compartan en redes, quizá entiendan por qué deberían evitar ciertas cosas en público.

Fruncí el ceño.

—No creo que les importe lo que piensen los demás. —Mandy y Trent tenían la habilidad de olvidarse del resto del mundo cuando estaban juntos.

Y empezaba a entenderlos.

Wes se apoyó en la pared del pasillo.

—Probablemente tengas razón.

Lo miré de reojo.

—Yo siempre tengo razón —bromeé, y él se rio mientras se apartaba un mechón rubio de la frente.

—Joder, Ry, te he echado de menos.

Me tensé al oír aquellas palabras, pero él no pareció percatarse.

—¿Te das cuenta de que esta es la conversación más larga que hemos tenido en el último mes? —Lo había dicho con ligereza, pero, detrás de ese comentario, había algo más.

—Lo sé, lo siento. Es solo que…

—Has estado ocupada —terminó él, y asentí—. Sí, Mandy no deja de repetirlo. Pero eso no significa que la situación no sea una mierda.

Me sentí culpable. Porque, para mí, no lo era. Nada de lo que había pasado en aquel último mes lo había sido.

—Al menos ahora estás aquí. —Su mirada se volvió intensa y su sonrisa, dulce—. Y dado que no sé cuándo volveremos a hablar… —Se pasó de nuevo una mano por el pelo mientras carraspeaba—. ¿Tienes planes para el baile?

Sentí un nudo en el estómago.

Oh, Dios, no.

—Porque estaba pensando que…

—Lo más probable es que me toque trabajar esa noche —dije de golpe, para impedir que terminara la frase.

Sabía lo que iba a pedirme. Y no podía dejar que lo hiciera.

Wes se detuvo.

—¿Trabajas?

—El baile es un sábado. Y yo trabajo los sábados.

—Pero… es una noche importante. —Su voz se había vuelto más fría—. Será nuestro último baile antes de graduarnos. Joder, Ry, es un rito de paso. ¿Y de verdad te lo quieres perder para hacer de camarera en un estúpido restaurante?

Retrocedí unos centímetros. En mi interior ya no quedaba ni rastro de calor.

—¿Un estúpido restaurante?

—Avery… —Una batalla empezó a arreciar dentro de él, pero yo no lograba entenderla. Ni veía sus bandos ni sabía descifrarla—. Mira, sé que necesitas trabajar, ¿vale?

—¿Pero…? —pregunté con tono desafiante.

—Pero… —Me miró. Dudó. Suspiró—. ¿Tienes que hacerlo justo en ese sitio?

Di un paso atrás, como si esas palabras me hubieran golpeado físicamente.

—¿Y por qué no debería hacerlo?

Wes cerró una mano en un puño y apretó la mandíbula. Pero no dijo ni una palabra. Y mi paciencia se evaporó.

—El restaurante no es el problema, ¿verdad? Es el chef.

Cuando dije la última palabra, Wes hizo una mueca.

—¿Se puede saber qué tienes contra Rayden? —insistí.

—Yo…

—¿Qué, Wes?

—No tendrías que confiar en él, ¿vale? —La voz le salió tan alta que algunos compañeros del instituto se giraron para mirarnos—. No tendrías que confiar en él…

El nudo en mi estómago se hizo más fuerte.

—¿Por qué no?

—Porque…

—¿Señorita Shaw?

Una voz profunda me sobresaltó y me giré de golpe.

Allí, frente a mí, estaba el director Penn.

—Necesito que hablemos en mi despacho.

Cualquier cosa que hubiera sentido hasta hacía un instante se desvaneció para transformarse en puro nerviosismo.

—¿E-en su despacho?

Wes se puso a mi lado.

—¿Hay algún problema? —preguntó, con una intención protectora que transmitía su tono.

—No es asunto suyo, señor Hudson. —El director me hizo un gesto con la mano—. Vamos.

Lancé una mirada a Wes. Luego, con el corazón golpeándome directamente en la garganta, seguí al hombre hasta su despacho y me senté al otro lado de su mesa.

—¿Hay algún problema, director? —pregunté conteniendo la respiración. Necesitaba saber qué ocurría. Pero él, en lugar de ir directo al grano, me escrutó durante unos instantes.

—¿Cómo se siente, señorita Shaw?

Fruncí el ceño.

—Bien —respondí enseguida. Hasta que recordé que, últimamente, Mandy me había cubierto—. Mejor, quiero decir —me corregí.

El director entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Ha faltado mucho a clase estos días.

—Sí… —Me coloqué el pelo detrás de las orejas para intentar disimular los nervios—. Necesitaba un poco de descanso.

Su sonrisa se volvió más sombría. Más… compasiva.

—Es comprensible, dada la situación. —Incluso su voz se había suavizado—. Pero no puede seguir faltando a clases.

—Lo sé, lo siento.

—Si necesita ayuda, la doctora Vaughn estará encantada de atenderla.

Me obligué a no dejar entrever ninguna reacción. Desde el día después del accidente, el instituto había insistido en que iniciara terapia con la psicóloga escolar. Y sabía que lo hacían por mí, sabía que querían ayudarme…, pero no lo necesitaba.

Todavía no.

—Se lo agradezco, pero estoy bien.

Me miró con escepticismo.

—No creo que…

—He encontrado un trabajo —lo interrumpí. Porque sabía que era la única forma de poner fin a aquella conversación—. Es el motivo

por el que últimamente me he saltado algunas clases. Necesito dinero y no podía permitirme rechazar esos turnos.

Mi confesión lo pilló por sorpresa.

—Oh. —Parpadeó un par de veces, como si estuviera procesando lo que le había dicho—. Bueno, entonces…, me alegra saber que sus ausencias se deben solo a eso. Pero, por más que entienda sus necesidades económicas, saltarse clases no puede ser una opción.

—No, claro. —Fingí un arrepentimiento mayor del que en realidad sentía—. Hablaré con mi jefe. Encontraré la manera de hacerlo funcionar, se lo aseguro.

—Bien —respondió él, satisfecho—. Dentro de cuatro semanas terminará el curso y será libre de aceptar todos los turnos que quiera. Pero, mientras tanto, deberá asistir con regularidad a todas las clases.

—Sí, señor.

El director Penn me sonrió.

—Entonces, estamos de acuerdo. Puede irse.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—Y, señorita Shaw…

Me giré con la mano ya en el pomo.

—Me hace muy feliz saber que está consiguiendo afrontar… —Se detuvo y suspiró—. Bueno, saber que está bien.

Tenía la garganta completamente cerrada. Aunque hubiera querido, no habría podido pronunciar ni una sola palabra. Así que me limité a asentir. Y cuando él me devolvió el mismo gesto, salí del despacho, cerré la puerta y me apoyé en la pared del pasillo.

Dios…

Cuatro semanas.

Cuatro semanas en que las clases terminarían a la misma hora en que empezaba mi turno en el restaurante.

Cuatro semanas en las que ya no podría saltarme las clases para llegar puntual al Ambroisie.

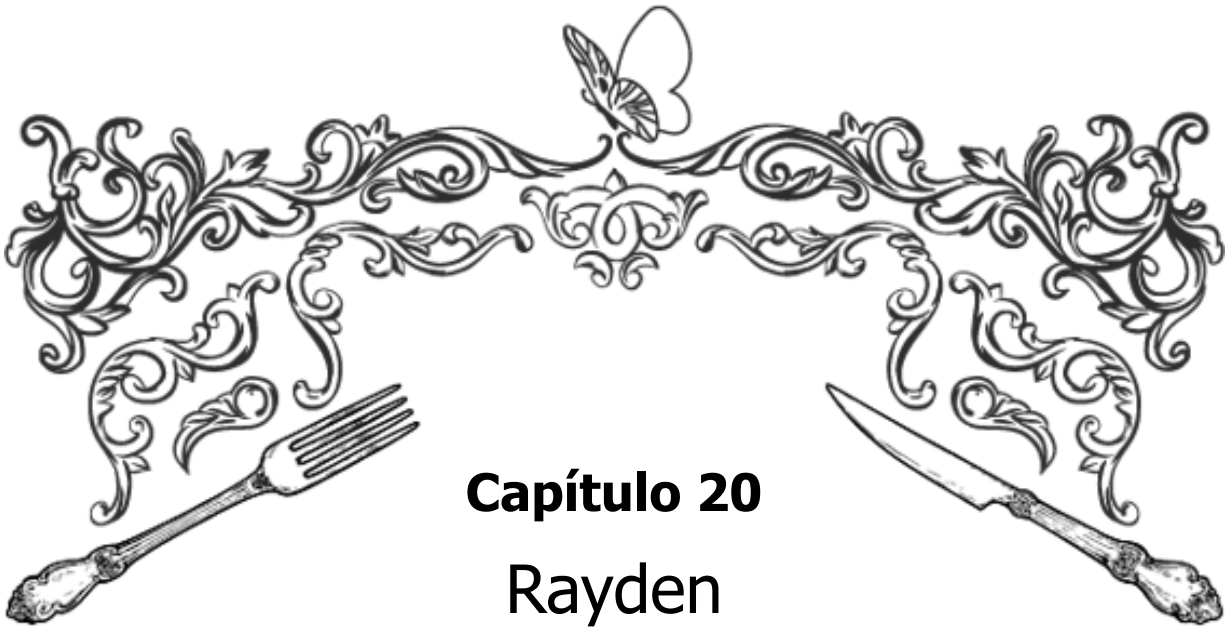
Cuatro semanas en las que ya no podría poner excusas.

Me pasé los dedos por el pelo y cerré los párpados.

Necesitaba una solución.

Y sabía lo que le había dicho a Mandy, lo que le había prometido…

Pero, por alguna razón, confesarle la verdad a Rayden me parecía lo peor que podía hacer.



Capítulo 20

Rayden

—Última comanda. —Toqué la campanilla del pase y, acto seguido, Avery cruzó el umbral para recoger los platos que había dejado sobre la barra.

Durante toda la noche se había comportado de manera seria y profesional, tal y como estaba seguro de que haría. Pero yo la veía cuando se acercaba a la cocina. Su mirada permanecía clavada en mí, repasando con los ojos cualquier pensamiento que le cruzara por la cabeza.

indentmente, tardaba poco más de un segundo en darse cuenta de lo que estaba haciendo y volver en sí, pero ese segundo bastaba para encenderle las mejillas e incendiarle la mirada. En más de una ocasión, yo había tenido que reprimir una sonrisa. Y unas ganas locas de besarla.

Con mucho cuidado para que la brigada no me viera, le guiñé un ojo, y sus mejillas se encendieron todavía más mientras fruncía los labios y se llevaba los postres a la sala.

—Estoy hecha polvo —comentó Deelylah.

Mientras ella se apoyaba en la barra y estiraba los brazos, yo me giré hacia la cocina, donde mis chefs *de partie* ya estaban limpiando sus estaciones de trabajo.

—Excelente trabajo, chicos.

—Gracias, chef —respondieron.

—Os adelanto que este domingo haremos una reunión, así que necesito que estéis libres. Os daré los detalles más tarde.

De inmediato, todos me prestaron atención.

—¿Hay algún problema? —preguntó enseguida Deelylah.

—No. Simplemente, tengo intención de hacer algunos cambios en el menú durante las próximas semanas, y el domingo me gustaría empezar a hablaros de ello.

Mathis se acercó.

—¿Cambios?

Asentí.

—Para hacerlo más variado y distinto del Black Gold.

Me bastó con pronunciar esas palabras para que el peso en el pecho con el que convivía desde hacía demasiado tiempo se volviera menos opresivo.

Desde que había acompañado a Avery a su casa la noche anterior, mi mente no había parado un instante, y apenas había podido dormir mientras las ideas me invadían. Ideas que podrían funcionar. Y que tenían en común una única fuente de inspiración.

—Pero si acabamos de inaugurar este menú —dijo Deelylah—. Hemos trabajado en él durante meses.

Me crucé de brazos.

—Si es necesario, haremos una reapertura. Pero añadiremos los platos nuevos.

—Es absurdo, no…

—No te estoy pidiendo tu opinión —la interrumpí, con voz firme—. Te estoy comunicando lo que va a suceder. Si tienes preguntas, podremos discutirlas durante la reunión.

Deelylah apretó los labios con fuerza, mientras el resto de la brigada apartaba la vista.

—Mientras tanto —me dirigí a los demás—, continuad como habéis hecho esta noche.

Ellos asintieron y volvieron a ocuparse de sus puestos, y yo hice lo mismo. Esa era la parte más dura. Después de un turno entero cocinando y moviéndonos de un lado a otro en una cocina que era un hervidero, lo único que cualquiera de nosotros quería era darse una ducha y descansar. Pero era esencial limpiar a fondo cada superficie de trabajo antes de marcharnos.

Estaba recogiendo las comandas que había apartado para revisarlas cuando Deelylah se me acercó.

—Ray, ¿qué pasa?

Arqueé una ceja.

—¿A qué te refieres?

—El menú… ¿Todo esto es por la crítica de la señora D'Arnaud? —Negó con la cabeza—. Hay un motivo por el que decidiste mantener los mismos platos del Black Gold. Es porque funcionan.

—No. Mantuve esos platos porque no tenía otros que los superaran.

Pareció sorprendida.

—¿Y ahora las cosas han cambiado?

—Sí. —No añadí explicaciones.

—Vale. —Asintió un par de veces mientras se pasaba una mano por el pelo corto y rubio—. Bueno…, podrías habérmelo dicho.

—Lo he hecho.

—¡Madre mía, Ray! ¿Cuándo dejarás de estar enfadado? —estalló en voz baja—. Vale, crees que hice una tontería en la inauguración, pero…

Antes de que pudiera terminar, la agarré por un codo y la saqué de la cocina para llevarla a mi despacho. No la solté hasta que cerré la puerta.

—¿Quieres hablar conmigo? —le dije con una expresión gélida—. Pues hazlo cuando no esté toda la brigada escuchando tus quejas.

—¿Quejas? —repitió, alzando la voz—. ¡Eres tú el que se empeña en dar crédito a una camarera infantil y arrogante que se cree tan superior como para chivarse de mí, como si fuéramos malditos adolescentes! —Se señaló el pecho—. Durante las últimas semanas

no he hecho más que dar lo mejor de mí. Demostrarte que el problema no soy yo. Pero tú sigues pensando que me equivoqué. Que esa zorra no se lo inventó todo solo para tener tu atenc…

—Deelylah. —Lo dije en un gruñido tan bajo y frío que cristalizó el aire—. Durante las últimas semanas no has dado lo mejor de ti para demostrarme algo. Has dado lo mejor de ti porque es tu maldito trabajo. Y tendrías que hacerlo independientemente de los errores que cometas. —Di un paso al frente—. Pasara lo que pasara en la inauguración, lo hemos superado. Así que deja de sacar el tema. Y de hablar de esa forma de cualquier miembro de mi equipo.

A pesar de que mi tono había sido tajante, ella pareció relajarse.

—¿De verdad? ¿Lo hemos superado?

Asentí, y Deelylah se pasó una mano por la cara.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho nada sobre la idea del nuevo menú? Soy tu *sous chef*, yo…

—Exacto. —Avancé hacia ella—. Eres mi *sous chef.* Y si hubieras esperado en lugar de quejarte delante de todos, te habría dicho que tenía intención de comentarlo antes a solas contigo.

Un destello cruzó sus ojos y sus labios se entreabrieron.

—Oh.

—Sea lo que sea lo que te esté pasando, supéralo, Deelylah. Y vuelve a ser la persona a la que contraté para ser mi mano derecha. —Era lo que necesitaba. No sus quejas. Y, sobre todo, no sus malditos ataques a Avery.

Enderezó los hombros.

—Sí, de acuerdo.

—Bien. —Caminé hacia la salida. Pero, en cuanto pasé por su lado, me agarró del brazo, me detuvo y se acercó a mí.

—Ray… —Su cuerpo me rozaba y tenía el rostro inclinado hacia el mío—. Solo estoy un poco estresada últimamente. Por el restaurante…, por las estrellas Michelin… —Se encogió de hombros —. Nada de todo esto tiene sentido si no las conseguimos. Nada de todo esto tiene valor.

Se me encogió el estómago.

—Necesitamos ese lugar en la guía.

Las palabras que Avery me había dicho el día anterior regresaron a mi mente y chocaron con lo que acababa de decir Deelylah.

«No necesitas las estrellas. El Ambroisie es grandioso también sin estrellas».

—No he gastado cientos de miles de dólares en estudiar en las mejores escuelas de cocina que existen para luego no recibir un reconocimiento —prosiguió.

«Lo que te define no es un lugar en la Guía Michelin, igual que una placa no es lo que importa».

—Pero sé que el estrés no ayuda, así que… —Parpadeó—. ¿Qué te parece si me quedo después del turno? Podemos hablar de los platos nuevos, valorarlos juntos. Y luego, quizá, puedes ayudarme a calmarme un poco. —Me guiñó un ojo—. A…

Alguien llamó a la puerta y, al cabo de un instante, esta se abrió.

—Hola, chicos. —Courtney cruzó el umbral justo cuando un grupo de camareros recorría el pasillo. Charlaban mientras comentaban cómo había ido la noche y se quitaban los delantales. Todos se reían. Todos, excepto una persona.

Con los labios fruncidos, Avery miró más allá de la jefa de sala y se fijó en Deelylah, que aún tenía la mano sobre mi brazo y el cuerpo extremadamente cerca del mío.

—¿Todo bien? —Courtney cerró la puerta y yo me alejé de la *sous chef.*

—Sí.

—Solo venía a dejar esto aquí. —Hizo un gesto para indicar los registros que llevaba en la mano y se dirigió al escritorio antes de abrir el cajón.

—Tómate tu tiempo —le dije, y volví la atención a Deelylah—. Yo tengo que terminar algunas cosas en la cocina. Luego me iré.

Sin añadir nada más, salí al pasillo y volví al pase.

Pasaron unos minutos antes de que Deelylah hiciera lo mismo. Y como no volvió a mencionar su propuesta, esperé que lo hubiera pillado.

—Buenas noches, chef —dijo Julian, que abrió la puerta trasera.

—Buenas noches, chef —añadieron Mathis y Ruben, que se encargaron de sacar las últimas bolsas de basura.

Les devolví el saludo.

—Hasta mañana, chicos.

—Yo también me voy. —Deelylah empezó a desabrocharse la chaqueta blanca que llevaba—. ¿Hablamos del menú en los próximos días?

Asentí.

—Sí.

—Vale. —Se dirigió a la salida—. Espero que los platos nuevos sean lo bastante buenos para conseguir las estrellas.

Noté el peso de un pedrusco entre los omóplatos.

—Buenas noches, Ray.

Por fin, la cocina se sumió en el silencio, y me permití apoyar las palmas sobre la encimera y cerrar los ojos mientras inspiraba y exhalaba lentamente una y otra vez.

Por lo general, esa era mi parte preferida del turno. Cuando todo se quedaba en silencio, pero el aire aún vibraba con la electricidad que lo había sacudido durante toda la noche.

En ese momento, sin embargo, aquella electricidad era insoportable. Y solo quería desahogarme.

«Espero que los platos nuevos sean lo bastante buenos para conseguir las estrellas».

Apreté los dedos contra el acero para frenar los temblores.

«Nada de todo esto tiene sentido si no las conseguimos. Nada de todo esto tiene valor».

Joder, joder, jod…

—Es raro ver este sitio tan vacío —dijo una voz a mi espalda.

Me giré de golpe. Y allí, a pocos pasos de mí, encontré a Avery. Su expresión era tímida, y su sonrisa, vacilante.

—Es tan…

—No deberías estar aquí, jovencita.

La dureza de mis palabras hizo que pestañeara, y empezó a retroceder.

—Perdona, no…

Sin darle tiempo a terminar, recorté la distancia que nos separaba. Y me abalancé sobre sus labios.

Avery se sobresaltó, sorprendida por mi gesto. Pero tardó menos de un segundo en relajarse y aferrarse a mis hombros, devolviéndome el beso con la misma intensidad.

Dios, sabía tan bien…

Le abrí la boca y uní la lengua con la suya, y sus piernas comenzaron a temblar mientras todo mi cuerpo ardía.

Beso tras beso, Avery diluyó lo malo que había dentro de mí y empezó a romper el peso que me ahogaba, y eso me permitió volver a respirar.

Para ella, no era un chef con estrellas. No era un jodido medio para conseguir una placa.

Solo era…

—Rayden…

Gemí contra sus labios y la moví para pegarle la espalda a la pared.

—¿Cómo coño es posible que nunca tenga suficiente de ti?

Un gemido ahogado le subió por la garganta, y mis manos vagaron por su cuerpo, deslizándose por la cintura, las caderas, los muslos…

Hundí los dedos en sus vaqueros y le levanté una pierna. Me apreté contra su cuerpo.

Avery inspiró bruscamente y yo… joder, yo…

—Tienes que pararme —ordené.

—No quiero pararte. —Llevó las manos hasta mi cuello, me quitó la bandana y entrelazó los dedos en mi pelo.

—Joder… —La aplasté contra la pared, seguro de que ninguno de los dos podía respirar—. No podemos… —Le recorrí el cuerpo con la boca. Labios, mejillas, cuello, clavícula—. En la cocina no.

—Vale… —murmuró Avery. Pero no se apartó. Y yo tampoco lo hice.

—Párame —insistí de nuevo, mientras le levantaba la camisa y le acariciaba la piel desnuda.

—No… —Se arqueó contra mí—. No puedo.

Sus manos descendieron por mi cuerpo, anhelantes y seguras. Pero cuando llegó a mis pantalones, se detuvo y coló la punta de los dedos por dentro de la tela.

—¡Joder!

Atrapé de nuevo su boca, mientras demasiada electricidad se acumulaba en la base de mi espalda.

—Jovencita… —Mi voz estaba tan cargada de deseo que se derramó sobre Avery en una cascada de escalofríos—. Aquí no…

Tenía que recuperar el autocontrol.

No podía permitirme perderlo, por mucho que la deseara. La cocina era territorio prohibido, tenía que serlo.

—De acuerdo, chef. —Avery empezó a retirar la mano. Y antes de que pudiera darme cuenta del vacío que eso me provocó, antes de que pudiera mandarlo todo a la mierda y tumbarla sobre el pase, un sonido de tacones resonó en el pasillo.

Me separé de Avery tan rápido que noté un estallido en las sienes, y ella apenas tuvo tiempo de tomar aire antes de que Courtney entrara en la cocina.

—Todo en orden ahí fuera —me informó, y no apartó la mirada de las hojas que sujetaba en las manos.

Tragué saliva.

Avery se recolocó bien el pelo.

—Y ya he cerrado la entrada principal, así que puedes… —Levantó la cabeza y, cuando vio que no estaba solo, se detuvo—. ¿Qué haces aquí todavía?

Avery carraspeó.

—Yo, ehm… Necesitaba preguntarle una cosa al chef. —Trató de parecer tranquila, y yo la imité; me apoyé en el mostrador a mi espalda y crucé los brazos sobre el pecho.

Joder, esperaba que resultáramos convincentes.

—¿Preguntarle qué? —insistió la jefa de sala con tono duro.

—Si… —Se colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Si sería posible empezar el turno diez minutos más tarde. Mis clases acaban a las tres, y eso me ayudaría.

Courtney caminó hacia nosotros.

—No tienes que molestar al chef con ese tipo de cosas. Después de una noche como esta, lo último que necesita es que los camareros le vengan con sus exigencias. —Avanzó otro paso, y entonces me di cuenta de que la bandana negra estaba a los pies de Avery. Mi bandana—. Ese tipo de cosas nos las tienes que preguntar a mí o a Rochel. Y la respuesta es…

—Le he dicho que está bien —la interrumpí. Y mientras me observaba a mí, yo fijé una mirada gélida en Avery—. Pero Courtney tiene razón, yo no me encargo de esas cosas.

Ella asintió.

—Perdone, chef.

—¿Algo más? —preguntó Courtney.

Cuando Avery negó con la cabeza, le indicó la salida.

—Bien, entonces vete, así podemos cerrar.

Sin dudarlo, Avery salió de la cocina y se dirigió al vestuario del personal.

—Será buena camarera, pero todavía tiene mucho que aprender —comentó Courtney, que se echó el pelo rojo hacia la espalda.

«No, no lo tiene».

—¿Has dicho que todo está en orden en la sala?

—Sí.

—Genial. —Me aparté del mostrador y me situé en un punto donde Courtney se viera obligada a darle la espalda a la bandana—. Voy a recoger las últimas cosas de la oficina y a conectar la alarma. ¿Te encargas tú de cerrar aquí?

—Claro. —Se puso la chaqueta que llevaba colgando del brazo y se dirigió hacia la puerta—. Hasta mañana, Ray.

—Hasta mañana.

Salí al pasillo mientras esperaba a oír el clic de la cerradura.

En cuanto estuve seguro de que Courtney se había marchado, me dirigí al vestuario del personal.

Avery estaba frente a su taquilla. Guardaba el teléfono en la mochila, y me di cuenta de que se había desabrochado los dos primeros botones de la camisa.

Sin que me oyera, me acerqué y le puse las manos en las caderas para girarla hacia mí.

Avery se sobresaltó, y su pecho se movió de un modo jodidamente estupendo. El chaleco del uniforme lo realzaba todavía más, y en ese momento, con los botones desabrochados y la respiración agitada…

«Dios mío».

Le rocé la clavícula con la yema de los dedos y le aparté a un lado el cuello de la camisa.

—¿Cuántas veces lo has mirado esta noche?

Tragó saliva.

—Ninguna.

Arqueé una ceja mientras repasaba con el dedo el contorno del círculo rojo con el que la había marcado.

—Tres —admitió.

—¿Y te ha ayudado?

—Me ha recordado que no fue un sueño… Solo que luego no podía pensar en otra cosa.

La entendía. La entendía demasiado bien.

—¿Y en qué has pensado, jovencita?

A modo de respuesta, sus mejillas se tiñeron de rojo, y un gruñido bajo me vibró en el pecho.

Sujetándole el cuello con los dedos, le atraje el rostro hacia el mío.

—Ya te he dicho el efecto que tienes en mí cuando te sonrojas.

Una mirada provocadora le encendió los ojos.

—Sí…, chef. —Dijo aquella última palabra muy despacio, pronunciando cada letra de forma sensual. Y yo me estrellé contra

su boca antes de darle tiempo a tomar otro respiro. Podía quedarse con mi oxígeno, yo no lo quería. Solo la quería a ella. Apretándole los muslos, la levanté para que me rodeara la cintura con las piernas.

—¿Crees que… es una buena… idea…? —jadeó entre beso y beso.

—Sí, jovencita. —Le mordí el labio inferior—. Tú eres una idea jodidamente buena.

—Pero si alguien… nos…

Me aparté.

—Deja de preocuparte. —Mi voz sonó dura—. ¿Tengo que ordenártelo?

Un rubor del todo nuevo brilló en su expresión.

—Me gusta cuando me das órdenes —admitió en un susurro, y mi erección empezó a palpitar de forma dolorosa.

—¿De verdad?

Avery asintió mientras me miraba a través de las pestañas.

—Joder… —Volví a besarla—. Como quieras, jovencita.

La despegué de la pared, me encaminé hacia el despacho y no la dejé en el suelo hasta que crucé el umbral.

—Cierra la puerta. —Me alejé de ella y me apoyé en el escritorio —. Con llave.

Avery obedeció de inmediato.

Cuando se giró de nuevo hacia mí, toda su inocencia estaba allí, en sus mejillas, como dos mitades jugosas de una granada.

—Quítate el chaleco.

Se mordió el labio inferior y, sin apartar los ojos de los míos, lo desabrochó y lo dejó caer al suelo.

Contraje todos los músculos.

—Y la camisa.

Botón tras botón, la abrió por completo, revelando centímetro a centímetro una piel suave y unas curvas perfectas. Y joder, quería sentirlas. Quería recorrerlas con la boca, la lengua, los dedos…

Avery deslizó la prenda por los brazos.

Un instante después, también cayó al suelo.

Inspiré por la nariz.

—Y los vaqueros.

Pasaron apenas unos segundos antes de que Avery se quedara únicamente en ropa interior, y el encaje que la cubría era una jodida visión.

Ella era una visión.

—¿Y ahora, chef?

—Ahora ven aquí.

Con pasos medidos, Avery se acercó, y yo aferré con fuerza el borde del escritorio para evitar cogerla y pegarla contra mi pecho.

No podía.

Todavía no.

—El pelo. Suéltatelo.

Una cascada de ondas castañas le enmarcó el rostro, dándole un aspecto casi salvaje, y mi cuerpo empezó a gritar por la necesidad de tocarla.

Dios…

Apreté los dientes hasta sentir punzadas agudas estallarme en la mandíbula. Pero, en contra de todo lo que deseaba, seguí controlándome y dándole órdenes. Ver cómo las cumplía resultaba jodidamente excitante.

—Date la vuelta.

Un destello de sorpresa cruzó su expresión, pero no pidió explicaciones. Se limitó a darme la espalda. Y, en cuanto lo hizo, la agarré por las caderas y la atraje hacia mí. Me presionaba la erección con el trasero, y sus escalofríos se abrieron paso hasta mi cuerpo.

—Tengo una última orden, jovencita —le murmuré al oído, y ella tembló entre mis brazos.

—Lo que sea, chef.

Lentamente, tracé con la mano un sendero entre sus pechos hasta llegar a su vientre.

—No tienes permiso para gritar. No hasta que te lo diga yo.

Sin darle tiempo a responder, deslicé la mano dentro de sus bragas y empecé a tocarla.

Ya estaba tan mojada, tan cálida…

Avery apretó los labios y echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi hombro. Y cuando hundí un dedo en su interior, todo su cuerpo se estremeció.

—Rayden…

—Shh. —Aceleré el ritmo—. Obedece.

Se llevó una mano a la boca para reprimir cada maravilloso sonido que le subía por la garganta, y yo continué torturándola.

Le besé el cuello, y se estremeció.

Le mordí la oreja, y gimió.

Y luego añadí un segundo dedo, y ardió.

Un alarido ahogado se filtró entre sus labios tensos, y Avery se pegó del todo contra mí, buscando un apoyo que yo estaba más que dispuesto a darle.

—Eres tan buena, jovencita…

Alzó un brazo y me lo puso alrededor del cuello, como si ya no fuera capaz de mantenerse en pie.

Todo aquello me volvía loco. Todo en ella me volvía loco.

Sus gritos ahogados, sus súplicas contenidas… Y la forma en que se desmoronaba contra mí.

—Sigue así —ordené, y empecé a tocarla también con el pulgar.

—Mmm… —Tenía la mano tan apretada contra la boca que los nudillos se le habían puesto blancos.

—¿Sientes la intensidad de estos putos temblores? —Aceleré un poco más—. ¿Lo mojada que estás?

Sus rodillas cedieron, y le rodeé la cintura con el brazo libre para que se apoyara del todo en mí. Y presioné sobre su bajo vientre.

Un jadeo le estalló en el pecho, los ojos se le abrieron de par en par.

Lo sabía. Que así era más intenso para ella, que la estaba llevando al límite…

Lo sabía.

—Mírame.

Con esfuerzo, Avery giró la cabeza. Y cuando sus ojos me encontraron, el fuego que brillaba en ellos incendió toda la habitación.

—Dios, jovencita… —Me hundí más en ella y volví a aumentar el ritmo—. Eres tan guapa… —Aceleré. Aceleré. Aceleré—. Mientras tiemblas por mí, mientras te contraes alrededor de mis dedos… Tan jodidamente guapa…

Aumenté la presión en su vientre. Y Avery, con un temblor de una violencia increíble, se liberó la boca y me rodeó el cuello con el otro brazo.

—No… no puedo más —jadeó en un susurro—. Por favor, Rayden…

Todo lo que yo ya sentía se multiplicó, las descargas sobre mi erección se volvieron insoportables.

—¡Por favor!

¡Joder!

Retiré la mano con un gesto brusco. Y, sin esperar ni un segundo, la giré y la incliné sobre el escritorio.

Habría querido admirarla. Admirar su cuerpo tumbado frente al mío, sus piernas abiertas, su trasero malditamente tentador…

Pero mirarla no me bastaba.

Necesitaba más.

Los dos lo necesitábamos.

Mientras ella jadeaba y los temblores seguían sacudiéndola, le agarré las bragas con los dedos. Y se las arranqué.

Avery se estremeció, los jirones de encaje cayeron al suelo. Y yo, sin esperar más, le sujeté las caderas. Y me hundí del todo en su interior.

—De acuerdo, jovencita. Grita.



Capítulo 21

Avery

—¿Qué te parece? —me preguntó Mandy mientras salía del probador.

Un vestido plateado le ceñía el cuerpo, marcando y acentuando cada curva, y alterné varias veces la vista entre su profundo escote y sus ojos.

—¿Tu intención es bailar con Trent o matarlo?

Esbozó una sonrisita y se volvió hacia el espejo.

—¿Crees que es demasiado?

—Creo que, si no quieres que se líe a puñetazos con todos los que se queden mirándote, quizá deberías optar por algo un poco menos… de cadena perpetua.

—Pero no es justo. —Resopló y se apartó un rizo rubio de la cara —. Y, hablando de cosas injustas… —Se giró en mi dirección—. ¿Por qué le dijiste a Wes que no irías al baile?

—Porque estaba a punto de invitarme.

No había tenido ocasión de hablar mucho con Mandy durante la semana. Después de la propuesta de Trent, ellos dos habían sido prácticamente inseparables, y mi tiempo libre seguía siendo cada vez menor. Por eso, cuando aquel sábado por la mañana me había

pedido que la acompañara al centro comercial, acepté. Necesitábamos pasar tiempo juntas.

—Entonces no quieres ir con él, vale. Pero vendrás, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No si tengo que trabajar.

—Oh, perdona, he formulado mal la frase. —Se golpeó la frente con la palma de la mano—. Tú vendrás. Punto.

—Dy…

—Tienes dos opciones: confirmar ahora mismo tu presencia o dejar que sea yo quien hable con el chef buenorro para que te dé la noche libre.

Incliné la cabeza a un lado.

—¿Cómo es posible que seas mi mejor amiga?

—Porque evito que te pierdas eventos importantes de los que luego te arrepentirías si no vas.

Con un suspiro, me apoyé en el respaldo del sofá y me abracé las rodillas.

—Pongamos que pido tener libre ese sábado… ¿Con quién se supone que iría, exactamente?

—No es obligatorio que vayas con alguien. Y puedo decirle a Trent que obligue al equipo a bailar contigo toda la noche, por turnos.

Me hice la conmovida.

—Justo lo que todas sueñan. Jugadores de fútbol obligados a dejar de lado a sus fantásticas novias para bailar sin ganas contigo.

—Bueno… —Frunció el ceño—. En realidad, sí. ¿No es eso lo que todas sueñan? Dejando de lado lo de sin ganas, quiero decir.

Reprimí una risa y ella puso los brazos en jarras.

—Mira, me da igual si nos pasamos todo el rato en un rincón bebiendo ponche barato y viendo cómo bailan los demás… Tú vendrás y nos divertiremos.

Apreté las rodillas todavía más mientras evitaba responder. Quizá porque, en el fondo, no tenía ningún argumento a mi favor. No de verdad.

Me encantaría ir. Ponerme un vestido que me hiciera sentir como una princesa y pasarme toda la noche riendo y bailando. Pero había una sola persona a la que me gustaría tener a mi lado. Una sola persona que me gustaría que me abrazara y bailara conmigo. Pero cumplir ese sueño no sería posible. Y no solo porque él aún no tenía ni idea de que yo iba al instituto, sino porque al baile solo podían asistir los estudiantes del centro.

Mandy volvió a mirar al espejo.

—Es muy injusto no poder ponerme este vestido —repitió con expresión vagamente decepcionada mientras contemplaba una vez más la prenda plateada—. Vale, me cambio. Voy a probarme el rojo. Y, mientras tanto, podrías buscar algo para ti.

—¿Yo? ¿Aquí? —Me encontré con su mirada en el reflejo—. ¿Has visto los precios de las etiquetas?

Un destello de culpabilidad cruzó los ojos celestes de mi mejor amiga.

—Ry, no… —Negó ligeramente con la cabeza—. ¿Sabes qué? Deja que me quite este vestido y nos vamos a otra tienda.

—No tienes…

—No, en serio. Además, aquí los vestidos son demasiado de cadena perpetua, ¿a que sí? —Desapareció en el probador antes de que pudiera responder, y salió unos minutos después con sus vaqueros y su camiseta.

—¿Estás segura? —insistí—. Podemos…

—Segura. —Entrelazó su brazo con el mío, me sacó de la tienda y empezamos a caminar sin rumbo por el centro comercial, mirando escaparates y criticando la mayoría de los vestidos expuestos.

Ninguna *boutique* llamó nuestra atención. Al menos, hasta que nos encontramos frente a una pequeña tienda *vintage.*

—¡Oh, entremos aquí!

Seguí a Mandy sin dudarlo y, en cuanto entramos al local, nos envolvió una iluminación tenue en tonos rosa y azul que daba un aire retro al ambiente. En las paredes, maniquíes con chaquetas de cuero y faldas de vuelo nos observaban inmóviles, y percheros

repletos de vestidos de todos los modelos y colores imaginables ocupaban todo el espacio disponible.

Después de soltarme el brazo, Mandy se acercó a una selección de vestidos de tul y seda y empezó a rozarlos con los dedos, hasta que sacó uno de color rosa oscuro, con un elegante encaje que envolvía el corsé y parte de la falda.

—Vale… Estoy enamorada.

Asentí.

—Si dejaras a Trent por este vestido, lo entendería.

Comprobó la talla y, cuando vio que era la suya, desapareció para buscar un probador.

Divertida, seguí deslizando la punta de los dedos por las telas de calidad, observándolas solo de forma distraída.

Hasta que un vestido hizo que me detuviera.

Con cuidado para no arrugarlo, lo saqué.

Me quedé boquiabierta.

Una falda negra amplia y brillante caía con suavidad hasta el suelo. Sin adornos, sin volantes. Justo lo contrario de la parte superior.

De la cintura para arriba, unos bordados dorados de gran delicadeza se extendían sobre el corsé oscuro con escote en forma de corazón, creando diseños intrincados y capturando la luz.

Se me secó la boca.

Aquellos colores eran la firma de Rayden.

El Ambroisie, el Black Gold… ambos los había creado basándose únicamente en el dorado y el negro.

Luz y sombra.

Claridad y oscuridad.

Misterio… y soluciones.

Lo acerqué hacia mí y acaricié los elaborados bordados mientras me imaginaba cómo sería llevar aquel vestido. Y cómo reaccionaría Rayden si me lo viera puesto.

Su mirada sobre mi cuerpo, el fuego en sus ojos… y sus manos sobre mí.

Tragué saliva y cerré los muslos con fuerza. No podía…

—Ry, tienes que probártelo. —Mandy apareció a mi lado. Me sobresalté y tuve que volver al presente de golpe.

—No… —Me interrumpí en cuanto la vi—. Dy, ¡estás preciosa!

Una sonrisa que la hizo todavía más guapa se dibujó en su rostro.

—¿De verdad?

—¿Estás de broma?

Se alisó el corsé y bajó la mirada hacia la falda.

—Creo que este es *el* vestido.

Coloqué en su sitio el vestido que había descolgado y asentí.

—Lo es. Aunque hay muchas posibilidades de que Trent se desmaye igualmente.

—O de que me lo arranque. —Me guiñó un ojo, y yo hice una mueca.

—Pues me sabrá mal por el vestido.

—Valdrá la pena. —Sus ojos brillaron—. Pero tú tienes que probarte ese. Ahora mismo.

Me pasé una mano por el brazo.

—Dy, yo no…

Unos golpes secos resonaron detrás de nosotras, y ambas nos giramos.

Allí, al otro lado del escaparate, Trent y Wes nos saludaban.

A Mandy se le escapó un grito agudo, y apenas tuve tiempo de girarme hacia ella antes de que saliera disparada para volver al probador.

—¡No puede verme con el vestido!

Hice todo lo posible por no echarme a reír.

—Es un baile, no vuestra boda.

—Da igual —replicó—. ¿Crees que lo ha visto?

Observé a Trent. En sus ojos se arremolinaba la confusión, y un profundo surco dominaba su frente.

—Bueno, sigue consciente…, así que no lo creo.

—Vale. Bien. —El alivio de Mandy parecía casi tangible—. Me cambio y voy a pagar, tú espérame fuera.

—De acuerdo —respondí.

Cuando salí, los chicos vinieron enseguida hacia mí.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Trent, y no sabía si estaba más desconcertado o preocupado.

—Ha encontrado el vestido para el baile —expliqué—. No quería que la vieras con él puesto.

—Oh —comentó, como si aquello tuviera todo el sentido del mundo.

—Sabe que no se van a casar, ¿verdad? —preguntó Wes.

—¡Es exactamente lo mismo que le he dicho yo!

Me guiñó un ojo.

—Las mentes brillantes piensan igual.

—¿Tú? —dijo Trent, mirando a su mejor amigo—. ¿Mente brillante? ¿Desde cuándo?

Wes le mostró el dedo corazón mientras Trent se reía y se giraba de nuevo hacia el escaparate. Su expresión se suavizó y sus ojos se volvieron tan profundos que, por un momento, mostraron el reflejo de todo lo que sentía.

—Estará muy guapa, ¿verdad?

Asentí.

—No tienes ni idea.

Una sonrisa pura y genuina le tensó los labios. Pero, tras un momento, se transformó, y Trent me lanzó una mirada suplicante.

—Tendrás que ayudarme con… la cosa esa… de flores, ¿sabes lo que digo?

—La cosa esa de flores —repitió Wes—. Claro. Tú eres la mente brillante de nosotros dos, ¿verdad?

Trent lo ignoró, y yo reí, asintiendo.

—El *corsage*.* Elígelo o rosa o blanco.

—Rosa o blanco. Entendido. —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Tú no has encontrado nada, Ry?

El ambiente cambió de golpe, y me esforcé por ignorar la mirada que me dedicaba Wes.

—En realidad, yo…

—¡Aquí estoy! —Mandy se acercó a nosotros con una enorme bolsa de papel en la mano, cerrada de forma que no se viera ni un solo centímetro de tela.

—Hola, nena —la saludó Trent, que le quitó la bolsa de las manos antes de inclinarse para besarla.

—¿Os apetece comer algo? —pregunté—. Tengo que estar en el restaurante dentro de dos horas y necesito energía. Y cafeína.

Mandy se separó de su novio. Pero, en lugar de cogerle la mano a él, volvió a enlazar su brazo con el mío.

—Yo también me muero de hambre.

Cinco minutos después entramos en una cafetería.

—Ya pedimos nosotros, vosotras pillad una mesa —nos dijo Trent, y las dos asentimos mientras Mandy volvía a coger la bolsa con el vestido.

—¿Y bien? —me preguntó en cuanto nos instalamos en un sofá en un rincón del local.

Sentada frente a ella, fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Trent ha visto el vestido?

Negué con la cabeza, exasperada.

—No, Dy… —Me interrumpí antes de poder terminar. Me quedé petrificada, el aire se me atascó en la garganta y la sangre dejó de fluirme por las venas.

Al otro lado de la cafetería, dos ojos grises me miraban con tanta intensidad que hasta el aire pareció teñirse de un color plateado.

Rayden.

Estaba sentado a una mesa, con algunos papeles delante y una taza de café junto a él. Pero no estaba solo. Estaba con Deelylah.

—¿Me entiendes?

Parpadeé y volví a concentrarme en mi mejor amiga. Estaba buscando algo en el bolso, y me di cuenta de que había estado hablando todo ese tiempo.

—¿Mmm?

Ella frunció el ceño y levantó de nuevo la cabeza para mirarme.

—¿Me estás escuchando?
Me aclaré la garganta.
—Perdona, sí, claro…
En ese momento, mi teléfono vibró.
Y yo, conteniendo la respiración, lo saqué del bolsillo.

Chef: Esa camiseta estaría mejor en el suelo de mi casa.

La sangre volvió a correr por mi cuerpo y se me acumuló en las mejillas.

Yo: ¿Quieres que me la quite y te enseñe cómo queda en el suelo de la cafetería, chef?

Levanté la mirada justo cuando pulsé la tecla de enviar. Cuando vi cómo se le tensaban los músculos, un hormigueo repentino me recorrió el estómago.

Chef: No me provoques, jovencita.

Yo: ¿O qué?

Rayden me miró con una expresión que no supe descifrar, pero que consiguió mandar descargas eléctricas por cada centímetro de mi piel.
Antes de que pudiera responderme, Deelylah reclamó su atención. Y sentí una punzada en el pecho.
—Aquí tenéis, chicas.
Trent dejó un batido de Oreo delante de Mandy, y Wes me pasó un *caramel latte* helado y un sándwich antes de sentarse a mi lado.
—Gracias —le dije, y procedí a remover el café con la pajita y dar un sorbo frío y dulce.

—¿Habéis terminado con las compras? —preguntó Trent mientras le hincaba el diente a su bocadillo.

Mandy asintió.

—Tranquilo, no te llevaré de tienda en tienda toda la tarde.

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios.

—¿Hasta qué hora trabajas hoy, Ry? —Wes se giró del todo en mi dirección, hasta que sus rodillas rozaron las mías.

Tuve que esforzarme para no retirarme de él.

—Los sábados solemos quedarnos al menos una hora más de lo habitual.

—Kelly ha organizado una fiesta en su casa —continuó—. Podrías pasarte cuando salgas.

Mandy contuvo las ganas de reír. Sabía a la perfección que, últimamente, había aprovechado hasta el último segundo libre para estar con Rayden. Y también sabía que, si tuviera que elegir entre pasar tiempo con él o asistir a cualquier fiesta, no tendría la menor duda sobre qué hacer. Pero la fulminé con la mirada antes de que pudiera abrir la boca. No podía decir nada en absoluto. Y no solo porque no tenía intención de abordar ese tema delante de los chicos, sino porque Rayden estaba sentado a pocos metros de nosotros. Y yo no dejaba de preguntarme si podría oírnos.

—Pensaba que hoy saldrías a cenar con tu padre —le dijo Trent a Wes.

—Sí, pero no creo que estemos fuera mucho. Os veré directamente en casa de Kelly.

—Odio a Kelly —dijo Mandy con suavidad.

Wes me dio un suave codazo y me guiñó un ojo mientras señalaba a nuestros amigos.

—Qué raro, Trent la adora.

Estaba a punto de seguirle la corriente cuando Mandy se atragantó con el sorbo que estaba dando.

Empezó a toser, y la nata de su batido salió disparada al aire, aterrizó en mi cara y me mojó las mejillas.

Wes golpeó la mesa con la mano y estalló en carcajadas. Yo me uní a él mientras Trent le daba unas palmadas en la espalda a Mandy.

—Que te den, Hudson —siseó, furiosa.

—Necesito una servilleta —dije divertida mientras me pasaba los dedos por un pómulo.

Wes cogió una enseguida y me la ofreció.

—Aquí tienes.

—Sois unos capullos —nos acusó Mandy, que ya recuperaba el aliento.

—¿Qué he hecho yo? —protesté, y seguí limpiándome.

—No me refería a ti, sino a ellos.

—¿Y yo qué he hecho? —preguntó entonces Trent.

Su novia entornó los ojos y señaló a Weston.

—Eres su amigo.

—Vamos, Mandy —resopló él—. Te estaba tomando el pelo. Ya sabes que lo tienes bien agarrado por las pelotas.

Ella esbozó una sonrisita.

—Lo sé.

—Eh. —Trent señaló con un dedo a su mejor amigo—. No me tiene bien agarrado por las pelotas.

Mandy fingió enfurruñarse y le posó una mano en el muslo para, a continuación, subir cada vez más.

—Creía que te gustaba.

Chasqueé los dedos delante de ellos antes de que dijeran nada más.

—Mantened la cosa para menores, por favor. Hay niños en esta cafetería.

—Oh, venga ya —bufó Mandy—. Tú ya no puedes ir de santita.

Abrí los ojos como platos y los chicos desplazaron su atención hacia mí.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Trent, frunciendo el ceño.

—Nada —dije entre dientes, y Mandy sonrió.

—Nada —confirmó. Luego se señaló la sien derecha—. Tienes un poco de nata en el pelo.

Levanté una mano e intenté limpiarme, pero ella negó con la cabeza.

—En el otro lado.

—Espera. —Inclinándose hacia mí, Wes me tocó el pelo. Y yo contuve la respiración.

Su tacto era delicado, su rostro estaba peligrosamente cerca del mío, la expresión era intensa…

Por un instante, bajó la mirada a mis labios. Y mil emociones se encendieron en sus ojos.

—Ya está —murmuró al fin.

—Gracias.

Me estaba recolocando bien en el sofá cuando mi teléfono vibró. Sabía quién me había escrito incluso antes de desbloquear la pantalla, y la giré para que nadie más viera el contenido.

Chef: Si el capullo ese te toca otra vez, se queda sin mano.

El corazón me dio un vuelco. Y otro. Y otro más.

¿Rayden estaba… celoso?

—¿Quién es? —preguntó Wes. Su tono se había vuelto repentinamente duro.

—Y, sobre todo, ¿estás bien, Ry? —añadió Trent—. Te has puesto rojísima…

Oh, Dios.

—Sí, el chef buenorro le provoca ese efecto —comentó Mandy, divertida.

Los chicos fruncieron el ceño.

—Dy —siseé. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Chef buenorro? —repitió Trent.

—¿Cómo es posible que no reconozcáis esa expresión? —preguntó ella—. La usa solo para…

Le di una patada por debajo de la mesa, y ella dio un respingo.

—Ay —se quejó, y yo le lancé una mirada afilada para intentar decirle en silencio que dejara de hablar.

Pero mi teléfono vibró de nuevo.

Chef: ¿Chef buenorro?

Inspiré bruscamente.

Nos había oído.

—Espera… ¿Wade? —Wes parecía confundido, y yo me quedé de piedra. En aquella mesa también estaba Deelylah. Si lo hubiera oído, si hubiera entendido algo…—. ¿Desde cuándo os mandáis mensajes?

—No es él —me apresuré a decir—. Ignora a Dy, solo intenta vengarse por lo de Kelly. —Lo que había dicho no tenía ningún sentido, y Wes se dio cuenta.

—¿Por qué iba a…?

Por enésima vez, mi teléfono vibró y me levanté de golpe.

—Perdonad, tengo que ir al baño.

No les di tiempo a añadir nada más. Me levanté del sofá, rodeé la mesa y me dirigí hacia el pasillo que había al fondo del local mientras desbloqueaba la pantalla.

Chef: Estoy esperando, jovencita.

Dios…

Me pasé una mano por el pelo mientras giraba hacia el pasillo. Pero, antes de que pudiera entrar en el baño, alguien me agarró del brazo.

Un resuello me subió por la garganta y, en cuestión de un segundo, acabé con la espalda pegada a la pared. Y con Rayden delante de mí.

Su rostro estaba a un suspiro del mío y tenía la mano apoyada junto a mi cabeza.

—Sigo esperando.

No intenté calmar mi corazón. Igual que no intenté reprimir todo lo que sentía en ese momento. Eran demasiadas sensaciones para poder combatirlas. Y todas eran demasiado intensas.

—Hola a ti también.

Rayden se acercó todavía más, eliminando los pocos centímetros que separaban nuestros cuerpos.

—No sé si sentirme halagado por haber pasado de Despochef a chef buenorro, o cabreado porque ese capullo te ha estado sobando todo el rato.

Sentía sus músculos duros contra mí, su aliento en la piel.

—Técnicamente, no has pasado de Despochef a chef buenorro. Tienes dos apodos, sin más.

Rayden ignoró mi respuesta. La lluvia en sus ojos era incandescente.

—¿Quién coño es ese?

—Solo es un amigo mío.

—¿Y todos tus amigos te miran como si quisieran follarte?

Abrí la boca.

—Wes no…

—Más le vale a Wes entender una cosa, antes de que se la haga entender yo. —Sujetándome la cara con una mano, la inclinó hacia la suya. Luego, me besó. Un beso tan intenso y violento que me dejó temblando y sin aliento—. Eres mía, jovencita.

El resto del mundo desapareció y un nuevo universo se creó allí, en el centro de nuestros labios unidos.

—Solo mía.



Me reía tan fuerte que me dolía el estómago.

Después de besarme, Rayden había vuelto al local sin añadir nada más, y cuando al fin me repuse y regresé con mis amigos, descubrí que tanto él como Deelylah se habían marchado.

Lo que no me había abandonado eran las sensaciones que me había dejado encima. Esas seguían crepitando en mí, firmes e indelebles. Y sabía que ese había sido exactamente el propósito de Rayden: marcarme. De nuevo.

Los chicos no me habían preguntado qué había pasado, ni habían insistido en el tema que habíamos dejado a medias, y me pregunté qué habría tenido que hacer Mandy para convencerlos de dejarlo estar. Fuera lo que fuese, había funcionado, y durante todo el rato no hicimos más que hablar, meternos con Trent y reírnos hasta ganarnos miradas asesinas de las camareras tras la barra.

—Madre mía —suspiré, pasándome un dedo por la esquina del ojo.

—Es bonito verte así —dijo Wes, y me giré para comprobar su expresión. Era increíblemente dulce.

—¿Así cómo?

Se encogió de hombros.

—Feliz.

De inmediato, algo se agitó dentro de mí. Algo frío e inclemente. Una sensación de culpa que luchaba cada día por contener.

Mi mirada cambió, me di cuenta. Y ellos también lo notaron.

—Te has lucido, Hudson —lo reprendió Mandy.

—Mierda, Ry, perdona, yo no…

—No —lo interrumpí—. No… —Me humedecí los labios. Y sonreí. Decidí sonreír—. Lo soy.

Miré a Mandy, y ella asintió.

«Se acabó sentirse culpable», me decía en silencio.

Inspiré hondo.

Sí.

Se acabó sentirse culpable.

—Nosotros también estamos felices. Por ti —dijo Wes a mi lado, justo antes de que Trent apoyara los codos en la mesa.

Me dedicaba toda su atención, y fingía estar extremadamente serio.

—Ahora que hemos resuelto la cuestión, tengo una pregunta para ti.

Imité su postura, agradecida de que hubiera optado por aliviar la tensión repentina.

—Dispara.

Sabía que iba a decir algo del todo estúpido o fuera de lugar, y lo necesitaba.

—Tienes que concentrarte, ¿vale?

Asentí.

—Vale.

—¿A qué hora empieza tu turno en el restaurante?

Esa frase me pilló por sorpresa. No era lo que me esperaba.

—A las tres… ¿Por qué?

—Porque faltan dos minutos. —Me enseñó su teléfono y, cuando vi la hora, me levanté tan rápido que estuve a punto de volcar la mesa.

—¡Mierda! —maldije, y recogí la mochila del suelo—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Cogí el teléfono y, echando a correr entre los sofás, me alejé de ellos—. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¡Que vaya bien el trabajo, Ry! —gritó Mandy a mi espalda, y levanté una mano a modo de saludo antes de abandonar la cafetería a la velocidad del rayo y volar hacia la salida del centro comercial.

No había pedaleado tan rápido en mi vida.

Por la calle, la gente me miraba como si estuviera loca mientras hacía eslalon entre ellos y rezaba para que la cadena no se rompiera justo en ese momento.

Cuando por fin llegué al callejón detrás del restaurante, me bajé de la bici sin siquiera frenar, la dejé caer al suelo y empecé a quitarme la camiseta antes incluso de entrar en el vestuario, que estaba prácticamente vacío. Talya era la única que se encontraba en el interior; estaba frente al espejo, terminando de recogerse el moño en la nuca.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto estoy despedida? —le pregunté, jadeando, mientras abría la puerta de mi taquilla para

sacar una camisa limpia.

Ella zanjó mi preocupación.

—¿No has visto lo relajado que está Despochef últimamente? Si hoy también se ha llevado a la cama a Deelylah antes de empezar el turno, puedes estar tranquila.

Mis dedos se congelaron al instante, el botón que intentaba abrochar se me escapó como por arte de magia.

—¿C-cómo?

Talya me lanzó una mirada perpleja.

—¿Qué pasa, no lo sabías?

Témpanos de hielo empezaron a atravesarme el estómago.

—Se acuestan desde mucho antes de que el Ambroisie abriera. Una vez, Pearl casi los pilló en el vestuario de la brigada.

Se me revolvió el estómago.

El corazón empezó a temblarme.

—No sé si tienen una relación, ni qué ha cambiado en esta época. Pero, sea lo que sea que le esté haciendo Deelylah estos días…, mejor para nosotros. —Se puso otra horquilla en el pelo y se dirigió a la puerta del vestuario, completamente ajena al efecto que sus palabras habían tenido en mí.

No podía moverme.

Mi camisa seguía medio abierta, pero mis dedos se negaban a funcionar. Todo en mí se negaba a funcionar.

¿Deelylah?

No.

N-no…

No.

Apoyé una mano en la pared de las taquillas para intentar sostenerme. Y mi mente, todavía sumida en el caos, empezó a torturarme.

Volví a ver a Rayden y a Deelylah en la cocina. La forma en que ella lo miraba, la veneración pura reflejada en sus ojos.

Volví a ver a Rayden y a Deelylah en su despacho. La mano de ella en su brazo, sus cuerpos rozándose.

Volví a ver a Rayden y a Deelylah en la cafetería. Ella no apartaba la vista de él, y batía las pestañas suavemente cada vez que se miraban…

Había dado por hecho que estaban allí para trabajar. Que las hojas desperdigadas en la mesa eran las nuevas ideas de Rayden.

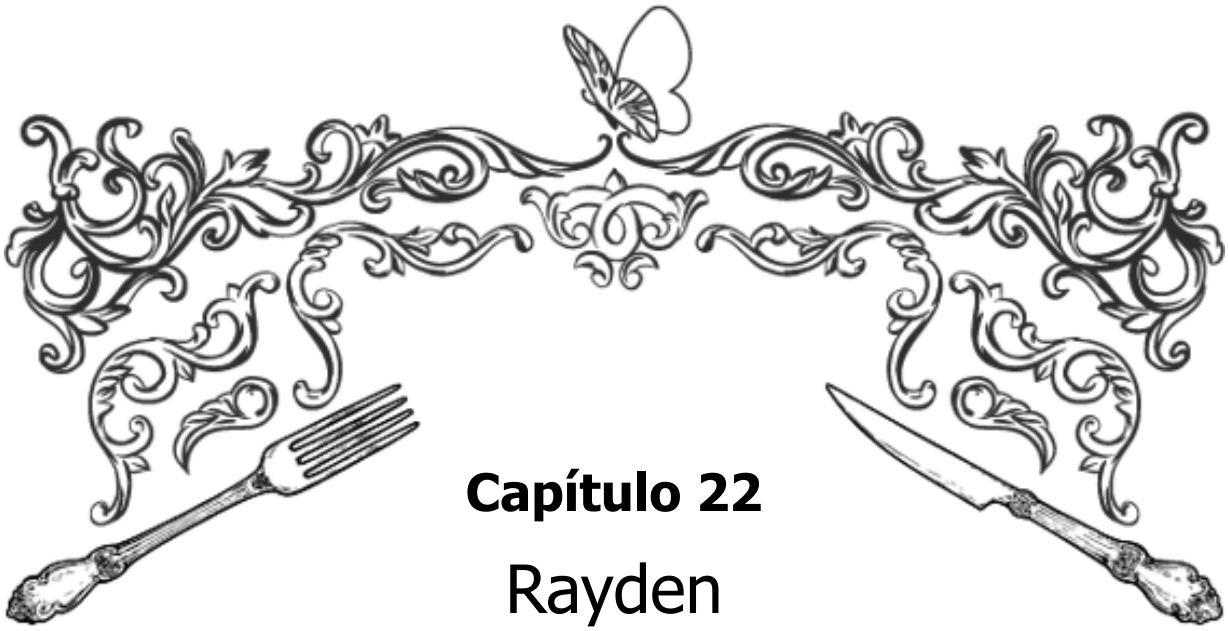
Inspiré con dificultad.

Era consciente de que muchas personas me consideraban ingenua. Que me veían y pensaban que era demasiado infantil, demasiado naíf.

Yo nunca me había sentido de esa forma, nunca. Pero en ese momento…

En ese momento, me pregunté si lo era de verdad. Si una parte de mí se había negado siempre a ver la verdad. Y si, mientras me preocupaba por saber si Rayden estaba celoso de Wes, tendría que haber sido yo la que estaba celosa de Deelylah.

* Pequeño arreglo floral que suele llevarse en la muñeca y que se utiliza en bodas, bailes de graduación o ceremonias. *(N. de la T.)*



Capítulo 22

Rayden

Avery apareció para unirse al resto de los camareros, que ya estaban esperando a que empezara la reunión previa al turno del personal, y yo cerré ambos puños.

Llegaba tarde.

Muy tarde.

¿Dónde coño había estado todo ese tiempo?

Con la mandíbula tensa y los brazos cruzados sobre el pecho, fijé la atención en ella, mientras en mi cabeza se repetían una y otra vez las mismas imágenes que no habían hecho más que atormentarme desde que había salido de la cafetería.

Avery sentada a la mesa junto a un rubito cachas. Él mirándola como si quisiera acercarse todavía más a ella, tocándola como si quisiera hacerle muchas más cosas…

Cuando le había pasado las manos por el pelo, la rabia que fermentaba oculta bajo mi piel había empezado a hervir, y había tenido que recurrir a todo mi autocontrol para no acercarme y partirle la cara.

Pero esa rabia seguía allí. Y aumentó en cuanto Avery no me devolvió la mirada.

—Gracias por unirte a nosotros —dijo Courtney.

—Lo siento. —Habló en voz baja. Dura. Y un surco se dibujó en mi frente.

¿Qué coño le pasaba?

—Si tienes algo mejor que hacer que estar aquí…

—He dicho que lo siento. —Avery desvió la atención hacia la jefa de sala. Tenía la mirada encendida.

—Como te…

—Courtney —la interrumpí—. Podéis discutirlo después. Ahora, el servicio.

¿Qué coño hacía Avery? ¿Cómo se le había ocurrido usar ese tono?

Courtney apretó los labios y le dedicó un último vistazo. Pero, en lugar de insistir, abrió el registro que llevaba en la mano.

—Noche completa. Veinte mesas, cincuenta y nueve cubiertos repartidos en treinta y uno durante el primer turno y veintiocho en el segundo —empezó, para luego enumerar los platos especiales del día y anunciar algunos cambios que había introducido en el servicio.

Yo apenas la escuchaba; seguía mirando a Avery.

Tenía el rostro pálido, los rasgos tensos.

En aquel momento, quería arrastrarla hasta mi despacho, cerrar la puerta y exigirle una explicación. Pero sabía que no podía hacerlo. Todavía no.

—¿Está todo claro? —preguntó Courtney, y los camareros asintieron—. Bien. Chef, ¿hay algo que quieras añadir?

Estaba a punto de negar con la cabeza cuando Deelylah se acercó y me puso una mano en el brazo.

—¿Quieres mencionar lo de la Guía Michelin? —me susurró al oído.

Joder.

Esa misma mañana nos habían confirmado que los inspectores habían hecho su segunda visita. Oficialmente, estábamos en liza por las estrellas. Pero aún no las merecíamos. Ni de lejos.

Asentí y volví a dirigirme al personal.

Avery tenía la mirada clavada en el suelo.

—Si veis a alguien con una libreta, un bloc de notas o incluso unas hojas sueltas donde esté tomando apuntes, quiero que me lo comuniquéis de inmediato —les indiqué—. Es importante. Así que estad atentos.

—De acuerdo, chef —dijo Rochel.

—Bien. —Di un paso atrás—. Buen trabajo a todos.

Los *commis* empezaron a ocuparse de la *mise en place,* y yo regresé a la cocina con la brigada para comenzar a preparar las estaciones para esa noche.

—Has echado a miembros del personal por mucho menos —comentó Deelylah, que se puso a mi lado para triturar unas hierbas aromáticas.

La miré de reojo y arqueé una ceja con gesto interrogativo.

—Ha llegado tarde, Ray. Y, por si fuera poco, se ha presentado despeinada, con el uniforme puesto de esa manera, y le ha faltado al respeto a Courtney. Te ha faltado al respeto a ti, a este lugar…

Apreté el mango del cuchillo que tenía en la mano.

—No es una novedad que esa chica no me gusta, pero no voy a insistir en eso —prosiguió Deelylah—. Porque la cuestión es que has echado a miembros del personal por mucho menos —repitió.

Inspirando por la nariz, cogí el afilador de los cuchillos.

—Concéntrate en las hierbas.

Ella iba a responder, pero la detuve.

—Las hierbas, Deelylah. —Empecé a afilar la hoja, y no pude evitar recordar el día en que se lo había enseñado a Avery—. Me encargaré de este asunto más tarde.

Aunque no tenía la más mínima idea de qué coño significaba. Ni lo que acababa de decir ni todo lo que había pasado.



Nos encontrábamos casi al final del primer turno cuando las cosas empezaron a irse a la mierda.

El ambiente en cocina había sido más frenético de lo habitual, había hecho repetir más de una vez algunos filetes, e íbamos con retraso en el servicio.

—Listo, chef.

Pulsé la campanilla del pase antes incluso de que Deelylah dejara el último plato bajo las lámparas. Pero, en cuanto lo hizo, chocamos sin querer y ella estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Eh. —Llevé las manos a su cintura, la atraje hacia mí, y sus dedos me aferraron los brazos—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona. —Me sonrió—. Gracias.

Le hice un gesto con la cabeza y me aseguré de que se había recuperado del todo antes de soltarla.

—Vale.

Cuando me aparté, volví a acercarme al pase. Y allí, con una mirada tan incendiaria que podría haber prendido fuego a toda la cocina, me encontré a Avery.

—Mesa doce —le dije, señalando la barra.

Era la única que quedaba por servir. Después, por fin, tendríamos unos minutos de respiro antes de que empezara el siguiente turno, y yo podría preguntarle qué coño le pasaba. O por qué seguía evitando mi mirada.

—¿El último plato está correcto? —preguntó con voz fría, señalando la comida que Deelylah había dejado justo antes de perder el equilibrio.

Fruncí el ceño, y mi *sous chef* se volvió hacia ella.

—¿Perdona?

Avery permaneció imperturbable.

—El chef no lo ha revisado. Solo he preguntado si puedo llevarlo al comedor. —Un destello cruzó sus ojos—. No querría volver a servir un plato equivocado.

Me quedé de piedra.

No estaba diciendo esas cosas delante de todos. No estaba usando ese tono. No podía ser tan estúpida, joder.

Deelylah dio un paso al frente y la cocina entera se sumió en el silencio. Toda la brigada presenciaba la escena.

—¿Qué insinúas exactamente? —Sus palabras vibraban de ira. Pero, de nuevo, Avery no se descompuso. Al contrario, hizo lo último que debería haber hecho.

Sonrió.

—No creo que se pueda describir como insinuación si se trata de la verdad.

Madre mía…

Deelylah inspiró de golpe.

—¿Cómo coño te atr…?

Presioné dos veces la campanilla del pase para interrumpirla.

Enseguida, una camarera morena se acercó a la barra.

—Mesa doce —le dije con brusquedad—. Deelylah, te dejo la cocina. —Crucé al otro lado del pase—. Tú, conmigo. —Agarré a Avery y la arrastré por el pasillo hasta empujarla dentro de mi despacho.

En cuanto cerré la puerta, se zafó de mí y retrocedió algunos pasos.

Su mirada permaneció pétrea.

—¿Qué coño haces? —estallé.

—Mi trabajo —respondió al instante.

—Tu trabajo es servir, no faltar al respeto a tu superior.

—No te he faltado al respeto a ti —replicó—. Y no le he faltado al respeto a nadie más. Estoy haciendo mi trabajo exactamente como me enseñaste a hacerlo: al máximo de mis capacidades. —Señaló la puerta—. No habías revisado ese plato, y lo sabes.

Apreté un puño junto al muslo mientras seguía estudiando su rostro. Los rasgos tensos, los labios apretados…

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Y una mierda. —Avancé hacia ella.

Algo tembló en su mirada. Y, en ese instante, me di cuenta de lo que se trataba.

En sus ojos no había ira. No había desprecio, ni desafío.

Había… inseguridad.

—Jovencita. Habla.

Avery tragó saliva.

—Habla.

—¿Qué hay entre tú y Deelylah? —Aquellas palabras salieron de sus labios tan deprisa que casi no las oí. Y me pillaron del todo desprevenido.

Estupefacto, fruncí el ceño.

—¿Y eso qué coño tiene que ver?

Cerró en un puño los dedos temblorosos.

—Me has dicho que hable, y lo he hecho. ¿Tú tienes intención de responder? Porque necesito saberlo. —La máscara gélida que había intentado mantener durante todo ese tiempo empezó a resquebrajarse—. Necesito saber si es verdad que lleváis meses acostándoos. Si hoy estabas con ella por eso. Y si… —Lanzó una mirada rápida al escritorio—. Si el vestuario de la brigada es el único sitio del restaurante donde habéis estado juntos. O si también ha pasado en otros sitios.

Algo extremadamente similar al dolor le atravesó los ojos, y yo me quedé del todo descolocado, sin la más remota idea de cómo reaccionar.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—No importa quién me lo haya dicho. Importa si es verdad.

Cada pieza del puzle encajó en su sitio.

—¿De verdad se trata de eso? —Avancé todavía más hacia ella—. ¿Te has pasado toda la noche poniendo en riesgo tu trabajo porque estás celosa?

Mis palabras parecieron golpearla en el pecho.

—¿Poner en riesgo mi trabajo? —repitió—. Aparte de llegar unos minutos tarde, dime un solo error que haya cometido hoy. Dime una sola queja que hayan hecho sobre mí los clientes o Rochel, una sola cosa que haya hecho mal. No puedes.

—Jovencita. —Mi voz era un gruñido.

—¿Qué? —insistió ella.

Cuando no dije nada, ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿es así como funciona? Si un amigo mío, solo un amigo, me roza, tú te pones como loco. Pero si yo me entero de que no soy la única de tu personal con la que te acuestas, ¿entonces soy una irrespetuosa? —Asintió despacio—. Perfecto. Muy bien.

No me dio oportunidad de replicar.

Pasó a mi lado para dirigirse a la salida. Yo me moví antes siquiera de darme cuenta.

Un instante antes, Avery tenía una mano en el pomo. Un segundo después, la giré hacia mí y le clavé la espalda contra la puerta.

—No te atrevas a irte.

—¿Es una orden?

Apreté con fuerza una mano junto a su cabeza.

—No es el mejor momento para desafiarme.

—No, desde luego —convino—. Déjame ir.

Intentó girarse. Pero yo, una vez más, la detuve.

—Tú has hablado. Ahora me toca a mí.

Avery no apartó la mirada, y tuve que obligarme a no distraerme con todo lo que se arremolinaba en sus ojos.

—¿Quieres saber si me he acostado con Deelylah? Sí.

Su sobresalto fue como una puñalada en mi pecho, y seguí hablando antes de darme cuenta de lo mucho que dolía.

—¿Quieres saber si alguna vez le he hecho las cosas que te he hecho a ti? No. ¿Quieres saber si la he tumbado sobre mi escritorio y he dejado que me volviera loco? ¿O si me la he llevado a mi casa y la he abrazado toda la noche, y aun así no tenía suficiente? No. —Me acerqué todavía más a su rostro—. ¿Quieres saber si la he rozado, aunque solo sea con un dedo, desde el día de nuestra primera clase en cocina? No.

Avery entreabrió los labios. Tenía la respiración agitada.

—¿Quieres saber si durante más de un mes no he estado con nadie porque la única en la que podía pensar eras tú? —Mi voz fue dura, inflexible—. Sí.

Sentía el latido irregular de su corazón.

—Rayden…

No la dejé terminar.

Sujetándole una muñeca, la obligué a bajar el brazo. Y le apoyé la palma sobre la erección que latía contra la entrepierna de mis pantalones.

Avery dio un respingo y abrió los ojos de par en par.

—¿Lo sientes, jovencita? —pregunté en un susurro ronco—. ¿Sientes lo que me haces? Cada vez que me miras, cada vez que me tocas. Cada vez que estás cerca de mí.

Ella contuvo el aliento.

—Cuando estoy contigo, solo pienso en que me gustaría empotrarte contra cada pared que nos rodea y hacerte mía de todas las maneras posibles. Y tener que controlarme es una puta tortura.

Empecé a moverle la mano, dejando que sintiera cómo crecía mi deseo. Las ganas desesperadas que tenía de ella.

—Incluso cuando no estás, pienso en ti. Todo el jodido tiempo. —Aumenté el ritmo—. Pienso en las miradas que me lanzas cuando los pensamientos que tienes en la cabeza son cualquier cosa menos inocentes. Pienso en cómo suspiras cuando tengo las manos sobre tu cuerpo, en los sonidos que te suben por la garganta cuando te beso. Pienso en lo jodidamente guapa que estás cuando te concentras tanto que te olvidas de todo lo demás… Y pienso en tu sonrisa. —Acerqué la mano libre a su mejilla y le rocé el labio inferior —. Tu estupenda e increíble sonrisa. —Sacudí ligeramente la cabeza —. Y esa es la cuestión, jovencita. Pienso en ti. —Encadené nuestros ojos—. Solo en ti.

Tenía las mejillas cada vez más rojas, y mi erección estaba cada vez más dura contra su mano.

—Así que puedes ponerte celosa de todas las mujeres que quieras. Pero ninguna, ninguna es capaz de provocarme esto. —Hice que cerrara todavía más los dedos, incapaz de contener el gemido que me vibró en el pecho—. ¿Lo entiendes ahora? —añadí a un suspiro de sus labios—. Estoy demasiado ocupado perdiendo la

cabeza por ti como para considerar siquiera la idea de follar con otra.

Un escalofrío la hizo temblar y acabé sintiendo ese mismo escalofrío en mi cuerpo.

Tras cada una de mis palabras, el caramelo de sus ojos se fundía más, y en ese momento ardía en llamas. Llamas que avivaban las emociones presentes en ella.

Las veía todas. Las sentía todas. Y, joder…

Joder.

—Quiero una respuesta —ordené—. ¿Lo entiendes ahora?

Avery apretó los labios. Pero ni siquiera ese gesto logró ocultar la sonrisa que intentaba contener.

No dijo nada, como si no pudiera hablar. Así que asintió. Me rodeó el cuello con el brazo libre. Y se puso de puntillas para besarme.

—No. —Presionándole el pulgar sobre la boca, me aparté unos centímetros, y la expresión de Avery cambió de inmediato.

—¿N-no? —Parpadeó—. ¿Por qué?

—Porque, independientemente de tus motivos, tu comportamiento de hoy ha sido inaceptable.

Todo el color desapareció de sus mejillas.

—¿Me… me estás despidiendo?

Negué despacio con la cabeza.

—No. Pero tampoco tengo la intención de premiarte.

Avery frunció el ceño mientras intentaba procesar lo que estaba pasando. Lo que quería decirle.

Solo tardó unos instantes en darse cuenta. Y el fuego en sus ojos se volvió cegador.

—¿Y qué piensas hacerme?

El tono de su voz, el modo en que sus dedos delicados volvían a moverse sobre mí…

¡Dios!

Nos giramos tan deprisa que se le escapó un jadeo, y cuando fui yo quien terminó con la espalda apoyada en la puerta, le lancé una

mirada tan intensa que hasta el incendio que ardía en ella pareció inmovilizarse.

Estaba esperando mi orden. Y yo no tardé ni un segundo más en dársela.

—Ponte de rodillas.

Le tembló el cuerpo, el deseo que sentía estalló entre nosotros.

—Sí, chef.

Sin dejar de mirarme, hizo lo que le había dicho. Y verla allí, delante de mí, con las pestañas batiendo suavemente y el pecho agitándose con cada respiración acelerada…

—Humedécete los labios.

Avery obedeció, y aquella imagen estuvo a punto de hacerme estallar allí mismo, en aquel momento, mientras me desabrochaba los pantalones y me bajaba los calzoncillos.

¿Cuándo demonios dejaría de provocarme ese efecto? ¿Cuándo dejaría de coger mi autocontrol y destrozarlo en pedacitos tan pequeños que me resultara imposible recomponerlo?

—Ahora, jovencita…, abre la boca.

Avery sonrió. ¡Sonrió! Y tomó mi erección entre los labios.

Hasta mis huesos parecieron quebrarse bajo la potencia de las sensaciones que empecé a notar, y un maldito torbellino de caos reemplazó la sangre en mis venas mientras Avery pasaba la lengua por mí… y comenzaba a succionar.

¡Joder!

Mis párpados intentaron cerrarse, mi cabeza quiso echarse hacia atrás, pero lo impedí.

No tenía la intención de apartar la vista de Avery. No tenía la intención de perderme ni un solo segundo de aquella escena. Porque era lo más excitante que había visto jamás.

Su mirada estaba clavada en la mía, y seguía siendo dulce. Seguía siendo inocente. Como si no estuviera mancillando sus labios en aquel momento. Como si no hubiera ensuciado ya cada centímetro de su alma.

Apoyando una mano en mi muslo, Avery llevó la otra hasta mi erección y cerró los dedos alrededor de la base. Y cuando empezó a moverlos lentamente, el gruñido que se me escapó desde el pecho fue tan intenso que ambos acabamos temblando.

—Joder.

Incapaz de contenerme, le aferré el cabello suave en un puño y me adentré más en su boca.

—Dios, jovencita, lo haces tan bien —gemí, luchando contra el hormigueo ardiente que me quemaba la espalda.

Necesitaba durar más tiempo. Necesitaba tenerla a ella durante más tiempo.

Avery aceleró el ritmo, tomándome tan a fondo que no estaba seguro de que pudiera respirar. Pero, joder, yo tampoco podía. Y cuando empezó a mover la lengua sobre mí, aumentando todavía más la presión…

Le apreté tanto el cabello que le deshice el moño.

—¡Dios!

Los mechones ondulados le enmarcaron el rostro, rozándole las mejillas encendidas. Y cuando un gemido ahogado le subió por la garganta, cuando sus dedos temblaron sobre mí…, perdí por completo el contacto con la realidad. Y exploté dentro de ella.

Una oleada arrolladora me recorrió el cuerpo y, al final, cerré los ojos y me dejé caer contra la puerta en un intento de contener las llamaradas que me consumían.

No oí a Avery ponerse en pie. Pero la sentí rodearme la cintura con los brazos y apoyar la frente en mi pecho, que se elevaba en intervalos irregulares.

No esperé ni un segundo antes de devolverle el abrazo. Y, estrechándola contra mí, apoyé la barbilla en su cabello mientras intentaba recuperar todo el aire que me había robado.

Pasaron varios segundos antes de que encontrara la fuerza para separarme ligeramente de ella. Pero, cuando lo conseguí, le tomé el mentón y le incliné la cabeza hacia mí.

—No tienes permiso para volver a ponerlo en duda. —Mi voz seguía siendo ronca. Y pétrea.

—¿El qué?

Le rocé los labios.

—El hecho de que soy tuyo.

Avery inspiró con brusquedad.

—¿Eres mío?

Mientras seguía acariciándola, me incliné hasta rozar su nariz con la mía.

—Soy tuyo, jovencita.

Una sonrisa lenta le curvó la boca y…

Dios, nunca había estado más guapa que en ese momento. Con el pelo revuelto, los labios hinchados y mi reflejo en sus ojos.

—¿Estoy perdonada ahora? —murmuró a un suspiro de mí.

No pude evitar sonreír.

—Estás perdonada.

—Entonces bésame, chef.



Capítulo 23

Avery

Mientras me mojaba las mejillas con agua fría, me miré al espejo. El moño volvía a estar perfecto, el uniforme estaba impecable de nuevo…, pero seguía preguntándome si se notaba. Si en mi cara era posible adivinar lo que Rayden y yo acabábamos de hacer.

«Soy tuyo, jovencita».

En cuanto las había pronunciado, esas palabras habían abierto un sendero en mi pecho y alterado el ritmo de mi corazón, que ahora las repetía con cada latido.

«Soy tuyo».

«Soy tuyo».

«Soy tuyo».

No intenté ocultar mi sonrisa, ni el hecho de que cada centímetro de mi cuerpo temblaba. No habría podido hacerlo, de todas formas.

Me miré una última vez en el espejo e inspiré. Luego, me dirigí hacia la puerta del baño y salí, lista para volver a servir a los comensales. El primer turno ya había terminado, y en el comedor empezaban a tomar asiento los nuevos clientes.

—Eh. —Talya corrió a mi lado en cuanto me vio—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—Deelylah estaba furiosa. ¿Cómo has conseguido convencer a Wade para que no te despida?

Me aclaré la voz rápidamente.

—No he tenido que convencerlo. No quería despedirme.

Ella abrió mucho los ojos.

—Vaya. Su humor debe de ser incluso mejor de lo que pensaba.

Reprimí una sonrisa.

—Eso parece.

—Bueno, pues aprovechémoslo mientras dure.

La campanilla del pase sonó y Talya desapareció al otro lado de la sala, mientras dos nuevos clientes tomaban asiento en mi mesa.

Cogí unos menús y me encaminé hacia ellos.

Y los reconocí.

—¿Wes?

Sentado a la mesa con una camisa blanca y una chaqueta elegante, él me sonrió.

—Eh, Ry.

—¿Qué haces aquí?

—Mi padre quería que saliéramos a cenar —respondió—. Te lo he comentado antes, ¿recuerdas?

—Yo… —Me había dicho que cenarían juntos. No dónde.

—Necesitábamos una noche de hombres —bromeó su padre, y yo me obligué a recordarme que estaba trabajando.

—Es un placer tenerlos aquí —dije con tono cordial, y Wes arqueó las cejas, desconcertado y divertido a la vez—. Señor Hudson. —Le tendí un menú.

—Gracias, querida. —Me sonrió, y pasé a ofrecerle el otro menú a su hijo—. Entonces…, ¿cómo estás?

Se me tensó la espalda y apreté los dedos alrededor del bloc que acababa de sacar del bolsillo del delantal.

—Papá, está trabajando —dijo en voz baja Wes.

—Oh, claro. Perdona.

Me obligué a sonreírle. A ser profesional. Porque sabía que podía hacerlo.

—Ningún problema, señor Hudson. Y estoy bien, gracias.

—Ah, me alegra mucho oírlo. —Una sombra de compasión le cruzó la mirada, y recé para que no me hiciera la siguiente pregunta. La que sabía que estaba pensando.

«No me lo preguntes. No me lo preguntes. No me lo preguntes».

—¿Y cómo…?

Me quedé inmóvil. Y Wes se dio cuenta.

—Papá.

El hombre lo entendió.

—¿Cómo te va trabajando en este restaurante? —preguntó en su lugar, y el alivio me inundó.

—Muy bien. Es un lugar fantástico —respondí con sinceridad—. Además de increíblemente bueno.

Ante eso, él asintió convencido.

—En eso no podría estar más de acuerdo.

Fruncí el ceño.

—¿Ya ha cenado aquí? —Intenté recordar si lo había visto después de la inauguración, pero estaba bastante segura de que no.

—No, pero he estado a menudo en el Black Gold. Conozco bien la cocina del chef Wade.

—Oh. —No pude evitar desviar la atención hacia Wes.

Se le había tensado la mandíbula y me rehuía la mirada. Pero no tenía tiempo de preguntarme qué significaba eso. Ni si el hecho de que su padre ya hubiera cenado en el restaurante de Rayden tenía algo que ver con todo el desprecio que Wes sentía hacia él.

—Bueno, el menú es el mismo que el del restaurante de los Hamptons —proseguí—. Pero hoy tenemos unos platos especiales muy interesantes. ¿Quieren saber cuáles son?

—Por supuesto —respondió el hombre, y empecé a enumerar los platos a base de filetes de trucha, vieiras marinadas y pesto de diente de león. Al final, anoté lo que iban a cenar y recogí los menús.

—Es raro que seas tú quien nos atienda —comentó Wes, que hacía un esfuerzo por volver a relajarse.

—Has sido tú quien le ha pedido a la *maître* que nos pusiera en su mesa —dijo su padre, y Wes me lanzó una mirada que parecía vagamente cohibida.

—Bueno, sí, porque habría sido aún más raro que se viera obligada a ignorarnos toda la noche —se justificó, y yo reí con timidez, sujetando los menús con un brazo.

—Prometo no ignorarlos —dije. Luego, cuando me aseguré de que no necesitaban nada más, me giré y fui a entregar las comandas a la cocina.

En cuanto me acerqué al pase, noté muchas miradas puestas en mí.

La de Rayden, que seguía ardiendo con las mismas llamas que había visto en sus ojos mientras estaba arrodillada frente a él.

La de los *chefs de partie,* que me estudiaban con sorpresa y curiosidad, como si no esperaran volver a verme.

Y la de Deelylah.

No estaba segura de qué hacer.

¿Disculparme?

¿Decirle que lamentaba haberla dejado en evidencia delante de toda la brigada?

¿Restregarle por la cara que Rayden me quería a mí?

Sabía que estar celosa era una estupidez. Sobre todo, después de lo que me había dicho Rayden en su despacho. Pero yo seguía viéndolo. El modo en que ella lo miraba, la forma en que parecía incapaz de mantenerse alejada de él…

La entendía. La entendía demasiado bien. Y eso era lo que me provocaba el frío nudo en el estómago. Pero no podía prestarle atención, no en ese momento. Así pues, me limité a entregarle la comanda a Rayden y regresé a la sala.

Por algún motivo, tenía la sensación de que iba a ser una noche extremadamente larga. Pero aún ignoraba por completo que no era solo una sensación.

Era una premonición.

Y las cosas estaban a punto de empeorar muy deprisa.

❀ ❀ ❀

Me incliné sobre la mesa, recogí los platos del postre y los apilé en un brazo.

—Espero que la cena haya sido de su agrado.

—Oh, sí —respondió satisfecho el señor Hudson—. Incluso mejor que en el Black Gold.

Le sonreí y me giré hacia el hijo.

—¿A ti te ha gustado, Wes?

Él se mostró indiferente.

—No ha estado mal.

—¿No ha estado mal? —repitió su padre, desconcertado, antes de dirigirse a mí—. ¿Tú te crees? Lo traigo a cenar a un restaurante con un cocinero que ha recibido estrellas y él va y dice que la comida «no ha estado mal».

Reí, pero me percaté de que Wes había apretado un puño bajo la mesa.

—Ya lo hemos entendido, papá, Wade es fantástico, no hace falta que sigáis repitiéndolo todos —soltó. Nosotros fruncimos el ceño.

—¿Qué te pasa, hijo?

Él tragó saliva.

—Nada.

—Probablemente el champán que he pedido se le ha subido a la cabeza. No debería habérselo dejado probar —dijo el señor Hudson, y yo le lancé una mirada a Wes.

Lo había visto beber en tantas ocasiones que había perdido la cuenta, y ambos sabíamos que su problema no era el alcohol. Era Rayden.

«¿Por qué?».

—En cualquier caso, querida, todo ha sido impecable. Gracias —prosiguió su padre, y yo volví a dedicarle mi atención.

—Se lo haré saber al chef.

—Bueno, en realidad… —El señor Hudson reflexionó un instante —. ¿Crees que podría felicitarlo en persona?

Wes se irguió en la silla.

Yo me quedé inmóvil.

—Si no es un problema, por supuesto.

—Ehm… —Me aclaré la garganta—. No, claro que no. Voy a ver si está libre.

Dejé los platos en la barra del *plongeur.** Luego, con la boca seca, me dirigí hacia el pase.

«Por favor, que esté ocupado».

«Por favor, por favor, que esté ocupado…».

Pero, al cruzar el umbral, vi que la brigada ya había empezado a limpiar. Las comandas de la noche ya estaban todas listas.

Cerré los párpados un instante, pero no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Así que inspiré hondo y me dirigí a Rayden.

—¿Chef?

Él me miró enseguida.

—¿Sí?

—Hay un cliente que querría felicitarlo en persona —le informé, y él alzó los ojos al techo mientras Deelylah se acercaba y le daba una palmada en el brazo.

Apreté los dientes.

—Ve a recibir la felicitación, Ray.

—Odio esta parte —murmuró en voz baja. Luego, tras ajustarse la bandana, salió del pase—. Vamos.

Vacilante, me puse a su lado, y no dejaba de preguntarme si tendría que decirle que se trataba de Wes. Pero quizá no lo reconocería. Tal vez, si tenía suerte, escucharía los cumplidos del señor Hudson y volvería enseguida a la cocina.

Quizá todo saldría bien.

Por favor…

Nos detuvimos en mi mesa, y me obligué a reprimir el nerviosismo mientras me aclaraba la garganta.

—Señor Hudson, este es el chef Wade.

Sin vacilar, el hombre se puso en pie y le tendió la mano a Rayden.

—Es un placer conocerlo.

Él se la estrechó antes de llevarse las manos a la espalda.

—El placer es mío.

Tenía una postura tan recta y rígida que recordaba a la de un comandante militar.

—Espero que hayan pasado una buena velada.

—Ha sido excelente. —El señor Hudson volvió a sentarse—. Justo le comentaba a Avery que he ido varias veces al Black Gold, en el pasado. Pero la cena de hoy ha superado a todas las anteriores.

Rayden asintió en señal de agradecimiento.

—Eso me hace muy feliz.

—Todo estaba exquisito, de verdad —continuó el hombre—. Pero mentiría si no dijera que parte del mérito se debe al servicio. —Me sonrió—. Wes, ¿no opinas tú lo mismo?

Por primera vez, Rayden desvió la mirada hacia Weston.

Vi cómo se le abrían los párpados ligeramente y cómo su mandíbula se tensaba de manera casi imperceptible.

Lo había reconocido.

Quizá por el nombre, quizá por el aspecto…

Pero lo había reconocido.

—De Ry no hay duda —respondió Wes con una sonrisilla mientras me guiñaba un ojo.

Oh, Dios.

—¿Ry? —repitió Rayden en voz baja, mirándome de reojo.

—Oh, Weston y Avery son amigos.

Wes centró su atención en Rayden.

—Vamos juntos al instituto.

Oh. Dios. No.

Mi estómago se hundió en lo más profundo, y dejó un vacío que fue reemplazado por una oleada de pánico. Lancé una mirada suplicante a Wes.

Pero él la ignoró.

—De hecho, estábamos juntos en la cafetería cuando le llegó la notificación de la oferta de este trabajo —prosiguió—. Y al día

siguiente la ayudé con los profesores, cuando tuvo que salir antes para poder asistir a la inauguración.

No podía respirar.

—Se lo decía a mi hijo justo mientras veníamos hacia aquí —retomó el señor Hudson—. No es nada fácil ir al instituto y trabajar a jornada completa…

«Por favor, parad».

«Parad, parad, ¡parad!».

—Pero de una chica como Avery no habríamos esperado otra cosa.

Ya no sabía a quién mirar.

Si al amigo que acababa de traicionarme.

Si al hombre que no tenía ni idea del peso de las palabras que acababa de decir.

O si al chef que parecía haberse convertido en una estatua de piedra mientras asimilaba una información que yo le había ocultado durante todo ese tiempo.

—Pero no hará falta que le diga a usted, chef, lo especial que es Avery, ¿verdad? —continuó, posando la mirada en mí—. Wes me ha hablado de los problemas que ha tenido con el director por haberse saltado tantas clases…

No podía creérmelo.

No era posible que todo aquello estuviera pasando de verdad.

No…

—Fue muy generoso por su parte ayudarla —concluyó, dirigiéndose a Rayden.

Tenía los puños a la espalda, tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos. Y le temblaban.

—Siempre intento poner a mis empleados en primer lugar.

El corazón se me detuvo.

Jamás le había oído usar una voz tan fría. Habría preferido que me arrastrara a su despacho, que gritara, que rompiera un plato… Cualquier cosa antes que volver a oír ese tono.

Pero los dos hombres de la mesa no lo notaron.

—Eso le honra —comentó el señor Hudson, que alisaba distraídamente la servilleta que aún tenía delante—. Bueno, no quiero robarle más tiempo. Solo quería felicitarlo en persona. Cuando supe que ya no iba a dirigir el Black Gold, reconozco que me supo mal —rio.

Sucedió en aquel momento.

Wes asestó el golpe final.

Y todo el aire desapareció de mis pulmones.

—Tú estabas allí, ¿verdad, papá? —preguntó con un interés fingido—. La noche en que apartaron a Wade de su restaurante.

El señor Hudson lo fulminó con la mirada. Las manos de Rayden dejaron de temblar.

—Cuando lo arrestaron.

El suelo pareció desaparecer bajo mis pies.

—¿Por ese motivo tuvo que dejar los Hamptons, chef?

—¡Weston! —lo reprendió su padre, antes de girarse hacia Rayden—. Por favor, no…

Rayden no le dejó terminar.

—Si me disculpan. —Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y regresó a la cocina.

—¿Qué demonios te pasa, Weston? —El señor Hudson parecía furioso—. Pero ¿qué tienes en la cabeza?

Si Wes respondió, yo no lo oí. Era incapaz de oír nada, salvo el eco de todo lo que se había dicho en los últimos minutos.

Rayden sabía que le había ocultado la verdad sobre mí.

¿Y él… había estado en la cárcel?

No tenía ni idea de cómo reaccionar. Qué creer. Cómo comportarme.

No podía ser cierto. No era posible.

¿Arrestado? ¿Habían arrestado a Rayden?

¿Por qué?

Mil pensamientos empezaron a atravesarme la mente como una tormenta de balas de la que no había escapatoria, y yo no sabía cómo ponerme a salvo. No podía ponerme a salvo.

Qué…

—¿Ry? —Alguien me llamó, y tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que era la voz de Weston.

«No tendrías que confiar en él».

Fue Wes quien me dijo esas palabras. Quien me dijo que Rayden no le gustaba, quien se tensaba cada vez que yo pronunciaba su nombre…

«No tendrías que confiar en él».

Pero yo lo había hecho.

Desde el principio.

Con la sangre negándose a fluir, recordé cada momento que habíamos pasado juntos.

Sus besos, sus caricias, la forma en que encajaba a la perfección entre sus brazos… La oscuridad de sus ojos, el dolor que llevaba dentro, la rabia que le latía bajo la piel… Y todo lo que me había contado sobre sí mismo, mientras me acariciaba como si temiera que solo su roce pudiera hacerme daño.

Yo confiaba en Rayden.

Había elegido confiar en él.

Y en ese momento…

En ese momento no quería dejar de hacerlo.

Tal vez era una locura, tal vez era insensato.

Pero no me importaba.

Tenía que haber una explicación. Y no le daría la espalda antes de oírla.

—Ry…

Giré la cabeza hacia la persona que siempre había considerado uno de mis mejores amigos mientras el mundo a mi alrededor, poco a poco, volvía a existir.

Todo lo que sentía, todo lo que experimentaba, era rabia.

—Ni se te ocurra. —Mi voz era gélida. Tan fría como lo había sido la de Rayden—. Ni se te ocurra hablarme.

Me di la vuelta y empecé a alejarme. Pero, antes de que pudiera dar siquiera dos pasos, Wes me agarró del brazo y me hizo girar.

Me encontré pegada a su pecho, con su rostro exageradamente cerca del mío.

—He intentado decírtelo, pero no has querido escucharme.

Me zafé de su mano.

—¿Así que has pensado en resolverlo así? ¿Corriendo el riesgo de que me despidieran? ¿Acusando a mi jefe de semejante cosa? ¿Traicionando mi confianza?

—¿Traicionando tu confianza? —repitió—. Todo lo que he dicho es verdad.

—¡Pero no te correspondía a ti decirlo!

—¡Tú no lo habrías hecho, Ry!

—¿Y a ti qué te importa? —Mi voz resonó demasiado alta, pero no conseguía controlarme—. Estamos hablando de *mi* trabajo, de *mi* vida, de *mis* decisiones. ¿Quién eres tú para venir aquí y estropearlo todo?

—No quería estropear nada, yo… —Wes se pasó los dedos temblorosos por el pelo, despeinando sus mechones rubios—. No lo entiendo, Ry, ¿vale? No entiendo cómo es posible que todo esto sea tan importante para ti, no entiendo cómo puede valer tanto como para que renuncies a gran parte de tu vida. Y no entiendo…

—¿Qué?

—¡Cómo coño lo prefieres a él!

Todos mis temblores se detuvieron, y aspiré tan bruscamente que sentí una punzada en el pecho.

Pero Wes se arrepintió enseguida de la última frase que había dicho. O, tal vez, se arrepintió de toda la noche. Lo vi en su mirada, en la forma en que el dolor llenaba sus ojos verdes…

La cólera que yo sentía se congeló.

—¿Todo bien, señores? —Courtney se acercó a nosotros. Y yo, de pronto, volví a ser consciente del lugar en el que nos encontrábamos.

Oh, Dios.

La mayoría de los clientes se habían girado en nuestra dirección, curiosos por saber qué ocurría. Algunos hablaban entre ellos, otros

se limitaban a inclinarse para escuchar mejor.

El ambiente del Ambroisie, que solía ser tranquilo y relajado, se había visto alterado, y yo era la causa.

Nuevos pensamientos estallaron en mi mente.

¿Habría críticos en la sala esa noche? O, peor aún…, ¿habría inspectores de la Guía Michelin? ¿Lo que acababa de pasar afectaría negativamente a su valoración?

Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios.

Sabía que Courtney estaba pensando lo mismo que yo. Y, aun así, no dejó de sonreír ni un instante.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

—Lo lamento, no sé qué le ha pasado a mi hijo. —El señor Hudson lo agarró por un hombro y, por fin, Wes se alejó de mí—. Fuera. Ve al coche y espérame allí. —Intentaba mantener la calma, pero sus ojos eran puro fuego. Aunque, cuando volvió a dirigirse a la jefa de sala, hizo lo posible por mostrarse cordial—. ¿Podría traerme la cuenta, por favor?

—Enseguida, señor. —Clavó su mirada gélida en mí, y su sonrisa se transformó en una curva afilada—. Ven.

Un pánico venenoso me subió por el cuello, enroscándose en espirales opresivas alrededor de mi garganta.

Sabía lo que estaba a punto de pasar.

Con el Ambroisie, con Rayden…

Lo sabía.

—Ry… —Weston intentó detenerme de nuevo. Pero, esa vez, me aparté antes de que pudiera tocarme.

—Vete, Wes. —Mi voz baja y dura lo estremeció—. Solo… vete.

Antes de que pudiera insistir una vez más, me giré y seguí a Courtney hacia lo que sería el final de todo. Hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijera, no serviría de nada.

Esta vez, ni siquiera Rayden podría salvarme. Incluso aunque pudiera, no estaba segura de que quisiera hacerlo. Tampoco estaba segura de que quisiera volver a hablar conmigo.

Las espirales alrededor de mi cuello se convirtieron en agujas incandescentes, y apreté con fuerza los labios para no mostrar todo lo que sentía.

Acababa de cruzar el umbral que separaba la sala del pase cuando algo vibró en el bolsillo trasero de mis pantalones.

Sobresaltada, toqué ese punto con la mano.

Mi teléfono.

Con las prisas, debía de haberme olvidado de guardarlo en la taquilla, sumando así otra infracción a la lista de normas que había roto en las últimas horas.

«Perfecto…».

—Escúchame atentamente. —Courtney se volvió hacia mí y, de pronto, me sentí pequeña… y mal—. Ahora voy a preparar la cuenta de la mesa y tú te vas a ir al despacho del chef. No dirás ni una sola palabra hasta que yo también esté presente. Así que te recomiendo que aproveches este tiempo para inventarte una justificación plausible para todo lo que ha pasado. ¿Me he explicado?

Asentí. Era incapaz de formar palabras con la lengua mientras todo ese caos rugía dentro de mí.

Courtney se quedó mirándome un último instante, impasible. Al final, me dio la espalda y se fue a la caja. Y yo…

Yo me pasé ambas manos por el pelo, intentando tomar una bocanada de aire que no consiguió calmar la necesidad de oxígeno que tenía.

Una parte de mí quería gritar. Otra quería llorar. Otra quería correr hacia Rayden y explicárselo todo, decirle que lo sentía, que había cometido un error al no decirle la verdad…

Pero mi teléfono siguió vibrando.

Mientras volvía a moverme, mientras avanzaba por el pasillo, mientras me acercaba al despacho de Rayden…

Siguió vibrando.

Una y otra vez.

Había llegado a la puerta cerrada cuando lo saqué del bolsillo, decidida a apagarlo e ignorar cualquier cosa que no estuviera al otro

lado del umbral que tenía delante.

Pero entonces vi la pantalla.

Y reconocí el número que me estaba llamando.

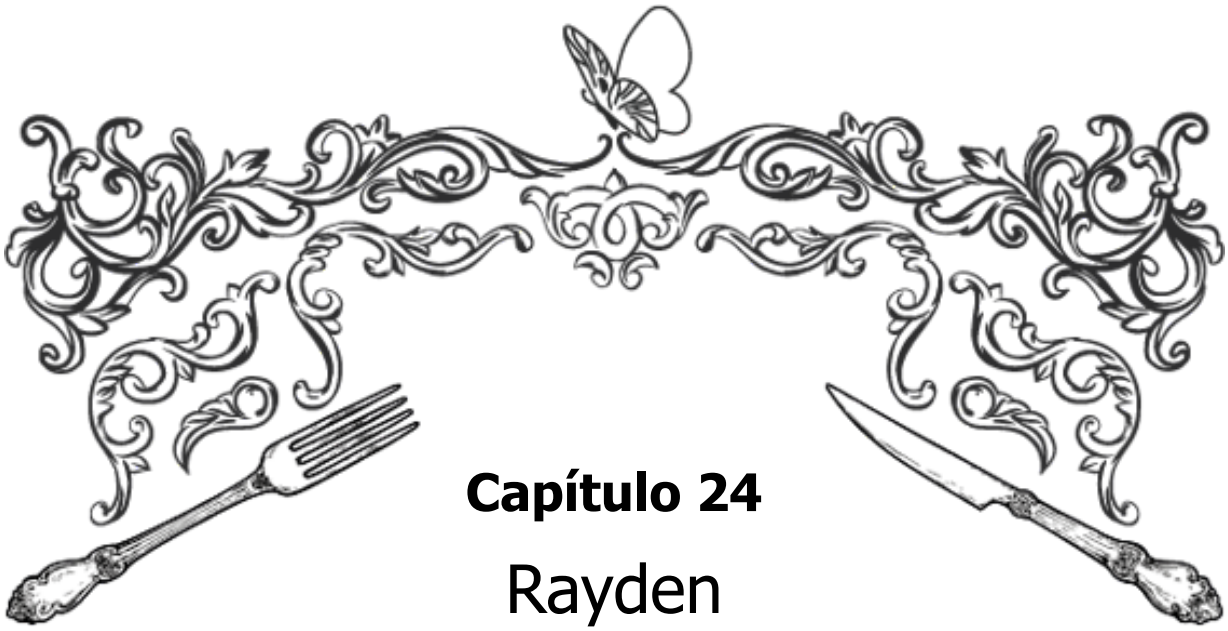
Cuando Wes había revelado que aún iba al instituto, lo primero que había pensado era que la noche no podría ir peor. Luego cambié de idea, cuando acusó a Rayden de que lo hubieran detenido. Pero, en cuestión de un segundo, comprendería que aquellas cosas no eran nada en comparación con la noticia que estaba a punto de recibir. En un segundo, todo lo demás perdería importancia. El restaurante, mi trabajo…

Y Rayden.

Me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Diga?

* Encargado de limpiar platos, cubertería, cristalería y cualquier utensilio que se utilice en la cocina. *(N. de la T.)*



Capítulo 24

Rayden

«Instituto».

Esa palabra me agujereaba la cabeza como un tornillo oxidado que giraba y giraba sin parar en mi cerebro.

«Instituto».

Avery iba al instituto. ¡Era una niña, joder! Y yo…

«Tú estabas allí, ¿verdad, papá? La noche en que apartaron a Wade de su restaurante. Cuando lo arrestaron».

Una oleada de furia me golpeó, violenta y corrosiva.

—¡A la mierda!

Agarré el portalápices de cristal del escritorio y lo lancé contra la pared, con la respiración jadeante y los músculos temblorosos.

Necesitaba destrozar algo. O pegar a alguien. Preferiblemente al mismo hijo de puta celoso que había provocado todo aquel desastre.

«Wes solo es un amigo mío».

No. Él no quería serlo.

Quería a Avery.

Y Avery…

Joder, ¡Avery iba al instituto!

Y nunca me había dicho nada. Después de lo que había pasado entre nosotros, después de todo lo que habíamos hecho juntos,

después de la manera en que yo me había abierto…

¡Joder!

Me alejé del escritorio y crucé el despacho a grandes zancadas. Tenía que verla. Tenía que encontrarla, hablar con ella, entender…

Pero, en cuanto abrí la puerta, me quedé inmóvil.

Ella ya estaba allí, en el umbral, de espaldas…

Al teléfono.

Avery estaba al teléfono.

A pesar de lo que había ocurrido, hablaba por teléfono.

—¿Me estás tomando el pelo?

Ella se estremeció, pero no se volvió.

Y en lugar de darme explicaciones, en lugar de mirarme al menos a los ojos…, se presionó un dedo contra el oído libre.

Una sensación tan amarga que me revolvió el estómago me subió por la garganta.

—¿Es una puta broma?

Al fondo del pasillo, algunos camareros se habían detenido para observar la escena mientras, a sus espaldas, Courtney, Deelylah y parte de la brigada salían de la cocina.

Todos contenían la respiración, todos tenían los ojos muy abiertos y expresiones alarmadas.

Todos, salvo la única persona que me importaba.

—Sí, yo… —la oí decir. Y mi paciencia se evaporó como el vino que se evapora con el fuego.

Avancé y le agarré la muñeca, decidido a arrancarle el teléfono de la mano y estamparlo contra la pared.

—¡No! —El pánico en la voz de Avery me dejó petrificado, y vi que se apartaba de un salto y aferraba con más fuerza el teléfono—. Sí, no, sigo aquí —añadió con voz entrecortada.

¿Cómo…?

¿Qué coño pasaba?

—¿Qué? No… —Avery empezó a temblar. Bajó la mano de la oreja y se la llevó a la cara para taparse la boca—. No…, no, no, ¡no! —

repitió, sacudiendo la cabeza—. V-vale. Sí. Yo… —Su voz se quebró —. Voy ahora mismo.

«¿Voy ahora mismo?».

¿Creía que podía irse?

Colgó la llamada. Y yo, que recorté en un paso todo el espacio que nos separaba, me acerqué a ella.

—A mi despacho. Ahora.

Avery se estremeció y se volvió en mi dirección. Y una punzada que no pude contener me atravesó el pecho.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, los labios pálidos y temblorosos. Y su mirada… su mirada ya no contenía ni siquiera una chispa de luz.

En ella solo había dolor. Un dolor profundo e inmenso.

—Qué coño…

—Lo siento —susurró—. Por todo, Rayden, tienes que creerme… Lo siento.

En menos de un segundo, se quitó el delantal y me lo tendió. Luego, echó a correr hacia el vestuario del personal. Y desapareció por completo de mi vista.

Inspiré con brusquedad.

Rabia.

Confusión.

Incredulidad.

Preocupación…

Todas esas emociones estaban ahí, bajo mi piel, como los relámpagos de una tormenta que desgarra las nubes. Solo que me estaban desgarrando a mí.

Una parte de mí habría querido ir tras ella y obligarla a hablar conmigo. Otra, abrazarla y preguntarle si estaba bien. Pero la última parte, la que me esforzaba por mantener bajo llave, la que alimentaba la oscuridad contra la que luchaba día tras día… Esa salió a la superficie con violencia. Y tomó el control de mi cuerpo.

¡Joder!

Estampé el puño contra la pared antes de que pudiera siquiera darme cuenta.

Sentí el yeso quebrarse bajo el golpe, los huesos estremecerse, la piel de los nudillos abrirse. Y la sangre correr.

—¡Rayden!

La voz alarmada de Deelylah me atravesó la mente, abriéndose paso en la tormenta que rugía dentro de mí.

Me giré de golpe en su dirección. Y en la de todos mis empleados, que aún no habían tenido la decencia de marcharse.

—Fuera —siseé con frialdad. Y, cuando nadie se movió, grité—: ¡Fuera! ¡Todos! ¡Ahora!

Camareros y chefs reaccionaron al instante. Unos se encaminaron hacia la sala del personal, otros regresaron a la cocina. Algunos intentaban disimular el sobresalto.

¡Joder, joder, joder!

Todavía al borde de la explosión, me marché de nuevo a mi despacho. Porque necesitaba destrozar algo más.

Joder, necesitaba destrozarlo todo.

—Ray…

Courtney y Deelylah entraron en el despacho después de mí y cerraron la puerta enseguida. Yo me obligué a inspirar hondo y pensar con claridad.

Tenía que aplacar el caos. Y restablecer el orden.

Dentro y fuera de mí.

—¿Los clientes? —pregunté de mala gana a Courtney. De un modo u otro, lo que acababa de suceder perjudicaría al restaurante, y tenía que pensar en cómo protegerlo.

La jefa de sala, sin embargo, negó con la cabeza.

—Ya se han ido todos. No te preocupes por eso, va…

—¿Qué demonios ha pasado, Ray? —la interrumpió Deelylah. Parecía preocupada. Consternada.

Pero no era nada en comparación con lo que había visto en Avery.

Mis emociones volvieron a retorcerse, hinchándose cada vez más en mi pecho.

—¿Y quién es esa chica? —añadió, señalando el pasillo donde hacía un momento se encontraba Avery—. ¿Quién es para ti?

Mi voz se redujo a un silbido afilado.

—Ojalá lo supiera.

Una risa amarga curvó los labios de Deelylah.

—¿En serio? ¿No lo sabes? Porque desde que empezó a trabajar aquí te comportas de forma distinta. Sobre todo, cuando se trata de ella.

Apoyé las palmas sobre el escritorio e incliné la cabeza. Me temblaban los músculos.

—No es buena idea hacerme cabrear aún más en este momento.

—¿O qué? ¿Destrozarás el despacho? ¿Pondrás todavía más en riesgo el Ambroisie? —me desafió, y yo la fulminé con la mirada—. ¿O es que también intentas romperte la otra mano?

—Ray… —Courtney se llevó dos dedos a la boca, y en ese momento reparó en la sangre que me manchaba los nudillos.

—¿Qué hay entre tú y la camarera? —continuó Deelylah—. ¿Estáis juntos?

Apreté el puño magullado, sentí punzadas agudas recorrerme el dorso.

—No —mentí. Aunque, joder… No sabía si era realmente una mentira. Porque ya no estaba seguro de cuál era la realidad.

«¡Mierda!».

—¿Y nos lo tenemos que creer? —El tono burlón de Deelylah fue gasolina para mi furia.

—Me importa una mierda lo que creáis.

—Pues ¿sabes qué? A mí me importa. A nosotros nos importa —siguió insistiendo ella.

Palabra tras palabra, el mundo ante mí se teñía de negro. Y todo, todo temblaba.

—Cuando decidiste acusarme por culpa suya, no dije nada.

Ya no controlaba mi cuerpo. Ni mi mente.

—Cuando decidiste vengarte de mí por algo que ella se había inventado, lo acepté.

Todo era oscuridad.

Todo era… caos.

—Pero ahora que estás comprometiendo el restaurante a propósito, ahora que estás a punto de tirar las estrellas por el retrete por ella, ¡nos debes una explicación, Ray!

Caos.

Caos.

Caos.

—Nos debes…

Caos.

—¡No os debo una mierda!

Lo vi ocurrir a cámara lenta.

Cerré los dedos alrededor del pisapapeles que había sobre los documentos. Y lo lancé al otro lado del despacho.

Un golpe seco resonó entre las paredes en cuanto se produjo el impacto, y en la pared más alejada respecto a donde nos encontrábamos se formó una hendidura con grietas alrededor como los hilos de una telaraña.

Deelylah se estremeció.

Courtney gritó.

Y el aire que estaba a punto de tomar de forma entrecortada se me atascó en la garganta.

¿Qué…?

Parpadeé, y al fin volví a ver lo que tenía delante. A ver de verdad. Y…

Joder, no.

No, no, no…

Courtney y Deelylah estaban pálidas. Tenían los ojos muy abiertos, la respiración agitada.

N-no…

Conocía esa mirada. Conocía esa expresión. Porque la había visto casi a diario, durante años enteros.

Solo que, aquella vez, iba dirigida a mí.

Tenían miedo de mí.

¡No!

¿Qué coño había hecho?

¿Cómo había podido permitirlo?

—Lo… —Retrocedí, sacudiendo la cabeza—. Lo siento.

Ellas fijaron la atención en mí, y recé para que pudieran leer las disculpas en mis ojos, para que entendieran que no tenía ninguna intención de hacerles daño a ellas…

Jamás haría algo así, jamás.

Y sin embargo…

Miré el pisapapeles tirado en el suelo, y una sensación de náusea me invadió de forma tan violenta que mi cuerpo estuvo a punto de romperse.

—Ray. —Deelylah llamó mi atención. Sus facciones ya se habían relajado y el miedo en sus ojos se había disipado—. Todo va…

Dio un paso hacia mí.

Y yo retrocedí de golpe.

No.

No podían acercarse.

No mientras yo…

Eché una última mirada al pisapapeles.

¡No!

Tomé aire rápidamente. Tragué con dificultad. Y les dediqué otra expresión avergonzada.

—Lo siento —repetí. Y entonces, salí disparado del despacho.

—¡Ray! —me llamaron, y un instante después oí sus pasos detrás de mí.

No me detuve.

Seguí avanzando a toda velocidad, hasta salir del restaurante y sumergirme en la noche.

A correr en la noche.

Necesitaba respirar. Recuperarme y encontrar el modo de poner fin a la tormenta que llevaba en el pecho. Pero…

«Después de todo, resulta que has salido a mí».

Su voz estaba ahí, en mi mente. Y alimentaba la tormenta que tenía como único objetivo torturarme.

Sus rayos eran escenas de un pasado lejano.

Sus gotas, una lluvia de recuerdos.

Sus truenos, ecos de gritos imborrables.

Y yo…

Lo reviví todo.

Aquel día de hacía doce años.

Los gritos. La sangre. Las lágrimas.

Y aquel día de hacía siete meses.

Más gritos. Más sangre. Más lágrimas.

Oí el sonido de la piel desgarrándose bajo los golpes.

Los míos, los suyos.

Oí los huesos rompiéndose con golpes secos.

Los míos, los suyos.

Oí las súplicas que invadían el aire.

Las suyas. Solo las suyas…

Y entonces, apareció el rostro de ella.

La derrota en sus ojos. Las grietas en su alma. Y el dolor grabado en cada centímetro de su cuerpo.

Me dejé caer contra la pared de un edificio, usando toda mi fuerza para resistir aquella tortura. Pero mi mente aún no había terminado conmigo, y nuevas escenas se superpusieron a las antiguas.

La expresión asustada de Courtney y Deelylah cuando había lanzado el pisapapeles. El grito aterrorizado de Avery cuando la había tocado. El miedo que se había agitado en sus ojos cuando se había girado para mirarme…

«Después de todo, resulta que has salido a mí».

—No —grité, y di un puñetazo a la pared—. ¡No, joder, no!

El aire no me llenaba los pulmones, el corazón me latía demasiado rápido, mis huesos seguían temblando y estaban a punto de quebrarse…

No sabía qué era lo que más necesitaba en ese momento.

Calmarme. Desterrar mi pasado. Entender qué le ocurría a Avery…

Encontrarla. Ayudarla…

Recordarme que yo no era él.

Yo. No. Era. Él.

No me di cuenta de en qué momento volví a caminar, ni de las calles que recorrí a oscuras. Pero, al final, me encontré frente al único lugar al que había querido llegar desde el momento en que había salido del restaurante.

La casa de Avery.

Atravesé el sendero a grandes zancadas y, sin detenerme siquiera a pensar, cerré el puño y empecé a llamar a la puerta.

Tenía que verla.

Dios, necesitaba verla.

Pero la puerta permaneció cerrada. Y la casa, en silencio.

Llamé otra vez.

Y otra.

Y otra más…

Pero nada cambió.

La casa estaba vacía.

La garganta se me cerró y golpeé la palma de la mano contra la madera con tanta fuerza que el marco tembló.

¿Dónde coño estaba? ¿Qué le había pasado?

¿Estaba bien?

—¡Joder!

Me giré, me presioné la base de las manos contra las sienes y cerré los ojos. No tenía ni idea de dónde buscarla. Pero volvería a casa, tarde o temprano. Tenía que volver a casa. Y entonces…

La luz de dos faros me cegó, y unos neumáticos chirriaron sobre el asfalto mientras un motor se detenía de golpe.

Ahora había un coche aparcado frente al sendero. Y yo permanecí inmóvil mientras la puerta del conductor se abría y una chica salía de él.

Sin aliento, empezó a correr hacia la casa. Pero se detuvo con brusquedad en cuanto me vio.

Abrió los ojos de par en par, se quedó con la boca entreabierta.

—¿Tú? —preguntó en un suspiro—. ¿Qué… qué haces aquí?



Capítulo 25

Avery

«My heart going boom-boom-boom…».

No podía tener las piernas quietas.

Acurrucada en el sillón acolchado, con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza inclinada hacia delante, estaba haciendo todo lo posible por sujetarlas y evitar que oscilaran. Pero seguían moviéndose arriba y abajo, siguiendo el mismo ritmo acelerado de mi corazón.

Sabía que era una forma de descargar la tensión. Que era el único recurso que tenía mi cuerpo para intentar aliviar la agitación. Solo que no estaba funcionando. Nada podría funcionar. No después de lo que había pasado.

«My heart going boom-boom-boom…».

Un escalofrío me recorrió la piel, y apreté todavía más los brazos alrededor de las rodillas.

Me estaba congelando.

Me habría gustado ir a la máquina expendedora y tomar algo caliente. Pero, aunque hubiera reunido el valor para abandonar mi asiento, no habría podido comprarme nada. No llevaba la cartera. No tenía nada. Todo se había quedado en la taquilla del restaurante y…

Dios, el restaurante…

Cerré los ojos con fuerza y presioné la frente contra las rodillas.

¿Cómo era posible que todas esas cosas hubieran sucedido en una sola noche? ¿Por qué habían sucedido? ¿Y por qué…?

El enésimo sollozo me quemó el fondo de la garganta.

¿Por qué no podía obtener una tregua? De la realidad, de mi vida…, de todo lo que seguía amenazando con destruirla…

¿Por qué?

«Boom-boom-boom…».

Nuevos sollozos se acumularon en mi tráquea, hasta que no quedó espacio para el aire y sentí que estaba a punto de ahogarme. Pero me negaba a liberarlos. Me negaba a venirme abajo.

Todavía no.

Aquí no…

Todavía no.

Tragué con dificultad, levanté de nuevo la cabeza y parpadeé, intentando deshacerme de las lágrimas que me humedecían las pestañas.

Fue entonces cuando lo vi.

Me puse en pie tan deprisa que el suelo mismo pareció tambalearse.

Cómo…

Qué…

—¿R-Rayden?

Con los ojos fijos en mí y la chaqueta negra de chef todavía puesta, siguió avanzando en mi dirección. Tenía una expresión tensa, y en la mano…

En la mano llevaba mi mochila. La que debería estar en mi habitación. En casa.

Sacudí la cabeza.

—¿Q-qué…?

Se detuvo frente a mí, ocultando cualquier emoción.

—He conocido a tu amiga.

Fruncí el ceño, intentando calmar la mente lo bastante como para darle sentido a todo.

—¿Mandy?

La había llamado a ella en cuanto había llegado al Hospital Pilgrim. Le había explicado lo que había pasado y le había pedido que me trajera ropa de abrigo para cambiarme. Pero, aun así, no lo entendía.

—¿Cómo la has conocido? —pregunté con voz débil.

—Yo estaba en tu casa cuando ha llegado. Te estaba esperando. —Dejó la mochila sobre el sillón junto al que había estado sentada y encadenó nuestros ojos. Traté desesperadamente de descifrar su mirada.

No lo conseguí.

—¿Qué coño está pasando, jovencita?

Entreabrí los labios sin tener la menor idea de qué decir. Qué hacer.

—No…

Se me aceleró la respiración, la garganta me ardía de nuevo.

—N-no…

Las lágrimas contra las que no había hecho más que luchar volvieron a invadirme los ojos. Solo que, esta vez, fluyeron por mis mejillas.

La expresión de Rayden cambió de repente.

Antes de que pudiera cubrirme la cara, antes de que pudiera ocultarle todo lo que sentía en aquel momento, acortó la distancia entre nosotros y me rodeó con los brazos.

—Eh… —Su calor me envolvió, y cada parte de mí empezó a temblar mientras hundía el rostro en su pecho y dejaba que me sostuviera. Que me ayudara a mantenerme en pie. Porque yo ya no tenía fuerzas para hacerlo.

—N-no… No…

Rayden me abrazó todavía más fuerte, como si intentara hacerme de escudo. Protegerme de lo que me rodeaba. Y mi llanto se intensificó todavía más.

No tenía la menor idea de cuánto lo necesitaba. De cuánto necesitaba sentirme protegida, sentirme a salvo… No tenía la menor

idea.

—Todo va bien —murmuró con una dulzura increíble, acariciándome el pelo—. Todo va bien…

Aquellas tres palabras se abrieron paso dentro de mí, alcanzando partes de mi alma que nunca permitía que nadie viera. Y todos los sollozos que había intentado reprimir estallaron en mis labios, desgarrándome la garganta.

—No. —Me apreté todavía más contra él—. No es verdad. No… no es verdad…

Durante un tiempo tan largo que me pareció infinito, Rayden me dejó llorar. Y en ningún momento me dijo que parara, ni que me calmara. Simplemente, me abrazó todo el rato, mientras me protegía de una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

—Lo siento —susurré entre lágrimas cuando, por fin, mis sollozos se apaciguaron—. Lo siento…

No sabía muy bien por qué se lo decía. Quizá por haberlo mantenido al margen de todo, quizá por todo lo que había pasado aquella noche. Quizá por razones que ni siquiera alcanzaba a comprender.

Sentí su aliento cálido entre el cabello, como si hubiera suspirado.

Al cabo de un segundo, me llevó hasta el sillón que yo había ocupado hasta que él había llegado, se sentó y me colocó sobre sus piernas.

Una vez allí, sin dejar de rodearme con un brazo, llevó dos dedos bajo mi barbilla y me inclinó la cabeza hacia él.

Vi que estudiaba mi rostro, que buscaba respuestas en mis ojos, que seguía el recorrido de mis lágrimas…

—Dime qué está pasando. —Me pasó el pulgar por el pómulo—. La verdad.

«La verdad».

El estómago se me cerró y el frío volvió a posarse sobre mi piel.

«La verdad».

—¿Mandy no te ha dicho nada?

Negó con la cabeza.

—Solo me ha pedido que te trajera eso. —Señaló la mochila—. Y que viniera aquí.

—¿Por qué no ha venido ella también?

—Puedes llamarla, si quieres que venga ahora. Pero ha pensado que preferirías hablar conmigo a solas. —Su mirada se volvió inescrutable otra vez—. Hazlo, jovencita. Habla conmigo.

El corazón se me agrietó. Porque, por primera vez, las palabras de Rayden no eran una orden.

Eran una súplica.

Nuevas lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

No podía seguir escondiéndome. No quería seguir escondiéndome. No de él.

Le había dicho que era suya, y quería serlo. Quería que tuviera hasta la última parte de mí. Incluso si después decidía no quedarse con ninguna.

—Yo… —Me humedecí los labios y sentí el sabor salado de las lágrimas en la punta de la lengua—. Vale.

Rayden no dijo nada cuando aparté la mirada de la suya, y deseé que eso bastara para que la voz no me temblara demasiado. Si mi relato resultaba incomprensible, no tendría fuerzas para repetirlo.

—Hace unos meses fue mi cumpleaños —empecé a contar—. Mi padre… —Un dolor agudo me estalló en el centro del pecho, y apreté el puño hasta que los nudillos se me pusieron blancos—. Me llevó a cenar al Geranium. Hacía años que soñaba con cómo sería cenar en un restaurante como ese, y cuando me dijo que había reservado mesa allí… —Una sonrisa con un regusto increíblemente amargo me tensó los labios—. Todo me parecía perfecto. Mi vida me parecía perfecta. Pero aquella noche… —Se me formó un nudo en la garganta y cerré el puño hasta clavarme las uñas en la palma—. A-aquella noche, nosotros… —Contuve las lágrimas—… tuvimos un accidente.

Debajo de mí, Rayden se tensó.

—Un camionero sufrió un infarto mientras conducía y murió en cuestión de segundos. Y su camión nos echó de la carretera.

Rayden dijo algo. Tal vez una pregunta, tal vez una palabrota. No lo oí.

Tan solo oía la lluvia golpeando el parabrisas. El metal del coche arañando el asfalto. Los gritos apremiantes de los sanitarios que nos socorrieron.

—Recuerdo… recuerdo que estaba atrapada. El cinturón… —Mientras seguía apretando una mano en un puño, me llevé la otra al pecho y froté con fuerza. Era casi como si estuviera allí de nuevo, en nuestro coche—. El cinturón me tenía atrapada. Y no… no podía llegar hasta mi padre. —Me giré hacia Rayden, y todo el dolor presente en mis ojos se reflejó en los suyos—. Él estaba ahí, a mi lado…, pero no podía acercarme —dije—. Sangraba. Sangrábamos los dos. Pero él… —Se me quebró la voz—. No sabía cómo ayudarlo —confesé en un susurro—. No abría los ojos, Rayden. Intenté hablar con él, despertarlo…, pero no abría los ojos. Y yo no sabía qué hacer, no… n-no… Y-yo…

Rayden apretó más los brazos alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él, y yo me derrumbé sobre su hombro, incapaz de dejar de llorar.

—No sabía qué hacer —repetí, con la voz cada vez más rota—. Pero… pero entonces llegaron los servicios de emergencia y me sentí aliviada. Porque ellos tenían que saberlo. Cómo ayudarlo… Ellos tenían que saberlo. Solo que… —Dolor. Sentía dolor en todas partes —. Mi padre también estaba atrapado. No podían liberarlo. Y… y…

Cuanto más fuerte me abrazaba Rayden, más convencida estaba de que intentaba mantener unidos los pedazos en los que me había roto. Y aquella era la primera vez en que no era yo quien tenía que hacerlo. La primera vez que me permitía romperme, sabiendo que había alguien que no permitiría que me destruyera.

—Lo recuerdo todo de aquellos momentos. Cada sonido…, c-cada olor…, cada instante…

Me temblaba el puño, pero ese temblor cesó justo en el momento exacto en que los dedos de Rayden se entrelazaron con los míos, obligándome a aflojar la presión.

Me aparté un poco para mirarlo, y sus ojos atraparon enseguida los míos.

—A mí, jovencita. Apriétame a mí. Hazme daño a mí. —Pasó la punta del dedo índice sobre los surcos que me había hecho en la palma—. A mí.

Tragué con fuerza. Tragué dolor y lágrimas, alivio y gratitud. Fragmentos de alma reducidos a ceniza y pedazos recompuestos de corazón.

—Al final lo consiguieron. Sacarlo —susurré—. En cuanto llegamos al hospital, lo llevaron a quirófano. Y esas… esas fueron las horas más largas de mi vida.

Me vi a mí misma acurrucada en el suelo del pasillo, mientras me negaba a estar en la habitación que me habían asignado. Vi a Mandy acariciándome el pelo, a Trent estrechándome contra él, a Wes gritándoles a las enfermeras que me dejaran donde estaba.

Y luego, recordé el momento en que el cirujano apareció al otro lado de las puertas. Y la expresión que tenía.

—Habían tardado demasiado —proseguí, apenas capaz de oír mis propias palabras—. En sacarlo del coche. La hemorragia se había extendido demasiado, el daño era demasiado grave…, y mi padre… mi padre entró en coma. —Más lágrimas. Más sollozos ahogados—. No ha vuelto a despertar. Desde entonces… no ha vuelto a despertar.

Su mirada se llenó de una serie de emociones que no fui capaz de identificar, y pasaron minutos enteros en los que no hizo otra cosa que absorber todo lo que le había contado, en un intento por metabolizarlo.

—Lo siento, jovencita. —Sin soltarme la mano, Rayden pasó la otra por las lágrimas que me mojaban la mejilla—. Lo siento muchísimo…

Me incliné hacia su caricia y cerré los ojos.

Por un instante, su calor se difundió en mi interior y alivió la tensión que me contraía los músculos y me oprimía el estómago.

Pero solo fue un instante. Porque, muy pronto, su voz llenó de nuevo el silencio entre nosotros, y el frío volvió a cortarme la piel.

—¿Por qué no me habías contado nada de esto?

—Es… —Suspiré y abrí de nuevo los ojos—. Es complicado.

Rayden siguió pasándome los dedos por el pómulo en caricias lentas y suaves. Estaba esperando a que tomara mi decisión. Abrirme del todo o seguir ocultando al menos esa parte de mí.

Pero no había ninguna parte de mí que no se encontrara ya entre sus brazos. Y que no sintiera la necesidad de estar exactamente allí, encajada en su abrazo.

—Después del accidente, todo cambió —seguí explicando—. Y no me refiero solo desde el punto de vista… personal. Quiero decir, sí, mi vida se fue al traste, mi cotidianidad se hizo añicos, tuve que aprender a hacer muchas cosas por mi cuenta, asumir responsabilidades que me hacían sentir al borde de la asfixia, pero… las demás personas también cambiaron. —Me encogí de hombros—. Mis compañeros, mis profesores…, incluso mis mejores amigos. Todos empezaron a tratarme de forma distinta. A mirarme de forma distinta. Como si les diera pena, como si… —Intenté reprimir una nueva oleada de dolor—. Como si mi padre no hubiera sobrevivido a aquella noche y yo estuviera… sola. Huérfana. —Esa última palabra me desgarró la garganta, haciéndome sangrar lágrimas contenidas y gritos sofocados—. Pero no estoy sola. Mi padre sobrevivió, no estoy sola…, y aún hay esperanza. La hay. —Mis dedos temblaron entre los suyos—. Despertará, Rayden. Lo sé. Sé que un día abrirá los ojos y volverá a sonreírme, porque eso es lo que siempre me ha enseñado. A no rendirme. A seguir adelante. A hacer cualquier cosa para alcanzar mis objetivos…

«Pase lo que pase, sigue luchando».

—Despertará —repetí—. Y tú… tú eres la primera persona a la que no he tenido que intentar convencer.

Un pequeño surco se dibujó en su frente, y busqué la forma de hacerle entender a qué me refería. De meterlo en mi cabeza y mostrarle la realidad a través de mis ojos.

—Tú me miras… y me ves a mí. No ves a alguien que merece compasión, a alguien ingenuo que espera lo imposible…, a alguien horrible.

Ante aquello, cada rasgo de Rayden se endureció.

—¿Por qué coño tendría que mirarte y ver a alguien horrible?

El hecho de que aún no lo hubiera entendido, o que pareciera enfurecido ante la mera idea de que alguien pudiera verme de esa forma, me hizo curvar los labios. Y esa era justo la respuesta.

—Porque sonrío.

Mi confesión hizo que frunciera el ceño todavía más.

—Cuando en clase digo que estoy bien, o charlo de forma despreocupada con mis amigos, o sonrío…, los demás me juzgan. Saben lo de mi madre, saben lo de mi padre…, y no entienden cómo es posible que no esté constantemente al borde de las lágrimas. Para ellos, es absurdo que yo esté bien. No es justo que yo esté bien. Y cuando veo las miradas que me echan… —El estómago se me cerró—. Me hacen sentir culpable. Como si ser feliz fuera una absoluta falta de respeto hacia mi padre. Como si sonreír estuviera mal.

Algo cruzó su mirada, y me pregunté si lo estaría recordando. Si siquiera se había dado cuenta. La forma en que, la primera vez que le sonreí de verdad, mientras íbamos juntos hacia el Ambroisie, casi me detuve, esperando leer el desprecio en su rostro.

Un desprecio que no llegó.

—Lo que no entienden es que el único motivo por el que consigo estar bien es porque sé, sin el menor atisbo de duda, que todo se arreglará —proseguí—. Mi padre despertará, estará bien y todo volverá a ser como antes. Pero la forma en que decido pasar esta espera… Eso lo elijo yo. Y yo…

—Tú siempre decidirás reír —concluyó Rayden por mí.

Más lágrimas me empaparon las pestañas.

—Yo siempre decidiré reír —repetí. Lentamente, bajé la vista hacia nuestros dedos entrelazados—. Y has sido tú quien me ha recordado que de verdad puedo hacerlo.

—¿Yo?

—¿Recuerdas cuando fuimos al restaurante, el día después de la inauguración? ¿Cuando me enseñaste a preparar el *filet mignon* y lo comimos en el comedor?

Rayden asintió.

—Aquel día me reí. Me reí mucho. Por primera vez después del accidente. —Alcé una mirada tímida hacia él—. Y tú no me juzgaste, no me hiciste sentir mal… En su lugar, reíste conmigo.

Su expresión se suavizó.

—Te has convertido en la única persona con la que puedo hacerlo de verdad. —Mi voz era apenas un susurro—. Reír sin tener que dar explicaciones. Reír sin sentirme culpable. Reír pudiendo ser yo misma… —Me temblaron los labios—. Necesito seguir siéndolo, seguir riendo. Te… te necesito, chef.

Los ojos de Rayden se volvieron tan dulces que el aire pareció llenarse del aroma del azúcar fundido.

—Estoy aquí, jovencita.

Me atrajo de nuevo hacia él e hizo que apoyara la mejilla en su hombro, y yo puse una mano en su pecho, buscando el punto en el que podía sentir sus latidos.

—Estoy aquí.

Me aferré a esas dos palabras como si fueran un salvavidas en medio de un mar en tempestad. Y, mientras rezaba por no ahogarme, mientras esperaba salvarme, continué con mi relato.

—Antes, mientras estábamos en el restaurante, después de que… —Un escalofrío cortó mis palabras, y no sabía si me pertenecía a mí o a Rayden—. Me han llamado del hospital. Estaba hablando con ellos por teléfono cuando… cuando tú… —Volví a oír su voz en cuanto salió del despacho, y a ver su rostro en cuanto me giré hacia él…

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te han llamado?

Exhalé temblorosa.

—Porque… porque el corazón se le ha parado. —Me apreté contra él con todas mis fuerzas—. Aún no me lo han explicado todo, solo…

solo sé que se lo han llevado al quirófano para operarlo de urgencia. Y sigue allí. —El mismo pánico que me había invadido al reconocer el número del hospital en la pantalla del teléfono volvió a trepar hasta mi garganta, restregándose por mis cuerdas vocales como papel de lija—. N-no sé por qué, no sé qué ha salido mal…, pero no importa. No importa. —Estaba sin aliento. Las lágrimas me estaban robando todo el aire—. Lo superará. Se recuperará. Porque nosotros no nos rendimos. Nosotros… —Aferré su uniforme de chef con un puño—. Nosotros luchamos, pase lo que pase.

Mi llanto le empapó la chaqueta, pero Rayden no me apartó. Simplemente, me acunó y me besó la cabeza, mientras yo repetía las mismas palabras que le gritaba sin parar a mi mente cada vez que intentaba mostrarme el peor desenlace posible de aquella noche.

—Todo irá bien. Todo irá bien. Todo irá bien…

Rayden no me dijo que tenía razón. Pero tampoco me dijo que debía prepararme para la posibilidad de que no fuera así. En cambio, dijo algo mejor.

—Volverás a reír, jovencita —susurró contra mi sien—. Y a no sentirte culpable.

Era una promesa. La única que podría convertirse en realidad. Y deseé que fuera él quien la cumpliera.

—Lo siento mucho, Rayden —murmuré—. Por lo que ha pasado esta noche…, por todo.

—No hablemos de eso ahora.

—Estoy despedida, ¿verdad?

No dijo nada, pero su silencio era toda la respuesta que necesitaba.

—Está bien. —Me pasé una mano por la mejilla e incliné la cabeza para poder mirarlo—. Lo entiendo.

—Ahora no, jovencita —repitió. Y mientras los dos pensábamos en lo que había pasado en el Ambroisie, vi que algo cruzaba su expresión. Algo que parecía hacerle daño.

—¿Qué pasa? —murmuré.

Él vaciló, como si no quisiera plasmar en palabras lo que pensaba. Pero, al final, lo hizo.

—¿Por qué me mentiste sobre tu edad?

Me incorporé.

—No lo hice.

—Sí que lo hiciste.

—No. No te he mentido nunca, ni una sola vez.

La lluvia en sus iris se volvió más intensa.

—Me dijiste que ibas a la universidad.

Negué con la cabeza.

—Fuiste tú quien lo dio por hecho. Yo solo dije que todavía estudiaba. Sé que no es una excusa y que debería haberte corregido, e intenté decírtelo, de verdad. Pero…

—¿Pero?

—Tenía miedo —admití.

—¿De qué?

—De… —Cerré los párpados, negando con la cabeza—. De todo lo que nunca habría pasado. —Volví a mirarlo—. Porque es así, ¿no? ¿Realmente te habrías comportado de la misma forma conmigo si hubieras sabido que estoy en el último año de instituto?

Recordé todas las cosas que me había dicho. Todas las cosas que me había hecho…

Cuando lo vi tensar la mandíbula, supe que él también estaba pensando en lo mismo.

—Exacto —susurré—. Me habrías tratado de forma distinta, y no quería. Yo solo… te quería a ti. Al cien por cien. Sin frenos, sin limitaciones… A ti —continué—. Pero no he mentido. En el contrato del restaurante aparece mi fecha de nacimiento, Courtney ha visto mi documentación… Nunca he fingido. Tienes que creerme.

Durante unos segundos interminables, Rayden permaneció en silencio. Sus brazos seguían rodeándome, sus ojos seguían encadenados a los míos. Pero su mirada… su mirada era un enigma cuya respuesta habría querido conocer desesperadamente.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó—. ¿Cosas que hayas omitido?

—No —respondí de inmediato—. Nada más.

Asintió. Y cuando dejó escapar un suspiro lento, sentí que cada parte de mí se relajaba.

—De acuerdo.

Me estrechó de nuevo contra sí, y estuve a punto de volver a llorar solo por eso, mientras apoyaba la frente en la suya e inspiraba su aroma.

—Gracias —susurré a pocos centímetros de sus labios, y Rayden aumentó la presión de sus brazos sobre mi cuerpo.

—¿Por qué?

—Por haber ido a buscarme a casa. Por haber venido aquí. Y por haberme escuchado.

Me apartó algunos mechones que se me habían pegado a las mejillas húmedas, pero todos esos gestos, todas esas caricias…, no eran suficientes.

En ese momento necesitaba otra cosa. Otra confirmación.

Muy despacio, deslicé las manos por su cuello hasta apoyar las palmas contra su piel cálida. Y mientras reunía el valor para hacerle la siguiente pregunta, cerré los ojos.

Tal vez quería ocultarle mi inseguridad. O quizá solo tenía demasiado miedo de descubrir que, en el fondo, había estropeado lo nuestro.

—Sé que todo es muy complicado, sé que esta noche han pasado muchas cosas y que probablemente necesites más tiempo, pero… — Mi voz se redujo a un susurro—. ¿Todavía lo eres, chef?

—¿El qué?

—Mío.

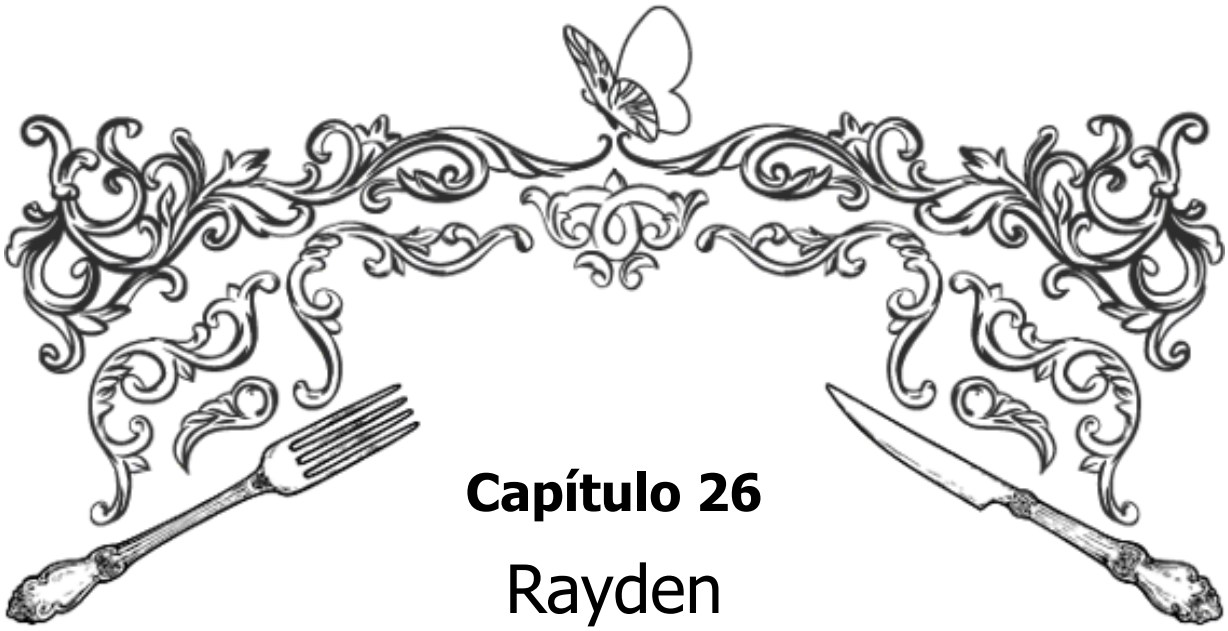
Rayden permaneció en silencio un segundo.

Luego dos.

Y tres…

Hasta que me tomó la barbilla entre los dedos para obligarme a abrir los ojos. Y a sumergirme en su mirada.

—Creía que había sido claro, jovencita. —Pasó el pulgar por mis labios—. Tienes terminantemente prohibido dudar de eso.



Capítulo 26

Rayden

Avery parecía minúscula. Acurrucada sobre mis piernas, con la cabeza apoyada en mi hombro y las manos en mi pecho, parecía minúscula. Y frágil. Como si estuviera a punto de romperse. O como si ya lo hubiera hecho y lo que tenía entre mis brazos no fuera más que un pedazo de ella. Minúsculo y frágil.

Pocas horas antes, habría dado cualquier cosa con tal de destruir el mundo entero. Pero ahora… ahora solo quería recomponer los trocitos en los que Avery se había convertido. Y encontrar la forma de hacer que se sintiera mejor.

Apretando los labios, seguí acariciándole lentamente la espalda, con cuidado de no despertarla.

Todavía no me había repuesto de todo lo que me había contado, y no estaba seguro de que alguna vez pudiera hacerlo. Porque…

Joder.

Cuando me había dicho cómo la hacían sentir las demás personas, había experimentado el impulso de ir a buscarlas una por una y quitarles las ganas de volver a dirigirle ni una sola mirada. Pero la verdad era que una parte de mí las comprendía. No por el hecho de juzgarla, sino porque las preguntas que se hacían surgían de forma natural.

¿Cómo lo hacía para estar bien? ¿Para ser optimista y positiva? ¿Cómo lo hacía para no verse consumida por una rabia ciega tras lo que le había pasado?

«Siempre decidiré reír».

Dios… ¿Cómo demonios lo conseguía?

Incapaz de contenerme, bajé la mirada hacia ella y le aparté un mechón del rostro, dejando al descubierto la cicatriz que tenía en la sien.

«No me subo a los coches».

Esas fueron las palabras que me dijo la noche en que me llevó a hacer voluntariado a la Kitchen Soup House. Entonces no tuvieron sentido. Pero ahora sí lo tenían.

Mi mente empezó a torturarme, y me imaginé a Avery dentro del coche con su padre.

El vehículo volcando, el miedo en sus gritos, la sangre en su piel…

Tensé los músculos y la apreté con más fuerza contra mi pecho. Sus pestañas temblaron, un pequeño suspiro se le escapó por los labios entreabiertos, pero no se despertó. Y yo me limité a rodearla con los brazos, en un desesperado intento de protegerla de lo que le había pasado.

Pero ese era el problema.

No podía protegerla de su pasado.

Exactamente igual que no podía protegerla del presente en el que nos encontrábamos.

Un médico, todavía vestido con ropa de quirófano, dobló la esquina y se dirigió hacia nosotros, y el estómago se me contrajo.

Me incliné sobre Avery y la sacudí con delicadeza.

—Despierta, jovencita.

Abrió los párpados poco a poco, con un velo de confusión enturbiándole la mirada. Pero duró solo un segundo, antes de que recordara exactamente lo que ocurría. Y de que se fijara en el cirujano, que estaba a pocos metros de nosotros.

Se puso en pie antes incluso de tomar una sola bocanada de aire, y yo la imité y me coloqué a su lado.

—¿Señorita Shaw?

Ella asintió.

—¿Cómo ha ido? ¿Cómo está?

La tensión impregnó el aire y lo volvió irrespirable. Estaba lleno de demasiadas posibilidades, de demasiados desenlaces. De demasiados futuros que parecían a punto de materializarse. Y si algunos de ellos se parecían a un sueño…, otros resultaban increíblemente parecidos a una pesadilla.

Me acerqué todavía más a Avery y le rocé los dedos con los míos, pero ella no desvió la atención del médico.

—Por favor…

El hombre le sostuvo la mirada mientras se quitaba el gorro que le cubría el pelo. Y sonrió.

—Su padre se encuentra estable.

El alivio que irradió desde Avery recorrió todo el pasillo, como la onda expansiva de una explosión que esparce su calor a kilómetros de distancia.

—Oh, Dios… —Inclinándose hacia delante, se llevó las manos al rostro, y vi el momento exacto en que el peso del mundo, el mismo que cada día amenazaba con aplastarla, se deslizó de sus hombros.

Durante todo ese tiempo, lo había contrarrestado. Pero ahora que había ganado, ahora que todo había terminado y la adrenalina se había desvanecido, parecía que a Avery ya no le quedaba ni una pizca de energía. Aquella lucha se la había arrebatado por completo.

Las piernas le temblaron, y yo le rodeé la cintura con un brazo para darle todo el apoyo que necesitaba.

—La operación ha ido bien —prosiguió el cirujano, que atrajo de nuevo la atención de Avery—. No ha habido más complicaciones.

Ella se apoyó por completo en mí mientras asimilaba las palabras del hombre.

—Pero…, quiero decir, ¿sigue…?

Él asintió con gesto grave.

—Sí, sigue en coma. Me temo que sí.

Estudié a Avery. Su mirada, su reacción, el más mínimo cambio en su gesto. Pero no encontré ningún vestigio de derrota.

—Vale. —Se secó las lágrimas y enderezó de nuevo la espalda. Y, en ese momento, la vi. La infinita fuerza en su interior—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

El cirujano esbozó una sonrisa cansada, y me pregunté si él también veía en ella lo mismo que yo.

—Nada distinto de lo habitual. Lo mantenemos en observación y esperamos una mejoría.

—Seguimos esperando —concluyó ella.

—Seguimos esperando —confirmó el médico—. Pero, mientras tanto, puede ir a verlo, si quiere.

Avery inspiró bruscamente.

—¿Puedo?

—Claro. La operación no ha sido invasiva, y ya lo hemos llevado de vuelta a su habitación.

—Gracias. De verdad, por todo… Gracias.

El hombre nos dedicó un gesto con la cabeza y, en cuanto se alejó, Avery se volvió hacia mí, hundió el rostro en mi pecho y liberó nuevas lágrimas. Pero esta vez no eran de dolor ni de miedo. Eran de felicidad.

Su padre se encontraba estable. Y ella podía seguir teniendo esperanza.

«¿Cómo lo haces, jovencita?».

Me obligué a no decirlo en voz alta. Allí no, en ese momento no.

—Deberías ir con él.

—Sí… —Alzó la mirada hacia la mía. Y vaciló.

—¿Quieres que me quede aquí? —pregunté, pasándole el pulgar por una mejilla.

—No, es tarde, y mañana es tu día libre. Deberías…

—No te he preguntado qué debería hacer yo —la interrumpí—. Te he preguntado qué quieres tú. ¿Quieres que me vaya o me quieres contigo?

Ni siquiera necesitó pensarlo.

—Te quiero conmigo, chef.



—Gracias. —Me guardé la cartera en el bolsillo trasero del pantalón y cogí los dos cafés que me tendía la camarera, antes de salir de la cafetería del hospital y volver a la habitación del señor Shaw.

Habíamos pasado la noche allí, sentados en el pequeño sofá frente a su cama, y durante horas Avery había mantenido los ojos clavados en las máquinas que controlaban sus constantes vitales, como si tuviera miedo de que, si apartaba la mirada, estas empeorarían irremediablemente.

Al amanecer, por fin se había quedado dormida, y yo había seguido comprobando las máquinas por ella, hasta que el cansancio estuvo a punto de vencerme.

Al entrar en la habitación, me acerqué al sofá. Luego, sosteniendo ambos vasos de café con una mano, me incliné frente a Avery, que seguía dormida.

—Eh, jovencita —susurré.

Cuando le aparté algunos mechones del rostro, frunció la nariz y empezó a entreabrir los párpados.

—Mmm… —Sus ojos color caramelo me observaron durante unos instantes y, en cuanto me reconoció, sus labios se curvaron en una sonrisa somnolienta—. Eres un bonito sueño, chef.

Alcé una comisura de la boca y le di un beso suave.

—No soy un sueño.

Avery llevó una mano hasta mi mejilla y siguió el contorno de la mandíbula con el pulgar.

—Pues yo creo que sí. Eres un sueño. —Me atrajo de nuevo hacia ella y me dio otro beso—. ¿Qué hora es?

Me senté a su lado y le ofrecí un vaso.

—Las ocho y media.

Avery dio un sorbo al café y apoyó la cabeza en mi hombro.

—A las nueve viene el médico. Luego podremos irnos.

—Como quieras.

Se acurrucó contra mí.

—¿Rayden?

—¿Sí?

Avery inclinó el rostro para mirarme.

—Todo ha salido bien.

No pude evitar sonreírle.

—Todo ha salido bien.

Con un suspiro, volvió a dirigir la vista hacia su padre.

—Algunas personas creen que los pacientes en coma pueden oír lo que sucede a su alrededor. Cuando me contrataste en el Ambroisie, vine corriendo al hospital y se lo conté enseguida. —Me lanzó una mirada fugaz—. Bueno, no, en realidad se lo grité. Y luego le he ido hablando de cada turno en el restaurante, de todo lo que me has enseñado… —Frunció los labios un instante, titubeando—. ¿Crees que se acordará cuando despierte?

«Cuando». No «si»…

«Cuando».

—¿O podré contárselo todo desde el principio?

La observé durante algunos segundos, mientras se llevaba el vaso a los labios y bebía otro sorbo de café.

—¿Cuál de las dos cosas preferirías? —pregunté.

—La segunda —respondió convencida—. Quiero poder ver su expresión cuando le diga que he cocinado en un restaurante con estrella Michelin.

—El Ambroisie no tiene estrella.

Ella despachó la cuestión con un gesto de la mano.

—Para mí, sí.

Negué con la cabeza, divertido, pero Avery bajó la mirada enseguida y empezó a trazar espirales distraídamente con el dedo sobre la tapa de plástico del vaso.

—También le he hablado de ti —admitió en voz baja.

—¿De verdad?

—De verdad. —Volvió a mirarme—. Le he hablado de todo lo que me has hecho cocinar. De todas nuestras clases… Y de que esta última época ha sido, sin duda, la más increíble de mi vid… —Se interrumpió antes de terminar la frase, con el rostro más tenso de repente. Pero, en cuanto leyó mi expresión, se relajó.

Sus ojos volvieron a brillar, sus labios a sonreír.

—¿Qué pasa?

—No me has juzgado —murmuró, como si se lo dijera a sí misma —. No has pensado que soy una persona horrible por lo que acabo de decir.

—Deja de pensar eso. —Le acaricié una mejilla—. No tienes nada de horrible, jovencita. Créeme.

Avery se iluminó, pero yo casi no me di cuenta. Porque, en aquel instante, el pensamiento que me había prohibido tener durante toda la noche empezó a martillearme en la cabeza.

De nosotros dos, era ella quien tendría que preguntarse si el otro era una persona horrible.

De nosotros dos, era yo quien tendría que sentirse mal.

Durante horas, había esperado que me hiciera preguntas sobre mi arresto. Que exigiera las mismas explicaciones que yo le había pedido a ella. Pero ni siquiera había sacado el tema.

Sin embargo, sabía que solo era cuestión de tiempo.

Ahora Avery tenía otras cosas en las que pensar. Pero en cuanto las aguas se calmaran, en cuanto volviera a reflexionar con lucidez, recordaría lo que había pasado en el restaurante. La acusación que me habían lanzado.

Querría oír toda la historia.

Y yo no podía contársela.

Si lo hiciera, sus ojos no volverían a mirarme con esa dulzura, sus dedos no me usarían más como su ancla.

Revelarle toda la oscuridad que llevaba dentro equivalía a perderla. Y sabía que era un cabrón egoísta, pero, joder…, no estaba dispuesto a dejarla ir.

—¿Se puede?

Una voz femenina resonó en la habitación y, cuando nos volvimos, encontramos a la amiga de Avery de pie en el umbral, acompañada por dos chicos. Uno tenía el pelo oscuro y un brazo alrededor de la cintura de Mandy. El otro, en cambio…

Me puse tenso.

¿Qué coño hacía él aquí?

—Hola —los saludó Avery, sorprendida.

—¿Molestamos? —La expresión de Mandy era tensa, y alternó la mirada varias veces entre Avery y yo.

—No, claro que no.

Se acercaron enseguida.

—¿Cómo está? —preguntó Mandy, dirigiendo una mirada llena de lágrimas al hombre tumbado e inmóvil en la cama.

—Está estable —respondió Avery, y su amiga soltó un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios.

—Perdonad que no os avisara, no…

—No tienes nada de lo que disculparte, Ry, déjalo ya —la interrumpió el chico moreno, antes de dar un paso al frente y tenderle una bolsa de papel—. Hemos parado a comprarte el desayuno. Aunque, al parecer, no hacía falta.

Ella dirigió la mirada al café todavía humeante que sostenía entre los dedos, pero aceptó igualmente la bolsa que le ofrecía su amigo.

—Gracias, chicos. —Los miró uno a uno, llena de sincera gratitud. Pero, cuando se detuvo en el rubio, su expresión vaciló.

Con ambas manos hundidas en los bolsillos de la sudadera deportiva, él dio un paso hacia delante, y yo sentí el impulso de agarrarlo y echarlo de la habitación.

Me importaba una mierda si todavía iba al instituto, no tendría que haberse presentado allí. No después de todo lo que había hecho.

—¿Ry? —la llamó. Y, joder, cuánto odiaba que usara ese apodo—. ¿Puedo hablar contigo un minuto?

—No es el mejor momento, Wes —respondió ella con voz dura.

—Por favor.

Avery frunció los labios. En sus ojos, la rabia y la indecisión se perseguían en un movimiento perpetuo, y me pregunté si sería capaz de leer los míos. Si vería la necesidad desesperada que tenía de que no hablara con ese cabrón.

—Solo un minuto —cedió.

El rubio asintió, y ella se puso en pie antes de salir de la habitación junto a él.

Apreté los dedos con tanta fuerza alrededor del café que estuve a punto de derramarlo.

—¿Qué demonios ha pasado entre esos dos? —preguntó Mandy, frunciendo el ceño.

—No tengo ni idea. —Su novio se encogió de hombros y decidió concentrarse en mí—. Así que tú eres el Lamar Jackson de Avery.

—¿El qué? —pregunté, mientras Mandy le daba un codazo en las costillas.

—Trent —lo reprendió en voz baja.

—¿Qué pasa? —protestó él—. Era un cumplido.

—Ignóralo —me dijo Mandy. Luego torció la boca—. Podemos tutearte, ¿verdad? ¿O tenemos que llamarte señor Wade? Porque creo que sería raro.

Negué con la cabeza.

—Rayden está bien.

—Perfecto. Entonces, Rayden…, ¿cómo está Ry?

Me giré hacia la puerta, esperando verla. O escuchar lo que le decía el rubio. Pero, desde esa posición, solo alcanzaba a ver un rincón vacío del pasillo, lo que no hizo más que empeorar todo lo que sentía.

¿Cuánto sabía realmente él de mí? ¿De lo que había pasado?

¿Su padre de verdad estuvo presente aquella noche? ¿Me vio?

¡Joder!

—Bien —me esforcé por responder, incapaz de concentrarme en la conversación.

—¿Y vosotros dos habéis aclarado las cosas?

—Estábamos juntos antes de que llegarais, ¿no? —Pero ya no. No ahora que estaba él.

¿Qué le estaría diciendo? ¿Cómo…?

—Eh, colega, solo te ha hecho una pregunta —dijo Trent con dureza—. Cálmate.

—Déjalo, solo está cansado. Ha sido una noche larga. —Mandy me sonrió, pero yo fui incapaz de devolverle el gesto.

—Aun así, no tiene derecho a faltarte al respeto.

Mandy resopló.

—No lo ha hecho. Deja de comportarte como un oso sobreprotector.

Él la atrajo hacia sí.

—Nunca, nena. No…

—¿Está seguro? —La voz de Avery lo interrumpió y, tras un segundo, volvió a entrar en la habitación junto con el capullo rubio y un médico.

—Sí —respondió este último mientras yo me ponía en pie—. Hemos cauterizado la herida y ajustado las dosis de la medicación intravenosa. Ya no hay más riesgos.

Avery se pasó las manos por el pelo.

—Vale. Vale, entonces…, ¿no tendrá más descompensaciones cardíacas?

—Si todo va como esperamos, no.

Una sonrisa suave le elevó los pómulos.

—Eso es fantástico.

El médico revisó algunos datos en el historial médico y anotó unas cifras.

—Todos los parámetros están dentro de lo normal. Pero, si hubiera algún cambio, se lo haremos saber.

—Gracias, doctor Morris. Muchísimas gracias. —Le tendió la mano, que el hombre estrechó sin dudar.

—Sé que el señor Shaw está inconsciente, pero no es bueno que haya tanta gente aquí.

—Oh, no, claro —dijo Avery enseguida—. Ahora nos vamos.

El médico asintió y, tras dejar el historial médico a los pies de la cama, pasó junto a nosotros y salió del cuarto.

Por un segundo, una extraña tensión vibró en el aire.

Quería analizar la expresión de Avery, deducir qué había hablado con su amigo, qué estaba pensando…

Pero, antes de que pudiera hacerlo, se inclinó para besar a su padre en la frente. Y mi teléfono empezó a vibrar.

Sin decir nada, lo saqué del bolsillo y salí.

En cuanto estuve en el pasillo, colgué.

No quería hablar con nadie. Pero tampoco podía seguir en esa habitación, con Avery y sus amigos. Sus amigos del instituto.

¿Qué coño estaba haciendo?

Me apoyé contra la pared y me presioné los párpados con dos dedos. Quizá aquello no había sido más que una idea tremendamente pésima.

Avery formaba parte de su grupo, no de mí. Su ambiente eran los pupitres de una escuela, no mi cocina.

El teléfono volvió a vibrar y lo silencié. Tenía decenas de mensajes y llamadas perdidas de Deelylah, Courtney y otros miembros de la brigada, pero ya respondería más tarde. En ese momento, solo necesitaba averiguar qué debía hacer. Cómo debía comportarme.

Quería a Avery. Joder, la quería tanto que la mera idea de no tenerla me hacía sentir al borde de la locura. Pero ¿era realmente justo retenerla conmigo, sabiendo que su mundo era otro?

Y, sobre todo, si el rubio le había contado la verdad sobre aquella noche…, ¿ella me seguiría queriendo a mí?

—Me alegro tanto de que todo se haya resuelto, Ry…

Los cuatro amigos salieron de la habitación del señor Shaw, y llevé la vista hacia ellos justo a tiempo para ver a Avery responderle a Mandy.

—No me lo digas a mí.

—Pensábamos ir al Maple a tomar un desayuno decente —le dijo Trent—. ¿Vienes con nosotros?

Avery miró a sus amigos, deteniéndose un poco más en el rubio, y yo cerré el puño.

—En realidad, me gustaría ir a casa. Necesito darme una ducha y descansar.

Mandy asintió.

—De acuerdo, Ry.

—Quizá nos pasemos por tu casa por la tarde, ¿cómo lo ves? —preguntó Trent, y ella se agarró un brazo con la mano.

—Ya os diré algo.

—Vale. Y ya sé la respuesta, pero te lo pregunto igualmente —continuó él—. ¿Quieres que te llevemos a casa?

Avery sonrió.

—No, gracias.

El capullo se acercó a ella.

—¿Has venido en bici?

—Sí, pero la cadena se me ha roto a mitad de camino. La he dejado en algún sitio de la acera, ni siquiera sé dónde.

—Podemos ir andando contigo, si quieres —se ofreció, y yo apreté los dientes con todas mis fuerzas.

—Claro, podemos… —empezó Trent, pero Mandy resopló.

—Dios mío, sois tan… machos.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó su novio.

—Que no seríais capaces de leer entre líneas ni aunque tuvierais un cartel con luces de neón. —Exasperada, cogió a los dos chicos por los brazos—. Ry no quiere que estemos aquí, ni quiere que vayamos a su casa después. Tiene otras cosas en las que pensar ahora mismo.

De inmediato, clavaron la mirada en mí, mientras Avery bajaba la suya al suelo y se colocaba un mechón detrás de la oreja.

—Oh —se limitó a decir Trent.

El otro, en cambio, no abrió la boca.

—Te escribo luego, Ry —dijo Mandy. Le dio un abrazo, y Avery correspondió antes de observar cómo sus amigos se alejaban por el pasillo y desaparecían tras la esquina.

Solo entonces me prestó atención, y yo le examiné el rostro, buscando en ella una señal que me indicara si conocía la verdad.

Asco, horror, desprecio…, miedo…

Lo busqué todo, pero no encontré nada.

—Jovencita… —Quería preguntarle cómo estaba. Qué le había dicho el capullo. Si se sentía mejor después de hablar con el médico. Qué le había dicho el capullo. Sin embargo, la pregunta que salió de mis labios fue completamente distinta—. ¿Quieres ir a casa?

Ella se frotó el brazo con la palma y asintió.

—Sí.

Su voz tenía un extraño matiz de dureza, y noté una punzada en el estómago. O tal vez solo estaba cansada y yo lo había malinterpretado todo. Porque, al cabo de un segundo, Avery buscó mis ojos. Y me sonrió.

—¿Quieres venir conmigo, chef?



Capítulo 27

Avery

Cerré la puerta de entrada y dejé las llaves en la repisa.

Durante todo el camino, Rayden y yo habíamos permanecido en silencio. Pero sabía en qué estaba pensando él, y sentía mil emociones vibrar tras su coraza impenetrable.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté.

—Estoy bien. —Se mostraba distante, como si intentara protegerse. Y lo odiaba.

—Vale.

Rayden me siguió mientras iba a mi cuarto y, una vez allí, dejé la mochila junto al escritorio antes de girarme hacia él.

Estábamos a pocos metros de distancia y, aun así, parecía que entre nosotros se abría un abismo. Se había formado cuando había salido de la habitación del hospital con Wes, y no había hecho más que aumentar con cada minuto que pasábamos evitando mirarnos.

—¿Podemos hablar?

Rayden no movió un solo músculo. No se tensó, no preguntó a qué me refería. Lo sabía. Y me pregunté cuánto tiempo llevaba esperando ese momento.

Asintió de modo casi imperceptible, y yo fui a sentarme en la cama, rezando para que se colocara a mi lado.

Lentamente, lo hizo. Pero daba igual que ahora solo nos separaran unos centímetros, porque el abismo no había desaparecido. Solo que yo ya no tenía ninguna intención de soportarlo.

Me giré hacia él y me acerqué hasta que mi rodilla rozó la suya. Estaba a punto de tomarle la mano cuando me fijé en las heridas que le surcaban los nudillos.

Estaban hinchados, enrojecidos…

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Qué te ha pasado?

No había notado esos cortes la noche anterior, mientras estaba en la cocina.

La lluvia de sus ojos se convirtió en granizo, violento y turbulento, y tan solo tardé un instante en comprender que su objetivo era mantenerme alejada.

—Nada.

El abismo entre nosotros se ensanchó.

Con un suspiro, me pasé los dedos por el pelo. Luego, luchando contra el cansancio y las emociones que sentía en el fondo de la garganta, encadené nuestras miradas.

—No te lo voy a preguntar.

Rayden frunció el ceño.

—Si lo que dijo Wes en el restaurante es cierto, si te arrestaron, si estuviste en la cárcel, o qué pasó…, no te lo voy a preguntar.

Su rostro permaneció impasible.

—¿No quieres saberlo?

Una curva amarga se formó en mis labios.

—Tengo tantas ganas de saberlo que me está matando.

—Entonces, ¿por qué no exiges una explicación?

Fruncí el ceño y recordé una frase que me había dicho hacía algún tiempo.

«Si haces preguntas, las personas pueden elegir no responder. En cambio, si exiges respuestas…».

—Porque no quiero exigir nada, no cuando se trata de ti —respondí—. Si quieres contármelo todo, te escucharé. Pero tienes que hacerlo porque quieras, no porque te sientas obligado.

El surco de su frente se volvió todavía más profundo, y Rayden siguió estudiándome, intentando comprenderme. Pero sus ojos se mantenían distantes.

—¿Qué te ha dicho el capullo antes?

—¿Wes? —Parpadeé. No me esperaba esa pregunta—. Nada. Se ha disculpado por lo de anoche. Ha reconocido que se equivocó y que le sabía mal cómo habían ido las cosas. Me ha pedido que también te transmitiera sus disculpas. Lo habría hecho en persona, pero no estaba seguro de que las fueras a aceptar.

También había añadido que esperaba que no perdiera el trabajo, que si hacía falta hablaría él mismo con Rayden y con la responsable de sala… Pero no quería tratar ese tema con Wes. Y, desde luego, no pensaba tratarlo con Rayden.

—¿Solo eso?

—Sí. ¿Qué pensabas que me había dicho?

—Independientemente de lo que pienses, él quiere acostarse contigo. Y la forma en la que se comportó anoche lo demuestra. —Su voz era dura. Quizá por la rabia, quizá por los celos—. ¿De verdad no ha intentado convencerte de que soy una especie de criminal y de que tendrías que mantenerte alejada de mí?

—Aunque lo hubiera hecho, no tendría importancia.

—¿Por qué no?

Suavicé el tono.

—Porque nadie podría convencerme de hacer algo así, chef.

Rayden apretó la mandíbula con fuerza.

—¿En serio? ¿De verdad estás dispuesta a correr semejante riesgo?

No entendía a qué se refería.

—¿Qué riesgo?

—Dios, jovencita… —Se agarró el puente de la nariz con los dedos y apartó la mirada un segundo—. No sabes lo que hice. No sabes si

tu amigo dice la verdad. No sabes casi nada de mí. Y eres…

—Basta. —Esa palabra salió de mí con tanta brusquedad que hasta yo me sorprendí. Pero ya no tenía energía para controlarme, y el abismo que había entre nosotros estaba absorbiendo mi paciencia —. No te permito que hagas eso. Así que basta.

Rayden también parecía sorprendido, aunque sus barreras no vacilaron.

—¿No me permites hacer qué?

—Esto. Alejarte, decirme que no sé nada de ti… Como si el hecho de que decida quedarme a tu lado a pesar de lo que sucediera me convirtiese en una estúpida.

Se le tensaron los músculos.

—Nunca he pensado que seas estúpida.

—Bien. —Me levanté, incapaz de contener las emociones que sentía—. Porque no lo soy. Y si te he dicho que no te preguntaré qué pasó, es porque sé quién eres. Y lo que te ocurriera hace siete meses no cambia eso.

Expulsó aire por la nariz.

—¿De verdad crees que…?

—No, no lo creo —lo interrumpí de nuevo—. Te lo repito. Lo sé.

Algo que no reconocí cruzó por su expresión.

—Sé que tuviste una infancia difícil —dije de golpe, decidida a demostrarle que tenía razón—. Sé que, pasara lo que pasara, fue tan duro que te fuiste de casa con dieciséis años.

Él pareció quedarse petrificado.

—Sé que estás enfadado con el mundo, y que a veces no eres capaz de contener todo lo que sientes. Sé que el motivo por el que amas tanto la cocina es porque exige orden y estabilidad, y que odias cuando las cosas no salen como quieres. No porque seas arrogante o te creas un dios, sino porque la cocina es tu refugio. Es el único lugar donde no puede pasar nada imprevisible, donde eres tú quien lo controla todo. El único lugar donde te sientes protegido de verdad. —Bajé la mirada hacia su pecho, observando el tejido negro del uniforme—. Sé que tus cicatrices no fueron un accidente.

Sé que te las infligió alguien. Y sé que todavía te duelen, quizá cada día.

Los músculos de Rayden se contrajeron de forma tan brusca que su piel pareció estremecerse.

—Sé que siempre necesitas mostrarte impasible porque temes que, si revelas lo que sientes de verdad, esas emociones se usen contra ti. Como quizá ya te haya pasado, demasiadas veces. —Eché otro vistazo a sus cicatrices—. Pero también sé que conmigo te has dejado ver. Y que detrás de esa frialdad, detrás de tu autocontrol, eres increíblemente dulce… —Volví a mirarlo, sintiendo que el torbellino de emociones en mi pecho empezaba a calentarse—. El tipo de persona que se siente mal cuando ve a una niña en un comedor social. Que deja monedas en la calle solo para alegrarle el día a alguien. Y que considera cruel cocinar una langosta viva.

Rayden tragó saliva, y yo me acerqué un poco más a él.

—Sé que estabas furioso conmigo en el restaurante. Sé que probablemente las heridas de tus nudillos son culpa mía. Pero también sé que decidiste dejar a un lado esa rabia para venir a buscarme. Porque sabías que te necesitaba.

Avancé un poco más mientras mis ojos se humedecían.

—Y sé… sé que deseas desesperadamente ser feliz, pero que algo te lo impide. —Con suavidad, le rocé la mejilla con la punta de los dedos. Y Rayden se estremeció bajo mi caricia—. Pero también sé que, cuando estás conmigo, sonríes. Y eres capaz de reír.

Apoyé toda la palma sobre él y le acaricié el pómulo con el pulgar.

—Te conozco, chef —repetí—. Puede que no lo sepa todo de ti, pero sé quién eres. Y, pasara lo que pasara aquella noche, sea cual sea la verdad…, por mucho que quiera saberla, puedo esperar. —Di un último paso adelante, hasta quedar entre sus piernas—. Porque sé que no corro ningún riesgo. No contigo.

Dejé que mis palabras se desvanecieran hasta convertirse en silencio, y durante muchos segundos lo único que oí fue el sonido de nuestras respiraciones. Se perseguían mutuamente, tratando de sincronizarse y fundirse en una sola.

Me pregunté si nosotros también nos estábamos fundiendo en uno. Y me di cuenta de que no había nada que deseara más.

—No importa si intentan convencerme de que me aleje de ti —susurré—. No tengo intención de hacerlo. No puedo hacerlo. —Tenía la voz quebrada—. Confío en ti. Te quiero a ti. —Una lágrima solitaria me humedeció las pestañas—. Soy tuya, ¿recuerdas?

Rayden se movió tan rápido que apenas me di cuenta.

Hacía un instante, estaba quieto frente a mí. Ahora, me sujetó por la cintura y me colocó a horcajadas sobre sus piernas.

Me encontré a pocos centímetros de su rostro, con el pecho alzándose a toda velocidad contra el suyo y las palmas apoyadas a ambos lados de su cuello.

—¿De verdad estás segura, jovencita? —preguntó en voz baja mientras me secaba las pestañas, y yo me incliné hacia su caricia, cerrando los ojos.

—¿De qué?

—De querer ser mía.

Sonreí y abrí de nuevo los párpados.

—Eso no es algo que pueda elegir, chef. Simplemente, es así.

Su mirada se volvió fría y abrasadora a la vez.

—¿Aunque no te cuente lo que pasó?

Una ligera decepción se restregó por mi garganta, pero la aparté y asentí mientras le acariciaba la barba incipiente que le cubría la mandíbula.

—Sí.

—No puedo darte mi pasado…

La decepción creció más, y agaché la cabeza para no mostrársela. Pero él me tomó el mentón entre dos dedos y me obligó a alzar la cara hacia la suya.

—Pero puedo darte mi presente.

Mi corazón dio un vuelco. El granizo de sus ojos se había derretido, y ahora sus iris brillaban como gotas de rocío iluminadas por los rayos del amanecer. Y yo… yo estaba atrapada en su reflejo.

—Nunca he deseado otra cosa, chef.

Rayden negó con la cabeza. Relajó los músculos. Sonrió…

Pero antes de que pudiera admirar de verdad el modo en que su expresión había cambiado, acortó la poca distancia que aún nos separaba y me besó.

Un beso dulce, lento. Un beso que cerró cualquier abismo que hubiera entre nosotros y cosió todas nuestras heridas abiertas.

Pero su boca no solo moldeaba la mía; la estaba venerando. Porque Rayden era un dios, siempre lo había sido. Y, en ese instante, me estaba convirtiendo en su diosa.

—Dime qué quieres —murmuró, con los dedos todavía sumergidos entre mi pelo—. Ahora.

Me apreté contra él.

—Quiero que me abraces, chef. Y que no me dejes ir nunca más.

Aumentando la presión en mi cintura, Rayden me atrapó entre sus brazos y nos tumbó en la cama, acomodándonos para que mi espalda quedara pegada a su pecho.

—Dejarte ir nunca ha sido una opción, jovencita.

Su aliento cálido me rozó el oído, y una sensación ardiente empezó a cosquillearme bajo la piel, desterrando de una vez por todas el frío que sentía.

Me quedé dormida de ese modo: con una sonrisa en los labios y la certeza de que todo en mí pertenecía al hombre que me estaba abrazando como si quisiera fundir nuestros cuerpos en uno solo. Y ya no había vuelta atrás.



Algo no iba bien.

Me di cuenta antes incluso de abrir los ojos, inmersa en el sueño de tonos negros y dorados que estaba teniendo.

El colchón bajo mi cuerpo temblaba, y algo duro me presionaba el vientre con tanta fuerza que me impedía respirar.

Abrí los ojos de golpe y me esforcé por enfocar la penumbra que me rodeaba.

Cuando comprendí lo que estaba pasando, me quedé helada.

—Rayden…

Tenía el brazo ceñido en torno a mí, todos sus músculos estaban en tensión.

No era el colchón lo que temblaba. Era él.

—Rayden, ¿qué…? —Le agarré la muñeca, la aparté de mí y me giré hacia él.

Mi corazón se detuvo.

Sus facciones estaban rígidas. Tenía el rostro extremadamente pálido, los labios torcidos en una mueca de dolor…

Pero fueron sus párpados los que me hicieron contener el aliento. Porque temblaban con fuerza, como si quisiera abrirlos, pero no pudiera. Como si la pesadilla que lo mantenía prisionero fuera demasiado intensa… y él no lograra liberarse.

—Rayden… —Me arrodillé a su lado sobre el colchón y le tomé el rostro entre las manos—. Despierta. Abre los ojos…

No me oyó.

Siguió soñando, agitándose…

—Por favor, Rayden… —Me senté a horcajadas sobre él, con la esperanza de mantenerlo quieto. O de lograr sacudirlo lo suficiente para que abriera los ojos.

Pero tampoco lo conseguí esa vez, y sus párpados se apretaron todavía más, atrapándolo en su mente.

Quizá me había equivocado.

Lo suyo no era una pesadilla.

Era una tortura.

Y lo sabía…

Él había sufrido de verdad.

Aquello que lo atormentaba, él lo había vivido en su propia piel. Y lo hacía sufrir con la misma intensidad que entonces.

—Despierta —le supliqué—. Todo va bien, solo tienes que despertar. Despierta…

Seguí sacudiéndolo, llamándolo, acariciándolo…, pero todo era inútil.

Mi voz no conseguía penetrar en su prisión, y yo no sabía cómo ayudarlo.

—Rayd…

Un sonido sofocado le subió por la garganta, y estaba hecho de dolor. Dolor puro e inconmensurable.

Mi corazón empezó a llorar, se rompió cada vez más con cada segundo que lo veía en ese estado, y la punzada que sentí en el esternón fue tan intensa que me hizo inclinarme hacia delante.

Mi frente quedó apoyada contra la suya, nuestros cuerpos estaban tan pegados que sus temblores me sacudían los huesos.

—Dime cómo ayudarte —le supliqué, regalándole cada una de mis respiraciones—. Dime cómo despertarte, cómo hacer que vuelvas a mí. —Cerré los ojos—. Por favor, Rayden, por favor… Vuelve conmigo.

Me moví antes incluso de pensarlo. Antes de preguntarme qué estaba haciendo, por qué lo estaba haciendo…

Y lo besé.

Nuestros labios se unieron como las dos mitades de un imán, y allí, sobre su boca, luché. Contra sus temblores, contra su pasado, contra el dolor que lo estaba destrozando…

Luché.

Hasta quebrar el último pedazo de mi corazón.

Y hasta sentir que el suyo volvía a latir.

Rayden inspiró con fuerza, su cuerpo se tensó de golpe. Y, por fin, abrió los ojos.

Me habría gustado sentir alivio. Me habría gustado sonreír, abrazarlo, darle las gracias por haberse despertado…

Pero no pude.

Porque allí, entre la lluvia que se arremolinaba en sus iris, aún quedaban rescoldos desvaídos de su pesadilla, como hojas de papel mojadas con la tinta ya ilegible.

No sabía qué contaban. Pero sabía que dolían.

Dolían mucho, demasiado.

Con la garganta cerrada, me esforcé por no dejarle ver mis pensamientos.

—Eh… —susurré, apartándole algunos mechones oscuros de la frente sudada—. Todo va bien.

—¿Qué…? —Tenía la voz ronca, la respiración entrecortada. Intentaba comprender qué pasaba, encontrar un sentido a la realidad en la que había despertado. Y me di cuenta del momento exacto en que lo consiguió.

—No… Joder, no.

Tensando todos los músculos, se llevó las manos al rostro y se presionó con fuerza los ojos. La respiración se le aceleraba cada vez más, su rostro palidecía por momentos.

Quizá lo había despertado…, pero no lo había arrancado de su pesadilla, que se le había pegado a la piel. Y seguía haciéndole daño.

—¡Joder!

Tragué saliva con dificultad. Era la segunda vez que lo veía así. Como si estuviera a punto de estallar, de reducirse a nada más que polvo…

La primera vez, en su cocina, había podido ayudarlo. Y la forma en que lo había hecho…

—Rayden —lo llamé con suavidad, tomándole las muñecas para obligarlo a bajar las manos.

—Jovencita, no… —Negó con la cabeza, humedeciéndose los labios—. No…

—Lucha contra ello —susurré, acercándome a él—. Sea lo que sea lo que te esté haciendo daño…, lucha contra ello.

No le di tiempo a replicar, a entender. Tomé aire y anulé la distancia que había entre nosotros. Y, de nuevo, lo besé.

Sabía que aquello lo ayudaría.

Ya lo había hecho antes.

Su temblor de sorpresa me recorrió la lengua, pero no me detuve.

Seguí besándolo, dándole todo el tiempo que necesitara para volver a erigir sus barreras y desterrar sus pesadillas.

Y él no tardó en hacerlo.

Un gemido grave le vibró en el pecho, y me agarró las caderas con ansia para mantenerme pegada a él. Como si tuviera miedo de que pudiera apartarme y dejar que se ahogara en la oscuridad. Pero eso era lo que él seguía sin entender.

Si él era oscuridad, yo quería ser su luz.

Si él era fuego, yo quería ser su oxígeno.

Y si él era el color negro, yo quería ser su oro.

—¿Lo estás consiguiendo, chef? —jadeé sobre él.

—Sí. —Hundió una mano en mi cabello—. Joder, sí.

Rayden intensificó aún más el beso, y las emociones que vertió en mis labios bastaron para robarme el aliento, mientras me arrastraba al mismo incendio que él llevaba toda la vida intentando contener.

No estaba segura de que mi corazón fuera capaz de resistir sus llamas sin reducirse a cenizas, pero no me aparté ni un segundo.

Si la única forma de ayudarlo era arrojarme al fuego, lo haría. Me quemaría. Por él.

Rayden me deslizó las manos por la espalda y, cuando me atrajo aún más hacia sí, sentí su erección tensarse entre nosotros.

Se me contrajeron los músculos del vientre y comencé a restregarme contra él de manera instintiva, arrancándonos gemidos y estremecimientos a ambos.

Pero no bastaba.

No bastaba que Rayden me devorara, que me recorriera el cuerpo con las manos…

Nada.

Sin apartarme de él, encontré los botones de su chaqueta de chef y empecé a desabrochárselos. Uno a uno, muy despacio, acariciando cada centímetro de piel que descubría.

Cuando se la abrí por completo, me incorporé. Y, al hacerlo, aumenté la presión sobre su erección. Las sensaciones que experimentamos nos hicieron inspirar bruscamente.

Pero no fue eso lo que me aceleró el corazón hasta dolerme. Fue lo que se encontraba debajo de mí.

La piel bronceada de Rayden estaba a la vista, una extensión aterciopelada que envolvía un haz de músculos tensos. Y cuando se incorporó sobre los codos para quitarse del todo la chaqueta, quedé hipnotizada por la manera en que esos relieves marmóreos se contraían y se hinchaban, volviéndose aún más definidos.

Tragué saliva con dificultad, incapaz de apartar la mirada de él.

—¿Estás seguro de que no eres un sueño?

Su expresión seguía rígida, en sus ojos todavía se veía la tormenta. Pero allí, en algún lugar del fondo de su oscuridad, volvía a encenderse una luz.

—Sin ti, todo es una jodida pesadilla.

Me atrajo otra vez hacia sí para reanudar el beso, y nuestras lenguas empezaron a perseguirse al mismo ritmo que lo hacían nuestros corazones.

Habría querido seguir así para siempre…

Pero también quería más. Inspirando su aroma, le deposité un beso en la comisura de los labios. Luego otro en el cuello. En el pecho. En el abdomen. En los abdominales…

Su piel parecía arder. Y al lamerla, descubrí que tenía un sabor dulce y salado al mismo tiempo.

Sobre él, sonreí.

Era mi sabor favorito.

Era mi todo favorito.

Seguí descendiendo, saboreando lentamente cada parte de Rayden. Y cuando llegué a los pantalones, un escalofrío me recorrió la espalda.

—Jovencita…

Alcé la mirada, y la expresión que vi en su rostro era la más increíble y provocadora que me había dedicado nunca.

Así, no dejé de mirarlo. Mientras le desabrochaba los pantalones. Mientras le bajaba la cremallera. Y mientras liberaba su erección.

Rayden se estremeció y cerró los puños con fuerza, atrapando las sábanas. Y cuando rodeé la base con los dedos y empecé a tocarlo

lentamente, el sonido que le vibró entre los labios me obligó a apretar los muslos.

—Joder —maldijo con voz ronca.

Aumenté la presión.

Aumenté el ritmo.

Y me incliné sobre él.

—¡Joder!

Sin dejar de mirarlo, tomé su erección entre los labios, y Rayden echó la cabeza hacia atrás en el mismo instante en que la sentí palpitar sobre mi lengua.

Pero volvió a mirarme enseguida, como si no quisiera perderse ni un solo instante de aquel momento. Igual que yo.

—Joder…

No me detuve.

Seguí moviéndome, pasando la lengua por él, sintiendo su erección endurecerse más con cada gemido que escapaba a su control…

Nunca había sentido nada tan excitante. Nunca.

Y habría querido que durase para siempre.

—Tienes que… —Rayden me hundió los dedos en el pelo, empujándose todavía más hacia el fondo, y yo lo recibí todo lo que pude, intentando acoger cada centímetro de él—. Dios, jovencita… —Me apretó el cabello hasta hacerme jadear—. Tienes que…

Me aparté y anclé nuestras miradas. Y, recuperando el aliento, me lamí los labios. Sabían a él.

—¿Qué, chef? ¿Qué quieres que haga?

La llama que se liberó en sus ojos fue tan violenta que sentí su calor, y en apenas un segundo, Rayden se sentó de golpe y me atrajo hacia sí, volviendo a besarme con todo el deseo que ninguno de los dos era capaz de contener.

Con movimientos bruscos, me quitó el jersey que me había puesto en el hospital y reveló la camisa del Ambroisie que aún llevaba debajo. Pero, a diferencia de lo que había hecho yo, Rayden

no esperó a desabrochar cada botón para descubrir poco a poco mi cuerpo.

La arrancó.

Me recorrió un escalofrío y, mientras los botones volaban a nuestro alrededor, él lo disipó con la lengua y me desabrochó el sujetador, pegando mi piel desnuda a la suya.

Pronto comprendí que aquello que nos sacudía no eran temblores. Eran nuestros cuerpos intentando destruirse solo para poder recomponer los pedazos de otra forma y convertirse en uno solo. Pero la verdad era que Rayden y yo ya lo éramos. Tal vez lo habíamos sido siempre, incluso antes de conocernos.

—Ahora —murmuró con voz ronca contra mis labios—. Te quiero ahora.

Enredé los dedos en su cabello.

—Entonces tómame.

Tras ahogar un gruñido sobre mí, Rayden me ayudó a quitarme los vaqueros y se puso un preservativo antes de colocarme de nuevo sobre sus piernas.

Cuando me dejé caer sobre él, un suspiro ahogado nos hizo temblar.

Y cuando empecé a moverme…

Apoyé la frente en la suya, intentando sostenerme.

—Dios, es…

—Lo sé —respondió él, que apoyó las manos en mis caderas para ayudarme a mantener el ritmo.

Cada movimiento era como recibir el impacto de una bola de demolición. Nos destruía, nos dejaba temblorosos y sin aliento…

Y, aun así, necesitábamos más. Necesitábamos derrumbarnos juntos y recomponernos. Sin detenernos nunca.

—¡Rayden!

Me desintegré sobre él, y su propio cuerpo se estremeció cuando lo sentí estallar dentro de mí.

—Joder… —Sin aliento, apoyó la cabeza en mi hombro mientras seguía abrazándome. Aferrándose a mí. Y yo dejé que lo hiciera,

permanecí entre sus brazos mientras el sudor se secaba sobre nuestra piel y nuestro corazón recuperaba un ritmo constante.

—No tienes ni idea, jovencita… —murmuró con voz ronca contra mi hombro.

—¿De qué?

Inclinó el rostro para mirarme.

—De lo jodidamente bien que me haces sentir.

Mis latidos se aceleraron de nuevo, y escruté la lluvia en sus ojos para asegurarme de que no eran solo palabras. Que era real. Y cuando vi que aquellas gotas densas habían disuelto por completo sus pesadillas, solté el aire que estaba conteniendo en los pulmones.

—Te ha ayudado de verdad —murmuré, más para mí que para él.

Rayden trazó una línea delicada sobre mi piel, desde la sien hasta la clavícula.

—Tú. Tú me has ayudado. —Negó despacio con la cabeza—. Siempre lo consigues.

Mi corazón estuvo a punto de estallar, y comprendí que aquello valía mucho más que cualquier otra cosa que pudiera decirme.

Más que su historia…

Más que su pasado.

Apoyé las palmas en su pecho y lo acaricié.

—Al menos ha funcionado para uno de los dos.

Rayden frunció el ceño con aire interrogativo.

—Yo no he conseguido averiguarlo —expliqué—. Si eres un sueño o si eres real. —Levanté un dedo y seguí el contorno de sus labios—. Porque todavía me pareces demasiado increíble para ser real.

La expresión de su rostro se suavizó, y la curva que adoptó su boca despertó escalofríos hasta en mis huesos.

—Yo sigo pensando lo mismo de ti.

Se me encendieron las mejillas.

—Entonces, quizá deberíamos esforzarnos un poco más en buscar una respuesta.

Sus ojos brillaron. Tiró de mí con las manos, que no había apartado de mi piel, para pegarme contra su cuerpo.

—Podemos hacer todas las pruebas que quieras, jovencita.



Rayden fue a buscar la caja de la *pizza* que había traído el repartidor y cerró la puerta antes de volver al salón y dejarla sobre la mesa baja.

Acto seguido, me incliné desde el sofá y levanté la tapa, dejando que el aroma a *mozzarella* y tomate se expandiera por el aire.

—Sin ánimo de ofender a las cocinas con estrellas Michelin, pero nada supera a la *pizza* —dije.

Se sentó a mi lado y volvió la cabeza hacia mí.

—¿Ni siquiera mi *filet mignon?*

Un cosquilleo me recorrió la espalda.

—Quizá tu *filet mignon* sea la excepción.

Arqueó una ceja.

—¿Quizá?

Con las mejillas en llamas, ahogué una risa y di un mordisco a la *pizza,* mientras Rayden seguía mirándome.

—Entonces, ¿mañana vas a clase? —preguntó de repente, y el estómago se me contrajo tan rápido que me entraron náuseas.

—Yo… —Traté de interpretar su mirada. Descifrarla. Pero no lo conseguí—. Sí. Quedan pocas semanas para que acaben.

Él asintió, pensativo.

—¿Es un problema?

—¿El qué?

—Que todavía vaya al instituto. —Aún no le había hecho esa pregunta, al menos no de forma tan directa. Porque la respuesta me aterraba.

Rayden apoyó los codos en las rodillas y suspiró. Yo contuve el aliento hasta que volvió a hablar.

—Debería serlo —murmuró—. Un problema, un error… —Negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo—. Pero no lo es.

El alivio me invadió con tanta intensidad que sentí que me ahogaba, y Rayden se dio cuenta.

—Me importa una mierda cuántos años tengas, jovencita. —Me acercó a su costado y posó una mano en mi muslo desnudo—. Eres mayor de edad y has elegido ser mía. A la mierda, siempre has sido mía.

Mil emociones nacieron en mí, y me mordí el labio inferior para intentar reprimir una sonrisa. Pero Rayden lo rozó con el pulgar y consiguió que se ampliara todavía más.

—No voy a dejarte escapar solo por una estúpida diferencia de edad —continuó—. Y el único motivo por el que te he preguntado lo de mañana es para saber a qué hora sales.

Aquello me hizo fruncir el ceño.

—A las tres… ¿Por qué?

—Porque ahora ya sé a qué hora llegarás a mi casa.

Una risa liberadora me cosquilleó en la garganta, y no pude detenerla.

—¿Ya ni siquiera te molestas en ordenármelo? ¿Lo das por hecho y ya está?

—Claro, perdona. —Clavó los ojos en los míos, y me di cuenta de que en sus iris había una lluvia de chispas—. Te gusta que te dé órdenes.

Negué con la cabeza y sentí que me ponía roja.

—Eres imposible, ¿lo sabes?

Él alzó una comisura de la boca.

—Muchos sueños lo son.

—Increíble —comenté, divertida. Y cuando me di cuenta de que estaba a punto de replicar de nuevo, levanté una mano—. Por favor, no, no digas nada. Soy capaz de sentir físicamente tu ego. Me está aplastando.

Rayden soltó una carcajada, y esa visión… esa visión alteró todos los equilibrios, cambiando el propio eje del mundo.

El sol ya no giraba alrededor de la Tierra, giraba alrededor de su sonrisa. Y recé para que nunca se pusiera.

—Me gustaría que lo hicieras más a menudo —susurré sin aliento, y él me oyó. Pero no pidió explicaciones. Sabía a qué me refería.

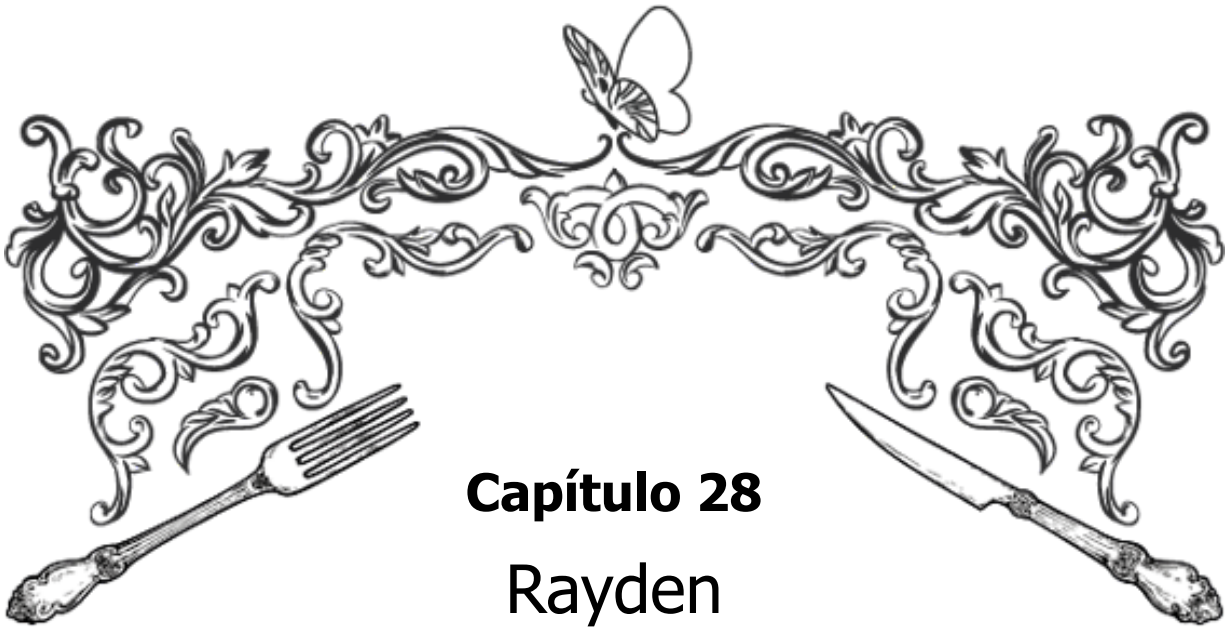
—Lo estoy haciendo más a menudo. Y es mérito tuyo. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se acercó a mí—. Es un intercambio justo, si lo piensas.

Le rocé la nariz con la mía.

—¿Un intercambio?

Rayden asintió.

—Yo te estoy enseñando a cocinar. Tú me estás enseñando a reír.



Capítulo 28

Rayden

El timbre del ascensor de mi apartamento sonó a las tres y cuarto en punto, y no esperé siquiera a que las puertas se abrieran del todo antes de tomar a Avery y atraerla contra mi pecho.

—Oh —suspiró, sorprendida. Pero, en cuanto alzó la vista hacia mí, su expresión pareció iluminarse—. Hola, chef.

—Hola, jovencita —murmuré, justo antes de besarla.

Dios…

Nunca me cansaría.

El sabor de sus labios, el aroma de su cabello, el calor de su cuerpo… Avery era adictiva. Y yo no tenía la menor intención de prescindir de ella.

—Estás… —empezó a decir sobre mis labios, pero no terminó la frase. En vez de eso, se echó un poco hacia atrás e inspiró hondo antes de buscar mis ojos con la mirada—. ¿Has cocinado?

—He intentado preparar las nuevas ideas para el restaurante. —Le aparté un mechón de pelo de la cara y le acaricié la mejilla con el pulgar—. Y quiero que tú seas la primera en probarlas.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿De verdad?

—De verdad. —Entrelacé mis dedos con los suyos—. Vamos.

Avery me siguió hasta la cocina sin vacilar, y la invité a sentarse frente a los tres platos que ya había colocado en la isla. En todos había cuidado hasta el más mínimo detalle. Y todos estaban cubiertos con campanas de acero.

Sentía que la agitación de Avery impregnaba el aire, como si hiciera un esfuerzo por no inclinarse hacia delante y levantarlas para ver qué había debajo.

—Bueno, ¿al final has encontrado el ingrediente que faltaba? —preguntó mientras se quitaba la sudadera y se quedaba en camiseta.

No pude evitar mirarla. Admirar las cicatrices ocultas en sus ojos, la luz que se negaba a atenuarse a pesar de toda la oscuridad que luchaba por engullirla…

—Sí, jovencita. Lo he encontrado.

Sus labios se curvaron todavía más, y tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para dejar de mirarlos.

—Pero ninguno de estos platos estaba en los bocetos que viste. Son ideas distintas. Y te toca a ti juzgar el resultado final.

Sin esperar ni un segundo más, levanté la primera campana, y Avery dirigió su atención a la pequeña cucharilla de cerámica blanca.

—Como *amuse-bouche* —empecé a explicar—, tenemos una *mousse* de espinacas y queso de cabra envuelta en granillo de nueces tostadas, servida con un cofre hecho de pan crujiente al aceite de oliva.

Durante unos segundos, Avery no dijo ni una palabra. Se limitó a contemplar mi creación, sin parpadear apenas.

—Pero es… es…

—Una reinterpretación de tu plato de espinacas y galletas saladas. —El primer plato del que hablamos juntos. El primero que me había contado de su historia, de su vida…, de ella—. Sí.

La luz en Avery brilló todavía más, y cuando le tendí la cucharilla, la tomó al instante.

Observé cada mínima reacción mientras lo probaba. La forma en que movía los labios, cómo se relajaban sus facciones, cómo cerraba los ojos…

—No. —Tragó lentamente, negando con la cabeza—. No tiene nada que ver con lo que hice yo —comentó en voz baja—. Esto es… —Se encogió de hombros, con la emoción crepitando en su mirada —. Es increíble. No, es más. Es… —Volvió a mirar la cucharilla, ya vacía—. Guau.

«Guau». Reflexioné sobre esa palabra, y fingí que no me estaba provocando una maldita tormenta en el centro del pecho.

—Me alegra que te haya gustado. Pero puedo hacerlo mejor.

Diversión y exasperación estallaron en su rostro, pero, en lugar de darle tiempo para replicar, levanté la segunda campana.

De inmediato, un aroma intensamente dulce inundó el aire, y Avery olvidó cualquier respuesta que tuviera preparada para concentrarse en el plato.

—Aún tengo que acabar de estructurar el nuevo primero, pero este es el segundo. Filete de salmón glaseado cubierto de semillas de sésamo tostadas y servido con ensalada fresca de temporada.

Avery lo examinó.

—¿Glaseado con qué?

Con una media sonrisa, le ofrecí un tenedor.

—Prueba.

No hizo falta repetírselo. Y, al cabo de un segundo, la certeza sobre el ingrediente que había usado le tiñó las mejillas de un rojo intenso.

—No lo has hecho de verdad. —Volvió a mostrarse tímida. Aquella timidez que me volvía loco cada maldita vez—. No has…

Crucé los brazos sobre la isla y me acerqué a ella.

—¿No he hecho qué?

—No lo has glaseado con…

—Dilo.

Las mejillas le ardieron todavía más.

—Sirope de arce.

Lentamente, asentí.

—Sirope de arce.

Se llevó una mano a la boca.

—No me lo puedo creer…

—¿Qué tal está?

—¿Qué tal está? —repitió, y tomó otro bocado—. Es… —Tragó—. Es… es mil veces mejor que el *filet mignon.*

No tenía la menor idea de lo mucho que estaba de acuerdo. Porque había pensado en ambas cosas mientras cocinaba.

En cuanto le demostré que yo era mejor que un *filet mignon.* Y en cuanto la convertí a ella en el plato más delicioso sobre la faz de la Tierra.

—Te dije que podía hacer algo mejor que un «guau».

Avery contuvo una carcajada.

—Me gustaría decirte que tienes razón, pero estoy haciendo un gran esfuerzo por no alimentar más tu ego.

—Creía que habías dicho que ya era demasiado tarde para eso.

—Lo intentaré de todos modos —respondió, dejando el tenedor en el plato—. No soy de las que se rinden, ¿recuerdas?

—Recuerdo hasta el más mínimo detalle sobre ti, jovencita.

Pareció derretirse en la silla.

—¿Hasta el más mínimo detalle? —susurró, casi más para sí misma que para mí.

—Bebe. —Le pasé un vaso de agua para que se enjuagara la boca —. Así podré demostrártelo.

Avery obedeció, y la expectación en el aire se cargó de más electricidad. Una electricidad que estalló en cuanto levanté la última campana y le mostré el postre.

Se quedó ojiplática y entreabrió los labios.

—¿Lo has hecho tú?

Arqueé una ceja.

—¿Qué estás poniendo en duda, exactamente? ¿Mi honestidad o mis habilidades?

Se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no… Es solo que… Quiero decir, es…

—Ahora mismo pareces Julia —bromeé—. Pero tengo curiosidad, jovencita. ¿Qué tal está?

Avery apretó los labios y entrecerró los párpados.

—No está mal —respondió al fin, y yo me reí—. ¿No me lo vas a presentar?

Negué lentamente.

—Como postre… —Le ofrecí una cucharilla—… tenemos un *cannolo* de chocolate amargo relleno de praliné de avellanas… —Encadené nuestros ojos—. Acompañado de helado de *fior di latte* salado.

Avery respiró hondo.

—*¿Fior di latte* salado?

—Sí —confirmé. Mi voz era más baja, y la distancia entre nosotros, cada vez más corta—. Te lo he dicho: recuerdo hasta el más mínimo detalle de ti. Como el hecho de que no podrías elegir entre dulce y salado. Porque lo que más te gusta comer es…

—Chocolate con sal —concluyó ella en un susurro.

Asentí, y Avery se mordió el labio inferior, aferrando con fuerza la cucharilla.

—No me creo que de verdad hayas hecho todo esto…

—Yo no me creo que haya tardado tanto en hacerlo —admití. Y mientras ella me dedicaba la enésima sonrisa, yo señalé el plato—. Ahora, prueba. Antes de que el helado se derrita del todo.

Tal y como había hecho con los otros dos platos, analicé hasta la más mínima de sus reacciones. Solo que, esta vez, Avery permaneció impasible. Como si se esforzara por no dejar escapar ni el más mínimo pensamiento que se arremolinaba en su mente.

Sentí una punzada en el estómago.

—¿Y bien?

Poco a poco, levantó la cabeza. Sus labios estaban apretados en una línea fina, su expresión era indescifrable.

—¿Qué pasa?

En lugar de responder, apretó aún más los labios, y tensé los puños.

—Habla, jovencita.

—No… no me creo que esté a punto de decir esto —susurró, y se pasó una mano por el pelo—. Me rindo.

Fruncí el ceño, confuso.

—Inunda todo Boston con tu ego. Derriba los edificios, anega las calles, destruye hasta la última casa… No me importa. Porque esto… —Señaló el postre—… es lo más absolutamente delicioso que haya preparado jamás un ser humano.

El alivio me invadió, pero ella siguió hablando antes de que pudiera contestarle.

—Es mejor que el *filet mignon.* Mejor que el sirope de arce. Mejor… mejor que aquella noche en el restaurante, cuando me llevaste por primera vez a tu despacho después de cerrar.

Enseguida, las escenas de aquella noche aparecieron en mi mente. Ella inclinada sobre mí. Sus gritos ahogados contra mi palma, mis órdenes que se convertían en escalofríos sobre su piel…

—No estoy seguro de cómo debería reaccionar.

Avery rio.

—Lo siento, es solo que… —Tomó otro bocado—. Es fantástico. Y el *fior di latte* salado es… —Un sonido jodidamente excitante le subió por la garganta mientras degustaba el contraste de sabores encerrado en el plato—. Quiero decir, prueba.

Miré la cucharilla que me ofrecía solo un instante, antes de sentir un cosquilleo caliente recorrerme la espalda.

—Ya sabes que no es así como me gusta probar las cosas.

Los ojos de Avery se oscurecieron. Antes de empezar a arder.

Lentamente, se llevó el helado a la boca.

Y se lo pasó por los labios.

—Pruébame, chef.

Me lancé sobre ella sin siquiera darme cuenta. Y mientras abría las piernas para permitirme acercarme todavía más, la atrapé en un beso que nos robó el aliento.

Sentí el sabor del chocolate en su lengua mezclándose a la perfección con el del *fior di latte,* la dulzura del azúcar fundirse con la sal…

Pero no era eso lo que quería saborear.

Yo quería a Avery.

—Tú eres más deliciosa que cualquier plato que yo pueda crear, jovencita —murmuré en un susurro ronco, y ella me rodeó el cuello con los brazos.

—Entonces, quizá deberías ponerme a mí en el menú.

—No. —Negué con la cabeza, rozando mi nariz con la suya—. Tú eres solo mía.

Enredando los dedos en mi pelo, me atrajo hacia sí e intensificó todavía más aquel beso.

Pero pronto, demasiado pronto, se apartó.

—Entonces, ¿de verdad vas a modificar el menú del Ambroisie?

—Ese es el plan —respondí—. Ya he avisado a la brigada de que existía esa posibilidad, y en cuanto termine todos los platos, será oficial. Tendré que enseñárselos, hacerlos practicar, hablar con Courtney para organizar una reapertura… —Puse las manos sobre sus muslos y apreté con suavidad—. Y conseguir que Clarice D'Arnaud vuelva al restaurante.

Avery se irguió.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé. Pero una crítica positiva suya ayudaría con la Guía Michelin.

Un pequeño surco se le formó en la frente.

—¿Los inspectores no deberían ser imparciales?

—Sí, deberían.

Un suspiro le agitó el pecho, y, sin dejar de aferrarse a mí, me acarició el pelo de la nuca.

—Ya verás que…

No pudo terminar.

Una vibración llenó el aire, y me aparté para que pudiera sacar el teléfono de la mochila.

Avery miró el número que aparecía en la pantalla. Luego, con el ceño fruncido, aceptó la llamada.

—¿Diga? Sí, soy yo. —Su expresión cambió al instante—. Oh. Sí —dijo enseguida, con una mezcla de alivio y entusiasmo—. Sí, claro, sigo interesada. Mucho.

Noté que se me endurecía el rostro.

—Mañana me va perfecto. Muchísimas gracias, de verdad. Hasta pronto.

En cuanto colgó, se giró hacia mí, y yo me crucé de brazos, con la espalda apoyada en la encimera.

—¿Quién era?

—El Savoy Cinema —respondió Avery, bajando la vista al teléfono —. Envié mi currículum hace meses, pero, por lo visto, siguen buscando personal y mañana tengo una entrevista a las seis.

—¿Y por qué has aceptado? —Mi tono brusco la pilló por sorpresa.

—Porque…, bueno, necesito un trabajo —explicó, como si fuera lo más obvio del mundo—. He utilizado la mayor parte de los ahorros de mi padre para sus tratamientos médicos. Tenemos seguro y todo, pero… —Suspiró—. No es fácil.

Le tendí una mano y ella la tomó, dejando que la atrajera de nuevo hacia mí.

—En los últimos meses he trabajado todo lo que he podido, pero necesito algo estable. Y, a ser posible, con un sueldo decente. — Esbozó una pequeña sonrisa—. Tú no eras el único lado positivo del Ambroisie.

—Entonces, ¿por qué quieres ir a trabajar al cine?

Avery parpadeó.

—Porque me despediste.

Abrí la boca, sin la menor idea de qué decir, pero ella se me adelantó.

—Y es la decisión justa. Le contesté mal a la *sous chef,* monté una escena en la sala y me escapé en pleno turno sin avisar ni dar ninguna explicación… Aunque quisieras contratarme de nuevo, los dos sabemos que no puedo volver a trabajar como camarera en el Ambroisie. No sería justo.

Joder… Me habría encantado llevarle la contraria.

Pero no podía.

Avery tenía razón: no podía recuperar su puesto de trabajo.

—Pero, si la entrevista de mañana en el cine va bien, no será un problema —prosiguió, con ese optimismo que se arremolinaba en ella—. Y quizá, cuando termine el instituto, pueda buscar otra cosa. Algo relacionado con los restaurantes.

Una idea repentina me cruzó la mente.

—¿Qué harás en otoño? ¿A qué universidad irás?

Sabía que todo iba demasiado rápido. Y, aun así, la idea de tener que separarme de Avery…

Joder, ni siquiera quería considerar esa opción.

Pero lo que respondió me dejó del todo descolocado.

—No iré a la universidad. —Se le había ensombrecido el rostro, su tono de voz era más débil.

—¿Por qué?

Avery empezó a juguetear con la tela de mi camiseta, trazando círculos sobre el tejido negro.

—Quería matricularme en el Culinary Institute of America, en Nueva York. Sueño con estudiar allí desde que era niña. —Sonrió, aunque, esta vez, fue una sonrisa triste—. Pero ahora mismo no me lo puedo permitir. Y podría solicitar una beca, pero… —Tragó saliva, como si tuviera la boca seca—. No quiero irme de Boston, al menos mientras mi padre esté en el hospital.

De pronto, sentí un nudo en la garganta, como si estuviera llena de frases y comentarios que me esforzaba por contener.

Habría querido decirle que yo podía ayudarla a encontrar una solución. Que podría hacer unas cuantas llamadas y conseguir que la admitieran. Que no era justo que tuviera que poner su vida en pausa por una esperanza que podría desvanecerse con el tiempo.

Pero decidí no decir nada. Porque, si le hubiera dicho que no creía en lo que ella esperaba, le habría hecho daño. Y no podía hacerle eso. No le arrebataría a Avery su optimismo solo porque yo ya no era capaz de tenerlo.

Así que me limité a acariciarle una mejilla, y ella ladeó el rostro hacia mi mano y volvió a mirarme.

—Todo irá bien. Y, tarde o temprano, trabajaré en una cocina.

Algo se agitó dentro de mí.

Quizá era el deseo que acababa de expresar Avery.

O, tal vez, el mío.

—No me cabe la menor duda, jovencita.



Capítulo 29

Avery

—Venga, mueve un poco más el culo —siseó Mandy con suavidad—. A lo mejor tengo suerte y te rompes la cadera.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarla, sentada en la grada justo detrás de mí.

—Solo está entrenando, Dy.

Sus ojos, prendidos de furia, seguían clavados en Kelly, que bailaba junto al resto de las animadoras mientras, en el campo, los jugadores hacían sus ejercicios.

—No me hagas decir para qué se está entrenando. No quiero ser vulgar.

Reprimí una sonrisa, y ella me hizo un gesto para que volviera a mirar al frente.

—Mira hacia delante, o si no quedará mal. —Volvió a entrelazarme los mechones, pero yo sabía que no apartaba la vista del campo de fútbol. Y lo sabía porque, cada vez que Kelly se giraba hacia los chicos y sonreía a Trent, Mandy tiraba con más fuerza.

—Me gustaría llegar a la graduación con pelo —me quejé.

—Perdona. Es que la odio.

—No tienes motivos. Ya sabes que Trent no te engañaría nunca.

Mandy guardó silencio durante mucho rato. Demasiado.

De nuevo, eché la cabeza hacia atrás para ver su expresión. Se estaba mordiendo el labio inferior, pensativa.

—¿Dy?

Se sobresaltó.

—No, lo sé, tienes razón. Es solo que… da igual cuánto tiempo llevemos juntos. A veces no puedo creer en el hecho de que… —Suspiró—. Que en realidad me quiera a mí.

Esbocé una pequeña sonrisa y asentí.

—Lo entiendo.

—Oh, por favor —bufó Mandy, aunque la expresión que me dedicó estaba llena de ternura—. El chef buenorro es increíblemente afortunado por tenerte.

—Podría decir lo mismo de Trent. Oh, no, espera —me corregí—, ya se lo he dicho a Trent. Más de una vez. Y él siempre ha estado de acuerdo conmigo.

Mi mejor amiga reprimió una sonrisa y desvió la mirada hacia su novio.

—Entonces quizá yo debería decírselo al chef buenorro. Solo para asegurarme de que los vapores de la cocina no le han afectado tanto la cabeza como para impedirle darse cuenta por sí mismo.

No pude evitar reír.

—¿Al final habéis hablado hoy? —Señaló el teléfono a mi lado. El mismo que había comprobado en más de una ocasión ese día, con la esperanza de que respondiera a mis mensajes.

—No. —Ignoré el peso que sentía en el pecho—. Esta mañana tenía cosas que hacer, y ahora ya está en el restaurante.

Eran más de las tres. Sabía que todos los camareros ya se habían cambiado, que la brigada ya estaba en la cocina y que Rayden ya había celebrado la reunión…

De algún modo, me imaginaba que lo echaría todo de menos. Pero no creía que fuera a doler tanto.

Por primera vez, había tenido mi sueño al alcance de la mano. Y lo había visto hacerse añicos ante mis ojos.

La garganta se me cerró, y Mandy se dio cuenta.

—Podéis hablar cuando acabe el turno —trató de tranquilizarme —. O quizá podáis veros…

—No creo que podamos vernos muy a menudo a partir de ahora —admití—. Cuando él está libre, yo estoy en clase. Cuando yo estoy libre, él trabaja. —Me abracé las rodillas—. Y si me cogen en el Savoy Cinema…

—Eh. —Mandy ató la punta de la trenza y me la dejó sobre el hombro antes de volver a sentarse a mi lado—. Encontraréis la manera de hacer que funcione.

Esperaba que así fuera.

Necesitaba que así fuera.

—Al menos tú no tienes que lidiar con Kelly —añadió Mandy, que observaba a la animadora mientras bebía y dejaba que el agua le resbalara por el cuello y el pecho.

—Yo tengo que lidiar con alguien peor. —Torcí el gesto—. Deelylah.

Mandy me miró con curiosidad.

—Espera, trabaja en la cocina, ¿verdad?

Asentí.

—Es la *sous chef* de Rayden. Prácticamente, su mano derecha. —Apoyé el mentón en las rodillas—. Toda la brigada tiene que trabajar en equipo, pero la relación entre chef y *sous chef* es distinta. Es más… intensa. Íntima. Son como dos caras de la misma moneda —expliqué—. Tienen que complementarse, pensar de la misma manera, anticipar los movimientos del otro… —Me pasé las manos por la cara—. Y por si eso no fuera suficiente… —Giré la cabeza hacia Mandy—. Rayden y Deelylah se acostaban.

Abrió los ojos como platos.

—Oh.

La garganta se me cerró otra vez.

—Lo sé.

Mi mejor amiga permaneció en silencio unos segundos. Al final, se acercó un poco más a mí.

—¿Crees que será un problema?

Sí.

No.

Quizá…

—¿Tú lo creerías?

Ella adoptó una expresión incierta.

—Me gustaría responder que no y tranquilizarte, decirte que Rayden solo tiene ojos para ti y que sería un idiota si lo mandara todo a la mierda… Pero acabo de pasar los últimos cuarenta minutos deseándole a Kelly una fractura de cadera solo porque no deja de mirar a Trent, así que…

Me forcé a reír, pero fue una risa amarga.

—Eso es lo peor. Ni siquiera puedo desear que le pase algo, porque Rayden la necesita en el restaurante. No tener a Deelylah sería un desastre, y yo nunca querría algo así para él. Ni para el Ambroisie.

Mandy hizo una mueca.

—Creo que yo nunca podría ser tú —dijo, y una segunda oleada de amarga diversión me llenó el pecho.

—No, probablemente no.

—Lo siento, Ry —murmuró al cabo de un momento—. Pero míralo de este modo: si las cosas no salen bien con el chef buenorro, siempre tendrás una segunda opción dispuesta a caer rendida a tus pies.

Cuando arqueé una ceja, ella me indicó el campo.

Wes se estaba humedeciendo los labios mientras echaba el brazo hacia atrás y lanzaba el balón de fútbol americano que sostenía entre los dedos.

Fulminé a mi mejor amiga con la mirada.

—¿Te estás haciendo la graciosa o qué?

—Soy graciosa, que es distinto —replicó con una sonrisilla. Pero su expresión se volvió seria muy pronto—. ¿Habéis arreglado las cosas?

Reprimí un suspiro.

—Más o menos.

Aquella mañana, en cuanto había llegado al instituto, se había disculpado por enésima vez. Y cuando se enteró de que había perdido el trabajo, se había ofrecido a ir él mismo en persona a entregar mi currículum por todo Boston.

Le había respondido que no hacía falta, que ya tenía una posible alternativa, pero él se había disculpado otra vez. Y otra. Y otra.

Al final, casi suplicando, había vuelto a ofrecerse a contármelo absolutamente todo. Quería explicarme con exactitud lo que había visto su padre en el Black Gold, qué había pasado la noche en que Rayden decidió retirarse de la vida pública y por qué aquello le había hecho perder la cabeza en su intento por protegerme…

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza para rechazarlo.

Yo quería saber qué había pasado, pero no por Wes. Y no solo porque no fuera lo correcto, sino porque él solo podría darme una versión de la historia, no toda la verdad. Esa solo me la podía revelar Rayden. Y, aunque había dejado claro que jamás lo haría, yo estaba segura de que, tarde o temprano, cambiaría de idea.

Al final conseguiría que bajara la guardia.

Mientras tanto, seguiría confiando en él y ayudándolo a estar bien. Porque eso era lo que tenía más importancia. Nuestro presente, no su pasado.

—Bueno, «más o menos» es mejor que nada —retomó Mandy—. Y es fantástico, porque he hablado con Trent y hemos decidido que iremos al baile los cuatro juntos. Como amigos.

Cerré los ojos.

—Dy…

—No, no se aceptan objeciones. La decisión ya está tomada.

—Puede que esa noche tenga que trabajar.

Me fulminó con una mirada amenazadora.

—Te juro por Dios, Avery Shaw, que si te saltas el baile de fin de curso para vender unas estúpidas entradas de cine…

Mi teléfono vibró antes de que pudiera terminar su amenaza, y lo cogí sin dudar.

En cuanto leí el nombre, pequeñas mariposas me hicieron cosquillas en el estómago.

Chef: Ven al restaurante en cuanto puedas.

—¿El chef buenorro? —preguntó Mandy, inclinándose sobre la pantalla, y yo asentí, confusa.

—Me ha pedido que vaya al Ambroisie…

—¿No dice por qué?

Negué con la cabeza.

—A lo mejor quiere pagarte el sueldo de las últimas semanas… —Me guiñó un ojo—. O quiere darte otra cosa.

—¡Dy! —reí, y le di un empujoncito.

—Sé que lo estás deseando —replicó, y se apartó un rizo rubio de la frente—. En cualquier caso, sea lo que sea, no deberías hacerlo esperar.

Sacudí la cabeza y recogí la mochila.

—Si te dejo sola, ¿me prometes que no cometerás un homicidio?

—Ya deberías conocerme lo suficiente como para saber que nunca prometería algo así.

Me levanté, divertida.

—Te escribo luego, ¿vale?

—Vale. Haré lo posible por no estar entre rejas. Ah, y ¡suerte con la entrevista!

—Gracias.

Sonriéndole, me despedí una última vez y bajé por las escaleras de la grada para salir del estadio.

—¡Te mantendré informada!



Veinte minutos después, estaba recorriendo el callejón trasero del Ambroisie.

Después de todo lo que había pasado, era extraño volver a estar allí. Dos días antes, la mera idea de poner un pie en aquel restaurante me habría hecho vibrar de expectación. Ahora, en cambio, lo único que sentía era nerviosismo.

¿Por qué me había pedido Rayden que fuera?

¿Qué pensarían los demás camareros al verme allí?

¿Qué diría Courtney? ¿O Deelylah?

Inspiré hondo. Luego, sujeté la manilla y abrí la puerta que daba a la sala del personal.

Sabía que en ese momento el equipo de sala estaría ocupado con la *mise en place,* así que no me sorprendí al encontrar la estancia vacía. Después de cruzarla en silencio, me dirigí hacia el pasillo.

Me estaba preguntando si Rayden estaría en la cocina o en su despacho cuando vi que una chica caminaba en dirección contraria a la mía.

—Oh, hola —me saludó Talya con cierta inseguridad—. No esperaba verte. Creía que… Bueno… —Se encogió de hombros.

—Sí, lo sé —fue todo lo que pude responder.

—Despochef está extrañamente de buen humor —me informó—. Y, teniendo en cuenta cómo fue el sábado, nadie se lo esperaba.

Vaciló unos instantes, sin dejar de mirarme, y al final entendí a qué se refería.

—No he venido para empeorar las cosas —le aseguré. Pero la duda en su mirada no se desvaneció.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Era una buena pregunta, y no sabía cómo responder.

—El chef me ha pedido que viniera —me limité a decir. Aunque ya no trabajaba en el Ambroisie, no estaba segura de que Rayden quisiera que se supiera lo nuestro.

—Ah. —Talya adoptó una expresión de desconcierto—. Pues entonces…, buena suerte.

—Gracias —respondí, titubeando—. Y buen trabajo.

Ella me sonrió y yo seguí caminando. Sentía los nervios cada vez más presentes en el estómago.

Estaba a punto de llamar a la puerta del despacho de Rayden cuando oí su voz procedente de la cocina.

—Tenéis una semana —estaba diciendo—. A partir del próximo martes, serviremos el nuevo menú, y eso significa que tendréis que ser capaces de preparar estos platos con los ojos cerrados.

Me dirigí hacia allí, aunque no estaba segura de que fuera lo correcto. Quizá debería esperarlo en su despacho. Pero me había pedido que fuera al restaurante en cuanto pudiera, y eso significaba que era urgente…, ¿no?

—¿Para la reapertura? —oí preguntar a Deelylah.

—Se está encargando Courtney, pero no haremos nada a lo grande.

Avanzando con cautela, crucé el umbral y me acerqué al pase, donde estaban dispuestos los nuevos platos ideados por Rayden.

Él me daba la espalda, con los brazos cruzados y la postura erguida, mientras toda la brigada estaba alineada a pocos metros del chef.

Muchos de ellos se percataron de mi presencia y, de inmediato, comenzaron a alternar la mirada entre Rayden y yo.

Mi nerviosismo explotó.

Esperaba expresiones de sorpresa, murmullos inquietos, ecos de «¿Y qué hace ella aquí?». Pero nadie hizo ni dijo nada.

Tampoco Deelylah, que se limitó a apretar los dientes y apartar la vista de mí.

«¿Qué…?».

—Invitaremos a periodistas y críticos —continuó Rayden—. Y esperamos que… —Se interrumpió cuando se dio cuenta de que la brigada estaba distraída. Y, al darse la vuelta, me vio.

Mierda.

No tendría que haber ido a la cocina. Había sido una mala idea, pésima.

—Ya os he explicado cómo se preparan —prosiguió Rayden, volviendo a dirigirse a la brigada—, y en los próximos días os

ayudaré a practicar. Ahora probadlos. —Señaló los platos—. Luego empezad a organizar las estaciones.

—Sí, chef.

Un instante después, Rayden cruzó la barra que nos separaba y vino hacia mí.

—Vamos.

El estómago se me cerró con un nudo.

No había sonreído, no había escondido el hielo de su tono…

¿Qué demonios pasaba?

Apreté los dedos alrededor de la correa de la mochila y lo seguí hasta su despacho. Rayden cerró la puerta antes de tomar asiento en su escritorio y señalarme la silla libre.

—Siéntate.

—¿Tengo que preocuparme? —pregunté con cautela, pero obedecí.

Frunció el ceño.

—¿Por qué deberías?

—Porque acabo de darme cuenta de que tu mensaje es el equivalente culinario de «tenemos que hablar». Y eso, sumado al hecho de que ni siquiera me has saludado… ¿Tengo que preocuparme?

Rayden me observó unos segundos, cruzó los brazos y se recostó en el respaldo.

—El problema de saludarte, de saludarte exactamente como me gustaría hacerlo ahora mismo, es que luego no podría parar.

—Oh. —Un escalofrío me recorrió la espalda—. Bueno, entonces sería un problemón…

—No tienes idea de cuánto. —Su mirada era dura, pero la comisura de su boca se alzó de forma casi imperceptible.

—Entonces, si no estoy aquí porque querías saludarme… —Dejé la pregunta en el aire.

—Estás aquí porque quiero que firmes un contrato. —Abrió un cajón que tenía a su derecha, sacó unos papeles y los colocó delante de mí.

Pestañeé un par de veces.

—¿Tengo que dejar de llamarte chef y usar señor Grey?

Una chispa encendió la lluvia de sus ojos.

—No es ese tipo de contrato.

Entreabrí los labios.

¿De verdad sabía de qué estaba hablando? ¿De verdad conocía *Cincuenta sombras de Grey?*

Estaba a punto de hacer esas preguntas en voz alta cuando él continuó. Y yo me quedé inmóvil.

—Quiero que vuelvas a trabajar aquí.

Lo miré durante unos segundos interminables. No entendía nada.

—Ya lo hemos hablado…

—Sí, y tienes razón. No puedes volver a ser camarera.

Negué con la cabeza.

—Pero ¿entonces?

—Serás mi ayudante. En la cocina.

El mundo dejó de girar.

Y mi corazón, incapaz de seguir latiendo, se detuvo.

—Entre semana empezarás el turno a las cinco y media y terminarás a las diez, así tendrás tiempo para estudiar y no estarás cansada al día siguiente en clase. Los viernes y sábados, en cambio, harás el turno completo. Y, cuando acabes el curso, trabajarás a jornada completa.

No podía respirar.

Ni siquiera podía pensar.

—Ser mi ayudante significa que, al principio, te limitarás a observar. Contemplarás lo que hago, cómo lo hago, estudiarás hasta el más mínimo detalle… Pero te mantendrás al margen. Nada de preguntas, nada de distracciones. Si tienes algo que preguntar, podrás hacerlo al final del turno. Cuando considere que estás preparada, empezaré a asignarte tareas para que las hagas en mi lugar, bajo mi supervisión.

Tenía la boca tan seca que, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de pronunciar una sola palabra.

—En el contrato está todo detallado —concluyó—. Léelo con calma antes de firmarlo.

Bajé la mirada al papel por instinto, pero no lo veía. Estaba borroso, como si mi mente no pudiera procesar aquella imagen. Toda aquella situación.

—Yo… yo no… —Tragué con fuerza—. No puedo.

Él frunció el ceño, pero entendió a qué me refería.

—Puedes. Ya está todo preparado. La pregunta es si realmente quieres.

Dios… Me daba vueltas la cabeza.

Y no tenía sentido.

Nada tenía sentido.

—¿Alguna…? —Me aclaré la voz—. ¿Alguna vez has tenido un ayudante?

Rayden mantuvo una expresión inescrutable.

—No.

Se me hundió el estómago.

—¿Por qué quieres uno ahora?

El surco entre sus cejas era cada vez más profundo.

—Esta no era la reacción que esperaba.

—Responde a la pregunta. —Mi tono era bastante más duro de lo que me habría gustado, y él frunció todavía más el ceño. Pero, aun así, hizo lo que le había pedido.

—Es evidente que a veces tengo demasiadas cosas que hacer y no siempre consigo ocuparme de todo. Lo que pasó con la señora D'Arnaud en la inauguración es el ejemplo perfecto. Tendría que haber pensado en esta solución hace mucho tiempo.

Había un huracán en mi cabeza, y no mostraba señales de amainar.

—¿Y por qué me quieres a mí? —Desvié la vista hacia el contrato —. No tengo experiencia en la cocina. No estoy a la altura de este cargo. No…

—Jovencita, mírame. —Era una orden—. Respira. Y dime cuál es el problema. El problema de verdad.

—Yo… —Liberé un suspiro. Y de pronto, todo se volvió claro. Tan cristalino como el aire que no conseguía inspirar—. Gracias. De verdad. —Apreté las yemas de los dedos sobre el contrato y lo empujé hacia él—. Pero no puedo firmar.

Se le contrajo un músculo de la mandíbula y, antes de que pudiera repetir lo que ya había dicho, me corregí.

—No quiero hacerlo.

Mis palabras parecieron pillarlo por sorpresa.

—Creía que querías trabajar en la cocina.

—Sí, es lo que quiero. Más que cualquier otra cosa… —Me pasé una mano por el cuello—. Pero no así.

—¿Así cómo?

—Yo… —Cerré los ojos un instante. Y liberé todos los pensamientos que seguían arreciando en mi cabeza—. Quiero que me contraten porque me lo merezco. Porque tengo potencial y puedo ser una incorporación válida para la cocina. No porque… —Aparté la mirada de la suya mientras las mejillas se me teñían de rojo. Por primera vez, el motivo era la vergüenza. Vergüenza y frustración—. No porque te doy pena.

Aquellas palabras me apuñalaron el pecho, y cerré un puño con todas mis fuerzas.

—Sé lo que dije ayer —proseguí, y volví a mirar a Rayden—. Sé que te dije que necesito un trabajo, que la situación es difícil, que a veces todos los gastos que tengo que afrontar me asustan… —Mi voz amenazó con quebrarse—. Pero en ese momento no me estaba abriendo con el chef del Ambroisie. ¿Lo entiendes? No te conté todas esas cosas para aprovecharme de ti, para que me contrataras… No lo necesito. Puedo apañármelas sola. Lo he hecho todos estos meses, y lo he conseguido sin recibir la caridad de otras personas. —Mantuve la mirada fija en la suya—. Así que… gracias. No te haces a la idea de lo mucho que agradezco todo esto. —Sonreí, y era sincera—. Pero no espero que seas responsable de mí. Y no tienes que inventarte un nuevo puesto de trabajo solo para ayudarme. Sé cuidar de mí misma.

Denso y pesado, el silencio cubrió mis palabras y se extendió entre nosotros.

La cabeza seguía dándome vueltas, el aire seguía escapándose de mis pulmones…

Y ya no lo soportaba.

—Gracias —repetí, y empecé a levantarme—. De verd…

—No tenía ni dieciocho años cuando me convertí en jefe de cocina. —Su voz me bloqueó, y me quedé en la silla.

Sus ojos fríos estaban fijos en mí, y no vislumbraba ninguna emoción más allá de la cortina de lluvia que se arremolinaba con furia en sus iris.

—Cuando el dueño del restaurante me ofreció el puesto, pensé que era una locura —prosiguió—. Todos los miembros de la brigada eran mayores que yo, más experimentados. Nunca se habrían tomado en serio a un crío que prácticamente venía de la calle.

Me imaginé a Rayden a esa edad, un poco más joven que yo, y otra punzada me atravesó el pecho. Aquella vez, sin embargo, se clavó en mi corazón.

—Y se lo dije. Le dije que no estaba preparado. Pero ¿sabes lo que me respondió? —Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en el escritorio—. Que cuando me miraba no veía mi edad, sino mi talento. Que, cuando usaba una olla o me ponía frente a los fogones, no veía al chaval cabreado que solo quería destrozar algo, sino a un líder capaz de resolver incluso los problemas que no le correspondían. Que en cada uno de mis platos veía el reflejo de lo que estaba seguro de que llegaría a ser en el futuro. Y, al final… al final me dijo que lo había decepcionado, allí, en ese preciso momento, al decirle que no estaba listo.

Tenía el estómago cada vez más encogido, el puño cada vez más apretado.

—Si me había ofrecido ese puesto, significaba que creía tanto en mí y en mis capacidades como para decidir poner en mis manos aquello por lo que había trabajado toda su vida. El fruto de sus sacrificios, de su sudor, de sus lágrimas… Me lo estaba confiando

todo para que lo gestionara. Y nadie toma una decisión así a la ligera. Nadie ofrece algo semejante sin creer al cien por cien que es la elección correcta. Así que la pregunta que yo tendría que haberme hecho no era si me sentía listo…, sino si era capaz de hacer el trabajo.

Entrelazó nuestras miradas e inclinó ligeramente la cabeza a un lado.

—Has dicho que quieres que te contraten porque te lo mereces. Porque tienes potencial… Yo vi tu potencial el mismo día en que entraste en mi cocina y expusiste a la perfección los ingredientes presentes en mis platos. Lo he visto cada vez que te has acercado al pase y te has quedado observando a escondidas a la brigada con la esperanza de aprender algo nuevo. Y sigo viéndolo cada vez que coges un cuchillo y cocinas conmigo.

Mi corazón volvió a funcionar, un latido agitado tras otro, como si intentara recuperar todos los que se le habían arrebatado.

Era doloroso, asfixiante…

Y aterrador. De la mejor manera posible.

—Tú nunca te sentirás preparada, jovencita. Pero, si no considerara que estás a la altura de este puesto, no te lo habría planteado. No importa quién seas o qué haya entre nosotros… No pondría en riesgo mi restaurante por nadie. —Lentamente, volvió a recostarse en el respaldo—. Pero lo que yo creo no importa. Porque la respuesta solo puedes darla tú. Así que te hago la misma pregunta que me hicieron a mí. —Me miró con intensidad—. Te he explicado en qué consiste el trabajo. ¿Eres capaz de hacerlo?

El corazón ya me latía con tanta fuerza que lo sentía palpitar incluso en la punta de los dedos.

—Yo…

—Sí o no —me interrumpió Rayden—. ¿Eres capaz?

—Sí. —Aquella palabra se formó en mi lengua antes de que pudiera siquiera pensarla. Y era… verdad—. Sí.

La comisura de su boca pareció temblar, como si quisiera curvarse hacia arriba, pero una vez más se obligó a permanecer impasible.

—Tienes que demostrármelo. Aquí. Ahora.

—¿Demostrártelo? —parpadeé—. ¿Cómo?

Rayden se levantó, rodeó el escritorio y se apoyó en el borde, cerca de mí.

—Tienes que prometerme una cosa.

Me quedé mirándolo, a la espera.

—Tienes que prometerme que dejarás de tener miedo.

Fruncí el ceño.

—Yo no…

—Sí, lo tienes —me interrumpió antes incluso de que pudiera terminar mi respuesta—. Tienes miedo de que la gente no te vea como eres. Tienes miedo de que te consideren frágil, débil…, un caso de caridad que nunca saldrá adelante.

Contuve el aliento, y también el nuevo dolor que me invadía.

—Por eso no me hablaste de tu padre. Y por eso has pensado que te he ofrecido el trabajo por lástima —continuó Rayden—. Temes que lo que te pasó pueda definir quién eres. Quién llegarás a ser.

Me empezaron a arder los ojos.

—Sé que has superado el accidente y has seguido adelante, pero tienes miedo de que los demás no lo vean así. Que, para ellos, siempre acabes siendo la chica herida a la que hay que compadecer. Y crees que, si no encuentras la forma de demostrarles a todos que se equivocan y que puedes valerte por ti misma, tendrás la confirmación de que en realidad siempre tuvieron razón. Que de verdad eres débil.

Empecé a parpadear para ahuyentar unas lágrimas que jamás me permitiría derramar.

—Has pasado los últimos meses dividida entre ser fuerte y representar el papel que ellos han escogido para ti. Entre pensar en ti misma y comportarte como ellos creen que es lo más correcto…

Noté humedad en las pestañas.

—Pero, jovencita, todo eso son tonterías. No son los demás quienes deciden quién eres ni qué debes hacer. Esta es tu vida. ¿Quieres reír? Hazlo. ¿Quieres gritar? Súbete a lo alto de un edificio

y grita hasta perder la voz. ¿Quieres cumplir tus sueños? Lucha todos los días y no permitas que nadie te frene. Al diablo con los demás. Deja que hablen a tus espaldas, que te juzguen. Porque, mientras ellos estén ocupados criticando tu vida, tú la estarás viviendo. La única pregunta que debes hacerte es… cómo quieres vivirla.

Mil emociones tomaron el control de mi corazón, y sus latidos quebrados las propagaron en mi interior.

—¿Quieres saber por qué te ofrezco este trabajo? —continuó, sin esperar una respuesta—. No es porque me des pena. Desde que te conozco, no ha habido un solo instante en el que me la hayas dado. Porque sobrevivir a aquel accidente no te hizo débil, sino que te hizo jodidamente fuerte. Y esa fuerza no se encuentra en las lágrimas que otros querrían verte derramar, sino en tus sonrisas. En tu forma de seguir adelante, de luchar. En tu manera de cuidar de ti misma.

La primera lágrima me humedeció el pómulo, y la dejé correr, incapaz de mover un solo músculo.

—No, jovencita… No te ofrezco este trabajo porque te compadezca. Sino porque creo en ti. Porque te veo.

Apreté los labios con fuerza para impedirme temblar.

—Veo las ganas que tienes de perseguir tus pasiones. Veo el valor con el que encaras cada día. Y veo la tristeza que llevas dentro, pero a la que nunca le permites ganar.

Nuevas lágrimas me escocieron en los párpados, y viejas heridas se cerraron gracias a las palabras de Rayden.

Me estaba curando.

Todas las cicatrices que me negaba a mostrar, todos los miedos que no me permitía tener… Él los estaba tomando y sanando. Y yo solo quería lanzarme a su cuello y dejar que me abrazara mientras lo hacía.

—Te ofrezco este trabajo porque sé, con absoluta certeza, que alcanzarás cada meta que te pongas —continuó—. Y, mientras tanto, te quiero aquí. Donde podrás aprender, mejorar… y mejorar mi

cocina. Porque eres capaz de hacerlo. Y porque ya lo has hecho. Mucho más de lo que crees.

Todavía en silencio, lo vi inclinarse hacia un lado y coger un bolígrafo.

—Si estás lista para verte a ti misma como yo te veo, entonces firma. Da otro paso hacia tu sueño. Conviértete en la persona que quieres ser realmente. Pero tienes que estar dispuesta a creerlo de verdad, con cada parte de ti. Tienes que estar dispuesta a defender tu derecho a encontrarte aquí y a aceptar todo lo que ello conlleve. Lo bueno y lo malo. Lo positivo y lo negativo. —Se encogió de hombros—. No existen sueños cumplidos sin sacrificios. Pero son sacrificios que vale la pena hacer.

Lentamente, Rayden extendió el brazo. Y me ofreció el bolígrafo.

—¿Qué eliges, jovencita? ¿El miedo o tu sueño?

Caos.

Lágrimas.

Rayos.

Esperanza.

Miedo.

Ahí estaba. Ahora lo sentía. Lo sentía todo. La forma en que me oprimía, en que últimamente me había mantenido atrapada, impidiéndome moverme como habría querido…

Rayden tenía razón.

Estaba aterrorizada.

Solo que…

No quería estarlo.

Nunca había querido estarlo.

«Conviértete en la persona que quieres ser realmente».

Tragué con dificultad, rechazando cada sensación. Cada pensamiento, cada duda… Sofocándolo todo. Excepto las palabras de Rayden.

«Esta es tu vida».

Busqué sus ojos.

«¿Cómo quieres vivirla?».

Lo vi ocurrir a cámara lenta. El momento en que mis dedos se cerraron alrededor del bolígrafo tras cogerlo de su mano. Y cuando se acercaron al contrato.

«Creo en ti».

Yo también quería hacerlo. Quería creer que merecía aquel puesto porque podía hacer el trabajo. Porque era capaz de hacer el trabajo.

Porque era todo lo que siempre había soñado. Y porque merecía transformar ese sueño en realidad.

«Creo en ti».

«Creo en ti».

«Creo en ti».

Apretando los dientes, contuve el aliento. Y escuché el sonido del bolígrafo sobre el papel mientras trazaba mi nombre para darle forma a mi futuro.

«Creo en mí».

Una última lágrima me resbaló por la mejilla y estalló junto a mi firma, como si mi propio dolor hubiera decidido validar mi decisión. Y cuando me giré hacia Rayden, me di cuenta de que no era la única que había empezado a sonreír.

—Estoy jodidamente orgulloso de ti, jovencita.

Tras dejar el bolígrafo sobre el escritorio, me llevé una mano a la boca.

—¿Ha pasado de verdad?

Por fin, él acortó la distancia entre nosotros y secó cada una de las lágrimas que había derramado.

—Ha pasado de verdad.

—Oh, Dios mío… —Sacudí la cabeza. No me lo creía. No podía haber firmado aquel contrato, no era posible que aquello estuviera pasando. Y, sin embargo…—. ¡Oh, Dios mío!

Rayden siguió sonriéndome, y la luz que irradiaba fue tan intensa que me hizo darme cuenta de cuál era la realidad.

Ya no había cadenas rodeándome.

Era libre. Él me había ayudado a liberarme. Y ahora…

Le eché los brazos al cuello, hundí el rostro en el hueco de su hombro, y él no dudó ni un segundo antes de sumergir una mano en mi pelo y abrazarme con fuerza.

—Gracias —susurré—. Por cada palabra, por todo lo que has hecho… Gracias.

—Yo no he hecho nada, jovencita. Lo has hecho todo tú. Y, de todos modos, deberías esperar antes de darme las gracias.

Me eché hacia atrás y, cuando encontré de nuevo su sonrisa, sentí que me faltaba el aire.

—Dicen que soy un déspota en la cocina.

Una risa espontánea me vibró en la garganta.

—¿Solo en la cocina?

Su expresión se endureció.

—¿Crees que es buena idea ofender a tu jefe?

—Yo… —Sentí que las mejillas me ardían—. Querría besar a mi jefe —confesé—. Pero no estoy segura de que esté permitido.

Inclinó la cabeza y me rozó los labios.

—Está permitido.

—¿Aunque corras el riesgo de no poder detenerte?

Sus ojos brillaron.

—Le daré la orden a mi ayudante de que se detenga.

Me puse de puntillas.

—Creo que nunca seré capaz de hacer algo así.

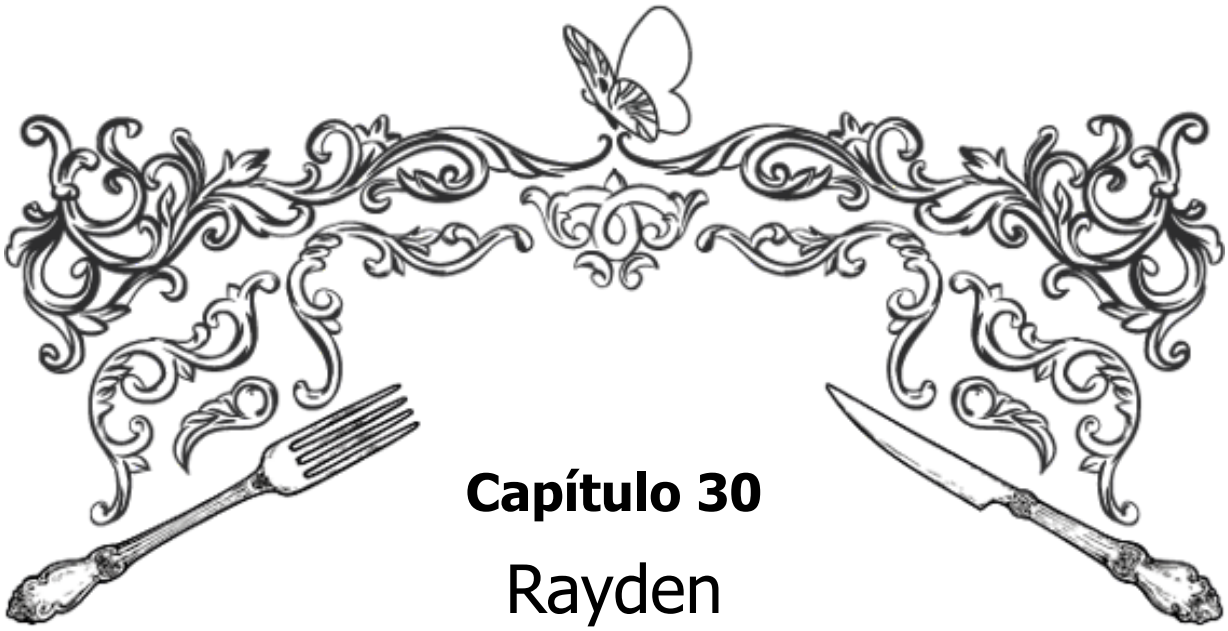
Apoyó las palmas en mi espalda y me pegó a su cuerpo.

—Ya te lo he dicho. Puedes hacer cualquier cosa.

—Es posible…, pero no quiero. Nunca querré, chef.

Rayden unió nuestros labios, y yo dejé que me besara de forma arrolladora, robándome cada aliento y reclamando cada uno de mis latidos. Quería que fueran suyos. Quería que tuviera cada parte de mí.

Y no quería recuperar nada jamás.



Capítulo 30

Rayden

Separé los labios de Avery y acaricié su lengua con la mía mientras bajaba las manos por su espalda.

Cuando había decidido contratarla, no había imaginado que reaccionaría de ese modo. Pero debería haberlo hecho. Porque ya había aprendido a conocerla.

A lo largo de su vida, Avery se había forjado una armadura hecha de sonrisas y optimismo, y había luchado cada día por mantenerla intacta. Desde mucho antes del accidente. Lo más probable es que la tuviera incluso desde antes de la muerte de su madre.

Había elegido ser fuerte. Ser feliz. Y no solo por sí misma, sino también por todos los que la rodeaban.

Sin embargo, había algo que necesitaba que entendiera.

Yo no quería que renunciara a su armadura. Quería que me dejara luchar a su lado. Del mismo modo que ella, quizá sin ser plenamente consciente, luchaba al mío.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —susurró contra mis labios, y yo me aparté lo justo para poder mirarla.

—¿Qué?

—Has dicho que, al principio, mi trabajo consistirá en observar lo que haces —comenzó—. En pocas palabras…, me has hecho firmar

un contrato en el que acepto mirarte durante horas.

Alcé una comisura de la boca.

—Me gusta cuando me miras.

Su cuerpo se calentó contra el mío.

—Lo habría hecho incluso sin vínculos legales, chef.

—¿Sí?

Ella asintió.

—Sí.

Sin dejar de sonreír, me incliné para volver a besarla, pero su voz me detuvo. Ahora sonaba más seria. Casi… insegura.

—¿Qué dirá la brigada? Quiero decir… ¿De verdad crees que les parecerá bien tenerme por ahí en medio?

—Primero… —Mi tono sonó duro—. Tú no estarás «por ahí en medio».

De inmediato, Avery enderezó los hombros.

—No, claro. Cierto.

—Segundo, en esto no tienen ni voz ni voto. Es mi cocina. Yo tomo las decisiones, nadie más. —Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero, por si te quedas más tranquila, nadie ha puesto objeciones cuando lo he anunciado hace unas horas.

Tampoco Deelylah. La mirada que le había lanzado había bastado para sofocar cualquier réplica suya.

—Espera… —Avery frunció el ceño—. ¿Ya saben que voy a ser tu asistente?

—Sí.

—Pero no podías saber si aceptaría.

—Sabía que tomarías la decisión correcta —respondí—. Y que podría convencerte si no lo hacías.

Avery siguió parpadeando durante varios segundos.

Al final, un destello de diversión cruzó su mirada.

—¿Te he dicho ya que eres imposible?

Le robé un pequeño beso.

—Estoy bastante seguro de que dijiste «increíble».

Rio sobre mis labios y me devolvió el beso. Pronto, sin embargo, su expresión cambió de nuevo.

—¿Y saben lo…? Bueno… —Se aclaró la garganta—. ¿Lo nuestro?

—No lo he especificado, pero creo que lo han entendido.

Sus músculos se tensaron, y vi mil dudas persiguiéndose en su interior.

Temía que la brigada pensara que era un caso de favoritismo. Que el único motivo por el que la había contratado fuera su habilidad en la cama, y no en la cocina.

—Jovencita —la llamé—. ¿Qué me acabas de prometer?

Bajó la cabeza.

—Perdona.

Llevé dos dedos bajo su mentón para que volviera a alzar la vista.

—Les demostrarás a todos quién eres. Les demostrarás que tu sitio está al otro lado del pase. Porque es la verdad. —La acaricié con suavidad—. Solo tienes que darte tiempo. Y mostrarle a toda la cocina lo que me has dejado ver a mí desde el principio.

Avery inspiró hondo, como si estuviera cogiendo mis palabras para grabarlas en su interior.

—De acuerdo.

—A propósito de eso… —Me aparté y fui hacia el armario—. Tu uniforme.

Avery clavó la vista en la chaqueta blanca que le tendía, y toda sombra desapareció de su expresión.

—¿Mi… uniforme?

—Todos los miembros de la brigada deben tener su uniforme. Y tú, jovencita, formas parte de ella.

Se llevó las manos a la boca y una emoción genuina estalló en el aire a su alrededor.

Ni siquiera intenté reprimir la sonrisa.

—Pruébatelo.

No hizo falta que se lo repitiera. Se quitó la camiseta que llevaba, la dejó sobre la silla, se puso la chaqueta y se abrochó los botones rápidamente.

—¿Qué tal estoy? —preguntó, bajando la mirada hacia sí misma y acariciando la tela almidonada. Pero yo casi no la oí. Porque…

Joder…

Nunca había encontrado *sexys* las chaquetas de cocina, independientemente de quién las llevara. Pero en Avery…

Aquella chaqueta no acentuaba sus curvas, no resaltaba su cuerpo perfecto. Y, sin embargo, nunca había estado tan guapa como en aquel momento, luciendo el emblema de mi restaurante. El uniforme de mi mundo.

—Perfecta. —Me acerqué a ella, levantando la bandana que aún tenía en la mano para colocársela sobre el cabello—. Estás perfecta, jovencita.

Sus mejillas se habían encendido, pero sabía que, esta vez, no era yo el responsable. Era la emoción del nuevo trabajo. La pasión que, por fin, podía mostrarle a todo el mundo.

—Gracias —dijo—. Por todo.

—Deja de darme las gracias.

Su sonrisa se ensanchó todavía más.

—¿Cuándo empiezo?

—Hoy, si quieres. Si no, mañana.

Avery negó con la cabeza.

—Hoy está perfecto.

—De acuerdo —respondí divertido. Pero, al cabo de un instante, me obligué a ponerme serio—. Una última cosa. Y sé que no hace falta que lo repita, pero necesito saber que lo has entendido.

Apretó los labios. De pronto parecía nerviosa.

—Cuando estemos en la cocina, tú eres un miembro más de la brigada, y yo soy el chef Wade. No te trataré de forma distinta a los demás, y tú tendrás que tratarme como a tu jefe.

—Por supuesto —contestó enseguida—. Mantendré un comportamiento profesional. Y… —Esbozó una sonrisita que no me esperaba—… creo que ya te he demostrado en más de una ocasión lo buena que soy obedeciendo órdenes.

Un latigazo de calor me recorrió la piel y se concentró bajo los bóxers.

Sin darme cuenta siquiera de lo que hacía, llevé una mano alrededor de su garganta y la atraje hacia mí.

—La primera orden, jovencita: no me provoques mientras trabajamos.

—De acuerdo, chef… —Tenía la respiración acelerada—. Esperaré a que termine el turno para hacerlo.

Un gruñido me vibró en lo más profundo del pecho y me incliné hacia ella. Pero Avery se alejó antes de que pudiera besarla… o arrancarle la chaqueta de encima y doblarla sobre mi escritorio.

—¿Vamos?

Mi erección latía con dolor, y tuve que tensar cada maldito músculo para no hacer ninguna estupidez.

Había definido a Avery como una adicción.

Pero ahora…

Ahora estaba seguro de que iba a matarme. Y me parecía más que bien.



—Estás dando saltitos, jovencita.

—Lo sé. —Avery me apretó los dedos y sonrió—. Y no creo que pueda parar.

Esbocé una sonrisa y seguí caminando a su lado.

—Ha sido increíble —repitió por enésima vez—. Quiero decir, la manera en que te movías, la precisión de los tiempos, la rapidez con la que resolvías cualquier problema… Y el trabajo de la brigada… Ha sido todo…

Arqueé una ceja.

—¿Increíble?

Ella rio y chocó el hombro con el mío.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Tú no estabas ni siquiera un poquito emocionado después de tu primera vez en una cocina de

verdad?

—Después de mi primera vez en una cocina de verdad, el chef se llevó a toda la brigada a beber a un local. Era su tradición cada vez que contrataba a alguien nuevo —conté—. No recuerdo mucho de aquella noche.

Avery me miró perpleja.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis.

—¿Y no te pidieron el carnet?

Su expresión escandalizada me hizo reír, y le pasé un brazo alrededor del cuello para atraerla hacia mí.

—Eres adorable, jovencita. —Le di un beso en la sien y, cuando me aparté, vi que se había sonrojado.

—Bueno, en cualquier caso —continuó—, si no hubieras ido a beber, quizá tú también habrías ido dando saltitos por la calle.

La miré de reojo.

—¿De verdad me ves dando saltitos?

Avery me estudió un instante. Luego, se mordió el labio inferior y reprimió una carcajada.

—No.

Tomamos el sendero que llevaba a su casa, y ella sacó las llaves de la mochila mientras llegábamos a la puerta.

—¿Quieres entrar?

Quería entrar desesperadamente. Y sumergirme en su entusiasmo hasta transformarlo en gemidos. Pero no podía. Así que la tomé por la cintura y me quedé un par de escalones por debajo de ella.

—No es buena idea.

Su gesto se ensombreció.

—¿Por qué no?

—Porque no tendría fuerzas para irme.

Nuestros rostros estaban a la misma altura, y Avery se acercó y rozó su nariz con la mía.

—¿Y eso sería un problema?

Intensifiqué el agarre sobre ella mientras intentaba mantener el control.

—Sí. Porque mañana tienes clase, y yo tengo que estar temprano en el restaurante.

Me rodeó el cuello con los brazos y me miró a través de las pestañas.

—¿No puedo hacer nada para convencerte? —murmuró.

Antes de que pudiera responder, se acercó y me rozó los labios con la punta de la lengua.

Le hundí los dedos en las caderas.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me tientes? —gruñí.

—Pero se me está dando bien hacerlo…

La estreché contra mí hasta que sentí que se estremecía.

—Se te da mucho más que bien, jovencita.

Nuestro beso se volvió intenso, y descargas eléctricas comenzaron a recorrerme la espalda mientras pequeños gemidos se formaban en la garganta de Avery.

No había nada que deseara más que tenerla. Sin embargo, lo que había dicho era cierto. Ella necesitaba descansar, y yo no pensaba ser el capullo que le hiciera pasar la noche en vela. Porque, después de verla con el uniforme del restaurante y de sentir sus ojos sobre mí durante toda la noche, eso era exactamente lo que habría hecho.

Reuniendo hasta el último atisbo de fuerza, me separé de ella y apoyé la frente en la suya.

—Tienes que irte.

—No quiero…

Clavé los ojos en los suyos.

—Ve.

Avery frunció el ceño.

—No pensaba que alguna vez fueras a darme una orden como esa.

—Ni yo —admití—. Créeme.

Un suspiro se deslizó por su lengua. Pero, al final, asintió y me dio un último beso. Pequeño. Inocente. Justo como ella.

—Buenas noches, chef.

—Buenas noches, jovencita.

Tras liberarla de mis manos, la vi entrar en casa, y me arrepentí de haberlo hecho en cuanto cerró la puerta.

Mi cuerpo seguía vibrando por la agitación de las últimas horas, y lo único que quería era liberarla antes de que me ahogara. Pero dejarla marchar era lo correcto. Y si había algo que deseara más que a ella, era eso. Hacer lo correcto.

Por Avery…

Por mí.

Con las manos hundidas en los bolsillos, volví a caminar por las calles oscuras de Boston. Aquella parte de la ciudad estaba en silencio. Sin tráfico, sin luces deslumbrantes, sin gente…

Allí, solo había noche. Noche y silencio.

Y lo odiaba.

Porque me resultaba familiar. Demasiado familiar…

Imágenes que siempre me esforzaba por no recordar comenzaron a nublarme la vista, superponiéndose a las calles oscuras, y, de repente, me encontré allí, en mi pasado. Mientras contenía la respiración sumido en la oscuridad, aterrorizado ante la posibilidad de oír ruidos. Golpes. Quejidos…

—Joder —maldije, presionándome dos dedos contra los párpados. Pero aquellos recuerdos seguían en los límites de mi mente, viscosos e implacables, mientras me arañaban desde dentro para obligarme a revivirlos.

Y yo…

Joder, necesitaba que pararan. Y necesitaba volver con Avery. Perderme en ella hasta olvidarme de mí mismo, suplicarle que me llenara con su luz y ahuyentara la oscuridad. Que…

No. Joder, no.

No era tan egoísta.

Me negaba a serlo.

Cerré los puños y seguí caminando. Y alejándome cada vez más de ella.

Solo pasaron unos minutos antes de que me detuviera de nuevo. Solo que, esta vez, no fue por culpa de mi pasado, sino del presente.

—¡No! —Un grito agudo rasgó el aire inmóvil—. P-puedo daros la cartera… Mirad, c-cogedla…

Cada nervio de mi cuerpo se puso en alerta, y empecé a observar a mi alrededor, buscando a la mujer que había pronunciado aquellas palabras.

—Muy bien, guapa —respondió una voz profunda, arrastrando las palabras de forma antinatural—. Pero no es lo único que tienes que darnos…

Mi respiración se volvió más rápida, la adrenalina me estalló en las venas.

—P-por f-favor…

—Buen principio, cariño. Suplícame.

¿Dónde coño estaban? ¿Dónde…?

—¡No! No, por favor, no…

Un chasquido resonó en el aire. Yo conocía ese sonido. Lo conocía mejor que los latidos de mi propio corazón.

Era una bofetada.

«Joder, no».

Un llanto desesperado comenzó a apuñalar la noche, y eché a correr, siguiendo aquella estela de dolor hasta girar por un callejón sin salida.

Residuos malolientes cubrían el asfalto, y la única farola presente no hacía más que parpadear, deformando las sombras oscuras que invadían la penumbra.

Pero allí, en medio de aquel mar de ébano distorsionado, los vi.

Dos hombres habían acorralado a una mujer contra la pared. Uno sostenía una botella de licor, mientras que las manos del otro… esas estaban sobre el cuerpo de la mujer.

Mi sangre se transformó en ácido.

Veía cada una de sus lágrimas. Cada estremecimiento. Cada intento de librarse del agarre que la mantenía clavada contra el

muro.

El ácido me recorrió las venas y me invadió por completo, quemando y destruyendo todo lo que encontraba a su paso, hasta llegar a mi alma y arrancarle las mismas palabras que, con esfuerzo, había intentado reprimir.

«Sé lo que significa creer que puedes salvar a alguien. Pero ¿de verdad crees que podrás?».

La mujer seguía llorando.

—Dejadme…, o-os… os lo suplico…

«Las cosas siempre acabarán igual».

Uno de los hombres empezó a tirarle de la falda y a subírsela, mientras el otro reía excitado, manoseándose la bragueta de los pantalones.

«Nadie puede ser salvado. Y tú no cambiarás las cosas».

Durante toda mi vida, había luchado contra aquellas palabras, negándome a creer en ellas.

Necesitaba mantener la esperanza de que las personas podían ser salvadas. Que las cosas podían cambiar…

Así que no me detuve a reflexionar. No saqué el teléfono, no llamé a la policía.

Actué y punto.

—¿Os estáis divirtiendo? —Mi voz era una cuchilla afilada tan cargada de cólera que ni yo mismo la reconocí.

—¿Qué…? —Los dos hombres se giraron al momento—. Vete a la mierda, amigo.

La mujer clavó sus ojos enrojecidos en mí y su expresión aterrorizada resquebrajó algo en mi pecho.

—Ayúdame…

Mantuve la atención en los hombres.

—Soltadla. Ahora.

—Lo que hagamos no es asunto tuyo —masculló el tipo que sostenía la botella de licor en la mano.

«Tú no cambiarás las cosas».

—Me temo que sí lo es.

—Escucha, cabrón… —El hombre empezó a avanzar hacia mí—. No te conviene meterte en medio.

Cerré los puños.

—Correreé el riesgo.

—¡Joder, Joe, échalo de aquí! —gruñó el otro mientras aumentaba la presión sobre la mujer, que comenzó a llorar todavía más desesperada.

Aquel sonido me estaba matando.

Sus sollozos, sus lágrimas… Eran como puñetazos en el pecho que me resquebrajaban las costillas y derrumbaban las barreras que contenían mi oscuridad.

La voz de mi padre se hizo cada vez más fuerte. Más insistente. Y pronto se entrelazó con el sonido familiar de gritos roncos y huesos que se rompen.

«Ella se merece todo esto».

Sentí la rabia mezclarse con la adrenalina. Y si antes mis músculos ardían, ahora se incendiaron.

—¿Lo has oído, cabrón? Tienes que…

—Os lo voy a repetir una última vez. —Me temblaba la voz, como el aire justo antes de que estallara una tormenta—. Soltadla. Ahora.

«Tú no cambiarás las cosas».

«Tú no cambiarás las cosas».

«Tú no…».

—¿O qué? —Un destello cruzó los ojos del hijo de puta que seguía acercándose a mí, aunque estaba demasiado borracho como para que aquello fuera miedo—. ¿Qué…?

No terminó la frase.

Mis nudillos colisionaron contra su mandíbula, y él cayó al suelo con un estertor ahogado.

La botella se hizo añicos sobre el cemento lleno de mugre, los quejidos roncos chirriaron contra los dientes amarillentos del hombre, y una punzada me subió por la muñeca mientras el otro tipo fijaba su atención en mí.

—Pedazo asqueroso de… —Soltó bruscamente a la mujer, que chocó contra la pared y estuvo a punto de desplomarse de rodillas. Pero yo encontré sus ojos brillantes antes de que se cayera.

—Vete. Ahora. —Le indiqué la calle a nuestra espalda—. ¡Corre!

Ella no esperó ni un segundo. Y mientras pasaba junto a mí, rebosante del mismo alivio que me llenaba el estómago, el hombre que había intentado atraparla se abalanzó sobre mí.

Me tambaleé hacia atrás, intentando mantener el equilibrio, y no vi venir su puñetazo con la mano derecha.

Un dolor punzante me estalló en la barbilla. Pero aquella descarga eléctrica no hizo más que avivar la tormenta que ya aguardaba en mi pecho.

El hombre intentó golpearme otra vez, pero en esa ocasión lo detuve. Tenía una mirada viscosa, sedienta de sangre… y, por una cruel broma de mi imaginación, sus facciones empezaron a deformarse hasta mostrarme el rostro que atormentaba cada una de mis pesadillas.

Agarrándolo por la camiseta, lo estampé contra la pared. Justo en el punto donde él había acorralado a la mujer. Y, por fin, los ojos del hombre me mostraron lo que quería ver en él: miedo.

Lo golpeé en la nariz.

—Dime… —En el pómulo—. ¿Te gusta? —En la barbilla. En la mandíbula. En la ceja—. Quiero oírtelo decir.

Tras cada puñetazo, unas punzadas dolorosas me recorrían los nudillos desgarrados, pero yo no las sentía. Ni mis heridas ni las suyas… No veía nada. Mi visión estaba demasiado borrosa, pasado y presente demasiado entrelazados.

Me encontraba en una realidad distorsionada. Y me estaba perdiendo en ella demasiado rápido.

—Te gusta hacer eso a mujeres indefensas, ¿verdad? —Ya no reconocía mi propia voz—. Pero apuesto a que haces cosas peores. —Con toda la fuerza que tenía, le propiné un rodillazo en la ingle, y él emitió un grito ahogado, se dobló hacia delante y me escupió gotas de sangre—. Apuesto a que…

Alguien me agarró por detrás y me obligó a apartarme de él. Y antes siquiera de que pudiera parpadear, sentí un golpe seco en la mandíbula.

Un destello cegador se abrió paso en la oscuridad, y un sabor metálico me cubrió la lengua.

—Te mato. —El otro hombre se había levantado. El alcohol seguía impregnando sus palabras, la locura guiaba cada uno de sus movimientos—. Lo juro por Dios que te…

Me abalancé sobre él antes de que terminara la frase, y los dos caímos al suelo. Todo el oxígeno abandonó sus pulmones, infectando el aire con un hedor nauseabundo, pero yo seguí encima. Y empecé a golpearlo.

Un puñetazo en la mejilla.

Uno en la nariz.

Un crujido espeluznante en el aire.

Un reguero rojo sobre la piel…

Sabía que debería detenerme y volver a pensar con claridad, pero era incapaz. Y ellos no se merecían siquiera que lo intentara.

—¡No os había hecho nada! —grité, sin dejar de golpearlo—. Y ella…

Ahora, su rostro estaba cubierto por completo de sangre. Irreconocible. Y para mi mente resultó demasiado fácil cambiar de escenario de nuevo.

El callejón que nos rodeaba pasó a ser el suelo reluciente del Black Gold. Y el hombre debajo de mí se convirtió en aquel cuya muerte había planeado durante gran parte de mi vida. El mismo por el que había acabado en la cárcel.

—Ella no se lo merecía. ¡No se lo merecía!

—¡Joder, para! —gritó el otro hombre—. ¡Para!

Sentí sus manos en los hombros, su intento de arrancarme del cuerpo de su amigo…

Me giré de golpe en su dirección.

—¿Parar? —En menos de un segundo, volvía a estar de pie, y el hombre retrocedió asustado—. Cuando una mujer te lo dice a ti, ¿tú

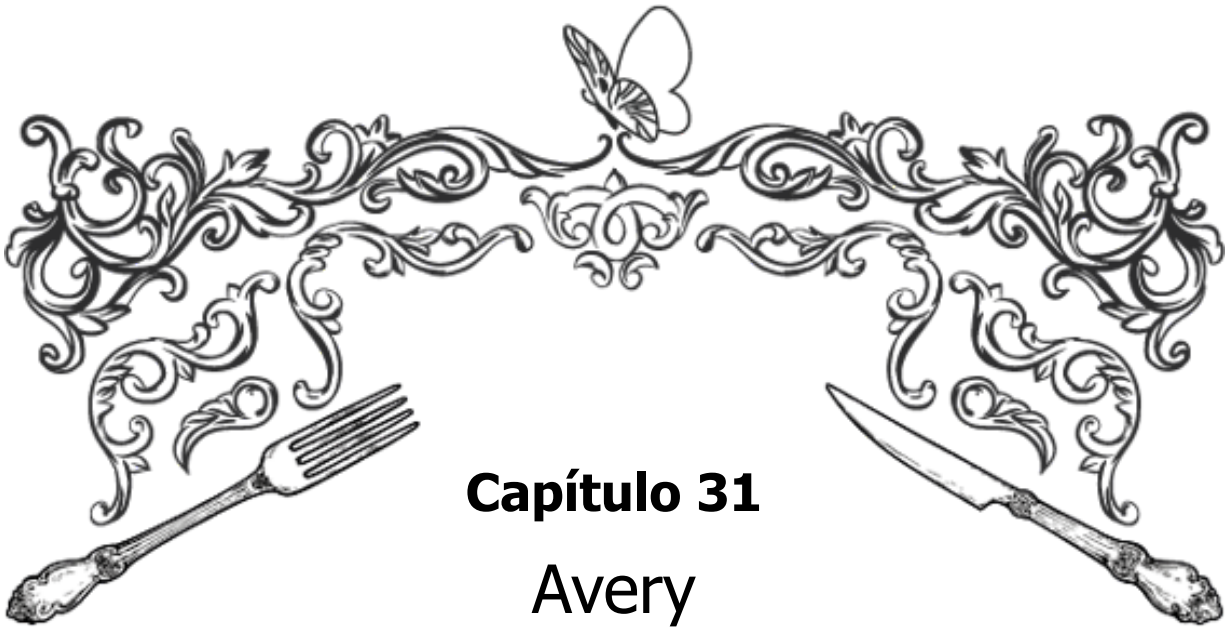
lo haces? —pregunté, avanzando—. Cuando te imploran, cuando te suplican…, ¿tú las escuchas? ¿Paras? —Mil emociones se agolparon en mi garganta, amenazando con desgarrarla—. ¿O sigues?

Él chocó contra la pared. Temblaba. Exactamente como el asqueroso pusilánime que era y que se metía con quien era más débil solo para creerse que no era basura humana.

—Por favor, te lo suplico…

Mi cólera estalló. Y toda la racionalidad, todo el maldito sentido común, se evaporó de mi mente.

—Un buen comienzo, cabrón —siseé a un paso de él—. Suplícamelo.



Capítulo 31

Avery

Estaba a punto de quedarme dormida cuando oí unos golpes en la puerta de entrada.

Me incorporé de repente, con el corazón en la garganta y los músculos tan tensos que me dolían los huesos.

Esa había sido una de las cosas más difíciles que había tenido que aprender a hacer después del accidente: dormir sola. Las primeras semanas apenas había pegado ojo, y al más mínimo ruido me sobresaltaba, asustada.

Con el tiempo, me había acostumbrado a los crujidos naturales de la madera, a los ruidos de asentamiento de las tuberías y al viento que silbaba en las ventanas.

Pero lo que sucedía en ese momento…

No era algo natural.

Había alguien en mi puerta. Y parecía decidido a echarla abajo.

Agarré el teléfono de la mesilla y marqué el número de emergencias. Luego, con el pulgar junto a la tecla verde, me destapé y salí al pasillo.

No encendí la luz mientras me acercaba a la puerta. Me moví en la oscuridad, con la respiración a punto de desgarrarme los

pulmones y un miedo tan violento en la sangre que me temblaban las piernas.

Estuve a punto de venirme abajo más de una vez mientras me acercaba al umbral. Pero, al final, llegué. Y cuando me puse de puntillas, cuando eché un vistazo por la mirilla…

¿Qué…?

Giré de inmediato la llave en la cerradura y abrí la puerta.

—¿Rayden? ¿Qué…?

Un segundo. Pasó un segundo desde que la voz murió en mi garganta hasta que Rayden se movió. Un segundo en el que mis ojos absorbieron todos los detalles.

El pelo negro pegado a la frente sudada.

La guerra en su mirada.

El hematoma oscuro en la mejilla.

El corte profundo que le partía el labio.

Las manos heridas y manchadas de sangre…

Pero no tuve tiempo de abrir los ojos como platos, ni de sobresaltarme, ni de dejar que la preocupación me invadiera. Porque Rayden entró, cerró de un portazo y me besó.

El teléfono se escurrió de entre mis dedos.

Sorpresa, confusión, miedo…

Todas esas emociones se abalanzaron sobre mí y me impidieron respirar. Pero Rayden no se dio cuenta.

Me hundió los dedos en el pelo, sus labios arrollaron los míos, y un sabor metálico se extendió por mi lengua.

Era sangre. Su sangre.

—Rayden… —jadeé contra él, pero no obtuve respuesta.

Sujetándome por los muslos, me levantó del suelo, y, de forma completamente automática, le rodeé la cintura con las piernas mientras él empezaba a caminar por el pasillo.

—Rayden, eh…

Con todo el cuerpo temblando, me presionó una mano en la nuca y aumentó la intensidad de nuestro beso, ahogando mis palabras con la lengua.

Sus gestos eran bruscos. Duros. Desesperados.

Y yo no sabía cómo reaccionar.

Mi cuerpo me gritaba que me abandonara a sus manos y dejara que me hiciera suya. Mi mente me suplicaba que pensara con claridad y le pidiera una explicación. Y mi corazón… mi corazón lloraba. Por Rayden.

Cada una de sus inhalaciones era más anhelante, cada uno de sus gemidos estaba más cargado de sufrimiento. O de necesidad. O de ambas cosas.

—Rayden, esp… —De nuevo, no pude terminar.

Intensificando su agarre sobre mí, me tumbó en la cama mientras recorría con las manos cada curva de mi cuerpo y yo arqueaba la espalda contra él.

Pero mi mente seguía insistiendo en que reflexionara. Que entendiera.

—N-no… —Mi voz quedó sofocada bajo sus labios—. Por f…

Tras separarse de mí, llevó la boca hasta mi mejilla y comenzó a trazar una estela de besos por mi cuello, por el hueco de la garganta, por la clavícula, por el escote de la camiseta de tirantes que llevaba puesta…

Y yo, por fin, conseguí hablar.

—Rayden, espera.

Deslizó una mano bajo mi camiseta y empezó a levantarla, provocando chispazos eléctricos en cada centímetro de mi cuerpo. Pero, de todos modos, entrelacé los dedos en su cabello e intenté echarlo hacia atrás.

—Por favor… Por favor, para.

Como un rayo en mitad de la tormenta, mi súplica se estrelló contra él, y Rayden inspiró bruscamente.

Sus labios no me dieron otro beso, sus manos no me dejaron otra caricia sobre la piel.

Se había quedado inmóvil.

—Rayden… —Mi garganta se había cerrado por completo—. Mírame.

Negó con la cabeza y apoyó la frente en mi esternón.

—No…

—Por favor —susurré—. Mírame.

Lentamente, inclinó el rostro. Y cuando su mirada se entrelazó con la mía, cuando vi la verdad…

Mi corazón se partió por la mitad.

Siempre había creído que lo que veía en los ojos de Rayden era lluvia, pero no era así. Y ahora lo veía. Lo sabía.

Lo que había en sus iris eran lágrimas. Atrapadas en él desde hacía tanto tiempo que lo estaban corroyendo.

Nunca había sido una tormenta, nunca había sido un temporal destructor… Era un remolino de dolor. Infinito y devastador.

Dolor.

Me temblaron los labios, y los apreté con fuerza mientras le acariciaba una mejilla, con cuidado para no hacerle daño.

—¿Qué ha pasado?

Mi voz baja y quebrada hizo que se estremeciera, y cerró los ojos para esconderme todo lo que llevaba dentro.

—Puedes decirme que no. Puedes echarme, puedes…

—Rayden. —Apoyé la palma en su cara—. ¿Qué necesitas?

Poco a poco, sus ojos regresaron a los míos. Y mi corazón se rompió del todo, hasta convertirse en un cúmulo de astillas sangrantes. Exactamente como el suyo.

—A ti, jovencita. Te necesito a ti.

Lágrimas amargas me aguijonearon los párpados, y mi propia alma se plegó sobre sí misma para intentar resistir al sufrimiento que él sentía. Pero no dudé ni un instante antes de asentir.

—Estoy aquí. —Deslicé la mano sobre él y hundí la punta de los dedos en su pelo—. Soy tuya.

Otro escalofrío recorrió a Rayden, y su boca volvió a estrellarse contra la mía.

Fue en ese momento cuando lo sentí de verdad. El sabor de lo sublime.

Estaba ahí, incrustado en cada uno de sus besos. Podía respirarlo, podía vivirlo… Y quizá debería temerlo. Quizá debería estar realmente asustada de aquella fuerza destructora. Pero lo que pensaba desde el principio no había cambiado.

Me dejaría destruir de cualquier manera por Rayden. Porque confiaba tanto en él que sabía que recompondría cada uno de nuestros pedazos.

Con brusquedad, me quitó toda la ropa, besó cada centímetro de mí, y las llamas en mi vientre subieron por mi cuerpo hasta convertirse en gemidos en mi garganta.

Me apretó un pecho, me mordió un pezón, me hizo temblar mientras pasaba los dedos entre mis muslos…

Ya estaba sin aliento cuando oí que se bajaba la cremallera de los pantalones. Y estaba a punto de cruzar el límite cuando lo sentí deshacerse de su ropa, rasgar algo de aluminio y hundirse dentro de mí.

Eché la cabeza hacia atrás e intenté tomar aire.

—Rayden…

—Joder —gimió.

Sus embestidas eran frenéticas, cada una más violenta que la anterior. Era como si intentara expulsar todo lo que siempre ocultaba dentro de sí.

Pero aquellas emociones estaban enraizadas en lo más hondo de su alma, y si de verdad hubiera querido librarse de ellas, habría tenido que arrancarlas derramando sangre. Y yo tenía miedo de descubrir qué me rompería antes: si su rabia o su dolor.

—Oh, Dios…

Me levantó una rodilla antes de que pudiera terminar y, cuando se hundió todavía más en mí, sentí una punzada tan intensa que un jadeo se me escapó de los labios.

Temblaba, incapaz de controlarme.

Tenía los dedos clavados en su espalda desnuda, mi cuerpo se arqueaba con cada embestida, y mi corazón intentaba en vano

recomponer sus propios pedacitos, para luego desmoronarse de nuevo cada vez que otra llama me envolvía.

Era…

—Joder, jovencita… —gruñó contra mi boca—. Me haces sentir… tan… bien…

Aquellas palabras fueron suficientes para que más lágrimas me ardieran tras los párpados, y me aferré a él hasta que respirar me fue imposible.

—Entonces no pares…

Un gemido le vibró en la garganta y, de alguna manera, Rayden consiguió llegar todavía más hondo. Todavía más rápido.

Y era maravilloso.

—Mmm… —Una sensación incandescente empezó a acumularse en mi vientre, palpitando de forma insoportable, y apreté los ojos mientras me aferraba a sus brazos—. Oh… Te…

No podía hablar ni formar un solo pensamiento. Pero él se detuvo antes de que pudiera lograrlo. Y se apartó de mí.

Abrí los ojos de golpe, mientras un doloroso vacío me inundaba. Pero duró solo un instante.

Un instante antes de que Rayden me sujetara de las caderas y me girara en la cama para ponerme de rodillas.

Apoyando una mano en el centro de mi espalda, me obligó a inclinarme hacia delante, aplastándome el pecho contra el colchón. Luego, volvió a hundirse dentro de mí. Y lo que sentí en ese momento fue…

Demasiado.

Un grito repentino me estalló en el pecho, y todos mis músculos se tensaron para intentar contrarrestar una sensación tan arrolladora que me impedía hasta respirar.

Podía sentirlo en todas partes.

Podía sentirlo todo.

Tan duro, violento e implacable que estaba a punto de partirme por la mitad.

—Rayden —gemí con voz estrangulada—. Es… es…

Sus movimientos se aceleraron más, y nuevos gritos se escaparon de mis labios apretados.

—Oh, Dios…

Cada milímetro de mi piel ardió y se redujo a cenizas, mientras oleadas incontenibles me devoraban por dentro.

Lo sentía todo.

La presión de sus manos en mis caderas, su aliento cálido en la espalda, su cuerpo buscando desesperadamente el mío.

Su corazón luchando por seguir latiendo, el mío que ya se había rendido.

Y nuestras almas, que no dejaban de unirse y entrelazarse con la esperanza de que jamás las separáramos.

—Ahora, jovencita —ordenó Rayden. Y cuando apartó una mano de mi cadera para deslizarla entre mis piernas, presionando con fuerza en el punto exacto que seguía palpitando de dolor, me desintegré—. Necesito que te corras ahora.

Lancé un último grito en el cuarto. Un grito que tenía la forma de su nombre y que me dejó su sabor en la lengua.

Él se tensó y dio su última estocada. La más fuerte y profunda de todas. Y mi grito se transformó en un gemido que me dejó sin aliento.

—Rayden…

Durante unos segundos siguió moviéndose despacio, sin dejar de abrazarme. Pero sentí el momento en que sus músculos cedieron y sus fuerzas empezaron a abandonarlo.

Me recosté en la cama y me giré hacia él, todavía de rodillas sobre el colchón.

A pesar de la penumbra que nos envolvía, vi el sudor que le perlaba el rostro, las mejillas enrojecidas, los labios entreabiertos para recuperar el aire…

Pero necesitaba ver sus ojos. Leerlos.

Rayden tragó saliva y bajó la mirada a mis curvas desnudas, y yo lo tomé por la muñeca para atraerlo hacia mí.

—Ven aquí —susurré.

Él no dudó. Se tendió sobre mi cuerpo y encajó el rostro en el hueco de mi cuello, respirando mi aroma como si lo necesitara más que el oxígeno.

Y lo mismo podía decirse de mí.

Con la nariz enterrada entre su pelo, le acaricié la espalda y esparcí pequeños besos sobre su piel. Luego, esperé. A que nuestros corazones volvieran a latir con un ritmo regular, a que nuestros pulmones se dilataran por completo…

Esperé.

Y en ningún momento dejé de abrazarlo.

—Solo dime si puedo hacer algo más —le supliqué al fin, y Rayden me rozó la cintura y pasó con suavidad los dedos por mis costillas.

—Ya lo estás haciendo todo.

Aquellas palabras provocaron en mí una reacción tan intensa que nuevas lágrimas me humedecieron las pestañas, e hice todo lo que pude por contenerlas mientras lo abrazaba todavía más fuerte y bajaba la mirada hacia las caricias que me estaba regalando.

Pero cuando me fijé en su mano, cuando recordé el estado en que se encontraba…

La sangre se me congeló, igual que la piel. Y Rayden lo notó.

Se apartó un poco para poder mirarme y entrelazó nuestros ojos. Y allí, en los suyos, encontré todo el dolor que lo seguía atormentando.

Tal vez lo estaba haciendo todo…

Pero mi todo no era, ni de lejos, suficiente.

—Jovencita…

Tragué saliva con dificultad y me obligué a sonreírle.

—Dame un segundo, ¿vale? —murmuré—. Vuelvo enseguida.

Antes de que pudiera detenerme, bajé de la cama y salí al pasillo. Me pasé los dedos por el pelo en un intento de calmarme, pero no estaba segura de que aquello fuera realmente posible.

«¿Qué te ha pasado, chef?».

Con esa pregunta martilleándome en las sienes, entré en el baño y encendí la luz. Cogí una toalla limpia y la mojé con agua fría.

Tenía que lavarle las heridas. Curárselas. Tenía que…

Di un paso atrás en cuanto vislumbré mi reflejo en el espejo, y la toalla estuvo a punto de escapárseme de las manos.

Estaba cubierta de sangre.

Pequeñas manchas rojas me salpicaban el cuello, el pecho, el vientre… Allí donde Rayden me había tocado. Donde me había besado.

Un escalofrío me arañó los brazos, y entonces dejé la toalla mojada para coger una esponja. Luego, con el grifo del lavabo abierto, froté con fuerza cada punto de mi piel, intentando borrar las huellas carmesí.

No me detuve a pensar en lo que sentía, no me importaba. Solo quería limpiarme y volver con Rayden.

Casi había terminado cuando oí un ruido detrás de mí.

Contuve el aliento antes incluso de levantar la cabeza hacia el espejo… y verlo en él.

Se había vuelto a poner los bóxers negros, pero el resto de su cuerpo estaba desnudo. Veía la tensión en los músculos de sus hombros, los pectorales contraídos, los brazos rígidos…

Era como una estatua de mármol a punto de hacerse añicos. Y sabía que el motivo eran las pocas manchas que aún no había podido limpiarme.

—Rayden… —Busqué algo con lo que cubrirme, cualquier cosa. Pero él se movió antes de que pudiera encontrarla.

Lentamente, cruzó el baño. Luego, sin mediar palabra, me quitó la esponja de las manos y la enjuagó bajo el grifo, antes de empezar a pasarla por mi cuerpo.

Me quedé inmóvil.

—No… hace falta que lo hagas —susurré con la voz rota.

Pero Rayden no se detuvo.

Me limpió el vientre, la parte superior de los muslos… Y, en cuanto terminó ahí, me dio la vuelta.

Cerré los ojos y contuve una maldición. ¿Cómo no se me había ocurrido que también estaría manchada por la espalda? Si me hubiera dado una ducha directamente, al menos podría haberle ahorrado eso.

—De verdad, Rayden, no…

Sin esperar a que terminara, me apartó el cabello sobre un hombro y empezó a deslizar la esponja por mi piel, trazando líneas que iban desde los omóplatos hasta las caderas. Pero sus dedos no me rozaron ni siquiera una vez. Casi como si no quisiera tocarme. O como si tuviera miedo de hacerlo.

Mi alma empezó a sollozar. Y no dejó de hacerlo ni siquiera cuando Rayden arrojó la esponja al lavabo y cerró el grifo.

Con movimientos lentos, volví a girarme hacia él.

—Lo siento, jovencita. —Su expresión fue una flecha directa a mi corazón.

Negué con la cabeza y me acerqué hasta que nuestros cuerpos entraron en contacto. Pero Rayden se apartó. Y aquella… aquella fue la segunda flecha.

—No tienes nada por lo que disculparte —intenté tranquilizarlo—. Había venido a por esto. —Cogí la toalla—. Deberías limpiarte las heridas.

Él llevó la mirada hacia sus nudillos, y yo lo aproveché para alzarle una mano y secarle la piel, con cuidado de no presionar demasiado sobre los cortes. Pero Rayden se apartó de mi contacto.

Abrí los labios, dispuesta a protestar, cuando él volvió a abrir el grifo y colocó el dorso de las manos bajo el chorro.

El agua pronto adoptó un tono cobrizo, y yo me quedé quieta mientras observaba cómo se llevaba toda la sangre y dejaba al descubierto las heridas. Heridas que, en décimas de segundo, se grabaron también en lo que quedaba de mi corazón, sangrando junto con él.

—Quizá deberías ir a urgencias. —Me temblaba la voz, y me aclaré la garganta para intentar mitigarlo.

Rayden cerró el grifo.

—Estoy bien.

—Algunos cortes parecen profundos —insistí.

—He pasado por cosas peores.

Esa fue la tercera flecha directa a mi pecho.

No sabía cuántas más podría soportar.

—Vale…, de acuerdo. —Haciendo un esfuerzo por aparentar más calma de la que sentía, volví a coger la toalla húmeda y me acerqué a él, pidiéndole en silencio que me diera permiso para tocarlo.

Cuando no se movió, me puse de puntillas y empecé a limpiarle el labio.

Rayden se estremeció ligeramente, y sus facciones se endurecieron en una máscara de piedra.

Aquella herida parecía más profunda que las de los nudillos. Y esta vez, cuando mis emociones se desbordaron, fui incapaz de contenerlas.

—Jovencita… —Llevó una mano hasta mi mejilla y me acarició justo al lado del ojo—. No llores.

Negué con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

—No estoy llorando.

Apretó los labios en una línea fina. Pero, en lugar de replicar y decirme que las lágrimas me estaban delatando, dejó escapar un suspiro. Y me envolvió en un abrazo.

Un cansancio repentino se desplomó sobre mis hombros, y me apoyé por completo en él, sumergiéndome en su calor, hasta que el frío helado que sentía en la piel y del que no me había percatado se disipó.

—¿Seguro que no puedo hacer nada más? —susurré contra su pecho.

—Ya has hecho demasiado.

—No, no es verdad. —Le rodeé la cintura con los brazos—. Nada será nunca demasiado. Contigo no.

Me acurruqué todavía más contra él. Su corazón marcaba un ritmo intenso, su respiración era pesada…

Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre: unidos y a salvo del resto del mundo, lejos de una realidad que cada día intentaba destruirnos.

Y que lo estaba consiguiendo.

Pero sabía que sería imposible. Así que, al final, me sequé las mejillas y me aparté.

—Deberías ponerte hielo en las heridas.

Rayden no protestó, así que lo llevé al salón y le pedí que se sentara en el sofá. Yo me puse una sudadera con cremallera y, una vez en la cocina, cogí una bolsa de guisantes del congelador.

—Dime si te hago daño —murmuré pocos segundos después, antes de arrodillarme a su lado y colocarle la bolsa helada sobre la mandíbula, donde el hematoma se iba oscureciendo cada vez más.

Rayden no emitió ningún sonido. Permaneció inmóvil, con los dientes apretados y la mirada clavada al frente.

—¿No me vas a preguntar qué ha pasado? —dijo al cabo de un rato que pareció eterno, y habló tan bajo que me pregunté si de verdad quería una respuesta.

—Te prometí que no haría preguntas. —Aunque aquello me carcomía por dentro.

—Sobre mi pasado. No sobre el presente.

Tensé los dedos alrededor de la bolsa. La condensación humedecía el plástico y lo volvía resbaladizo.

—Me gustaría preguntártelo —admití.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque no creo que vayas a responder.

Clavó su mirada en la mía, y eso me bastó para comprender que tenía razón.

—¿Y te parece bien?

—No —respondí con sinceridad—. Quiero saber quién ha sido. Y por qué te ha hecho esto.

Rayden entrecerró ligeramente los párpados.

—Das por sentado que yo no tengo la culpa.

Un surco se creó entre mis cejas.

—Sé que no la tienes.

Él ladeó un poco la cabeza.

—Pero, aun así, piensas que te ocultaría la verdad.

—No, no creo que la ocultes. Solo creo que decirla en voz alta te haría sentir mal —lo corregí—. Y, puesto que sé lo que eso significa, lo respeto.

Su expresión parecía de desconcierto, y un suspiro cansado me encorvó los hombros.

—Después del accidente, la gente no paraba de hacerme las mismas preguntas. «Avery, ¿cómo estás?». «Avery, ¿qué ha pasado?». «Avery, ¿cómo van las cosas?». —Impedí que me temblaran los dedos—. Cuando vieron que no respondía, cambiaron de táctica. «Avery, deberías hablar con alguien». «Avery, deberías desahogarte». «Avery, deberías sacarlo todo fuera…». —Aparté la vista de la suya un instante—. Lo odiaba. Lo sigo odiando. Cuando otras personas quieren obligarte a hablar, cuando creen que saben qué es lo mejor para ti… Lo odio. Al principio, Mandy era igual —le conté—. Y cuantas más preguntas me hacía, cuantos más consejos me daba, más me encerraba en mí misma. Era como si quisiera obligarme a enfrentarme a lo que llevaba dentro, pero yo aún no estaba lista. Y ella no lo entendía. Seguía presionando… Y yo llegué al punto de no querer verla más. Porque, cada vez que estaba con ella, sentía que me asfixiaba.

Una sombra oscura cruzó su rostro.

—Entonces, ¿nunca te desahogaste? ¿Ni siquiera con tu mejor amiga?

—Lo hice, pero a mi ritmo. Cuando dejó de hacerme preguntas, cuando me concedió tiempo para procesarlo todo…, entonces me desahogué. Pero lo hice a mi manera, siguiendo lo que yo quería hacer. —Bajé la bolsa de guisantes y noté los brazos y las piernas pesados—. No quiero que sientas que te ahogas cuando estás conmigo. No quiero que te alejes solo porque te hago preguntas que no estás preparado para responder. —Me pasé la mano libre por el pelo y lo aparté sobre un hombro—. Claro que quiero saber lo que

ha ocurrido. Quiero saberlo todo de ti, siempre. Me gustaría saber por qué te sientes mal, qué te atormenta por la noche, por qué dejaste el Black Gold… Del mismo modo que quiero saber qué has comido hoy o si has pensado en mí mientras no estaba. —Esbocé una sonrisa—. Cualquier cosa que tenga que ver contigo me importa. Sobre todo, cuando estás así… —Recorrí sus heridas con la mirada, y el corazón se me encogió—. Pero ya te lo dije. No quiero exigir nada. Y no quiero obligarte a que te abras si eso puede empeorar cómo te sientes. Estás mal, y yo estoy aquí para ti. Independientemente de cuál sea el motivo.

Mis palabras se desvanecieron en el silencio, y durante todo el tiempo que siguió, Rayden no hizo más que mirarme, como si intentara descifrarme.

—¿Cómo coño lo haces?

Fruncí el ceño.

—¿Hacer qué?

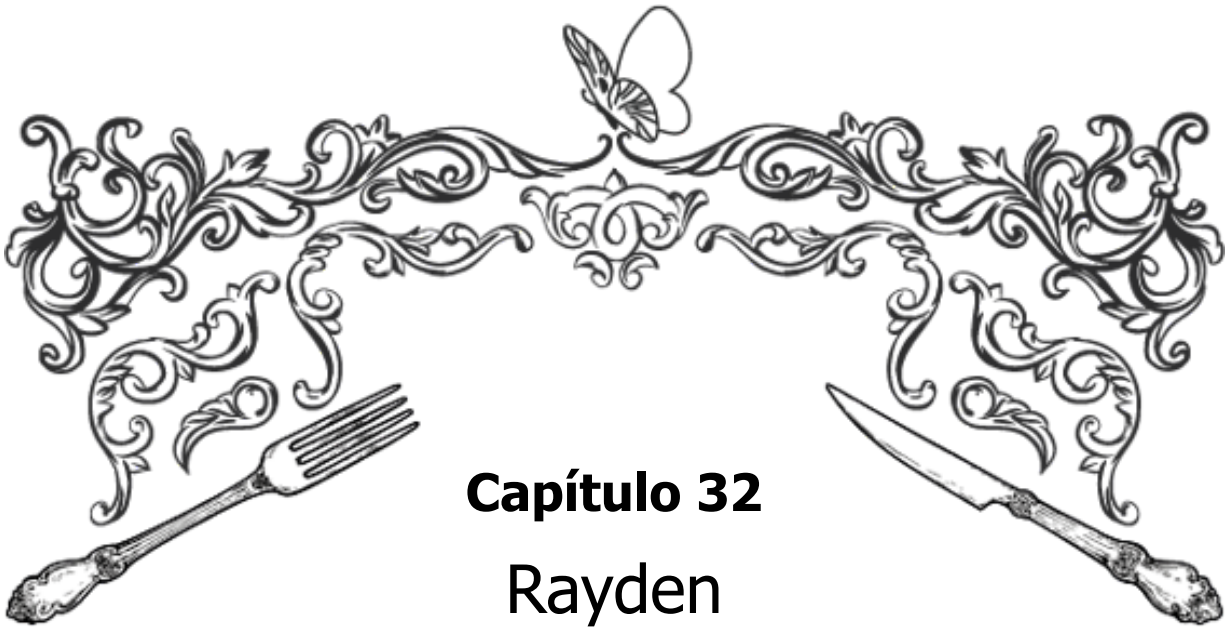
—Ser… así.

Bajé la cabeza, le tomé una mano y apoyé el hielo sobre los nudillos.

—No sé cómo responder a eso.

De nuevo, el silencio se extendió entre nosotros, denso y asfixiante. Y, de nuevo, fue la voz de Rayden la que lo rompió.

—Tal vez haya llegado mi turno de dar respuestas.



Capítulo 32

Rayden

Avery me miró, expectante. No había exigencia en sus ojos color caramelo. No había juicio, ni crítica. La mirada de cualquier otra persona habría sido acusatoria, pero la suya… la suya era comprensiva.

No me había hecho preguntas, no había pedido explicaciones. Había entendido mis emociones y me había acogido entre sus brazos, entregándose al completo para hacerme sentir mejor. Y ahora estaba ahí, delante de mí. Tan pequeña y delicada…, pero con una fuerza desarmante en su interior.

Fue en ese momento cuando me di cuenta. O quizá siempre lo había sabido, solo que no había tenido el valor de admitirlo.

Avery y yo éramos polos opuestos, tan distantes como el atardecer y el amanecer.

Ella, tan luminosa y llena de vida. Yo, tan oscuro y lleno de más oscuridad.

Ella, tan dulce e inocente. Yo, tan frío y violento.

Ella, tan frágil por fuera pero fuerte por dentro. Yo…, tan acostumbrado a las máscaras que llevaba puestas que ya no sabía quién era sin ellas.

Pero no importaba lo bien que hubiera aprendido a actuar. Hacerlo no cambiaría la realidad de las cosas.

Colocar un cristal roto dentro de un cofre no basta para recomponer sus pedazos. Solo sirve para ocultarlos. Pero, incluso en la oscuridad, siguen siendo afilados, cortantes. Y están rotos.

Si abría ese cofre, si le mostraba a Avery todos los pedazos en los que estaba hecho añicos…, ¿se cortaría con esas esquirlas?

No estaba dispuesto a correr ese riesgo.

No le haría daño.

Pero, al menos, le debía algunas respuestas. Antes de hacer lo único que ya no podía seguir posponiendo.

—Cuando volvía a casa, he visto a una mujer —empecé a contarle —. Había dos hombres que la estaban agrediendo.

Avery se estremeció, sus ojos se abrieron de par en par.

—Los he detenido —me limité a decir, y ella se llevó una mano a la boca.

—Oh, Dios mío. ¿Y cómo…? Quiero decir, ¿ella…?

—Ha podido escapar, está bien. Creo. —La duda volvió a oprimirme el estómago—. Joder, al menos eso espero.

Parecía que Avery se había quedado por completo sin palabras, y me pregunté qué estaría pensando. Porque era evidente que no era esa la respuesta que esperaba.

—No… no sé qué decir… —Su mirada reflejó incluso más preocupación—. ¿Dos hombres? —repitió en voz baja, como si estuviera asimilando lo que significaba.

Asentí con la esperanza de que no pudiera ver en mis ojos las imágenes de lo que había pasado, y que yo no podía evitar revivir, una y otra vez. Pero Avery estaba examinando mis heridas, con el rostro desprovisto de todo color y las lágrimas otra vez impresas en sus pestañas.

Lo odiaba. Odiaba verla llorar. Odiaba verla sufrir.

Sobre todo, por mi culpa.

—Estaban borrachos —dije, sin un motivo real. Quizá solo quería que dejara de pensar en mis moratones—. No ha sido difícil ayudar a

la mujer.

Avery tragó saliva. E hizo algo que jamás me habría esperado, no en ese momento.

—¿Por qué sonríes?

—Porque la has ayudado. Porque la has salvado… —murmuró—. Porque tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre que no era culpa tuya. No es que tuviera dudas al respecto —añadió enseguida, y toda esa confianza puesta en mí resultó dolorosa—. Nunca las tengo contigo.

Sonrió de nuevo, y esta vez su sonrisa destilaba orgullo. Orgullo, joder. Como si yo fuera una especie de héroe.

—Deberías tenerlas —dije con voz tensa, desviando la atención hacia mis nudillos destrozados.

—¿Por qué? —Vi que fruncía el ceño—. Se lo merecían. Lo que has tenido que hacer para detenerlos…

—No es tan sencillo. —Mi tono salió tan amargo que me provocó náuseas—. El problema no es detener a los demás. —Volví a mirarla. Y, por fin, admití la verdad—. Es detenerme a mí mismo.

Avery se puso rígida, y alcancé a leer todas las preguntas que le cruzaban la mente, como diapositivas proyectadas en una pantalla.

Se estaba preguntando cuántas veces más me habría pasado eso de detener a alguien. Y en qué circunstancias no había logrado controlarme.

—Pero… lo has hecho —dijo tras unos segundos—. Te has detenido. —Era una afirmación, pero comprendí que necesitaba que se lo confirmara. Y cuando asentí, su expresión se tiñó de un alivio invisible, mientras yo volvía a ver a los dos hombres tambaleándose en el callejón, doloridos y cubiertos de sangre. Pero todavía conscientes.

Todavía vivos.

—Entonces, ¿por qué…? —empezó, pero no terminó la frase. Llegó sola a la conclusión—. Te sientes culpable. —De nuevo, era

una afirmación. Solo que, aquella vez, estaba segura—. Pero no deberías. Has salvado a esa mujer. Si no hubieras intervenido, ellos…

—Sé lo que le habrían hecho. Es exactamente el motivo por el que he estado a punto de no detenerme. —Quise bajar la cabeza, apartar la mirada, pero no lo hice. Sostuve la suya, esperando que viera todo lo que estaba a punto de mostrarle. Porque necesitaba que lo entendiera—. Quería que sufrieran. Quería romperles hasta el último hueso del cuerpo, asegurarme de que no pudieran volver a levantarse… Y todavía lo quiero.

Avery dejó de respirar, pero yo casi no lo noté. No dejaba de pensar en el momento en que había entrado en el baño y la había encontrado allí, temblando y cubierta de sangre. Una sangre que nunca tendría que haber llegado hasta ella.

—Ojalá fuera como me ves tú, jovencita. —Bajé la voz, como si una parte de mí no quisiera que realmente me oyera—. Ojalá fuera como soy a tus ojos. Digno de confianza, alguien por quien vale la pena correr riesgos…, pero no es así. Yo no soy esa persona. Y haber venido aquí, a tu casa…, ha sido un error. —Algo dentro de mí se quebró—. Todo ha sido un error.

Su expresión se volvió confusa. Pero su mirada… su mirada ya empezaba a vacilar.

—¿De qué hablas?

El aire entre nosotros se volvió gélido, y no había nada más que pudiera hacer para calentarlo.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —pregunté—. Tu inocencia. Eres tan pura. Tan buena. Tan… perfecta.

En cualquier otra circunstancia, sus mejillas se habrían teñido de rosa. Pero Avery sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y su rostro solo se volvió más ceniciento.

—Yo no lo soy —continué—. Soy lo contrario. Ya no me queda nada puro. Ni nada bueno.

—Rayden…

—Siempre lo he sabido, pero seguía esperando que no importara. Quería que no importara.

—Qué…

—Quería ser capaz de conseguirlo —la interrumpí de nuevo—. De estar contigo sin destrozarte… Pero ya lo estoy haciendo. —Volví a ver cada una de las manchas rojas que le había dejado en la piel. Y el dolor que le había causado justo después.

—Para —me imploró en un susurro—. No lo hagas.

—No soy bueno para ti —me obligué a decir—. Y no debería haber tardado tanto en darme cuenta.

Sus ojos siguieron llenándose de lágrimas y, cuando una se escapó a su control, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza para no acercarme y secársela.

—No es verdad.

—Te mereces algo mucho mejor —proseguí. Y me lo estaba recordando más a mí mismo que a ella.

—No te corresponde a ti decidir lo que merezco.

—Uno de los dos tiene que hacerlo. Y tú tomarías la decisión equivocada.

Avery cerró la mano en un puño, y una repentina dureza apareció en sus facciones.

—Tú no eres una decisión equivocada.

Aquellas palabras se enroscaron alrededor de mi garganta como un tentáculo venenoso, y la punzada que liberaron dentro de mí fue casi imposible de soportar.

—Sí que lo soy… Siempre lo he sido. —El tentáculo me estrujó todavía más. Nunca antes había admitido esa verdad. No en voz alta. Pero eso no la hacía menos real—. Y el hecho de que haya venido aquí, después de lo que ha pasado, es la prueba.

—Me necesitabas —replicó con voz quebrada, y aquel sonido dolió mucho más que los puñetazos que había recibido esa noche.

—He sido egoísta. Pero no quiero serlo. Contigo no.

—Para —me rogó otra vez. Pero yo negué con la cabeza.

—Eres joven, jovencita. A esta hora deberías estar en la cama, o al teléfono con tu amiga hablando del chico que te gusta, o en una fiesta organizada a escondidas… Deberías estar en una cita con el

capullo que está colado por ti. —Aquellas imágenes eran como ácido inyectado directamente en mi organismo—. Pero no deberías estar llorando mientras tratas de sanar las heridas de alguien. —Hice una breve pausa, buscando el valor para pronunciar las siguientes palabras—. No deberías estar conmigo.

Avery tenía los ojos enrojecidos por el esfuerzo de contener el llanto.

—Pero es lo que quiero.

—Lo sé —respondí—. La cuestión es esa. No deberías quererme.

No importaba que fuera la única persona que había querido tener a mi lado. Ella no debía estar conmigo.

Le temblaban las manos, pero no podía tocarla. No podía consolarla.

—¿Por qué haces esto?

«Porque yo no puedo ser salvado, jovencita, pero sí puedo salvarte a ti. Puedo protegerte. De la mierda que llevo dentro».

—Porque al final te haría sufrir.

—Lo estás haciendo igualmente. Ahora —me acusó, y en mi pecho se abrieron heridas que empezaron a sangrar.

—Si me quedara, lo haría todavía más.

No sabía lo ciertas que eran mis palabras. No sabía que, cuando la había visto manchada de sangre, todos los miedos que nunca había estado dispuesto a afrontar se habían vuelto demasiado reales. Ni que vivía esperando a que mi pasado se transformara en mi presente. Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, cualquier cosa, con tal de mantenerla alejada de la pesadilla que al final me vería obligado a revivir. Y que, quizá, ya empezaba a hacerse realidad.

—No —dijo Avery—. No…

La miré largo y tendido, grabando en mi mente cada rasgo de su rostro. Las mejillas enrojecidas tras las lágrimas, los ojos dulces bajo las pestañas mojadas, el cabello revuelto en ondas suaves…

Quería inclinarme hacia delante, darle un último beso. Robarle un último aliento y esperar que ese oxígeno me bastara para el resto de

mi vida.

Pero no podía hacerlo.

—Lo siento, jovencita.

—Qué…

Sin esperar más, intenté incorporarme.

Pero ella me detuvo.

—No. —Su tono fue tan duro y brusco que me tomó por sorpresa.

Me giré de nuevo hacia ella, y fue en ese momento cuando la vi. La rabia. Había invadido sus ojos con una marea dorada, haciendo que el caramelo de sus iris resplandeciera como si fuera metal incandescente.

Era distinto a cualquier cosa que hubiera visto antes en ella. Ya no era pequeña, ya no era delicada…

Era una bomba a punto de estallar.

—No… no entiendo qué está pasando. ¿Qué pasa, Rayden?

Esperaba una respuesta. Una respuesta que no fui capaz de darle.

—Nunca te he pedido nada —continuó—. Nunca he exigido explicaciones, nunca. Pero ahora me debes una. Tienes que decirme que no estás haciendo lo que creo. Que todo esto no es lo que estoy pensando.

De nuevo, esperó a que respondiera, pero no hicieron falta palabras. Le bastó con leer mi expresión, y el mundo pareció desplomársele encima.

—¿Por qué? —Su voz era un susurro tembloroso—. Dime por qué. Dame un motivo válido.

—Ya te he dado más de uno.

—No. No, no me bastan. Porque nada de lo que me has dicho hasta ahora es verdad. No valgo para ti, no deberías quererme…

—Es así.

—¡No! —dijo otra vez—. Esas decisiones me corresponden a mí. Soy yo quien decide si vales para mí, soy yo quien decide si te quiero. Así que, a menos que seas tú quien no me quiera…, tienes que decirme qué está pasando.

Negué con la cabeza.

—Lo siento.

Avery se puso en pie de golpe, abrazándose a la sudadera que no se había preocupado de cerrar con la cremallera. Y era la primera vez que lo hacía. Que se escondía de mí. Como si quisiera protegerse.

Y ese fue mi golpe de gracia.

—¿Qué esperas que haga exactamente? —me desafió, clavando sus ojos en los míos—. ¿Que te diga que me parece bien? ¿Que te mire mientras sales por esa puerta sabiendo que no volveré a verte nunca más? ¿Que me comporte como la niña buena y obediente que tanto te gusta? —Sus mejillas se enrojecieron aún más. Estaba furiosa. Furiosa y herida.

—Sí —me oí decir. Y escuché cómo se le rompía el corazón. O quizá era el mío.

Avery entreabrió los labios, incrédula.

—Adelante, entonces. Ordénamelo, chef —siguió desafiándome—. Oblígame a mantenerme lejos de ti, a dejar de quererte. A olvidarte. —Dio un paso en mi dirección—. Pero ¿de verdad crees que funcionará? ¿Crees que voy a obedecer? Después de todo lo que hemos pasado, después de lo que nos hemos dicho…, después de esta noche…

—Precisamente por lo que ha pasado esta noche es por lo que deberías aceptarlo.

Entreabrió los labios.

—¿Aceptar qué? ¿Perderte? ¿No poder estar más contigo solo porque tú lo has decidido así?

Yo también me puse en pie.

—Lo hago por ti, jovencita.

—¡Tonterías! —gritó—. Lo haces por ti mismo. Si lo hicieras por mí, no habrías empezado siquiera esta conversación —replicó—. Has dicho que habías sido egoísta, pero no es verdad. Haber venido aquí no te hace egoísta. Pero irte ahora, eso sí. —La rabia crepitaba sobre su piel en escalofríos irregulares—. ¿Quieres que yo tenga algo

mejor? Bien. Deja de tomar decisiones por mí y quédate. Esto es lo mejor que quiero tener. Tú eres lo mejor que quiero tener.

Cerré los puños y me esforcé por permanecer inmóvil.

—No, no lo soy.

—¡Basta ya! Tienes… tienes que parar… —Se abrazó con más fuerza la cintura, apretando los labios para contener un sollozo, y yo habría preferido soportar cientos de huesos rotos antes que aquello.

Pero Avery siguió mirándome, buscando en mí una respuesta que me esforzaba por ocultarle. Y, tras unos segundos, su expresión cambió.

—¿Era verdad? —preguntó en un susurro helado—. ¿De verdad me necesitabas esta noche? ¿O solo querías sexo?

El suelo pareció desmoronarse bajo mis pies.

—¿Y durante todo este tiempo te he importado, o solo querías a alguien con quien follar en tus ratos libres?

La misma rabia que sentía ella empezó a recorrerme bajo la piel, amarga y destructiva.

Tendría que haberle dicho que era así, que para mí no significaba nada. Tendría que haberle mentido…

En cambio, me descubrí poniéndola en guardia:

—Jovencita…

—No, tienes que decírmelo —insistió—. Mírame a los ojos y dime que no me quieres. Que solo soy una distracción, una vía de escape. Que todas las veces que dijiste que eras mío mentías, y que no te importa que yo sea tuya. Que de verdad preferirías que estuviera con Wes en este momento, medio desnuda en el sofá, mientras me toca exactamente como solo tú has hecho.

Mi rabia aumentó. Y los celos… Esos casi me matan.

—Adelante —continuó—. Dime que no te importo. —Sin apartar la mirada de la mía, avanzó hacia mí—. Ya conozco la respuesta, pero tienes que decirla de todas formas. En voz alta. Porque eres tú quien necesita oírla.

Esperó unos instantes, pero yo no hablé. Y, al final, sacudió la cabeza de nuevo.

—He perdido muchas cosas en mi vida, Rayden, y nunca he podido hacer nada al respecto. Pero no pienso perder también la única cosa que consigue hacerme sentir bien. La única persona que me hace feliz. —Las lágrimas le surcaban el rostro en líneas finas, deslizándose por su cuello y dejando estelas brillantes sobre su piel.

Necesitaba pasarle los pulgares por las mejillas. Joder, necesitaba abrazarla. Pero…

—Lo siento. —Fue todo lo que logré decir. Y su dolor amplificó el mío hasta que me sentí a punto de caer de rodillas.

—¡Deja de decir que lo sientes! —Su voz era un grito ahogado—. No quiero tus disculpas, ¡te quiero a ti! Solo te quiero a ti…

Cada sílaba que pronunciaba era una puñalada en mi pecho. No sabía cuántas más podría encajar antes de desangrarme, pero seguí impasible. Porque no había nada más que pudiera hacer.

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? —Abrió los brazos—. No para mí. Y tampoco para ti.

—¡Estoy intentando protegerte! —repliqué, esperando que por fin lo entendiera. Que me dejara salvarla. Pero Avery se acercó aún más, hasta que el aire se impregnó de su aroma.

—¡Y yo estoy intentando que entiendas que no pienso renunciar a ti! —Se retiró un brazo de la cintura y señaló la puerta—. ¿Quieres irte? Vete. ¿Quieres fingir que haces todo esto solo para protegerme? De acuerdo. Pero los dos sabemos que soy perfectamente capaz de protegerme sola. Y tú… —Cerró un puño junto al costado—. Tú ya deberías conocerme. Deberías saber que no me rindo. Que sigo luchando, siempre. Sobre todo, por las personas a las que amo.

Mi corazón dejó de latir, mi sangre dejó de fluir.

—Así que puedes irte —continuó Avery—. Puedes salir de esta casa, puedes alejarte. Pero yo…

—¿Qué has dicho? —la interrumpí con más brusquedad de la que habría querido, y ella se detuvo tan de golpe que un velo de confusión le nubló los ojos.

—¿Que… que puedes irte?

Negué con la cabeza. Y cuando comprendió a qué me refería, su expresión se suavizó.

—Que te quiero.

Durante un momento tan largo que pareció eterno, mi oscuridad dejó de existir y su luz la reemplazó.

—¿En serio aún no lo habías entendido? ¿En serio no te das cuenta del efecto que tienes en mí? —continuó—. Tú me rozas y empiezo a temblar. Entras en una habitación y no puedo evitar mirarte. Te acercas a mí y todo lo demás pierde importancia. Porque lo único que veo, lo que siento, lo que respiro, eres tú. Y cuando me abrazas, cuando me besas… Dios, cuando sonríes…, haces que olvide todo lo demás. Las lágrimas que he derramado en el pasado, el dolor que he sentido… Lo borras todo. Y solo quedas tú. En el centro de mi universo, en el centro de mí. Tú. —Tragó saliva con dificultad, sin dejar de llorar—. Me haces feliz, Rayden. Siempre. Me haces sentir bien, me haces sentir segura… Siempre. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres repetirme que todo ha sido un error? ¿Quieres repetirme que merezco algo mejor? ¿O quieres reconocer la verdad? —Con cautela, dio otro paso adelante, hasta que solo nos separaron unos pocos centímetros—. Tú eres todo lo que necesito. No pasar horas al teléfono con Mandy, ni asistir a fiestas que odio. No sentir encima las manos de alguien a quien nunca he querido. Sino a ti. Te necesito a ti. Y nada de lo que puedas decir cambiará eso jamás.

Tenía la mente en blanco. No podía pensar, ni procesar sus palabras. No lograba entender qué debía sentir.

—No sé qué ha pasado esta noche. No sé por qué, de repente, has decidido que no eres suficiente o que no eres bueno para mí. Pero esto… —Señaló el espacio que nos separaba—… no es un error. Y tú no eres una mala elección. Eres mi elección. Y seguiré eligiéndote, cada día. Incluso si ahora te vas. Incluso si me alejas de ti.

Partes de mi alma que había olvidado que existían empezaron a estremecerse. A recomponer los pedazos que yo había abandonado mucho tiempo atrás, convencido de que nadie podría repararlos nunca. Pero Avery lo estaba haciendo. Con sus palabras, con lo que acababa de decir…, lo estaba haciendo.

—No dejaré de luchar por ti, Rayden. Y no me importa si crees que puedes hacerme daño. —Estaba tan cerca que podía oler el perfume de su aliento—. Cuando me besaste por primera vez, me dijiste que estaba jugando con fuego. ¿Recuerdas lo que respondí?

Inspiré su aire.

—Que querías quemarte.

—Eso sigue en pie. —Me rozó el pecho con el suyo—. Prefiero reducirme a cenizas contigo antes que vivir siquiera un minuto sin tu calor.

Dios…

—Eso es lo que significas para mí —murmuró—. Eso… es lo mucho que te quiero.

Incapaz de detenerme, le hundí las manos en el pelo y la atraje con fuerza hacia mí.

Nuestras respiraciones aceleradas se encontraron, los mismos escalofríos nos sacudieron, y acabé cerrando los ojos, incapaz de resistirme a todo lo que volví a sentir en el instante en que su piel se fundió de nuevo con la mía.

¿Cómo demonios era posible que intentar hacer lo correcto hubiera parecido jodidamente equivocado, mientras tenerla allí, contra mi cuerpo, parecía infinitamente correcto?

—Jovencita…

—¿Estás listo para decirlo ahora? —me interrumpió. Y, cuando volví a mirarla, encontré sus ojos fijos en mí—. ¿Estás listo para decir que no te importo? ¿Que no me quieres?

Mi cuerpo decidió responder en mi lugar y me hizo apretar los dedos alrededor de sus mechones.

—Quererte nunca ha sido el problema —murmuré—. Quererte es lo que me empuja a pensar en ti cada maldito segundo. A no tener

nunca suficiente de ti…

Entre lágrimas, Avery esbozó otra sonrisa. Y yo estuve a punto de ahogarme en esa sonrisa.

—Pero no sé si soy capaz, jovencita —admití antes de perderme por completo en ella—. De ser mejor…, de poder ser realmente lo que mereces… —«De no ser quien estoy destinado a ser».

—No necesito que cambies por mí. —Deslizó los dedos sobre mi pecho desnudo—. Pero si es lo que tú necesitas, está bien. Me quedaré a tu lado en cualquier caso. —Su tono se volvió más débil —. Pero tú tienes que quedarte a mi lado también.

Por enésima vez, la garganta se me cerró.

Tendría que haber insistido, decirle que no entendía lo arriesgado que era lo que me pedía, que las consecuencias podían ser mucho más destructivas de lo que era siquiera capaz de imaginar…

Pero no pude. No quería hacerlo.

Toda la esperanza a la que Avery se aferraba cada día se estaba abriendo paso en mí en ese momento, susurrándome que, de algún modo, lo conseguiríamos. Que siempre había una solución. Y que si Avery de verdad quería que siguiera quemándola, yo simplemente tendría que encontrar la manera de reducirme a cenizas en su lugar.

Podía hacerlo.

Podía intentarlo.

Por ella.

—Estoy aquí, jovencita. —Le rocé la nariz con la mía—. Estoy aquí.

Ella cerró los ojos y se apoyó contra mi pecho.

—Promételo —dijo con voz quebrada. Y cuando abrí los ojos de nuevo, vi que los suyos también lo estaban. Quebrados. Rotos en mil pedazos. Y era culpa mía—. Promete que no te irás. Que te quedarás conmigo. Y que, cuando creas que eres una mala elección, recordarás que eres la única elección que he hecho jamás. La única elección que quiero hacer.

Joder… Lo había vuelto a decir. Que yo era su elección. Que ella me estaba eligiendo a mí.

—Promételo, Rayden.

—Puedo prometer que haré cualquier cosa por cuidar de ti —susurré, secándole las lágrimas—. Que siempre haré todo lo posible por protegerte.

—No basta —murmuró.

Me eché hacia atrás y encadené nuestros ojos.

—Puedo prometer que nunca dejaré de ser tuyo. —Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y puedo prometer que te querré. Cada día.

Avery tomó aire con brusquedad.

—¿Me quieres?

Cada parte de nosotros temblaba. Y, joder, quizá fuera realmente un error…, pero no me importaba.

—No tienes idea de cuánto.

Mi boca atrapó la suya antes de que una única emoción pudiera cruzarle el rostro, y Avery me rodeó el cuello con los brazos, como si quisiera retenerme junto a ella.

Era consciente de que algún día me arrepentiría de haberme quedado. Pero, en ese momento, Avery me necesitaba. Y yo era el cabrón egoísta que la necesitaba a ella.

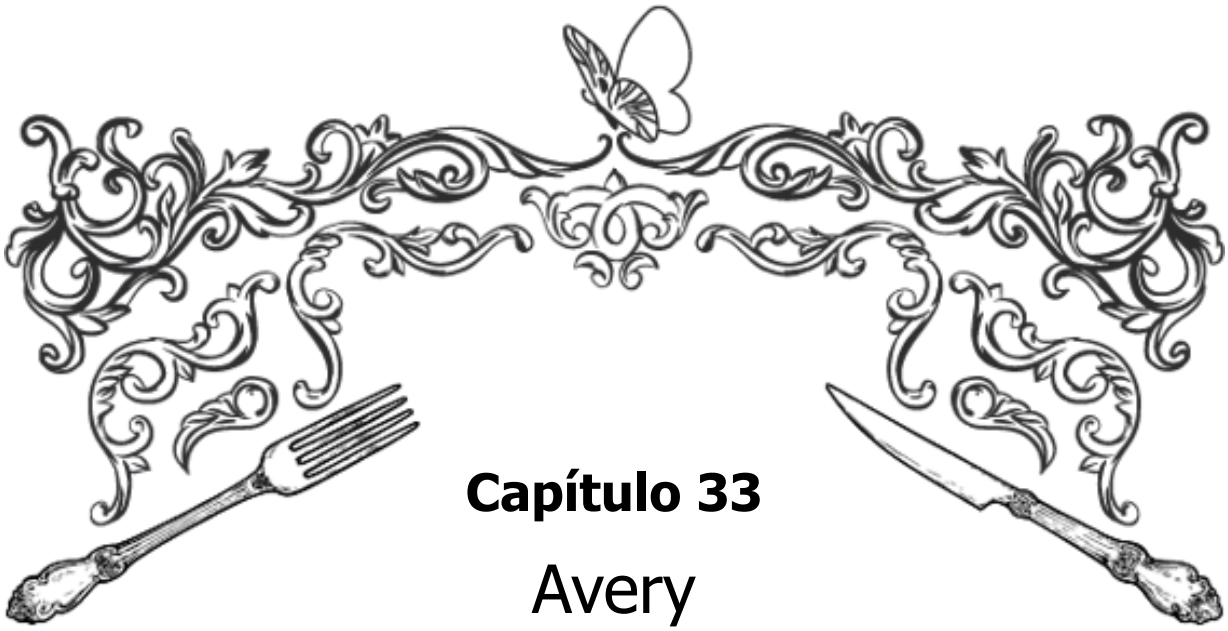
Pero lo que le había dicho era verdad.

La quería.

Más de lo que jamás había creído posible.

Y mientras intentaba demostrárselo, mientras la remodelaba con las manos y buscaba la manera de forjarle una armadura que pudiera salvarla, ella hizo algo que nunca antes había sentido. Algo que creía que nadie elegiría hacer jamás.

Me quiso.



Capítulo 33

Avery

Antes incluso de abrir los párpados, noté lo mucho que me quemaban los ojos y la garganta. Ese era el efecto que me producía llorar. Y había llorado mucho la noche anterior. Mientras Rayden me besaba. Mientras me tomaba en brazos y me llevaba a la habitación. Mientras secaba mis lágrimas derramándome escalofríos por encima. Y mientras susurraba que me quería, sellando aquella promesa con su cuerpo.

Aún tenía su sabor en los labios. Su calor en la piel. Y quería que permaneciera allí para siempre. Quería que él permaneciera para siempre.

El despertador sonó. Alargué la mano hacia la mesilla para apagarlo antes de volverme y buscar a Rayden.

Necesitaba verlo, pasar la punta de los dedos por su rostro, encajarme de nuevo contra él…

Pero todo lo que encontré fueron sábanas frías y arrugadas.

La cama estaba vacía.

Rayden no estaba.

Me incorporé tan rápido que la cabeza empezó a darme vueltas. Pero incluso cuando conseguí enfocar el dormitorio, la realidad no cambió.

Su ropa no estaba en el suelo, ni sus zapatos junto al escritorio, ni sus cosas en la mesilla…

«No».

El mismo pánico que me había sacudido apenas unas horas antes volvió a congelarme las venas.

Me destapé, me puse la sudadera y me subí la cremallera, y después salí de la habitación.

Fui a mirar al baño, al salón, a la cocina… Pero no había rastro de Rayden.

Se había ido.

—No, no, no…

No podía haberlo hecho de verdad. No podía haberme dejado después de haberme prometido que se quedaría. No…

Fue en ese momento cuando lo comprendí.

Rayden no me había prometido nada de eso.

Había prometido cuidar de mí. Protegerme. Amarme.

Pero nunca había dicho nada sobre quedarse.

No pensaba que fuera capaz de seguir llorando, pero los ojos se me humedecieron de repente, y las lágrimas que los llenaron fueron como sal sobre mis heridas abiertas.

Cómo podía…

Alguien metió una llave en la cerradura de la puerta de entrada. Y el corazón me dio un brinco.

En el umbral, con una bolsa de papel en la mano, estaba Rayden.

—Hola, jovenci… —Se interrumpió en cuanto me vio la cara—. ¿Qué…?

No dejé que terminara. Con los labios apretados y la respiración agitada, me abalancé sobre él, y Rayden me recibió enseguida en sus brazos, estrechándome con fuerza mientras yo hundía el rostro en su pecho.

—Eh. —Su voz sonaba preocupada—. ¿Qué pasa?

No respondí. Me limité a negar con la cabeza, y solo con eso lo entendió todo.

—Joder. —Se le tensaron los músculos—. ¿Pensabas que me había ido?

Sin dejar de abrazarlo, asentí. El pánico en mis venas empezaba a disolverse, los latidos de mi corazón estaban recuperando un ritmo regular. Pero no podía soltarlo.

—Mírame. —Me puso dos dedos bajo la barbilla para alzarme el rostro—. Quería prepararte el desayuno, pero tienes la nevera vacía del todo. —Una mezcla de diversión y reproche brilló en sus ojos, y eso alivió la tensión—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste la compra?

—No… no he tenido mucho tiempo libre últimamente.

—Me he dado cuenta. Por eso he ido a la cafetería de la esquina. —Alzó la mano en la que sostenía la bolsa de papel, y yo… yo habría querido que me tragara la tierra.

—Oh —murmuré, cerrando los ojos—. Dios… Lo siento.

—¿Por qué?

Volví a mirarlo.

—Por haber reaccionado así. No… —Me aclaré la garganta—. indentmente no soy…

Rayden me pasó el pulgar por el pómulo.

—No tienes nada por lo que disculparte. Y es culpa mía. Tendría que haberte dejado una nota.

Esbocé una sonrisa.

—Habría sido un detalle.

—La próxima vez lo haré. —Me besó en la frente, y cada parte de mí empezó a hormiguear.

«La próxima vez».

Volví a apoyar el rostro en su pecho y me dejé envolver por su calor mientras él me acariciaba la espalda con la mano libre.

—¿Tienes intención de soltarme?

Negué con la cabeza.

—No.

—Jovencita —murmuró, inclinando la cabeza sobre la mía—. indentmente me cuesta controlarme contigo cuando estás vestida.

Pero ahora mismo estás medio desnuda. Si quieres llegar puntual a clase, seguir restregándote contra mí no es la mejor idea.

Abrí los ojos de par en par y me aparté de golpe.

—No me estaba restregando.

—Lo que estabas haciendo era suficiente —replicó, y bajó la mirada hacia mis piernas desnudas. Y cuando me di cuenta del bulto en sus pantalones, sentí que me ardía la piel—. Joder, no te sonrojes…

Me mordí el labio inferior, y él se acercó de nuevo a mí y me colocó unos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Me acabarás matando, tarde o temprano.

—El sentimiento es mutuo. —Apoyando una mano en su pecho, me puse de puntillas y le di un beso rápido—. Gracias por el desayuno.

Rayden me sonrió y entrelazó sus dedos con los míos para llevarme a la cocina.

—No estaba seguro de qué prefieres, así que puedes elegir —dijo, y sacó dos vasos para llevar—. Capuchino o *caramel latte* —enumeró, antes de coger otras dos bolsas más pequeñas—, *muffin* de chocolate o de limón.

Me senté a la mesa.

—*Caramel latte* y *muffin* de chocolate.

—Aquí tienes. —Se sentó a mi lado, y yo le sonreí antes de dar un largo sorbo al café.

Todo era tan sencillo, tan natural, que olvidé por completo lo que había sentido apenas unos minutos antes, como si nunca hubiera pasado.

—Tienes permiso para desaparecer todas las mañanas si luego vuelves con estas cosas —le dije mientras retiraba el papel del *muffin* y arrancaba un trozo con los dedos.

El intenso sabor del chocolate me estalló en el paladar en cuanto lo metí en la boca, y cerré los ojos un instante mientras me pasaba la lengua por los labios.

—Tú, en cambio, no tienes permiso para hacer este tipo de cosas cuando no puedo tenerte. —Su voz era dura, su mirada abrasadora.

Esbocé una sonrisa.

—Tú puedes tenerme siempre, chef.

Rayden inspiró por la nariz.

—Tarde o temprano dejarás de tentarme.

Sosteniendo su mirada, cogí otro trozo de *muffin* y me lamí los dedos lentamente.

—No lo creo.

Ocurrió tan rápido que casi no lo vi moverse.

Sujetándome la cintura con las manos, Rayden me alzó y me sentó sobre la mesa antes de colocarse entre mis piernas.

—Te das cuenta de que me importa una mierda si llegas tarde a clase, ¿verdad? —murmuró a un centímetro de mi rostro, y un escalofrío me recorrió los muslos, que se cerraron en torno a él.

—A mí tampoco me importa, chef.

Sus ojos brillaron un instante. Después, sus labios se posaron sobre los míos.

Sin preocuparse por ser delicado, Rayden los entreabrió y entrelazó su lengua con la mía mientras me bajaba la cremallera de la sudadera y empezaba a acariciarme la piel caliente.

Pero yo también quería sentirlo. Grabar mi tacto en cada parte de su cuerpo.

Durante meses me había repetido que el accidente no me había cambiado. Pero quizá sí lo había hecho. Quizá había dejado en mí el miedo a perder a quienes amaba.

Mi padre, Mandy, los chicos…

Y Rayden. Rayden.

Pero a él no lo había perdido. Estaba allí, delante de mí. Y necesitaba tranquilizar a mi corazón, a mi miedo, repitiéndome que eso no iba a cambiar.

Sin dejar de apretarle la cintura con las piernas, le quité la camiseta y empecé a recorrer sus músculos duros con los dedos. Los

pectorales marcados, los abdominales definidos, la V que se perdía bajo sus pantalones…

—Joder, jovencita, eres…

—¿Ry? —Una voz resonó por la casa. Y Rayden se apartó bruscamente de mí.

—¡Joder! —Salté de la mesa de un brinco y me apresuré a subirme la cremallera.

—Somos nosotros —continuó Mandy—. ¿Dónde…? —Nada más entrar en la cocina, posó la mirada en nosotros. Y abrió los ojos de par en par—. Oh.

A sus espaldas, Trent y Wes se detuvieron en seco, y yo me puse como un tomate.

—Hola —dije, plenamente consciente de que la sudadera apenas me llegaba a la mitad de muslo y de que la mesa no bastaba para taparme.

—Yo… —Mandy alternó la mirada entre Rayden y yo antes de apretar los labios con fuerza para no reírse—. Te he escrito.

Me aclaré la garganta.

—No he mirado el teléfono.

—Bueno, estabas ocupada —se burló Trent, y ella le soltó un codazo en las costillas.

—¿Ya es tan tarde? —cambié de tema.

—No… Pero tampoco es tan temprano. —Cada vez más divertida, Mandy repasó con la vista mi atuendo, y yo intenté bajarme la sudadera todo lo posible tirando de ella—. Veníamos a traerte esto. —Dio unos pasos y dejó un papel sobre la mesa.

Lo miré, confundida.

—Es la entrada para el baile —aclaró Trent.

Fulminé con la mirada a mi mejor amiga.

—¿Qué pasa? Ellos dos querían dártela en clase, pero sé que habrías encontrado la manera de perderla misteriosamente —se justificó—. Aquí no tienes excusas.

—¿Qué baile? —preguntó Rayden, a mi lado, y yo cerré los ojos.

—El baile de fin de curso —respondió Mandy con una sonrisa angelical—. Ya sabes, ese rito de paso indispensable e importantísimo que ningún estudiante de último año puede perderse —explicó—. ¿Ry no te lo ha contado? Intentó poner como excusa que tenía turno en el restaurante, pero ahora que ya no…

—Tengo trabajo —la interrumpí.

—Ah, ¿te han cogido en el Savoy Cinema? —preguntó Trent, entusiasmado—. Genial, Ry. —Dio un paso hacia mí y alzó el puño para chocarlo con el mío. Pero, antes de que pudiera negar con la cabeza, se lo pensó mejor, se llevó la mano a la boca y se aclaró la garganta.

—No la han cogido en el Savoy. —La voz de Rayden seguía siendo dura—. Trabaja para mí.

Wes, que durante todo ese tiempo había permanecido apartado y en silencio, clavó una mirada indescifrable en la mía.

—¿Vuelves a trabajar de camarera?

—Eh… yo…

Rayden cruzó los brazos sobre el pecho.

—Es mi ayudante en la cocina.

—¿Qué? —gritó Mandy—. ¿Y no me lo habías dicho?

Tragué saliva.

—No he tenido mucho tiempo…

—Sí, ya lo veo. —Su expresión se volvió maliciosa—. Pero, en cualquier caso… —Desvió la atención hacia Rayden y, en ese momento, se fijó en el hematoma violáceo de su mandíbula—. Vaya, ¿qué te ha pasado?

Trent sofocó una carcajada.

—Igual a Ry le va lo violento.

—Muy bien —intervine—. ¿Qué os parece si mantenemos intacta nuestra amistad y os vais antes de que os eche?

—¿Lo ves? —Trent alzó una comisura de la boca—. Violenta.

Lo fulminé con la mirada y él rompió a reír, mientras Mandy negaba con la cabeza y lo cogía del brazo.

—Nos vemos en clase —dijo, antes de volver a fijarse en el torso desnudo de Rayden. Y guiñarme un ojo—. No tardéis mucho.

Se giró sin darme tiempo a replicar, y vi que ella y los chicos se dirigían hacia la salida.

En cuanto oí la puerta de entrada cerrarse, solté el aire que había contenido.

—¿Tus amigos suelen entrar en tu casa cuando estás medio desnuda? —La frialdad no se había borrado del todo de su voz, y cuando me volví, vi que también se reflejaba en sus facciones.

—indentmente no estoy medio desnuda —me justifiqué.

—¿Por qué no me has contado lo del baile?

Fruncí el ceño.

—Porque no hay nada que contar. No voy a ir.

—¿Por qué no?

—¿Me he perdido el momento en que hemos empezado a jugar a las veinte preguntas? —dije, frunciendo el entrecejo.

—Responde, jovencita.

Puse los ojos en blanco.

—Tengo que trabajar.

Él negó con la cabeza.

—El motivo de verdad.

—Ese es el motivo de verdad —dije—. Prefiero pasar una noche trabajando que estar encerrada en una sala viendo cómo los demás bailan y se divierten todo el rato.

Rayden arqueó una ceja.

—¿Así que el problema es que nadie te ha invitado?

Parecía… aliviado. Pero eso cambió en cuanto aparté la mirada de la suya.

—El capullo lo ha hecho, ¿verdad? —dijo entre dientes, devolviendo la atención hacia el lugar donde había estado Wes.

—No importa. Aunque lo hubiera hecho, las cosas no serían distintas. La única persona con la que querría ir al baile pasará toda la noche en la cocina. —Me acerqué a él—. Si puedo elegir, prefiero

ponerme la ropa de trabajo y estar contigo antes que ponerme un vestido estúpido y estar lejos de ti.

Posó las manos en mis caderas.

—Te quedaría bien un vestido estúpido.

—Bueno…, nunca lo sabremos. —Me puse de puntillas y le di un besito en los labios—. Hablando de ropa, tengo que ir a vestirme.

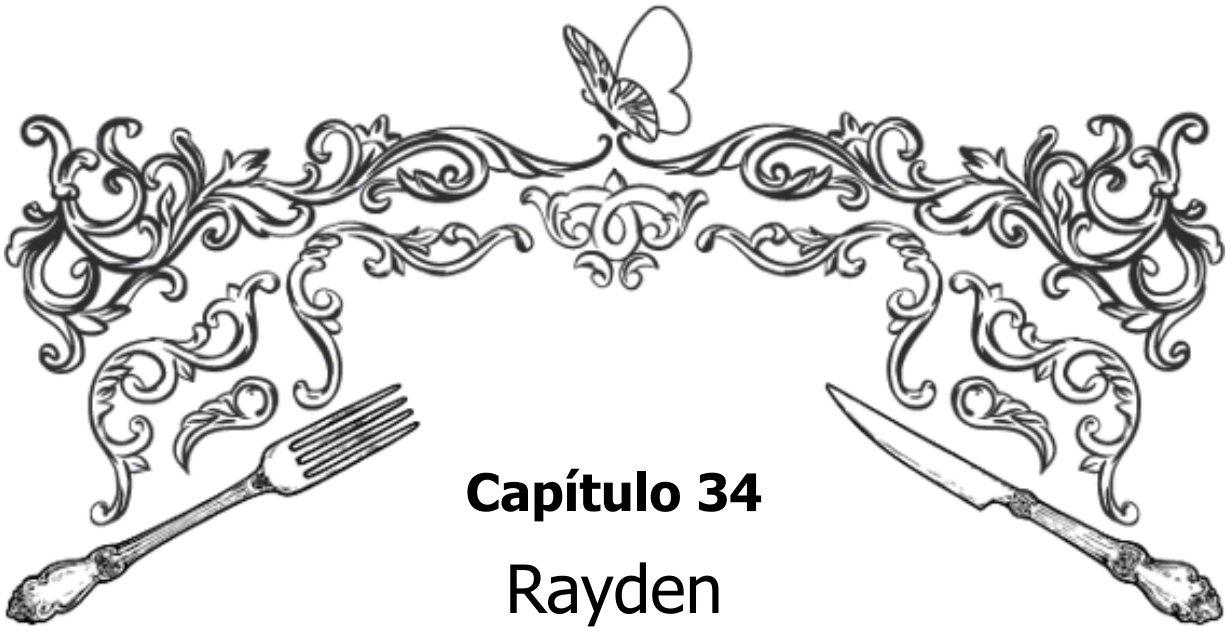
Me separé de él y me dirigí al pasillo, fingiendo no sentir sus ojos sobre mí. Unos ojos que me quemaban y me calentaban la piel, como si de verdad estuvieran hechos de fuego.

Pero no era así.

Aquellos ojos también estaban hechos de secretos.

De fuego y oscuridad.

Lo que aún no sabía era que, muy pronto, aquella oscuridad saldría a la superficie. Y yo por fin entendería por qué Rayden había intentado ponerme en guardia sobre él. Y alejarse de mí.



Capítulo 34

Rayden

—Limpia mejor —le dije a Avery, que enseguida volvió a coger el paño y a pasarlo de nuevo, dejando la cerámica blanca y reluciente —. Bien. ¿Y ahora qué tienes que hacer?

Se irguió y observó el plato durante un segundo. Luego, sin decir palabra, cogió el molinillo de pimienta y espolvoreó el filete.

—Llama al pase.

Avery iba a obedecer, pero, antes de hacer sonar la campanilla, se detuvo y se volvió hacia mí con los labios entreabiertos.

Crucé los brazos sobre el pecho y arqueé una ceja.

—¿Sí?

—Falta la salsa.

Una comisura de mi boca amenazó con alzarse, pero me obligué a mantener una expresión impasible.

—¿Estás segura?

—Sí, chef.

—Adelante, entonces.

Avery tomó el dispensador con el condimento y lo distribuyó de forma precisa alrededor del filete, tal y como le había enseñado.

Cuando terminó, colocó el plato junto a los demás bajo las luces del pase y los revisó una última vez antes de girarse para mirarme.

No estaba seguro de que percibiera el orgullo que sentía. Estaba demasiado concentrada para notarlo.

Asentí, y ella sonrió antes de hacer sonar la campanilla.

Por el rabillo del ojo vi a Deelylah negar con la cabeza.

—Como si tuviéramos tiempo para estas tonterías.

Le lancé una mirada dura, pero ella estaba inclinada sobre su preparación, igual que Avery lo estaba sobre la mesa, limpiando la superficie. Parecía que no la había oído, y me alegré por ello.

No se lo merecía.

Durante toda la semana, Avery había sido precisa y atenta en todo lo que hacía, ya fuera observarme, memorizar la mecánica del trabajo o revisar los platos, ejecutando al pie de la letra cada orden que le daba y manteniéndose apartada, donde no molestara a los demás.

Había esperado hasta el sábado antes de decidirme a confiarle alguna tarea, y no me había decepcionado ni una sola vez.

Parecía que había nacido para estar en la cocina, y todos los miembros de la brigada empezaban a darse cuenta.

Excepto Deelylah.

Yo la observaba con disimulo cada vez que apretaba los dientes o ponía los ojos en blanco, pero al final mi atención siempre volvía a Avery.

En el momento exacto en que salió la última comanda, ella dejó escapar un suspiro de alivio, como si hubiera contenido la respiración durante todas aquellas horas. Pero no hacía falta. No había cometido ni un solo error.

—Buen trabajo a todos —dije, dando una palmada.

—Gracias, chef —respondieron al unísono.

—Ahora, el último esfuerzo.

De inmediato, mi brigada empezó a ordenar y limpiar sus puestos de trabajo. Solo Deelylah se apartó de la mesa y, mientras se desabrochaba un botón de la chaqueta, se acercó a mí.

—¿Podemos hablar?

Durante un segundo, Avery giró la cabeza en nuestra dirección, pero luego volvió a concentrarse en el paño húmedo que tenía entre las manos.

Tras quitarme los guantes de látex que llevaba para cubrir las heridas de los nudillos, que ya casi habían cicatrizado, asentí.

Una vez en mi despacho, me senté tras el escritorio.

—Te escucho.

Deelylah también tomó asiento.

—Ya te he hecho esta pregunta, pero no respondiste. Así que te la vuelvo a hacer. ¿Qué hay entre tú y la camarera?

Arqueé las cejas y me quité la bandana que llevaba en la cabeza.

—Tendrás que ser más concreta. ¿Qué camarera?

—Sabes perfectamente de quién hablo.

—No, teniendo en cuenta que ni siquiera conozco la mitad de los nombres del personal de sala.

Sus labios carnosos se apretaron en una fina línea.

—Avery.

—No es camarera.

—¿Quieres dejarlo ya? —estalló—. ¿Qué hay entre vosotros dos?

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Para eso querías hablar conmigo? ¿Sabes que tu turno aún no ha terminado?

Deelylah se puso en pie de un salto.

—¿Se puede saber qué coño te pasa, Ray? ¿Desde cuándo aceptas a cualquiera en tus restaurantes? ¿Y desde cuándo nos hemos convertido en una maldita escuela de cocina? —Señaló la puerta—. Avery solo nos roba concentración y un tiempo precioso.

—Te lo quita a ti —asentí—. Si pensaras en tu trabajo y no en lo que hace ella, no tendrías ese problema.

Deelylah rio.

—Guau. Mira, yo estaba deseando empezar a trabajar contigo. El gran Wade, uno de los chefs más jóvenes en conseguir estrellas, el genio por el que la Guía Michelin decidió abrir sus puertas a América del Norte… —Negó con la cabeza—. ¿También trabajabas así en el

Black Gold? Porque sabía que tenías fama de llevarte a la cama a tu brigada, pero no pensaba que también hicieras lo contrario. Coger a cualquiera de la calle, follártela y luego meterla en…

—Ya basta. —Golpeé el escritorio con la mano y me puse en pie.

—¿De verdad crees que volverás a entrar en la Guía si sacrificas la calidad de tus platos por estar pendiente de una cría que a estas horas debería estar en casa con mamá y papá arropándola?

—¿De verdad estás tan celosa, Deelylah?

—¿Celosa? —Abrió los ojos de par en par—. Claro. Me parte el corazón que ya no me folles en el vestuario. Era tan intenso y romántico… —Se llevó una mano al pecho, impregnando el aire de sarcasmo—. Eras un buen pasatiempo, Ray. Una buena forma de descargar tensión. Pero si de verdad crees que para mí has sido tan importante como para provocarme celos, te equivocas.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Ella entreabrió los labios, pero en el último segundo se lo pensó mejor.

—¿Sabes qué? Da igual. —Negó con la cabeza—. Te niegas a ver la verdad, te niegas a darte cuenta de cómo lo estás mandando todo a la mierda… ¿Por qué debería intentar hacerte entrar en razón, cuando nunca has tenido la decencia de escuchar a quien solo ha intentado ayudarte siempre? —Una mueca de disgusto deformó sus facciones—. Abre las puertas de tu cocina a quien quieras. Hunde el Ambroisie. Me da igual.

Inspiré por la nariz y me obligué a reprimir la rabia que sentía.

—Te recomiendo que lo dejes aquí, Deelylah.

—Es exactamente lo que tengo intención de hacer. Dejarlo aquí.

Le lancé una mirada interrogante, pero la frialdad que cubría su rostro no se suavizó.

—He solicitado trabajo en otro restaurante y me han cogido. Mis dos semanas de preaviso empiezan a contar a partir de hoy.

Los músculos de mi espalda se contrajeron con tanta brusquedad que me faltó el aire.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Quiero trabajar en un restaurante con estrella Michelin. Es el único motivo por el que quería trabajar aquí, el único motivo por el que he aguantado tus gilipolleces todo este tiempo. Pero admitámoslo… —Echó un vistazo a su alrededor—. El Ambroisie nunca entrará en la Guía Michelin. Y yo no voy a perder ni un segundo más de lo necesario en una cocina de un nivel tan bajo.

No añadió nada más ni me dio oportunidad de asimilar de verdad lo que acababa de decir. Simplemente, fue hasta la puerta, la abrió y desapareció por el pasillo. Y yo me quedé allí, de pie frente al escritorio, mientras la nueva realidad en la que me encontraba caía de golpe sobre mis hombros.

Di un puñetazo tan fuerte sobre la superficie de madera que un dolor agudo me recorrió el brazo.

—¡Joder!

—¿Ray? —La voz de Courtney me hizo levantar la vista. Estaba de pie en el umbral, con las cejas fruncidas y una expresión confundida en el rostro—. Venía a decirte que los últimos clientes se han marchado, pero he visto a Dee en el pasillo. ¿Va todo bien?

Tragué saliva. Inspiré. Y me obligué a mantener la calma.

—Publica un anuncio. Buscamos un nuevo *sous chef.*

Abrió los ojos de par en par y entró en el despacho.

—¿La has despedido?

—Ha dimitido.

Su confusión no hizo más que aumentar.

—¿Qué? ¿Por qué?

No hizo falta que le respondiera. Lo entendió sola.

—Ya te dije que contratar a Avery como asistente traería problemas.

—Y yo te dije que me encargaría de las consecuencias —repliqué —. Publica el anuncio. Empiezo las entrevistas el domingo por la mañana.

—¿Crees que podrías convencerla para que se quede? —preguntó —. A lo mejor con un aumento de sueldo. O despidiendo a Ave…

—No pienso rogarle a nadie que trabaje para mí —la interrumpí con un gruñido—. Ni ceder en nada por una persona que no cree en mi cocina. —Pronuncié cada palabra despacio, para que entendiera su importancia—. Deelylah es sustituible. Y la sustituiremos.

—Vale. —Se pasó una mano por los largos rizos rojos mientras inspiraba un par de veces—. Si de verdad estás seguro…

—Lo estoy.

—De acuerdo. Bien. —Asintió y regresó hacia la puerta—. Preparo ahora mismo el anuncio y lo publico. Entrevistas a partir del domingo, ¿correcto?

Esperó mi confirmación y, cuando la obtuvo, salió y me dejó solo en el despacho.

Estaba temblando.

«Abre las puertas de tu cocina a quien quieras. Hunde el Ambroisie. Me da igual».

Presionándome dos dedos contra los párpados, me obligué a respirar. Pero estaba a punto de explotar.

«Admitámoslo…».

Lava incandescente reemplazó cada gota de sangre en mis venas.

«El Ambroisie nunca entrará en la Guía Michelin».

Todo se volvió negro.

Las emociones desgarradoras que día tras día me esforzaba por reprimir entraron en erupción, cegándome la vista, y perdí el control.

Cogí el portalápices del escritorio.

Flexioné el brazo.

Tensé el bíceps.

Y…

No.

Me detuve un segundo antes de lanzarlo contra la pared.

No.

Parpadeé y volví a enfocar la habitación, clavando una mirada horrorizada en el portalápices que sostenía en la mano.

«No sé si soy capaz, jovencita. De ser mejor…, de poder ser realmente lo que mereces…».

No, no lo era. Pero si seguía dejándome dominar por la ira, si continuaba permitiendo que la oscuridad me devorase, nunca llegaría a serlo.

Con la respiración contenida, bajé el brazo.

No podía lanzar el portalápices. Me negaba a lanzarlo.

Con los dedos temblorosos, lo dejé de nuevo sobre el escritorio. Luego, di un paso atrás y cerré los puños a los costados.

«Da igual lo que hagas, da igual cuánto lo intentes…».

La voz de mi padre me golpeó con la brutalidad de una hoja oxidada.

«Las cosas siempre acabarán igual».

Sacudí la cabeza, retrocedí de nuevo.

No, no lo permitiría.

Esa vez no.

No con nosotros.

Inspiré hondo y cerré los párpados. Y esperé. A que la rabia se disipara, a que mi mente se calmara, a que mis emociones regresaran al abismo al que las había desterrado. Esperé. Y me obligué a reconstruir cada una de las barreras de lucidez aferrándome al presente.

No me importaba una mierda lo que pensara Deelylah. Ni siquiera me importaba su dimisión.

Lo que le había dicho a Courtney era verdad.

Ella era sustituible.

Avery no.

Me pasé ambas manos por el pelo y tomé una última bocanada de aire. Al fin, cuando estuve seguro de que todo el caos en mi cabeza volvía a estar bajo control, dejé atrás aquella conversación y regresé a la cocina.

Cada puesto estaba ordenado y reluciente, y casi toda la brigada se había marchado. Solo quedaban tres personas junto a una de las mesas de trabajo, y se estaban riendo.

—Oh, Dios mío —dijo Avery, mientras miraba cómo Julian afilaba el cuchillo de pescado—. ¡Eres increíble!

—Exhibicionista —bufó Mathis, poniendo los ojos en blanco.

—Has sido tú quien ha dicho que no sería capaz de hacerlo tan rápido —se defendió Julian.

—No —lo corrigió el otro—. Yo te he dicho que es algo inútil. Y ni a mí ni a Avery nos interesaba verte en acción.

Mi chef *poissonnier** se encogió de hombros.

—En cualquier caso, ella me ha definido como «increíble» —se jactó, para luego girarse en su dirección—. ¿Y tú cómo te apañas?

—Oh, ehm… —Ella dudó—. No soy tan rápida como tú.

Julian sonrió.

—Pocos lo son.

—Te das cuenta de que presumir de ser rápido no es de ayuda cuando intentas impresionar a una chica, ¿verdad? —dijo Mathis, fingiendo seriedad—. Lo que importa es la dimensión del cuchillo, no la rapidez con la que se afila.

Avery se sonrojó de golpe. Y Julian abrió los ojos de par en par.

—Sabes perfectamente que no estaba intentando impresionarla —se defendió—. Sin ofender, Avery, no eres mi tipo.

Mathis soltó una risita.

—Más bien, no eres de su especie.

Mientras sentía cómo una ligera diversión empezaba a reemplazar la porquería que tenía dentro, me apoyé en el marco de la puerta y crucé los brazos para seguir observándolos desde el umbral.

—En cualquier caso —prosiguió Julian, cambiando de tema—, toma. Enséñanos lo que sabes hacer.

Insegura, Avery aceptó las herramientas que él le tendía.

—¿Es necesario?

—Tarde o temprano Wade te pedirá que piques algo. Y, a menos que quieras que te despidan en el acto, tendrás que afilar el cuchillo.

Avery sonrió. Y fue una sonrisa que solo yo entendí.

—Si quieres hacer arte, no puedes dibujar con un lápiz sin punta —murmuró, repitiendo lo que le había dicho en nuestra primera lección.

Los dos cocineros se miraron con desconcierto, y Avery se apresuró a carraspear. Luego, aferrando con firmeza las dos empuñaduras, empezó a pasar la hoja por el afilador, desde la base hasta la punta.

Cuantas más veces repetía aquella acción, más aumentaba la velocidad.

Debía de haber practicado, porque sus movimientos eran seguros y precisos. Y ella, con esas herramientas en las manos, con la chaqueta puesta y la bandana todavía en la frente…

Dios, era jodidamente excitante.

—Bueno, no se te da nada mal —la felicitó Julian.

—Gracias —respondió ella, que le devolvió el cuchillo y el afilador.

—No debes temer a Wade cuando te pida que cortes algo.

Avery frunció el ceño.

—No le tengo miedo.

Los dos chicos se quedaron inmóviles.

—Mierda —maldijo Mathis, mirando a un lado y a otro—. ¡Baja la voz!

—Tiene razón —afirmó el otro, nervioso—. No puedes decir ciertas cosas.

Entonces fui yo quien frunció el ceño, mientras ella parpadeaba, confundida.

—¿Por qué?

—¿Lo dices en serio? Wade se alimenta de nuestro miedo.

—Quiere… Exige que todos nosotros le tengamos miedo. Y no quieres saber lo que está dispuesto a hacer para asegurarse de que así sea. Créeme.

Acababa de arquear las cejas cuando Mathis se giró en mi dirección. Y alzó una comisura de la boca.

—¿Verdad, chef?

Julian lo imitó.

—¿A que te encanta colarte en nuestras pesadillas?

Incliné ligeramente la cabeza hacia un lado.

—No erais tan graciosos cuando os hice la entrevista. De lo contrario, no os habría contratado.

Julian rio.

—Tranquilo, chef. No hace falta que reconozcas que somos tus favoritos de la brigada…

—Ya lo sabemos —remató Mathis guiñándome un ojo, y yo negué con la cabeza, cada vez más divertido.

—¿No tenéis una casa a la que volver, en lugar de seguir aquí en mi cocina?

Avery clavó sus ojos en los míos y, sin que ellos la vieran, articuló en silencio: «Despochef».

—Vale, vale. —Julian alzó las palmas—. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, Avery. Chef —se despidió Mathis, y nosotros respondimos al saludo.

En cuanto cerraron la puerta trasera, me separé del marco y me acerqué a Avery.

—Hola, chef —dijo con una sonrisa.

—Hola, jovencita. —Le puse las manos en las caderas—. ¿Cómo ha ido la noche?

Arrugó la nariz.

—Ya sabes cómo ha ido.

—Sí, pero quiero saber qué piensas tú.

—Bueno, aparte de que has intentado engañarme en más de una ocasión diciéndome que tocara la campanilla del pase cuando el plato no estaba listo… —me lanzó una mirada acusadora—. Ha ido genial.

—Tengo que enseñarte de algún modo. Y no te has dejado engañar ni una sola vez. —Me incliné para darle un beso—. Buen trabajo.

—Debería estar cansada, pero…, no sé, ahora mismo me siento como si pudiera correr una maratón.

Sonreí.

—Conozco esa sensación. Pero tengo en mente algo más divertido que una maratón.

Sus ojos brillaron.

—¿De verdad?

Le atrapé suavemente el labio inferior con los dientes.

—De verdad.

Un escalofrío la recorrió, y me aparté hacia atrás.

—¿Lista para que nos vayamos?

Avery asintió y entrelazó sus dedos con los míos mientras cruzábamos juntos la cocina.

—¿Qué quería Deelylah? —preguntó cuando ya estábamos fuera, aunque luego vaciló—. Quiero decir, si puedo saberlo.

Cerré la puerta con llave y comprobé con la manilla que estuviera bien cerrada.

—Ha dimitido.

Avery palideció.

—¿Ha hecho qué?

Volví a cogerla de la mano y me esforcé para que los dedos no me temblaran.

—Quiere trabajar en un restaurante con estrellas Michelin.

—Pero no… no tiene sentido —comentó Avery—. Cuando la contrataste, sabía perfectamente de qué tipo de restaurante se trataba.

—Ha cambiado de opinión —me limité a decir, sin dejar de caminar.

—¿No cree que el Ambroisie pueda conseguir estrellas?

No respondí, y su agarre alrededor de mi mano se volvió más firme. Como su expresión.

De repente, parecía enfadada. Casi… protectora.

—No puede creer eso de verdad.

De nuevo, no dije nada. Y sus ojos empezaron a arder.

—Esa zorra —murmuró entre dientes.

Cuando arqueé una ceja, me clavó el dedo en el pecho.

—Eh, ya no estamos en el trabajo y ella ya no es tu *sous chef,* así que puedo insultarla delante de ti.

Ante aquellas palabras, mis emociones se apaciguaron, y la misma chispa de diversión que había sentido poco antes volvió a aparecer en mi pecho.

—¿Por qué, es que la insultabas a mis espaldas?

—Yo… mmm… No exactamente a tus espaldas —confesó—. Pero puede que le haya dicho un par de veces a Mandy que no la soporto. Que es presuntuosa, arrogante y demasiado egocéntrica. Y que mi récord está en diecisiete.

—¿Diecisiete?

Su expresión se volvió tímida.

—Diecisiete maneras distintas de romperle la muñeca.

Tardé un instante en comprender que hablaba en serio.

—¿Qué pasa? —protestó—. No hace más que tocarte en la cocina, incluso cuando no es necesario. Ni profesional.

Una sensación completamente nueva me llenó, y le solté la mano para rodearle el cuello con un brazo y atraerla a mi lado.

—¿Todavía estás celosa de ella?

Avery me miró de reojo.

—No… —mintió—. Pero, de todos modos, podría estar muy contenta de que haya dimitido. —Sonrió con picardía antes de volver a ponerse seria—. ¿Para ti, en cambio, es un problema perderla?

Se refería al trabajo, y no pude evitar asentir.

—Sí. No es fácil encontrar un *sous chef.* Lo mejor sería asignar a alguien de la brigada para que cubra ese puesto y la reemplace. Pero a todos los he elegido para desempeñar exactamente la función que tienen, y no pienso romper ese equilibrio. —Me pasé la mano libre por la cara—. Así que tendré que hacer entrevistas, enseñar a alguien el trabajo, explicarle el menú al detalle, esperar a que sepa preparar los platos con los ojos cerrados… Todo eso mientras sigo gestionando la cocina y termino de formar a las nuevas incorporaciones de la brigada.

No tenía la menor idea de dónde iba a sacar el tiempo para hacer todo eso.

Avery apoyó la cabeza en mi hombro y, cuando la miré de nuevo, vi que me sonreía. Esa sonrisa dulce y llena de luz que solo reservaba para mí.

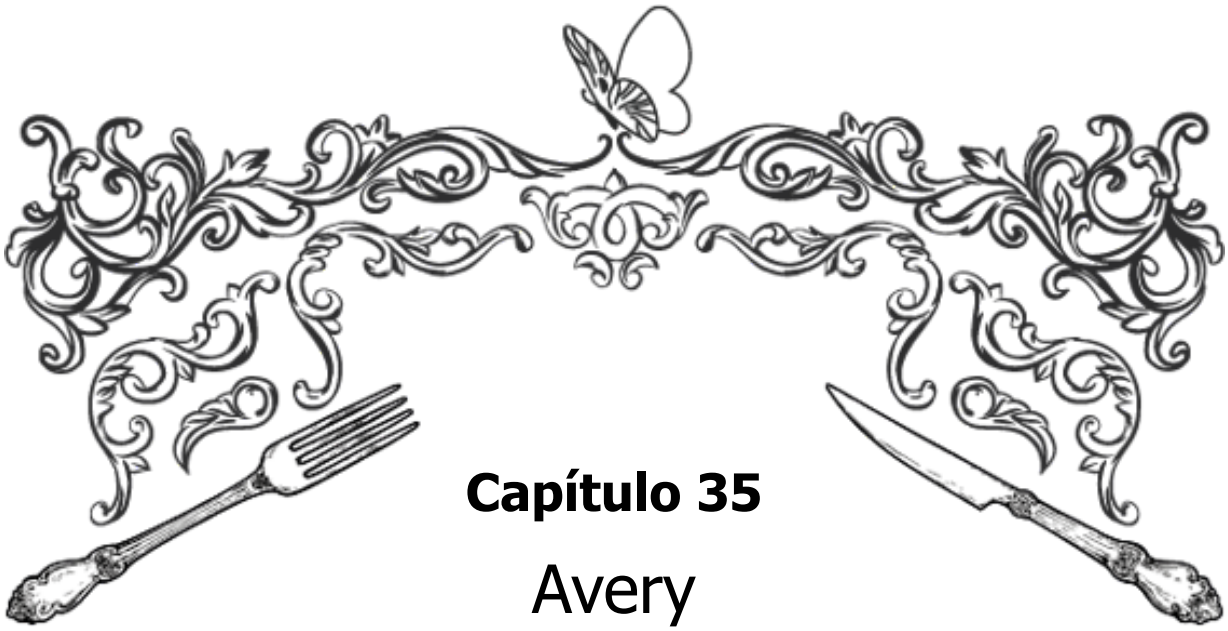
—Encontrarás una solución. Siempre hay soluciones en la cocina, ¿recuerdas?

¿Cómo coño me hacía sonreír incluso en situaciones como esta?

—Sí, jovencita. —Le di un beso en el pelo—. Me acuerdo.

—Y, chef… —Alzó el rostro hacia mí—. El Ambroisie conseguirá las estrellas Michelin. Y tú podrás restregárselas en la cara a esa zorra.

* Chef especializado en pescado y marisco. Se dedica a la preparación y cocción de todos los platos que contienen estos ingredientes, incluyendo la selección, limpieza, fileteado y técnicas de cocción como a la parrilla, al vapor o frito. En ocasiones, también puede encargarse de la preparación de las salsas que acompañan estos platos, aunque en cocinas más grandes esta tarea puede asignarse al chef *saucier,* especializado en salsas. *(N. de la T.)*



Capítulo 35

Avery

—La última semana ha sido una locura, papá —empecé a contarle, acurrucándome en el sillón junto a su cama—. Trabajar con Rayden es… —Busqué la palabra adecuada, pero no estaba segura de que existiera una lo bastante fuerte como para describir todo lo que sentía cada vez que estaba a su lado en la cocina—. Es un sueño. Me deja preparar las guarniciones, me pide que revise los platos… Y ayer me hizo leer unas comandas. ¡A mí! —Me mordí el labio inferior para reprimir una sonrisa.

Poder estar a su lado mientras me enseñaba cómo vivir en su mundo era todo lo que siempre había deseado. Rayden era todo lo que siempre había deseado. Y me habría gustado que pudiera compartir mi entusiasmo, mi constante emoción… Pero en los últimos días estaba tenso. Demasiado como para dejarse llevar. Para reír de verdad.

—La reapertura ha ido muy bien, pero todavía no tenemos noticias de la señora D'Arnaud —puse al día a mi padre, con la esperanza de que pudiera oírme—. Y Rayden necesita su crítica para que las cosas mejoren. Pero… —Suspiré—. Creo que, por ahora, es mejor así. Lo último que necesita es el estrés de tenerla en el restaurante. Sobre todo, ahora que Deelylah ha dimitido.

Una chispa de fastidio me hormigueó bajo la piel, como siempre que pensaba en ella.

Estaba segura de que no había decidido marcharse solo por lo de la Guía Michelin. Porque la veía en la cocina. Y sentía su mirada sobre mí cada vez que Rayden me rozaba, me hablaba, me sonreía…

Deelylah me odiaba. Y odiaba todavía más a Rayden porque sentía exactamente lo contrario por mí.

—Solo espero que todo se arregle —murmuré—. Después de lo que pasó, primero con la crítica, luego con aquellos hombres y, al final, con Deelylah… Rayden necesita una tregua.

Ojalá pudiera dársela yo, pero, por desgracia, ni siquiera mi ayuda era suficiente. Y no importaba cuánto intentara ocultarlo, cuánto se esforzara por aparentar normalidad. Yo percibía las emociones que seguían agitándolo. Solo que no sabía cuál era su verdadero origen. No del todo.

Por la noche, las pesadillas no lo dejaban dormir, y de día se encerraba a menudo en sus pensamientos. En sus recuerdos.

Había algo que no me contaba. Algo que lo atormentaba. Y parecía que aún se sentía mal por lo que había pasado con los dos hombres en el callejón.

Pero ¿por qué?

Esa pregunta no dejaba de perseguirme, pero no encontraba ninguna respuesta.

Rayden era un héroe. Y yo no tenía ni idea de por qué se consideraba el malo.

—Es estupendo, ¿sabes, papá? —Me senté en su cama, le tomé una mano y busqué un consuelo que no podía darme—. Es tan bueno, tan dulce…, tan increíble. —Pasé distraídamente los dedos sobre el esparadrapo de su vía—. Hace unos días, en el restaurante, un niño se escapó de su madre y se fue corriendo hasta la cocina. Deelylah empezó a gritarle que se fuera, pero Rayden lo cogió en brazos y se aseguró de que no se hiciera daño. Cuando la madre vino a disculparse, él la tranquilizó y no dejó de bromear con el niño para hacerlo reír…

Recordé ese momento en que lo abrazó, y mi corazón, igual que entonces, se derritió.

—No sé por qué cree que es un monstruo. Ojalá pudiera verse como es en realidad. —Hice una breve pausa y levanté la mirada hasta el rostro de mi padre—. Y ojalá pudieras verlo tú también.

Como cada vez, esperé a que sus párpados temblaran, a que se abrieran. Pero permanecieron cerrados, sellados con un candado cuya llave yo no tenía.

—Estoy deseando presentártelo, papá…

—Se pondrá como loco cuando lo hagas —dijo de pronto una voz a mi espalda, y di un respingo tan fuerte que me bajé de la cama y estuve a punto de perder el equilibrio.

—¡Joder, Dy! —Me llevé una mano al pecho mientras trataba de recuperar el aliento.

Ella sonrió y se adentró en la habitación.

—¿Qué pasa? Es verdad. Imagínate la escena. —Dejó la bolsa de papel que llevaba en el suelo y levantó las manos de forma teatral—: «Hola, papá, este es mi novio. Tiene diez años más que yo, es mi jefe, de vez en cuando lo verás lleno de moratones y tiene tatuajes que probablemente se hizo en la cárcel por un crimen que no quiere contarme» —dijo, imitando mi voz—. «Sus abdominales deberían ser ilegales, y le encanta cubrirme de sirope de arce y después devorarme como si fuera una tortit…».

Me abalancé hacia ella y le tapé la boca.

—¡Mandy!

Se echó a reír detrás de mi mano.

—Reconócelo, tengo razón —dijo con voz amortiguada. Bajé el brazo, pero no dejé de fulminarla con la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—Te echaba de menos.

Mi expresión se suavizó.

—No, me refiero a cómo sabías dónde encontrarme.

Rayden era el único a quien se lo había dicho, y me había acompañado al hospital antes de ir al Ambroisie para empezar con

las entrevistas para el nuevo *sous chef.*

—Me lo ha dicho un pajarito. —Su expresión se volvió maliciosa—. Aunque, por lo que vi en tu casa, no tiene nada de inoc…

—¡Dy! —Alarmada, miré hacia mi padre, y ella se echó a reír.

—Perdón, perdón.

—Si cuando despierte se acuerda de algo de todo esto, ya te apañarás tú con él —la advertí. Y justo en ese momento caí en la cuenta de lo que había dicho—. Espera, ¿desde cuándo tú y Rayden habláis?

—No te preocupes —me despachó—. Limítate a pensar que tienes una mejor amiga extraordinaria y extremadamente convincente que ha persuadido a tu jefe para que te dé la noche libre el día del baile.

—Tú… ¿qué?

—Ya me has oído. Así que es oficial, ya no tienes excusas.

Un suspiro cansado me subió por la garganta.

—Mandy…

—Oye —me interrumpió, y se acercó a mí—. Los últimos meses han sido una mierda. Y tú, Ry…, has madurado.

Sus palabras me hicieron fruncir el ceño.

—Quiero decir —continuó—, siempre has sido más madura y responsable que yo. Y probablemente más que cualquier compañero de clase. Pero en los últimos meses lo has sido todavía más. Y es algo fantástico, no me malinterpretes. —Me dedicó una sonrisa dulce —. Pero tienes dieciocho años. Ahora tendrías que pensar en divertirte. Y sé que por lo general no puedes hacerlo…, pero puedes concederte al menos una noche. —Me cogió una mano—. Te lo mereces. Y yo merezco pasar unas horas con mi mejor amiga criticando el vestido demasiado provocador que llevará Kelly, riéndonos al ver la reacción del señor Presley cuando descubra que han echado alcohol en el ponche y gritando cuando elijan a Trent como rey del baile. Por no hablar de que tendrás que impedirme cometer un asesinato cuando elijan a Kelly como reina y yo tenga que quedarme al margen mientras baila con mi novio. —Hizo una mueca que, sin poder evitarlo, imité.

Pero, al cabo de un segundo, su expresión volvió a cambiar.

—En otoño, Trent y yo nos iremos a Filadelfia, Wes se irá a Washington… Ya no nos veremos todos los días. —Sus ojos se enrojecieron—. Pero el baile… Esa es nuestra oportunidad para volver a estar todos juntos. Y será una noche que no olvidaremos nunca, no importa lo lejos que estemos o si solo hablamos una vez al mes…

Parpadeé, y tuve que reprimir las lágrimas que me nublaban la vista.

—Si te atreves a llamarme solo una vez al mes, seré yo quien cometa un asesinato.

Mandy rio y se secó una mejilla.

—Prometo escribirte todos los días. Y hacerte videollamadas al menos una vez a la semana.

La atraje hacia mí y hundí el rostro entre sus rizos.

—Así está mejor.

—Entonces…, ¿eso es un sí? —preguntó, separándose un poco de mí—. ¿Vendrás?

Observé a mi mejor amiga, que en ningún momento había dejado de estar a mi lado. Ni cuando había intentado apartarla, ni cuando había estado tan ocupada que apenas podía verla.

Era yo quien no la merecía a ella. Y si el baile era lo que necesitaba para compensarlo…

Asentí.

—Es un sí.

Volvió a echarme los brazos al cuello y me abrazó tan fuerte que me dejó sin aliento. Yo empecé a reír de nuevo entre su pelo.

—Tendrás que ayudarme a encontrar un vestido.

—Sí, ehm… —Retrocedió un paso, y no se me escapó la expresión culpable en su rostro—. Verás…

Entrecerré los ojos.

—¿Qué pasa?

Se inclinó y cogió la bolsa de papel.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Es que necesito un motivo para hacerle un regalo a mi mejor amiga? —bufó mientras me tendía la bolsa—. Vamos, ábrelo.

Dudosa, la complací. Y cuando vi de qué se trataba, la boca se me abrió por completo.

—No lo has hecho.

Ella sonrió, expectante.

—Dy… —Incapaz de hablar, saqué el vestido que contenía. El mismo vestido negro y dorado del que me había enamorado cuando fuimos al centro comercial.

—Lo compré junto con el mío. No pude resistirme. Es perfecto para ti.

Recordé aquel día. Pidió que le cerraran la enorme bolsa para que fuera imposible ver lo que había dentro. Yo creía que lo había hecho para ocultarle el vestido a Trent…, pero, en realidad, me lo había escondido a mí.

—No sé qué decir —admití en un susurro—. No… no puedo…

—Ni se te ocurra empezar con eso —bufó ella, que me interrumpió—. Y no tienes que decir nada. Solo tienes que abrazarme y reconocer que soy fantástica.

Me mordí los labios para no llorar y, por tercera vez, me refugié entre los brazos de mi mejor amiga.

—Eres fantástica. Eres mucho más que eso. Y te adoro. —La abracé todavía más fuerte y ella me devolvió el gesto—. Gracias, Dy…, por todo.



—Bueno, ha sido… intenso —dije, todavía sin aliento, mientras Rayden se dejaba caer a mi lado, sobre la cama—. ¿Va a ser siempre así a partir de ahora?

Había ido a su apartamento al salir del hospital, y apenas había tenido tiempo de salir del ascensor cuando él me había estrechado contra sí y me había besado hasta hacerme perder el control de mi cuerpo por completo.

Se incorporó sobre un codo y me miró con una expresión condenadamente sensual en el rostro.

—¿Te estás quejando, jovencita?

—No, chef, solo preguntaba.

—Bien. —Se inclinó sobre mí y me rozó los labios con los suyos—. Porque la respuesta es sí.

Reí y lo besé de nuevo, pegando mi cuerpo sudado al suyo.

—¿Cómo ha ido en el restaurante? —pregunté al final, mientras él se recostaba y yo me acurrucaba contra su pecho—. ¿Has encontrado a alguien?

—He entrevistado a diez personas —dijo—. Antes de permitir que uno solo de esos idiotas entre en mi cocina, prefiero quedarme sin *sous chef.*

Con cuidado de no acercarme a sus cicatrices, empecé a trazar el contorno de su tatuaje con la punta de los dedos.

—¿Eran los únicos candidatos?

—Los únicos que parecían decentes. Mañana veré a algunos más.

Le dediqué una sonrisa alentadora.

—Puede que entonces tengas más suerte.

Las nubes que alcanzaba a ver en sus ojos se disiparon, y me devolvió una pequeña sonrisa mientras me acariciaba distraídamente la espalda.

—¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido?

—Bien. Mandy ha venido al hospital… Al parecer, alguien le ha dicho que tengo la noche libre para ir al baile.

—Sí, y me arrepentí enseguida.

—No me creo que te dejaras convencer.

—Tu amiga sabe ser insistente —replicó—. Pero tiene razón. Deberías ir. Es una cosa importante.

Busqué su mirada.

—Ojalá pudieras venir tú también.

Encadenó nuestros ojos y permaneció en silencio unos instantes.

—¿Cuánto dura?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Puedo ir a recogerte cuando acabe, después de mi turno en el restaurante. Y podemos bailar juntos el último baile, en el aparcamiento del instituto.

Me apoyé en su pecho para incorporarme.

—¿De verdad harías eso?

Ante mi entusiasmo, Rayden negó suavemente con la cabeza y me tomó el mentón entre los dedos.

—Haría cualquier cosa por ti, jovencita.

Mi sonrisa se ensanchó y me incliné para besarlo. Pero la melodía de su teléfono desgarró el aire antes de que pudiera hacerlo.

Rayden suspiró.

—Vuelvo enseguida.

Me aparté para dejarlo pasar, y no pude evitar seguirlo con la mirada mientras salía de la habitación. El modo en que sus músculos se contraían con cada paso, la forma en que su espalda se tensaba con cada respiración…

¿Existía algo más perfecto?

Un escalofrío me recorrió la piel y, ahora que ya no tenía a Rayden junto a mí, descubrí que tenía frío. Pero mi ropa seguía esparcida por el vestíbulo. Y por parte del salón. Y por el pasillo…

Me levanté, fui hasta el armario y abrí las puertas. El aroma de Rayden me envolvió en una caricia que me hizo cosquillear el estómago, y lo aspiré hondo mientras pasaba la vista sobre la ropa dispuesta en un orden perfecto. Nada estaba fuera de lugar, y no tardé mucho en encontrar una de las camisetas negras que me prestaba a menudo cuando me quedaba en su casa.

La tomé de la balda, me la puse, y estaba a punto de cerrar el armario cuando el espejo que cubría una de las puertas interiores atrapó mi atención.

Encajada a un lado, desgastada y descolorida por el tiempo, había una fotografía.

Sin pensar, me puse de puntillas y la cogí.

Una casita adosada color crema ocupaba la mayor parte del fondo, donde destacaban las ventanas salientes con cortinas bordadas y los remates de madera blanca de la fachada. Pero todo aquello quedaba en segundo plano frente a la mujer que estaba de pie en el césped cuidado.

El pelo corto negro enmarcaba un rostro que destilaba dulzura en cada rasgo, y la sonrisa que curvaba sus labios era de las más bonitas y puras que había visto nunca.

No miraba a la cámara. Miraba al bebé que sostenía en brazos. Y lo hacía como si no existiera nada más preciado en el mundo.

Algo cálido empezó a hincharse en mi pecho, y giré la foto con cuidado para no estropearla. Allí, bajo la fecha en que la habían tomado, había una inscripción: «Leslie y Rayden, primer día en el número 23 de May Street, Hartford».

El calor en mi interior creció todavía más, avivado por esa confirmación.

La mujer era la madre de Rayden. Y el bebé en sus brazos era él.

Volví a girar la foto, devorada por la necesidad de absorber cada detalle.

Estaba tan concentrada en aquel fragmento de pasado entre mis manos que, cuando dos brazos fuertes me rodearon la cintura, me sobresalté con tanta brusquedad que mi espalda chocó contra el pecho musculoso que tenía detrás.

Rayden.

Levanté la cabeza de golpe y me encontré su reflejo en el espejo.

—Perdona. No…

—Tranquila, jovencita. —Lentamente, deslizó los dedos sobre los míos e inclinó la foto para poder verla él también.

En el espejo, su expresión empezó a cambiar. Se volvió sombría, cansada. Llena de un sufrimiento que yo no comprendía.

Era la misma expresión que seguía ocultándome. La que últimamente no había dejado de moldearle el rostro y que él se esforzaba por disimular.

—La hizo mi padre el día que nos mudamos allí —explicó, y eso me pilló por sorpresa—. Se suponía que iba a ser un nuevo comienzo. Más despreocupado. Más feliz… —Su cuerpo se tensó—. No lo fue.

Sin añadir nada más, volvió a poner la foto en su sitio, fue a sentarse en la cama y recostó la espalda en el cabecero. Llevaba puestos los pantalones, pero su pecho seguía desnudo, y vi lo tensos que tenía los músculos. Y cómo sus cicatrices parecían aún más evidentes.

—Lo siento —dije. Me senté a su lado y le tomé una mano—. Que no tuvieras una infancia feliz.

Dejó escapar un respiro amargo.

—No deberías sentirlo por mí.

Se me dibujó un surco en la frente, pero Rayden apretó la mandíbula y comprendí que no habría querido pronunciar esas palabras en voz alta. Y no importaba. Él sabía que nunca lo obligaría a que me contara algo. Aunque yo veía que guardárselo todo dentro lo estaba asfixiando.

Le ofrecí una sonrisa pequeña y entrelacé nuestros dedos.

—¿Quieres hablar de otra cosa?

Como si le costara un esfuerzo enorme, llevó los ojos hasta los míos.

Durante unos segundos infinitos, se limitó a mirarme. Sentí que me recorría las mejillas, la curva de los labios, la sombra de las pestañas. Y luego sentí que se fundía con mi mirada y se sumergía en mí.

Me llevó una mano al rostro para acariciarme el pómulo con el pulgar.

—No.

Mis pulmones dejaron de filtrar aire, mis venas dejaron de calentarme la sangre. Y mi corazón, alternando latidos irregulares

con palpitaciones dolorosas, se volvió incandescente. Listo para acoger cualquier llama que Rayden estuviera a punto de compartir conmigo.

—¿Estás seguro? —me encontré susurrando.

—No, jovencita. —De nuevo, bajó la vista hacia mis labios, y, por un instante, me pareció que trataba de grabar su forma en la mente —. No lo estoy. —Volvió a mirarme antes de que pudiera responder —. Pero quiero hacerlo.

Con demasiadas emociones arremolinándose en mi interior, me acerqué más a él. Y, en silencio, le dejé todo el tiempo que necesitara para empezar su relato.

Tardó unos minutos en hacerlo. Pero, al final, su voz volvió a teñir el aire entre nosotros. Y el resto del mundo, sencillamente, desapareció.

—Antes de que yo naciera, mis padres vivían en Nueva York. Mi madre era profesora en una guardería, mi padre era agente del Departamento de Policía de la ciudad. Se querían. Eran felices… Al menos, eso creo. Es lo que ella siempre me decía. —Hizo una breve pausa, como si las palabras siguieran atascándose en su garganta—. Un día, mientras mi padre estaba de servicio, hubo un atraco en un banco. La situación era crítica, los atracadores habían tomado decenas de rehenes y amenazaban con matarlos si la policía no se retiraba. No conozco todos los detalles, y nunca me ha importado saberlos. Pero lo que sé es que hubo un tiroteo. Y mi padre, en un intento por detener a uno de los atracadores, disparó dos veces. — Apretó los dedos alrededor de los míos—. Una bala alcanzó a un atracador en el hombro. La otra alcanzó a uno de los rehenes. Una mujer embarazada. —Se humedeció los labios—. Tanto ella como el bebé murieron.

Me obligué a no reaccionar. A no sobresaltarme. A no pronunciar ni una sola palabra.

—Desde ese día, mi padre no volvió a ser el mismo. La culpa, el remordimiento, la rabia… lo cambiaron. Al menos, a ojos de mi madre. Cuando todo esto pasó, yo aún no había nacido. La única

versión que conozco de él es la del hombre en el que se convirtió después del incidente: el hombre que siempre bebía para intentar olvidar, el hombre que siempre trató de ahogarse en alcohol para no revivir aquel día… Pero beber no atenuaba su remordimiento. Lo acentuaba. Y, cuando volvía a casa…, se desahogaba. —Su voz parecía a punto de quebrarse—. A veces conmigo. Y siempre con mi madre.

Mi corazón empezó a llorar.

«Oh, Rayden…».

—Cuando volvía en ese estado, ella intentaba protegerme. Si él quería tomarla conmigo, mi madre conseguía que desviara la atención hacia ella. Y si, en cambio, iba directamente contra ella… —Un escalofrío cruel lo recorrió—. Ella intentaba no gritar. Pero yo la oía de todas formas. Siempre. Y veía los moratones que después le cubrían el cuerpo.

Las lágrimas me invadieron los ojos con la fuerza de una marea, y bajé la mirada con la esperanza de que Rayden no las viera.

—A medida que fui creciendo, intenté protegerla yo. Esperaba a que él volviera a casa y lo provocaba, con la esperanza de que se desquitara conmigo. Porque conmigo se limitaba a usar los puños. Pero con mi madre… Con ella hacía cosas peores.

Apreté los dientes hasta hacerme daño, cortando de raíz todos los sollozos que querían liberarse.

—Le supliqué mil veces que se divorciara. Que nos sacara de aquella casa. O al menos que lo denunciara… Pero él era el jefe del departamento. Sus compañeros sabían perfectamente lo que pasaba y nunca hicieron una mierda. —Escupió esas palabras como si lo hubieran apuñalado por dentro durante años—. Y mi madre… Ella lo justificaba. Lo justificaba —repitió, como si ni siquiera él mismo se lo creyera—. Decía que no era culpa suya, que solo era una mala racha, que pronto volvería a ser el hombre del que se había enamorado y al que amaba más que a cualquier otra cosa. Que teníamos que ser pacientes, que teníamos que entenderlo… —Apretó en un puño la mano libre y redujo la voz a un susurro amargo—. La

odié por eso. La odié porque había elegido amar a ese monstruo más que a sí misma… Más que a mí.

Una grieta escarpada atravesó mi corazón, y un dolor más desgarrador que cualquier otra cosa que hubiera sentido se expandió dentro de mí. Y sabía que no era solo mío… También era de Rayden.

Por primera vez, lo estaba compartiendo con alguien. Se lo estaba mostrando a alguien.

Y me había elegido a mí.

—Un día, cuando tenía dieciséis años, volvió a casa más borracho de lo habitual. Había provocado una pelea y lo habían echado del local. No solo estaba cabreado…, estaba furioso.

Empecé a temblar.

—Intenté calmarlo. Y cuando empezó a pegarme, traté de detenerlo… No lo conseguí. No paraba de decir que no quería volver a verme, que era una desgracia… Mi madre se metió en medio. Y él le dio una paliza.

Me llevé una mano a la boca, incapaz de respirar. O de frenar las lágrimas que ya me corrían implacables por el rostro.

—La dejó prácticamente inconsciente, con el corazón apenas latiendo. Y mientras él perdía el conocimiento, yo llamé a la ambulancia.

«Rayden…».

—En el hospital estuve a su lado todo el tiempo. No dejaba de apretarle la mano, de gritar a las enfermeras para que hicieran más… —Por enésima vez, su voz vaciló—. Al final se despertó, y le supliqué que dijera la verdad a los médicos, que admitiera por qué se encontraba en esas condiciones… —Un sentimiento de derrota pura y aterradora se adueñó de su mirada—. Pero, cuando ellos le pidieron explicaciones, dijo que se había caído por las escaleras.

Negué con la cabeza y percibí la misma decepción que sabía que él había sentido aquel día. Y que aún sentía.

—Empecé a gritarle en cuanto nos quedamos solos. Le dije todo lo que pensaba, todo lo que sentía. Ella rompió a llorar…, pero no cedió. Una vez más, volvió a justificarlo, a encontrar excusas para su

comportamiento. Y cuando mi padre llegó al hospital, con un ramo de sus flores favoritas en la mano…, lo entendí. —Ni siquiera tenía fuerzas para apretar el puño—. Mi madre no lo denunciaría nunca. No lo dejaría nunca. Pero yo… —Buscó mis ojos. Y en sus iris encontré una extensión infinita de culpa—. No podía quedarme allí mirando cómo se dejaba matar. No podía ignorar lo que pasaba, ni aprender a vivir con sus moratones… No podía.

Me temblaron los labios, mi corazón se rompió un poco más.

—Hablé con ella una última vez y le pedí que eligiera. O él o yo. No podía tenernos a los dos. —Negó lentamente con la cabeza. Y aquel gesto me dolió tanto como las palabras que sabía que pronunciaría después—. Aquella noche hice las maletas y me fui. Porque ella había tomado la decisión equivocada.

«La decisión equivocada».

Aquellas palabras me apuñalaron en el pecho, y me descubrí conteniendo un nuevo sollozo mientras el recuerdo de nuestra conversación me estallaba en la mente.

«Tú no eres una decisión equivocada».

«Sí que lo soy… Siempre lo he sido».

—Intenté odiarla también entonces —prosiguió—. Esperaba que la distancia lo hiciera más fácil. Pero cada noche acababa pensando en ella, preguntándome cómo estaría. Si estaría durmiendo o si se estaría cubriendo la cara con los brazos… —Contrajo un músculo de la mandíbula—. Así que, cada mañana, la llamaba. Ella nunca admitió nada, pero a mí me bastaba con oír su voz para saber qué había pasado durante la noche.

Incapaz de seguir luchando, dejé que cada vez más lágrimas me surcaran las mejillas, persiguiendo y ahogando todos mis temblores.

—En cuanto encontré mi primer trabajo, me dediqué a ahorrar todo lo posible. Vivía en un estudio que se caía a pedazos, comía solo las sobras del restaurante, no salía nunca, no me compraba nada…

Grietas. En ese momento, mi alma no era más que un montón de grietas.

—Tenía que ahorrar —explicó—. Y nunca me pesó. Porque lo único en lo que seguía pensando era en el momento en que podría llamar a mi madre y decirle que había alquilado un apartamento lo bastante grande para los dos. Podría irse de aquella casa, venir a vivir conmigo…, dejar que yo cuidara de ella. —Rayden bajó la mirada hacia nuestros dedos entrelazados, y ese gesto me bastó para entender cuánto dolor lo atormentaba en ese momento—. Recuerdo cada segundo de aquella llamada. Recuerdo lo emocionado que estaba, lo… feliz que me sentía.

Me mordí los labios con todas mis fuerzas.

«Feliz».

Había sido feliz… Y ahora sabía, comprendía, por qué ya no lo era.

—Mi madre se quedó en silencio durante unos minutos interminables, y la oía llorar. Solo que pensé que era de alegría. Por el alivio de poder dejar atrás su vida. No porque estuviera buscando la forma de decirme que no.

Ante mí, volví a ver a la mujer de rostro dulce y delicado de la fotografía. Solo que, en mi cabeza, su piel estaba amoratada. Y los ojos, demasiado vacíos para brillar aunque solo fuera con una emoción.

—Solo quería ayudarla. Salvarla. Es lo único que siempre he intentado hacer. —Rayden volvió a mirarme—. Pero no se puede salvar a alguien que no quiere ser salvado.

Le apreté más la mano, manteniéndola firme entre las mías. Aunque lo que habría querido proteger era su corazón.

—Cada vez que hablábamos, las cosas entre nosotros empeoraban. Así que, con el tiempo, empezó a decirme que mi padre estaba cambiando. Que estaba mejorando. Que ya no le pegaba, que ya no se emborrachaba… Me decía que estaban bien. Y yo… Joder. —Se pasó la mano libre por el pelo y cerró los ojos—. Yo sabía que no era verdad. Lo sabía. Pero… elegí creerla. Confiar en sus mentiras. Porque ya no soportaba la verdad. —Rayden volvió a

cruzar su mirada con la mía, y la punzada que sentí en el pecho fue atroz.

Sus mejillas no estaban húmedas, como las mías. Sus ojos no brillaban, como los míos. Era peor. Porque sus iris, esos iris que tanto me fascinaban y me dejaban sin aliento, estaban llenos de una culpa tan desgarradora que parecía mantener prisioneras todas sus lágrimas.

Lágrimas en las que él se estaba ahogando.

—Cuando iba a verla, parecía feliz de verdad. Si no la hubiera conocido, no me habría dado cuenta de que todo era una farsa. —Ahora su voz era tan baja que el latido de mi corazón amenazaba con sonar más fuerte—. Él, en cambio, siempre se las arreglaba para no estar, y durante años enteros no lo vi… Hasta hace unos meses.

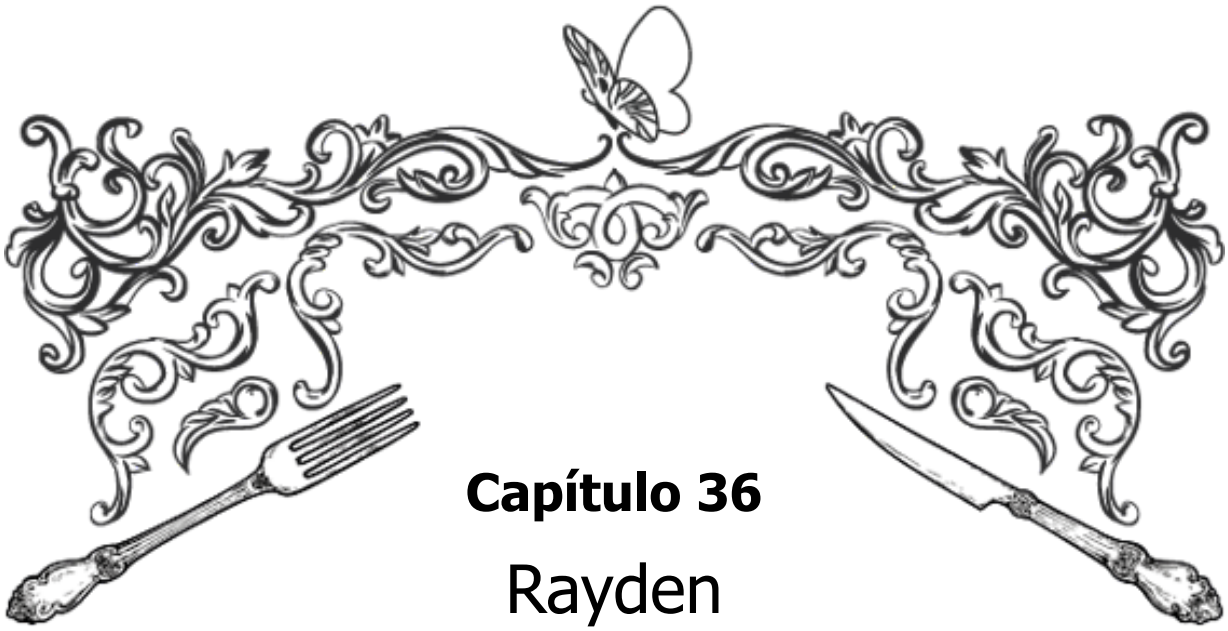
Un destello oscuro atravesó su rostro. Y yo, en aquella oscuridad, lo vi todo.

Sus gritos reprimidos, sus puños contra la pared, las súplicas susurradas a escondidas, los sacrificios realizados durante años… y el pasado del que no había hecho más que huir, sin conseguir liberarse nunca.

—Es él. —Aquellas palabras llenaron el aire antes de que pudiera detenerlas—. Es tu padre. El motivo por el que dejaste el Black Gold.

Rayden apretó los labios. Cerró la mano alrededor de la mía.

Y asintió.



Capítulo 36

Rayden

Nueve meses antes

Odiaba aquella calle. Las casitas de colores alineadas una junto a otra, los jardines cuidados y llenos de flores… Fachadas perfectas para esconder la imperfección encerrada entre sus paredes. Eran un engaño, nada más. Una puesta en escena para desviar la atención de las cortinas cerradas, de forma que nadie pudiera mirar más allá de las ventanas.

Con los dedos aferrados al volante, inspiré hondo el aire otoñal que entraba por la ventanilla bajada e intenté calmarme. Tenía que mantener el control. Por ella.

Esperaba ser capaz.

Otra casita perfecta se alzó pronto frente a mí, una prueba más de lo mucho que podían engañar las apariencias. Pero yo conocía demasiado bien el número 23 de May Street.

Conocía todos los puntos donde se había cambiado el papel pintado para disimular las manchas de alcohol, después de que mi padre hubiera lanzado contra la pared botellas todavía llenas. Conocía los puntos exactos de la moqueta que se habían limpiado con lejía para intentar tapar las manchas de sangre. Y conocía cada

esquina, cada jamba, cada tramo del pasillo. Cada detalle imprescindible para saber cómo escapar. Incluso a oscuras.

Aparqué frente a la entrada del sendero, con la respiración agitada y la mente hecha un caos.

«Cálmate».

«Respira».

«Cálmate».

Aquel día no. Aquel día no pensaría en nada de eso.

Alargué un brazo hacia el asiento del copiloto, cogí la caja blanca que había traído conmigo y salí del coche. Luego atravesé la verja blanca de la valla y llamé a la puerta principal.

Pasaron pocos segundos antes de que se abriera, y la sonrisa de mi madre, dulce y luminosa, me recibió en el umbral.

—¡Rayden! —Me rodeó el cuello con sus brazos delgados, y yo le devolví el abrazo, con cuidado de no inclinar la caja.

—Hola, mamá. Feliz cumpleaños.

—No hace falta que me recuerdes que me estoy haciendo vieja —resopló mientras me dejaba ir, pero su sonrisa siguió ensanchándose —. Al menos eso te ha traído hasta aquí.

La culpa que me arponeaba el pecho empezó a rasgarme el estómago.

—Me sabe mal no poder venir más a menudo. Me gustaría. De verdad. Es solo que estoy…

—Ocupado —concluyó ella por mí, deshaciendo con dulzura mis disculpas—. Sé que lo estás. —Negó despacio con la cabeza. Le brillaban los ojos—. Mi chef con estrella…

Esbozando una débil sonrisa, cerré la puerta y fui con ella hasta la cocina en penumbra.

—Te he traído una cosa —dije.

—¿Para mí?

Me giré en su dirección.

—Aunque no quieras recordarlo, hoy sigue siendo tu cumpleaños.

Se llevó una mano a la boca y contempló la caja blanca que había dejado sobre la mesa. Y la intensidad de su mirada, la nueva forma

de su expresión…

Era el primer regalo que recibía en todo el día. La primera felicitación que le hacían en todo el día.

—No tenías que molestarte…

Tragué la bilis que sentía en la lengua.

—Ábrela, mamá.

Un destello de diversión le cruzó el rostro.

—Te has vuelto mandón, ¿sabes?

Encogí un hombro.

—Sí. Bueno, gajes del oficio.

Mi madre se sentó, y yo me acerqué a la pared para encender la luz.

—Oh, no, no… —empezó con un tono de repente alarmado, pero yo ya había pulsado el interruptor.

Mi madre inclinó la cabeza y se acomodó el pelo alrededor del rostro.

Se estaba escondiendo.

Mi sangre se transformó en plomo, mis músculos en brasas ardientes. Y el caos de mi mente se reformó hasta convertirse en una certeza de sabor dolorosamente familiar.

—Mamá. —Volví hacia la mesa—. Mírame.

Sus dedos, apoyados en la caja, temblaron levemente.

—¿Mmm? Vamos, siéntate, tengo curiosidad por…

—Mírame. —Mi voz dura hizo que se estremeciera. Y la culpa me habría destrozado allí, en ese mismo instante, si no hubiera alzado el rostro hacia mí. Y si no me hubiera mostrado lo que había intentado ocultar con el maquillaje y la luz apagada.

Cerré las manos en puños.

—¿Dónde está?

Se levantó de golpe.

—No es lo que crees.

—Claro. Nunca es lo que creo —siseé, y se le agitó la respiración. Pero toda mi atención estaba puesta en el hematoma de su pómulo, tan negro como la rabia que me recorría las venas—. ¿Qué has

hecho esta vez? ¿Te has caído? ¿Te has golpeado contra una esquina? ¿Has tropezado por casualidad contra sus nudillos?

—Rayden… —No entendía si su tono era una advertencia o una súplica—. Te lo digo en serio, no ha sido él. No ha pasado en años.

—¿Y debería creerte?

—Soy tu madre —dijo, como si eso respondiera a mi pregunta.

«Y yo soy tu hijo. Pero no estoy seguro de que eso haya contado nunca de verdad para ti».

Me impedí decirlo en voz alta. No la haría sufrir yo también.

—Muy bien, entonces. ¿Qué ha pasado?

Suspiró y volvió a sentarse.

—Estaba limpiando la cocina. Me había olvidado de que había dejado un armario abierto y, al girarme, me golpeé con él.

Una risa amarga me raspó la garganta.

—Así que lo he adivinado.

—Es la verdad. —Su mirada era suplicante—. Por favor, ¿podemos no arruinar este día? Nunca vienes a verme. No quiero desperdiciar las pocas horas que estás aquí.

Me habría gustado insistir. Obligarla a ver la verdad, meterla en mi coche y llevármela…

Pero no habría venido. Nunca se elegiría a sí misma, igual que nunca me había elegido a mí. Siempre lo seguiría eligiendo a él, solo a él.

Algo en mí se rompió. Quizá un trozo de corazón. El último que me quedaba.

—Por favor… —murmuró. Y yo… Joder, decidí perder aquella batalla. Una vez más. Porque no existía ninguna victoria.

Con la mandíbula apretada, me senté frente a ella sin decir palabra. Y una felicidad pura le iluminó la mirada.

«¿Cómo coño es posible, mamá? ¿Cómo puedes estar tan feliz de verme y, sin embargo, negarte a estar conmigo?».

—Entonces, ¿cómo estás? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas en el restaurante?

—Bien. —Mi voz salió helada y, al darme cuenta, suspiré—. Muy bien, de hecho. Tenemos todas las reservas completas para los próximos ocho meses y las críticas son excelentes.

—Oh, Rayden… —Sonriéndome, se inclinó hacia delante y me tomó la mano—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Podrías estarlo más si un día vinieras a comer allí.

Como si hubiera soplado sobre una llama, su rostro se oscureció.

—Me encantaría. Muchísimo… —Por un instante, me pareció ver en ella la misma culpa que a mí me consumía cada día—. Pero ya sabes cómo es tu padre, desde aquí a los Hamptons hay muchas horas en coche, y él no…

—No he dicho que tenga que venir él —la interrumpí—. Tienes que venir tú.

—Pero yo… —Parecía desconcertada por mi petición—. Apenas conduzco aquí, en Hartford. Y tu restaurante está lejos, tendría que pasar una noche fuera, y tu padre…

«Puedo conducir yo. Puedo venir a buscarte y traerte al día siguiente. Puedes pasar la noche en mi casa, en la habitación de invitados que tengo lista solo para ti».

«Puedes cambiar las cosas, mamá. Puedes cambiar de vida. Aunque sea solo por unas horas».

«Por favor, por favor, cambia».

—Quiero decir… —Una agitación pura sacudía sus palabras—. No…

—Déjalo. —Expulsé un suspiro pesado. Un suspiro que sabía a traición y a decepción—. Como si no hubiera dicho nada.

Por un segundo, sus ojos se llenaron de tristeza. Pero solo fue un segundo. Porque se apresuró a espantarla enseguida y a ponerse una de sus máscaras.

Yo había aprendido de ella a hacer lo mismo. A fingir y reprimir cualquier cosa que sintiera.

—¿Hoy no trabajas?

Negué con la cabeza.

—Está cerrado. Trabajo mañana.

—Bien. Bien…

Señalé la caja.

—Todavía no has abierto tu regalo.

—Oh. —Se espabiló—. Es verdad.

Con cautela, levantó la tapa blanca, y los cuatro lados del contenedor se abrieron para revelar el merengue de chocolate amargo y *marron glacé** que había preparado para ella.

—Rayden…

La observé recorrer con la mirada las decoraciones, y se detuvo en la inscripción que había trazado en el centro.

«Feliz cumpleaños, mamá».

—Es… es preciosa…

Me levanté, me acerqué al mueble de la cocina y cogí dos platos, dos tenedores y un cuchillo.

—Espero que la tarta esté buena. Había un poco de tráfico, tendría que haber llegado antes.

—Estoy segura de que está riquísima —me tranquilizó dulcemente —. Pero no hacía falta que te tomaras la molestia, no importaba…

—Mamá. —Interrumpí su protesta y dejé un plato frente a ella—. Tú no eres una molestia. Y sí importas.

De nuevo, sus emociones afloraron a la superficie, y se le humedecieron las pestañas y las ojeras oscuras.

Me pregunté hasta qué punto estaba cansada, porque permitía que sus máscaras vacilaran con mucha frecuencia.

—Gracias.

Aquella palabra fue apenas un susurro, pero sentí que se clavaba en mi esternón como una flecha envenenada.

Le hice un gesto con la cabeza, y ella cortó dos porciones, las colocó en los platos y me sirvió primero a mí y luego a sí misma.

Yo no comí. Me quedé quieto, observándola mientras probaba el primer bocado. Y, cuando vi cómo cambiaba su expresión, algo se infló en mi pecho, haciéndome olvidar por un instante toda la porquería que me llenaba por dentro.

—Rayden… —Fijó la vista en el plato, como si necesitara asegurarse de que todo era real—. Está… —Negó con la cabeza—. Me gustaría decir que está buenísima, pero eso no te haría justicia.

Crucé los brazos sobre el pecho mientras intentaba contener ahí todas las sensaciones que mi madre me hacía volver a sentir.

—Me alegro de que te guste.

—¿Gustarme? No, Rayden, está… —Tomó otro bocado, y la sonrisa que me dedicó fue casi imposible de soportar.

¿Por qué no podía sonreír de esa forma todo el tiempo? ¿Por qué coño se empeñaba en preferir los moratones a la felicidad?

—¿Sabes qué es la ambrosía?

Fruncí el ceño.

—¿La comida de los dioses?

Asintió.

—Si los dioses probaran tu cocina, harían de cada plato tuyo su ambrosía.

Una oleada de orgullo estalló en mi interior, exactamente igual que cuando era niño y, después de ayudarla a cocinar, ella probaba los platos y sonreía. Sonreía de verdad.

—Cuando abras un restaurante nuevo, deberías llamarlo así. Ambrosía.

Alcé una ceja.

—¿Has dicho «cuando»?

Mi madre tomó otra porción de tarta.

—Tienes un talento demasiado grande como para mantenerlo confinado a una sola ciudad. Todo el país merece probar tus platos.

La observé con atención, esforzándome por no mirar la mancha oscura en su pómulo.

—¿Y si abriera uno no demasiado lejos de aquí? En Providence, quizá, o en Boston. En ese caso, ¿vendrías a cenar?

Mi madre dejó el tenedor sobre el plato. Y una lágrima, lenta y luminosa, le resbaló por la mejilla.

—Sería la primera en la cola de la inauguración.

Quise creerla.

No lo conseguí.



Durante el resto del día, ninguno de los dos sacó temas que pudieran arruinar las pocas horas que teníamos para nosotros, y no hicimos más que hablar de asuntos ligeros y despreocupados. Pero cada vez que oía un coche pasar por la calle, cada vez que la madera del suelo crujía, se me tensaban los músculos.

Él, sin embargo, no volvió.

—Me ha encantado verte —dijo mi madre mientras me acompañaba hasta la puerta—. Deberías… —No pudo terminar la frase.

Su pie se enganchó en la alfombra de la entrada, la misma que habíamos puesto cuando yo tenía nueve años para tapar el enésimo trozo estropeado de moqueta, y trastabilló.

Me lancé hacia delante y la sujeté por los brazos antes de que perdiera el equilibrio, y un lamento ahogado se le escapó de la garganta mientras la ayudaba a incorporarse.

—Mamá…

Tras separarse un poco de mí, se frotó el bíceps justo en el punto donde la había tocado.

—¿Estás bien? —pregunté, y noté que mi tono se había vuelto más desconfiado.

—Sí, sí, solo he tropezado. ¿Lo ves? Es verdad que me pasa muy a menudo. —Intentó sonreír, pero mis ojos seguían fijos en su brazo, que ella no dejaba de masajearse.

—No te he sujetado tan fuerte…

—¿Cómo? —En cuanto lo entendió, retiró la mano de golpe—. No, yo…

No me detuve a reflexionar.

Me acerqué a ella, le bajé el cárdigan que llevaba por el hombro y le descubrí el bíceps.

De inmediato, mi madre retrocedió y volvió a colocarse la ropa en su sitio. Pero no lo bastante rápido. Y yo los vi.

Los moratones.

Crueles franjas violáceas que habían dejado los dedos que la habían apretado hasta hacerla sangrar por dentro.

—Rayden. —Esa vez, su voz era una advertencia. Una advertencia que no escuché. Porque la rabia que me había esforzado por encerrar en lo más profundo de mi alma empezó a agitarse. A crecer.

Y a llenarme.

—Rayden, por favor. Por favor, puedo…

Era demasiado tarde.

Antes incluso de que terminara la frase, abrí la puerta de par en par y corrí hacia el coche.

Mi madre me siguió, me llamó, me imploró que me detuviera. Pero sus súplicas resbalaron por mi cuerpo como gotas de lluvia en medio de una tormenta. Insignificantes frente a los relámpagos.

Puse el motor en marcha y hundí el pie en el acelerador para salir disparado por la calle. Y lo último que vi, antes de que la rabia se apoderara de mí, fue a mi madre en el retrovisor.

Estaba pálida, consternada. Y con el rostro empapado en lágrimas.

Conduje durante lo que me parecieron horas, peinando todo Hartford.



Pasé por delante de la comisaría, de los locales a los que solía ir, de los bares en los que ya no lo dejaban entrar. Y cuando por fin lo vi, todavía de uniforme y acompañado de un grupo de policías, giré el volante con tanta brusquedad que los neumáticos chirriaron sobre el asfalto.

Ignoré el claxon que sonó a mi espalda y, tras detener el coche, bajé y me lancé hacia los policías, que se percataron de mi presencia

a medida que reducía a grandes zancadas los metros que nos separaban.

Mi padre fue uno de los últimos en verme, y su expresión se volvió confusa. No estaba sorprendido, ni asustado… Estaba confuso.

No me había reconocido.

Ya no tenía la menor idea de cómo era su propio hijo.

—Qué… —empezó a decir un agente, pero yo fui directo hacia mi padre. Y le propiné un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que dio un traspié hacia atrás.

—¡Eh! —Tres hombres se abalanzaron para ayudar a mi padre, mientras el último se plantaba delante de mí y se llevaba una mano a la cartuchera de la pistola—. ¿Qué demonios crees que haces? No…

Lo aparté de un empujón. Y avancé de nuevo hacia mi padre.

—¿Qué clase de basura humana eres? —gruñí, atrayendo la atención de todos los transeúntes—. ¿Cómo puedes mirarte al espejo después de todo lo que le haces pasar?

—Qué… —Se zafó del agarre de sus compañeros. Había engordado desde la última vez que lo había visto, y ahora muchas arrugas le surcaban el rostro. Un rostro que intentaba esconder lo cruel y asqueroso que era en realidad. Pero yo no me lo tragaba—. ¿Rayden?

Todos los policías se volvieron hacia mí.

—¿Es tu hijo, Donny?

—¿El que se largó de casa?

Mi padre apretó las mandíbulas. De repente se había puesto hecho una furia. No tenía la mirada de un padre que volvía a ver a su hijo por primera vez después de más de diez años. Tenía la mirada de alguien que contempla un insecto tan repulsivo que la única solución posible es aplastarlo hasta hacerlo papilla.

Pero yo ya no era el chaval incapaz de plantarle cara. Ahora era más alto, musculoso y fuerte de lo que él había sido nunca.

Ese era el motivo por el que me entrenaba, por el que corría cada maldito día. Porque me negaba a sentirme impotente otra vez. Me negaba a seguir perdiendo.

Se acercó a mí, con los dientes al descubierto y los puños temblando.

—No puedes estar aquí —siseó, procurando que nadie más lo oyera.

—¿Por qué no? —pregunté. Pero, a diferencia de él, yo no me digné a bajar la voz—. ¿Tienes miedo de que le cuente a tus colegas la razón por la que me fui de casa? ¿O temes que les recuerde todas las llamadas que hice a escondidas a la comisaría y que siempre decidieron ignorar? —Estábamos cara a cara. Sentía el hedor de su aliento, el veneno que despedía con cada respiración—. Porque puedo hacerlo. Puedo hablarles de todos los gritos que la obligaste a reprimir, todos los huesos que le rompiste, todas…

—¡Cierra esa boca!

—Tú, hijo de perra asqueroso, no me das órdenes. —Me estaba incendiando.

—Cómo te atre…

—¿Cuántas veces la has mandado a urgencias en todos estos años? ¿Cuántas veces la has obligado a mentir y a decirme que estaba bien? —seguí desafiándolo—. Si ahora me presento en el hospital y pido ver su historial clínico, ¿cuántos «accidentes» me encontraré allí?

Temblaba.

—No sé de qué hablas.

—¿Ah, no? Entonces, ¿los moratones que tiene en el cuerpo en este preciso instante no se los has hecho tú? —Aparté la mirada de sus ojos y me dirigí a sus compañeros—. ¿Habéis salido a beber juntos estas últimas noches? ¿Lo habéis visto emborracharse? ¿Lo habéis visto vomitarse encima y tambalearse hasta encontrar por pura casualidad la salida del local?

—Rayden…

Lo ignoré.

—¿Sabéis lo que hace cuando vuelve a casa? Sí… sí que lo sabéis. Pero nunca os ha importado una mierda, ¿verdad? Porque él es vuestro jefe. Así que no importa que le dé una paliza…

Cerró las manos en torno a mi camiseta, lo que me obligó a retroceder.

—Escúchame bien, hijo…

—¿Hijo? —Me lo sacudí de encima—. No. Yo no soy tu hijo. Y lo juro por Dios… Pronto tampoco tendrás una esposa. —Me acerqué hasta que mi rostro estuvo a pocos centímetros del suyo—. Me la llevaré lejos de ti, donde esté a salvo. No la volverás a ver nunca más, no volverás a hablar con ella nunca más, y no la volverás a tocar nunca más. Nunca. Más. —Me erguí sobre él—. Te olvidaremos. Y cuando en las noticias anuncien que por fin te has ahogado en tu propio vómito, ni siquiera reconoceremos tu nombre.

No esperé a que respondiera, ni a que moviera un solo músculo. Me alejé, me giré y volví al coche.

Había llegado el momento de que ese bastardo asqueroso pagara por sus errores. Y a mi madre… A ella la salvaría. Quisiera o no.

Pero cuando llegué de nuevo al número 23 de May Street…

El mundo se me vino abajo. Y la nueva vida que había soñado en los últimos minutos se transformó en una pesadilla.

Había un coche patrulla delante de la casa. Mi padre había pedido refuerzos y se había asegurado de que llegaran allí antes que yo, y los agentes no me permitieron dar un solo paso por el camino de entrada.

Me hicieron retroceder y me amenazaron con arrestarme si me volvía a acercar.

Mis gritos no sirvieron de nada. Ni las súplicas dirigidas a mi madre, escondida tras las cortinas cerradas.

No las abrió, no salió para venir a buscarme. No me permitió que me la llevara de allí. Se quedó atrapada tras aquella fachada perfecta, decidida a no ver cómo esa prisión la estaba destruyendo.

Y también me estaba destruyendo a mí.

❀ ❀ ❀

—Última comanda fuera —anuncié, y toqué la campanilla del pase.

Observé a la camarera llevarse los cuatro platos con los postres y solté un suspiro.

—Eh. —Valentin se acercó a mí—. ¿Estás bien?

¿Bien?

Ya ni siquiera sabía qué coño significaba esa palabra.

Desde que había vuelto a los Hamptons, el día anterior, no había podido pegar ojo. Durante toda la noche, no había hecho más que volver a ver los moratones de mi madre. Y la forma en que yo había fracasado.

Si no hubiera ido a buscar a mi padre, si me la hubiera llevado de inmediato para ponerla a salvo en lugar de dejarme dominar por la rabia…

Pero ese era el problema. Rabia, violencia, destrucción… Esas cosas formaban parte de mi ADN. Y temía el día en que ya no fuera capaz de contenerlas.

Tragué saliva y asentí a mi *sous chef*.

—Estoy bien.

—Sin ánimo de ofender, pero no lo parece —replicó—. Llevas toda la noche distraído. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Mi tono era gélido—. Y tú deberías estar limpiando, ¿o me equivoco?

Valentin frunció el ceño. Luego, sin embargo, asintió.

—Sí, chef.

Lo vi coger un paño y pasarlo por la encimera, y pronto lo imité y me puse a ordenar el pase y a tirar las comandas de la noche.

Casi había terminado cuando apareció Yara.

—¿Rayden?

Al instante, fruncí el ceño. Rara vez la jefa de sala venía a la cocina.

—¿Qué pasa?

—La mesa doce se niega a pagar.

Sentí que se me formaba un surco en la frente.

—¿Perdona?

—Dicen que no tienen intención de pagar por una cena mediocre e insípida.

Cerré los dedos con fuerza en torno al paño.

Esa era la noche menos indicada para que alguien me provocara.

Me quité la bandana, la arrojé sobre la encimera y me dirigí al comedor.

Solo quedaban tres mesas ocupadas: una pareja junto a la ventana, dos hombres vestidos con traje bajo la lámpara… y cuatro personas sentadas en la mesa doce.

Me detuve en seco.

Tenía la garganta cerrada.

«¿Qué coño…?».

«No».

«No puede ser…».

—¿Ray? —susurró Yara—. ¿Va todo…?

—¿Cuánto han bebido? —la interrumpí.

—Mucho. No recuerdo exactamente cuánto, pero al menos siete botellas. Tal vez ocho. Puedo comprobarlo, si…

Negué con la cabeza.

—Encárgate de que los demás clientes salgan. Los quiero fuera del local en menos de un minuto. Luego, manda a casa a los camareros y a la brigada, y llama a la policía.

Yara abrió los ojos de par en par.

—¿Qué está…?

—Haz lo que te he dicho.

Sin insistir más, la jefa de sala asintió y se apresuró hacia la pareja, mientras yo empezaba a caminar hacia la mesa doce.

A cada paso, veía mejor a las cuatro personas que charlaban entre ellas. Tenían los rostros enrojecidos, las miradas vidriosas. Pero toda mi atención se centró en el hombre que estaba sentado justo frente a mí. Y, cuando me detuve, fue a él a quien me dirigí.

—¿Qué coño haces aquí?

—Rayden… —Me reprendió chasqueando la lengua—. ¿Es así como saludas a tu padre?

«Mi padre».

Que había conseguido una mesa en el Black Gold a pesar de que estaba todo reservado. ¿Cómo coño lo había hecho?

Me llevé los brazos a la espalda, apreté los puños e intenté mantener una apariencia de calma y contención. Todavía quedaban demasiados clientes dentro.

—Fuera de mi restaurante —espeté—. Ahora.

Sabía que cualquier otra persona, al escuchar el tono de mi voz, se habría puesto nervioso. Pero él no. Él me ignoró.

—La rubita quería hacernos pagar —dijo, arrastrando las palabras —. Le he dicho que la inútil de mi mujer sería capaz de descongelar comida mucho mejor que esta.

Sus amigos, tan borrachos como mi padre, estallaron en carcajadas, y sus risas no hicieron más que aumentar mi cólera.

—¿Ya ni siquiera te molestas en fingir que te importa al menos cuando estás en público? —gruñí.

Se encogió de hombros, cogió el plato con el postre a medio comer y lo contempló.

—Solo digo la verdad. Mujer inútil… —Me tendió el plato—. Hijo inútil, mediocre, decepcionante.

Lo dejó caer al suelo, y la cerámica se hizo añicos por el impacto, esparciendo astillas afiladas en todas direcciones.

Contraje todos los músculos. No sabía cuánto más lograría permanecer sin temblar. O reaccionar.

Tenía que resistir. Aunque la pareja ya se había marchado, los dos hombres de la otra mesa se estaban poniendo la chaqueta, y toda su atención estaba fija en nosotros.

—No es que me quedara alguna duda —prosiguió él, mientras sus amigos reían cada vez más fuerte—. Al fin y al cabo, yo fui quien te crio.

Un ácido puro y violento me derritió el estómago, dejando quemaduras que sabía que jamás podría curar.

—Entonces, ¿por qué no te has quedado en casa? —me obligué a decir.

—Porque ayer tuve ocasión de probar tu tarta —respondió. Conteniendo una carcajada, se volvió hacia sus amigos—. ¿Qué mierda de hombre se pondría a cocinar jamás una tarta?

Sus risotadas se volvieron incontrolables, y pequeñas gotas de saliva salpicaron el mantel blanco.

—De todos modos… —prosiguió, divertido—. La tiré al váter después del primer bocado.

La piel de mis nudillos parecía a punto de romperse.

—Tenía curiosidad por saber si el resto de tu cocina era igual de repugnante. Tu madre siempre habla bien de ella, me pide cada semana que la traiga aquí… —Una mueca de satisfacción le curvó los labios—. Ahora podré decirle que no se pierde nada.

No sabía qué dolía más. Si el hecho de que mi madre le pidiera de verdad venir al Black Gold o que él hubiera decidido venir sin ella.

Sería capaz de hacerle daño incluso sin tocarla. Pero mi padre era exactamente eso: un bastardo que había vendido su alma al alcohol, hasta no dejar de sí más que una cáscara vacía, repleta de odio y rencor.

—Al menos el vino estaba bueno —dijo uno de sus amigos, y mi padre se echó a reír.

—Cierto. Era lo único en lo que él no había metido la mano.

Vi a Yara al teléfono.

Estaba llamando a la policía.

—¿Cómo demonios has conseguido abrir este sitio, eh? —me provocó—. ¿A quién se la tuviste que chupar para convertirte en el jefe, cuando no sabes ni cocinar un puto filete como Dios manda? ¿Mmm? —Se inclinó hacia un lado—. ¿Te la chupó a ti?

Un escalofrío helado me recorrió la espalda.

Cuando me giré, vi que Valentin se acercaba.

Tenía las facciones tensas, aunque la confusión se arremolinaba en sus ojos. Igual que les ocurría a los miembros de la brigada, de pie muchos metros detrás de él.

—Fuera, Val —ordené—. Salid. Todos.

—Ray… —Parecía preocupado—. ¿Qué pasa? ¿Necesitas ayuda?

—No… —empecé. Pero mi padre me interrumpió.

—¿Y bien? Dadme una respuesta. —Escrutó a Valentin—. ¿Eres tú al que mi hijo se la chupó?

Todo mi cuerpo se tensó. Y el *sous chef,* con los labios entreabiertos, me miró sorprendido.

—¿Él es tu…?

—Valentin. Marchaos.

—Oh, hijo mío… ¿Qué pasa? ¿Acaso te estoy poniendo en un aprieto delante de tus compañeros? —Una chispa le atravesó la mirada y accionó un interruptor en mi mente.

—¿De verdad es por eso? ¿Te estás vengando por lo que dije ayer en la calle?

—¿Vengarme? Es una palabra violenta, ¿no crees? —Con movimientos inciertos, se puso en pie—. Y yo no lo soy. Violento.

Inspiré por la nariz, obligándome a permanecer inmóvil.

—Tú, en cambio… —Sacudió la cabeza—. Cuando le conté a tu madre lo que me habías hecho, lo que me habías dicho… —Torció la boca—. Tendrías que haber visto cómo lloraba.

Mi pecho se partió en dos.

—Estaba desesperada. Y no dejó de llorar ni siquiera cuando tiré tu asquerosa tarta. De hecho…, lloró todavía más. —Dio un paso en mi dirección—. ¿Era eso lo que querías? ¿Hacerla sufrir?

«Mantén el control».

«Mantén el control».

«Mantén el control».

—No soy yo quien le hace daño.

—¿De verdad estás tan seguro, hijo? —Avanzó de nuevo, y la crueldad que vi en él me hizo comprender que no estaba tan borracho como pensaba.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Conmigo no derrama ni una lágrima.

«Porque, las veces que lo hizo, tú le pegaste más fuerte».

—Conmigo siempre es feliz.

«Porque, las veces que no fingió serlo, tú la cubriste de moratones».

—Conmigo siempre sonríe.

«Porque, las veces que le temblaron los labios, tú se los partiste».

—Conmigo, hijo… ¿Lo entiendes? Conmigo.

Inspiré.

—Ella me quiere a mí.

Apreté los puños.

—No a ti, nunca a ti…

Reprimí las emociones.

—Cada día…

«Mantén el control».

—Ella…

«Mantén el control».

—Me elige…

«Mantén. El. Con…».

—A mí.

Exploté.

Y me abalancé sobre él.

—¡Cierra la boca!

Mis nudillos chocaron contra su mandíbula, y mi padre cayó de espaldas sobre la mesa, rompiendo las copas y derramando el poco vino que quedaba.

Gritos y sobresaltos estallaron en la sala, y los amigos de mi padre se levantaron para socorrerlo. Pero él alzó dos dedos y les hizo señas para que se quedaran quietos.

—Mira por dónde… —dijo, pasándose la lengua por el corte sangrante—. Después de todo, resulta que has salido a mí.

Entonces ocurrió.

El caos en mi mente estalló, y las barreras que con tanto esfuerzo había erigido se vinieron abajo y devolvieron a la vida todos los recuerdos que había enterrado.

Recordé cada puñetazo que me había dado.

Cada grito de mi madre mientras le arrancaba la ropa y la hacía sollozar de dolor.

Recordé cada vez que me estampó contra la pared.

Cada herida que grabó en la piel de mi madre.

Recordé cada ocasión en que el silencio en nuestra casa se había roto.

Cada llanto secreto, cada súplica susurrada, cada plegaria ignorada…

Y luego recordé la rabia en mis venas. La que no podía extinguir.

«Después de todo, resulta que has salido a mí».

Las escenas en mi mente empezaron a deformarse, hasta que, de repente, el hombre con el rostro desencajado y los nudillos desgarrados ya no era mi padre.

Era yo.

«Después de todo, resulta que has salido a mí».

—No… —Me abalancé hacia delante sin darme cuenta—. ¡No!

Agarré a mi padre por la camisa y lo tiré al suelo.

Un segundo después, estaba sobre él.

Puñetazo tras puñetazo, sentía su carne desgarrarse, la sangre empaparlo, los huesos romperse…

No importaba que un rincón lejano de mi mente me implorase que me detuviera. Mi padre tenía que pagar por todo. Por lo que seguía haciéndole a mi madre, a mí…

Tenía que pagar por ello.

Por la rabia que yo sentía, por el odio con el que había infectado mi cuerpo…

Tenía que pagar por ello.

Le devolví cada dolor. Cada golpe. Cada fractura.

Quería que sufriera tanto como nos había hecho sufrir a nosotros. Y quería ser yo la causa.

—¡Rayden! —exclamó una voz familiar, pero aquel sonido se vio engullido por el martilleo desesperado en mis oídos.

—¡Yo no… soy como… tú! —grité. Y no importaba que estuviera demostrando todo lo contrario… Porque al menos eso era justo.

Sabía que era justo.

Cada vez más voces resonaban a nuestro alrededor, cada vez más alaridos llenaban el aire. Pero a mí me costaba incluso concentrarme en la expresión de mi padre.

Por eso tardé tanto, demasiado, en darme cuenta.

Cuanto más lo golpeaba…

Más sonreía.

Sonreía.

¿Qué coño…?

—¡Rayden!

Reconocí la voz de Valentin, y la de mis *chefs de partie,* y la de los amigos de mi padre…

Todos intentaban apartarme, pero ninguno era lo bastante fuerte como para conseguirlo. Hasta que varias personas tiraron de mí a la vez.

En un solo segundo, me arrancaron del cuerpo ensangrentado de mi padre. Y, como si me hubieran hecho emerger de golpe de un mar oscuro y turbulento, regresé a la realidad.

Tenía sangre en las manos. Una parte era mía, la otra era de mi padre.

La respiración entrecortada que me desgarraba los pulmones se volvió aún más frenética.

¿Qué coño había hecho?

¿Cómo había podido…?

Un cerco helado se cerró en torno a mis muñecas. Y cuando bajé la vista, me sobresalté tanto que fui incapaz de pronunciar palabra.

Esposas.

Me habían puesto esposas.

Me estaban… arrestando.

El pánico me llenó el estómago como un cubo de agua helada, y traté de enfocar la expresión de la brigada y de los policías.

Quería hablar, explicarlo todo, arreglar la situación…

Pero no pude. Porque lo único que veía, lo único que reclamaba mi atención, era mi padre. Que, apenas consciente, seguía

sonriendo.

* Castaña confitada. *(N. de la T.)*



Capítulo 37

Avery

Rayden temblaba. Y yo temblaba con él.

Había sentido en mi propia piel cada fase de su historia, como si la hubiéramos vivido juntos. La rabia, el dolor, la impotencia… La desesperación.

—¿Qué hicieron contigo? —pregunté en un susurro ahogado, sin saber a quién me refería. Tal vez a la Policía. Quizá a sus padres.

—Pasé la noche en el calabozo —respondió—. Pero mi padre no presentó denuncia. Así que, al día siguiente, me dejaron libre.

Fruncí el ceño, confundida. Después de todo lo que me había dicho sobre aquel hombre, después de todo lo que le había hecho…

—¿Por qué no presentó denuncia?

—Porque había un motivo más grande que explicaba por qué había venido al restaurante. Por qué me había provocado y había hecho que reaccionara delante de testigos. Sus testigos. —Lentamente, su mirada buscó la mía, y la amargura que encontré en sus ojos me cerró el estómago—. No quería verme en la cárcel…, quería conseguir una orden de alejamiento.

Mi corazón se hundió.

—Dijo que lo acosaba. Que había ido a Hartford para atacarlo. Y que, al día siguiente, mientras él solo me estaba hablando, yo lo

había agredido hasta dejarlo inconsciente. —Tragó con dificultad—. Ambos sabíamos que el caso no se sostendría en un tribunal. Que mis abogados ganarían. Pero él… él amenazó con vengarse con mi madre si yo recurría. —El mismo dolor nos quebró los huesos—. Tuve que aceptar sus condiciones. Tuve que aceptarlas porque ya no había nada más que pudiera hacer para protegerla. Y eso significa que no puedo volver a acercarme a él… ni a mi madre.

Parpadeé con fuerza para intentar aliviar el ardor en mis ojos.

—Rayden…

—No la veo ni hablo con ella desde hace meses. Han cambiado el número de casa, y él debe de haberle bloqueado mi contacto en el móvil. O quizá lo haya hecho ella, no lo sé… Tal vez sea cierto que le hice daño al pegarle a él. Puede que sea cierto que no quiere tener nada que ver conmigo.

—No —murmuré—. No es así. Y tú tampoco lo crees.

Su expresión, sin embargo, me dijo que no estaba seguro. Y mi dolor aumentó todavía más.

No era justo.

No era justo que Rayden hubiera tenido que soportar todas aquellas cosas, todo aquel sufrimiento…

Y no era justo que, ahora, fuera él quien pagara las consecuencias.

«¿Es feliz, chef?».

«No es tan sencillo, jovencita».

«Pero debería serlo».

Apenas podía respirar.

«Es tu vida, ¿no? Y deberías vivirla divirtiéndote».

«La vida no siempre es divertida».

—Lo siento. —Levanté su mano, que seguía unida a la mía, y la besé. En el dorso, en los nudillos, en las heridas que estaban cicatrizando. Y en todas aquellas que habían sanado mucho tiempo atrás, pero que seguían atormentándolo—. Lo siento mucho…

«Por todo».

—Es culpa mía —respondió Rayden—. Lo amenacé con quitársela, y él encontró la forma de retenerla consigo. La necesita para desahogarse, siempre ha sido así… —Su voz, una vez más, se quebró—. Y si ahora puede hacerlo cuando quiera, si ya no hay nadie que la mantenga a salvo…, es culpa mía.

—No. No es culpa tuya. —Me incliné hacia delante y le posé una mano en la mejilla, pero Rayden no me miró. Quizá no quería que viera que no me creía. Y que consideraba que él mismo era el único responsable de los moratones de su madre. Como si fuera él quien se los causara, y no el hombre que había jurado amarla y respetarla toda la vida.

—Después de lo que pasó, no fui capaz de volver al Black Gold —siguió relatando—. Mis abogados se encargaron de mantener el asunto en secreto, y la brigada tuvo que firmar un acuerdo de confidencialidad. Pero yo no podía volver a trabajar allí. No podía volver a pisar el restaurante y ver el punto exacto donde había masacrado a mi padre, ni soportar las miradas asustadas de mis *chefs de partie* cada vez que me acercaba a ellos… Así que nombré a Valentin jefe de cocina y me marché. Necesitaba cambiar de aires, cambiar de ciudad. Necesitaba empezar de nuevo.

—El Ambroisie. —El restaurante que había llamado así en honor a su madre. El restaurante que quedaba a poco más de una hora de donde ella vivía y en el que le había prometido que cenaría…, pero al que sabía que nunca se había acercado.

—Esperaba que me distrajera. Que estuviera tan ocupado como para no tener tiempo de pensar en mi madre, de preguntarme qué estaría viviendo… Pero no ocurrió. En cada momento, volvía a ver su cara llena de lágrimas en el retrovisor. Y a mi padre sonriendo bajo la sangre. —La máscara de piedra de su rostro tembló—. Si al menos me hubiera contenido, si no le hubiera seguido el juego…, si no hubiera perdido el control, justo como él había hecho miles de veces…, a estas alturas ya habría encontrado una solución. Y en lugar de eso, lo mandé todo a la mierda.

Me mordí los labios e hice todo lo posible por contener las emociones que nos estaban apuñalando.

—Dejé de dormir. Dejé de vivir. Dejé de respirar… Todo lo que hacía era revivir mis errores y ahogarme en las consecuencias que habían traído. —Cerró los ojos—. Estaba a punto de enloquecer, de romperme de una vez por todas. Y lo habría hecho en medio de la cocina del Ambroisie. —Por fin, sus ojos encontraron los míos—. Pero llegaste tú.

Los fragmentos en los que se había roto mi corazón empezaron a moverse, como si quisieran unirse de nuevo.

—No sé cómo lo conseguiste…, pero lo cambiaste todo. —Me rozó el pómulo, y yo me incliné hacia su caricia—. No pasa un solo día sin que piense en ella. Sin que la vea allí, en el retrovisor. O en una cama de hospital, llena de moratones y de sangre reseca.

Cerré los ojos y derramé lágrimas calientes que me rodaron por las mejillas.

—Pero tú, jovencita… —Me secó la piel con el pulgar—. Tú me diste la fuerza para seguir luchando. Para no rendirme, para no derrumbarme… Y para esperar que aún pueda existir una solución. Un modo de arreglarlo todo.

Volví a mirarlo. Y, esa vez, no escondí los temblores que me sacudían. No habría sido capaz.

—Has conseguido tomar mi oscuridad e iluminarla. Enseñarme a reír en medio del caos. Y a ser feliz incluso cuando el mundo se viene abajo.

Me aferré a su muñeca y le empujé con más fuerza la palma contra mi mejilla.

—No sé qué habría hecho sin ti. Pero nunca te podré agradecer lo bastante que te saltaras las últimas horas de clase y corrieras hasta mi restaurante bajo la lluvia.

Una sonrisa débil me curvó los labios.

—Deja de llorar.

—¿Es una orden, chef?

—Sí.

—No creo que sea capaz de cumplirla —murmuré entre lágrimas.

Rayden sacudió la cabeza.

—Tú eres capaz de todo, jovencita.

Le apreté más la mano. Como si tuviera miedo de que, si dejaba de ser mi ancla, acabara ahogándome en medio de las emociones que sentía.

—Gracias —susurré al fin.

—¿Por qué?

—Por habérmelo contado todo.

Un suspiro pesado le elevó el pecho y su voz adoptó un tono distinto.

—Tendría que haberlo hecho mucho antes. Pero ya te lo dije… Soy egoísta. Y no soportaba la idea de perderte.

Fruncí el ceño.

—¿Perderme?

La lluvia en sus ojos se volvió negra, como un temporal desatado en pleno corazón de la noche. Y sentí su frío hasta en los huesos.

—Mi padre tenía razón. Soy como él. Y todo lo que he hecho, todo lo que sigo haciendo, lo demuestra. Pero tú… tú no lo mereces.

Entreabrí los labios e inspiré bruscamente.

«Te mereces algo mucho mejor».

«No te corresponde a ti decidir lo que merezco».

«Uno de los dos tiene que hacerlo. Y tú tomarías la decisión equivocada».

Eso era lo que temía. Eso lo había atormentado desde la noche en que había agredido a los dos hombres en aquel callejón.

«Quería que sufrieran. Quería romperles hasta el último hueso del cuerpo, asegurarme de que no pudieran volver a levantarse… Y todavía lo quiero».

Realmente creía que era como su padre.

Y creía que, tarde o temprano, yo acabaría en el lugar de aquellos hombres. Que me pegaría a mí. Que me destrozaría. Que me haría sufrir.

«Quería ser capaz de conseguirlo. De estar contigo sin destrozarte… Pero ya lo estoy haciendo».

Rayden no se sentía culpable por lo que había hecho aquella noche. Se sentía culpable por lo que temía llegar a ser.

«Mi padre tenía razón. Soy como él».

Dios… ¿Cómo podía pensar eso de verdad? ¿Cómo podía siquiera considerar que algo así pudiera suceder?

Sí, Rayden estaba lleno de rabia. Sí, en la cocina no admitía errores y, fuera del restaurante, se protegía con armaduras impenetrables…

Pero no era malo. No era un monstruo.

Solo estaba herido.

¿Cómo era posible que no lo viera? ¿Cómo era posible que no comprendiera que cada uno de sus gestos, cada una de sus acciones, no era más que un mecanismo de defensa?

¿Cómo era posible que no se diera cuenta de lo bueno que era?

Ni siquiera cocinaba langostas para no hacerlas sufrir. ¿Y temía hacerme daño a mí?

—Rayden…

—He intentado advertirte. —Casi parecía que se estuviera disculpando—. Decirte que te mantuvieras alejada de mí…

—Y yo ya te dije que no tengo intención de hacerlo.

La sorpresa en su expresión fue como una puñalada en las costillas. Estaba convencido de que me alejaría. De que, después de todo lo que me había confesado, saldría corriendo. Y esa certeza hizo gritar a mi alma.

—Ya viste en qué estado me encontraba aquella noche, jovencita. Viste cómo te usé a ti para desahogarme. Justo como él siempre…

—¿Me usaste? —repetí—. Nunca me has usado. Cuando te pedí que pararas, no dudaste ni un segundo antes de hacerlo. Y después seguiste repitiéndome que podía apartarte, que no estaba obligada a nada… —Negué con la cabeza—. No me usaste, Rayden. Me dejaste elegir si quería estar a tu lado. Me permitiste ayudarte. Y estoy infinitamente agradecida de que lo hicieras.

Intentó inspirar.

—No deberías estarlo. Yo…

Tampoco esta vez dejé que terminara.

Me moví con rapidez, me senté a horcajadas sobre sus piernas y apoyé las palmas en su cuello.

Rayden se tensó, sus manos volaron hasta mis caderas. Solo que no sabía qué intentaba hacer.

Si anclarme a él o mantenerme a distancia.

Elegí yo por los dos. Y le rodeé el cuello con los brazos.

—No puedo permitírtelo —murmuré—. Que pienses que eres como él… No puedo permitírtelo.

Podría haber pasado horas intentando convencerlo de que no tenía nada en común con el monstruo que lo había criado, pero no me habría creído. Tenía que hacer más. Tenía que hacer algo que no pudiera poner en duda.

—¿Quieres saber por qué?

Esperé que me rechazara, que me apartara.

Pero no lo hizo.

Y todo lo que siempre había sentido por él, todo lo que siempre había pensado de él…

Se lo regalé por completo. Hasta el recuerdo más remoto de mi mente, hasta el último latido de mi corazón.

Siempre había estado dispuesta a dárselo todo de mí.

Y ahora quería hacerlo.

—¿Recuerdas la primera vez que fuimos juntos caminando hasta el restaurante, después de que se publicara la crítica de la señora D'Arnaud? Estabas nervioso por lo que había escrito. Vi cuánto te habían dolido sus palabras, cuántos pensamientos te invadían la mente… Pero, a pesar de todo lo que sucedía, te fijaste en un vagabundo sentado en la acera. Y mientras hablábamos, sacaste la cartera y le diste todo lo que llevabas, para luego reanudar la marcha como si nada. Como si no hubieras hecho algo fantástico. Como si fuera lo más normal del mundo y lo hicieras todos los días.

Y tardé poquísimo en darme cuenta de que, en realidad, lo haces todos los días. —Curvé los labios—. Fue en aquel momento.

Rayden frunció el ceño.

—¿Qué pasó en aquel momento?

—Empecé a enamorarme de ti.

Sus dedos temblaron sobre mis caderas.

—Antes incluso de que me dejaras acercarme, antes incluso de que me sonrieras de verdad…, yo ya me estaba enamorando —murmuré, entrelazando nuestras miradas—. Y no importaba que te empeñaras en mantener una barrera de hielo entre los dos o que siempre fueras frío, distante, severo… Porque yo siempre conseguía ver más allá de todo eso.

Se humedeció los labios, como si los tuviera resecos.

—Desde entonces, cada día me he enamorado un poco más —continué—. Me enamoré de la forma en que, en cuanto Courtney te dice que un camarero no vendrá a trabajar, te aseguras de que esté bien. No creo ni que sepas cómo se llaman, pero aun así te preocupas por cada uno de ellos. Me enamoré de cómo ofreces tu ayuda en cuanto ves a alguien en apuros, ya sea dentro o fuera del restaurante. Me enamoré de tus miradas protectoras. De tus gestos de ánimo. De tu manera de apoyar a cualquiera que lo necesite. —Me pegué más a él—. Y de cómo, al final, renunciaste a tus barreras para dejar que me acercara a ti.

Rayden tragó saliva, y deseé que se viera reflejado en mis ojos. Que se viera exactamente como yo lo veía a él.

—Me enamoré de tu forma de ser, de tus pequeños gestos cotidianos. Porque son esos los que importan. No los momentos en los que pierdes la paciencia y rompes un plato, no cuando estás tan agotado, nervioso y estresado que, por un instante, pierdes el control. Golpear una pared no te hace peligroso, Rayden. Te hace humano. Porque esa no es tu normalidad, esa es la excepción. —Hundí las yemas de los dedos entre su pelo—. Pero si eso te asusta, podemos aprender a manejarlo. Juntos. Porque yo no pienso irme a ninguna parte.

—Jovencita…

—Ya te lo he dicho —lo interrumpí—. Me enamoré de tu frialdad hasta llegar a amar tu calor. Todo el calor que me mostraste, todo el calor que me demuestras cada día. Lo conozco, Rayden. Te conozco a ti. —Me apreté contra él y sentí cómo sus brazos se cerraban alrededor de mi cintura—. Sé que nunca serás como tu padre. Sé que nunca me harás daño, que jamás llegarás siquiera a tocar a alguien que no lo merezca. Pero está bien si tú no te lo crees todavía. Porque puedo creerlo yo por los dos.

Debajo de mi cuerpo, el suyo temblaba.

—¿Cómo puedes creerlo? Sabes lo que les hice a los dos hombres aquella noche. Sabes lo que le hice a mi padre… Yo no soy el chico bueno aquí. No soy el príncipe azul.

—En mi historia sí lo eres. —Apoyé la frente en la suya—. Y también en la de la mujer a la que salvaste. Y… y en la de tu madre.

Como si mis palabras le hubiesen atravesado el pecho, cerró los ojos de golpe.

—No. No lo soy. Yo… Joder, jovencita. —Cerró los ojos todavía más fuerte—. Estoy lleno de rabia. Lleno de odio. Tarde o temprano me corroerá del todo. Y me convertiré en él.

—Sé que eso es lo que temes —dije en un susurro—. Y sé que dentro llevas más rabia y odio de los que yo pueda siquiera imaginar. No te estoy diciendo que no sea así o que debas ignorar esas emociones… —Apoyé una palma en su mejilla hasta que abrió los ojos de nuevo—. Solo te pido que las compartas conmigo.

La mirada que me dedicó estaba confusa. Confusa y rota.

—Te quiero, Rayden. Más de lo que jamás creí posible amar a alguien. Te quiero. Y no hablo solo de tus sonrisas, de tus caricias, de cómo me abrazas y me haces sentir segura… —Le acaricié el pómulo con el pulgar—. Amo tus cicatrices. Las que llevas dentro y las de tus nudillos. Amo la forma en que vives cada emoción al máximo. Las positivas y las oscuras…

No respiraba. Lo sentía. Pero no me detuve. Necesitaba que me escuchara, que me entendiera.

—Lo amo todo de ti, lo quiero todo de ti. Tu felicidad, tu amor, tus risas… Y tu odio, tu rabia. Tu sufrimiento. —Pegué mi pecho tanto al suyo que nuestros corazones comenzaron a latir el uno contra el otro —. Cuando te pedí que fueras mío, cuando deseé que lo fueras, no me refería solo a algunos fragmentos de ti. Me refería a cada una de las partes. Cada faceta, cada cicatriz… Lo quiero todo. Lo elijo todo.

El mismo escalofrío que recorrió su cuerpo llegó hasta el mío, y nuestros latidos se aceleraron, siguiendo un ritmo desbocado.

—¿Por qué?

Reprimí el dolor que sentí al escuchar su voz.

—Porque si todo ese peso lo sostenemos entre dos, dolerá menos. Y quizá, lo que tú no logres vencer, pueda vencerlo yo.

Lo acaricié con suavidad, grabando mi tacto en su piel.

—Dame tu odio —susurré a un aliento de sus labios—. Tu rabia, tus lágrimas… Dámelo todo. Yo puedo llorar por ti. Puedo gritar por ti. Y puedo perdonarte por ti. Perdonar una culpa que no tienes, pero que crees tener.

Su garganta se movió con brusquedad, su presión sobre mí se intensificó todavía más.

—No tienes por qué reducirte a cenizas —le dije—. Podemos apagar el fuego juntos.

El músculo de su mandíbula se contrajo. Y él, poco a poco, negó con la cabeza.

—No puedo pedirte algo así.

—No tienes que pedirme nada. Solo tienes que…

—¿Qué? —preguntó. Y en su voz ya no había derrota. Había… esperanza.

Sonreí.

—Tienes que dejar que te elija, Rayden. Que te quiera. Que te ame… Tienes que dejar que me quede a tu lado mientras nos enfrentamos a todo esto juntos. —Rocé su nariz con la mía—. Y tienes que darte permiso para ser mío.

—Ya lo soy —susurró—. Soy tuyo. Siempre lo he sido.

Una lágrima me humedeció las pestañas. Pero, antes de que él pudiera notarlo, anulé la distancia entre nosotros y lo besé. Un beso lento, delicado, cauto. Porque Rayden estaba hecho pedazos, y yo no quería romperlo todavía más.

—Demuéstramelo.

Rayden alzó ligeramente el borde de mi camiseta para sujetarme por los costados desnudos, y yo me estremecí. Pero no por aquel contacto. Sino por lo que estaba haciendo.

Se estaba aferrando a mí, como si yo fuera su salvavidas. Y quería serlo. Quería salvarlo. Del mundo que lo rodeaba y de sí mismo.

—¿De verdad lo quieres? —murmuró contra mi boca—. Todo esto…, a mí…

Le acaricié el pelo en la nuca.

—No existe nada que haya deseado más en mi vida, chef.

Rayden me pegó contra su pecho y yo volví a besarlo, manteniendo el mismo ritmo lento de antes.

indentmente, sus besos estaban llenos de pasión, deseo, desesperación. Pero ahora yo quería besarlo solo con amor. Quería que lo sintiera en el sabor de mi lengua, que probara cada matiz de lo que sentía por él. Y que guardara todo eso en su interior mientras compartía su odio conmigo y me dejaba ayudarlo a sanar.

—Eres todo lo que siempre he querido, Rayden —murmuré entre beso y beso—. Todo lo que siempre he soñado… Todo. Lo eres todo.

Su cuerpo entero se estremeció y yo deslicé mi lengua sobre la suya, percibiendo el sabor salado de mis lágrimas en nosotros. Pero no me detuve.

Rayden había dicho que yo le había enseñado a reír. Ahora quería enseñarle a amarse. Justo como yo lo amaba a él.

Sin dejar de besarlo, moví una mano y le bajé los pantalones.

Cuando liberé su erección y la tomé, Rayden contuvo el aliento. Y cuando me deslicé sobre él, gimió.

—Dios…

Empecé a moverme despacio, acompasando cada gesto con nuestros labios.

Eran movimientos delicados, dulces. Profundos. Exactamente como lo que sentía por él.

—Dilo otra vez —me imploró.

—Te quiero a ti. —Le pasé las manos por el pecho, cubriéndole las cicatrices—. Siempre te elegiré a ti. Siempre te querré a ti… A ti.

Temblando de nuevo, me levantó la camiseta y me la quitó antes de abrazarme contra su torso desnudo.

No me pidió que acelerara el ritmo. Me dejó amarlo a mi manera. Y yo, segundo tras segundo, le mostré exactamente cuánto merecía ese amor.

—¿Cómo coño es posible que seas real? —Su voz ronca me rozó la lengua—. ¿Cómo es posible… que quieras ser mía de verdad?

—No hay nadie más de quien quiera ser.

Rayden hundió una mano en mi pelo, y yo le robé cada gemido que le vibraba en el pecho, cada gruñido ahogado que se le escapaba de los labios, cada respiración que le costaba llevar a cabo. Lo robé todo de él. Incluso aquello que siempre se había negado a mostrarme.

A cambio, sin que se diera cuenta, recogí los pedazos de mi corazón y se los ofrecí, cubriendo con ellos las heridas abiertas en su alma.

Las cuidaría yo. Lo cuidaría a él. Porque nadie lo había hecho jamás, y Rayden, más allá de todas sus barreras, seguía siendo solo un niño que soñaba con que alguien lo eligiera. Lo amara.

No podía volver atrás en el tiempo y cambiar su pasado…, pero podía darle todo lo que necesitaba en el presente.

—Joder —maldijo, y empezó a temblar—. Avery…

Y sucedió en ese instante. Cuando, por primera vez, él pronunció mi nombre.

Algo dentro de mí se rompió, algo más se recompuso. Y mientras Rayden seguía repitiéndolo una y otra vez, un fuego intenso se desató sobre nuestra piel, fundiéndonos en una única llama. En una única realidad.

—Rayden…

—Avery…

Cruzamos el límite al mismo tiempo. Y, juntos, aterrizamos al otro lado, en los brazos del otro.

Nunca antes había sido tan intenso. Tan maravilloso. Y estaba segura de que ni todo el aire del mundo me bastaría para recuperar el aliento.

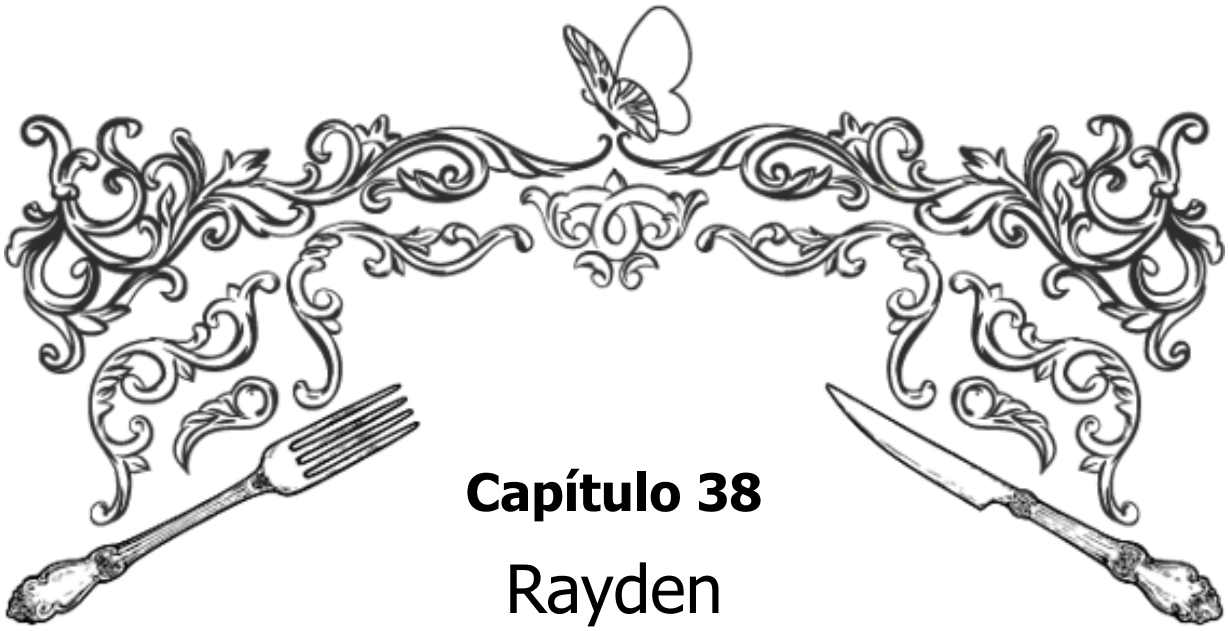
—Te quiero —jadeé sobre él, con los ojos todavía cerrados y todo el cuerpo sacudido por los temblores.

—Te quiero, jovencita —respondió—. Más que a cualquier otra cosa. Te quiero.

Sonreí contra su boca. Y mientras me ayudaba a recostarme y me atraía hacia sí, me pregunté si podría notar que mi corazón ya no latía en mi pecho.

Ahora era suyo. Estaba fragmentado sobre su alma de un modo tan perfecto que, por fin, lo entendí.

Mi corazón nunca había estado hecho para pertenecerme. Siempre había sido suyo. Y quizá, algún día, lo convencería de que se lo merecía. Más que cualquier otra cosa.



Capítulo 38

Rayden

—¡Llego tarde!

Sentado en la cama con los tobillos cruzados, bajé los papeles que estaba leyendo y vi a Avery salir corriendo del baño, con una toalla enrollada en el pelo y otra ceñida al pecho. Pequeñas gotas de agua se deslizaban por su cuerpo, haciendo brillar sus piernas desnudas, y el aire a su alrededor pronto se impregnó con el aroma del gel de ducha.

—Llego tarde, llego tarde, llego tarde —repitió. Cogió los vaqueros del suelo y se los puso. Pero la tela se le pegaba a la piel mojada y empezó a dar saltitos por la habitación, a punto de caerse más de una vez.

Contuve una carcajada. Y Avery me fulminó con la mirada.

—Pues que sepas que es culpa tuya.

Fruncí el ceño.

—Yo no he hecho nada.

—Por favor. Sabes perfectamente lo que has hecho —replicó, y sus mejillas se encendieron un poco más.

Joder, me encantaba que siguiera haciéndolo. Que se sonrojara. Esperaba que nunca dejara de hacerlo.

Me pasé la lengua por el labio inferior.

—Ha valido la pena.

—Claro, tú no tienes que tragarte la bronca de Mandy.

Miré la hora.

—Ni siquiera son las diez, y el baile es esta noche. ¿Por qué tienes que ir tan pronto a su casa?

Avery se quitó la toalla para ponerse el sujetador. Y yo, por un segundo, me distraje contemplando sus curvas perfectas.

—Porque ha organizado todo un día solo para nosotras dos —contestó—. Hacernos una mascarilla, pintarnos las uñas, peinarnos, maquillarnos… Se necesita tiempo. —Caminó hasta la esquina donde había acabado su camiseta, la recogió y, antes de ponérsela, se detuvo—. Está rota. —Clavó los ojos en mí—. ¡La has roto!

Me la lanzó y, esa vez, me reí mucho.

—Me gustaría decir que lo siento, pero no es así.

—Eres… —Concluyó la frase con un suspiro frustrado, llevándose las manos al pelo, mientras yo seguía sonriendo.

—Coge una de las mías.

—¿Seguro?

—Me gusta verte con mi ropa puesta, jovencita. —Levanté una comisura de la boca—. Además, ¿no decías que era culpa mía que se hubiera roto?

Recordé cómo el tejido se había desgarrado entre mis manos mientras la atraía hacia mí y me hundía en ella.

—Sí —confirmó. Y me bastó ver su expresión para saber que no era el único que estaba recordando ese momento—. Exacto. —Fue al armario, sacó una camiseta negra y se la puso—. ¿Algún currículum interesante?

Bajé la mirada a las hojas que había impreso poco antes. Courtney me las había enviado por correo electrónico.

—Muchos lo son, sobre el papel. El problema es verlos en acción.

Tenía más de diez entrevistas esa misma mañana, y necesitaba encontrar a alguien mínimamente competente que pudiera empezar de inmediato a ayudarme en el restaurante. Pero a estas alturas ya

había visto a más de sesenta candidatos, y ninguno se había mostrado a la altura para ocupar el puesto de *sous chef.*

Dejé a un lado los currículums y me llevé dos dedos a los párpados. Sentí un nudo de hierro en la boca del estómago.

Había pasado otra semana, y el preaviso de Deelylah había terminado oficialmente. Esa noche tendría que ocuparme tanto de mi papel como del suyo, y ni siquiera Avery estaría allí para echarme un cable, ya que le había prometido la noche libre para ir al baile.

Era un puto desastre. Y el hecho de que fuera sábado, la noche más exigente de la semana…

—Alguien cualificado tiene que haber —dijo Avery, que se estaba haciendo un nudo en la camiseta a la altura de la cadera para que no le quedara demasiado larga.

—No entre los que he visto hasta ahora.

Se acercó a la cama y se inclinó sobre mí.

—Eres demasiado exigente, chef.

—Es mi cocina —repliqué—. Quiero lo mejor o nada.

Me dio un beso rápido, y ese único gesto bastó para aliviar lo que sentía.

—Yo entré en tu cocina —murmuró sobre mí—. ¿Eso significa que soy lo mejor?

—No. —Le agarré la parte posterior de los muslos—. Tú eres mucho más.

La hice caer sobre mí, y Avery rio mientras me rodeaba la cintura con las piernas y yo la sujetaba contra mi cuerpo.

—No, llego tarde —protestó, intentando apartarse, pero la retuve.

—No te veré en todo el día.

—No tendrías que haber cedido a las presiones de Mandy.

Apreté las manos en sus muslos.

—Todavía puedo ordenarte que te quedes.

—Puedes hacerlo. Pero entonces ella irrumpiría aquí y me arrastraría por el pelo.

Fingí pensarlo.

—Creo que soy capaz de defenderte.

—Solo porque no la conoces. —Posó los labios sobre los míos y me dio un beso rápido. Acto seguido, se apartó y volvió a ponerse en pie.

Liberé una exhalación pesada, me llevé una mano detrás de la cabeza y la observé mientras se atusaba el largo cabello castaño.

—¿Debería? —pregunté.

—¿El qué?

—Conocer mejor a tus amigos.

Avery dejó la toalla sobre el mueble y cogió el cepillo mientras me miraba con expresión incierta.

—Bueno…, si quieres.

—Quiero que vengas a vivir aquí. —Aquellas palabras me subieron de golpe por la garganta, como si ya no pudieran seguir atrapadas dentro de mí, y el cepillo de Avery cayó al suelo con un golpe seco.

—¿Qué…? ¿C-cómo…? —Le faltaba el aire—. ¿Qué has dicho?

—Me has oído, jovencita. —Me levanté y me acerqué a ella—. Duermes aquí todas las noches, y cada mañana te quejas porque llegas tarde y no encuentras la ropa. —Le rodeé la cintura con las manos—. Solo tendrías que traer tu armario aquí. Por lo demás, no sería muy distinto a como es ahora.

Avery estaba roja como un tomate.

—¿N-no crees que es… pronto?

Arqueé una ceja.

—¿Desde cuándo me importan ese tipo de cosas?

Ella siguió dudando, con mil pensamientos arremolinándose en el color caramelo de sus ojos. Pero sus labios… se estaban curvando en una sonrisa. Y me pregunté si era consciente de ello.

—No tienes que responder ahora. Piénsatelo. Termina la última semana de clase. Podemos volver a hablar de ello el sábado que viene. —Le di un beso en la mejilla—. Ahora llegas tarde, ¿no?

—Yo… ehm… sí. Sí. —Se espabiló y siguió peinándose mientras yo me apoyaba en la cómoda que había a su lado y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Alguna vez has vivido con una chica? —preguntó de repente.

Fruncí el ceño.

—No.

La misma sonrisa de antes apareció en sus labios. Solo que, esta vez, era más amplia.

—Vale.

—¿Tienes más preguntas?

Negó con la cabeza.

—Solo tenía curiosidad.

—Mmm… —Recorrí su rostro con la mirada—. Cuando quieras saber por qué no he vivido nunca con nadie, avísame. Te contaré que nunca me ha importado nadie antes de ti.

Avery se iluminó tanto que, por un instante, pareció hecha únicamente de luz. Y, joder…, la sentía en mí. Dentro de mí.

Luz.

—Vale —murmuró—. Te avisaré.

Seguí mirándola mientras terminaba de arreglarse.

—Mándame una foto cuando estés preparada para el baile. Quiero verte.

Puso los ojos en blanco.

—Tarde o temprano aprenderás a pedirme las cosas en lugar de ordenármelas.

Me acerqué de nuevo a ella.

—No, no lo creo.

Avery adoptó una expresión divertida.

—En cualquier caso, ¿de verdad piensas que es buena idea? Lo de mandarte la foto, digo. —Esbozó una sonrisita—. No quisiera distraerte. Y en la cocina no puede haber distracciones, ¿recuerdas?

—Sí. —Apoyé una mano en su cadera mientras, con la otra, le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero necesito saber con cuántos chicos tendré que pelearme a puñetazos cuando vaya a buscarte.

Inspiró bruscamente.

—¿De verdad vendrás?

—Te prometí que lo haría. Y que bailaríamos en el aparcamiento.

—Lo sé, pero pensaba que… con el restaurante…

Me incliné hacia ella.

—Tú tienes prioridad sobre el restaurante.

En cuanto pronuncié esas palabras, me di cuenta de que eran verdad. Y no creía que alguna vez pudieran serlo. Pero Avery… Ella lo había trastocado todo. Incluso aquello.

Me rodeó el cuello con los brazos y se mordió el labio inferior. Pero la sonrisa que se dibujaba en su boca era imposible de ocultar.

—Pareces feliz.

—Lo soy, chef. —Se puso de puntillas—. ¿Y tú lo eres?

Le acaricié una mejilla.

—Bésame.

Sin dudarlo, Avery posó los labios sobre los míos, y su sabor me llenó, desatando en mí sensaciones que solo ella era capaz de hacerme sentir. Y a las que ya no podía renunciar.

—Sí, jovencita. Lo soy.



Mostré los dos platos al chico que tenía delante. Unas gotas de sudor le cubrían las sienes, y la forma en que seguía tocándose el pelo húmedo me revolvía el estómago.

—Una es una reducción de oporto, la otra es una reducción de vinagre balsámico —dije—. ¿Cuál es la de oporto?

Fijó la vista en las dos salsas.

—Quiero decir, chef, son prácticamente idénticas.

Me obligué a mantener la calma. Si hubiera dependido de mí, lo habría echado a los dos minutos de entrevista, pero era el último candidato del día y Courtney había insistido en que al menos le diera una oportunidad.

—No te he preguntado eso.

Se tocó el pelo otra vez.

—¿Puedo probarlas?

Detrás de él, Courtney negó con la cabeza y se llevó una mano a la frente.

—No. —Mi voz sonó casi como un gruñido.

—Quiero decir, chef, así es difícil…

—Entonces, si al pase llega un plato con una reducción, tú no serías capaz de determinar si es la correcta. —No era una pregunta.

—Quiero decir…

—Un consejo —lo interrumpí con brusquedad—. Deja de querer decir las cosas y dilas.

Se estremeció.

—De acuerdo. Pues… —Volvió a mirar las salsas—. Diría que esta. —Señaló el plato con la reducción de vinagre balsámico.

—¿Esta qué?

—Esta es la reducción de oporto.

Apreté con más fuerza los dedos alrededor de la cerámica.

—Eso es todo. Puedes irte.

—Te diremos algo —añadió Courtney con una sonrisa, y yo le lancé una mirada de granito. Pero él no se dio cuenta.

—Ah, vale. Chachi. —Se pasó la mano por el rostro sudado por enésima vez, para luego tendérmela—. Gracias por la oportunidad.

Me quedé mirando su palma húmeda sin acercarme ni un milímetro.

«Y una mierda».

Dos segundos después, el chico bajó el brazo, se aclaró la garganta y se dirigió a la salida de la cocina.

Dejé caer los platos sobre la encimera y me contuve hasta que oí la puerta cerrarse a sus espaldas.

—¿Dónde coño has encontrado a ese tío? —Era el único del que no había visto el currículum. Aunque tampoco es que los que yo había seleccionado me hubiesen dado mejor impresión.

—Tenía unas recomendaciones excelentes —se justificó Courtney.

—¿Qué idiota daría una recomendación positiva a un tipo como ese? —Me encaminé hacia el pasillo, y ella me siguió hasta mi despacho.

—Vale, él no es idóneo, estoy de acuerdo, pero necesitamos a alguien para esta noche —repitió por enésima vez—. Necesitas un *sous chef.*

—Has estado presente en todas las entrevistas, Courtney. ¿De verdad quieres decirme que ha habido al menos un candidato que consideres a la altura?

Me había preguntado cómo era posible que nadie con experiencia de verdad se hubiera presentado. Luego encontré la respuesta.

La crítica de la señora D'Arnaud.

Nadie con aspiraciones reales habría elegido trabajar en un restaurante al que habían definido como la «mera copia barata» de otra cocina. Y no sabía qué me cabreaba más. Que eso bastara para que el Ambroisie se volviera intocable… o que yo, en su lugar, hubiera hecho exactamente lo mismo.

—Bueno… —Courtney se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio—. No —admitió.

—Ya. —Mi voz era gélida—. No.

Se llevó las manos a las sienes y empezó a masajeárselas.

—Mueve a alguien de la brigada, entonces. Mathis, Ruben… Te llevas bien con ellos y conocen el trabajo.

—Si muevo a Mathis, no tenemos a nadie que se ocupe de la carne. Si muevo a Ruben, no tenemos a nadie que se encargue de los aperitivos. Además, ninguno de los dos ha estado nunca en el pase, no saben cómo funciona ese trabajo. Y, dado que acabamos de introducir el nuevo menú, ya están bajo bastante presión sin que les cambie las tareas.

Courtney alzó los ojos hacia mí.

—Entonces… ¿qué? ¿Crees que podrás estar todas las noches a partir de ahora sin un *sous chef?*

Me apoyé en el escritorio.

—No. Solo tengo que encontrar una solución.

—En dos semanas no lo has conseguido.

—Lo conseguiré.

Courtney suspiró y cerró los ojos un instante.

—Está bien —dijo al final—. Seguiremos buscando. Pero por hoy… pídele a Avery que venga. No puedes arreglártelas solo en cocina, un sábado no.

Me crucé de brazos y le respondí:

—Tiene la noche libre.

—Pero si se lo pidieras, ¿no vendría de todos modos? —me desafió.

Por supuesto que lo haría. Y precisamente por eso no le había recordado que Deelylah no estaría. Habría insistido en venir. O peor aún, se habría presentado sin más. Y no era justo.

Se merecía ir al baile. Se merecía felicidad y despreocupación, no unas presiones y responsabilidades que no le correspondía sobrellevar.

—Creía que lo vuestro iba en serio —insistió Courtney—. Y creía que a ella le importaba el restaurante. ¿No es por eso por lo que la has formado todo este tiempo?

Apreté los dientes.

—He dicho…

Antes de que pudiera terminar, oí unos ruidos en el pasillo. La brigada y el resto del personal estaban llegando.

Me aparté del escritorio.

—Tú encárgate de los clientes y de la sala. Déjame a mí la cocina.

Sin darle ocasión de replicar de nuevo, salí y me dirigí al pase, donde vi a los primeros *chefs de partie* preparar sus puestos.

Sabía por qué Courtney estaba nerviosa. Habíamos recibido más visitas de los inspectores de la Guía Michelin, y eso significaba que todavía estaban evaluando el restaurante. Si había un solo plato que no estuviera a la altura de los anteriores, lo perderíamos todo.

Pero no pensaba permitirlo.

En silencio, observé a mis cocineros. El equipo excelente que había escogido con una meticulosidad obsesiva.

Confiaba en ellos. Y eso bastaba.

Tenía que bastar.

Cuantas más horas pasaban, sin embargo, más crepitaba el aire, como si hubiera una tormenta a lo lejos esperando para estallar.

Y en ese momento no tenía ni idea de lo destructiva que sería.

Faltaban pocos minutos para la apertura cuando Courtney se acercó al pase.

—¿Rayden?

—¿Sí? —pregunté sin mirarla, demasiado ocupado colocando los recipientes de especias y condimentos.

—Alguien quiere hablar contigo por teléfono.

Ante eso, le presté atención.

—He pasado la llamada a tu despacho —me informó.

Con el ceño fruncido, rodeé la encimera y crucé el pasillo. No tenía la más mínima idea de quién podría ser. Nadie me llamaba nunca al restaurante.

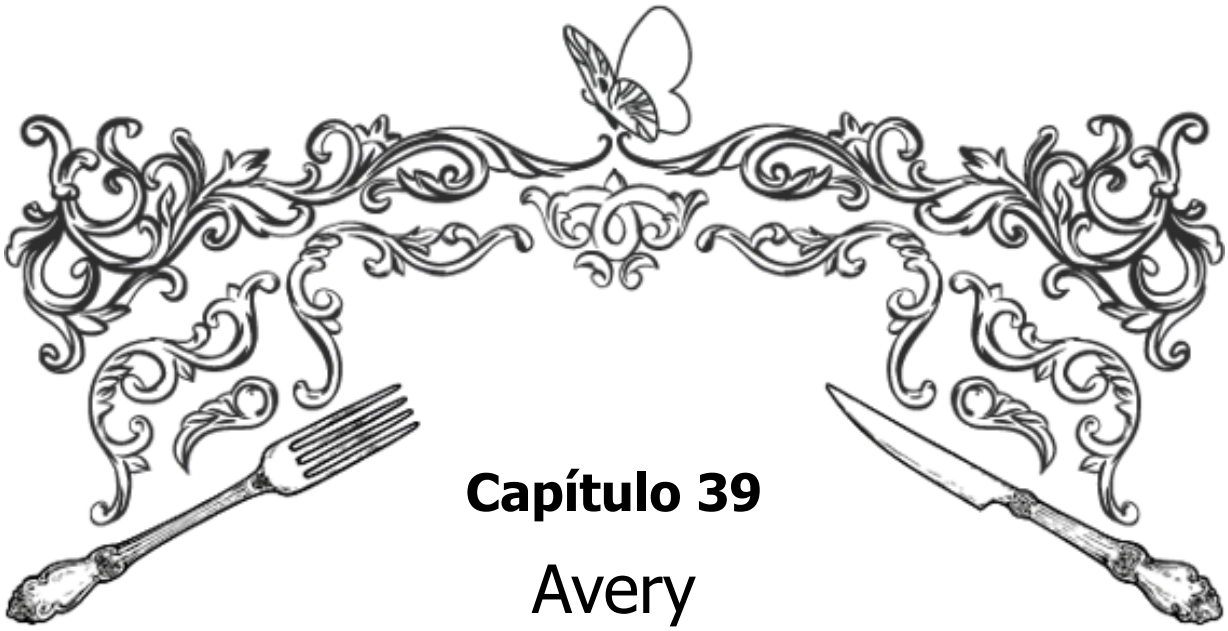
Una extraña sensación me oprimió el estómago, pero la ignoré mientras llegaba al escritorio y descolgaba el auricular.

—Rayden Wade.

Y ahí estaba.

El primer relámpago. El trueno.

La tormenta.



Capítulo 39

Avery

—Todavía no me lo creo —murmuró Mandy mientras enrollaba un mechón en la plancha.

—Pues ya somos dos. —Sentada en una silla en su habitación, acerqué las rodillas al pecho y las rodeé con los brazos.

—No, en serio, no me lo creo —repitió—. No sé si es algo extremadamente romántico o… una locura.

Exhalé hondo.

—¿Ambas cosas?

—¿Qué crees que le responderás?

Duda e indecisión revolotearon en mi pecho, pero mis labios se curvaron.

Seguía haciéndolo, seguía sonriendo. Cada vez que pensaba en lo que me había propuesto Rayden, cada vez que sus palabras resonaban en mi mente.

«Quiero que vengas a vivir aquí».

Las mariposas de mi estómago revolotearon otra vez, igual que habían hecho en el apartamento de Rayden, pero me obligué a pensar de forma racional.

—No lo sé. Quiero decir, es pronto. Y yo soy… ¿pequeña? —Me salió más como una pregunta que como una afirmación—. Y luego,

cuando mi padre despierte… —Suspiré—. No podría dejarlo solo.

Mandy dejó caer el bucle caliente sobre mi hombro y cogió otro mechón.

—Podríais ir más despacio. Puedes llevarte algo de ropa a su apartamento, así no tienes que estar robándole siempre la suya, y quedarte solo el fin de semana. Paso a paso.

«Paso a paso».

Sí, tenía sentido. Era lógico. Solo que… no era lo que quería.

No quería a Rayden solo el fin de semana. Lo quería cada día.

Cerré los ojos un instante. Puede que fuera una locura. Y, sin embargo, era una locura que parecía extremadamente correcta.

—De todas formas, no sé por qué te complicas tanto —prosiguió Mandy, y yo fruncí el ceño—. Cuando tu padre despierte y se entere de lo de Rayden, te encerrará en tu cuarto para el resto de tus días.

Estallé en carcajadas.

—Eso no lo haría nunca.

—No sé yo… Depende de si recuerda lo que dije de él en el hospital.

Me habría gustado fulminarla con la mirada, pero no podía moverme.

—Será mejor que empieces a rezar para que no…

Alguien llamó a la puerta y me interrumpió. Al cabo de un segundo, la madre de Mandy se asomó al dormitorio.

—Chicas, tenéis visita.

—¿Quién…? —Mi mejor amiga no pudo terminar la frase porque, en ese momento, su madre se hizo a un lado y dejó entrar a Trent y Wes—. ¿Y vosotros qué demonios hacéis aquí? —chilló.

Su novio contuvo una carcajada.

—Tranquila, nena. —Fue a sentarse en la cama—. He preguntado a tus padres si ya estabais vestidas. Pero no lo estáis, así que no estamos rompiendo ninguna regla, ¿verdad?

—Sí, pero… —El tono de Mandy cambió de golpe—. No… Vosotros… T-tú…

Con cuidado para no quemarme con la plancha ardiendo, me giré hacia ella. Tenía los ojos clavados en Trent y parecía sin aliento. Porque nosotras aún no estábamos vestidas. Pero ellos sí.

Trent llevaba una camisa gris que realzaba sus hombros anchos, combinada con unos elegantes pantalones negros y un chaleco a juego que se había dejado abierto. Wes, en cambio, había optado por un traje azul oscuro que lo hacía parecer todavía más rubio y destacaba su complexión musculosa.

Los dos estaban extremadamente elegantes. Y los dos te dejaban sin aliento.

—Lo que Dy intenta decir —me entrometí— es que no estamos acostumbradas a veros con otra cosa que no sean unos vaqueros o una equipación de fútbol manchada de tierra.

Trent esbozó una sonrisilla y dedicó una mirada maliciosa a su chica.

—¿Qué opinas, nena?

Mandy tragó saliva.

—Ni Ry ni Wes quieren saber lo que estoy pensando ahora mismo.

—No, no queremos —repuso Wes, divertido.

—Ni siquiera un poquito —añadí yo, y Trent resopló.

—¿Por qué no vais a dar una vuelta, entonces?

Mandy pareció tentada por la idea, así que chasqueé los dedos delante de ella para reclamar su atención.

—Eh, concéntrate. Fuiste tú quien insistió para que viniera al baile. No puedo presentarme allí a medio peinar por tu culpa.

Ella reaccionó.

—No, claro, tienes razón, lo siento. —Se aclaró la garganta y tomó otro mechón que enrolló en la plancha.

—Aguafiestas —susurró Trent, y yo le lancé un beso en respuesta.

Wes se apoyó en la cómoda y hundió las manos en los bolsillos.

—¿Os lo habéis pasado bien hoy?

Había sido un día estupendo. Habíamos hablado, reído, cantado a pleno pulmón, bailado sin ningún tipo de coordinación… Y había

echado de menos hacer todo eso.

—No tanto como nos divertiremos esta noche —respondió Mandy.

—Joder, puedes apostar lo que quieras —exclamó Trent, aplaudiendo con las manos.

—Admítelo, estás deseando que te coronen rey —me burlé.

—Sí, pero olvídate de bailar con la reina —siseó Mandy en voz baja.

Trent se llevó una mano al corazón.

—Tú eres mi única reina, nena.

Wes fingió una arcada, y su expresión me hizo reír.

Cuando lo notó, me miró de una forma extraña. Casi con alivio. Y yo no pude evitar dedicarle una sonrisa, que lo relajó todavía más.

Entre nosotros, las cosas todavía no habían vuelto por completo a la normalidad, pero ya no estaba enfadada con él. Era demasiado feliz como para poder estar enfadada con alguien.

—Lameculos —bromeó Mandy, que dejó el último bucle sobre mi hombro antes de empezar a recogerlos y sujetarlos en la nuca con unas horquillas doradas.

—Honesto —replicó Trent. E, incluso sin verla, sabía que Mandy se había sonrojado.

—¿Cuánto os falta? —preguntó Wes.

—Poco —respondió ella.

Ya estábamos maquilladas, y primero habíamos alisado el pelo de Mandy, porque sus rizos habían requerido casi una hora de trabajo. Ahora ya solo nos faltaba vestirnos.

—Bien, porque tenemos que estar en el instituto dentro de cuarenta minutos.

Las dos nos giramos de golpe hacia él.

—¿Por qué tan pronto?

Wes se encogió de hombros.

—El entrenador quiere hacernos unas fotos en el campo vestidos así. Para el anuario, creo.

—Bueno, nos lo podríais haber dicho antes —se quejó Mandy, y siguió trabajando en mi pelo.

—A nosotros nos lo han dicho hace solo media hora —se defendieron los chicos.

—Vale, vale… De todas formas, ya casi estamos listas.

—Genial —respondió Trent.

Al cabo de un par de segundos, me acomodó los rizos y pasó algunos mechones a la parte de delante.

—Vale, ya está.

—¿Puedo verme ahora? —le pedí. En cuanto había empezado a maquillarme, me había prohibido acercarme al espejo.

—No. Tienes que ver el efecto al completo. —Se volvió hacia los chicos—. Bajad al piso de abajo, enseguida terminamos.

—A sus órdenes, nena. —Trent se levantó y le dio un beso en la mejilla. Luego, él y Wes salieron de la habitación, y Mandy fue al armario y sacó nuestros vestidos.

Cinco minutos después, estaba delante del espejo. Y me costaba respirar.

—Ry… Estás preciosa.

Con las manos temblorosas, acerqué los dedos a la amplia falda negra. Luego, lentamente, los subí hasta la cintura, donde la tela se ceñía y el encaje dorado decoraba el escote en forma de corazón.

Nunca había llevado algo tan bonito, y me sentía exactamente como me había definido Mandy.

«Preciosa».

—Grac… —Me interrumpí en cuanto la vi en el reflejo. Y me giré hacia ella enseguida—. Oh, Dios mío… Tú también, Dy. Estás… —Negué con la cabeza, incapaz de terminar la frase.

Sonriendo, acarició el encaje rosa que la envolvía.

—Me siento como una princesa.

—Lo pareces.

—Lo parecemos las dos. —Dio un paso hacia mí, me cogió una mano y la apretó—. Gracias por haber cambiado de idea.

Le devolví el gesto.

—Gracias por no haberte rendido hasta que lo hice.

—Me lo enseñaste tú. —Se le humedecieron los ojos—. A no rendirme.

Las mismas lágrimas que humedecían sus pestañas empezaron a mojar también las mías.

—Dy…

—No —me interrumpió—. No, ni hablar. —Alzó la vista hacia arriba y empezó a abanicarse la cara—. He puesto demasiado empeño en nuestro maquillaje, no podemos estropearlo así.

Reí mientras me secaba con suavidad la comisura de los ojos.

Cuando ambas nos recompusimos, me dedicó una expresión dulce.

—¿Lista para bailar, divertirte y volver a tener dieciocho años?

Cogí la mochila en la que había guardado mi ropa.

—Lista.

Mandy fue la primera en bajar las escaleras.

Incluso detrás de ella, veía el vestíbulo de la casa. Y a las cuatro personas que nos esperaban allí.

Su madre se llevó las manos a la boca, su padre se apretó el pecho con una mano, Wes abrió los ojos de par en par… y Trent, en cambio, se quedó de piedra.

—Dios mío —murmuró el señor Moore.

—Estáis… —empezó Wes—. Estáis…

—Oh, mis niñas… —lo interrumpió la señora Moore con voz temblorosa—. Estáis maravillosas.

Trent no pronunció palabra. No hacía falta. Su expresión lo decía todo.

No solo estaba enamorado de Mandy; la veneraba. Y, en ese momento, parecía dispuesto a arrojarse a sus pies.

Me habría gustado coger el teléfono y grabar un vídeo para enseñárselo a Mandy cada vez que temiera no ser lo bastante para él. Porque aquello era la prueba de que no solo lo era…, sino que, para Trent, era infinitamente mucho más. Y deseé que tarde o temprano ella lo entendiera.

—Fotos —anunció la señora Moore, que cogió la cámara—. Tenemos que hacer fotos.

Bajé el último escalón, y Wes me tendió el brazo para ayudarme a caminar con los tacones.

—Gracias —le sonreí.

—Puedes compensármelo quedándote a mi lado cuando Mandy le salte a la yugular a Kelly. Necesito comentar la escena con alguien.

Una vez más, me eché a reír. Porque aquella noche era extremadamente fácil hacerlo. Y porque, quizá, en el fondo, me equivocaba. Tal vez las cosas entre Wes y yo sí habían vuelto a ser como antes. Y solo entonces me di cuenta de cuánto lo había echado de menos.

—Lo estoy deseando.

Los padres de Mandy nos hicieron decenas y decenas de fotos, pidiéndonos que cambiáramos de pose e indicándonos cómo colocarnos. Al final, mientras la señora Moore lloraba, nos dirigimos hacia la salida.

—No lleguéis tarde —nos advirtió el señor Moore. Y, tras las palabras tranquilizadoras de Trent, suspiró y acarició a su hija—. Estás guapísima.

Mandy lo abrazó.

—Gracias, papá.

Más lágrimas amenazaron con aparecer en mis ojos…

Y me concedí un segundo.

Un solo segundo para imaginarme a mí y a mi padre en su lugar.

Él abrazándome, yo escondiendo la cara en su pecho. Él susurrándome que en ese momento no parecía un trasto, yo dándole una palmada en el brazo. Él riéndose. Yo riéndome con él…

Antes de que el dolor me rompiera, lo reprimí y seguí a mis amigos por el sendero que llevaba a la camioneta de Trent, aferrándome al presente.

Había prometido que intentaría ir al instituto con ellos. Pero cuanto más se reducía la distancia, más gotas heladas me corrían por la espalda y me calaban hasta los huesos.

Nerviosismo.

Ansiedad.

Miedo…

«Pánico».

Las piernas me empezaron a temblar, los pulmones se me contrajeron.

«No…».

Los observé mientras se subían al coche y dejaban una puerta abierta para mí.

«Vamos…, puedes hacerlo».

«Sube».

Puedes hacerlo.

Pero el hielo dentro de mí no hacía más que crecer.

Ya no respiraba.

Ya no veía.

El corazón me latía tan fuerte que parecía a punto de desgarrarme el pecho, y las bocanadas entrecortadas que me arañaban la garganta me estaban sofocando.

«No, por favor, no».

«Puedes hacerlo».

«Puedes hacerlo, puedes hacerlo, puedes hacerlo».

Alcé un brazo para acercar la mano a la puerta.

Y sucedió en cuanto mis dedos la rozaron.

El pánico que había en mí estalló y los recuerdos que siempre trataba de mantener a raya derrumbaron mis barreras, dejándome a la deriva en mitad de un temporal.

Vi un haz de luz cegador.

«No, no, no».

Los cristales rotos que volaban dentro del coche.

«Por favor…».

Vi la sangre. Mucha, demasiada sangre.

«No respiro».

Vi mis propias lágrimas teñirse de rojo.

«Basta. Por favor, ¡basta, basta, basta!».

Y vi a mi padre. Sus heridas, su dolor…

Y sus ojos cerrándose.

«¡No!».

Di un respingo hacia atrás.

Negaba con la cabeza, jadeaba, temblaba.

—¡Ry! —Mandy salió disparada del coche y corrió hacia mí.

—Yo… —Seguí sacudiendo la cabeza—. Y-yo…

—Eh. —Me sujetó la cara entre las manos—. Mírame, Avery. Todo va bien. —Me atrajo en un abrazo, y hundí el rostro en su hombro—. Todo va bien.

—No puedo, Dy —susurré apenas sin voz—. No… no puedo…

Creía que esta vez sí lo conseguiría. Que sería capaz de superar aquel miedo. Pero no sabía cómo hacerlo.

—No importa. No hay problema. —Me pasó la palma por la espalda—. Solo piensa en respirar, ¿vale?

Aferrándome a ella con los brazos, inspiré hondo y esperé que el aire me ayudara a disolver aquellas imágenes como el viento despeja el humo.

—Así —continuó Mandy—. Respira…

Más brazos me envolvieron y, de pronto, me encontré rodeada por mis tres mejores amigos. No solo intentaban mantener unidos los pedazos en los que estaba rota, sino que me hacían de escudo. Me estaban protegiendo de mi propio pasado. Y aquello… aquello me salvó.

El aire al fin llenó por completo mis pulmones, y el calor que estalló dentro de mí barrió cualquier rastro del hielo que me había invadido.

Pasaron unos segundos eternos antes de que me recuperara por completo, o quizá unos minutos interminables. Pero ellos no aflojaron la intensidad del abrazo ni un instante. Y yo, en aquel abrazo, volví a ser yo misma.

—Lo s… —intenté decir, apartándome un poco—. Lo siento, yo no…

—Ni se te ocurra terminar esa frase —me interrumpió Trent. La preocupación en sus ojos reflejaba la de Mandy y Wes.

—No tienes nada de lo que disculparte, Ry —convino este último, y yo tragué saliva y me humedecí los labios.

—Pensaba que esta vez sí lo conseguiría —murmuré, y me alegré al comprobar que mi voz volvía a sonar normal.

—Lo lograrás —me tranquilizó Mandy—. Y no pasa nada si no es hoy.

Asentí y esbocé una sonrisa.

Cuando ella se dio cuenta de que era una sonrisa sincera, relajó los hombros.

—¿Mejor?

—Sí, mejor.

—¿Lo bastante como para caminar? —preguntó Trent.

Lo miré, confusa, y él se encogió de hombros.

—Dejamos el coche aquí y vamos andando. Son solo…

—Más de treinta minutos —concluí yo—. Olvidaos de venir conmigo a pie.

—No puedes… —empezó Wes, pero lo interrumpí.

—El entrenador os está esperando para las fotos —les recordé. Mi tono volvía a ser firme, mi postura rígida—. Y además de llegar tarde, correríais el riesgo de que se os estropeara la ropa.

—Al diablo con el entrenador —replicó Trent, encogiéndose de hombros—. Y Mandy quería arrancarme la ropa de todos modos, así que…

—Ni lo sueñes —respondí—. El *quarterback* no puede faltar en las fotos. Y la última vez que llegasteis tarde a un entrenamiento, el entrenador os hizo dar quince vueltas al campo. ¡Quince!

—Bueno… No nos pondría ese castigo la noche del baile —replicó Trent. Pero percibí un atisbo de duda en sus ojos.

—No te dejamos —insistió Mandy.

—Estoy bien, ¿vale? Miradme. —Abrí los brazos—. Acercarme al coche ha sido… demasiado. Pero ahora estoy bien. Y puedo ir por mi cue…

—Y una mierda —me interrumpió Wes—. Vamos contigo.

—Escuchad, no… —Tragué saliva. Y dije lo único que sabía que los convencería—. Necesito estar sola.

Sus expresiones cambiaron de inmediato, y la culpa me atizó. Pero ya habían hecho mucho por mí… No quería arruinarles la noche.

Se merecían llegar puntuales, con la ropa impecable y el pelo perfecto. Y yo no podía darles nada de eso.

—Ry…

Apreté los dedos de Mandy.

—Estaré bien. Solo necesito caminar un poco. Calmarme.

En su mirada vi que quería insistir, pero me conocía lo bastante como para saber que no cedería.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Estoy segura.

Ellos, sin embargo, no se movieron. Se quedaron inmóviles, observándome, estudiándome, intentando averiguar qué hacer…

—No tenemos ninguna posibilidad de convencerte, ¿verdad? —preguntó Trent, derrotado, y yo negué con la cabeza.

—Os adoro. Decidme que lo sabéis —murmuré—. Pero no tenéis que preocuparos. Son solo unos pocos kilómetros, y caminar me ayuda mucho.

Mandy seguía dudando.

—Que sepas que esto no me gusta.

Curvé los labios.

—Tomo nota.

Nos quedamos allí unos segundos más, hasta que Trent se pasó dos dedos por los ojos y suspiró.

—Si necesitas algo, llámanos. Inmediatamente.

—Exacto —añadió Mandy—. Si te cansas, si hace demasiado viento y se te estropea el pelo, si algún idiota en la calle te pita porque estás como un tren… Tú nos llamas y nosotros venimos.

—A la mierda el baile —dijo Wes.

—A la mierda el baile —repitieron al unísono Mandy y Trent.

—Tú eres más importante, Ry.

—Más que todo —añadió Mandy—. Eres más importante que todo.

Estuve a punto de echarme a llorar. Y recé con cada parte de mi ser para que entendieran que, si los estaba alejando de mí, era porque yo pensaba lo mismo de ellos.

Eran más importantes que todo.

—Gracias, chicos.

—Te escribo durante el camino para saber cómo estás —dijo Mandy—. Y te espero en las gradas.

Asentí.

—No tardaré.

Me abrazó una última vez.

—Hasta dentro de nada.

Todavía quieta en el camino de entrada, los vi subirse al coche y girar hacia la calle principal. Después, respiré hondo, saqué las Converse de la mochila y me las calcé en lugar de los tacones, antes de recogerme la falda en una mano y empezar a caminar.

Estaba muy emocionada ante la idea de encontrarme con ellos en el instituto. De llegar al baile cuanto antes y pasar toda la noche juntos.

En aquel momento, no sabía que jamás tendría la ocasión de hacerlo.



El sol ya se había puesto cuando me detuve en una esquina para cruzar la calle, y fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba muy lejos del Ambroisie.

Me colgué la mochila por delante, busqué el teléfono y lo encendí. Un instante después, en la pantalla apareció un mensaje que Rayden me había mandado unas horas antes.

Chef: No te olvides de la foto.

«Mierda».

Me había olvidado por completo.

Miré qué hora era. Debían de estar ya casi al final del primer turno, y sabía que Rayden siempre se tomaba un breve descanso mientras los nuevos clientes se acomodaban en sus mesas. Quizá, si aceleraba el paso…

Una sonrisa me tensó los labios antes incluso de poder terminar aquel pensamiento y, tras guardar el teléfono, eché a andar otra vez. Pero no me dirigí al instituto. Fui al restaurante.

El vestuario del personal estaba vacío cuando entré, y a lo lejos oí las voces de los clientes cenando.

De puntillas, llegué hasta la puerta y crucé el pasillo, con la esperanza de que Rayden apreciara mi sorpresa.

Me quedaría solo un minuto, lo justo para enseñarle el vestido… y ver la expresión de su rostro.

Me pregunté si sería como la que había tenido Trent. Y si mis rodillas empezarían a temblar como cada vez que intentaba imaginar su mirada sobre mí.

Con las mariposas revoloteando en el estómago, me detuve en el pase. Y mis pensamientos, mi agitación, mis escalofríos… Todo se congeló.

«¿Qué…?».

Miré a mi alrededor. Una y otra vez. Y dejé de respirar.

La cocina estaba sumida en el caos.

—¡Avery! —Al otro lado del pase, Courtney me vio.

¿Desde cuándo estaba allí y no en la sala?

Un nerviosismo punzante me arañó las paredes del estómago.

—Courtney, ¿qué…?

—Dime que sabes dónde está. —Salió corriendo de la cocina, sudada y tan nerviosa que parecía que la piel le vibraba por el estrés.

—¿Quién? —pregunté confundida.

—Rayden.

El poco aire que me estaba esforzando por respirar desapareció de mis pulmones.

—Dime que sabes dónde está y que está llegando. Dime que todavía podemos salvar esta noche.

La garganta se me cerró por completo.

«¿Rayden?».

Volví a mirar hacia dentro. Y al caos que arrasaba cada centímetro de la cocina.

—N-no… no lo entiendo —murmuré—. ¿No está aquí?

—Dios… —Courtney se llevó las manos a la cara—. No, no está aquí. Y no sé dónde está. —Volvió a mirarme—. Ha desaparecido antes de que empezara el turno y no responde al teléfono. No sé qué…

No esperé a que terminara.

Con gestos impacientes, saqué el teléfono y llamé a Rayden.

Ni siquiera daba tono. Saltó directamente el contestador.

Lo había apagado.

Rayden había apagado el teléfono.

¿Por qué? ¿Qué…?

—No tenemos al chef, no tenemos a la *sous chef,* y allí…

—¿Tampoco está Deelylah? —la interrumpí.

Courtney negó con la cabeza.

—Ayer fue su último día. He intentado pedirle que viniera igualmente, pero ya ha empezado en otro restaurante. —Parecía a punto de sufrir una crisis de ansiedad. Mucho más fuerte que la que yo misma había tenido frente a la casa de Mandy—. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, Avery —admitió—. La brigada intenta hacerlo lo mejor posible, pero en el primer turno han devuelto tres platos y…

—¿Tres platos? —repetí. No había visto que eso ocurriera jamás. Ni una sola vez.

—Es un desastre, lo sé. —Se llevó una mano a la frente—. Ahora está empezando el segundo turno, y Rochel ha dicho que en una

mesa se han sentado unos hombres que no dejan de mirar alrededor y de apuntar cosas en sus cuadernos. Podrían ser…

—Los inspectores. —La sangre de mi cuerpo se volvió hielo.

—No tenemos ninguna posibilidad de lograrlo. No con la cocina en este estado.

Me habría gustado tranquilizarla, decirle que no era cierto…

Pero lo era.

«Tres platos». Habían devuelto tres platos. ¿Cómo demonios era posible? ¿Qué ocurría?

—Sé que es tu noche libre —prosiguió Courtney, y pareció darse cuenta de mi vestido justo en ese momento—. Oh. Y… por lo visto, tenías algo importante que hacer. —Negó con la cabeza y volvió a mirarme a los ojos—. Pero te necesitamos, Avery. Llevas meses trabajando con Rayden. Te ha enseñado a hacer su trabajo y conoces sus platos, sobre todo los nuevos, quizá mejor que nadie… Te necesitamos en la cocina.

Tardé unos instantes en comprender lo que me estaba pidiendo. Y abrí los ojos de par en par.

—¿Quieres que sustituya a Rayden?

Alzó los brazos.

—¿Conoces a alguien más capaz de hacerlo?

—Nadie podría hacerlo.

Mi corazón ya no era capaz de latir.

Estaban pasando demasiadas cosas, y yo no… no…

¿Por qué Rayden no estaba allí?

¿Estaba bien?

Tenía que estar bien. Pero dejar la cocina, marcharse del restaurante…

Dios, el restaurante. Los inspectores. La Guía Michelin…

Volví a llamarlo.

Pero, de nuevo, saltó el contestador.

La preocupación que sentía se volvió tan intensa que me sofocaba.

—Tengo que encontrarlo —susurré, más para mí misma que para Courtney—. Tengo que…

—Tienes que ir a la cocina —repitió ella—. Quieres ayudarlo, ¿verdad? Así es como puedes hacerlo. Solo así.

Intenté tomar aire.

—Pero yo no…

—Escúchame. Nunca entendí por qué Rayden te contrató aquel día, cuando entraste aquí por primera vez. Decía que veía en ti más pasión que en nadie que hubiera conocido jamás, pero no entendía cómo podía ser suficiente. —Courtney se acercó más a mí—. Luego te vi en la cocina. Te vi con él. Y empecé a entenderlo.

Tragué saliva con dificultad. Estaba bastante segura de que me decía esas cosas solo para convencerme de que me quedara, pero…

—Él confía en ti. ¿Tienes una ligera idea de a cuántos posibles *sous chefs* hemos visto últimamente? Y Rayden no ha dejado que ninguno, ninguno, entre en la cocina. Pero a ti te lo permitió, Avery. Te quiso a ti. Desde el principio.

Los dedos empezaron a temblarme.

—Demuestra que no se equivocaba. Demuéstramelo a mí, a él, a…

—¿Courtney? —Rochel corrió hacia nosotras, y la jefa de sala pareció a punto de echarla… hasta que vio lo pálida que estaba. Y su agitación extrema.

—¿Qué pasa?

—No… —La voz de Rochel temblaba—. S-sé que…

—Rochel.

—La señora D'Arnaud —dijo de golpe—. Clarice D'Arnaud… acaba de sentarse a una mesa.

El aire se cristalizó.

—¿E-estás de broma?

La jefa de los camareros negó con la cabeza.

—Ha reservado con otro nombre, no… no…

Courtney se llevó las manos a la cabeza. Y, tras un instante, hizo algo que me pilló totalmente por sorpresa.

Empezó a reírse.

A reírse.

Parecía fuera de sí.

—Excelente. ¡Excelente! En la cocina faltan dos miembros de la brigada, no hay nadie que la dirija, Rayden ha desaparecido, en la sala están los inspectores de la Guía Michelin, y la crítica que no espera otra cosa que destrozar este sitio y conseguir que cerremos para siempre ha elegido precisamente hoy para aceptar nuestra invitación. Bien. Perfecto. ¡Maravilloso!

La cabeza me daba vueltas.

No era posible que todo aquello estuviera pasando de verdad. No era posible que el universo se estuviera resquebrajando en ese instante.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rochel—. Quiero decir, si… si se cometen más errores, si la señora D'Arnaud también devuelve un plato…

Me aferré a la falda con los dedos.

Dios mío…

¿Devolver un plato? ¿La señora D'Arnaud? El Ambroisie cerraría a la mañana siguiente.

No, no, no…

Necesitábamos una reseña positiva suya. Rayden la necesitaba. Llevaba meses luchando solo por la oportunidad de conseguirla, y ahora…

De la cocina llegó un ruido de cristales rotos.

Courtney se estremeció, Rochel dio un respingo.

Y yo apreté el puño.

—De acuerdo —me oí decir, sin tener la menor idea de lo que estaba haciendo.

Las dos se giraron hacia mí. Y asentí a Courtney.

—Me quedo. Puedo intentar…

—Avery… —La jefa de sala me echó los brazos al cuello—. Gracias. ¡Gracias!

—No me des las gracias. —Me separé un poco de ella—. No sé si soy capaz.

Ella me sonrió.

—Ya te lo he dicho. Rayden lo cree. Y eso es todo lo que me importa.

La presión de aquellas palabras se estrelló sobre mis hombros con tanta fuerza que sentí mis huesos resquebrajarse, pero hice todo lo posible por mantener la cabeza erguida.

«Tú eres capaz de todo, jovencita».

Necesitaba creerlo. Y necesitaba que fuera cierto. Al menos esa noche.

Porque tal vez no había conseguido superar mi miedo a los coches…, pero sí podía hacer aquello.

La cocina no me asustaba. La cocina era mi mundo. Y Rayden me había enseñado a vivir en él.

«Creo en ti».

Inspiré hondo.

«Creo en ti».

Algunas camareras se acercaron al pase y entregaron las primeras comandas. Ellas también parecían nerviosas, pero tenían que controlarse.

En la cocina solo había lugar para el orden.

Así debía ser.

Dejé la mochila en el suelo, me agaché y abrí la cremallera para sacar todo lo que contenía. Pero cuanto más buscaba, más me daba cuenta de que allí no estaba lo único que necesitaba: los vaqueros.

—No… Por favor, no, no, no… ¡Maldición!

—¿Todo bien? —preguntó Courtney, y cerré los ojos un instante.

Nada en aquella situación iba bien. Pero tenía que haber una solución. Una solución cualquiera.

Me incorporé.

—De acuerdo. Necesito una chaqueta, un delantal, una bandana… y, Rochel, tu pinza.

La chica frunció el ceño.

—¿Cómo?

Alargué una mano.

—La pinza con la que te has recogido el moño. La necesito.

—Dásela —ordenó Courtney antes de desaparecer en el despacho de Rayden, y la jefa de camareros obedeció de inmediato.

Con movimientos veloces, me recogí de nuevo la falda y sujeté algunos pliegues en el costado con la pinza, de modo que abultara menos y me dejara los pies libres.

En cuanto terminé, Courtney volvió con lo que le había pedido, y me apresuré a ponerme la chaqueta negra de Rayden y a remangarme para después colocarme el delantal y la bandana.

Al final, envié un mensaje rápido a Mandy y entré en la cocina.

—Chicos —anunció Courtney en voz alta—. Avery está al mando.

El estómago se me contrajo, una oleada de náuseas me recorrió… Pero lo ignoré todo.

Rayden me había enseñado a no tener distracciones en la cocina. Y no las tendría.

—¿En qué mesa están los inspectores? —pregunté a Rochel.

—En la once —respondió.

—Bien. ¿Y la señora D'Arnaud?

—En la cuatro.

Revisé las comandas frente a mí, pero aquellas mesas aún no habían pedido.

—Está bien. ¿A la señora D'Arnaud la atiendes tú?

Rochel asintió.

—No elogies a Rayden, no digas nada sobre su talento ni sus capacidades. Haz que hable ella —le pedí, recordando lo que había pasado en la inauguración—. Pero indícale cuáles son los platos nuevos. Quiere creatividad, podemos dársela.

Ella asintió y regresó a la sala, mientras Courtney me dedicaba una sonrisa alentadora.

—Buena suerte.

De inmediato me vino a la mente lo que Rayden había dicho antes de la inauguración, en lo que ya me parecía otra vida.

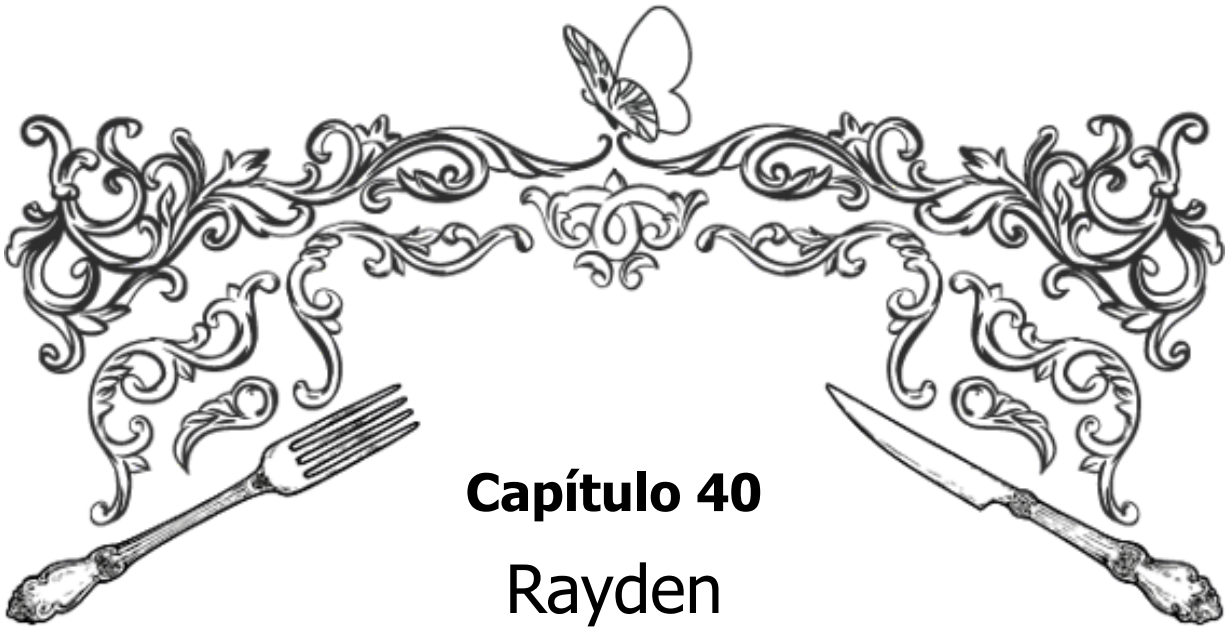
«No voy a desearos buena suerte. Os deseo buen trabajo. La suerte no tiene nada que ver con el resultado de esta noche. Está en vuestras manos convertirla en un éxito. Y podéis lograrlo si dais lo mejor de vosotros mismos…».

Eso haría.

Daría lo mejor de mí, en cada segundo.

Solo esperaba que fuese suficiente.

«Rayden, ¿dónde estás?».



Capítulo 40

Rayden

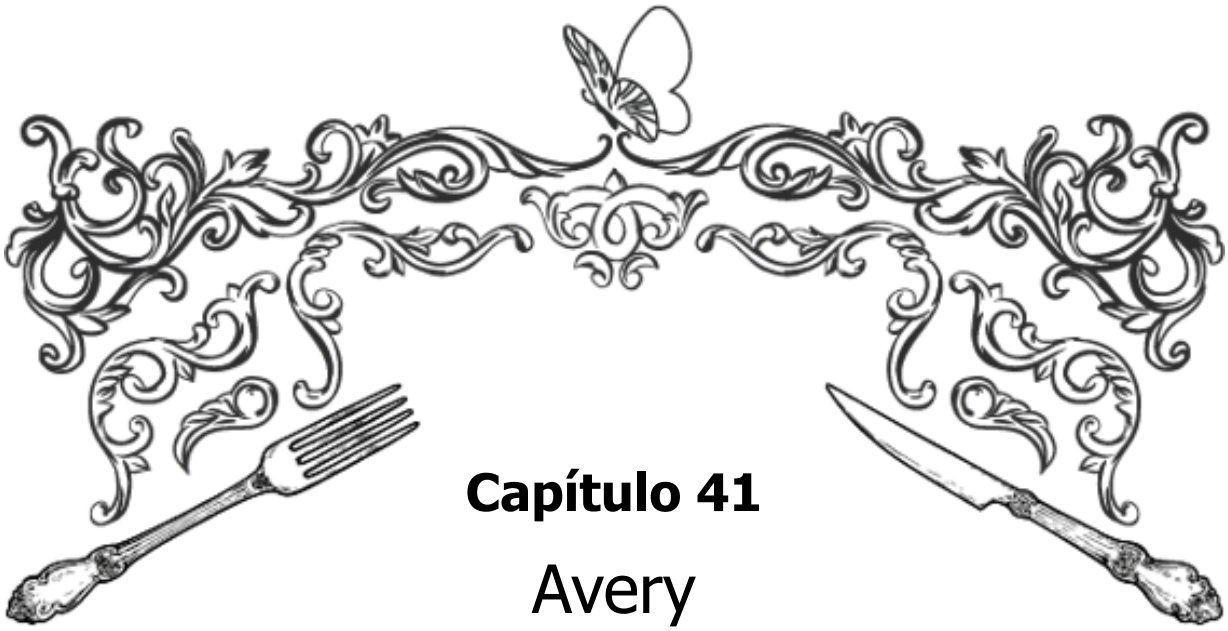
A mi espalda, Boston estaba cada vez más lejos de mí.

Mientras las luces y los faros pasaban a toda velocidad junto a mí, me pregunté si alguna vez regresaría. Si volvería a poner un pie en la ciudad que me había ofrecido un nuevo comienzo.

Porque lo sabía.

Fuera lo que fuese lo que estaba a punto de ocurrir, fuera lo que fuese lo que estaba a punto de hacer, supondría un final.

Y estaba seguro de que sería el mío.



Capítulo 41

Avery

—Tres *filet mignon* y un salmón glaseado —anuncié—. Es la mesa de los inspectores —añadí, girándome hacia la brigada—. Dadme los tiempos.

—Cuatro minutos para el *filet* —respondió Mathis.

—Y tres para el salmón, chef —dijo Julian.

Al oír cómo me había llamado, me quedé inmóvil. Pero él alzó la vista hacia mí y me guiñó un ojo.

—Lo estás haciendo genial —articuló con los labios. Y todo el nerviosismo, toda la agitación, todo el miedo descabellado y profundo que sentía… Todo empezó a disiparse.

—El *amuse-bouche.* —Ruben dejó un plato en el pase, y yo centré toda mi atención en él.

Lo había pedido la señora D'Arnaud.

El *chef garde-manger** me hizo un gesto de ánimo con la cabeza, y yo se lo devolví antes de concentrarme en el plato.

Limpié los bordes, dispuse las nueces alrededor de la *mousse* de espinacas y queso de cabra, coloqué las hojas de albahaca junto al hojaldre…

Las manos me temblaban con cada movimiento. Pero no las pinzas con las que montaba las guarniciones.

Todo tenía que ser perfecto. Tenía que ser exactamente como lo habría hecho Rayden.

Conteniendo la respiración, examiné el plato una y otra vez, buscando un error, una distracción, cualquier imperfección.

No había ninguna.

Asentí para mis adentros, tragando con fuerza el nudo que me cerraba la garganta. Y toqué la campanilla.

Rochel se apresuró hacia el pase y cogió el plato con cuidado.

—Obsérvala —le ordené con un tono duro que jamás habría asociado conmigo—. Cada reacción. Tienes que contarme qué expresiones pone, qué crees que piensa de los platos y, si puedes, qué anota.

—Sí, Av… Sí, chef… —Sacudió la cabeza—. Sí.

—Ve. —La vi regresar a la sala y, a escondidas de la brigada, crucé los dedos.

«Por favor».

«Por favor, por favor, por favor…».

Dejaron otros dos platos en el mostrador, y me obligué a concentrarme en ellos. Porque no había nada más que pudiera hacer.

Con las cucharas de madera saqué el caviar y lo serví junto a las ostras antes de añadir la emulsión del agua de cocción. Luego, en el centro del otro plato, dispuse el crocante de *foie gras* en costra de almendras y lo rodeé con unas láminas de nueces de modo que recordaran a los pétalos de una flor.

Todavía estaba inclinada sobre el pase cuando Rochel volvió corriendo a la cocina, y me pilló tan por sorpresa que di un respingo.

—No sé si le ha gustado —dijo de un tirón—. A la señora D'Arnaud. He intentado descifrar sus expresiones, pero…

Otra camarera se acercó a nosotras y miró los dos platos que tenía delante, que eran para su mesa. Estaba confundida, y yo sabía que el motivo era la presencia de Rochel. No entendía qué hacía allí cuando le tocaba a ella servir los siguientes platos.

Ignorándola, me dirigí a la jefa de camareros:

—¿Ha escrito algo?

—Sí, pero no he podido ver qué.

La frustración me ardió en la garganta. Pero, en lugar de mostrarla, asentí.

—De acuerdo. Intenta conseguirlo con el segundo plato.

Volví a centrarme en las guarniciones, comprobé dónde me había quedado y me giré para coger el perejil que faltaba en las ostras. Pero cuando volví al pase, los dos platos habían desaparecido.

—¡Eh! —grité.

La camarera que los había cogido se quedó inmóvil antes de dar un paso más.

—¿Quién te ha dicho que estaban listos?

Ella abrió los ojos de par en par.

—Oh, yo… Perdona… esto… perdone… Creía que…

—¿He tocado la campanilla, por casualidad?

Negó con la cabeza y devolvió los platos a su sitio.

—Lo siento.

—No necesito que estés arrepentida, necesito que estés concentrada. —Espolvoreé las ostras con el perejil y, solo entonces, miré con dureza a la chica justo antes de tocar la campanilla de manera deliberadamente exagerada.

Pero ella dudó. Y estuve a punto de perder la paciencia por completo.

—¡Ve!

Jamás había juzgado a Rayden por su manera de dirigir la cocina. Pero ahora… ahora lo entendía. Bastaba un único error cometido por otra persona para echar a perder tu trabajo. Una sola distracción externa podía arruinar aquello que tú habías creado con esfuerzo y sudor. Y si no tomabas el control, todo se iría al traste.

Eso no iba a ocurrir aquella noche.

No iba a ocurrir con el Ambroisie.

No ocurriría si yo podía evitarlo.



Con el paso del tiempo, la agitación tóxica que había impregnado la cocina se disipó hasta transformarse en el frenesí habitual al que estaba acostumbrada.

Mi corazón latía al mismo ritmo al que los cocineros, a mis espaldas, trituraban, batían y mezclaban, y el sudor que me perlaba la piel me humedecía la bandana y la base de la espalda.

Cuantas más comandas leía, más a menudo la brigada me llamaba «chef». Y cuantos más platos sacaba de la cocina, más me convencía de que realmente podía conseguirlo.

No devolvieron ningún plato, nadie presentó quejas. Al contrario, varias camareras vinieron a transmitir los cumplidos de los clientes, y el ánimo de la brigada pareció recuperarse.

—Para la mesa cuatro, chef —dijo Claire, que dejó el plato en el pase. Asentí y me puse a trabajar enseguida.

Limpié un borrón de chocolate que manchaba la cerámica blanca y coloqué una bolita lisa y uniforme de helado de *fior di latte* salado junto al *cannolo* de praliné, antes de espolvorearlo todo con granillos de avellanas y virutas de chocolate amargo.

Las mesas once y cuatro eran las que vigilaba de forma más minuciosa, asegurándome de que no solo alcanzaran la perfección, sino que la superaran.

«De acuerdo. Está bien».

Humedeciéndome los labios, toqué la campanilla del pase. Rochel vino enseguida a recoger el plato y me hizo un leve gesto con la cabeza antes de regresar al comedor.

«Por favor, que le guste», murmuré para mis adentros. Pero me permití solo un segundo para pedirlo. Luego, me espabilé y leí la única comanda que quedaba en el pase.

—Un *mont-blanc*, un milhojas de café y un *cannolo* —anuncié a la brigada—. Última comanda, chicos.

El mismo alivio que sentí yo se difundió por el ambiente, y muchos suspiros se alzaron desde las estaciones de trabajo a mis espaldas.

—Eh. —Courtney se acercó al mostrador—. Ya casi está. Lo has conseguido.

—¿Cómo ha ido?

—¿Lo dices en serio? Ha ido genial. —Me sonrió—. Nos has salvado.

—No, me refería a… ¿Cómo ha ido con los inspectores? ¿Con la señora D'Arnaud?

Sus hombros se hundieron.

—No lo sé. Los inspectores apenas han hablado durante la cena, y la señora D'Arnaud… Bueno, ya sabes. No deja entrever nada.

Fruncí los labios. No era del todo cierto. Yo supe captar sus reacciones. Y me pregunté si el hecho de que aquella noche hubiese logrado controlarlas por completo era una buena señal. O si era terrible.

—De acuerdo —empecé—. No…

Antes de que pudiera terminar, Rochel volvió a la cocina, y la expresión que tenía en el rostro me encogió el estómago.

—¿Qué pasa?

Insegura, alternó varias veces la mirada entre Courtney y yo.

—Es la señora D'Arnaud —dijo con cautela—. Quiere hablar con el chef.

La respiración que acababa de tomar se me quedó atascada en la garganta.

—¿P-por qué?

La jefa de camareros tragó saliva.

—No lo sé.

Miré a Courtney. Volvía a tener el mismo tono pálido que cuando había entrado en la cocina, muchas horas antes.

—¿Qué hacemos?

—No podemos decirle que no —respondió.

—Pero Rayden no está —constaté la evidencia, porque era lo único en lo que podía pensar.

—Se lo he dicho —añadió Rochel. Y aquello captó toda mi atención.

—¿Qué le has dicho?

—Que, desafortunadamente, el chef ha tenido una emergencia y se ha visto obligado a salir del restaurante.

El sudor de mi espalda se volvió menos frío.

Vale. De acuerdo, podíamos trabajar con eso.

—¿Y ella?

—Ha dicho que igualmente quiere hablar con quien haya preparado sus platos.

Las dos me miraron.

Y yo abrí los ojos de par en par.

—¡No! —exclamé de inmediato, y di un paso atrás—. ¡No puedo salir ahí!

—¿Y qué quieres hacer? ¿Rechazar una petición de la señora D'Arnaud? —dijo Courtney en voz baja—. ¿Aunque eso implique correr el riesgo de que empeore su juicio sobre el restaurante? —Aquello era un golpe bajo, y lo sabía.

—Pero yo… yo no… —Desplacé la mirada a mi vestido.

¿Cómo iba a tomarme en serio? ¿Cómo se tomaría en serio al Ambroisie?

Me giré hacia la brigada. Hacia Mathis, Ruben, Julian…

Pero Courtney zanjó mis pensamientos antes incluso de que pudiera expresarlos.

—Eres la única que puede hablar con ella, Avery. Nadie más sabría responder a sus preguntas.

Volví a mirarla, respirando con dificultad. Y entonces me dio el golpe de gracia.

—Hazlo por Rayden.

Rayden. En quien no había dejado de pensar ni un instante y que estaba haciendo que me ahogara de la preocupación.

Rayden. Por quien había intentado dar lo mejor de mí, con la esperanza de que sirviera para ayudar al restaurante.

Rayden…, a quien no había dejado de esperar durante toda la noche, convencida de que llegaría y resolvería la situación.

Pero no había ocurrido.

—Yo… —Me llevé una mano a la sien. Y suspiré—. Está bien. De acuerdo. Voy.

Me quité el delantal y saqué la pinza que sujetaba la falda, dejando que cayera suave y voluminosa a mis pies. Luego, reuniendo todo el valor que tenía, enderecé los hombros y salí de la cocina.

No me creía lo que estaba ocurriendo. Y cuando Clarice D'Arnaud alzó la vista hacia mí, comprendí que ella tampoco se lo creía.

—Vaya… Esto sí que es interesante —comentó, fijándose primero en la chaqueta negra que llevaba puesta y después en mi vestido.

Sin la menor idea de qué decir, me detuve junto a su mesa y me llevé los brazos a la espalda, exactamente como había visto hacer siempre a Rayden.

—Me esperaba a un chef —continuó—. Y, en cambio, me encuentro con una Cenicienta vestida con el uniforme de la cocina.

Sí, podía considerarme una especie de Cenicienta. Si Cenicienta se hubiera arreglado para el baile, pero hubiera pasado la noche cocinando en el castillo en lugar de bailar entre los brazos del príncipe.

—indentmente no trabajo de este modo —le aseguré con una sonrisa, manteniendo la voz baja y amable.

Con los brazos apoyados sobre la mesa, se inclinó hacia delante.

—¿Y por qué esta noche sí?

Mi mente estaba demasiado sumida en el caos como para inventarme una excusa cualquiera. Así pues, decidí ser sincera.

—Hoy libraba, pero el chef Wade ha tenido una emergencia y he tenido que sustituirlo en el último momento.

—Espero que no le haya pasado nada grave.

Tragué saliva. Yo también lo esperaba.

—¿Quiere que le transmita algo?

—Solo sentía curiosidad —admitió—. Estoy segura de que el chef leyó mi primera crítica sobre el Ambroisie. Lo encontré bueno, claro, pero… banal. Aburrido. —Bajó la mirada hacia su plato, ahora vacío —. Tenía curiosidad por saber qué había cambiado. Porque, lo

reconozco, me sorprendió cuando me enteré de que había un nuevo menú.

«Se sorprendió».

¿En sentido positivo o negativo?

A la espalda, entrelacé con fuerza los dedos.

—El chef siempre dice que, para él, cocinar es como hacer arte —respondí—. Y el arte es imposible de crear sin inspiración.

—Mmm. —Se recolocó en la nariz sus gafas de montura fina—. Entonces, ¿en las últimas semanas ha encontrado la inspiración que antes le faltaba?

—No puedo responder en su lugar. —Una sonrisa espontánea me curvó los labios—. Pero creo que sus platos hablan por él.

La señora D'Arnaud rozó distraídamente la pluma que había dejado junto a su libreta y me estudió con atención.

Al cabo de unos instantes, se le formó un surco en la frente.

—Tú eres la camarera que me atendió la otra vez.

No era una pregunta, y abrí los ojos de par en par.

No pensaba que fuera a reconocerme.

—Ehm… sí. Soy yo.

Se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Y en unos pocos meses has pasado de ser camarera a convertirte en la *sous chef* de Wade?

—Oh, no. —Negué con la cabeza—. No soy la *sous chef.* Solo soy la asistente.

Me arrepentí de esas palabras en cuanto salieron de mi boca.

—¿La asistente? —repitió con un tono indescifrable—. Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no estoy hablando con el *sous chef?*

«Mierda».

—Por desgracia, la *sous chef* tampoco está presente esta noche.

La señora D'Arnaud arqueó sus cuidadas cejas.

—¿Me estás diciendo que acabo de cenar en un restaurante en el que los dos jefes de la brigada no están y la asistente ha dirigido la cocina?

Sentí que me congelaba por dentro. ¿Cuál era la respuesta correcta?

—No exactamente —empecé—. Aunque el chef Wade no estaba en el pase, ha instruido a cada miembro del equipo de modo que pudiéramos manejar con facilidad una situación como esta.

—Mmm… —reflexionó la mujer, que permaneció en silencio unos segundos—. El mejor líder no es el que guía a sus seguidores, sino el que enseña a cada uno a guiarse por sí mismo.

Asentí, con cuidado de no mostrar demasiado entusiasmo. Sabía lo que la mujer pensaba sobre los halagos que no había pedido.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

Siguió observándome, como si yo fuera uno de los platos que diseccionaba antes de reseñar. Me sentía expuesta. Vulnerable. Casi como si de verdad pudiera ver cada parte de mí.

—Sí —dijo al fin—. Puedes decirme qué ha provocado esta nueva inspiración en Wade.

Involuntariamente, mis mejillas se tiñeron de rojo.

—Esa respuesta solo puede darla el chef.

Entornó los ojos, y yo me sentí todavía más expuesta. Tenía que alejarme de allí. Poner distancia con aquella mujer que parecía capaz de leerme por dentro.

—Espero de verdad que la cena haya sido de su agrado.

Ella pasó la mirada de mí al plato.

—Gracias —se limitó a responder, sin dejar entrever nada.

Aquella velada podía haber sido un éxito o un desastre, y yo no tenía la menor idea de cuál de las dos cosas era.

Incliné ligeramente la cabeza a modo de saludo y regresé a la cocina.

Una camarera estaba recogiendo los platos del pase, donde, en mi ausencia, se habían reunido algunos miembros de la brigada para revisarlos. Pero, aun así, ella se detuvo cuando se cruzó conmigo para obtener mi última aprobación.

Cuando asentí, reanudó la marcha y desapareció en la sala.

—¡Última comanda fuera! —gritó Mathis.

Habíamos terminado.

Habíamos sobrevivido… y habíamos terminado.

Iba a pasarme una mano por la frente cuando toda la brigada empezó a aplaudir.

Desde que trabajaba allí, era la primera vez que lo hacían. Y sus ojos estaban puestos en mí.

Sentí que el aire cambiaba, que el alivio impregnaba cada partícula de oxígeno que nos rodeaba… Pero yo no era capaz de respirarlo. Ni siquiera podía devolverles las sonrisas, ni sentirme agradecida o incómoda por el reconocimiento que me brindaban. Porque ahora que ya no tenía que pensar en los platos, ahora que el turno había acabado y que, por el momento, el Ambroisie estaba a salvo…

Me acerqué a Courtney.

—¿Y bien? —preguntó antes de que yo pudiera pronunciar una sola sílaba—. ¿Qué quería?

Tardé unos instantes en comprender de qué hablaba.

—Ah, ehm… No lo sé. —Eché un vistazo por encima del hombro, en dirección a la sala—. Quería saber cómo lo ha hecho Rayden para idear los nuevos platos, pero no ha hecho ningún comentario.

Asintió.

—Bueno, mañana lo sabremos…

—Courtney —la interrumpí—. Tienes que explicarme exactamente qué ha pasado con Rayden antes de que se marchara.

—Avery… —Negó con la cabeza—. No lo sé —admitió—. La última vez que lo he visto, le he dicho que lo llamaban por teléfono. Y cuando he ido a buscarlo, al cabo de un rato…

—¿Una llamada? —Noté el repentino tono de alarma en mi voz—. ¿Quién lo ha llamado?

—No tengo ni idea. Simplemente han preguntado por él y han dicho que era urgente.

—¿Nada más? —insistí—. ¿No te han dicho quién llamaba? ¿Ni por qué querían hablar con él?

—No —murmuró ella—. Lo siento.

Me quité la bandana y la dejé sobre el pase.

¿Quién demonios lo habría llamado? ¿Qué…?

—Espera. —Volví de golpe la mirada hacia ella—. ¿No podemos devolver la llamada al número?

—Oh… —Se detuvo a pensar—. Bueno, sí. Supongo que sí.

Me desabroché la chaqueta de chef, fui tras ella hasta el despacho y la observé marcar unos números en el aparato antes de tenderme el auricular.

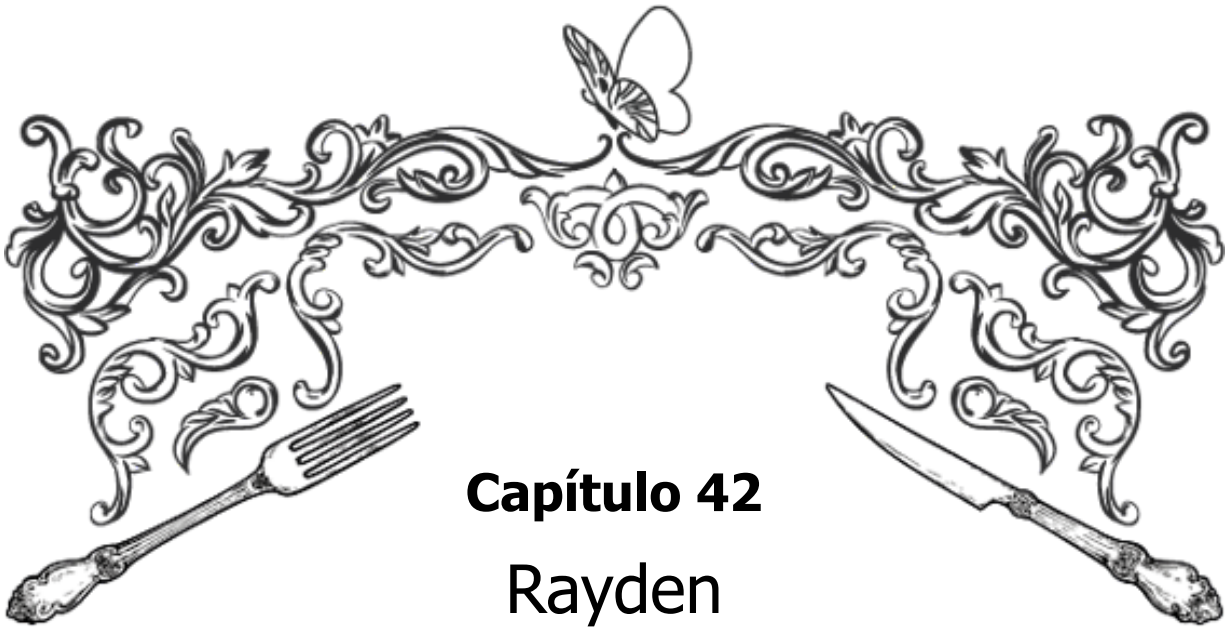
El corazón me golpeaba con fuerza en la garganta, y mi mente no dejaba de mostrarme escenarios en los que no quería pensar. Porque en cada uno de ellos Rayden estaba en peligro. Estaba herido. O cubierto de sangre.

Cuando una voz habló al otro lado de la línea, comprendí que no se trataba de que alguno de aquellos escenarios fuera real. Los tres lo eran.

O lo serían muy pronto.

—Hospital de Hartford, ¿en qué puedo ayudarla?

* Responsable de preparar los platos fríos y las presentaciones artísticas. *(N. de la T.)*



Capítulo 42

Rayden

Negro.

Era lo único que veía.

Negro.

Lo sentía correrme bajo la piel, ahogarme los pulmones, envenenarme el corazón…

Había luchado toda la vida contra la oscuridad, decidido a resistirme a ella. A impedirle que me arrebatara cada rayo de sol y me arrojara a un abismo del que ya no podría regresar.

Pero la verdad era que había abandonado la luz en el mismo instante en que había decidido irme de Boston. Y en eso consistía todo. Lo había elegido. La oscuridad, el abismo, el odio…

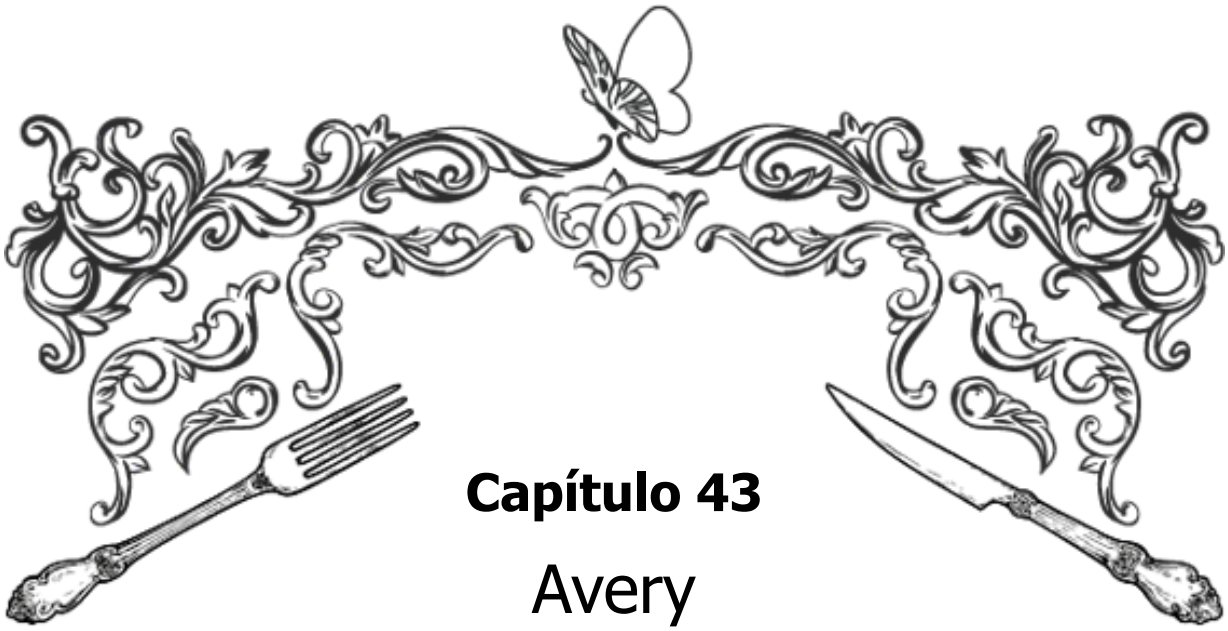
El negro.

Le había entregado mi alma, y ahora esta era tan oscura que ya no distinguía dónde terminaba ni dónde empezaban las tinieblas. Pero no importaba. No quería salvarla, quería condenarla al infierno.

Pero no pensaba irme solo.

Si yo debía arder…

Él ardería conmigo.



Capítulo 43

Avery

No podía respirar.

Corría tan deprisa que mis piernas parecían a punto de ceder, y a cada zancada que daba, unas punzadas dolorosas me estallaban en el costado izquierdo.

Pero no me detuve.

«Corre».

Seguí avanzando, con la falda recogida entre las manos y los rizos golpeándome la espalda, hasta que la vi. Mi casa.

«Corre, corre, ¡corre!».

Me pasé la mochila hacia delante para buscar las llaves mientras entraba en el sendero. Pero no me dirigí a la entrada. Fui al garaje. Y antes de poder pensarlo, antes de poder dudar…, abrí la persiana.

Cada hueso de mi cuerpo empezó a temblar.

Y mis piernas, al fin, se negaron a dar un paso más.

Hacía meses que no entraba allí. Meses en los que no había visto mi coche ni de lejos. Pero ahora estaba a tan solo unos metros, cubierto por una capa de polvo. Y rodeado de demasiados recuerdos. Demasiados.

—¿Cogemos mi coche, papá? —pregunté mientras nos preparábamos para salir.

—Ni hablar. No pienso dejar que conduzca la cumpleañera.

—¿Seguro? —Le pasé su chaqueta antes de ponerme la mía—. No puedes beber si cogemos el tuyo.

—Estoy seguro, trasto. El mío ya está fuera, el tuyo en el garaje. Así tardamos menos. Además, el tiempo no acompaña precisamente… —Me guiñó un ojo—. Prefiero que no corramos riesgos.

Me llevé una mano al pecho y fingí que me había ofendido.

—¿Correr riesgos? ¿Insinúas que soy un peligro al volante?

Una diversión genuina le iluminó los ojos.

—¿Yo? —Me dio un beso en la frente. Sobre la piel, llegué a sentir su sonrisa—. Jamás diría nada parecido.

Una intensa oleada de calor me llenó el pecho, igual que cada vez que lo veía feliz. Pero me obligué a aparentar que aún estaba ofendida mientras fingía que no sentía lo mismo que él. Felicidad.

—Eres un padre pésimo.

Abrió la puerta.

—No, soy fantástico.

Negué con la cabeza y pasé delante de él. Pero…

Sí. Lo era.

Fantástico.

Lágrimas ácidas se acumularon en mis ojos, como agujas incandescentes que se me clavaban en los párpados.

Pero no podía llorar. No podía recordar. Necesitaba subir al coche, ponerlo en marcha.

«Por favor…».

Tragué saliva con dificultad, ignorando el temblor de mis labios.

«Puedes hacerlo. Puedes hacerlo…».

Apretando un puño alrededor de la falda, avancé un paso. Y el corazón, violento y desesperado, comenzó a martillearme contra la espalda.

Se estaba alejando de mi pecho. Del coche. Porque temía exactamente lo mismo que temía yo.

Si me subía en el coche, se rompería.

Otra vez.

—Muy bien, hagamos un brindis. —Mirando a su alrededor, mi padre cogió la copa de champán que había pedido y me la tendió.

—Todavía no tengo edad para beber —le recordé.

—Lo sé —respondió—. Pero esta noche no cuenta.

Divertida, cogí la copa y lo vi servirse un vaso de agua.

—¿Por qué brindamos?

Sus grandes ojos cálidos me buscaron. Y en ellos vi mucho más de lo que podía soportar.

Todo el dolor que había vivido. Todos los sacrificios que había hecho. Toda la fuerza que me había enseñado a tener. Y todo el amor que sentía por mí.

—Brindemos por ti, trasto. Y por el hecho de que no existe mejor hija en el mundo. —Alzó su vaso—. ¿Qué te parece?

La garganta se me cerró. Y, despacio, negué con la cabeza.

—No, papá. Brindemos por nosotros. Y por el hecho de que yo no sería como soy sin ti.

Las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas, deslizándose por el cuello y el pecho. No podía pararlas. Pero necesitaba hacerlo. Tenía que hacerlo.

«Vamos, por favor…».

Apretando los dientes, di otro paso. Y luego otro. Hasta detenerme frente al coche.

—¿Qué te había dicho? Va a empezar a llover en cualquier momento —dijo mi padre cuando salimos del restaurante.

Me cubrí la cabeza mientras unas gotas gruesas y densas caían del cielo.

—No, ya está lloviendo.

Él me regaló la enésima sonrisa.

—Bueno, cumpleañera mojada, cumpleañera afortunada, ¿no?

No era capaz de reconocer el reflejo en la ventanilla. Todos los esfuerzos que había hecho en los últimos meses para no derrumbarme se estaban haciendo trizas, y sabía que pronto empezaría a romperme con ellos, convirtiéndome en esquirlas tan finas e irregulares que nadie podría juntarlas jamás.

«Basta ya».

Más lágrimas, más dolor.

«¡Basta!».

Me moví antes de quedarme completamente petrificada. Y agarré la manilla.

—No importa cuántas estrellas Michelin te concedan, Avery. —La mirada de mi padre era dulce. Dulce y orgullosa—. Siempre serás mi trasto.

Mi corazón estaba a punto de estallar.

Hubiera querido que siguiera mirándome así cada día de mi vida, que aquel momento no terminara nunca… Y poder serlo de verdad. Su trasto.

Para siempre.

—Por favor, basta —sollocé, apretando con más fuerza la manilla—. No lo pienses. No lo pienses…

Pero era demasiado tarde.

Y lo vi todo de nuevo.

El haz de luz repentino.

El chirrido de los frenos.

Los neumáticos sobre el asfalto.

El olor a sangre.

Y el dolor… Tanto dolor que no sabía cómo resistirlo.

—¡Papá!

Me apoyé contra el coche con todo mi peso.

No podía más. No soportaba lo que estaba sintiendo, ni era capaz de resistir al sufrimiento que me devoraba… No podía más.

—Por favor —susurré, y apoyé la frente contra el cristal de la ventanilla—. Por favor… Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo. —Fijé los ojos en los de mi reflejo. «Por Rayden».

—No tienes por qué reducirte a cenizas —le dije—. Podemos apagar el fuego juntos.

El músculo de su mandíbula se contrajo. Y él, poco a poco, negó con la cabeza.

—No puedo pedirte algo así.

—No tienes que pedirme nada. Solo tienes que…

—¿Qué? —preguntó. Y en su voz ya no había derrota. Había… esperanza.

Sonreí.

—Tienes que dejar que te elija, Rayden. Que te quiera. Que te ame… Tienes que dejar que me quede a tu lado mientras nos enfrentamos a todo esto juntos.

«Juntos».

Se lo había prometido. Y pensaba cumplir esa promesa, fuera cual fuese el precio que tuviera que pagar.

Su padre siempre había estado demasiado cegado por su pasado para amarlo.

Su madre siempre había sido demasiado prisionera de su miedo para elegirlo.

Pero yo no sería como ellos. Yo seguiría amándolo. Eligiéndolo. Independientemente de mi pasado y mi miedo.

—Te quiero, jovencita. Más que a cualquier otra cosa. Te quiero.

—Por Rayden —repetí con la voz quebrada. Y entonces abrí la puerta y me senté al volante.

Fue como arrancar una tirita. Solo que, bajo aquella tirita, la herida seguía abierta. Y sangraba.

Mi corazón gritó, mi alma se dobló en dos. Pero no podía pensarlo, ni detenerme a recuperar el aliento. Porque eso habría significado desperdiciar un tiempo precioso, y no podía permitírmelo.

Con la lengua, aparté las lágrimas que me mojaban los labios. Coloqué el teléfono en el soporte y busqué la dirección del Hospital de Hartford. Luego, ignorando los temblores que me sacudían los dedos, agarré el volante.

«No te rindas nunca. Pase lo que pase, sigue luchando».

La voz de mi padre me acarició la mente, envolviendo el terror que sentía. Y haciéndolo menos atroz.

«Sigue luchando».

«Por Rayden, por mí…, por nosotros».

«Sigue luchando».

Me sequé las lágrimas y arranqué el motor.

Y aceleré.

A esa hora de la noche, solo unos pocos coches ocupaban las calles de Boston. Cada diez minutos intentaba llamar a Rayden, con la esperanza de que hubiera encendido el teléfono, de que contestara y me dijera que estaba bien, que todo iba bien… Pero la única voz que seguía sonando por el altavoz era la del contestador. Y, cada vez, mi estómago se hundía un poco más.

Sabía que le había pasado algo a su madre. Sabía que su padre tenía algo que ver. Y sabía que Rayden, con tal de encontrarlo, ignoraría la orden de alejamiento. Y haría algo mucho peor que eso.

«El problema no es detener a los demás. Es detenerme a mí mismo».

Pisé el acelerador con más fuerza y superé los límites de velocidad.

Aquella vez, Rayden no se detendría. Se dejaría dominar por sus emociones, como había ocurrido en el Black Gold. Solo que, al final,

no pasaría en la cárcel solo una noche. Se quedaría allí durante años.

Unas espinas envenenadas se aferraron a mi garganta, empañándome los ojos con lágrimas que no podía permitirme derramar, y las escenas de Rayden tendido en un charco de sangre volvieron a invadirme la mente.

Dios, no podía…

Mi teléfono empezó a sonar. Y yo, que me sobresalté con brusquedad, di un volantazo.

Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto, el guardarraíl del Founders Bridge rozó el lateral del coche…

Giré el volante con fuerza y regresé al carril.

El corazón me latía en todas partes, me temblaba todo el cuerpo.

«Oh, Dios…».

Empecé a jadear. De forma entrecortada, rápida y sofocada. Jadeé. Jadeé. Jadeé. Hasta sentir los pulmones a punto de desgarrarse. Jadeé.

«Basta ya».

«Todo está bien».

«Estás bien».

«Todo está bien…».

Con los labios entreabiertos y demasiado hielo todavía encima, hice todo lo que pude por recuperar del todo el control de mí misma y del coche.

Solo entonces eché un vistazo a la pantalla del teléfono, con la esperanza de ver el nombre de Rayden…

Pero era Mandy.

La frustración y la decepción me corroyeron el pecho, y colgué sin ni siquiera responder. Ya tendría tiempo para explicárselo todo en otro momento.

Concentrada de nuevo en la calzada, volví a pisar el acelerador, crucé el puente y me incorporé a la carretera que llevaba al Hospital de Hartford.

Cinco minutos después, apagué el motor en el aparcamiento y corrí hacia la entrada, directa hacia el mostrador de información.

La mujer tras el cristal alzó la cabeza en cuanto me oyó llegar y, al verme, abrió los ojos más de la cuenta. Quizá por el vestido que tenía el bajo destrozado, quizá por el maquillaje corrido, quizá por cómo tendría el pelo…

—Hola —dije sin aliento, ignorando su expresión—. Estoy buscando a la señora Wade. Creo que la han traído aquí. La señora Leslie Wade.

La mujer me miró unos segundos antes de comprobar el monitor.

—Wade… —repitió—. Aún debería estar en urgencias. Habitación quince. —Se giró e indicó un pasillo—. Al fondo a la derecha, siga la línea roja del suelo.

—Gracias.

Eché a correr de nuevo hasta llegar a un ala con muchas habitaciones cerradas y otras tantas personas esperando en el pasillo. Algunos aguardaban a que los atendieran, otros estaban a la espera de noticias de sus seres queridos.

Busqué entre ellos los ojos grises que siempre me dejaban sin aliento, la chaqueta de chef que invadía todos mis sueños.

Pero Rayden no estaba allí.

—Trece… Catorce… —Sujetando el bajo del vestido, seguí contando las habitaciones—. Quince.

La puerta estaba entreabierta y no se oía ningún ruido procedente del interior.

Sin pararme a pensar, agarré el picaporte y la abrí del todo.

Una pequeña cama con aspecto de ser incómoda se alzaba en el centro, rodeada de máquinas y carritos metálicos llenos de utensilios que jamás había visto antes.

Estaba vacía.

Toda la habitación estaba vacía.

—Disculpa, ¿puedo ayudarte?

Me giré de golpe y, frente a mí, encontré a una enfermera que me observaba con gesto severo.

—Perdóneme, no quería… —empecé a decir, antes de soltar un suspiro—. Estoy buscando a Leslie Wade. Me habían dicho que la encontraría aquí.

—Oh. —La expresión de la mujer cambió de inmediato. Y se ensombreció.

La boca se me secó del todo.

—¿Eres su hija? —preguntó con voz más suave.

—Y-yo… —Sabía cómo funcionaban los hospitales—. Soy su sobrina.

Me posó una mano en el brazo.

—Lo siento mucho, cielo. Hemos hecho todo lo posible, pero…

«No».

—Por desgracia, el daño estaba demasiado extendido.

«No, no, no…».

—La señora Wade no ha sobrevivido.

Todo mi mundo se vino abajo.

Y el vacío que quedó empezó a desangrarse.

—N-no…

Me tambaleé hacia atrás hasta chocar con la pared.

No podía ser cierto.

—No… —seguí repitiendo, una y otra vez.

—Lo lamento de verdad —dijo la enfermera. Pero yo ya no la veía.

Solo veía a una mujer de rostro dulce y pelo negro que le sonreía a su hijo. Una mujer a la que me negaba a imaginar con un solo moratón en la piel.

Negué con la cabeza mientras sentía cada vez más lágrimas correrme por las mejillas.

—¿Cómo? —susurré—. ¿Qué ha pasado?

—Un aneurisma abdominal. Han intentado operarla, pero…

Me llevé una mano a los labios y cerré los ojos un instante.

—¿Cu-cuál ha sido la causa de la rotura del aneurisma?

La enfermera se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Pero… —Vaciló un momento—. Podría haber sido un traumatismo.

Empujé todo mi cuerpo contra la pared. Estaba a punto de caerme al suelo.

—¿Su…? —Bajé la mano—. ¿Su hijo ha estado aquí?

Lo pensó unos instantes.

—Alto, pelo oscuro, probablemente vestido con un uniforme negro…

—Oh, sí. —Asintió—. Sí, claro. Se ha quedado en la sala de espera mientras operaban a la señora Wade. Creo que sigue allí.

Señaló una salita al fondo del pasillo.

—Si…

Ignoré lo que iba a decir y me precipité en esa dirección.

Una parte de mí, la que estaba guiada por el corazón, deseaba con todas mis fuerzas encontrarlo. Verlo sentado en la sala de espera, con la cabeza entre las manos y demasiado dolor en el pecho.

Pero la otra parte, la racional, sabía que era una esperanza vana. Que no importaba lo mucho que lo deseara… Rayden no estaba allí. Ya no.

Sin embargo, el hecho de que estuviera segura de ello no sirvió para mitigar la punzada que sentí al comprobar que tenía razón.

Él no estaba.

Rayden no estaba.

Un sollozo ahogado me arañó la garganta, y me aferré al marco de la puerta con una mano para intentar mantenerme en pie.

«No».

Empecé a llorar otra vez.

O quizá no había dejado de hacerlo.

«Rayden…».

No sabía qué más hacer. Dónde buscarlo, adónde ir. Cómo ayudarlo a detenerse antes de que destruyera su propia vida.

«No se puede salvar a alguien que no quiere ser salvado».

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Me negaba a creer que fuera así. Que Rayden no quisiera ser salvado. Y aunque tuviera que rastrear todo Hartford, presentarme en la comisaría de Policía, irrumpir en cada uno de los locales donde pudiera encontrar a su padre…

Algo en mí se activó.

Abrí los ojos.

¿Qué estaba haciendo?

No tenía que buscarlo en aquellos lugares.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Mis piernas se pusieron en movimiento antes incluso de que yo se lo ordenara, y me encontré corriendo una vez más, en dirección hacia el aparcamiento.

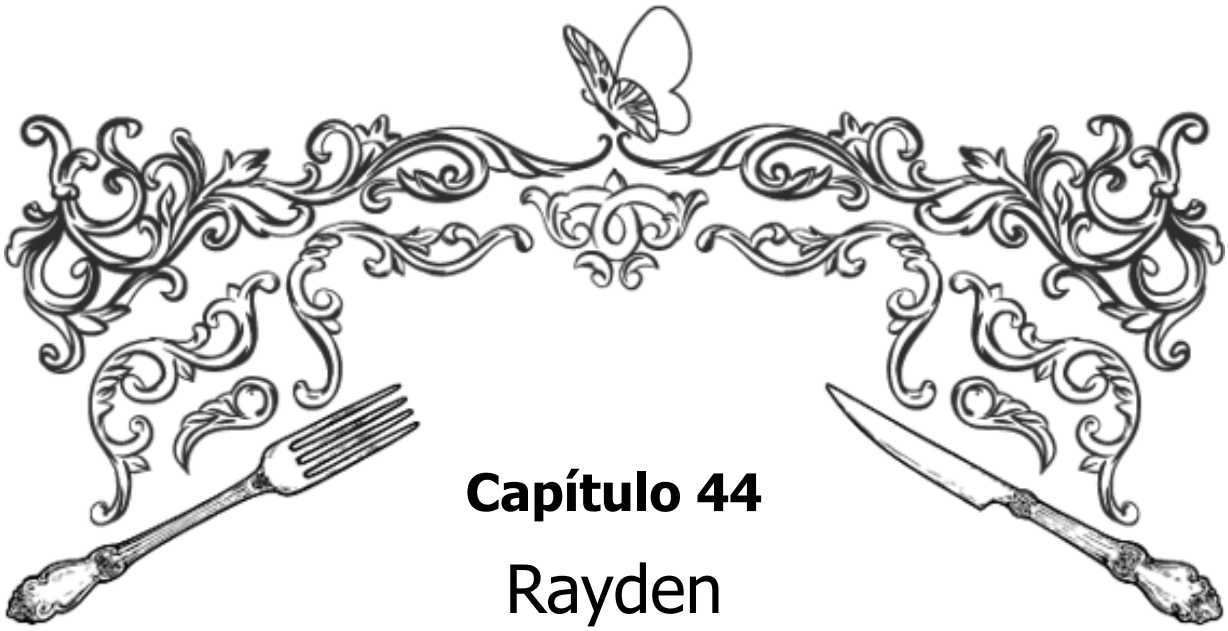
La enfermera con la que había hablado intentó detenerme, algunas personas se apartaron para dejarme pasar, pero yo ni siquiera me molesté en reducir la velocidad.

La urgencia en mis venas era cada vez más violenta, y el pánico en mi mente… había adoptado la forma de una fotografía. Y de la dirección escrita en el reverso.

El número 23 de May Street, Hartford.

Sabía adónde ir.

Aunque, a esas alturas, ya era demasiado tarde.



Capítulo 44

Rayden

Sombras densas cubrían las paredes de la cocina en penumbra, mezclando su oscuridad con la que me corría por las venas. La sentía vibrar bajo la piel, anhelante por salir y contaminar el resto del mundo. De mi mundo. Y yo solo esperaba el momento de permitir que lo hiciera.

Con un movimiento lento y rígido, miré a mi alrededor. Había tenido momentos en los que había sido feliz allí. Momentos en los que me había permitido creer que las cosas cambiarían, que mejorarían de verdad…

Pero la oscuridad se lo había llevado todo.

—¿Mamá, estás bien? —le pregunté cuando entré en la cocina.

Ella me daba la espalda mientras removía algo en una olla.

—Claro, pequeño.

Vacilante, me acerqué a mirarla.

—¿Estás triste?

Con un gesto afligido, se pasó una mano por la mejilla y sorbió por la nariz antes de buscar mis ojos y sonreír.

—Es solo la cebolla.

Fruncí el ceño al notar unos restos de comida morada en la tabla de cortar.

—¿Las cebollas te hacen estar triste?

—Las cebollas hacen llorar —explicó—. Pero ya sabes cuál es nuestra regla.

Asentí enseguida.

—No podemos estar tristes en la cocina.

Me acarició sin dejar de sonreír.

—No podemos estar tristes en la cocina.

Era fácil respetar esa regla, porque él casi nunca entraba allí.

Las pocas veces que estaba en casa comía en el sofá, con el canal de deportes puesto en la tele y una lata de cerveza en la mano, mientras mamá y yo nos sentábamos a la mesa. No podíamos hablar, pero no importaba. La cocina seguía siendo nuestro lugar. Un lugar feliz. Y allí siempre encontrábamos el refugio que necesitábamos.

—Puedo buscar una manera de cortar mejor las cebollas, mamá —prometí—. Así ya no tendrás que llorar más.

De nuevo, sus ojos se enrojecieron, pero ninguna de las lágrimas que los llenaron cayó por sus mejillas.

Se inclinó y me dio un beso en el pelo.

—¿Qué he hecho yo para merecerte?

Intenté entender a qué se refería. Como no lo averigüé, me puse de puntillas para mirar dentro de la olla.

—¿Puedo ayudarte?

—Claro. —Me levantó y me sentó sobre la encimera, junto a los fogones—. ¿Quieres remover tú la salsa?

—¡Sí! —Cogí el cucharón que me tendía y empecé a remover la salsa roja, que emanaba un aroma increíble.

—Ponle una pizca de esto. —Me pasó un tarro lleno de polvo blanco, y yo parpadeé.

—¿Azúcar?

Asintió.

—Sirve para que la salsa esté todavía más rica.

—De acuerdo. —Seguí sus instrucciones sin cuestionarlas mientras ella me observaba.

La sombra oscura en su pómulo estaba mucho más extendida que la noche anterior, y sus ojos seguían acuosos.

En aquel momento parecía muy triste. Pero no podía estarlo. No en la cocina.

—Dentro de poco es tu cumpleaños, ¿sabes?

Me enderecé.

—¿De verdad?

—De verdad. Cinco años. Estás creciendo tan deprisa… —Suspiró y me pasó una mano por el pelo—. Mi pequeño cocinero.

Volví a remover la salsa.

—Me gusta estar en la cocina.

—Lo sé… —Se giró hacia el lado opuesto, se frotó de nuevo una mejilla con los dedos y, por un segundo, me pareció que se había secado una lágrima—. ¿Qué tarta te gustaría comer ese día?

Me encogí de hombros.

—No lo sé… Me gusta el chocolate.

—Puedes pedir todo lo que quieras.

—¿Todo? —repetí—. ¿Podemos hacer un pícnic en el parque? ¿En ese que tiene los columpios tan guais?

Mi madre rio.

—Claro que podemos.

Estaba a punto de saltar de alegría cuando otro pensamiento me cruzó la mente.

—Mamá…, ¿podemos ir solo nosotros dos?

Ella parpadeó.

—¿No quieres que venga papá también?

Bajé la mirada.

—No.

—Rayden… Le sabría muy mal si no pudiera venir.

Mi voz se redujo a un susurro.

—Pero, si viene, nosotros nos sentimos mal.

—No digas eso. Eh. —Me levantó la cara con la mano—. Tu padre te quiere. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y a ti te quiere?

Entreabrió los labios, como si no se esperara aquella pregunta. Pero antes de que pudiera encontrar una respuesta, la puerta de la entrada se abrió y unos pasos pesados resonaron en el pasillo.

Percibimos el olor rancio que desprendía antes incluso de que llegara a la cocina.

—Ve a tu habitación —susurró mi madre, que me bajó al suelo a toda prisa—. Te llamo cuando la cena esté lista.

—Pero yo quiero ayudarte. Quiero estar contigo.

—Lo sé, pero… —Miró hacia la puerta. Y, esa vez, no logró esconder la alarma en su rostro—. Podremos estar juntos más tarde. Ahora ve a tu habitación.

Me acompañó hasta el umbral un instante antes de que mi padre entrara. En una mano sostenía una botella de cerveza casi vacía, y tenía el rostro morado.

Busqué una última vez los ojos de mi madre. Y cuando ella me hizo un gesto para que me alejara, obedecí.

—Hoy has llegado pronto, Donny —oí que le decía ella mientras entraba en mi habitación. Su voz no sonaba feliz. Todo lo contrario.

Estaba rompiendo la regla.

—Tengo hambre —farfulló él.

—B-bueno, la cena todavía no está lista, pero…

Un ruido de cristales rotos viajó por el aire, seguido por el sobresalto de mi madre. Y por los gritos de mi padre.

Estaba furioso. La insultaba. La agredía…

Con el corazón en un puño, salí al pasillo y corrí a la cocina.

Pero era demasiado tarde.

Mi padre había irrumpido en nuestro refugio y lo había mancillado. Con su presencia, con su rabia… Con el dolor que no dejaba de infligir.

La cocina ya no era un lugar feliz. Quizá nunca lo había sido de verdad. Y no importaba que mamá no hubiera respondido, yo lo

sabía.

Mi padre no la quería. La odiaba.

Nos odiaba a los dos.

Y yo no entendía qué habíamos hecho mal para merecerlo.

Oía el movimiento de las agujas del reloj.

Lentas y regulares.

Inexorables y despiadadas.

¿Cuántas veces me había quedado inmóvil, en la oscuridad, escuchando ese mismo sonido? ¿Cuántas noches en vela había pasado en aquella casa, con el tiempo avanzando y mi miedo creciendo?

Pensaba que aquellos días habían terminado en el preciso instante en que decidí huir. En que decidí salvarme.

Pero ya no estaba seguro de que lo hubiera conseguido de verdad.

Con las lágrimas asaeteándome los ojos, vacié el armario y, a destajo, metí en la bolsa negra la poca ropa que tenía. Me daba igual que no estuviera doblada, lo único que quería era irme. Cuanto antes.

Saqué un par de zapatillas del fondo del armario para meterlas también en la bolsa. Pero cuando vi lo que había en una esquina, me quedé inmóvil.

¿De verdad era lo que creía?

Me puse de rodillas en el suelo, me incliné hacia delante y apreté con la mano el tejido blanco y áspero antes de sacarlo.

La garganta se me cerró.

No lo veía desde hacía años. No…

Tragué con dificultad antes de extender el pequeño delantal y pasar los dedos por el bordado que tenía en la parte delantera.

«Pequeño chef Rayden».

Mi madre me lo regaló cuando cumplí cinco años. Todavía recordaba lo que me dijo cuando me lo dio:

—Persigue siempre tus sueños, Rayden. Y haz siempre, siempre, lo que te haga feliz.

Me temblaron los dedos. Porque ella nunca lo había hecho.

Jamás.

¿Cuándo había sido feliz de verdad por última vez? ¿Cuándo se había reído y sentido bien por última vez?

¿Cuándo había sido la última mañana en que se había despertado sin tener el cuerpo cubierto de moratones y el alma sangrando?

Con un grito ahogado en el fondo de la garganta, hice una bola con el delantal y lo lancé al armario.

No lo quería.

¿Por qué tendría que hacerlo?

Al fin y al cabo, ella no me quería a mí.

Volví a ponerme en pie y cerré los puños hasta que me temblaron.

Se lo había implorado. Joder, hasta me había puesto de rodillas delante de ella mientras le suplicaba que viniera conmigo…

Pero mi madre había seguido llorando, diciendo que yo no lo entendía, que ella no podía, que nunca se marcharía de aquella casa…

Quería a mi padre.

Lo quería. Lo bastante como para quedarse y dejar que la destrozara a golpes, para vivir con el miedo y el dolor…

Pero no lo bastante como para quererme a mí y darme un futuro mejor. Ni para permitirme que yo se lo diera a ella.

Me pasé el dorso de la mano por la mejilla, cogí las últimas cosas que necesitaba y cerré la cremallera de la bolsa.

Mi madre podía quedarse allí si quería. Podía pasar el resto de su vida escondiendo los moratones de los demás y de sí misma. Pero yo no lo haría. No me quedaría quieto mirando cómo él la destrozaba.

Cómo nos destrozaba a los dos.

Me colgué la bolsa al hombro y salí al pasillo. Mi madre seguía en la cocina, con el rostro amoratado y una venda en el pómulo, donde le habían dado puntos.

Si cerraba los párpados, aún podía oír sus gritos ásperos. El ruido de los huesos al romperse…

Me detuve en el umbral.

Durante dieciséis años había luchado con todas mis fuerzas para seguir fingiendo que aquella cocina era realmente un refugio. Pero ahora, lo único que veía era el momento en que me había derrumbado de rodillas frente a mi madre. Y ella había negado con la cabeza.

—No puedo pedírtelo otra vez —dije en voz baja.

Dio un respingo y se volvió bruscamente hacia mí.

Las lágrimas en sus ojos amenazaron con hacerme trizas.

—No puedo —repetí. Aunque el problema no era pedírselo. Era escuchar su respuesta. Su «no».

—Rayden… —Un sollozo escapó de su garganta, pero yo permanecí inmóvil. Inmóvil, mientras se levantaba, se acercaba a mí y me rodeaba el cuello con los brazos.

Creía que intentaría detenerme. Que me pediría que me quedara, que me diría que no podía irme de casa, que no podía dejar la escuela. Que ella no podía renunciar a su hijo…

Pero su gesto no era un intento de retenerme.

Era una despedida.

—Te quiero —murmuró, y me dio un beso en la cabeza—. Te quiero mucho… —Se apartó y me tomó el rostro entre las manos mientras esbozaba una sonrisa.

Yo no sonreí, tampoco contesté.

Demasiadas cosas se estaban rompiendo dentro de mí. Y por mucho que en aquel momento la odiara, no quería que lo viera. No quería que comprendiera lo que me estaba haciendo. Porque no quería que sufriera todavía más.

—Prométeme… —Su voz se quebró—. Prométeme que estarás bien. Que vivirás la vida de tus sueños. —Me pasó los pulgares por los pómulos—. Prométeme que encontrarás la manera de ser feliz.

Feliz…

Ni siquiera sabía lo que era la felicidad.

¿Cómo se hacía para sonreír? ¿Cómo se hacía para sentirse bien y ser capaz de reír?

—No puedo.

Cuando una sombra oscura le cruzó la mirada, separé una mano de la bolsa y la posé sobre la suya.

—Pero te prometo que siempre estaré ahí para ti, mamá. Pase lo que pase.

Las agujas del reloj seguían avanzando.

Tiempo atrás, cuando la noche me aterrorizaba, esas agujas me asustaban. Pero nunca había tenido miedo de la oscuridad. Tenía miedo del monstruo que se escondía en ella.

Ahora, yo era esa oscuridad, y solo tenía dos caminos ante mí: destruir al monstruo o bien ocupar su lugar.

Tal vez hiciera ambas cosas.

Una llave giró en la cerradura. La manilla bajó. Y unos pasos resonaron en el pasillo, pesados e irregulares.

No habían cambiado.

Él no había cambiado.

Lo oí tambalearse, chocar contra la pared. Y, al final, llegar hasta la puerta de la cocina.

—Hola, papá.

Mi padre se giró tan rápido que perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caerse.

Con la boca abierta y el cuerpo repentinamente rígido, me miró a los ojos y empezó a parpadear, como si intentara enfocarme. Yo no sabía si lo que le nublaba la vista era el alcohol o la penumbra que me envolvía.

—¿Tú? —dijo al final, arrastrando las palabras—. ¿Qué…? —Me señaló con la botella de *whisky* que sujetaba en una mano, derramando parte del líquido que aún contenía—. ¿Qué coño haces aquí?

Me obligué a mirarlo a los ojos. Y dije las dos palabras que seguían apuñalando los restos oscuros y exánimes de mi alma:

—Está muerta.

Cuando me habían llamado del hospital, mi madre acababa de entrar en quirófano. Se había sentido mal poco antes y había conseguido llamar a una ambulancia, pero después había perdido el conocimiento.

Los médicos habían dicho que había sido un milagro. Que, normalmente, cuando se rompe un aneurisma abdominal, la mayoría de los pacientes ni siquiera llegaban al hospital. Pero ella lo había conseguido. Aún tenía una oportunidad.

Me había ido a toda prisa a Hartford, y la orden de alejamiento no me había preocupado ni por un segundo. Solo pensaba en una cosa: mi madre me había puesto a mí como contacto en caso de emergencia. No a mi padre, el hombre con el que vivía y al que decía que quería. A mí. Y si había actualizado el número y había puesto el del nuevo restaurante significaba que, a pesar de todo lo que había ocurrido, nunca había dejado de creer en la promesa que le hice muchos años atrás: que estaría ahí para ella, pasara lo que pasara.

Había entrado en el hospital dispuesto a afrontar cualquier consecuencia que aquello conllevara. Pero en la sala de espera no había encontrado ni un solo rostro familiar. Y mientras me preguntaba si debería sentirme aliviado o furioso, mientras las horas pasaban y la agitación en mi pecho ahogaba cada intento de respirar, me esforcé por no reflexionar a fondo sobre lo que estaba sucediendo. O sobre lo que podría suceder. Al menos hasta el momento en que el cirujano vino a buscarme. Y me comunicó el resultado de la operación.

Me habían preguntado si quería verla. Despedirme de ella.

No tenía ni idea de qué coño significaba aquello. Mi madre estaba muerta. Muerta. Ya no podría cumplir mi promesa, no podría estar ahí para ella…

Se había ido.

Y yo también habría querido hacerlo. Irme, huir lo más lejos posible, gritar hasta perder la voz y olvidarme de todo…

En lugar de eso, me encontré asintiendo al médico. Y siguiéndolo por el pasillo. Porque, quizá, en el fondo, no quería olvidar. Tal vez, lo único que quería era un último recuerdo. Algo que no fuera el rostro de mi madre entre lágrimas en el retrovisor.

Sabía lo que decía la gente cuando perdía a un ser querido.

«Parecía que estuviera durmiendo».

«Estaba tan relajado, tan en paz».

«Ya era un ángel».

Quería que también fuera así para ella. Lo necesitaba. Saber que, al fin, estaba bien, que era libre. Pero cuando entré en la sala donde la habían dejado…

Lo primero que vi fueron los moratones en su rostro. Y las nuevas cicatrices profundas que la desfiguraban.

Estaba irreconocible. Era el fantasma magullado de la mujer que me había criado.

En ese instante, perdí la poca lucidez que me había obligado a mantener. Y comprendí que no podría volver atrás.

—Sí… —Mi padre dio un trago a la botella de *whisky—.* Lo sé.

—¿Lo sabes? —repetí en un susurro bajo. Y ahí estaba. La oscuridad que salía de mí y volvía la penumbra todavía más negra—. Lo sabes… Y no estabas en el hospital. No estabas a su lado. —Lentamente, me puse en pie—. Durante toda su vida, no ha hecho más que permanecer a tu lado, soportando en silencio todo lo que le hacías. Y tú… —Cada paso que daba hacia él estaba controlado, cada palabra que salía de mi boca era un gruñido—. Tú no has sido capaz de acompañarla ni siquiera cuando estaba al borde de la muerte.

Mi padre también avanzó. Y cuando vislumbré el resplandor en sus ojos, comprendí que lo que iba a decirme me dolería más que la táser que había usado conmigo cuando era niño.

—Al menos yo he estado presente mientras estaba viva.

Fue como si me apuñalara en el pecho y me arrancara el corazón aún palpitante antes de tirarlo al suelo. Y aplastarlo.

—Cada día, cada noche… —Su aliento pesado e impregnado de alcohol me azotó la cara—. Era yo el que estaba presente. No tú.

Cerré las manos en dos puños.

—Si yo no estuve, fue por tu culpa —repliqué—. Tú me obligaste a estar lejos de ella. Tú me obligaste a dejarla sola.

—¿Obligarte? —repitió con una risa amarga que envenenó el aire —. No… Fuiste tú el que se rindió. El que no luchó. —Chasqueó la lengua. Y, bajo su mirada, me volví a sentir como el insecto indigno que acabaría aplastado—. Tú siempre te has creído superior. Decías que querías protegerla, que querías hacer lo mejor para que estuviera bien… —Me señaló con el dedo de la mano con la que sujetaba la botella—. Pero ¿qué hiciste, al fin y al cabo? ¿Eh? Huiste. La abandonaste…

En el suelo, los últimos fragmentos de mi corazón gritaron de dolor.

—Le hiciste daño —continuó—. Más de lo que yo le hice nunca.

Volví a ver sus moratones. Todos sus moratones…

Solo que, esa vez, había sido yo quien se los había provocado. Porque había estado demasiado lejos para recibir los golpes en su lugar. Había sido demasiado débil para obligarla a venir conmigo.

—Cuando te marchaste, lloró durante noches enteras. Meses enteros.

Me faltó el aire.

—Ah… No lo sabías, ¿eh? —Sonrió. ¡Sonrió!—. Sus sollozos me despertaron decenas de veces. Siempre estaba tumbada en tu cama, abrazando tu almohada. Y nunca le importó que le dijera que parara. Que intentara hacerla callar…

Bilis venenosa me subió a la garganta.

—Noche tras noche, ella volvía allí. Y lloraba.

Culpa. Humillación. Rabia. Odio…

Todo palpitaba dentro de mí, congelando y prendiendo fuego a mis venas.

—Así que no te atrevas a venir aquí y fingir que eres noble. Porque ya te lo dije una vez. Tú… —Se acercó todavía más—. Tú

eres exactamente igual que yo.

Como llamas en una mecha, esas palabras me hicieron estallar.

Empujé a mi padre hacia atrás y lo estampé contra la pared opuesta del pasillo.

—¡Yo no tengo nada de ti!

Lentamente, volvió a mirarme, y en medio de la confusión provocada por el alcohol vi destellos de pura crueldad.

—Dime… ¿Cuántas veces al día te repites esas palabras? ¿Y cuántas veces te las crees de verdad?

Empecé a temblar. Y él, de nuevo, sonrió.

—Ya… —Se separó de la pared, tiró la botella al suelo y los fragmentos de cristal se esparcieron por todo el pasillo—. Pero, mira, tal vez tengas razón. No somos iguales. —Avanzó de nuevo—. Yo nunca la hice llorar tanto.

—Cierra la boca —gruñí.

—Yo nunca hice que se negara incluso a comer.

Cada parte de mí vibraba.

—Para ya.

—Yo nunca la dejé atrás como si no importara nada.

—No…

—Por eso siempre me eligió a mí —continuó, ignorando la tormenta que se desencadenaba a nuestro alrededor—. Antes que a ti, siempre prefirió…

—¡Basta!

Mi puño salió disparado contra su mandíbula y, por segunda vez, se tambaleó hacia atrás. Solo que, en esta ocasión, no había una pared para frenarlo. Y mi padre perdió el equilibrio y se cayó al suelo.

—Ni lo intentes. —Di un paso en su dirección—. No intentes cambiar la versión de la historia, porque los dos la vivimos. Los dos sabemos exactamente cómo fue. —Estaba gritando—. Si ella sufrió, si se ha muerto, es por tu culpa. ¡La mataste el día en que le levantaste la mano por primera vez!

Su boca se retorció en una mueca espantosa.

—No… La mataste tú el día en que pusiste un pie fuera de esta casa.

Negro.

Volví a verlo todo negro.

Y me lancé hacia delante.

Ahora ya no controlaba mis acciones. Estaba a merced del odio que sentía por el hombre que, en ese momento, se encontraba bajo mi cuerpo. Bajo mis puños.

—¡Yo intenté salvarla! —Le acerté en el mentón—. ¡Cada puto día!

Lo golpeé otra vez. Y otra.

Hasta que mi padre encontró la manera de reaccionar.

Me propinó un puñetazo en el pómulo derecho, y eso hizo que un destello explotara tras mis párpados.

—¡No era ella quien necesitaba que la salvaran! —gritó.

En mi mente explotaron todos los momentos en los que mi madre había intentado justificar sus actos, hablándome de la culpa que sentía mi padre por la mujer embarazada que había matado, y de que desgracias como esa te marcan de por vida. Te cambian de por vida.

Había buscado en él ese mismo sentimiento de culpa cada vez que masacraba a mi madre y la dejaba sangrando.

Nunca lo encontré.

—¡Nosotros éramos tu familia! —Me recuperé y lo golpeé en la mandíbula—. ¡Tendrías que habernos salvado a nosotros! —En la nariz—. ¡Protegernos a nosotros! —En el mentón—. ¡A nosotros!

De algún modo, mi padre encontró la fuerza para hacernos rodar hasta darnos la vuelta.

Me encontré tendido en el suelo, con sus puñetazos aterrizando sobre mí.

Sentí mi piel desgarrarse, los huesos crujir, una ceja partirse en dos.

Pero estaba demasiado furioso como para notar el dolor.

—Nadie puede ser salvado —jadeó, escupiéndome saliva y sangre —. Nunca hubo esperanza para mí…, ni tampoco para vosotros.

Lo agarré por la camiseta.

—¡Porque tú nos la arrebataste toda!

Lo aparté de mi cuerpo, y él intentó ponerse en pie. Pero yo me abalancé de nuevo contra él y lo clavé en el suelo.

—¿Alguna vez la quisiste, al menos? —No reconocí mi voz mientras le lanzaba la pregunta que había querido hacerle desde que aprendí a hablar—. ¿Alguna vez me quisiste a mí?

En la oscuridad, sus ojos brillaron. La crueldad desapareció de su expresión, la rabia se evaporó. Y en su rostro solo quedó una cosa. Una emoción que nunca había visto en él.

Sinceridad total y absoluta.

—Cuando tu madre me dijo que estaba embarazada, fue el día más feliz de mi vida.

Por un instante, solo uno, mi agarre sobre él vaciló.

—Pensé que era la forma que tenía el universo de arreglar las cosas.

Qué…

—De devolver el equilibrio.

Los dedos me temblaron otra vez.

—Si vosotros hubierais muerto, las cuentas habrían quedado saldadas.

Dejé de respirar.

—Yo le había arrebatado a alguien a su esposa y a su hijo…, y era justo que el universo me castigara con la misma pena. Tenía que hacerlo.

Empecé a sacudir la cabeza y le imploré en silencio que parara.

—Solo así pagaría mi deuda. Y, por fin, seguiría adelante con mi vida. Sin el sentimiento de culpa, sin odio hacia mí mismo… Sería libre.

Lenta, helada, aterradora… La oscuridad en mí creció todavía más.

—Esperé a que murierais —continuó mi padre—. Cada vez que recibía una llamada, rezaba para que fuera del hospital. Cada vez que volvía a casa, esperaba encontrar a tu madre tendida en el suelo… Pero nunca ocurrió.

Puro desprecio volvió a arder en sus ojos. Y, al fin, lo entendí.

Él nunca se había odiado a sí mismo por lo que había hecho. Nos había odiado a nosotros porque, viviendo, lo habíamos condenado a su tormento.

—Luego naciste tú…, y ella era tan feliz… —Apretó los dientes—. Pero nosotros no podíamos tener aquella felicidad. Nadie en esta casa tendría que ser feliz.

Las cicatrices de mi alma se reabrieron con violencia, y empecé a sangrar puro dolor. Más del que era posible soportar.

—Hice lo que debía para mantener el equilibrio. —No había remordimiento en él—. Para pagar por mis actos.

—¿Pagar por tus actos? —Me palpitaban los nudillos. Estaba a punto de explotar—. ¡Nosotros pagamos por tus actos! Durante todos estos años, hemos sido nosotros quienes hemos pagado por tu error. ¡Nosotros! —Mi voz resonó en la casa oscura como un trueno en plena noche—. Nos hiciste vivir en el infierno solo porque tú no fuiste capaz de afrontar tu pasado. Pero no éramos nosotros quienes lo merecíamos. Eras tú. ¡Eres tú!

Una sonrisa espeluznante le deformó la boca manchada de sangre.

—Es así, ¿no es cierto, hijo? Quieres que acabe en el infierno. Quieres que acabe muerto… —Se pasó la lengua por los labios—. Exactamente igual que yo quería que tu madre acabara muerta…, y tú también.

Apreté con más fuerza su camiseta húmeda.

—Vamos, dilo —me desafió—. Habrías querido que el aneurisma lo tuviera yo. Que en el quirófano hubiera entrado yo. —Su sonrisa se ensanchó todavía más—. Que hubiera pagado yo por todo.

Mostré los dientes. Y él… se echó a reír.

—¿Lo crees ahora? —siguió provocándome—. ¿O necesitas más pruebas?

—No… digas… una… sola… palabra… más…

—Tú, hijo mío, eres exactamente como…

Los frágiles hilos que todavía me mantenían unido al autocontrol se rompieron. Y, por fin, la oscuridad se apoderó de mi ser.

—¿Quieres verme ser como tú? —grité—. Mírame ahora.

Empecé a golpearlo. Con toda la fuerza que tenía, con todo el odio que sentía. Y no me detuve.

Sabía que la oscuridad me estaba devorando y que me estaba perdiendo entre sus tinieblas, pero no me importaba. No quería volver atrás.

Puñetazo.

Puñetazo.

Puñetazo.

—Esto era… lo que querías…, ¿no? —jadeé por encima de sus quejidos—. Querías pagar… por tus actos.

Un gorgoteo ahogado le subió por la garganta.

—No… tienes… ni idea…

Volví a ver a mi madre. El rostro surcado de lágrimas mientras me curaba la herida del pecho, sus labios temblorosos mientras pedía perdón por una culpa que no tenía.

Volví a ver sus ojos enrojecidos. Sus mandíbulas apretadas mientras se ponía hielo en el rostro amoratado.

Y volví a ver la derrota en su semblante mientras intentaba no gritar de dolor al dar solo un paso.

—Paga, entonces. —Mi voz sonaba afónica, ronca, distorsionada por completo—. Por todo lo que nos hiciste… ¡Paga!

Puñetazo.

Puñetazo.

Puñetazo.

Unos pinchazos violentos me subían por el brazo después de cada golpe. Mis nudillos estaban cada vez más húmedos. Más mojados.

Sabía que era sangre, pero no la veía. No veía nada. Había demasiada oscuridad dentro de mí como para encontrar la luz.

—¿Quieres… esto? —gorgoteó él, bajo mis golpes—. ¿Quieres… matarme?

Aquellas palabras le salieron entrecortadas. Entrecortadas y débiles. Pero no dejé de golpearlo ni por un segundo.

Puñetazo.

Puñetazo…

—Dilo —insistió, agarrándome de la camiseta. No se estaba protegiendo, no me estaba apartando de él—. Dilo. Que quieres… matarme… ¡Dilo!

—Yo…

—¡Rayden!

Una voz atravesó la oscuridad, como un rayo dorado en mitad de la tormenta, y todos mis músculos se estremecieron.

Había alguien allí. Alguien que gritaba mi nombre, que me suplicaba que me controlara…

Pero las tinieblas me envolvían con demasiada fuerza como para permitirme comprender quién era. O para escuchar a esa persona.

—Rayden, para…

Más rayos desgarraron mi mundo, más oro que se mezclaba con el negro. Pero no era suficiente para disiparlo del todo. Y la oscuridad siguió moviéndome, cargando mis golpes y guiando mis puños.

Puñetazos.

Cada vez más puñetazos…

—Por favor, tienes que parar.

Conocía esa voz. Sabía que la conocía…

—Por favor…

Algo dentro de mí empezó a agitarse. Y tardé mucho, demasiado, en darme cuenta de que era mi alma.

Hecha pedazos y cubierta de sangre, intentaba levantarse.

Quería que escuchara esa voz. Que la reconociera.

Que le permitiera que nos salvara.

—Mírame. Rayden, mírame…

Unos dedos delicados se aferraron a mis hombros e intentaron tirarme hacia atrás, y bastó ese contacto para que una nueva luz comenzara a aclarar mi visión.

—Por favor… —Era una súplica desesperada—. Puedes parar. Sé que puedes hacerlo.

Cuanto más hablaba, más iluminaba la oscuridad. Y, al final, volví a ver.

Vi a mi padre, que ahora intentaba defenderse de mis puñetazos.

Vi su piel desgarrada, mis manos completamente rojas.

Vi las heridas en él, la sonrisa que seguía dibujándose en su boca…

Y vi una figura a mi lado.

—Por favor, Rayden. Tienes que…

La oscuridad me preparó para asestar otro puñetazo. Pero, cuando eché el brazo hacia atrás, mi codo golpeó con fuerza algo a mis espaldas. Y la figura a mi lado desapareció.

Justo después, un gemido de dolor agitó el aire. Seguido de un golpe seco.

Y de un grito agudo.

Como unas cizallas afiladas, aquel sonido se me clavó bajo la piel y cortó los hilos de mi odio. Y yo…

Yo recuperé el control de mi cuerpo.

Detuve el puño en el aire mientras parpadeaba una y otra vez.

Mi padre se libró de mi agarre y se alejó de mí.

No lo detuve.

No me abalancé de nuevo sobre él.

Porque aquella voz, aquella piel…

Aquel grito…

Lentamente, con cada parte de mi cuerpo gimiendo de dolor, me giré.

La encontré allí, a unos metros de mí.

Con el rostro pálido e inundado de lágrimas.

Había sido ella.

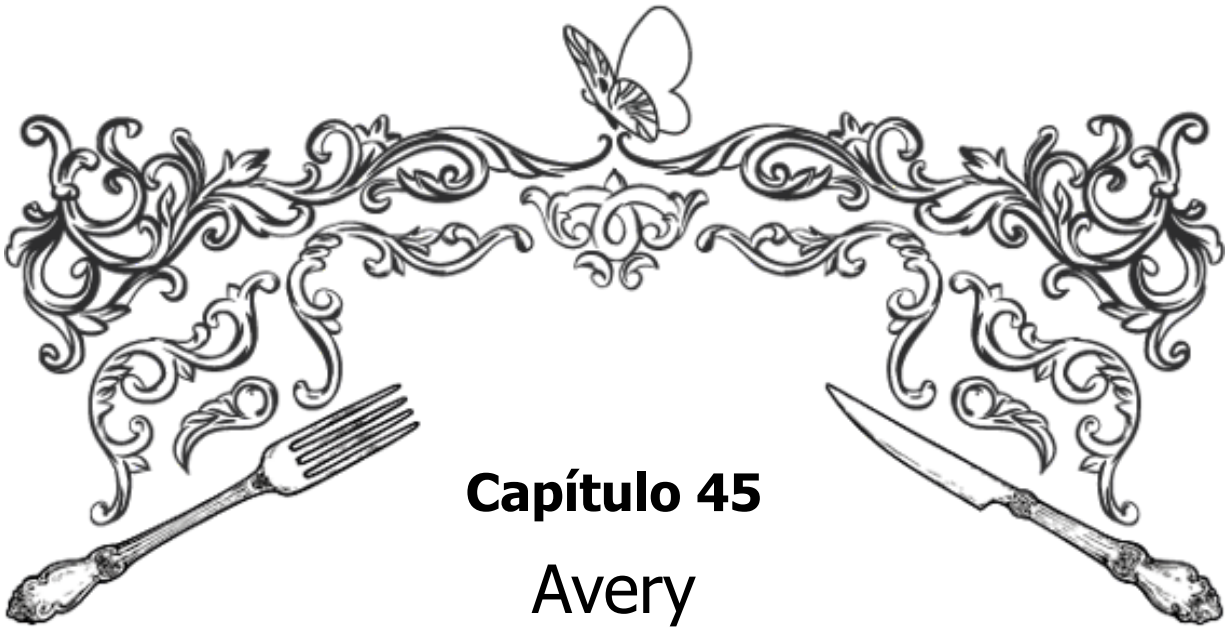
La persona que había intentado salvarme, la única a la que mi alma había tratado de aferrarse, mi única luz en la oscuridad…

Ella.

—¿Avery? —la llamé en un susurro confuso.

No respondió.

Estaba sangrando.



Capítulo 45

Avery

Contuve la respiración.

Tenía un corte oblicuo en la palma. Gotas densas escarlatas me resbalaban por la piel y caían al suelo, mezclándose con los restos de alcohol y los pedazos de cristal esparcidos por todas partes.

Lo sentía latir, irradiar punzadas de…

—Avery.

Alcé la cabeza de golpe. Y cualquier cosa que estuviera pensando, cualquier cosa que sintiera en aquel momento, se deshizo en un puñado de polvo.

Rayden seguía arrodillado en el mismo punto donde lo había encontrado al llegar a la casa. Pero ya no golpeaba a su padre con los puños, su rostro ya no era una máscara distorsionada e irreconocible, su mirada ya no estaba ofuscada por una pesadilla de la que no conseguía despertar…

Estaba clavada en mí.

Me miraba a mí.

Me temblaron los labios.

Volvía a ser él mismo.

Empezó a levantarse, y yo lo imité. Pero no le dejé tiempo para que diera un solo paso.

Corrí hacia él, le lancé los brazos alrededor de su cuello y hundí el rostro en su pecho.

—Has parado. —Mi corazón lloraba—. Sabía que lo harías…

Lo abracé hasta que mis músculos gimieron de dolor, y, aun así, continué haciéndolo, incapaz de separarme de él.

Rayden, sin embargo, no me devolvió el abrazo. Parecía una estatua de granito.

—Jovencita… —Le temblaba la voz. Y cuando me apartó de él, cuando leí su expresión…

Parecía preocupado. Y profunda y dolorosamente asustado.

Con la mandíbula contraída, me levantó la mano.

En cuanto vio el corte, todo rastro de color desapareció de su cara.

La retiré hacia atrás, cerré el puño y escondí la sangre, ignorando la punzada de dolor que sentí en la herida.

—Estoy bien —lo tranquilicé—. No es nada.

—¿Nada? —Su voz era una pátina de hielo—. Estás sangrando. Yo te he…

—Estoy bien —repetí, buscando sus ojos—. Mírame. Estoy bien.

Él negó con la cabeza y tensó los labios. No fue hasta ese momento cuando me di cuenta realmente de en qué condiciones se encontraba.

Se estaba preocupando por mí…

Pero ¿tenía una remota idea de cómo estaba él?

Tenía la ceja partida con una herida tan profunda que un reguero carmesí le manchaba un lado del rostro, unos hematomas oscuros ya empezaban a formarse bajo la sombra de barba en su mandíbula, y la piel parecía desgarrada en varios puntos.

—Rayden…

Mi corazón empezó a llorar más fuerte. Ya no quedaban latidos dentro de mí, solo sollozos. Y, pronto, las mismas lágrimas que me llenaban las venas me nublaron la vista.

Si hubiera llegado antes, si hubiera conducido más rápido, si no hubiera perdido un tiempo precioso…

Me acerqué de nuevo a él y levanté dos dedos para intentar acariciarlo.

—Lo sien…

Rayden se apartó antes de que pudiera tocarlo.

—No. Por favor…, no.

Aquella súplica me desgarró el pecho.

Habría preferido herirme con aquellas esquirlas de vidrio esparcidas por el pasillo, surcarme la piel con cortes profundos e irregulares… Todo con tal de no volver a oír ese tono en su voz.

—Mírame —repetí en un susurro, encadenando nuestros ojos—. No has hecho nada malo. No es culpa tuya. —Enfaticé cada palabra con la esperanza de que lograra comprenderme—. No es culpa tuya.

Los había oído al llegar. La forma en que su padre lo había provocado, reabriendo con los dientes todas las cicatrices que atormentaban el alma de Rayden…

Él quería que lo golpeara. Solo que no sabía si era porque una parte de él realmente deseaba pagar por lo que había hecho o si era porque la idea de no ser el único monstruo existente lo ayudaba a vivir con su conciencia.

Si todos hubieran sido crueles como él, sus acciones no habrían sido injustificables. Habrían sido lo normal.

Pero Rayden no era cruel. Nunca lo sería.

—No es culpa tuya —murmuré otra vez. Y entonces, cuando le rocé la mejilla con la punta de los dedos, no se apartó—. Tienes que…

Detrás de Rayden, en mitad del pasillo, una sombra captó mi atención, y las palabras murieron en mis labios.

Su padre se estaba incorporando.

Las piernas apenas lo sostenían, y tuvo que apoyarse en la pared para conseguir enderezarse del todo.

A pesar de que yo había encendido la luz, seguía envuelto en la oscuridad, casi como si surgiera de su propio cuerpo. Pero, aun así, llegué a verlo.

Unas heridas profundas le abrían la piel, y de ella brotaba una sangre oscura y viscosa. Unas manchas violáceas deformaban todavía más sus rasgos.

Se encontraba en un estado mucho peor que Rayden. Sin embargo, en su semblante no había el menor rastro de dolor, ni una mueca en su boca.

Parecía que no sintiera nada, y me pregunté cuánto alcohol debía de haber ingerido para resistir de ese modo.

Con el ceño fruncido, Rayden se volvió para seguir mi mirada. En cuanto vio lo que yo estaba observando, se puso rígido.

Ni siquiera tuve tiempo de parpadear.

Rayden me empujó hacia atrás y se colocó delante de mí.

Tenía los músculos hinchados, respiraba con jadeos cortos y acelerados.

Me estaba protegiendo.

—Oh…

Sin moverme de ahí detrás, me asomé lo justo para ver a su padre.

Se pasó una mano por el labio y se detuvo a observar la estela roja que le manchaba el dorso.

Pero no se horrorizó, no se preocupó…

Estalló en una carcajada.

—¡Oh! —Un nuevo reguero escarlata le corrió por la barbilla—. Esta vez… has cometido una estupidez enorme. —Su tono no solo era divertido. Sonaba del todo perturbado—. Esta vez… —Un rayo cegador iluminó su mirada—… no tienes escapatoria.

La garganta se me cerró por completo, y estaba segura de que a Rayden también le había ocurrido.

Los dos sabíamos a qué se refería.

Él había infringido la ley al ir a casa de su padre. Y lo que había pasado, la forma en que lo había agredido…

—No tendrías que haberte acercado siquiera a mí —prosiguió el hombre—. Y no solo lo has hecho…, sino que has intentado matarme.

Rayden se quedó de piedra, y mi corazón dejó de latir.

—No importa lo mucho que te mientas a ti mismo. Los dos sabemos que es así.

Miré a Rayden, a la espera de que contestara, de que le dijera que no era cierto… Pero permaneció en silencio. En silencio, porque temía, creía, que su padre tenía razón.

No…

¿Qué habría pasado si Rayden no se hubiera defendido? ¿Qué habría pasado si hubiera decidido cumplir una condena que no merecía?

«¡No ha sido culpa tuya!», grité en mi interior, pero sabía que no serviría de nada.

Necesitaba una solución. Rayden la necesitaba.

—Dime, hijo mío…

Al oír que lo llamaba así, Rayden apretó los puños.

—Te ha hecho sentir mejor, ¿verdad? —Se tambaleó hacia delante unos pasos—. Venir aquí…, desahogarte… —Se pasó la lengua por la sangre que le manchaba los labios—. Te ha hecho sentir bien. Te ha hecho sentir… como si esto fuera lo correcto.

Rayden se echó a temblar, y yo aferré su brazo con las manos. Tal vez para retenerlo, tal vez para impedirle que se derrumbara. No lo sabía. Solo sabía que el pánico que me recorría por dentro me estaba ahogando, y que mi mente no dejaba de implorar una solución.

Tenía que haber una. Siempre había una…

—Deja de hablar. —La voz de Rayden fue poco más que un gruñido. Pero su padre no hizo más que ensanchar la sonrisa.

—¿O qué? —Avanzó otro paso—. ¿Vas a saltarme encima otra vez?

Apreté a Rayden con más fuerza.

—No, hijo mío, no… No hace falta. Lo que has hecho ya es suficiente.

¿Suficiente? ¿Qué…?

—Te encerrarían solo por haberte acercado a mí. Pero ahora…

Hielo puro me invadió, un terror puro me subió por las venas.

No…

No, no, no…

¿Cuál era la solución? ¿Qué podíamos hacer?

«Piensa, por favor, ¡piensa!».

—Ahora te pudrirás en una celda el resto de tus días.

Las lágrimas regresaron a mis ojos. Y estaban hechas de rabia. Porque no había arrepentimiento en la expresión de su padre, no había tristeza.

Parecía satisfecho.

Satisfecho por haber encontrado al fin la forma de destruir a su hijo.

Apreté los dientes hasta que sentí un sabor a hierro en la lengua.

¿Cómo era posible que Rayden fuera hijo de ese monstruo?

Él, que era tan dulce y atento. Él, que estaba dispuesto a sacrificarse con tal de proteger a quien amaba…

Él, que había decidido amarme a mí.

—Qué ironía, ¿no te parece? —Dio un último paso adelante y se detuvo frente al teléfono colgado en la pared—. Todas las veces que intentaste denunciarme, todas las llamadas que hiciste a la comisaría a lo largo de los años…, y el que acabará en la cárcel serás tú.

Cerré los párpados mientras estrechaba a Rayden con más fuerza y, al hacerlo, el corte de la mano me empezó a arder.

Inspiré bruscamente y volví a abrir los ojos.

Estaba herida. Estaba herida…

Desvié la atención de golpe hacia el pasillo, con el corazón que volvía a martillear y los pensamientos en mi cabeza amontonándose unos sobre otros.

El padre de Rayden levantó el auricular del teléfono.

A pesar de los espasmos que lo sacudían, empezó a marcar el número de emergencias.

Nueve…

Uno…

Me moví antes de que pulsara la última cifra, y lo hice tan rápido que el mundo a mi alrededor se volvió borroso.

Lo único que quedó fue Rayden, de pie a mi espalda. Y el hombre del cual lo protegía yo ahora.

—¿Está seguro de eso, señor Wade?

Rayden me rodeó el brazo con una mano, como si quisiera apartarme, pero no se lo permití. Mi atención estaba puesta únicamente en su padre.

El hombre empezó a parpadear, como si no se hubiera percatado de mi presencia hasta ese momento.

—De llamar a la policía, quiero decir —especifiqué, manteniendo la voz fría y firme. Justo como me había enseñado Rayden—. ¿Está seguro?

—¿Y tú… quién eres? —Su voz era un silbido amenazante, pero yo no retrocedí, no me estremecí. Simplemente, seguí enfrentándome al monstruo. Y esperaba derrotarlo.

—Soy una persona que no conoce. Una persona a quien no puede echarle en cara la culpa ni el sufrimiento, porque no sabe cómo soy —respondí—. Soy alguien a quien no puede manipular y sobre quien no tiene ningún poder. —Le sostuve la mirada sin vacilar—. Pero, más que nada, soy una persona que quiere a su hijo. Mucho más de lo que usted lo ha odiado jamás.

Sentí los ojos de Rayden sobre mí, sus dedos temblando alrededor de mi brazo. Pero, una vez más, me obligué a ignorarlo mientras su padre sujetaba el auricular con más fuerza.

—Así que, señor Wade, se lo pregunto de nuevo. ¿Está seguro de que quiere llamar a la policía?

Se pasó la lengua por los dientes.

—¿Por qué no debería?

—Porque el juego al que está jugando… Usted no es el único que puede jugar. Y si hace esa llamada, yo estaré más que encantada de contarle a la policía lo que ha pasado con pelos y señales.

Poco a poco, bajó el auricular del teléfono. Solo unos centímetros, pero lo suficiente como para animarme a continuar.

—Diré que Rayden estaba desolado por la muerte de su madre. Que, desesperado y hecho pedazos, salió del hospital para venir hasta aquí. Quería que usted supiera la noticia directamente de él, quería consolarlo… con la esperanza de encontrar en usted ese mismo consuelo. Al fin y al cabo, ambos amaban a la señora Wade. —Tragué el ácido que me subía a la lengua—. Y, dadas las circunstancias, estaba convencido de que usted lo entendería. ¿Qué rencor no se desvanece ante una pérdida como esta?

La locura en su expresión empezó a menguar y la reemplazó una cólera pura y ardiente.

—Pero cuando Rayden ha llegado a casa, usted estaba completamente borracho —proseguí—. Yo he llegado justo a tiempo para oírlo mientras le rogaba que se calmara, que lo escuchara…, pero usted se ha negado a hacerlo. Y en lugar de abrazar a su hijo, en lugar de enjugarle las lágrimas que derramaba por la pérdida de su madre…, lo ha golpeado. Sin motivo, sin justificación. Lo ha golpeado. Con tanta fuerza que lo ha dejado inconsciente.

El hombre enseñó los dientes, su cuerpo empezó a temblar.

—He intentado apartarlo de él, hacer que parara… —Negué con la cabeza.

Y levanté la mano ensangrentada.

—Pero usted me ha atacado. Me ha tirado al suelo, se ha abalanzado sobre mí, y yo… yo no podía hacerle frente. Usted era demasiado fuerte, estaba demasiado enfadado…, daba miedo… —Me llevé el brazo al pecho—. Por suerte, Rayden se ha recuperado. Lo ha apartado de mí para protegerme. Y cuando usted ha intentado agredirlo de nuevo, él ha tenido que reaccionar. No ha tenido elección. Era la única forma de defenderme. De mantenerme a salvo… Se ha puesto en un segundo plano para protegerme a mí. Si este corte es la única herida que usted me ha dejado en el cuerpo, se lo debo a él.

Rayden aún tenía los ojos puestos en mí, los sentía. Paralizados y desconcertados. Pero no pensaba apartarme de la mirada de su padre. Porque ardía.

—Interesante, de verdad… —Escupió esas palabras como si fueran veneno—. Pero ¿de verdad esperas que alguien te crea?

—Ya se lo he dicho, señor Wade. Usted no me conoce, no tiene ni idea de quién soy. Pero hay decenas de personas que no dudarían ni un instante en ponerse de mi parte. Estudiante modelo, hija modelo, trabajadora responsable, voluntaria… Mi reputación es intachable. —Incliné levemente la cabeza hacia un lado—. ¿La suya, en cambio?

De nuevo, el hombre rechinó los dientes.

—Yo estoy al frente del departamento de…

—No será un cargo lo que vaya a salvarlo esta vez —lo interrumpí —. No hay testigos dispuestos a respaldarlo, ni colegas corruptos dispuestos a enfangar sus actos. Es nuestra palabra contra la suya. Y si lleváramos todo esto a un tribunal, si contáramos de verdad quién es usted, o el motivo por el que Rayden se fue de casa a los dieciséis años, o lo que realmente le ocurría a la señora Wade cada vez que acudía a urgencias… ¿Qué cree que pensaría el juez? ¿Quién cree que tendría el apoyo del jurado?

Bajo sus dedos, el auricular parecía a punto de romperse.

—Así que, por última vez…, ¿está seguro de que quiere llamar a la policía? ¿De que quiere perder su trabajo y destruir su reputación?

Sus dientes rechinaban cada vez más.

—Adelante, hágalo. Intente hundir a Rayden, señor Wade. —Clavé mis ojos en los suyos—. Yo lo hundiré a usted.

La ira en su expresión aumentó. Sentí que inundaba el aire, que nos golpeaba como una oleada de lava.

Pero no me moví. Seguí haciendo de escudo de Rayden. Aunque tenía la respiración acelerada y unas gotas de sudor frío me resbalaban por la espalda.

—Es una bonita historia… —Con un movimiento brusco, soltó el auricular del teléfono, que se estrelló contra la pared y produjo un ruido seco mientras él avanzaba un paso.

De inmediato, Rayden me rodeó la cintura y me atrajo hacia sí en un abrazo protector.

—Pero ¿de verdad estás dispuesta a contar esa historia? —Avanzó un poco más—. ¿De verdad estás dispuesta a mentir por él?

Noté que los brazos de Rayden me presionaban el vientre con fuerza, y posé una mano sobre ellos.

—Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por él —respondí sin vacilar ni un segundo—. Pero explicarle a todo el mundo la persona horrible que es usted… Eso no sería mentir.

El señor Wade se detuvo a pocos pasos de nosotros. Sus facciones estaban irreconocibles, la furia y la oscuridad emanaban de su cuerpo a intervalos brutales.

Estaba decidiendo cuál sería su próximo movimiento. Qué golpe asestaría.

Pero yo no le permitiría nunca más que le hiciera daño a Rayden.

—No importa lo que tenga que hacer, lo que tenga que decir… Usted no volverá a ganar, señor Wade. Encontraré la forma de impedirle que destruya más vidas.

Vi el momento exacto en que la cólera estalló en sus ojos, como una bomba arrojada sobre un campo de minas.

El efecto fue devastador.

Y ocurrió a cámara lenta.

Las aletas de la nariz del señor Wade se dilataron, la vena de su cuello empezó a palpitar, sus escleróticas se tiñeron de rojo. Y su mano…

Su mano se alzó hacia mi cara.

Me pregunté cuántas veces, a lo largo de los años, la señora Wade habría presenciado esa escena. Y si ella, como yo, también se habría quedado petrificada por completo.

Demasiado asustada para huir.

Demasiado paralizada para ponerse a salvo.

Sus nudillos se acercaron a mi mejilla, el aire se me quedó atascado en la garganta…

En un abrir y cerrar de ojos, Rayden me apartó con fuerza. Y se interpuso entre su padre y yo para detener el golpe.

—Atrévete a tocarla, acercarte a ella, o solo mirarla… Y haré que te arrepientas de seguir respirando.

Su voz era una lámina de hielo, letal y afilada, y hasta yo misma me estremecí. Pero no su padre. No. Él, en medio de la distorsión con la que veía el mundo, volvió a sonreír.

Rayden dio un paso corto hacia delante.

—¿Quieres saber si de verdad soy capaz de destruirte? Tócala y lo descubrirás.

El hombre volvió a pasarse la lengua por el labio ensangrentado.

—Entonces…, ¿es ella?

—¿La razón por la que estaría dispuesto a matarte con mis propias manos? Sí. Es ella.

Inspiré con brusquedad y me acerqué por detrás para cogerle un brazo.

—Rayden…

—No —me interrumpió. Pero su mirada permaneció fija en la de su padre—. Es la verdad, y tiene que entenderlo. —Avanzó un poco más—. Me importa una mierda cuáles sean las consecuencias. Atrévete siquiera a pensar en levantarle un dedo a Avery, y estaré más que dispuesto a asumir todas las consecuencias.

Aunque me encontraba detrás de Rayden, alcancé a verlo. El modo en que la expresión de su padre empezó a cambiar.

La arrogancia se desvaneció poco a poco de sus facciones, el desafío y la diversión se disiparon. Porque, al fin, se estaba dando cuenta. De lo distinto que su hijo era de él.

Donny Wade siempre se había dejado dominar por su odio.

Rayden, en cambio… Él se dejaba guiar únicamente por el amor. Y no existía nada más poderoso. Nada más increíble y aterrador.

Nada más sublime.

Y era cierto, siempre lo había sido: lo sublime era una fuerza destructora. Pero eso solo significaba que Rayden arrasaría el mundo entero por las personas a quien amaba.

Y él me amaba a mí.

—Ya no soy el niño al que puedes estrellar contra la pared y torturar con una táser.

Me sobresalté con fuerza.

¿Torturarlo con una táser?

Entreabrí los labios y bajé la mirada hacia la espalda de Rayden. Justo en el punto exacto donde, en su pecho, se encontraban las cicatrices.

«Oh, Dios mío…».

—Ya no soy el chaval que no tiene ninguna posibilidad contra ti. Y ya no soy demasiado débil para proteger a quien quiero.

Tragué saliva con dificultad. Demasiadas emociones colisionaban en mi pecho.

El señor Wade estaba rubicundo.

—¿Y a qué esperas? —Dio un paso atrás y abrió los brazos—. Demuéstralo. Enséñame cuánto has cambiado de verdad. Enséñame cómo te has convertido en un hombre.

Cada músculo de Rayden se contrajo, y una espiral de pánico me atenazó la garganta. No podía. Continuar aquella conversación, aquel enfrentamiento… No podía. Y no por su padre. Por sí mismo.

Apreté todavía más mi agarre y le hundí los dedos en el bíceps, pero era como intentar apretar el mármol.

No era lo bastante fuerte para retenerlo, para…

Con gestos rígidos y tensos, Rayden se movió. Y giró la cabeza hacia mí.

Sus ojos encontraron los míos, su mirada se fundió con la mía.

Lo que encontró en mí, fuera lo que fuese, lo llevó a contraer la mandíbula de forma imperceptible. Y a volver a dirigirse a su padre.

—No. —Esa palabra hizo temblar los cimientos de la casa.

—¿No? —Su padre rio, pero no había ni rastro de diversión en su semblante.

—No —repitió Rayden—. A ti no tengo que demostrarte nada.

La garganta se me cerró todavía más y me impidió tomar una sola bocanada de aire.

—No dejaba de decirme que no sabía por qué había venido aquí. Que no sabía qué haría si te veía… Pero eran tonterías. —Sacudió la cabeza ligeramente—. He venido para verte sufrir. Para ver en ti los mismos moratones que he visto en el cuerpo de mamá en el hospital. —Bajo mis dedos, un escalofrío le recorrió la piel—. Pero ¿quieres saber la verdad?

Pasó un segundo de silencio. Y luego otro. Y otro más. Mientras, Rayden se preparaba para decir las palabras que yo sabía que derrotarían a la oscuridad. Y que conseguirían que volviera la luz. Dentro y fuera de él.

—No vales la pena.

Como si lo hubiese golpeado en el esternón, su padre se tambaleó hacia atrás.

—Sé que una parte de mí nunca dejará de desear que acabes exactamente como mereces. Sé que seguiré soñando, esperando, que vivas cada uno de los dolores que nos provocaste… Pero no seré yo quien te los inflija.

Mi corazón se ensanchó, mis labios empezaron a curvarse en una sonrisa.

—Porque eres un cobarde. —Su padre escupió saliva y sangre al suelo—. Igual que cuando eras…

—No. —El gruñido de Rayden cortó sus palabras—. Porque durante años odié a mamá por no haberse marchado de esta casa. Pero, en realidad, yo tampoco me fui nunca.

Las lágrimas me humedecieron las pestañas.

—Seguí viviendo entre estas paredes, pensando en el pasado, pensando en ti… Ya no tengo intención de seguir haciéndolo. Ya he cometido demasiados errores. No cometeré este también.

Me acerqué más a él sin dejar de rodearle el brazo. Pero, en ese momento, ya no estaba segura de quién de los dos necesitaba más ese contacto.

—Hoy es el último día en que formarás parte de mi vida. El último —repitió—. No volveré a verte, nunca más, ni siquiera en el funeral. Porque tú no vendrás.

Su padre abrió los ojos de par en par.

—¿Qué…?

—Tú no vendrás —insistió Rayden, con un tono tan duro que el aire tembló—. Y a mamá no la enterraremos aquí. He tardado más de diez años…, pero por fin me la llevo. Conmigo.

La primera lágrima caliente me resbaló por la mejilla.

Al final, Rayden haría lo que siempre había soñado.

Salvar a su madre.

—No permitiré que vuelvas a acercarte a ella. A ninguno de nosotros.

El señor Wade parecía al borde del colapso. Pero su expresión, ese rostro que hasta poco antes me había petrificado, ya no infundía ningún miedo.

—Querías que estuviéramos muertos… Finge que es así. Porque tú, para nosotros, ya no existes.

—Cómo te atreves…

El hombre se abalanzó hacia delante y descargó otro puñetazo hacia la mandíbula de Rayden. Y en ese momento comprendí que todo había terminado. Que lo habíamos conseguido, que habíamos ganado.

Porque Rayden bloqueó el golpe…

Pero no lo devolvió.

Su padre entreabrió la boca y dio un respingo. Y allí, frente a su hijo, parecía pequeño. Débil. Y del todo insignificante.

—Tú… —siseó a pocos centímetros de Rayden—. Tú, asqueroso…

—Debería marcharse, señor Wade. —Me aparté a un lado. No permitiría que siguiera hablándole de esa forma a Rayden. Abriendo en él heridas que serían demasiado difíciles de cerrar—. Antes de que yo decida llamar de verdad a la policía.

Rayden lo soltó de golpe, y él se tambaleó hacia atrás, apretándose el brazo contra el pecho. El alcohol en su sangre empezaba a disiparse. O, tal vez, era la locura en él la que se desvanecía y dejaba espacio a la derrota. Y al dolor que esta traía consigo.

—No…

—Vete —repitió Rayden.

El fuego en sus ojos lanzó una última y violenta llamarada.

—Cuéntate lo que quieras. —Avanzó una vez más—. Intenta olvidarme si crees que eres capaz… Pero nada de lo que puedas hacer, nada, cambiará el hecho de que mi sangre corre por tus venas. Y de que soy tu padre.

Sentí aquella puñalada como si me la hubieran asestado a mí. A mi alma, a mi corazón. Y habría querido encontrar el modo de proteger a Rayden, de impedirle sangrar…

Pero, antes de que pudiera reaccionar, su padre volvió a escupir a nuestros pies. Y nos pasó de largo.

¿De verdad se estaba marchando?

¿De verdad se rendía?

Intenté girarme para asegurarme de que era así, pero, de nuevo, fui incapaz de moverme ni un solo centímetro.

—No. —De espaldas a él, Rayden sacudió la cabeza. Por última vez, su voz llegó hasta el hombre que había convertido toda su vida en una pesadilla—. Yo nunca he tenido un padre.

Pasó un segundo.

Un segundo en el que el mundo dejó de girar, el universo se incendió, el pasado se volvió ceniza…

Y cuando la puerta se cerró, nosotros nos quedamos allí, por encima de aquel incendio, libres de cualquier quemadura. Mientras una nueva realidad se dibujaba ante nosotros.

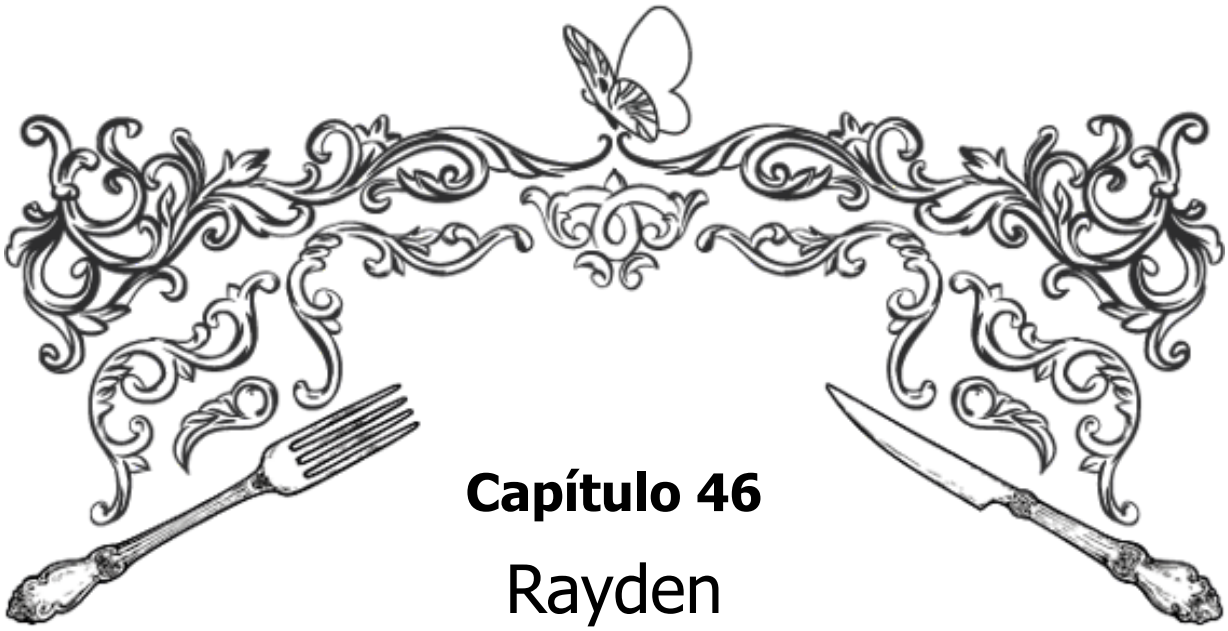
Me llevé dos dedos a los labios y me giré hacia el final del pasillo.

Se había marchado.

Donny Wade se había marchado.

De aquella casa… y de la vida de Rayden.

Se había marchado.



Capítulo 46

Rayden

No percibía las punzadas de dolor en los huesos.

No percibía el ardor en los nudillos, el veneno que se disipaba en mis venas.

Tampoco percibía los gritos de derrota de la oscuridad que se apagaba dentro de mí.

Solo percibía las palabras que había pronunciado pocos segundos antes. Y la verdad que encerraban.

«Yo nunca he tenido un padre».

Desde que era niño, me había concentrado en el hecho de no querer ser su hijo, pero la respuesta siempre había sido esa.

Donny Wade nunca había sido mi padre. Y ya no podría arruinarme la vida fingiendo que lo era.

La oscuridad emitió un último y desgarrador lamento.

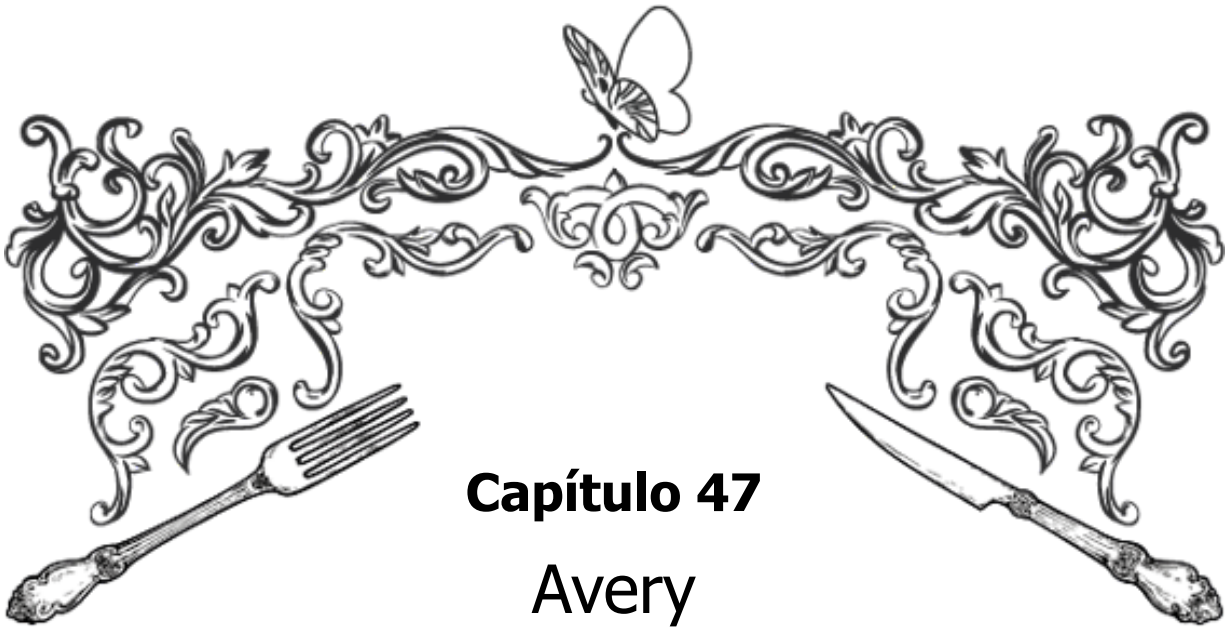
Y murió.

En silencio, en la oscuridad. Allí donde había permanecido atrapado demasiados años, llorando y temblando a escondidas.

Murió.

Y la luz…

La luz me embistió con la violencia de un huracán.



Capítulo 47

Avery

—Rayden… —Su nombre me subió por la garganta en un susurro, pero fue lo bastante fuerte como para hacer que se girara—. Rayden.

Le rodeé el cuello con los brazos y me apreté todo lo que pude contra su cuerpo. Necesitaba sentirlo, asegurarme de que estaba bien…

Él, sin embargo, no me devolvió el abrazo.

Acababa de decir que estaba dispuesto a matar por mí, pero no era capaz de abrazarme.

—Avery… —Me separó de él, y en su expresión leí cientos de preguntas, pensamientos, reflexiones…, cada uno más doloroso que el anterior.

Era como si ahora me viera por primera vez. Como si acabara de despertar de una pesadilla e intentara volver a adaptarse a la realidad.

Y sabía que era exactamente así.

—No… —Sacudió la cabeza y miró una última vez hacia la puerta cerrada—. ¿Qué…? —Se dirigió de nuevo a mí—. ¿Qué haces aquí?

Me sequé las lágrimas de las mejillas.

—He sabido lo de tu madre. Y he pensado que… —Tragué con fuerza y dejé la frase inacabada—. Lo siento, Rayden. Lo siento mucho…

Demasiado sufrimiento apuñaló sus iris.

—No… —Cerró los ojos un instante—. No…

Como si un pensamiento repentino se hubiera impuesto sobre todos los demás, volvió a mirarme. Y esa vez, rezumaba pánico.

—Estás herida.

Instintivamente, escondí la mano entre los pliegues de la falda.

—Ya te lo he dicho, no es nada. Solo es un rasguño. —Llevé los otros dedos hacia su rostro—. No es de mí de quien deberías preocuparte.

—Solo pienso preocuparme por ti.

Antes de que pudiera replicar, me llevó a la cocina, encendió la luz y señaló la mesa.

—Siéntate.

—Rayden…

—Siéntate, Avery. Por favor.

Contuve un suspiro y obedecí.

Si quería cuidar de mí y concentrarse en mi dolor para no pensar en el suyo, se lo permitiría. Al menos hasta que estuviera listo para enfrentarse al suyo.

Fue a mojar un paño y luego volvió hacia mí.

Y se arrodilló a mis pies.

El corazón se me agrietó.

—Rayden…

—La mano —ordenó, tendiéndome la suya.

Carraspeé, pero, de nuevo, obedecí. Y me odié por ello.

La extensión de sufrimiento en él parecía estar a punto de arrollarlo. Pero cuando vio el corte en mi palma, cuando lo vio de verdad, aquella extensión aumentó hasta el infinito. Y lo rompió en pedazos.

Quería decir algo. Tranquilizarlo, decirle que no era nada, que todo estaba bien…

Pero él no me dejó tiempo para que lo hiciera.

Con suma delicadeza, me rodeó la muñeca con los dedos y empezó a tratarme suavemente la herida.

Evitaba mi mirada, pero no necesitaba verlo para saber lo que sentía. Porque yo sentía lo mismo.

—Rayden…

Se estremeció, y eso hizo que presionara por error sobre el corte. Un silbido me subió por la garganta.

—Perdona —dijo enseguida. Y su voz…

Me mordí el interior de la mejilla con fuerza.

—No tienes que disculparte.

Él negó con la cabeza, pero no añadió nada más. Y antes de poder detenerme, dije lo único que no dejaba de martillearme en las sienes en un desesperado intento por salir.

—Gracias —susurré—. Por todo.

«Por haberme defendido, por haberme protegido».

«Por haber parado, por haber vuelto a mí».

«Por no haber dejado que la oscuridad te engullera, por estar aquí curándome la herida».

«Por…».

—No lo hagas. —Su gruñido me pilló por sorpresa.

—¿Hacer qué?

—Darme las gracias. Como si fuera un puto héroe… No lo hagas.

Al fin levantó la mirada hasta encontrarse con mis ojos. Y todo el aire desapareció de mis pulmones.

No solo estaba sufriendo, no solo se estaba rompiendo…

Se estaba ahogando. Y no en el dolor.

En la culpa.

—Lo siento, Avery. —Su mirada se volvió vidriosa. Vidriosa—. No quería hacerte daño.

Las pestañas se me humedecieron.

—No lo has hecho…

—Es culpa mía que estés sangrando.

—No es verdad. —Le acuné delicadamente el rostro con la mano sana—. Ya te lo he dicho. Nada de todo esto es culpa tuya.

Él ni siquiera hizo un esfuerzo por intentar creerme, y la lluvia de lágrimas en sus ojos se volvió más densa.

—Voy a buscarte una gasa.

Se levantó antes de que pudiera decirle que no hacía falta, y al cabo de un minuto volvió con un botiquín de primeros auxilios.

Me pregunté cuántas veces lo habría usado con su madre. Y cuánto le estaría doliendo revivirlo todo en ese momento.

—Puedo ocuparme yo —me ofrecí mientras dejaba el botiquín junto a mis pies y sacaba un poco de algodón—. No tienes que…

—Te escocerá un poco —dijo, ignorándome.

Tras verter un poco de desinfectante en el algodón, volvió a limpiarme el corte.

Unas punzadas dolorosas se extendieron por mi palma, y apreté los dientes con todas mis fuerzas con tal de no mostrar la más mínima reacción.

—No hace falta que te den puntos —murmuró al final.

Asentí, aunque no me estaba mirando.

—Lo sé.

—Pero tardará un poco en curar. —Cogió una venda y me envolvió la palma, asegurándose de que toda la herida quedara cubierta.

Entonces me di cuenta del verdadero estado en que él tenía las manos. Y esa vez, cuando un sollozo me estalló en la garganta, apenas pude sofocarlo.

—Tú también tienes que desinfectarte las heridas.

—Estoy bien. —Fue a cerrar el botiquín, pero lo detuve.

—Por favor.

Mi súplica pareció hacerle daño y, cuando volvió a alzar los ojos hacia los míos, un suspiro escapó de sus labios. Sin decir nada, me tendió las manos, y yo me incliné para coger más trozos de algodón.

Se los pasé por cada corte, intentando desinfectarlos y limpiarlos lo mejor posible.

Rayden no se estremeció ni una sola vez, no se tensó. Y, de repente, ya no me pregunté cuántas veces habría curado él a su madre, sino cuántas veces su madre lo habría curado a él.

—¿Te duele? —pregunté en voz baja, aunque no sabía muy bien a qué me refería. Si a ese momento o a su pasado.

—No.

«Dios…».

Su voz, el esfuerzo que hacía por controlarse y ocultar todo lo que sentía…

Me estaba matando.

Oírlo de esa forma me estaba matando.

—Vale…

Llevé dos dedos bajo su mentón y le incliné el rostro hacia el mío para desinfectar la herida de la ceja y los cortes en la mandíbula. Y mientras sus ojos encontraban los míos, mientras lograba entrever cada cicatriz abierta dentro de él, otra lágrima rodó por mi mejilla.

—Te lo dije —murmuró con voz ronca mientras me apartaba la mano—. Te dije que te haría daño.

La garganta se me cerró.

—Por favor, no lo hagas.

Él, sin embargo, había vuelto a bajar la mirada hacia mi vendaje.

—Rayden… Mírame —le imploré.

Al cabo de unos segundos interminables, lo hizo.

—Tienes razón, estoy herida. Pero no por un estúpido corte. —Me incliné hacia él para acercarme más—. Porque tú estás mal. Porque estás sufriendo.

Sus labios se tensaron en una línea dura.

—¿Y no lo merezco?

Me estremecí.

—No —respondí de inmediato—. Claro que no.

—Déjalo. —En su voz había desprecio. Y estaba dirigido hacia sí mismo—. Ya me has visto con mi padre. Has visto lo que…

—Sí —lo interrumpí—. Lo he visto. —Me incliné todavía más hacia él. No pensaba rendirme—. He visto cómo te provocaba una y otra

vez, y también he visto que tú has decidido parar. Y no me refiero solo a cuando lo golpeabas, sino también después. Podrías haber continuado, podrías haber desahogado en él el peso de cada recuerdo… Pero has parado.

Unas tinieblas densas ennegrecieron su mirada.

—No lo habría hecho si no hubieras llegado tú.

—Yo creo que sí. Lo habrías hecho. —No había ni rastro de duda en mi voz, y él lo notó.

—¿Cómo lo sabes? —susurró—. ¿Cómo coño puedes creer en mí después de todo lo que acabas de presenciar?

—Porque has parado —repetí otra vez.

—Por el amor de Dios, no…

—Has parado.

Rayden apretó la mandíbula.

—¿Crees que si lo repit…?

—Has parado.

Comenzó a parpadear.

—Yo…

—Has parado. —Con delicadeza, le posé una mano en la mejilla.

Esa vez no replicó. Se limitó a tragar saliva. Y sus facciones rígidas, al fin, empezaron a relajarse.

—Has parado, Rayden…

Su respiración se acortó.

—Has parado.

Lo acaricié con suavidad. Y él no se apartó de mi contacto.

—Si quieres, puedes pensar que lo has hecho solo porque he llegado yo. Y aunque no sea así…, está bien. Porque yo siempre llegaré. Cada vez que me necesites, cada vez que busques ayuda…, yo estaré ahí. Siempre.

La tormenta en sus ojos seguía creciendo y se volvía más destructiva segundo a segundo.

—Sé lo que estás pensando —murmuré—. Pero tienes que dejarlo.

—¿Dejar qué?

—De tener miedo.

En una ocasión, él me había acusado de algo parecido, y tenía razón. Yo estaba aterrada. Pero, igual que él me había ayudado a afrontarlo, ahora yo lo ayudaría a él.

—Crees que estás lleno de rabia, crees que tu odio al final te transformará…

Todavía de rodillas frente a mí, se quedó inmóvil.

—Pero no es así. —Deslicé la punta de los dedos entre su cabello —. Lo que sientes no es odio, nunca lo ha sido. Es tristeza. —Esa última palabra me salió quebrada, pero no me detuve. Tenía que oírlo. Tenía que comprenderlo—. Estás triste porque habrías merecido un padre capaz de amar, pero no pudiste tenerlo. Y estás triste porque piensas que, a pesar de todo, tu madre siempre lo quiso más a él que a ti.

Una explosión de dolor incendió la lluvia en sus ojos, tan violenta que llegué a sentirla sobre la piel.

—Yo no la conocí —continué—. Pero por cómo me has hablado de ella, por cómo te crio… No creo que sea cierto, Rayden. Creo que ella te quería más que a nada en el mundo. Tanto que pasó años haciendo de escudo con tal de protegerte. Tanto que te escondió su propio dolor para ahorrarte más sufrimiento. Y tanto… —Me temblaron los labios—. Tanto como para hacer una de las cosas más difíciles que existen: renunciar a ti.

Rayden colocó las manos sobre mis muslos, como si necesitara un apoyo para no derrumbarse. Y mis lágrimas se estrellaron sobre sus nudillos, limpiándole la poca sangre que todavía los manchaba.

—¿Qué habría hecho tu padre si un día hubiera vuelto a casa y no os hubiera encontrado aquí? ¿Os habría dejado en paz? ¿O habría ido a buscaros?

Lentamente, una nueva consciencia empezó a abrirse paso entre las tinieblas que seguían lamiendo los bordes de sus ojos.

—Me dijiste que él la necesitaba, que era la única forma que tenía para desahogarse… Piensa en lo que llegó a hacer cuando

amenazaste con llevártela. ¿Qué habría pasado si lo hubieras hecho de verdad?

Sobre mis piernas, sus dedos se pusieron rígidos.

—Tu madre nunca tomó la decisión equivocada, Rayden. Siempre te eligió a ti. Eligió dejarte marchar… y quedarse atrás con tal de darte la oportunidad de estar bien.

Su nuez se movió con tanta brusquedad que parecía dolerle.

—Quería que pudieras ser feliz. Que pudieras tener una vida que te permitiera dormir de noche, en lugar de asustarte ante el ruido más débil. Que pudieras perseguir tus sueños sin temer que te los arrebataran. Y que pudieras olvidar todo lo que te has visto obligado a vivir.

Volví a posar la palma sobre su mejilla, esperando infundirle un poco de calor.

—Has pasado años intentando salvarla —proseguí en un susurro quebrado—. Pero ella, durante todo ese tiempo, no dejó de salvarte a ti.

Sus labios se apretaron hasta desaparecer, sus ojos empezaron a enrojecerse. La tormenta en sus iris estaba alcanzando el punto culminante.

—¿Lo entiendes ahora? El motivo por el que estoy aquí, el motivo por el que no voy a dejar de luchar por ti… —Le dediqué una leve sonrisa—. Es porque tú no eres como tu padre, nunca lo has sido. Eres como tu madre.

Aquellas palabras parecieron golpearlo con dureza y de forma inesperada, y sus facciones se tensaron todavía más.

—En cuanto creíste que estar conmigo podía hacerme daño, intentaste marcharte. Querías apartarte y permitirme tener lo que fuera mejor para mí. Exactamente igual que hizo ella contigo.

Ya no quedaba color en su rostro.

—La única diferencia es que lo que te dije aquel día era cierto. Tú eres lo mejor para mí. Y nada lo cambiará jamás. —Apoyé la frente en la suya—. Ojalá pudieras verlo. Ojalá… —Suspiré—. Ojalá encontrara una solución para ayudarte a dejar de estar mal. Y para

hacerte entender que nunca te convertirás en aquello que temes poder llegar a ser.

Tragó saliva con fuerza, como si tuviera demasiadas cosas obstruyéndole la garganta. Emociones, palabras, gritos reprimidos, lágrimas que no había derramado jamás…

—Decías que en la cocina siempre hay una solución.

Mi alma sollozó.

—No sé cuál sea —admití—. Pero la encontraremos.

Poco a poco, Rayden volvió a fruncir los labios. Y lo vi. Cada palabra que había pronunciado seguía allí, dentro de él, como las piezas de un puzle que empezaban a encajar en un orden que él no había visto nunca.

—¿Lo piensas de verdad? —preguntó al fin—. Lo que has dicho de mi madre, lo que ella…

—Sí. Lo creo de verdad. —Parpadeé, y una de mis lágrimas resbaló hasta su rostro.

Le había prometido que lloraría en su lugar, y seguiría haciéndolo hasta que fuera capaz de conseguirlo por sí mismo.

—Ella quería que fueras feliz. Y puedes serlo. Feliz, triste… Hasta puedes enfadarte… Pero nunca estarás lleno de odio. Nunca serás como tu padre.

—Ella… —Se aclaró la voz—. E-ella… —Cerró los ojos y se inclinó hacia delante. Y mientras presionaba la frente contra mis rodillas, rompiéndose sobre mí, yo lo abracé con toda la fuerza que tenía, ocultando cada sollozo que intentaba sacudirme—. Y tú… —Después de unos minutos interminables, volvió a incorporarse—. Tú lo habrías hecho de verdad.

Sorbí por la nariz.

—¿El qué?

—Mentir por mí —respondió—. Decir esas cosas a la policía… Protegerme.

Sonriendo, asentí.

—¿No me has oído antes? No existe una sola cosa que no haría por ti.

Rayden permaneció en silencio unos cuantos segundos interminables más, con los ojos clavados en los míos y demasiados pensamientos en la mente.

Le dejé todo el tiempo que necesitaba para procesarlos. Para revivir su infancia bajo una luz distinta y afrontar su presente de un modo nuevo.

Nuestras respiraciones se habían sincronizado cuando Rayden volvió a moverse.

Con los latidos cada vez más acelerados, permanecí inmóvil mientras llevaba una mano a mi rostro y me secaba las lágrimas que aún se deslizaban por mi piel.

Su caricia fue delicada, extremadamente suave. Pero su mirada… lo fue todavía más.

—Eres tú, jovencita —dijo con voz ronca.

—¿Soy qué, chef?

Me acarició el pómulo.

—Mi solución.

Mi corazón estalló y, en esa explosión, Rayden buscó mis labios. Y me besó.

Todo mi cuerpo reaccionó a ese contacto, y no dudé ni un instante: le rodeé el cuello con los brazos y le correspondí, entreabriendo la boca antes incluso de que me lo pidiera.

Nuestro beso sabía a sal. A cicatrices. Y a tristeza. Esa que, por primera vez, Rayden se permitía liberar.

Las lágrimas encerradas en sus ojos se abrieron paso entre sus pestañas, y yo me obligué a no temblar mientras las enjugaba una a una.

Rayden lloró por su madre. Por su padre. Por mí…

Y, por último, lloró por sí mismo. Por la vida que creía que no había tenido y por la que ahora podría tener.

Cuando al fin interrumpió nuestro beso, su abrazo alrededor de mi cintura volvió a ser firme. Parecía que quisiera seguir teniéndome cerca de él. Y que no tenía ninguna intención de dejarme ir.

Me pasó los dedos entre el pelo mientras seguía sufriendo, luchando por respirar, intentando gestionar años y años de emociones reprimidas…

Pero, al final, hizo algo que me dejó completamente sin aire.

Sonrió.

—Te quiero, Avery —murmuró—. Y no sé cómo coño lo haré para demostrártelo, pero… te quiero.

Me temblaron los labios, y apoyé la frente en la suya mientras intensificaba el agarre en su cabello.

—Yo también te quiero.

Inspiró por la nariz mientras seguía acariciándome.

—¿Estás segura de que estás bien?

Asentí.

—Estoy segura.

—Vale. —Se echó hacia atrás y se apoyó sobre los talones—. Deberíamos irnos.

De repente, volví a ser consciente del lugar en el que nos encontrábamos.

—Sí, claro.

Rayden se pasó una mano por el rostro.

—Dame solo un segundo.

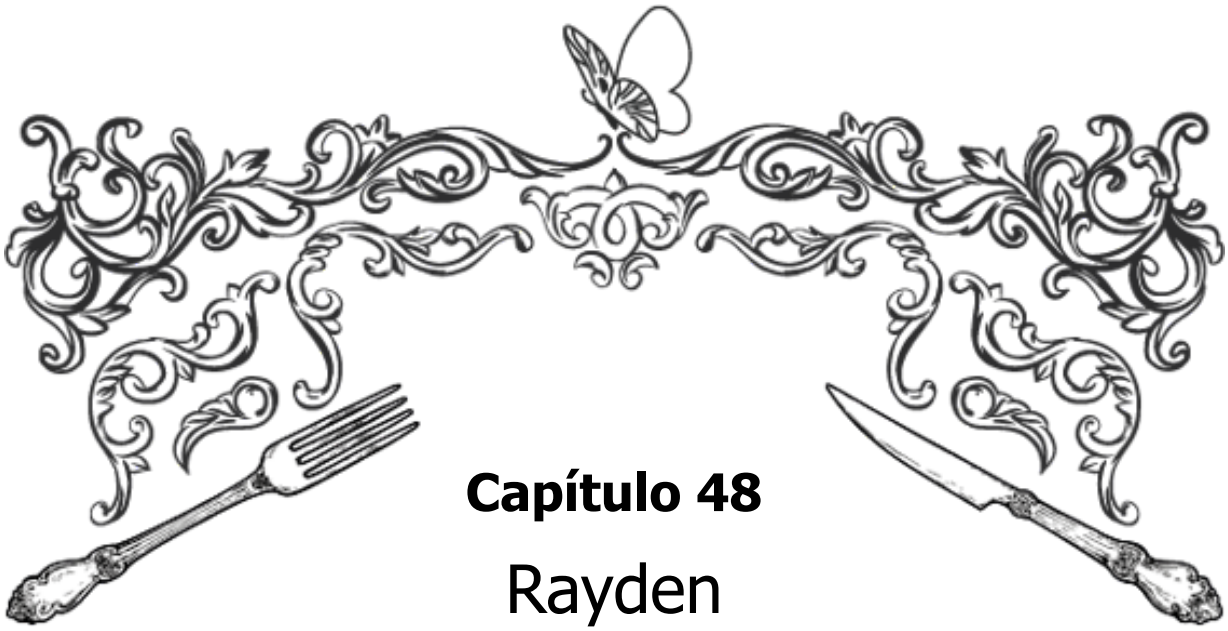
Salió de la cocina, y yo también me levanté para esperarlo en el pasillo.

Reapareció al cabo de unos instantes, sujetando una tela blanca entre los dedos. Cuando se acercó, vi que era un delantal.

—¿Vamos? —dijo antes de que pudiera hacer preguntas.

Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Vamos.



Capítulo 48

Rayden

Sujetando con fuerza la mano de la chica que había empezado a salvarme desde el primer momento en que la vi, crucé el pasillo y abrí la puerta de entrada.

No me detuve para despedirme de la casa en la que había crecido. No me giré para buscar las pesadillas que la infestaban ni los fantasmas que jamás dejarían de atormentar aquellas cuatro paredes.

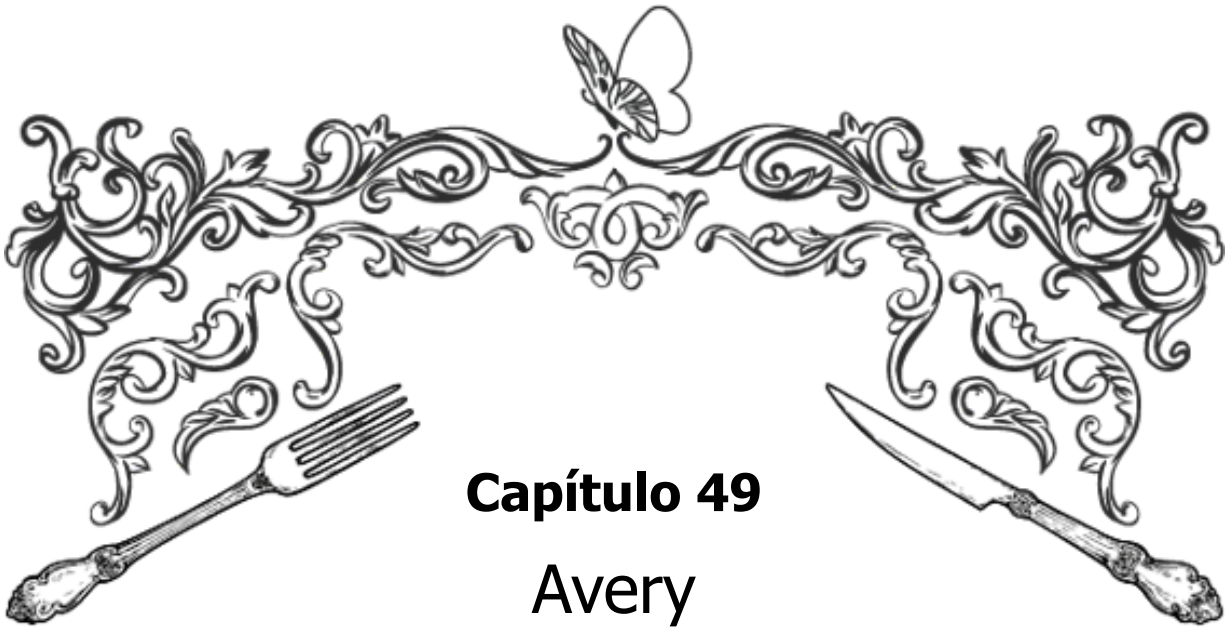
Avery me había dicho que siempre nos correspondía a nosotros decidir cómo vivir nuestra vida. Y yo, en aquel momento, lo hice.

Elegí dejar ir la oscuridad.

Abandonar el dolor con el que había crecido.

Y sumergirme con ella en la luz.

Porque el mismo fuego que creía que no volvería a sentir había empezado a brillar de nuevo en mi interior. Y nunca había brillado con tanta fuerza.



Capítulo 49

Avery

La brisa nocturna nos envolvió en cuanto salimos a la calle, y cuando al fin respiré el aire fresco, me di cuenta de lo venenoso que había sido el oxígeno en aquella casa.

Pero ya no teníamos que preocuparnos por eso.

Ahora podíamos seguir adelante. Podíamos estar bien.

—Avery… —La voz de Rayden captó mi atención y, cuando me giré, vi que un surco profundo se marcaba en su entrecejo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Me encogí de hombros y le di la respuesta que ya sabía, estaba segura de ello.

—En coche.

Entreabrió los labios unos milímetros.

—Has conducido.

No era una pregunta, pero asentí igualmente.

Rayden ya sabía lo difícil que había sido para mí afrontar ese viaje. Pero también quería que supiera que, por él, lo volvería a hacer mil veces.

—Era la única forma de llegar lo antes posible.

—No… —Negó con la cabeza—. No sé qué decir.

Me apreté contra su costado.

—No tienes que decir nada. Pero… —Vacilé un instante—. No sé si puedo volver a conducir hasta Boston.

Rayden asintió.

—No tienes que hacerlo. Podemos ir a la estación y coger un tren.

—O bien… podemos coger tu coche.

Frunció el ceño.

—¿Te ves capaz?

Esperé a sentir el miedo. El pánico desbocado y violento…, pero no llegó.

Tal vez Rayden no fuera el único que había dejado atrás sus pesadillas. Quizá yo también lo había conseguido.

—Sí —respondí—. Me basta con estar contigo.

Me observó en silencio unos segundos, como si intentara aferrarse a mis últimas palabras.

—De acuerdo —respondió al fin—. Mañana enviaré a alguien para que venga a recoger tu coche. —Cruzamos la calle desierta mientras nos alejábamos cada vez más del número 23 de May Street—. Yo he dejado el mío al otro lado del parque. Pero si cambias de idea…

Negando con la cabeza, recogí la falda con una mano y lo seguí más allá de la verja que daba acceso al sendero de grava.

—De verdad, puedo…

No terminé la frase.

Por primera vez, Rayden se dio cuenta de cómo iba vestida. Y todo lo demás pareció perder importancia.

—Joder. —Se detuvo bruscamente y me recorrió el cuerpo con los ojos—. Avery, estás… —Tragó saliva—. Estás…

Se me encendieron las mejillas.

—Estaba mejor hace unas horas.

—No creo que eso sea posible —murmuró.

Parecía que no viera el rímel que me surcaba el rostro, el pelo alborotado, el vestido estropeado…

Me veía a mí. Nada más. Y su expresión era más increíble de lo que jamás hubiera esperado.

—Gracias, chef. —Le sonreí.

—No… —Negó despacio con la cabeza, volvió a alzar la vista hacia mí, y fue entonces cuando su gesto empezó a cambiar.

El asombro se transformó en aprensión, la maravilla en algo demasiado parecido a la culpa.

—Joder… El baile. —Se llevó dos dedos a los párpados—. No lo he pensado. Joder. —Con un suspiro, volvió a mirarme—. ¿A qué hora has salido de Boston? ¿Cuántas horas del baile te has perdido por mi culpa?

La garganta se me cerró.

No quería mentirle. Pero decirle la verdad en ese momento…

—No tienes que preocuparte —zanjé, y reanudé el paso. Él, sin embargo, notó el cambio en mi voz. Y frunció el ceño.

—Responde a la pregunta.

—De verdad, no tienes que…

—Avery.

Exhalé.

—No he ido. Eso es todo. —Me giré hacia él—. Y antes de que insistas, no supone un problema que me lo haya saltado. Te lo digo en serio.

Pero Rayden había dejado de escucharme. Tenía una expresión confusa, el surco entre sus cejas estaba cada vez más marcado.

—El baile empezaba a las ocho. No has podido venir tan pronto desde Boston. —Me clavó una mirada dura—. ¿Qué ha pasado?

Observé la grava bajo mis pies mientras intentaba decidir qué hacer.

—Jovencita…

—Quizá deberíamos tener esta conversación mañana —propuse —. Solo por…

—Habla conmigo —me interrumpió.

—Rayden…

—Habla conmigo —repitió—. Por favor.

Aquellas últimas palabras desataron una tempestad en mi pecho, y asentí antes siquiera de darme cuenta.

—De acuerdo —susurré—. Está bien.

Lo llevé hacia uno de los bancos que se intercalaban entre los árboles en el borde del sendero. Él se sentó a mi lado, sin apartar la mirada de mí ni un solo instante.

—No he ido al baile… —empecé, estudiando sus expresiones—… porque estaba en el restaurante.

Rayden arqueó las cejas.

—¿Tú… qué? ¿Por qué?

—He pasado para saludarte —expliqué—. Quería enseñarte el vestido. Solo que…

—Yo no estaba allí —concluyó por mí.

—No, no estabas allí. Y la cocina… —Me mordí el labio inferior—. Las cosas no iban demasiado bien.

Le conté a grandes rasgos lo que había pasado, aunque me guardé para mí los detalles más importantes. No hacía falta que los supiera, ni que la losa que ya cargaba sobre sus hombros se volviera todavía más pesada. Para él ya era bastante asfixiante así. Lo veía.

—Joder… —Apoyó los codos en las rodillas y se pasó las manos por el pelo, y eso bastó para hacerme ver que, con todo lo que había pasado, no había tenido ni el tiempo ni las fuerzas para preocuparse también por el Ambroisie.

—Rayden… —Le puse una mano en el brazo y él, de inmediato, se giró para mirarme.

Estaba… avergonzado.

—Lo siento, Avery.

Parpadeé.

—¿Por qué?

—Porque no tendrías que haber estado allí. Ese peso no debería haber recaído sobre ti… No es justo.

—¿Justo? —repetí—. Rayden, he… he dirigido la cocina —dije, y le deslicé la mano por la muñeca hasta entrelazar nuestros dedos—. Estaba aterrada ante la idea de lo que te estaría sucediendo, pensando en por qué no estabas allí… Y estaba igual de aterrada ante la idea de cometer errores y echarlo todo a perder. Pero… lo he conseguido. He dirigido la cocina. He leído las comandas, he

supervisado a la brigada, he evitado que los camareros cometieran errores…

Los rasgos de Rayden se suavizaron. Y algo empezó a brillar en el fondo de sus ojos.

—Lo he hecho todo exactamente como me has enseñado, paso a paso. Porque sabía cómo hacerlo. Era capaz de hacerlo. —Le apreté más la mano—. El Ambroisie no es un peso para mí. Y haber tenido la oportunidad de dirigirlo, de ayudarte… Sí lo es. Es justo. —Le sonreí—. Así que, de todo lo que ha pasado en las últimas horas, esto es lo único por lo que no puedes preocuparte, no te lo permito.

Rayden me miró sin poder respirar, y durante unos largos instantes el único sonido que hubo a nuestro alrededor fue el susurro de las hojas.

—¿No me lo permites? —repitió al fin. Y en sus labios asomaba la sombra de una sonrisa.

—No.

—Estar en la cocina ya te está cambiando.

—Ya te lo he dicho —respondí—. He aprendido de ti.

Rayden ensanchó ligeramente su sonrisa. Su expresión, sin embargo, permaneció sombría.

—Gracias. Por haberte quedado.

Lo estudié.

—¿Pero?

Rayden suspiró.

—Pero… en cualquier caso has tenido que renunciar al baile por mi culpa. Has estado bajo una presión increíble por mi culpa. Y has tenido que subirte a un coche. Por mi culpa.

Negué con la cabeza.

—No he hecho esas cosas por tu culpa. Las he hecho por ti. Y las volvería a hacer en cualquier momento.

Rayden apretó los labios, sus facciones se habían endurecido.

—Te lo prometí. Que siempre estaría contigo, que lo afrontaríamos todo juntos. Y tú, chef…, tú vales mucho más que un estúpido baile.

De nuevo, Rayden dejó que el silencio se extendiera entre nosotros.

Ojalá pudiera meterme en su cabeza, saber qué estaba pensando, sobre qué reflexionaba…

Pero se movió antes de que pudiera pedirle que hablara conmigo. Y se levantó.

—¿Qué…? —Lo miré vacilante, con el corazón que me latía cada vez más rápido—. ¿Qué haces?

—La noche en que fui a tu casa, cuando te dije que no te merecía…

La garganta se me cerró.

—Tú respondiste que no me correspondía a mí decidir algo así, y quizá tengas razón… Pero lo que sí me corresponde a mí, lo que sí puedo hacer, es convertirme en una persona digna de estar a tu lado. —Encadenó nuestras miradas—. Y eso es lo que tengo intención de hacer. Porque no, Avery…, creo que no te merezco. Pero sé que no puedo vivir sin ti.

Mis ojos volvieron a humedecerse.

—No puedo devolverte lo que te he quitado esta noche. Y no puedo compensarte todo lo que has hecho por mí. Todo lo que haces por mí cada día… —Dio un paso en mi dirección—. Pero sí puedo demostrarte que no eres la única que lucha. Que siempre haré cualquier cosa por ti. Por nosotros. —Me tendió una mano—. Y que siempre mantendré mis promesas.

Un escalofrío cálido me recorrió la espalda e hizo que mis respiraciones se volvieran todavía más cortas.

—Esto no es un aparcamiento… Pero ¿quieres bailar conmigo, jovencita?

Me mordí el labio inferior hasta sentir pequeñas descargas irradiando en la piel. Y cuando lo solté, descubrí que estaba sonriendo.

—Sí.

En cuanto tomé sus dedos, un calor repentino nos envolvió a los dos, y no hizo más que intensificarse cuando me levanté y dejé que

Rayden me condujera hacia la hierba blanda.

Sin dejar de mirarme, apoyó las palmas en mi espalda, y yo entrelacé los brazos alrededor de su cuello, incapaz de apartar la mirada de la suya.

Poco a poco, empezamos a movernos, siguiendo el ritmo silencioso de la noche. El viento que agitaba las hojas, los grillos que cantaban en el prado, los búhos que batían las alas de vez en cuando… Y nuestras respiraciones que se perseguían para poder completarse mutuamente. Justo como lo hacían los latidos de nuestros corazones.

Rayden me acarició el pelo.

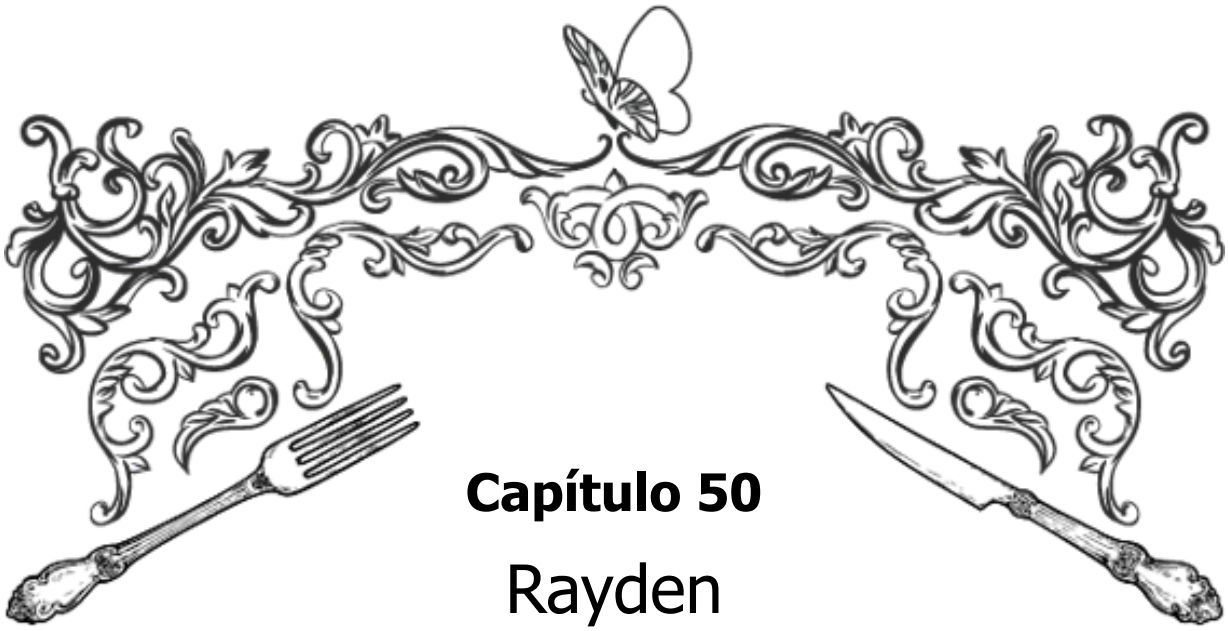
—Sé que no es como lo habías imaginado, pero…

Negué con la cabeza.

—Es mejor.

A nuestro alrededor no había música, no había luces de colores ni otras personas bailando. Era un momento solo nuestro. Y lo sería para siempre.

—Es perfecto.



Capítulo 50

Rayden

El alba empezaba a aclarar el cielo a lo lejos cuando tomé la salida hacia Boston. Durante todo el trayecto había mantenido una mano sobre el muslo de Avery, y ella no había dejado de apretarme los dedos ni un solo instante.

No sabía quién de los dos necesitaba más al otro en ese momento. Y, tal vez, la respuesta no tenía importancia.

Acariciándole la pierna con el pulgar, me giré un instante hacia ella. Estaba observando el paisaje por la ventanilla, con la cabeza apoyada en el cristal y los párpados que se le empezaban a cerrar.

—Intenta dormir un poco.

Se irguió y negó con la cabeza.

—Estoy bien. Además, ya casi hemos llegado.

La miré de reojo.

—¿Te llevo a tu casa?

Avery bajó la mirada hasta nuestras manos entrelazadas.

—¿Puedo ir a la tuya?

El alivio me invadió el pecho.

—Claro que puedes, jovencita.

Aún no me creía lo que había pasado esa noche, y no sabía cuánto tiempo tardaría en asimilarlo. Pero lo que sí sabía era que no

quería a nadie más a mi lado, aparte de Avery.

Ella me sonrió, volvió a mirar por la ventanilla, y yo giré por la calle que bordeaba el muelle.

—Estaba pensando —empecé—. Podríamos…

Avery se tensó de golpe.

—Para el coche.

Fruncí el ceño.

—¿Qué…?

—Rayden, para el coche. ¡Ahora mismo!

Puse el intermitente y paré a un lado, pero Avery se bajó antes incluso de que apagara el motor.

¿Qué demonios pasaba?

Cerré la puerta a mis espaldas y corrí tras ella, que ya había salido disparada hacia el muelle.

Cuando se detuvo, al fin comprendí cuál era su destino. Y la confusión en mí no hizo más que aumentar.

—El *Boston Globe* —la oí decir sin aliento al quiosquero.

—Avery, qué…

—Paga el periódico —me dijo con brusquedad, señalando al hombre que nos miraba desconcertado.

—¿Qué…?

—¿Puedes pagarlo, por favor? —La urgencia en su voz me apretaba la garganta como si tuviera una soga alrededor, y no dudé en sacar la cartera y entregarle un billete al quiosquero.

Cuando me giré, vi que Avery había empezado a caminar de un lado a otro. Estaba hojeando el periódico con el rostro pálido mientras se mordía el labio inferior.

Me acerqué, la tomé por un codo y la guie hacia el muelle.

—¿Puedes explicarme qué está pasando?

Me ignoró y siguió pasando las páginas del periódico. Hasta que, de pronto, se detuvo. Y los ojos se le abrieron de par en par.

—Jovencita…

Bajó bruscamente el diario. La agitación impregnaba cada una de sus respiraciones.

—Hay una cosa que no te he contado. Sobre ayer.

Su nerviosismo se coló dentro de mí.

—¿Qué?

Avery tragó saliva con fuerza mientras seguía torturándose el labio inferior.

—Uno de los motivos por los que la cocina estaba tan sumida en el caos… —Me ofreció una mirada de disculpa—… era porque en la sala estaban los inspectores de la Guía Michelin.

Abrí los ojos como platos.

—Y la señora D'Arnaud.

El aire desapareció por completo de mis pulmones.

No era posible. No podía ser verdad.

Después de todos mis esfuerzos, después de todo lo que había hecho para convencerla de que volviera a mi restaurante, no podía haber elegido la noche de ayer para venir a cenar.

Dios mío, no…

—Quería decírtelo, pero… —Avery dejó la frase en el aire. Y yo, lentamente, desvié la atención hacia el *Boston Globe.*

Ese era el motivo por el que lo había comprado.

Por la crítica.

Cerré los dedos en un puño, y los apreté tan fuerte que noté que algunas heridas de mis nudillos se abrían.

—¿Qué ha escrito?

—No lo sé. —Avery miró el diario—. Solo… —Volvió a mirarme a los ojos—. Lo intenté. De verdad. Hice todo lo que pude. Y también los demás. Yo…

Tomó aire temblando.

Y fue entonces cuando me di cuenta.

Avery no tenía miedo de la opinión de la señora D'Arnaud. Tenía miedo de decepcionarme a mí.

—Eh. —Di un paso hacia ella y le acaricié la mejilla—. Lo sé. E hiciste muchísimo más de lo que tendrías que haber hecho. —Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja—. Estoy jodidamente

orgulloso de cómo dirigiste la cocina. Y lo que ponga ahí, sea lo que sea, no lo cambiará.

Avery no reaccionó ante mis palabras. Sus facciones seguían rígidas, tenía el rostro pálido.

—¿Y si es negativa?

Hice un esfuerzo para no dejar entrever todo lo que se me arremolinaba en el pecho.

—Si es negativa, encontraremos el modo de afrontarlo. ¿De acuerdo?

Tomó una bocanada de aire, como si intentara calmarse. O armarse de valor.

—De acuerdo.

Nos dirigimos a uno de los bancos que daban al mar y, una vez nos sentamos, ella levantó el periódico.

Justo antes de volver a bajarlo.

—No puedo. —Empezó a sacudir la cabeza—. No puedo leer, Rayden. No…

—Respira —la interrumpí. Y, cuando lo hizo, le tendí una mano—. Dámelo a mí.

Avery pasó la mirada de mi palma al *Boston Globe.*

—Tú no lees tus críticas.

—No —asentí—. Pero ayer no estaba en la cocina. Así que creo que puedo hacerlo.

Vaciló.

—¿Estás seguro?

No contesté. Porque, joder, no lo estaba. Pero permanecí inmóvil, con los dedos a pocos centímetros de ella.

—Vale —cedió al final.

Me entregó el periódico, y yo me acomodé en el banco mientras sentía que toneladas de plomo me aplastaban.

Esos eran los últimos segundos.

Los últimos segundos en que el Ambroisie aún tenía un futuro. Los últimos segundos en que las estrellas Michelin todavía eran una

posibilidad. Los últimos segundos en que yo no había perdido también lo último que me quedaba de mi madre.

Pero aquellos segundos pasaron deprisa. Y la cuenta atrás terminó.

Tragué saliva. Inspiré. Y abrí el periódico.

—¿Preparada?

Avery asintió mientras retorcía un pliegue de la falda entre los dedos.

Y yo…

Yo empecé a leer muy despacio.

—«Es probable que algunos de ustedes se pregunten por qué, a pocos meses de distancia, vuelvo a estar aquí para reseñar el Ambroisie, el restaurante que ha abierto recientemente sus puertas en el corazón de Boston. La respuesta es sencilla: esta cocina se encontraba en el filo entre el tedio y el potencial, entre la posibilidad de conseguir estrellas y la oscuridad. Y si he decidido aceptar la invitación del chef para probar de nuevo sus platos, es solo para transformar esa incertidumbre en una respuesta clara y definitiva que no deje lugar a dudas. Las estrellas o brillan o se pierden en la noche, y mi deber es determinar cuál de esos dos destinos corresponde a los restaurantes que visito. En este caso, el Ambroisie».

Tenía la garganta completamente seca, la sangre fluía demasiado rápido en mis oídos.

«Una respuesta clara y definitiva».

Estaba sujetando mi futuro entre las manos. Y fuera cual fuera… Joder, necesitaba saberlo.

—«Es una verdad conocida que el chef Wade no se considera solo un cocinero, sino un artista. Asimismo, también se sabe que, en su cocina, no se preocupa solo por componer meras recetas, sino por recrear auténticas obras de arte. O, al menos, eso es a lo que aspira. Pero no todas las que probé ayer, en la refinada sala negra y dorada de su restaurante, eran obras de arte. En los platos que me sirvieron

no se recrearon cuadros abstractos, ni se elaboró el equivalente a estatuas de prestigio…».

Avery dejó de mover los dedos con los que torturaba su falda, y el pánico que brotó de ella infectó el aire.

Me infectó a mí.

—«No. Anoche, el chef Wade no sirvió en la mesa las piezas frías e impersonales que pueden encontrarse en algunos museos. Hizo algo que va más allá de la pintura y la escultura». —Me aclaré la voz. Y, al leer las siguientes palabras, fruncí el ceño—. «Sirvió un cuento».

Avery se llevó las manos a la boca y me ocultó su expresión. Igualmente, no habría podido verla. No mientras toda mi atención estaba puesta en la tinta frente a mí.

—«Uno de esos cuentos en que los niños se sumergen para vivir realidades distintas y con los que los adultos, aunque sea en secreto, no dejan nunca de soñar». —Alrededor del papel, mis dedos empezaron a temblar—. «Así que les pido que, estén donde estén, se acomoden. Porque esta reseña empieza ahora. Y comienza de la única manera en que pueden hacerlo los cuentos: con el "Érase una vez"».

Avery se quedó inmóvil, como si fuera una de las estatuas que había mencionado la señora D'Arnaud. Pero, a pesar de la distancia que nos separaba, sentía su corazón latir rápido y desbocado. Casi como si latiera dentro de mí.

—«Érase una vez… un *amuse-bouche* de ingredientes humildes: una *mousse* de espinacas y queso de cabra en un lado del plato; un cofre hecho de pan, tomates secos y romero en el otro. Dos corazones divididos por un hojaldre crujiente, que se erige entre ellos como un escudo impenetrable. Quizá para impedirles que se acerquen, o quizá para protegerlos y evitar que se rompan todavía más, transformando sus fragmentos en más granillo de nueces tostadas, esparcido en el plato como el fantasma de un dolor secado por el tiempo, pero todavía presente».

Lancé una mirada rápida a Avery. Pero, esa vez, era ella quien no apartaba los ojos del periódico.

—«Un inicio importante, el del chef Wade. Simple y potente al mismo tiempo, fuerte y delicado. Justo como el que narran los cuentos que todos nosotros adoramos, en los que el pasado oscuro y difícil de los protagonistas los lleva por la senda hacia un futuro más luminoso. Y es justamente un resquicio de luz lo que se vislumbra en el primer plato del nuevo menú».

El sudor frío empezó a descenderme por la espalda, persiguiendo cada escalofrío que me cubría la piel.

—«Dos medias lunas de pasta rústica al huevo, una de color dorado, la otra aromatizada con tinta de sepia. Dos opuestos en apariencia, pero creados de tal forma que encajan a la perfección, como el alba con la noche. Y si no bastara el primer vistazo para hacérnoslo entender, será el primer bocado el que lo consiga. Porque allí, más allá del enésimo escudo de pasta, se encuentra un relleno ante el que es imposible permanecer indiferente». —Tomé aire para intentar llenarme los pulmones—. «Tomate y espinacas» —continué leyendo—. «La unión indisoluble del *amuse-bouche*. Y del corazón de los protagonistas».

Avery empezó a sacudir la cabeza y algo brilló en su mejilla. Tal vez una lágrima. O, quizá, el mismo resquicio de luz del que hablaba la señora D'Arnaud.

—«Pero si con el primer plato todavía encontramos una separación entre ellos, una barrera que permite a los corazones encajar, sí, pero no fundirse del todo, la cosa cambia con el segundo plato. Y con la continuación del cuento».

Mi voz sonaba cada vez más ronca, cargada de demasiadas emociones que no sabía cómo controlar.

—«Sobre un velo de ensalada fresca encontramos un filete de salmón de carne tierna y rosada. Pero no es el pescado exquisito el centro del plato, sino todo lo que lo rodea. Suave y delicado, un glaseado de sirope de arce recubre el filete, por el que resbalan unas gotas doradas hacia abajo. Y es precisamente ahí donde ocurre

la magia, donde muchos no mirarían: sobre el lecho de hojas de espinacas y polvo de tomates secos, en el que semillas de sésamo y escamas de hojaldre crujiente enriquecen el plato. Las barreras han caído, los escudos se han hecho añicos. Ya no existe una separación entre los dos corazones protagonistas. Ya no, ahora que el sirope de arce, como una resina inmortal, los une en un equilibrio perfecto».

«Dios mío…».

—«Es en estas notas donde la historia alcanza el final, con un *cannolo* de chocolate amargo en el que la dulzura del praliné se funde con el gusto salado del *fior di latte.* La enésima combinación de opuestos que Wade ha sabido equilibrar con un talento tan magistral que, a partir del primer bocado, resulta imposible recordar el motivo por el cual, en la mayoría de los casos, se los separa».

Exhalé de forma entrecortada mientras Avery posaba la mirada en mí.

—«Con este "Y fueron felices y comieron perdices", Wade pone punto final a su cuento hecho de luz y oscuridad. Pero hay quien dice que existen cuentos que nunca terminan del todo, que permanecen inmortales en el tiempo. Y exactamente por ese motivo no debería resultar sorprendente que, cuando pedí hablar con el chef, de la cocina no saliera Wade…, sino una joven Cenicienta».

Centré la atención en Avery mientras mis cejas se arqueaban. Ella, sin embargo, no dijo ni una palabra.

—«Una Cenicienta vestida de oro y negro, los mismos colores que caracterizan los restaurantes de Wade. Y los mismos opuestos que yo misma acababa de saborear. Fue entonces cuando no pude evitar preguntarme si Wade había sido tan hábil como para transportarme directamente a su cuento… O si aquel cuento no era otra cosa que la realidad».

Me pasé la lengua por los labios y extendí todavía más el periódico.

—«Como bien saben, mi primera visita al Ambroisie me dejó con una pregunta: ¿el chef Wade es solo una estrella fugaz que brilla con la luz que reflejan sus estrellas Michelin?».

El estómago se me contrajo hasta provocarme náuseas.

—«Pero esta segunda visita no solo me ha ofrecido la respuesta…, sino que ha nacido en mí una petición. Y esta petición la dirijo directamente a Wade».

Avery se acercó más a mí para buscar en el periódico las mismas frases que yo estaba leyendo.

—«Anoche me transmitieron que es imposible hacer arte sin estar inspirado. Y todo gran artista que se precie no solo sigue su inspiración, sino que, con tal de alcanzarla, está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso a sí mismo. Porque su inspiración, su musa, siempre tiene prioridad antes que cualquier otra cosa. Vale más que cualquier otra cosa…».

Lancé una mirada a Avery. Aún se cubría la boca con las manos, pero lo veía.

Estaba sonriendo.

—«Esta es mi petición: no deje escapar a su musa, chef. Lo convierte en un cocinero mejor. En un artista mejor. Y esto es algo por lo que merece la pena luchar».

Tragué con dificultad, incapaz de respirar.

—«Si han llegado a leer hasta este punto y todavía no han reservado una mesa en el Ambroisie, no sé qué otras palabras usar para recomendarles que lo hagan. Pero lo que sí puedo decirles es que preveo un futuro brillante para este restaurante. Brillante como las estrellas que estoy convencida de que obtendrá y que, si el chef nos deleita con otras historias, no podrán ser más que las primeras de constelaciones enteras. Porque la luz solo puede brillar en la oscuridad. Y el chef, en cada uno de sus nuevos platos, no ha hecho más que recordárnoslo».

Avery se apoyó en mí, casi como si no pudiera sostenerse sola.

—«Por mi parte, puedo asegurarles que pronto volveré a sentarme en la sala negra y dorada del Ambroisie. Y a vivir una vez más el cuento del chef y de su Cenicienta».

Las olas que se estrellaban contra el muelle capturaron mi voz, y lo único que llenó el aire fue el graznido de las gaviotas y el

murmullo lejano de las personas que se dirigían al puerto.

No dije ni una palabra. No moví ni un solo músculo. Me limité a mirar el papel impreso, mientras la tinta que lo cubría se grababa en mi mente, letra tras letra.

«Anoche el chef Wade sirvió un cuento».

Intenté inspirar otra vez, pero era incapaz.

«No pude evitar preguntarme si Wade había sido tan hábil como para transportarme directamente a su cuento… O si aquel cuento no era otra cosa que la realidad».

Apreté los labios con fuerza.

«Preveo un futuro brillante para este restaurante».

Y las emociones se alzaron en mi interior.

«Porque la luz solo puede brillar en la oscuridad».

—Oh, Dios mío… —La voz de Avery penetró en mis pensamientos —. ¡Oh, Dios mío!

Se puso en pie y por fin se apartó las manos de la boca.

Lloraba. Y sonreía. Y, joder…, brillaba.

—Rayden… —Negó con la cabeza, respirando con dificultad—. No… no sé qué decir, yo…

Se lanzó sobre mí.

—Los ha adorado —murmuró, apartándose para poder mirarme—. Ha adorado tus platos. Lo has conseguido. —Me sujetó la cara entre las manos—. ¡Lo has conseguido!

No respondí.

¿Estaba sucediendo de verdad? ¿Realmente la señora D'Arnaud había escrito aquellas palabras?

—Nunca lo he dudado. —Apoyó la frente en la mía y cerró los ojos—. Y te lo mereces. Cada palabra que ha escrito, cada estrella que recibas… Te lo mereces todo.

Robé cada una de sus respiraciones, intentando contener lo que sentía.

—Di algo —suplicó en un susurro.

Eché un vistazo al periódico, incapaz de elaborar un solo pensamiento.

En más de doce años, nunca había recibido una crítica como esa. Joder, ni siquiera había leído algo así escrito sobre algún otro chef.

La forma en que la señora D'Arnaud se había sumergido en mis platos, el modo en que había ido más allá del simple sabor para buscar la historia que se escondía detrás…

—¿Se lo dijiste tú? —Las palabras me salieron por la boca sin que me diera cuenta, y Avery frunció el ceño.

—¿El qué?

—Que tú has sido la inspiración de cada plato.

Entreabrió los labios. Y, bajo las lágrimas, sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Yo… ¿Es verdad? —Su voz sonó débil—. Quiero decir, sé que te di la inspiración para algunas cosas, pero toda esa historia…, la forma en que… en que nos has contado a través de los platos…

—Sí, jovencita. —Le sequé las mejillas—. Es verdad. Cada paso. Cada palabra. Todo.

Había puesto el alma en esas creaciones. No, a la mierda, había puesto mucho más.

Había puesto mi amor por Avery.

La forma en que había entrado en mi vida y la había puesto patas arriba con nuevos sabores, la forma en que había dado un vuelco a cada equilibrio… Y la forma en que, pieza tras pieza, había derribado mis armaduras y se había adueñado de mi corazón, regalándole un escudo más resistente que cualquiera de mis defensas.

—Rayden… —Las lágrimas no dejaban de surcar su rostro—. No. No se lo dije yo —respondió en un susurro—. ¿Es un problema?

Fruncí el ceño.

—¿El qué? ¿Que lo haya entendido? ¿O que ahora todo Boston sepa cuánto te quiero?

Junto a mí, Avery se estremeció.

—No, jovencita. No es un problema.

El mundo entero tendría que haberlo entendido.

Quería a Avery Shaw. Y seguiría contando nuestra historia con cada uno de mis platos.

Ella volvió a cerrar los ojos sin dejar de sonreír ni un segundo.

—Ya te lo dije —murmuró al cabo de unos minutos.

—¿El qué?

—Que harías cambiar de idea a la señora D'Arnaud. Que todo se arreglaría. —Clavó sus ojos en los míos. Y la luz que contenían me arrebató el poco aire que lograba respirar—. Que encontraríamos una solución.

—Y yo te lo dije a ti. —Le acaricié el pelo—. Tú eres mi solución. Lo has sido desde el principio.

Sentí su corazón estallar dentro de mí.

—El mérito de esa reseña es tuyo, jovencita —añadí—. Estabas tú en esos platos. Y ayer fuiste tú quien dirigió la cocina.

Avery se echó hacia atrás.

—Yo solo hice lo que tú me has enseñado. Eres tú quien creó esos platos, tú quien lo ha conseguido, tú…

—Nosotros —la interrumpí—. Nosotros hemos creado esos platos. Y nosotros lo hemos conseguido.

Entre mi pelo, sus dedos temblaron.

—Nosotros…

Asentí.

—Nosotros.

—Lo hemos conseguido.

Acaricié su sonrisa con el pulgar y le cogí el mentón para inclinar su rostro hacia el mío.

—Lo hemos conseguido.

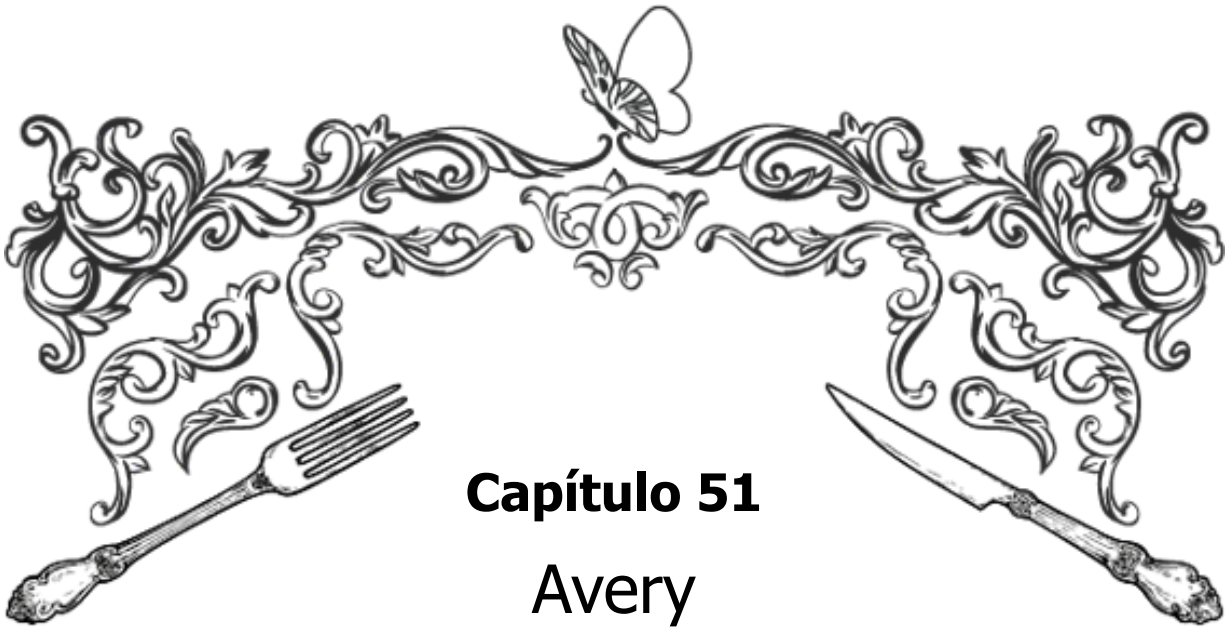
—¡Lo hemos conseguido!

Su entusiasmo me caló bajo la piel y me descubrí riendo, riendo de verdad… Antes de besarla.

Y de sentir cómo la risa se fundía en nuestros labios, sin abandonarlos jamás.

Sí…

Lo habíamos conseguido.



Capítulo 51

Avery

Rodeada por los brazos de Rayden, con una mejilla apoyada en su pecho y las manos en su espalda, admiré los primeros rayos del sol iluminando Boston al otro lado del cristal del ascensor.

Hasta el último músculo de mi cuerpo estaba dolorido y los párpados me pesaban más a cada segundo.

—Necesito darme una ducha —murmuré con voz cansada—. Pero no creo que sea lo bastante fuerte como para pasar al lado del sofá sin tirarme encima y dormir hasta pasado mañana.

Rayden me besó en la cabeza.

—Podría tener una solución.

Incliné la cabeza hacia él y lo miré, expectante.

—Puedo ayudarte a pasar al lado del sofá sin tumbarte y preparar la bañera con agua caliente. Luego, si quieres, puedo meterme contigo. Y al final, cuando te apetezca, podemos ponernos ropa limpia y dormir hasta pasado mañana.

La sonrisa que me tensó los labios tenía su sabor.

—Me parece perfecto —respondí.

Y, menos de quince minutos después, lo fue de verdad.

El agua caliente masajeaba nuestros cuerpos exhaustos, las burbujas de espuma nos cosquilleaban la piel, y Rayden seguía

acariciándome con delicadeza mientras yo permanecía apoyada con la espalda en su pecho.

Todo el entusiasmo que habíamos sentido en el muelle empezaba a disiparse, y las emociones que llenaban de nuevo a Rayden hacían que el aire se volviese más pesado.

Era la primera vez que nos deteníamos en las últimas horas. Y sabía que él estaba pensando en lo que había sucedido esa noche…

Apoyé la nuca en su hombro y me giré hacia él.

—¿Recuerdas cuando te dije que odio a las personas que siempre me preguntan cómo me siento?

Desvió los ojos hacia los míos y asintió.

—Estoy haciendo un esfuerzo titánico para no ser como ellas —admití—. No quiero que me odies.

Rayden alzó cansado una comisura de la boca.

—No podría odiarte nunca, jovencita.

Vacilé un último instante. Pero, al final, cedí.

—¿Cómo estás?

Un suspiro profundo le subió por la garganta, y el aire caliente me rozó el rostro y me estremecí.

—No lo sé —respondió al fin. Y era sincero.

Tristeza, rabia, derrota, esperanza, felicidad…

Veía cada una de esas emociones luchar en su mirada por imponerse, pero ninguna conseguía vencer. Rayden estaba obligado a sentirlas todas al mismo tiempo.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Bajó la mano con la que me acariciaba el brazo y entrelazó los dedos con los míos.

—Ya lo has hecho. —Me besó la frente—. Lo haces cada día.

Me derretí contra él, sentía pequeñas mariposas revoloteando en mi estómago.

—¿Sabes en qué no dejo de pensar?

—No… —Con la mano libre, trazó una línea sobre mi clavícula, hasta descender entre mis pechos—. Pero puedo decirte en qué no dejo de pensar yo.

Un escalofrío me recorrió las piernas.

—Pensaba que estabas cansado, chef.

—Nunca estaré cansado para esto, jovencita.

Sus dedos siguieron vagando hacia abajo e, incluso bajo el agua, mi cuerpo ardió en llamas.

Pero Rayden se detuvo a los pocos segundos. Posó la palma sobre mi vientre y volvió a mirarme a los ojos.

—¿En qué no dejas de pensar? —preguntó en un susurro.

—Bueno…, ahora en otra cosa —confesé, con las mejillas cada vez más rojas.

Él rio flojito. Una risa apenas insinuada, exhausta… pero, al fin y al cabo, una risa.

Dios… ¿Cómo había sobrevivido todos esos años sin poder admirarla?

—Concéntrate. —Rayden me rozó la punta de la nariz con la suya —. ¿En qué pensabas?

—En la reseña de la señora D'Arnaud —respondí a un soplo de sus labios—. Podríamos recortar esa página y enmarcarla —propuse —. Quizá podrías colgarla en el restaurante. O podríamos dejarla aquí.

Algo se agitó en su mirada.

—O en ambos sitios.

—Ambos es todavía mejor —dije, emocionada—. ¿Y sabes a quién tendríamos que mandarle una copia?

Al ver mi expresión, Rayden frunció el ceño.

—¿A quién?

—A Deelylah. —Sonreí con malicia, y él rio. Otra vez—. Quiero decir, justo el mismo día en que deja de trabajar en el restaurante porque, según ella, nunca conseguiría ninguna estrella, tú recibes esa reseña. Es…

—Nosotros —me interrumpió, y lo miré interrogativa—. Ya lo hemos hablado. Nosotros hemos conseguido esa reseña.

Abrí los labios para responder, pero él continuó.

—¿Y quieres que Deelylah la lea para restregarle por la cara la opinión de la señora D'Arnaud… o el hecho de que soy tuyo?

Un cosquilleo repentino me estalló en la boca del estómago.

—Técnicamente, en la reseña no se especifica quién es la Cenicienta…

—Mmm-hmm… —Rayden asintió y fingió ponerse serio—. ¿Quieres saber qué estoy pensando ahora mismo?

—¿Qué?

—Que estás evitando la pregunta a propósito. —Me tomó la barbilla entre los dedos—. Y que estás jodidamente guapa cuando te pones celosa, Cenicienta.

Mis mejillas ardieron, y él se inclinó para robarme un pequeño beso.

—Todavía no me creo que cocinaras con el vestido puesto.

—No tenía ropa de recambio —me justifiqué—. Tenía que elegir entre cocinar con el vestido o quedarme solo con la chaqueta.

El cuerpo de Rayden se tensó.

—Joder…, no sé en qué versión estás más *sexy.*

Reí, arrugando la nariz.

—También le grité a una camarera, ¿sabes?

Abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio?

Asentí.

—Ni siquiera me sentí culpable después. Cometió un error que estuvo a punto de echar a perder todo el esfuerzo de la cocina. Y solo porque estaba distraída.

Me observó en silencio durante unos instantes, como si intentara imaginarse la escena.

—Necesito verte hacerlo.

Parpadeé.

—¿El qué? ¿Gritar a las camareras?

—Sí. Y enfadarte, dar órdenes… —Sus ojos se oscurecieron, su voz se volvió grave—. Pero no puedes hacerlo con el vestido puesto.

—¿Por qué no?

—Porque, después de verte hacer algo así, te arrastraré hasta mi despacho. Y no puede haber faldas voluminosas de por medio.

Sentí un calor punzante en el vientre.

—Cuando quieras, chef.

—El martes te toca trabajar —dijo, y me posó un beso en el cuello —. Podrás enseñarme cómo dirigiste la brigada ayer.

—El martes es dentro de dos días…

—Sí. Porque estás cansada, ¿recuerdas? —Me besó de nuevo el cuello, desatando en mí sensaciones tan intensas que tuve que cerrar los ojos para contenerlas—. Y quieres dormir hasta pasado mañana.

—¿Puedo cambiar mi deseo por estar en la cama contigo hasta pasado mañana?

Lo sentí sonreír sobre mi piel.

—Eso nunca ha estado en duda.

Me regaló el enésimo beso. Un beso dulce y delicado. Un beso que no sirvió en absoluto para calmar la necesidad que tenía de él.

—¿Podemos empezar ahora? —pregunté.

—Podemos empezar ahora.

Rayden se separó de mí y salió de la bañera. Pequeñas gotas de agua se deslizaron por su cuerpo, recorriendo cada músculo definido, y la forma en que sus bíceps se tensaron mientras se ataba una toalla alrededor de la cintura, el modo en que su cabello oscuro le caía sobre el rostro…

—Deja de mirarme así.

Con los brazos apoyados en el borde de la bañera, me mordí el labio inferior.

—¿Por qué?

Lentamente, se acercó hacia mí, hipnotizándome cada vez más.

—Porque, si no paras, no llegaremos a la cama.

Se inclinó y atrapó mis labios en un beso. Pero, antes de que pudiera devolvérselo, se apartó, abrió la segunda toalla que había cogido y dio un paso atrás para permitirme que saliera de la bañera.

Dejé que me envolviera en la tela suave y fingí que no sentía su mirada arder sobre mis curvas. O los escalofríos multiplicarse cada vez más en mi piel.

—Vamos. —Me llevó a la habitación—. Te cojo algo de ropa.

Acababa de abrir el armario cuando se quedó paralizado.

No hizo falta preguntarle el motivo. Lo sabía.

Me acerqué por detrás, lo abracé desde esa posición y le di un beso en la espalda.

—Podríamos enmarcar también esa —murmuré, mientras él pasaba dos dedos sobre la fotografía de su madre—. Si quieres.

Con rigidez, asintió.

—Sí. —Estaba casi sin voz—. Me gustaría.

Lo abracé más fuerte y le dejé todo el tiempo que necesitara para pensar, para recordar, para sentirse mal…

Cuando al fin se aclaró la voz y se giró para coger la ropa, no lo presioné, sino que permanecí en silencio mientras me tendía una camiseta y se ponía unos pantalones holgados.

Al final, nos tumbamos en la cama.

Acto seguido, me atrajo hacia sí. Sus rasgos parecían tensos, sus ojos grises estaban llenos de dolor.

—¿Deja de doler alguna vez? —preguntó en voz baja.

Reprimí un suspiro, bajé la mirada a su pecho desnudo y le acaricié las cicatrices.

—¿Estas han dejado de dolerte alguna vez?

Con dificultad, tragó saliva.

—No.

Lo acaricié despacio.

—Con el tiempo, el dolor se atenúa. Hay momentos en los que incluso logras olvidarlo… Pero nunca desaparece del todo. —Me acerqué más a él—. A veces regresa. Y, cuando eso sucede, solo tienes que esperar a que pase. Porque lo hace, al final. Pasa.

Apoyé toda la palma sobre su pecho, ocultándole las cicatrices, y él colocó una mano sobre la mía.

—¿Esperarás conmigo, jovencita?

Le sonreí.

—Siempre, chef.

Nos quedamos dormidos así, con las piernas entrelazadas, las caras muy cerca y las manos salvaguardando una promesa.

Tarde o temprano, Rayden dejaría de sufrir. Y yo estaría allí, a su lado, lista para verlo reír.



Un extraño matiz ambarino se abrió paso a través de mis pestañas, para bailar bajo los párpados y mezclarse con los últimos fragmentos de mi sueño.

Fruncí la nariz e intenté deshacerme de él. Pero siguió insistiendo, y no tardé en despertarme del todo, sumergida en la luz del atardecer y envuelta por el calor de Rayden.

Su pecho estaba pegado a mi espalda y se movía con un ritmo lento y regular, mientras me rodeaba la cintura con un brazo.

No tenía idea de qué hora era, pero aún me sentía agotada. Mis músculos parecían reemplazados por cojinetes de plomo, tenía la garganta completamente seca.

Con cuidado para no despertarlo, me deslicé de su abrazo y me levanté para ir a la cocina a beber un vaso de agua.

Estaba dando el último sorbo cuando me fijé en mi mochila, apoyada sobre la isla. Y un pensamiento repentino me atravesó la mente.

—¡Mierda, Mandy!

No le había vuelto a escribir, no la había llamado…

Me precipité hacia la mochila y busqué el teléfono.

En cuanto lo saqué, vi que estaba apagado.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

Maldiciendo en voz baja, me fui al salón y conecté el teléfono a un cargador de Rayden. Introduje el pin a toda prisa.

En cuanto se encendió, comenzó a vibrar. Mensajes sin leer, llamadas perdidas…

Había decenas.

Pero no tuve tiempo de sentirme culpable. Ni siquiera tuve tiempo de dejar que el teléfono terminara de mostrarme todas las notificaciones que había recibido. Porque, entre las varias llamadas a las que no había respondido, había cinco que no pertenecían a ninguno de mis mejores amigos. Cinco. De esa misma mañana. Y sabía exactamente de dónde eran.

El corazón se me subió a la garganta.

Con un temblor doloroso en los dedos, logré pulsar en ese contacto. Y llamé.

Sonaron un par de tonos antes de que una mujer respondiera, y casi no reconocí mi propia voz al decirle quién era.

Tenía la mente nublada, mi cuerpo se había convertido en un bloque de hielo. Ni siquiera podía respirar. Lo único que podía hacer era escuchar. E intentar entender desesperadamente lo que me decía. Pero, cuando por fin colgó, no estaba segura de haberlo conseguido.

No tenía sentido.

No era posible.

Con el teléfono todavía pegado a la oreja, me quedé mirando al vacío. Durante un minuto, o quizá diez.

Ningún pensamiento cruzaba mi mente, y no tenía idea de qué debía hacer. De cómo debía reaccionar.

No…

N-no…

Fue entonces cuando la oí. En los márgenes de mi mente, una melodía lejana empezó a alzarse, abriéndose paso entre la confusión que me impedía concentrarme en la realidad.

«My heart going boom-boom-boom…».

El teléfono se me resbaló de los dedos.

«My heart going boom-boom-boom…».

Me tapé la boca con una mano.

Unos sollozos ahogados me hicieron daño en la palma mientras lágrimas tibias me mojaban la piel.

No podía ser verdad. No era…

«Boom. Boom. Boom».

Las palabras de la mujer estallaron dentro de mí y tejieron nuevos versos en la canción que me acompañaba desde que era pequeña. Y, al fin, lo entendí.

Lo que me había dicho, lo que mi subconsciente me imploraba que comprendiera… Lo entendí.

Me puse en pie de un salto.

Y me abalancé por el pasillo.

—Rayden… Rayden, tienes que despertarte. —Le puse las manos en la espalda y lo sacudí con fuerza—. ¡Rayden!

—¿Qué…? —Adormilado, frunció el ceño y abrió los ojos. Pero en cuanto vio mi expresión, se despabiló del todo.

Una sensación de alarma le iluminó los ojos.

—¿Qué pasa?

Señalé el salón.

—Yo… Es…

—Jovencita. —Se incorporó, se acercó a mí y me tomó el rostro entre las manos—. Respira. Y habla conmigo.

—Me han llamado del hospital. Es… es mi padre…

Rayden contuvo el aliento. Y mis rodillas, incapaces de sostener todo lo que estaba ocurriendo, amenazaron con derrumbarme.

—Tengo que ir al hospital.

Veinte minutos después estaba corriendo.



Corrí por el aparcamiento, donde Rayden había dejado el coche. Corrí por los pasillos, donde los pacientes y las enfermeras me miraban con los ojos abiertos de par en par. Y al final, corrí hasta la habitación de mi padre, donde había pasado horas infinitas llorando en secreto, esperando que no me oyera.

Ahora no podía hacerlo. No podía esconder las lágrimas mientras cruzaba el umbral.

«Señorita Shaw, llevamos intentando contactar con usted desde esta mañana. Se trata de su padre…».

Dejé de correr.

Dejé de respirar.

Dejé de sentir mi corazón martillando en los oídos.

«Se ha despertado».

Me llevé las manos a la boca mientras miraba al hombre tumbado en la cama.

La habitación era la misma de siempre, las máquinas que lo rodeaban eran las que había aprendido a interpretar desde las primeras noches. Pero el hombre frente a mí…

Estaba despierto. Consciente. Y sus ojos me miraban llenos de tanta luz que el crepúsculo más allá de la ventana pareció desvanecerse.

—Papá…

Tras la muerte de mamá, había aprendido a guardar en secreto cada una de sus sonrisas, con la esperanza de poder devolvérselas en los días en que él no era capaz de esbozar ni una.

Después del accidente, soñé con poder hacerlo de verdad. Con devolverle cada destello de felicidad que hubiéramos sentido y ver sus frutos reflejados en su rostro.

Pero ya no tenía que hacerlo.

Esperar, soñar…

Porque toda aquella felicidad, todas aquellas sonrisas, en ese momento estaban allí. En él. Y eran reales.

—Avery. —Tenía la voz ronca y fatigada, sonaba en un tono más bajo de lo que estaba acostumbrada.

Pero seguía siendo su voz.

Estaba despierto. Despierto de verdad.

—¡Papá!

Corrí de nuevo. Una última vez. Y me lancé a sus brazos abiertos.

Sollozos entrecortados y suspiros agrietados se alternaban en mis labios.

Todas las plegarias que había susurrado en mitad de la noche, toda la esperanza que siempre me había negado a abandonar, todos los sollozos que me había obligado a no liberar…

Todo me había conducido hasta allí. A ese momento. Con él.

«Se ha despertado».

En su abrazo, me hice añicos.

—Avery…

Seguía temblando, pero me aparté. Necesitaba verlo. Pasar la mirada por sus mejillas cubiertas de barba, por las arrugas que le surcaban el rostro, por los ojos del mismo color que los míos…

Un color que, por fin, podía ver de nuevo.

«Se ha despertado».

—Oh, trasto… —Me acarició con dulzura, y aquel gesto bastó para hacerme sollozar todavía más—. No llores.

Negué con la cabeza y se me humedecieron los labios.

—Estás aquí.

Siguió sonriéndome.

—Estoy aquí.

—No… Tú… —Me derrumbé de nuevo sobre él, hundí el rostro en su hombro y cerré los ojos con toda la fuerza que tenía—. Te he echado mucho de menos, papá. Te he echado tanto en falta…

Debajo de mí, él tembló. Y, cuando me aparté, vi que ya no era yo la única que lloraba.

Me estremecí.

—L-lo siento, yo no…

—No, trasto. No te disculpes. —Me acarició la mejilla otra vez, y yo me incliné hacia su mano, persiguiendo una caricia que nadie creía que volvería a recibir—. Mírate… Has crecido tanto…

Me limité a sacudir la cabeza de nuevo, incapaz de hablar.

—Las enfermeras me han dicho que has venido casi cada día.

Asentí, y en él vislumbré una emoción pura.

—No podía dejarte aquí solo. Era incapaz. Sabía que te despertarías, y quería… —Mi voz se quebró—. Habría querido estar

aquí. Cuando abriste los ojos. —Tragué sal y lágrimas—. Siento no haber estado, papá. Yo…

—¿Qué te he dicho? —me interrumpió—. Ni se te ocurra disculparte.

Le apreté la mano, que seguía sobre mi mejilla.

—Te hablaba —confesé—. Mientras… mientras estabas… —No conseguí decirlo—. Te contaba cómo estaba, lo que hacía… Y te ponía «Solsbury Hill».

Sus ojos se enrojecieron aún más.

—Pensé que… que tal vez, si esa era la única canción que me hacía dormir de niña, también sería la única capaz de despertarte.

Una leve risa le sacudió el pecho y lo hizo llorar más.

—Ojalá lo recordara. Ojalá lo recordara todo… —Me pasó el pulgar por el pómulo—. ¿Te apetece volver a contármelo?

—No te haces a la idea de cuánto.

—Al menos… Mandy no te ha vuelto a teñir el pelo.

Reí. Y, por primera vez, no sentí ni una pizca de culpa.

—Dios… —Apoyé la frente en su mano—. Eres tú de verdad. Estás aquí de verdad.

Su expresión se suavizó.

—Estoy aquí de verdad, trasto. Y siento haber tardado tanto.

—No. —Me enderecé—. Si yo no puedo disculparme, tú tampoco.

Siguió mirándome mientras dejaba escapar un suspiro profundo en el aire. Y, de repente, algo en él cambió. Parecía más cansado. Más… serio.

—¿Necesitas algo? —pregunté mientras me secaba las mejillas—. ¿Quieres que llame a una enfermera? Puedo…

—No, Avery. Quiero que me hables de estos meses. Que me lo cuentes todo… —Un velo de aprensión oscureció su mirada—. Y que me digas si estás bien.

La garganta se me cerró.

—Papá, ahora deberías pensar en ti.

—¿En mí? —Negó con la cabeza—. Tú eres lo más importante.

El corazón se me hinchó tanto que me dolía.

—No…

Antes de que pudiera terminar, algo captó su atención y desvió la mirada hacia la puerta.

Me giré.

Rayden estaba en el umbral, con la camiseta arremangada hasta los codos y el cabello despeinado de manera perfecta.

—Perdonad —dijo enseguida—. Solo quería asegurarme de que… —Desvió los ojos hacia los míos, avergonzado—. No quería interrumpir. —Dio un paso atrás—. Te…

—Espera. —Bajé de la cama y di unos pasos hacia él—. ¿Puedes… puedes entrar? Solo un segundo.

Se tensó.

—Jovencita… —Bajó la voz para que solo pudiera oírlo yo—. ¿Estás segura?

—Sí —respondí. Y Rayden, tras unos segundos de vacilación, asintió.

—De acuerdo.

Un nudo de agitación me cerró la boca del estómago, y no hizo más que tensarse mientras me acercaba de nuevo a la cama con Rayden a mi lado.

Durante todo ese tiempo, mi padre mantuvo la mirada clavada en él. En los tatuajes que se entreveían bajo la camiseta blanca, en los moratones que le cubrían el rostro, en los nudillos abiertos…

Las manos me empezaron a sudar.

Ya no había dulzura en la expresión de mi padre. Había algo mucho más frío y duro.

—Papá… —empecé, y me aclaré la voz—. Él es Rayden. —Me acerqué un poco más a su lado y le acaricié los dedos—. También te hablé de él cuando venía a verte. De todo lo que ha pasado desde que lo conozco. Y… —Lancé una mirada rápida al hombre al que amaba con cada fibra de mi alma—. Me has preguntado cómo estoy… —Sonreí a mi padre—. Rayden es el motivo por el que estoy bien. Y por el que cada día soy feliz.

Tal vez fueran aquellas palabras, mi expresión, el tono de mi voz… O quizá fue la manera en que Rayden me miró cuando pronuncié la última frase. Fuera lo que fuese, hizo que la actitud de mi padre cambiara. Y que todas sus facciones se relajaran a la vez.

—Rayden…

Enseguida, él irguió los hombros.

—Rayden Wade, señor —se presentó—. Avery me ha hablado mucho de usted.

—Bueno, pues yo estoy deseando que me hable de ti. Otra vez. —Le sonrió y le tendió una mano, y mi corazón aceleró hasta que estuvo a punto de estallar—. Es un placer conocerte.

Por un instante, solo uno, Rayden permaneció inmóvil. Como si no se creyera lo que estaba pasando. Pero se repuso enseguida y, tras dar un paso al frente, le estrechó la mano.

—El placer es mío.

—¿De verdad la haces feliz? —le preguntó en voz baja, mirando en mi dirección. Y ante eso, Rayden sonrió.

—Hago todo lo que puedo, señor.

Las lágrimas regresaron a mis ojos, y me acerqué a ellos, entrelazando los dedos con los de Rayden.

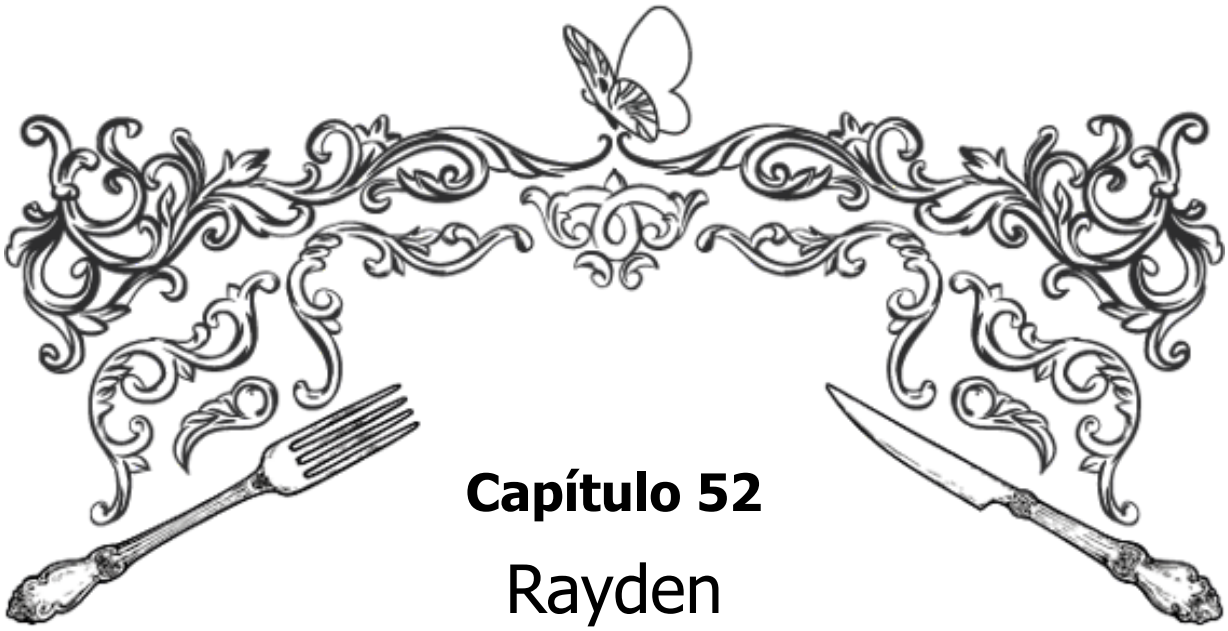
—No le hagas caso, papá. Hace mucho más.

Él aumentó la presión sobre mi mano y se giró hacia mí. Y mientras me sonreía, mientras ambos me sonreían, todo pareció encajar.

Ya no había heridas abiertas, ni futuros inciertos o miedos ocultos…

Todo se había transformado en luz. Y aquella noche, mientras hablábamos y recordábamos los últimos meses, nos reímos. Hasta llorar, hasta que nos dolieron los músculos…

Nos reímos.



Capítulo 52

Rayden

—Entonces, ¿pensáis quedaros así toda la noche? —pregunté, mirando a los cuatro chicos sentados en mi salón.

—Sí, desde luego —respondió Mandy, que sopló hacia arriba para apartarse de la cara el cordón dorado que colgaba de su birrete.

—Llevamos años esperando este día —le echó un cable Trent—. Todo el mundo tiene que saber que nos hemos graduado.

—Y con «todo el mundo» te refieres a… —Eché un vistazo alrededor—. ¿A mí?

Mandy se levantó y caminó hasta la pared acristalada antes de abrir los brazos.

—A todo Boston.

Conteniendo la risa, negué con la cabeza y me acomodé en el reposabrazos del sofá junto a Avery. Ella también llevaba el birrete y la toga, y sus ojos seguían brillando más que las luces de la ciudad que punteaban la noche al otro lado del cristal.

—¿Hoy el restaurante está cerrado? —preguntó Weston. Después de todo lo que había pasado, era raro que se encontrara en mi casa.

Joder, era raro que todos ellos estuvieran en mi casa. Pero no estaba seguro de que fuera algo negativo.

—No —respondí—. Me he tomado el día libre.

Avery levantó la mirada hacia mí, y en sus ojos encontré la misma aprensión que vislumbraba en ella cada vez que pensaba en el Ambroisie.

—¿Crees que se las estarán apañando bien?

Le llevé un mechón detrás de la espalda y le pasé los dedos por el cuello.

—Deja de preocuparte, jovencita.

Los había adiestrado durante días para que supieran gestionar una noche sin mí, de forma que no se produjeran errores y nadie devolviera ningún plato. Además, Courtney tenía orden de llamarme si algo se torcía.

A esas alturas debían de estar a mitad del segundo turno, y aún no había recibido ninguna llamada.

—Es solo que… —Avery se mordió el labio inferior—. No quiero que te sientas obligado a…

Le cogí la barbilla entre los dedos.

—No me siento obligado a hacer nada. Y jamás me habría perdido este día.

La ceremonia de graduación había sido larga, una lista interminable de estudiantes que desfilaban por un escenario solo para recoger un trozo de papel enrollado. Pero yo reviviría cada instante desde el principio con tal de volver a ver a Avery allí arriba, con una expresión tan radiante que podría iluminar todo Boston.

Ya no tenía miedo de mostrar su felicidad.

Y estaba jodidamente guapísima.

«Está bien de verdad», había dicho su padre mientras le enseñaba el vídeo de la ceremonia, en el hospital.

Conteniendo un suspiro, había desviado la mirada hacia la puerta de la habitación, por donde Avery volvía con unos platos de cartón y el permiso de los médicos para que comiéramos todos juntos.

«Sí, señor. Está bien».

Habíamos pasado con él toda la tarde. Y cuando por fin habíamos vuelto a casa, nos habíamos encontrado a sus amigos en el vestíbulo del edificio, que habían decidido saltarse la fiesta del instituto para

estar con Avery. Ella había corrido para abrazarlos y, antes incluso de que me preguntara si me parecía bien que se quedaran, yo había sacado el teléfono para encargar unas *pizzas.*

Ese era su día, y le daría todo lo que quisiera.

Joder…, siempre le daría todo lo que quisiera.

—Gracias —susurró, rodeando la mano con la que le sujetaba la barbilla y entrelazando sus dedos con los míos—. Por todo.

Me incliné para besarla, pero, antes de que pudiera hacerlo, Mandy suspiró y se alejó de la cristalera para dejarse caer sobre las piernas de su novio.

—Este sitio es increíble, Ray.

Trent frunció el ceño y Avery se volvió hacia ella.

—¿Ray? —repitió.

—¿Qué pasa? Ya somos prácticamente inseparables. —Me guiñó un ojo—. Y Trent quiere que deje de llamarlo «el chef buenorro».

Contuve una carcajada mientras él la fulminaba con la mirada.

—Si yo hubiera llamado a Kelly «la animadora buenorra» aunque fuera una sola vez, me habrías matado. Literalmente.

Weston silbó bajo.

—Joder, tío… Casi lo habías conseguido.

Avery negó con la cabeza y fingió sentirse derrotada.

—Cuatro años de instituto sin revelar en ningún momento lo que piensas de Kelly, y vas y te delatas justo el día de la graduación.

—Oh, idos a tomar por saco —soltó Trent, y todos rieron.

—¿Me he perdido algo? —pregunté, confundido.

—Kelly es una animadora y Mandy está celosa de ella —explicó Avery.

—Estaba —la corrigió ella—. Estaba celosa. Ya no.

Trent la hizo girar hacia él.

—¿Por fin has entendido que solo tengo ojos para ti?

Mandy se sonrojó.

—Algo así.

Él le inclinó la cabeza, y Mandy le sostuvo la mano mientras le devolvía el beso.

—Así no tiene gracia —protestó Weston.

—Deberíamos encontrar otra cosa para fastidiar a Trent —sugirió Avery, y su amigo se mostró de acuerdo.

—Ya se nos ocurrirá alguna idea.

Trent se separó de su chica.

—Sois dos…

En ese momento, la campanilla del ascensor resonó en la entrada, y yo seguí reprimiendo la diversión mientras me levantaba para ir a pagar al repartidor.

—Me muero de hambre —murmuró Mandy mientras yo dejaba las cajas sobre la mesa del salón y Avery entregaba a cada uno un plato con una porción de *pizza.*

Estaba a punto de darle un mordisco cuando Trent frunció el ceño.

—Entonces, ¿también comes comida normal?

—¿Comida normal? —repetí.

—Pensaba que solo comías cosas pijas. Ya sabes, de esas que os gustan a vosotros dos. —Nos señaló a Avery y a mí.

—Después de pasarse el día entero en la cocina, lo último que a un chef le apetece es cocinar para sí mismo —respondió ella en mi lugar.

—Entonces… —Frunció el ceño todavía más—. ¿Cocináis cosas pijas para los demás, pero vosotros no os las coméis?

Me encogí de hombros.

—No siempre.

Trent reflexionó un instante.

—Me imagino que, al cabo de un tiempo, acabaríais aborreciendo esos platos.

Un destello cruzó los ojos de Mandy.

—No lo sé, estoy segura de que hay platos que Ry nunca aborrecería. Como el *filet mignon…*

Avery se atragantó con un trozo de *pizza.*

—O las tortitas con sirope de arce.

Empezó a toser, y yo le di una palmadita en la espalda, sin saber cómo reaccionar ante lo que acababa de decir su mejor amiga. A lo que sabía su mejor amiga.

¿En serio Avery le había contado esas cosas?

—Joder, me encanta el sirope de arce —comentó Trent—. Pero no es muy pijo, ¿no?

No pude contenerme.

—Puede serlo. —Encadené mis ojos a los de Avery—. Sobre todo, si lo usas para…

—Agua —me interrumpió ella, y señaló el vaso de la mesa—. ¿Puedes darme un poco de agua?

Me pasé la lengua por la comisura de los labios mientras reprimía una carcajada.

—Por supuesto.

Llené el vaso y se lo ofrecí. Después, me acerqué a su oído.

—Respira, jovencita. Nunca comparto mis mejores recetas con los demás.

Sus mejillas se encendieron, pero la única que parecía entender lo que ocurría era Mandy, que ocultó su expresión dando otro mordisco a la *pizza.*

—¿En verano tenéis pensado seguir trabajando en el Ambroisie? —preguntó Weston, y Avery asintió mientras intentaba recuperar la compostura.

—Pero me prometiste que pasaríamos un fin de semana entero juntas antes de que me marche a la universidad —le recordó Mandy, señalándola con la corteza de la *pizza.*

Avery torció la boca.

—No lo sé, Dy… Tengo que preguntárselo a mi jefe. —Me miró de reojo—. Ya sabes lo déspota que es.

Arqueé una ceja, pero Mandy habló antes de que pudiera intervenir.

—Tu jefe me adora, ya me encargaré yo de convencerlo. —Desvió la mirada hacia mí y me ofreció una sonrisa pícara—. ¿Verdad, Ray?

Sopesé su petición mientras me mostraba impasible.

—Tal vez debería enseñarle a Trent cómo hacer el *filet mignon.* Quizá así querrías pasar más tiempo con él y menos con mi chica.

Las dos amigas estallaron en una carcajada mientras Trent y Weston se miraron con la sensación de que se les escapaba algo.

—¿Se supone que eso tenía que hacer gracia? —murmuró en voz baja este último.

—No lo sé, tío —respondió Trent—. No entiendo nada de cocina ni de filetes.

Las chicas se rieron todavía más, hasta que Avery se llevó una mano al vientre.

—Ya basta —jadeó entre risas—. Oh, Dios, ya basta…

—No, continúa —susurré para que solo me oyera ella. Y cuando alzó el rostro, le acaricié una mejilla ruborizada—. Estás jodidamente guapa cuando te ríes.

Avery se inclinó contra mis dedos, y durante un segundo me perdí contemplando lo jodidamente guapa que era.

—Eh, ¿sabéis qué podríamos hacer? —Mandy reclamó nuestra atención—. Un brindis.

Parpadeé.

—No tenéis edad para beber.

Avery se llevó un puño a la boca.

—Lo dice el que se pilló la primera borrachera a los dieciséis.

Me mordí el interior de la mejilla para contener la risa.

—Vamos, Ray, tenemos que celebrarlo… —insistió Mandy con una voz extremadamente dulce—. ¿Por favor?

Suspiré. Ni siquiera sabía por qué había intentado resistirme.

Un minuto después, descorché el champán que tenía en la nevera y empecé a llenar las copas, mientras ellos aplaudían y gritaban entusiasmados.

—Vale, vale. —Mandy se aclaró la voz—. Empiezo yo.

Volví a sentarme en el reposabrazos del sofá y centré mi atención en ella. Tenía el rostro más serio, y era la primera vez que la veía de ese modo.

—Hemos vivido un año… difícil. —Sus ojos se posaron en su mejor amiga—. Y las cosas no siempre han salido como yo había imaginado.

Sin dejar de mirarla, bajé una mano y busqué la de Avery para entrelazar nuestros dedos.

—Me gustaría decir que, en cualquier caso, ha sido un año perfecto incluso con sus imperfecciones…, pero no es así. —De nuevo, le sonrió—. Vosotros, sin embargo, sí lo habéis sido. Perfectos. A pesar de todo lo que ha pasado, habéis conseguido que este año haya sido mágico y emocionante. Y yo… estoy orgullosa de nosotros. Porque todavía estamos aquí, juntos. Hemos superado cada uno de los obstáculos sin dejar de apoyarnos en ningún momento. —La voz se le quebró—. Por eso sé que, incluso cuando nos separemos y vayamos a la universidad, las cosas entre nosotros no cambiarán. Seguiremos hablando, apoyándonos, ayudándonos mutuamente… Y puede que nos veamos poco, pero, cuando lo hagamos, será como si no hubiera pasado ni un solo día. —Se aclaró la garganta—. Brindo por vosotros. Por nosotros. —Alzó la copa—. Por la amistad.

Trent le dio un beso en la mejilla, Avery y Weston se intercambiaron una sonrisa, y al final alzamos las copas.

—Por la amistad.

Bebimos un sorbo de champán, y en el salón se instauró un breve silencio.

—Vale, me toca a mí —dijo Trent—. Y como Mandy lleva todo el día echándose a llorar, evitaré discursos lacrimógenos.

Ella se rio y se llevó el dedo a la comisura del ojo para secarse una lágrima.

—No tengo ni idea de lo que pasará dentro de unos meses o de unos años… Pero Mandy tiene razón. Sé que estaréis ahí. Y no es una esperanza, no es una posibilidad… Es un hecho. —Se encogió de hombros—. Cuando me fiche un equipo de la NFL para jugar como profesional, sé que volaré para ir a ver a Wes, esté donde esté, solo para contárselo en persona. Y que pasaremos toda la

noche celebrándolo, porque él me dará la misma noticia. —Inclinó la copa hacia su amigo, que imitó su gesto—. Cuando Avery abra su primer restaurante, sé que estaré en primera fila en la inauguración. Y quizá, para entonces, Rayden me haya enseñado de verdad a cocinar algo.

Nos reímos.

—Y cuando por fin le pida a Mandy que se case conmigo…, sé que llamaré a Avery para que me ayude a escoger el anillo adecuado. Y sé que Wes me tendrá que echar un cable siendo mi padrino.

—Trent… —Mandy se secó más lágrimas, y él se giró hacia ella.

—Perdona, nena. No quería hacerte llorar. Pero brindo por esto —continuó—. Por nuestro futuro. Juntos.

De nuevo, alzamos las copas, y no se me escapó la emoción presente en cada una de sus expresiones.

Siempre había sabido que los cuatro eran mejores amigos, pero ahora, por primera vez, me daba cuenta de que eran mucho más.

—Por el futuro.

—Bueno, os habéis quedado con los brindis más bonitos —empezó Weston, girando el tallo de la copa entre los dedos—. Y ya sabéis que soy un desastre con las palabras, así que… brindo por este momento. Por estar aquí, con vosotros. Por Mandy y Trent, que han conseguido pasar las últimas horas sin romper nuestra regla sobre las muestras de afecto en público. —Inclinó la cabeza hacia ellos y les arrancó una carcajada—. Por Rayden, por habernos acogido y por no haberme echado a patadas después de lo que hice en el restaurante. —Me dirigió una expresión de disculpa, que liquidé con un gesto—. Y por Avery, porque… Bueno, porque es Avery. —Le sonrió—. Por nosotros.

—Por nosotros.

Tomamos otro sorbo antes de que todas las miradas se posaran en la chica que estaba a mi lado.

—Vale… —Avery se aclaró la garganta—. Mandy tiene razón, ha sido un año difícil. Pero no hace falta que lo repita. Vosotros estabais ahí.

Le apreté la mano con más fuerza, y ella me devolvió el gesto de inmediato.

—Me habéis visto en mis peores momentos… y luego me habéis ayudado a volver a los mejores. —Sus ojos se humedecieron—. No lo habría conseguido sin vosotros. —Alzó un instante la vista hacia mí—. Sin ninguno de vosotros. Es mérito vuestro que haya conseguido seguir adelante. Porque no os limitasteis a estar a mi lado, hicisteis mucho más. Me cogisteis de la mano cuando estaba a punto de caer y… —Inspiró temblorosa—. Y cuando todo mi mundo estaba hecho trizas, me ayudasteis a volver a juntar los pedazos. —Alzó la copa—. Brindo por las heridas que se curan. Por los obstáculos que se superan. Y por las cosas que no siempre salen como las planeas, pero que igualmente vale la pena vivir.

Le acaricié el dorso de la mano con el pulgar y, junto a los demás, me uní a su brindis.

—Por la vida.

Avery se acurrucó contra mí, y yo le besé la frente mientras aspiraba su perfume.

—Te toca a ti, chef.

—Creía que era algo reservado a los graduados.

—Es algo reservado a la familia —me corrigió Trent.

—Y tú formas parte de la nuestra —concluyó Mandy, que se secó otra lágrima.

Avery me miró. Tenía los ojos brillantes llenos de chispas. Y cuando asintió para confirmar lo que habían dicho sus amigos, algo en mi pecho se quebró. Y justo después se recompuso.

—De acuerdo. —Mi voz salió baja, mientras buscaba las palabras adecuadas—. Hace un tiempo, alguien me dijo una frase en la que no he dejado de pensar: «A veces, sonreír es lo más difícil que podemos hacer».

A mi lado, Avery contuvo el aliento.

—En aquel momento, no la entendí de verdad. Pero, con el paso del tiempo, he aprendido a hacerlo. Ella me ha enseñado a hacerlo. —Lentamente, me giré en su dirección—. Me ha enseñado que, a

veces, la vida puede ser una mierda, que podemos estar mal… Pero que somos nosotros quienes elegimos cómo vivir ese dolor. Podemos rendirnos o podemos luchar. Podemos destrozarlo todo o podemos volver a ponernos en pie. Podemos desesperarnos… o podemos reír.

Le temblaron los labios, y separé la mano de la suya para poder acariciárselos.

—Nos corresponde a nosotros tomar la decisión —proseguí—. Y si elegimos ser felices, si elegimos reír…, vivir resultará más fácil. —Le sequé una lágrima. Y alcé la copa—. Brindo por eso. Por aprender a reír.

El caramelo de sus ojos se derritió. Y, por primera vez, me di cuenta de que también había derretido todo el hielo que había en mí.

Ya no había espacio para barreras ni escudos. Solo había lugar para Avery. Y para lo que, muy pronto, aprendería a considerar mi familia.

—Por aprender a reír.



Acababa de terminar de lavar las copas a mano cuando oí los pasos de Avery en la cocina.

—¿Te has divert…? —Me interrumpí en cuanto me giré en su dirección. Todos mis músculos se contrajeron—. ¿No tenías que cambiarte?

Avery bajó la mirada hacia sí misma. Seguía llevando la toga y el birrete…, pero no tenía nada más debajo.

—Eso he hecho.

Crucé los brazos sobre el pecho y recorrí con la mirada su cuerpo perfecto mientras avanzaba lentamente hacia mí.

—¿Acaso intentas provocarme, jovencita?

Ella parpadeó con inocencia, y no se detuvo hasta que su pecho rozó el mío.

—No, chef. Si quisiera provocarte…, haría algo así.

Avery alzó una mano y empezó a trazar una línea que descendía entre mis pectorales, por el estómago, dejando atrás los abdominales…

Un cosquilleo ardiente me estalló en la base de la espalda y una erección me tensó los bóxers. Pero, un instante antes de alcanzarla, ella se detuvo. Y se puso de puntillas.

—Pero no te estoy provocando —me susurró al oído—. Y no lo haré. A menos que me lo ordenes.

Me moví antes incluso de darme cuenta.

Le atrapé la cintura con las manos y la hice girar bruscamente hasta encajonarla entre mi cuerpo y la encimera a su espalda.

—¿Todavía no has aprendido la lección de lo arriesgado que es todo esto? —gruñí a un soplo de sus labios. Y en sus ojos vi el reflejo de las llamas que ardían en los míos.

—Creo que he aprendido muy bien esa lección —replicó.

Mi autocontrol estuvo a punto de reducirse a cenizas, allí, a sus pies.

—Quítate el birrete —ordené—. Ahora.

Avery se mordió el labio inferior mientras una oleada de excitación nos arrollaba a los dos.

No dudó.

Lo lanzó al otro lado de la cocina y liberó su melena ondulada, que le cayó con suavidad por los hombros.

Joder…

Apretando los dientes, subí la mano por la piel desnuda de su costado y le acaricié el pecho.

—La toga.

No hizo falta añadir nada más.

Con un estremecimiento, Avery la dejó caer al suelo. Y verla allí, desnuda y temblorosa mientras obedecía a todas mis órdenes, era casi demasiado para soportar.

Le pellizqué un pezón, y eso le arrancó un gemido. Y mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo, obligándola a sentir lo dura que tenía la polla, llevé la otra mano a su garganta.

—Antes me has llamado déspota.

Avery no apartó los ojos de los míos.

—No tendrías que haberlo hecho.

Sin previo aviso, metí una pierna entre las suyas y la obligué a que las abriera.

Avery dio un respingo.

Yo gruñí.

—Dios… —Solté su pecho y llevé los dedos hasta su centro—. ¿Notas lo jodidamente mojada que estás?

Avery se aferró al borde de la encimera tras ella, como si sus rodillas estuvieran a punto de ceder.

—No. —Apreté un poco la mano alrededor de su cuello—. Tus manos solo pueden estar en un sitio: sobre mi cuerpo.

Empecé a acariciarla, y ella inspiró bruscamente mientras se agarraba a mis hombros.

—Muy bien, jovencita…

Aceleré el ritmo, frotando el punto exacto que siempre la hacía gemir y perder el aliento. Pero, cuando intentó echar la cabeza hacia atrás, se lo impedí y la obligué a permanecer a un centímetro de mi rostro.

—Los ojos en los míos.

Avery sofocó un aullido y cerró los párpados…

—He dicho… —Dejé de tocarla—. Los. Ojos. En. Los. Míos.

Volvió a mirarme enseguida, jadeante.

—Sí, chef…

Introduje un dedo en ella antes de que terminara de responder, y sentí que se contraía con fuerza a mi alrededor mientras un grito estallaba en su pecho.

—No, jovencita. —Hundí el dedo todavía más. Cada vez más rápido—. Nada de gritos.

Avery selló los labios. Tenía las uñas tan clavadas en mis hombros que las sentía incluso a través de la camiseta.

Cuando añadí un segundo dedo, un sonido ahogado escapó de su garganta y la hizo temblar de forma irregular.

Ardiendo y cada vez más mojada, se llevó una mano a la boca y sofocó contra la palma todos los gritos que habría querido liberar. Nunca me cansaría de esa imagen.

—Aparta la mano.

Negó con la cabeza.

—N-no…

—Bésame.

Avery obedeció y se abalanzó sobre mis labios para volcar en mí toda la pasión que la estaba devorando, y yo correspondí a su beso con la misma urgencia, acelerando el movimiento de mis dedos hasta imitar el ritmo con el que se buscaban nuestras lenguas.

Saboreé cada uno de sus gemidos, robé cada una de sus súplicas. Hasta que lo sentí. El modo en que su cuerpo empezó a vibrar, preparado para estallar.

—Ahora, jovencita. —La acaricié también con el pulgar—. Grita.

El sabor de su orgasmo me invadió, y en mis dedos noté cada una de las sacudidas ardientes que recorrían su cuerpo.

—Así —gruñí sobre sus labios, sin dejar de adentrarme en ella—. Resiste. Siéntelo todo… Lo que te hago, lo que pasa si me provocas… Siéntelo.

Le arranqué más gritos, más gemidos, más escalofríos. Y al final, cuando toda la fuerza desapareció de sus músculos, la sostuve contra mí y dejé que recuperara el aliento.

—Seguiré haciéndolo de todos modos, chef…

La levanté del suelo para que me rodeara la cintura con las piernas.

—¿El qué?

Sin aliento, Avery sonrió. Y era la sonrisa más bonita que me había dedicado nunca.

—Provocarte.

Volví a besarla y recorrí el pasillo para llevarla hasta la habitación.

El cansancio que la invadió duró tan solo unos segundos y, enseguida, su cuerpo volvió a estremecerse contra el mío, mientras

sus manos se enredaban en mi pelo y las mías moldeaban todas sus curvas.

—¿De verdad crees que podrás soportar las consecuencias? —La tumbé en la cama y me coloqué encima de ella.

Nuestras miradas se encontraron, nuestras respiraciones se persiguieron. Y su expresión inocente mandó una descarga eléctrica a la punta de mi erección.

—Sí… —respondió—. Si me enseñas a hacerlo.

Mi boca volvió a estrellarse contra la suya, y el universo se convirtió en un torbellino confuso y borroso mientras Avery me quitaba la camiseta y me desabrochaba los vaqueros.

Cada uno de nuestros movimientos era brusco; cada beso, violento. Como si no pudiéramos tener suficiente del otro y temiéramos que el tiempo del que disponíamos, tarde o temprano, fuera a terminarse.

Pero esa era la cuestión.

No sucedería.

Porque ninguno de los dos lo permitiría.

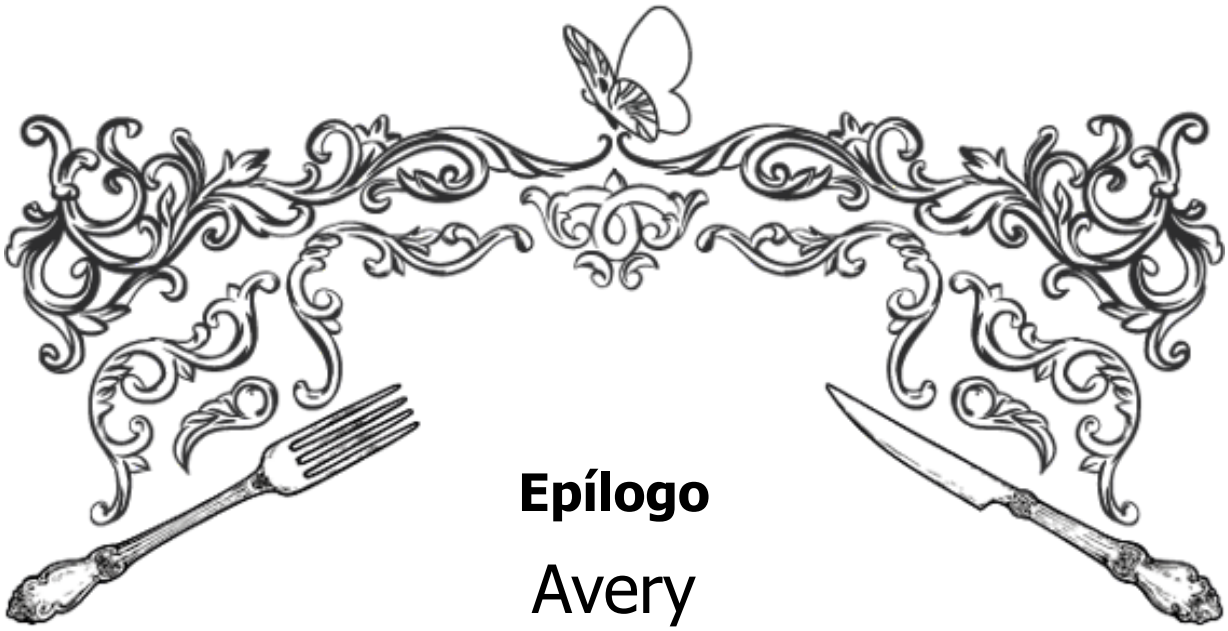
—Tengo una última orden para ti, jovencita.

Avery me rodeó las caderas con más fuerza y me atrajo todavía más contra ella.

—Lo que quieras, chef.

Encadené mi mirada a la suya y, sobre sus labios, murmuré mi orden. Mi súplica.

—No pares nunca. De volverme loco…, de permitirme amarte… No pares. Nunca.



Epílogo

Avery

Dos años después

El *flash* de la cámara de fotos deslumbró el restaurante, y tuve que parpadear varias veces para deshacerme de los halos de luz que veía.

—Ahora una en la que estéis más juntos —indicó el fotógrafo del *Boston Globe.*

Rayden, impecable en su uniforme negro de chef, se colocó a mi lado. Tenía una expresión seria y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vale, quietos así —nos indicó el hombre antes de sacar otra foto. Pero, después de comprobar la pantalla de la cámara, frunció los labios en una línea fina—. Intentad relajaros un poco.

—Sonríe, chef —murmuré, alzando la vista hacia él.

—Perdería mi reputación —respondió.

Negué con la cabeza, divertida.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Eso nunca pasará. Y me refiero a nunca.

Una chispa atravesó los ojos de Rayden, y sus labios se curvaron de una manera que me dejó sin aliento.

El *flash* de la cámara volvió a dispararse justo en ese momento, y los dos nos giramos hacia el fotógrafo. Nos había pillado

desprevenidos.

—Muy bien —dijo—. Creo que ya tengo todo lo que necesito. —Se volvió hacia su compañera—. Jolene, ¿tienes más preguntas?

La periodista que acababa de entrevistarnos negó con la cabeza.

—Hemos terminado.

—Perfecto —continuó él—. Entonces os dejamos con la celebración.

Se acercaron para tendernos la mano y se la estrechamos.

—Gracias por venir —dijo Rayden.

La mujer hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias a usted por haber aceptado.

—Y enhorabuena otra vez —añadió el fotógrafo.

Les dediqué a ambos una sonrisa agradecida y los observé mientras salían del Ambroisie.

A pesar de que era domingo y, por tanto, estaba cerrado al público, había decenas de personas en el restaurante, todas con copas de champán en la mano y una expresión entusiasta en el rostro. Pero yo no las veía.

La mirada orgullosa de mi padre, la sonrisa ansiosa de mis mejores amigos, el aire cargado de electricidad que vibraba alrededor de todos los miembros de la brigada…

No veía nada.

Tan solo una cosa reclamaba mi atención.

Me di la vuelta. Dando la espalda a los presentes, volví a admirar la placa que acabábamos de colgar en la pared.

Era esa la razón por la que todos nos encontrábamos allí. Y…

Rayden me rodeó la cintura con los brazos para que apoyara la espalda en su pecho.

—¿En qué piensas, jovencita?

Una sacudida cálida me recorrió las venas, pero no sabía si el motivo era él o el cuadro rojo que tenía frente a mí. El que contenía las tres estrellas Michelin.

Tres.

—Todavía no me lo creo —admití en un susurro.

Rayden y yo estábamos juntos cuando le comunicaron que el Ambroisie había obtenido las estrellas. Yo había gritado, saltado, me había lanzado a su cuello… Y luego me reí hasta quedarme sin voz mientras él me levantaba del suelo y me hacía girar a la vez que me susurraba que lo habíamos conseguido.

Me había parecido un sueño.

Y aún me lo parecía.

—Mmm… —Rayden me rozó el oído con los labios—. ¿Quieres que te demuestre que es todo real? —preguntó, con una voz repentinamente ronca—. Porque recuerdo una forma muy interesante de hacerlo. —Se agachó un poco más, me posó la boca en el cuello y el beso suave que me dio desencadenó escalofríos por todo mi cuerpo. Unos escalofríos que ardieron en el instante en que entreabrió los labios. Y empezó a succionar despacio mi piel.

—Rayden —protesté. Pero su nombre salió más como un suspiro que como una advertencia—. Rayden…

Dios, no podía hacerme aquellas cosas allí, delante de todos.

—Vale, vale. Me lo creo.

Con los labios pegados contra mi piel, sonrió.

—Ha hecho falta poco para convencerte.

Giré la cabeza en su dirección y le lancé una mirada torva. Él se echó a reír.

Lo cierto es que reía a menudo. Y cada vez encendía en mí más sensaciones de las que podía soportar.

Me llevé dos dedos al cuello.

—Tendrías que aprender a controlarte, chef.

Se pasó la lengua por los labios, y sabía que notaba mi sabor.

—Tendrías que dejar de ponérmelo imposible, *sous chef.*

Un hormigueo me recorrió la espalda.

Habían pasado casi dos años desde que Rayden me había ofrecido aquel puesto, y esa era otra de las cosas que seguían pareciéndome un sueño.

No siempre era fácil trabajar a su lado en el restaurante y, al mismo tiempo, seguir estudiando a tiempo parcial en el Culinary

Institute of America. Pero, cada vez que Rayden se ofrecía a buscarme un sustituto hasta que me graduara, le respondía lo mismo.

No tenía ninguna intención de renunciar a la cocina, ni siquiera de forma temporal. Aquel era mi mundo. Nuestro mundo. No lo abandonaría por ningún motivo.

—Y pensar que hace tiempo intentaste enseñarme a tener la disciplina suficiente como para no distraerme con nada —repliqué.

—Sí. Porque ya lo sabía.

Parpadeé.

—¿Qué sabías?

—Que uno de los dos tendría que aprender a contenerse. —Bajó la mirada a mi boca—. Y que no sería yo.

Se me aceleró el pulso.

«En la cocina no» siempre había sido una de sus reglas férreas.

Si hubieran sabido cuántas veces la habíamos roto, nos habrían quitado las estrellas sin pensárselo dos veces. Pero, desde luego, habría valido la pena.

—¿Trasto?

La voz de mi padre nos hizo volver a la realidad y, cuando nos giramos, lo encontramos a pocos pasos de nosotros.

—Solo quería daros la enhorabuena. Otra vez. —Tenía una expresión dulce—. Os merecéis este reconocimiento. Maldita sea, os merecéis mucho más. —La emoción le nubló la mirada, y se aclaró la garganta mientras le tendía una mano a Rayden—. Enhorabuena, hijo.

Él se la estrechó y le sonrió.

—Gracias, señor.

Recordaba cada segundo del momento en que mi padre, todavía en el hospital, me había preguntado quién le había causado a Rayden los moratones que tenía cuando se habían conocido. Y dado que él ya me había dicho que podía hablarle de ello, se lo conté todo. Le hablé de su pasado, de su familia…

Mi padre había escuchado sin interrumpirme ni una vez, y permaneció en silencio durante muchos minutos, incluso cuando hube terminado. Al final, me dijo que llamara a Rayden y le pidiera que viniera al hospital.

En cuanto entró en la habitación, confundido y preocupado, mi padre se levantó de la cama. Y lo abrazó.

No intercambiaron ni una sola palabra, únicamente ese gesto. Un gesto que, para ambos, significaba mucho más que cualquier otra cosa.

—Y tú, Avery… —Se volvió hacia mí para traerme de vuelta al presente—. Estoy muy orgulloso de ti.

Me acerqué a él y le rodeé el cuello con los brazos.

—Gracias, papá.

«Por todo».

—Nunca tuve dudas, ¿sabes? —murmuró—. Sobre que acabarías cumpliendo tu sueño.

Me separé un poco de él con una pequeña sonrisa en los labios.

—Nunca soñé con las tres estrellas Michelin.

—No, tú siempre soñaste mucho más a lo grande. —Me llevó una mano a la mejilla y me acarició—. Soñabas con ser feliz.

Decenas de emociones se atascaron en mi garganta, y no pude evitar llevar la mirada hasta Rayden.

—Sí… He cumplido ese sueño.

La emoción en mi padre creció todavía más y, por un segundo, me pareció que se le humedecían los ojos.

—Papá…

—Bueno —me interrumpió—, será mejor que vuelva con Mandy. Me estaba hablando de ese compañero de clase del que Trent está celoso…

No pude evitar reírme.

—De acuerdo. Pero dile a Wes que me espere antes de hacer cualquier tipo de broma.

Él asintió y nos dedicó un último gesto con la cabeza antes de girarse. Entonces me apoyé sobre el costado de Rayden, que me

estrechó contra sí.

—¿Es verdad, jovencita? —Me hizo girar hacia él y me rozó el labio inferior con el pulgar—. ¿Eres feliz?

Me reflejé en sus ojos. Unos ojos que ya no contenían lluvia, ni lágrimas. Con el tiempo, habíamos conseguido liberarlos de todo ese dolor. Y ahora, en su mirada no había más que el cielo gris en los primeros destellos del amanecer.

—Sí. —Me puse de puntillas y coloqué las palmas en su pecho—. Soy feliz cada día contigo, chef.

Bajo mis dedos, su corazón empezó a latir con más fuerza, y la luz en Rayden se volvió todavía más intensa mientras se inclinaba para besarme.

Y estaba justo allí, en sus labios.

Mi sueño.

Mi felicidad.

Y nuestro para siempre.

Juntos.

Rayden

El último invitado salió del restaurante y cerré la puerta con llave. Al fin me permití relajar los hombros.

Había sido un día largo, increíble…, pero no perfecto.

Todavía no.

Me desabroché el primer botón de la chaqueta y tomé aire mientras cruzaba la sala. Luego, como había hecho ya decenas de veces, me detuve frente a la placa que certificaba el reconocimiento de las tres estrellas.

A su izquierda se encontraba la reseña de la señora D'Arnaud.

A la derecha, la fotografía de mi madre.

«Prométeme que estarás bien. Que vivirás la vida de tus sueños… Prométeme que encontrarás la manera de ser feliz».

Tragué saliva con fuerza mientras contemplaba su rostro en la imagen. Habían pasado años, pero estaba luchando por cumplir esa promesa. O, al menos, esperaba poder hacerlo.

Con el estómago contraído, dejé atrás el comedor y fui a mi despacho para coger una cosa antes de ir a buscar a Avery.

La encontré apoyada en una de las encimeras de la cocina, con la mirada perdida en el vacío y los dedos trazando círculos distraídamente sobre el acero.

Sonreí mientras me acercaba a ella. A medida que me aproximaba, el aire adquiría un aroma distinto. Más fresco, más intenso…

Salvia y romero.

El aire alrededor de Avery olía a salvia y romero.

—Oh. —En cuanto me oyó llegar, parpadeó y sonrió—. Hola.

Me coloqué a su lado.

—Hoy estás pensativa.

—Estoy intentando grabar en mi mente cada segundo de este día —explicó—. No quiero olvidar nada.

Había intentado convencerla de que todo aquello no era un sueño. Pero ella… Joder, ella sí lo era.

—¿Y lo haces en la cocina? —pregunté.

Apoyó la cabeza en mi hombro y me miró a través de las pestañas.

—¿Acaso existe un refugio mejor?

«Refugio».

Un lugar donde sentirse a salvo. Un lugar donde sentirse protegido de cualquier dolor. Un lugar donde siempre, siempre, existe una solución.

—Sí, jovencita. —Me sumergí en sus ojos. Y allí, por fin, volví a respirar—. Existe.

Un pequeño surco se dibujó entre sus cejas. Pero, antes de que pudiera hacer cualquier pregunta, me incliné sobre ella y la besé.

—¿Sabes qué día es hoy? —cambié de tema.

Ante aquello, frunció más el ceño.

—¿El día en que esto se ha convertido oficialmente en un restaurante con estrellas?

Negué con la cabeza.

—No. Bueno, no solo eso. —La tomé de la mano y empecé a caminar—. Exactamente hoy, hace dos años, entraste por primera vez por esa puerta.

—¿De verdad? ¿Hoy?

Asentí.

—Estabas justo… —La moví un poco hacia la derecha—. Aquí.

Avery rio.

—¿En serio lo recuerdas tan bien?

—Lo recuerdo todo de ti, jovencita. —Hundí las manos en los bolsillos sin dejar de mirarla. De admirarla—. Recuerdo que estabas empapada cuando cruzaste el umbral. Cómo cambió tu expresión cuando te diste cuenta de que estabas en una cocina. Y cómo exigiste que te ofreciera el puesto de camarera.

Se le encendieron las mejillas.

—No lo exigí. Solo… no quería que me rechazaras otra vez.

—Jamás habría podido hacerlo. No después de verte. —Di un paso hacia ella—. Desde aquel día, supe lo especial que eras. Diferente de cualquier otra persona a la que hubiera conocido. —Levanté una mano y tracé una línea desde su sien hasta el cuello—. Eres fuerte. Eres determinada. Estás llena de pasión. Y eres todo lo que siempre he querido, aunque aquel día aún no lo supiera.

—Rayden…

Le posé el pulgar en los labios suaves.

—No. Hablo yo.

Su sonrisa me calentó la piel.

—Podría decirte que soy incapaz de imaginar mi vida sin ti, pero es mucho más que eso. Soy incapaz de imaginar cocinar sin ti. Soy incapaz de imaginar respirar sin ti. Y soy incapaz de imaginar reír sin ti.

Una chispa cruzó su mirada, y yo le acaricié la boca y tracé el contorno perfecto.

—Eres mi luz, Avery. Eres el oro que siempre he entrelazado con el negro, con la esperanza de que lo iluminara. De que me iluminara. Y tú… tú lo has conseguido. Desde aquel día de hace dos años.

Su respiración se aceleró.

—Desde entonces soy tuyo —continué—. Y quiero que seas mía. —Di un paso atrás y apreté la mano dentro de mi bolsillo—. Siempre dices que tarde o temprano aprenderé a pedirte las cosas en lugar de ordenártelas. Pero, si eso cambiara ahora, no tendrías que pasarte el resto de la vida enseñándomelo. Y yo necesito que lo hagas. Necesito que pases el resto de la vida a mi lado.

Avery se llevó los dedos a la boca y, sin lograr tomar una bocanada de aire, me observó mientras me arrodillaba ante ella.

—Así que no voy a pedírtelo. —Saqué la cajita de terciopelo que había cogido en el despacho, abrí la tapa y le mostré el anillo de diamantes que contenía—. Cásate conmigo, jovencita.

Se estremeció y sus ojos se humedecieron.

—Permíteme pasar cada uno de mis días demostrándote cuánto te amo. Ser mejor para ti, luchar por ti. Permíteme abrazarte cada mañana al despertar, besarte cada noche antes de dormir, hacerte reír cada día hasta que olvides todo lo demás. Permíteme convertirme en tu mundo. Porque tú eres el mío.

Avery se dejó caer de rodillas antes de que pudiera ver las lágrimas deslizarse por sus pestañas. Y, lanzándose sobre mí, me abrazó hasta que ninguno de los dos pudo respirar.

—Sí —susurró con voz quebrada—. ¡Sí, sí, sí!

Se separó unos centímetros para buscar mi mirada. Y la última herida que seguía presente en mi alma sanó.

Porque en sus ojos estaba el final de la historia.

Estaba nuestro futuro.

Nuestro final feliz.

Y sabía a todo lo que siempre había soñado.

Avery, salvia y romero.

—Sí, chef —repitió sobre mis labios—. Sí.



La boda

Avery

Se me humedecieron los ojos y el reflejo en el espejo frente a mí se volvió borroso.

—Oh, Ry…

Alcé la vista al techo y pestañeé mientras Mandy abrochaba el último botoncito de mi espalda y se apartaba para mirarme.

—Estás realmente… —Su voz se quebró, y no pude evitar sonreírle.

—Gracias.

Todavía incapaz de hablar, mi mejor amiga negó con la cabeza y siguió pasando su mirada conmovida por el vestido blanco que caía hasta el suelo en una nube de tul y seda.

El elaborado corpiño se ceñía a mis curvas, los tirantes de encaje descendían con suavidad por los brazos, y la voluminosa falda color marfil susurraba dulcemente con el más mínimo de mis movimientos.

Ni siquiera veía el recogido que enmarcaba mi rostro, ni el maquillaje delicado en el que Mandy había trabajado durante horas. Solo tenía ojos para el vestido. Porque, aunque había pasado meses enteros organizando aquella boda, esa era la primera vez que me

sentía una novia de verdad. Quizá, incluso, la primera vez que comprendía lo que estaba a punto de suceder.

Mi corazón empezó a latir más rápido, cada parte de mí se encendió y…

—No puedes llorar, ¿vale? —dijo Mandy, secándose la comisura de los ojos, pero no sabía a quién de las dos dirigía esas palabras—. El rímel no puede correrse. Hoy no.

Asentí e intenté contener las emociones que sentía.

No lo conseguí.

—De acuerdo —respondí de todos modos, e inspiré hondo—. Vale.

—Bien. —Se acercó a mí, hasta que el espejo mostró el reflejo de las dos.

El de la novia incapaz de creer que esa fuera su realidad y el de la dama de honor que, día tras día, no hacía más que apoyarla.

—Ha llegado el momento —murmuró en un susurro.

—Ha llegado el momento —repetí, buscando sus ojos en el reflejo.

—¿No has cambiado de idea en el último momento? ¿Nada de «Dy, abre la ventana, necesito salir de aquí»?

Estallé en una carcajada.

—No, Dy. No he cambiado de idea.

No sucedería con Rayden. Nunca sucedería con Rayden.

Se encogió de hombros.

—Tenía que comprobarlo.

Mi sonrisa se ensanchó, y ella se secó la enésima lágrima antes de aclararse la voz y dirigirse hacia el tocador de la *suite* en la que nos encontrábamos.

—Muy bien, pues… —Consultó el teléfono—. Tu padre ya ha salido, estará aquí con el coche en quince minutos. Y… Oh, vale, acaba de llegar el florista. Bajo a recoger el ramo y vuelvo.

—De acuerdo. Gracias.

La observé mientras desaparecía por el pasillo, y cuando sentí vibrar mi teléfono, al fin encontré la fuerza para apartarme del

espejo.

Era un mensaje. Y me bastó ver el nombre en la pantalla para sentir una oleada de mariposas haciéndome cosquillas en el estómago.

Chef: ¿Confías en mí, jovencita?

Fruncí el ceño.

Yo: ¿No es un poco tarde para hacerme una pregunta como esa?

Chef: Entonces sal de la habitación y ve hacia el ascensor.

El surco en mi frente se acentuó.

«¿Qué…?».

Chef: Ahora.

Dejé de pensar.

Sin soltar el teléfono, me recogí la falda con una mano y salí.

Apenas había recorrido unos metros cuando alguien me sujetó del brazo.

Me vi arrastrada detrás de una esquina y, en menos de un segundo, tenía la espalda pegada a la pared.

El corazón empezó a latirme en la garganta, y el sobresalto que me agitó el pecho fue tan brusco que dolía.

Pero la velocidad de mis latidos no disminuyó cuando comprendí quién me había agarrado. Sucedió todo lo contrario.

Se disparó.

—¿Qué…? ¿C-cómo…?

Mi mente tardó menos de un segundo en disipar la confusión que la nublaba.

—¡Tú deberías estar en la iglesia! —Tendría que haber sonado como un reproche, y sin embargo, mis labios se curvaron en una sonrisa. Lo hacían siempre cuando estaba con él.

—Debería. —Rayden se acercó más a mí. Parecía tan falto de aire como yo.

—Da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Él negó con la cabeza y bajó la mirada hacia mí. La sentía en cada centímetro de piel desnuda, en cada bordado delicado del vestido.

—Sabía que no sería buena idea verte por primera vez delante de otras personas. —Lentamente, apoyó una mano en mi costado y la subió hasta la cintura—. Y, joder… —Tragó saliva—. Tenía razón.

Su caricia. Su mirada. Su calor…

Una cascada de escalofríos se deslizó por mis brazos y mi cuerpo empezó a crepitar.

—Dios… —Subió la mano un poco más, me rozó el lado del pecho y se detuvo al llegar a mi rostro—. Eres tan…

Las rodillas me temblaban.

—¿Qué, chef?

Rayden clavó los ojos en los míos. Y allí, en aquellos iris cristalinos, vi el reflejo de cada uno de sus pensamientos. Y de todos los deseos que anhelaba cumplir.

—Mía.

Las mariposas en mi estómago se multiplicaron.

—Lo seré dentro de poco.

—No, jovencita. —Me inclinó la cabeza y se cernió sobre mí—. Lo eres desde siempre.

Su boca atrapó la mía antes de que pudiera siquiera respirar, y todo mi cuerpo se derritió entre sus brazos.

Ya no recordaba por qué se suponía que no podíamos estar juntos en aquel momento. De hecho, no dejaba de preguntarme por qué no podíamos estar todavía más cerca.

Con avidez, sus labios abrieron los míos, y su sabor me invadió en una caricia delicada mientras su lengua rozaba y buscaba la mía.

—Rayden…

Un sonido ronco le rasgó la garganta, y se pegó más a mí, arrebatándome hasta la última partícula de oxígeno que custodiaban mis pulmones.

—Dios, Avery…

Intensificó el beso, y yo hundí los dedos en su cabello mientras me ponía de puntillas.

No había ningún ruido a nuestro alrededor, salvo nuestras respiraciones entrecortadas y un frufrú que no dejaba de aumentar.

—Joder…

Rayden deslizó las manos por mi espalda y me pegó todavía más a él, y el frufrú se volvió más insistente. Cada vez más insistente…

Un rayo se abrió paso en mi mente.

La falda. El vestido. La boda.

—Rayden… —Esa vez, mi voz no fue un suspiro, y él se dio cuenta.

Se separó de mí y apoyó la frente contra la mía.

Aunque se había apartado a instancias mías, sentí una punzada en el pecho.

Habría querido atraerlo de nuevo hacia mí, permitirle que me besara hasta hacerme olvidar la existencia del universo a nuestro alrededor…

Pero no podía.

—Mandy te matará si me estropeas el maquillaje —murmuré, todavía sin aliento.

De nuevo, sentí su mirada arder sobre mí. Y, Dios, no estaba segura de haberlo visto nunca de ese modo. Como si su autocontrol se hubiera reducido a humo y él no tuviera la menor intención de recuperarlo.

—Ya me estás matando tú —respondió en voz baja.

Con las mejillas repentinamente ardiendo, dejé de agarrarle el cabello y le apoyé las manos en el pecho.

En ese momento, lo miré al fin.

Y la boca se me secó.

Desde la primera vez que vi a Rayden, en la cocina del Ambroisie, él siempre me había dejado sin palabras.

La intrincada belleza de su rostro, la sobrecogedora profundidad de sus ojos…

Aquel día, pensé que él era perfecto, y desde entonces no había dejado de verlo exactamente así. Daba igual si vestía la chaqueta de chef o si tenía el rostro adormilado después de haberme abrazado durante toda la noche, Rayden seguía siendo la obra de arte más increíble jamás creada.

Pero ahora…

Ahora no era perfecto. Era algo que iba más allá.

Una camisa blanca se ceñía a su torso, cubierta en gran parte por la corbata negra que ocultaba los botones y por el chaleco que se ajustaba a su cintura estrecha y a los músculos esculpidos.

Sobre la camisa, una americana negra le marcaba todavía más los hombros, realzaba su cuerpo y acentuaba los reflejos plateados de sus ojos.

No, no era perfecto. No era guapo, no era sublime. Era…

Era mucho mucho más.

Rayden me dedicó una mirada que estuvo a punto de hacer que me cedieran las rodillas, y apoyé todo mi peso contra la pared a mi espalda, mientras él me rozaba el labio inferior con el pulgar y me animaba a volver a mirarlo a los ojos.

—Te he echado de menos esta noche. —La dulzura de su voz despertó un cosquilleo en todo mi cuerpo.

—Yo también.

Una sombra oscura cruzó sus ojos.

—¿Quiero saber adónde te llevó Mandy? —preguntó.

Ante aquello, sonreí.

—¿Estás celoso, chef?

—¿En serio me lo preguntas? —Sus rasgos se habían endurecido —. Responde.

Reprimí una risa divertida.

—No salimos. Nos quedamos en el *spa* del hotel, nos dieron unos masajes y luego volvimos a la habitación —le conté con los brazos alrededor de su cuello—. ¿Adónde te llevaron a ti los chicos?

Rayden había pasado la noche con Trent y Wes, que habían vuelto a la ciudad para asistir a la boda, y con algunos miembros de la brigada del restaurante.

—Contigo no —respondió a un soplo de mi boca—. Y era el único sitio donde quería estar.

Un escalofrío más fuerte que los anteriores me recorrió la espalda, y Rayden cerró con fuerza los ojos mientras tensaba los músculos.

—Si sigues temblando de esa forma, el maquillaje no será lo único que te estropearé. —Cerró los dedos alrededor de mi falda, y de repente sentí la necesidad de apretar los muslos.

—Quizá dicen que ver a la novia antes de la boda trae mala suerte justo por esto.

Volvió a mirarme.

—En este momento, no me siento precisamente un tipo con mala suerte.

No pude evitarlo.

Pestañeé y le sonreí de forma sensual.

—¿Y cómo te sientes, chef?

Un gruñido grave hizo eco en su pecho y desató en mí explosiones de puro fuego.

—¿De verdad me estás provocando, jovencita? ¿Ahora?

Le sostuve la mirada. Ardía en llamas.

—¿Y si respondiera que sí? ¿Qué…?

No pude terminar.

Por segunda vez, los labios de Rayden se estrellaron contra los míos. Y lo hicieron de una forma mucho más arrolladora de lo que yo podía soportar.

—Rayden… —Me aferré a sus hombros mientras su boca reclamaba y dominaba la mía.

—¿Quieres saber por qué el novio no puede ver a la novia antes de la boda? —preguntó entre besos.

Intenté mantenerme en pie y no perderme en él.

—¿Por qué?

Presionó todos sus músculos duros contra mí.

—Porque, después, del vestido de la novia no queda ni un centímetro blanco ni puro.

En mi piel se desató un incendio, y cuanto más trataban de sofocarlo los latidos irregulares de mi corazón, más lo avivaban los besos de Rayden.

Ni siquiera tendría que estar allí…

Pero ahora no quería que se marchara.

Me separé de la pared y me apreté contra él, inclinando la cabeza en la medida justa para que pudiera profundizar nuestro beso todavía más.

Y, Dios mío, era…

—¡Rayden Wade!

Una voz alterada se impuso al torbellino de sangre en mis oídos, y el resto del mundo volvió a dibujarse a nuestro alrededor, estallando la burbuja en la que encontrábamos refugio cada vez que estábamos juntos.

—¡Aléjate inmediatamente de mi novia!

Con la respiración jadeante, Rayden se apartó unos centímetros y se volvió hacia Mandy.

—¿Tu novia?

Con una mano, mi mejor amiga se levantó el bajo de su vestido de gasa rosa y avanzó hacia nosotros.

—Hasta que no oiga las palabras «sí, quiero», no es tuya.

Rayden arqueó una ceja. Pero, antes de que pudiera replicar, Mandy lo amenazó con mi ramo.

—No. Sea lo que sea lo que quieras decir, no me interesa. —Se detuvo a un par de metros de nosotros—. Ni siquiera deberías verla, y mucho menos hacerle… ¡lo que le estabas haciendo!

Me ardieron las mejillas, y la fachada impasible de Rayden se vino abajo mientras hundía los dedos en mis caderas.

—Deberías enfadarte con tu amiga, no conmigo —replicó a Mandy, sonriendo—. La culpa de «lo que le estaba haciendo» es suya.

Entreabrí los labios y fingí que me había ofendido.

—Sí, bueno, he tardado demasiado en peinarla y maquillarla, no puedo enfadarme con ella. Pero sí puedo enfadarme contigo.

Una diversión repentina estalló en mi pecho.

Dios, me sentía tan…

Feliz.

Profundamente, infinitamente, extraordinariamente feliz.

—Así que —continuó Mandy— te recomiendo que te endereces la corbata, te arregles el pelo y vuelvas por donde has venido. Porque nosotras… —Me señaló—… tenemos un pasillo que recorrer dentro de unos minutos, y ni siquiera estoy segura de querer verte allí al fondo. —Dudó un instante—. Siempre que no empecéis a arder en cuanto entréis en la iglesia.

Me llevé una mano a la boca para ocultar una carcajada, y el corazón me dio otro vuelco cuando caí en la cuenta de que sentía el sabor de Rayden en los dedos.

—Otro motivo por el que el novio no tendría que ver a la novia —murmuró él en voz baja, dirigiéndose a mí.

—Arder sería realmente mala suerte —respondí.

—A menos que sea la novia quien pida arder. —Me rozó la nariz con la suya—. Y, si no me equivoco, tú…

—¡Eh! —Mandy chasqueó los dedos para interrumpir a Rayden, y su risa aterciopelada me calentó los labios.

—Recuerdo cuando yo era la persona más déspota en tu vida —dijo él, fingiendo que suspiraba.

Arrugué la nariz.

—Lo sigues siendo.

Sacudió la cabeza despacio.

—Me parece que hoy no.

Una avalancha de emociones me arrolló.

—¿No?

—No.

Con suavidad, me tomó la mejilla con una mano.

—Nos vemos en el altar, jovencita.

Se inclinó sobre mí, dejando nuestros labios a un soplo de distancia.

—Seré el que no consiga quitarte los ojos de encima.

Sonreí mientras notaba cómo me sonrojaba.

—Nos vemos en el altar, chef… —Lo miré a través de las pestañas —. Yo seré la que esté a punto de ponerse tu apellido.

Rayden se tensó de golpe.

Cerró las manos sobre mis caderas con un movimiento inflexible, y en sus ojos empezó a arder el mismo incendio con el que yo le había implorado que me redujera a cenizas desde el principio.

Quizá no fuera la única que aún no había asimilado del todo lo que estaba a punto de suceder. En lo que estábamos a punto de convertirnos. Pero mis palabras activaron algo en él. La certeza que confirmaba lo que había dicho antes: pronto sería suya. Realmente suya.

Había llevado su logo. Su marca. Pero ahora… ahora lo llevaría a él. Para siempre.

—Tú… —Rayden sacudió la cabeza—. A la mierda.

Se abalanzó de nuevo sobre mí.

Hundió los dedos en mi recogido, sus labios abrieron con fuerza los míos. Dulces, violentos, decididos a reclamar cada parte de mí.

Y yo…

Yo dejé que lo hicieran. No me importaba el maquillaje, ni el peinado, ni el vestido. Solo él. Solo nosotros.

Esa vez, cuando Mandy gritó, no la oí. Mi amiga había dicho que, hasta que no pronunciáramos las palabras «sí, quiero», no seríamos del otro. Y quizá ese era el quid de la cuestión.

Con cada uno de nuestros besos nos lo decíamos. Siempre nos lo habíamos dicho.

No necesitábamos testigos, no necesitábamos ceremonias oficiales.

Rayden era mío.

Yo era suya.

Y nosotros, juntos, éramos lo que siempre había deseado.

Fuego. Sonrisas. Y amor.

Rayden

Tras asentir una última vez a Mathis y a los demás chicos de la brigada, crucé el salón engalanado donde se celebraba el banquete y llegué a la terraza que daba al parque de la finca.

La brisa nocturna agitaba las copas de los árboles, teñidas de marfil por el resplandor de la luna llena, y las estrellas que salpicaban el cielo brillaban con una suave intensidad plateada. Pero yo no vi ni un solo detalle de aquel espectáculo.

Porque solo la veía a ella.

Con los codos apoyados en la barandilla de piedra, Avery contemplaba el panorama que se extendía bajo nosotros. Sus largos rizos sedosos oscilaban suavemente sobre su espalda, rozando de vez en cuando los botoncitos de nácar que cerraban el corsé de su vestido.

Mis dedos se estremecieron. Quizá porque querían ocupar el lugar de su melena y ser ellos quienes le acariciaran la espalda. Quizá porque deseaban arrancar aquella tela delicada. O, quizá, simplemente porque la necesidad que tenían de tocarla no había disminuido con el paso de los años. Había aumentado.

Cerré la puerta de la terraza a mi espalda, y cuando Avery notó que el sonido de la música y el fragor de las risas se habían atenuado, se enderezó y se volvió hacia mí.

Tardó menos de un instante en encontrarme. Y todavía menos en sonreírme.

—Hola —dijo, y se colocó un rizo castaño detrás de la oreja.

Allí, con la luz de la luna cayendo sobre su piel y un vestido que parecía hacerla brillar, era la cosa más hermosa que hubiera existido jamás.

Y no podía creer que de verdad fuera mía.

Anulé la distancia entre nosotros y le rodeé la cintura con los brazos.

—Hola.

Avery apoyó las palmas sobre mi pecho, y el destello dorado que capturó mi atención me dejó sin aliento.

Dios…

—Te queda jodidamente bien —murmuré con voz ronca.

Ella parpadeó.

—¿El qué?

Separé una mano de su costado para tomarle los dedos y acaricié la alianza con el pulgar.

—Llevar mi apellido encima.

Se sonrojó.

—Mandy me dijo que necesitaría un poco de tiempo para acostumbrarme.

—¿A qué?

—A ser Avery Wade.

Contra ella, mi cuerpo tembló.

—¿Y es así? —pregunté, haciendo todo lo posible por mantener el control—. ¿Necesitas tiempo?

Avery se mordió el labio inferior. Luego, lentamente, negó con la cabeza.

—No, chef.

Apoyé la frente contra la suya y la atraje más hacia mí.

No tenía ni idea de cómo había logrado separarme de ella esa mañana, después de haberla besado a escondidas en el pasillo del hotel.

No tenía ni idea de cómo había seguido respirando mientras entraba en la iglesia y me sonreía a cada paso que la acercaba a mí.

No tenía ni idea de cómo me las había apañado para no perder la cabeza mientras recitaba sus votos y prometía seguir amándome, haciéndome reír y provocándome durante el resto de nuestras vidas.

Y no tenía ni idea de cómo había resistido hasta aquel momento sin abrazarla y besarla hasta olvidarme del sabor del oxígeno.

Apreté con fuerza las manos en la base de su espalda.

Aún había demasiados invitados presentes. Tendría que esperar.

Pero no sabía cómo coño hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en busca de una distracción mientras la brisa se arremolinaba a nuestro alrededor.

Avery se apretó más contra mí, buscando entre mis brazos un refugio contra el frío.

—Necesitaba tomar un poco de aire.

La aparté ligeramente, me quité la chaqueta negra del traje y se la puse sobre los hombros, arrancándole una expresión dulce y sorprendida al mismo tiempo.

—¿Lo estás consiguiendo?

Inspiró.

—Tú no me lo pones fácil.

Sonreí y le volví a ceñir la cintura.

—¿No?

—No. —Me rozó la nariz con la suya, y yo capturé sus labios en un beso. Porque, joder, no podía evitarlo.

Avery sabía a luz. La de la luna que iluminaba la noche, la de las estrellas que nos crepitaba sobre la piel. La que ya inundaba mi vida.

Aquello que le había dicho hacía muchos años era verdad.

Nunca, nunca, había probado nada más bueno que aquello.

Que ella.

Se puso de puntillas y entreabrió la boca.

—Rayd…

La música y las risas volvieron a invadir el aire y nos devolvieron al presente con brusquedad. Cuando me aparté de Avery, vi que las

puertas de cristal de la terraza estaban abiertas de nuevo.

—Oh, disculpen, no quería… —En el umbral, uno de los camareros del *catering* nos miraba con expresión avergonzada—. Creía que…

—No hay problema —se apresuró a tranquilizarlo Avery. Pero sus mejillas seguían encendidas y su respiración, acelerada.

—Oh, bien. —El chico esbozó una sonrisa y, a continuación, nos tendió la bandeja que sostenía con una mano—. ¿Les apetece una fresa?

¿Lo decía en serio?

¿Por qué coño seguía allí? ¿Por qué no se había largado ya?

Lo fulminé con una mirada gélida mientras me preparaba para responderle. Pero, antes de que pudiera hacerlo, vi a Avery. Todavía intentaba recuperar el aliento.

«Mierda».

Reprimí cualquier respuesta. Y asentí.

—Sí, gracias. —Avancé un paso y cogí la bandeja entera del camarero—. Ahora puedes irte.

Sin mediar palabra, él se apresuró a volver a la sala y cerró las puertas.

—A pesar de lo que me has dicho esta mañana, estoy bastante segura de que los chicos del *catering* te llaman «el novio déspota» —comentó Avery, divertida, y no pude evitar alzar una comisura de la boca.

—Tenías razón, entonces —dije, y apoyé la bandeja en la barandilla.

—¿Sobre qué?

—Sobre el hecho de que mi reputación está a salvo. —Tomé una fresa cubierta de chocolate y me volví de nuevo hacia ella—. Aunque la pongas a prueba cada puto día.

Avery bajó la mirada a mis labios, y pronto vislumbré en su expresión el mismo deseo que seguía atormentándome a mí.

—Vale la pena, chef.

Reprimí el hormigueo que me recorrió la espalda.

—Estoy de acuerdo, jovencita. —Le acaricié una mejilla—. Pero ahora deja de sonrojarte y abre la boca.

Avery abrió mucho los ojos.

—¿Por qué?

Le tendí la fresa.

—Porque estoy intentando controlarme y dejar que tomes un poco de aire.

Sus ojos brillaron con una intensidad completamente distinta a la de antes, y por un segundo estuve a punto de mandar a la mierda todos los esfuerzos que estaba haciendo por contenerme y no pegarla otra vez a mí. Pero Avery, sonriéndome, se acercó unos centímetros más.

Suaves, sus labios se cerraron alrededor de la punta de la fresa, y la mirada que me dirigió mientras la mordía…

Reprimí un gruñido.

Sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Lo que me estaba haciendo. Y, joder, lo único que quería era concederle la victoria y arrancarle de encima hasta la última capa de tul antes de hundirme en ella y grabarle en la piel mis votos nupciales.

—Gracias, chef. —Avery sonrió, y yo me coloqué a su lado, con la espalda apoyada en la barandilla.

—De nada. —Mientras seguía luchando contra todos los impulsos que intentaban dominarme, engullí la otra mitad de la fresa.

Esa vez, fue ella quien no se perdió ni el más mínimo detalle de mis gestos.

Siguió con los ojos el movimiento de mi garganta, y sus mejillas, ya sonrosadas, adquirieron una tonalidad burdeos…

—Jovencita —la advertí.

—Perdón. —Tomó aire y volvió a mirarme a los ojos—. Es que una vez te imaginé haciendo exactamente esto.

Fruncí el ceño.

—¿Comiéndome una fresa cubierta de chocolate?

Se humedeció los labios.

—Ajá.

Un escalofrío cálido me atravesó el vientre.

—¿Y he cumplido tus expectativas? —Mi voz volvió a sonar grave, y Avery escondió un estremecimiento bajo mi chaqueta.

—Si de verdad quieres dejar que tome un poco de aire, no me hagas contestar a esa pregunta. Y deja de comer fresas.

Divertido, devolví la fresa que acababa de coger a la bandeja y me chupé el dedo para limpiarme los restos de chocolate.

—Y deja de hacer eso también.

La diversión que sentía se convirtió en una excitación pura y devastadora, y me pasé la punta de la lengua por el labio inferior mientras seguía intentando controlarme.

—Y eso…

«A la mierda».

Me giré del todo hacia ella.

—¿Algo más que no pueda hacer?

Avery parpadeó despacio.

—Mirarme de ese modo.

Acorté la distancia entre nosotros.

—Y acercarte.

Le aparté el pelo del hombro y tracé un rastro delicado en el cuello.

—Y…

Apoyé suavemente los labios en los suyos. Ella se estremeció.

—Besarme —concluyó en un susurro.

Le pasé los dedos por la clavícula, sin alejarme ni un solo milímetro.

—No creo que pueda complacerte en eso, jovencita.

Avery sonrió.

—En realidad, no creo que quiera que lo hagas, chef.

Volví a besarla, sonriendo con ella. Y era algo que se había vuelto tan natural que ya no recordaba cómo había podido vivir tantos años sin hacerlo.

Reír. Estar bien. Ser feliz.

Pronto, la dulzura de nuestro beso se transformó en algo más primitivo, y una desesperación abrasadora me recorrió las venas.

Dios, la necesitaba. Ahora, toda la noche, toda la puta vida.

La necesitaba.

—Ya te lo dije —jadeó Avery al cabo de unos minutos, con las manos todavía entre mi pelo y mi lengua en sus labios.

Me retiré un poco para mirarla.

—¿El qué?

—Que no me lo pones fácil para respirar.

Alcé una comisura de la boca.

—¿Quieres que…?

Antes de que pudiera terminar, la puerta de la terraza se abrió de nuevo.

—¿Señores Wade?

Un arrebato de frustración me invadió. Pero, en cuanto procesé el modo en que nos había llamado el responsable del *catering,* aquella molestia se disipó tan rápido como había llegado.

«Señores Wade».

«Avery Wade».

Cerré los ojos un instante.

«Joder, joder, joder».

Tal vez ella no necesitara acostumbrarse. Pero yo sí. Aunque no estaba seguro de que aquella sensación dejara de provocarme ese efecto alguna vez.

—¿Sí? —dije al cabo de un instante, volviéndome en su dirección.

—Todos los invitados se han marchado, como había pedido.

—Gracias. —Asentí levemente con la cabeza, y el hombre me lanzó una mirada cómplice antes de retirarse a la sala.

—¿«Como había pedido»? —repitió Avery, confusa.

Le pasé el pulgar por la curva del cuello y le incliné el rostro hacia el mío.

—Te he compartido durante todo el día. Mi paciencia tiene un límite.

Entreabrió los labios, y un alud de emociones contrapuestas empezaron a perseguirse en su rostro.

—Pero… no me he despedido de nadie —dijo—. Y ni siquiera hemos bailado una última canción. Yo quería…

Le robé un beso suave para cortar aquellas palabras.

—Ya me he despedido yo por ti. Y todavía no hemos bailado la última canción.

Una confusión genuina se reflejó en sus rasgos, y tuve que contener el impulso de tomarle las mejillas entre las manos y volver a besarla.

Si lo hiciera, tal vez no tuviera fuerzas para detenerme. Y, antes de abandonar toda la racionalidad y perderme en ella, había una última cosa que quería hacer.

—Ven conmigo.

Entrelacé nuestros dedos y la llevé de vuelta al interior. Avery dio un respingo y se detuvo a mi lado.

La sala estaba desierta. No quedaba ni una sola persona, ni una risa que hiciera vibrar el aire. El único sonido que reverberaba entre las paredes era la melodía procedente de los altavoces y que se fundía con el leve crepitar de los centenares de velas que iluminaban el ambiente.

—Rayden… —La luz dorada de las llamas le acariciaba el rostro, delineaba sus labios hinchados y hacía que sus ojos parecieran todavía más profundos.

—Hace demasiado tiempo que te debo un baile de verdad.

Me moví para dirigirme justo al centro de la sala, donde las sombras creadas por las velas danzaban al mismo ritmo de la música.

—No… —Avery siguió observando a su alrededor durante unos segundos, antes de volver a fijar la mirada en la mía—. No sé qué decir.

Le quité la chaqueta de los hombros. Y mientras ella me rodeaba el cuello con los brazos, yo la estreché contra mí.

—No tienes que decir nada, jovencita. —Le acaricié los botones de la espalda—. Solo tienes… Esto. Solo tienes que hacer esto.

Frunció el ceño.

—¿Hacer qué?

Apoyé la frente en la suya.

—Sonreír así.

Cada llama se reflejó en sus ojos, encendiendo el caramelo de sus iris hasta que me pareció sentir su sabor en la punta de la lengua.

—Yo…

—¿Qué?

Avery negó suavemente con la cabeza.

—Te quiero.

Si mi corazón se hubiera encontrado en mi pecho, habría tomado esas dos palabras para grabarlas en cada centímetro de mi alma. Pero, a estas alturas, ya no estaba en mí. Se lo había entregado a Avery mucho tiempo atrás. Y allí seguía. Envuelto en su luz. Y protegido de toda la oscuridad.

—Yo también te quiero —murmuré sobre ella.

Avery cerró los ojos y empezó a moverse lentamente junto a mí.

—El día ha pasado tan rápido…

Tenía razón.

Su padre diciéndome que cuidara de ella antes de entregarme su mano, los aplausos que habían estallado con nuestro primer beso como marido y mujer, el corte de la tarta que habíamos ideado juntos, Mandy atrapando el ramo, Trent asegurándole que se casaría con ella incluso al día siguiente, Avery y yo tocándonos a escondidas mientras intentábamos atender a todos los invitados…

Cada segundo había volado antes de que pudiera siquiera intentar grabarlo en mi memoria. Pero no me importaba. Porque, en aquel momento, todo lo que había esperado desde que el sol había salido esa mañana estaba entre mis brazos.

Lo demás era irrelevante. Siempre lo había sido.

—Lo sé —susurré, acariciándole la mejilla con los dedos.

Avery se inclinó contra mi mano y volvió a mirarme.

—No me creo que ya se haya terminado.

Ante esas palabras, fruncí el ceño.

—¿Terminado? No, jovencita…

Llevé mis labios a los suyos. Y allí, entre los resplandores que se alzaban a nuestro alrededor, vi nuestro futuro.

Las noches en los restaurantes que abriríamos juntos.

Los domingos por la mañana en la cama, comiendo tortitas.

Las recetas que crearíamos divirtiéndonos en la cocina.

Las tardes que pasaríamos frente a los fogones cuando, en lugar de ser dos, fuéramos tres…

—No se ha terminado —murmuré, y la besé—. Acaba de empezar.



Agradecimientos

Hay muchas cosas que me gustaría decir, quizá demasiadas. Y creo que este es el motivo por el que me cuesta escribir incluso una sola palabra.

La primera vez que publiqué este libro, cuando todavía me autoeditaba, no sabía qué esperar. La historia de Avery y Rayden salía por completo de mi zona de confort, y dudaba si alguien más, aparte de mí, llegaría a apreciarla.

Pasé una infinidad de noches preguntándome qué hacer, si publicar el libro o dejar que el chef y su jovencita fueran solo míos y se quedaran a salvo en mi ordenador. Pero cuanto más lo pensaba, las palabras de Rayden me martilleaban con más fuerza en la cabeza:

«Esta es tu vida. ¿Quieres cumplir tus sueños? Lucha todos los días y no permitas que nadie te frene. Al diablo los demás. Deja que hablen a tus espaldas, que te juzguen. Porque, mientras ellos estén ocupados criticando tu vida, tú la estarás viviendo. Lo único que tienes que preguntarte es… cómo quieres vivirla».

Decidí dejar a un lado, en la medida de lo posible, mis dudas, mis ansiedades, mis miedos, y publicar este libro. Pero incluso mientras daba «otro paso hacia mi sueño», tal como hizo Avery al firmar el

contrato con el Ambroisie, jamás pensé que al final me encontraría aquí.

Elena, tú sigues haciendo posible todo esto. Eres mi Rayden: me empujas a superar los miedos y a seguir adelante, porque por algún motivo absurdo que todavía no entiendo decidiste creer en mí. Nunca habrá palabras suficientes para transmitirte lo agradecida que te estoy por todo lo que haces, y lo que has hecho, para ayudarme a cumplir mis sueños. Un simple «gracias» no bastará, pero hasta que encuentre algo mejor…, gracias. Por todo.

Ale, Giorgia, sois las personas que, como siempre, os tragáis todo lo que nunca muestro en público: la ansiedad, el estrés, las desapariciones durante días enteros porque quiero reescribir un capítulo por enésima vez, la histeria de la publicación, las noches insomnes que paso preguntándome si podía hacer más… Y, sin embargo, seguís a mi lado, paso tras paso. No sé qué he hecho para mereceros, y, en este caso, tampoco bastará con un «gracias».

A todo el equipo de la editorial italiana Newton Compton: Beatrice, Bianca, Antonella… Gracias. Por cada oportunidad y por el apoyo constante. No existe un equipo mejor, y no podría haber deseado nada más.

Por último, como siempre, el último espacio os lo dedico a vosotros.

A quien ha estado con Avery y Rayden desde el principio, a quien ha llegado después, a quien decida estar presente a partir de ahora.

A quien ha leído este libro para evadirse de la realidad, y a quien necesitaba recordar que siempre merece la pena reír.

A quien todavía quiere hacerse una bola y llorar. Y a quien decida, incluso entre lágrimas, sonreír.

Recordad que podéis hacerlo. Que de verdad podéis elegir cómo vivir vuestra vida.

Podéis elegir luchar, dejar atrás los miedos, perseguir vuestros sueños. Combatir las heridas con sonrisas.

Y creedme, sé que a veces hacerlo es increíblemente difícil, pero confiad en mí. Si conseguís apretar los dientes y no dejaros abatir

por la oscuridad, lo que encontraréis al otro lado…

Es sublime.

C.

Sobre el autor



Chiara Cavini Benedetti nació en Florencia en 1996 y empezó a interesarse por la escritura cuando era una niña. A los veintiún años se mudó a Reino Unido, donde comenzó a trabajar para varias editoriales, tanto italianas como extranjeras. Ahora, tras haber decidido dejar a un lado su carrera en el sector editorial, se dedica a la escritura a tiempo completo.

Sigue a Wonderbooks en www.wonderbooks.es en nuestras redes sociales y suscríbete a nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos QR y empieza a disfrutar de información anticipada sobre nuestras novedades y contenidos y ofertas exclusivas.

Primera edición: febrero de 2026
Título original: *Taste Me,* de Chiara Cavini Benedetti

© Newton Compton editori s.r.l., Roma, 2025
© de esta traducción, Elena Rodríguez, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Newton Compton editori en colaboración con sus agentes, MalaTesta Lit. Ag. y The Ella Sher Literary Agency.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Ilustración de cubierta: Creative Market - Veris Studio | Freepik - ZedAitch - SDE
Corrección: Raquel Bahamonde

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

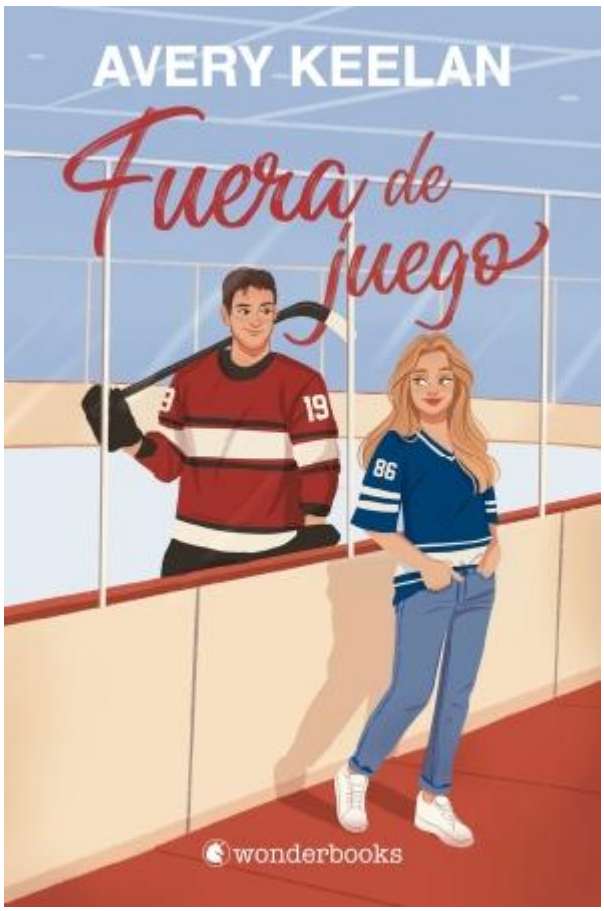
ISBN: 978-84-10425-60-6
THEMA: YFM
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice de contenido

1. Nota de la autora
2. Sublime
3. Prólogo
4. Capítulo 1
5. Capítulo 2
6. Capítulo 3
7. Capítulo 4
8. Capítulo 5
9. Capítulo 6
10. Capítulo 7
11. Capítulo 8
12. Capítulo 9
13. Capítulo 10
14. Capítulo 11
15. Capítulo 12
16. Capítulo 13
17. Capítulo 14
18. Capítulo 15
19. Capítulo 16
20. Capítulo 17
21. Capítulo 18
22. Capítulo 19
23. Capítulo 20
24. Capítulo 21
25. Capítulo 22
26. Capítulo 23
27. Capítulo 24
28. Capítulo 25
29. Capítulo 26
30. Capítulo 27
31. Capítulo 28

32. Capítulo 29
33. Capítulo 30
34. Capítulo 31
35. Capítulo 32
36. Capítulo 33
37. Capítulo 34
38. Capítulo 35
39. Capítulo 36
40. Capítulo 37
41. Capítulo 38
42. Capítulo 39
43. Capítulo 40
44. Capítulo 41
45. Capítulo 42
46. Capítulo 43
47. Capítulo 44
48. Capítulo 45
49. Capítulo 46
50. Capítulo 47
51. Capítulo 48
52. Capítulo 49
53. Capítulo 50
54. Capítulo 51
55. Capítulo 52
56. Epílogo
57. La boda
58. Agradecimientos
59. La autora



Fuera de juego

Keelan, Avery
9788410425453
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Y si fingir que estás enamorada… hace que te enamores de verdad?

¿Queréis la receta del peor cumpleaños de la historia?

Corazón roto, vestido arruinado… y vomitarle encima al chico más bueno (e insoportable) del campus: Chase Carter. Estrella del *hockey,* rompecorazones profesional y, para rematar, jugador del equipo rival.

¡Feliz cumple, Bailey!

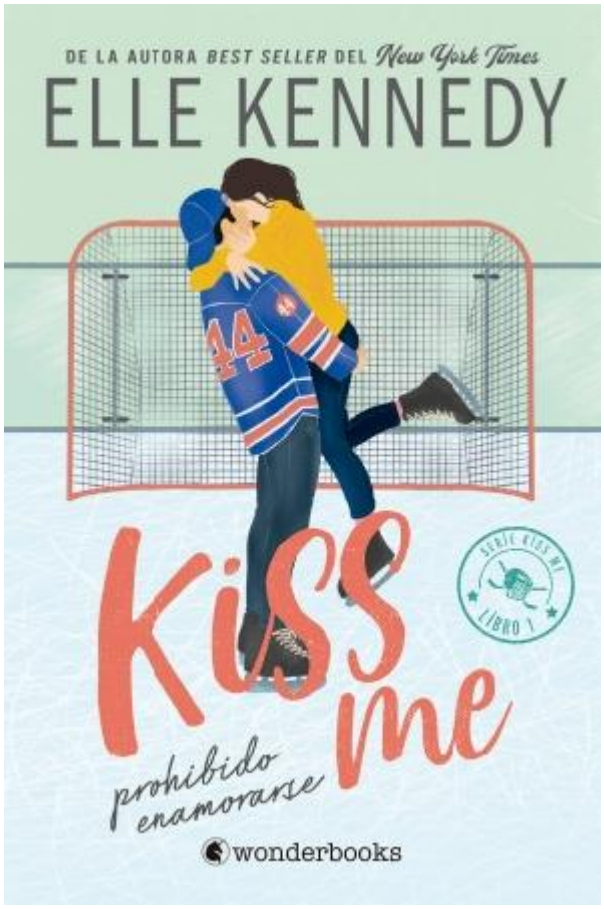
Chase podría haber pasado de ella. Pero no. La ayuda. Es amable. Demasiado amable. Y cuando Bailey le propone fingir un romance para darle celos a su ex (Luke, alias el Capullo), Chase acepta encantado. ¿Vengarse de su archienemigo con besos de mentira? ¿Dónde hay que firmar?

Solo que… los besos no parecen tan falsos. Y las miradas, tampoco.

Ahora Bailey no sabe qué es peor: que Luke quiera recuperarla… o que ella ya no quiera dejar de fingir.

Enamorarse del enemigo nunca estuvo en el plan…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Prohibido enamorarse

Kennedy, Elle
9788418509698
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

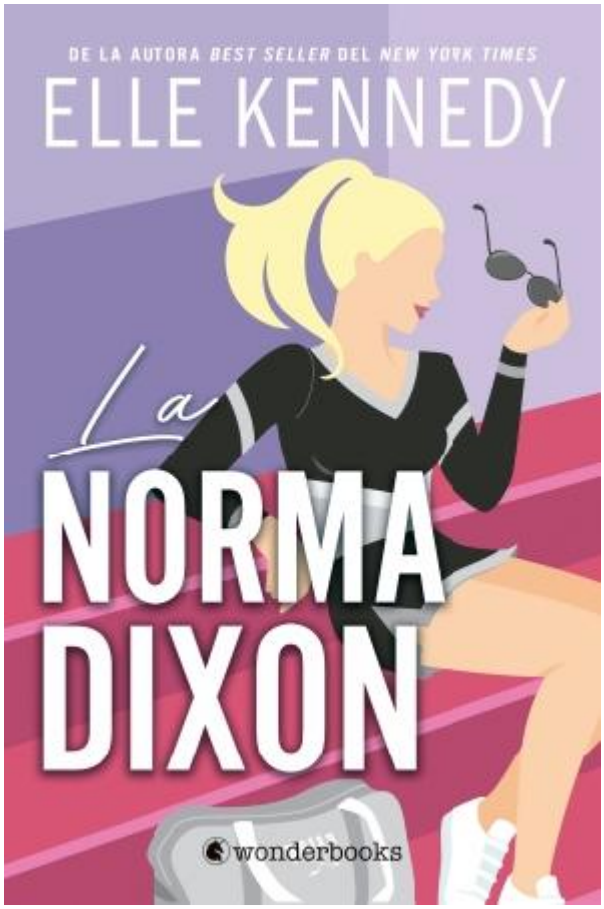
Hacer un trato con un chico malo nunca sentó tan bien

Hannah Wells ha encontrado por fin un chico que le gusta, pero se siente insegura en la seducción y el sexo. Si quiere conseguir que el

chico que le interesa le preste atención, va a tener que salir de su zona de confort… Incluso si eso significa ser la tutora de Garrett Graham, el insoportable y arrogante capitán del equipo de hockey, a cambio de que finja salir con ella para así dejar de ser la chica invisible de la universidad.

Garrett, por su parte, sueña con ser jugador de *hockey* profesional, pero sus malas notas ponen en peligro su futuro. Ese es el único motivo por el que accede a ayudar a Hannah a poner celoso a otro. Pero cuando un beso inesperado conduce al sexo más salvaje de su vida, a Garrett le queda claro que no le basta con fingir. El problema ahora es que tiene que conseguir que Hannah se enamore de él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La norma Dixon

Kennedy, Elle
9788410425026
504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Romper las normas nunca sentó tan bien

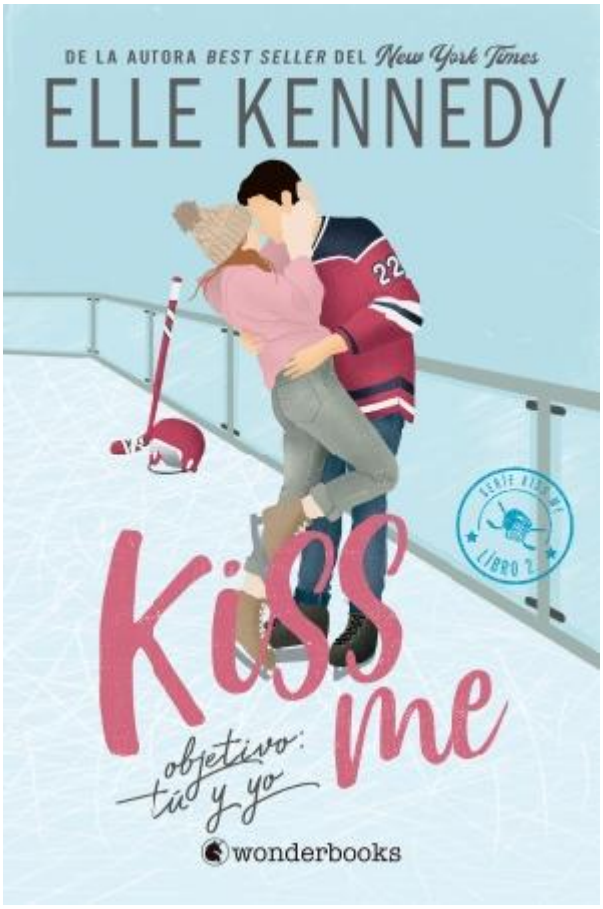
A Diana Dixon se le presenta un verano movidito: es una animadora que está ensayando para un concurso de bailes de salón, hace

malabarismos con dos trabajos y lidia con un exnovio que no entiende que ya no son pareja. Desde luego, no tiene tiempo que perder con Shane Lindley, su nuevo vecino, un jugador de *hockey* prepotente y con fama de rompecorazones. Para que la convivencia sea pacífica, habrá que instaurar algunas normas: nada de fiestas y, sobre todo, ningún contacto entre ellos.

Pero cuando Shane decide fingir que tiene novia para poner celosa a su ex, ¿quién mejor que su vecina descarada para interpretar el papel? Diana se muestra reticente, eso implicaría romper sus propias normas, pero al final accede. Aunque, claro, no esperaban la chispa que empieza a arder entre ellos… ¿Tendrán el valor de convertir su farsa en algo real?

No te pierdas la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Objetivo: tú y yo

Kennedy, Elle
9788418509711
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier

chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella… y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del *New York Times,* no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El efecto Graham

Kennedy, Elle

9788418509933

504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es la chica de oro, pero acaba de hacer un trato con el chico malo

Gigi Graham tiene tres objetivos: entrar en el equipo nacional de *hockey* femenino, ganar el oro en las Olimpiadas y alejarse de la alargada sombra de su padre, Garrett Graham, uno de los mejores deportistas de todos los tiempos. Para ello, necesita ayuda, y el candidato perfecto es Luke Ryder, uno de los nuevos capitanes del equipo de *hockey* de la Universidad de Briar.

Luke es bastante antipático, testarudo e insoportablemente atractivo. Pero tal vez los dos puedan salir ganando: Gigi mejora su juego y, de paso, le habla bien de Luke a su padre, que está buscando un ayudante para un campamento de *hockey,* y claro, trabajar con Garrett Graham sería un sueño hecho realidad.

¿Qué podría arruinar este plan? La química que surge entre ellos. Es un juego peligroso, pero a veces vale la pena correr riesgos.

No te pierdas el primer libro de la adictiva serie *Campus Diaries, best seller* del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

